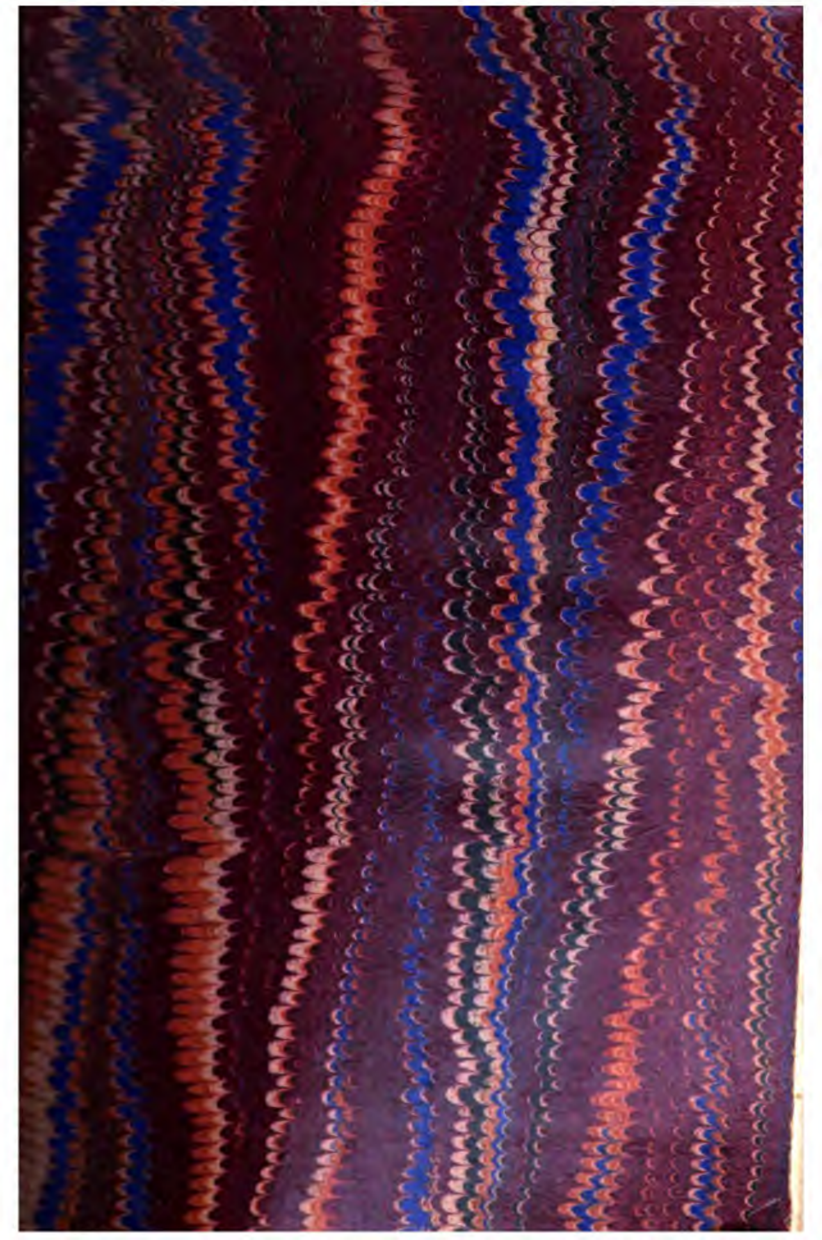






HISTORIA

DEL

MOVIMIENTO REPUBLICANO

EN EUROPA.

HISTORIA

DEL

MOVIMIENTO REPUBLICANO

EN EUROPA

POR

EMILIO CASTELAR.

TOMO PRIMERO.

ADMINISTRACION:
OFICINAS DE LA CASA EDITORIAL DE MANUEL RODRIGUEZ,
Plazuela del Biombo, número 2.

MADRID.—1874.

ESTABLECIMIENTOS TIPOGRÁFICOS DE MANUEL MINUESA,
Juanelo, 19, y Ronda de Embajadores.

CAPITULO PRIMERO.

EL CONTINENTE DE LA REPUBLICA.

El mundo se rige por ideas. Y como el mundo se rige por ideas, así que las conciencias se trasforman, tambien se trasforman las sociedades humanas. Si quereis cambiar un mundo, cambiad ántes las ideas. Y las ideas á su vez cambiarán el espíritu humano.

Ninguno de los grandes monumentos históricos que se han desplomado y que han cubierto de ruinas el suelo de esta vieja Europa, se desplomáran, ni la teocracia, ni el feudalismo, ni la monarquía antigua, si no les

hubiera faltado el aliento de las ideas y la base de las creencias.

Cuando los pueblos creen firmemente en una institucion, esta institucion subsiste. La personificará un Cárlos II, enteco, enfermo, sin fuerzas para sostener el cetro y la espada de sus abuelos en las flacas manos, sin vida para engendrar otra vida, con el siniestro verdor de los cadáveres en el rostro, el cabello muerto en la vacía cabeza, y apagados los ojos; sombra de sombras, que se pasea entre sepulcros y se estremece á los sortilegios y á los hechizos, pero que al aparecer ante el pueblo español en el siglo XVII, como este pueblo tiene vivo el sentimiento monárquico, le entusiasma, le arroba en trasportes infinitos, porque aquel imbécil rey es el pensamiento del pueblo, el espíritu de las generaciones pasadas y la sagrada imágen de la patria.

Decidle á un pueblo de esta suerte educado que proclame la República, y no os comprenderá. La monarquía ha creado la nacion como la palabra divina creara la tierra; la monarquía ha dictado las leyes que consagran las

relaciones de la familia y aseguran la tranquilidad del hogar; la monarquía es la representacion de todas las tradiciones, el resplandor de todas las victorias: el nombre del rey se confunde con el nombre de Dios en la oracion; la imágen del rey con la imágen de la patria en la memoria; el guerrero lo invoca en las batallas; el navegante lo saluda cuando la tierra, buscada en la soledad de los mares; aparece como nueva y reciente creacion; el poeta se inspira en su grandeza y la exalta en la epopeya y en el teatro; dibuja el pintor su rostro junto al rostro de los santos en los altares; y desde la escultura que trasforma las piedras hasta el sermon que esculpe las almas en las cimas del púlpito, que son como las cimas de la conciencia, todas las manifestaciones de la vida pública y privada, repiten el nombre del rey tan constantemente, que la corona es en medio de los pueblos como el sol en medio de los astros, la clave de toda la sociedad.

Pero esta fuerza de la monarquía se hallaba en su prestigio, y este prestigio en la fé con

que la creian, y en la exaltacion con que la amaban los pueblos. Desde el punto en que un hecho trascendental á otros muchos hechos sucede, y el sentimiento y la conciencia se trasforman, la sociedad se trasforma tambien. Las instituciones no creidas, no amadas, se descoloran, se desmayan, caen, mueren como las hojas sin sávia. El sacerdocio hubiera conseguido convertir á Europa en asiática teocracia si las profecías burladas del año mil y el retroceso de los ejércitos católicos en Tierra Santa, por el malogro de las cruzadas, no le quitan á los ojos del pueblo su antiguo sobrenatural prestigio. Creyente el mundo, tenderáse el emperador Enrique IV como un perro á las plantas de Gregorio VII; y descreido el mundo, imprimirá audazmente Colonna, un condotiero, su guantelete de hierro en las mejillas de Bonifacio VIII. El feudalismo hubiérase perpetuado, si la Universidad no se funda, y la Universidad no educa á los legistas, y los legistas al estado llano, y el estado llano al municipio, sobre cuyas tierras se rompe la cadena

del siervo, hasta que viene la pólvora, la antorcha de Prometeo convertida en fulminante rayo, á dar en el suelo con las ideas sociales que representaban aquellos castillos hundidos antes en todas las conciencias.

Cuando cambia la fé social, cambia el estado social tambien.—¿Ha cambiado la fé social de la Europa monárquica?—Sí. Pues cambiará el estado social tambien. Y para saber si ha cambiado la fé, no hay más que preguntar si ha cambiado la educacion que la engendra y la mantiene. Pues ha cambiado por completo. Así como la América, colonial ayer, es hoy independiente y republicana, la Europa, monárquica hoy, monárquica en su vida exterior, monárquica en sus formas y en sus apariencias es en su espíritu, en su educacion, esencialmente republicana. Si á esta educacion universal no corresponde todavía la universalidad de los hechos, es por lo impuro de la realidad y por lo largo de las estaciones sociales.

¡Cuántos obstáculos encuentran las nuevas ideas!—¿Quién dudará de la lentitud con que camina su difusion por el mundo? No anda la

luz del espíritu con la celeridad de la luz material. Si pudiéramos saber las lágrimas que han costado los principios que nos parecen hoy más sencillos y admitidos, la seguridad de nuestro hogar, la inviolabilidad de nuestra conciencia, nos asombraríamos al ver cómo toda redencion exige un calvario, y todo altar donde arde una nueva vida es ara de grandes sacrificios. Cuando poseemos ciertos derechos, ciertas garantías, gozamos de sus beneficios sin acordarnos de su orígen, sin averiguarlo, como no averiguamos de dónde se ha evaporado la nube que refrigera nuestro campo, ni dónde se ha producido el oxígeno del aire que enciende y colora nuestra sangre. Pero lo cierto es que ha costado muchos esfuerzos, y á veces muchas penas á los grandes iniciadores del progreso la educacion de la humanidad. Y siempre, ¡qué lentamente camina esta educacion!

América es el continente más aparejado á recibir las nuevas ideas. Y sin embargo se engañaria tristemente quien creyera que la República apareció de pronto en esa tierra

bendita de la libertad y de la democracia. Tras de Franklin, tras de Washington, hay grandes movimientos sociales, cómo tras de nuestros terrenos hay otros terrenos más primitivos y más sólidos, indispensables á la fuerte constitucion del planeta. Fué necesario para el movimiento republicano de América, que la conciencia humana reivindicara su libertad interior por medio de la reforma en Europa. Fué necesario que tras aquella reivindicacion de la conciencia viniese una moral más austera que la moral luterana, la moral de Calvino; y una Iglesia más democrática que la Iglesia germánica, la Iglesia de Ginebra. Puede, pues, con razon asegurarse, que desde mediados del siglo XVI á fines del siglo XVIII, la iniciacion republicana de América no se detiene un momento, y comienza antes de que los peregrinos hayan abordado en las playas del Nuevo Continente, comienza entre las luchas y los dolores del Viejo Mundo.

En Inglaterra, divídese la Reforma en dos religiones, aristocrática la una, democrática la otra. A esta segunda pertenece Hooper,

que vive en la predicacion y muere sonriente sobre su lecho de encendidos carbones, como un niño que se durmiera en blanda cuna de rosas. En torno de estos suplicios, por la virtud fecunda del martirio, álzanse los puritanos, temibles á los reyes porque no quieren los puritanos aristocracias en la Iglesia, y sin aristocracias en la Iglesia no puede haber aristocracias en la sociedad, y sin aristocracias en la sociedad no puede haber monarquías en el Estado. Más dañosos que los mismos católicos, llama la gran protestante Isabel de Inglaterra á los cristianos que buscan la verdad con sencillez en la palabra de Dios. La libertad de la predicacion es la libertad del pensamiento; la libertad del pensamiento es el Verbo Divino comunicado á todas las almas; y en esta revelacion universal de todo lo divino, en este dia clarísimo de las conciencias, se desvanecerán las sombras de los antiguos seculares poderes. Por eso Jacobo I, al concluir las conferencias de Hampton Court, viendo que no ha podido persuadir á los puritanos con su retórica pe-

dantesca, exclama alzándose de hombros: Los ahorcaremos.

Y allá en áspero matorral, á la desembocadura del Humber, varias familias dejan el suelo de su patria, las amadas playas, el trato de sus conciudadanos, todo cuanto sostiene y embellece la vida para conservar la pureza de sus almas, la idea de su Dios, la austeridad de su culto, en el refugio entonces ofrecido á la conciencia libre, en el refugio de la republicana Holanda. Los caballeros que los persiguen audaces entre las nieblas, y que llegan á recoger cautivas sus mujeres y sus hijas, cuando espolean los alazanes hasta dentro del mar para detenerlos, no saben que llevan aquellos pobres fugitivos en las tablas y en las lonas de su débil esquife, el espíritu inmortal de un nuevo mundo, de una nueva humanidad, el Evangelio de la redencion social, complemento y corona de la redencion religiosa.

Luego pártense de Leyden, de Amsterdam, despedidos por melodías divinas, por cánticos semejantes á los entonados en la salida de Egipto; pártense al través de la inmensi-

dad del Océano, en verdad no tan grande ni tan profundo como sus almas, todas llenas de Dios; pártense desafiando los huracanes y las tormentas, á ejercer la industria de los primeros apóstoles, la pesca; á levantar un nuevo templo en el seno de una nueva naturaleza, cada uno para todos y todos para cada uno, hermanos en creencias como en virtudes; y antes de desembarcar en la rada de Cod, antes de arribar más tarde á las playas de la nueva Plymouth, ya han escrito el compromiso democrático que ha de ser como la primera carta fundamental de la República en América.

Desde mediados del siglo XVI al año vigésimo del siglo XVII, y desde el año vigésimo del siglo XVII hasta fines del siglo XVIII, la iniciacion de América en la austera disciplina republicana, ni un punto se ha detenido, antes ha marchado en progresiva série. Y sin embargo, más de un siglo, mucho más de un siglo mediará entre cada uno de estos grandes movimientos, entre la ardiente palabra de Calvino y la santa peregrinacion de los puri-

tanos; entre el arribo de los puritanos á América y la proclamacion de la República en América. Y aun despues de proclamada en el Norte, correrán años ántes de que la idea pase del Atlántico al Pacífico, del Potomach, al Amazonas; antes que atraviese el istmo de Panamá y escale la cima de los Andes y se difunda por sus dos vertientes, é ilumine ambos hemisferios, creando ese gran número de democracias, que á pesar de sus convulsiones, hacen de América el continente de la República, en oposicion á Europa, que es aun el continente de la monarquía.

—Y nuestra América ha ganado la República sin esfuerzos y sacrificios.—La Europa monárquica se conjuró de antiguo contra la América republicana. Desconcertaba todos sus planes, destruia toda su política un continente inmenso, antigua colonia convertida de pronto, por súbita inspiracion política, en metrópoli de la libertad humana. Desde el dia en que América mostró la inutilidad de los reyes, de las aristocracias, de las castas sacerdotales para dirigir el mundo, todos los anti-

guos elementos políticos del Viejo Continente tramaron confabulaciones de calumnias contra el advenimiento de aquellas democracias, contra el organismo de aquellas Repúblicas.

Queríase que de pronto, y con la magia de un nombre evocado entre los sacudimientos de la revolucion, América se asentase en cimientos de una solidez incontrastable. El milagro no existe ni en las leyes del mundo físico, ni en las leyes del mundo social. Una trasformacion súbita es tan difícil en la historia como en la Naturaleza. Los grandes resultados se alcanzan en la vida social como en la vida vulgar, por el trabajo y por el tiempo. No bastaba con adquirir la independencia para adquirir un gobierno ordenado, ni con proclamar la República para tener una educada democracia; no bastaba con esto. La inexperiencia de aquellos pueblos recien nacidos á la vida pública; las dificultades de las innovaciones recien planteadas en la sociedad, que es de suyo conservadora; la secular educacion colonial; las consecuencias naturales de una guerra en que habian de brotar to-

dos los inconvenientes de la dictadura y del caudillaje; cuanto dependia de circunstancias ajenas, completamente ajenas á las instituciones, fué atribuido por nuestra ciega reaccion al influjo letal de la República.

Cuando un pueblo europeo queria moverse hácia la libertad, cuando instruido por las grandes adivinaciones que tienen los pueblos, derribaba los viejos ídolos, decíanle á una todos los publicistas de más autoridad y de mas crédito: ireis á dar en el Estado de las Repúblicas americanas. Este argumento era un argumento capital. A esta observacion todo callaba. Huir del estado de las Repúblicas americanas era una palabra de órden, una fórmula de reaccion que aprovechaba extraordinariamente á los poderosos del mundo. Hubo un momento en que esta supersticion contra la idea republicana tomó cuerpo, elevándose á ser como regla universal de vida y de conducta. La situacion de América parecia justificar esta política. La guerra civil en los Estados-Unidos, que sembraba de cadáveres aquella milagrosa tierra de la li-

bertad y del trabajo; los combates contínuos de los mejicanos entre sí, con motivo de las reformas económicas que debian destruir el predominio del clero; las revoluciones y las dictaduras que continuaban perturbando la paz pública y las naturales funciones del gobierno, movieron á los reyes europeos, deseosos de restaurar su régimen de privilegio, de casta en el Nuevo Mundo, á llevar á Méjico aquella sombra de Imperio, bajo cuyo letal influjo debian sucumbir todas las Repúblicas americanas. Oíanse entonces los pronósticos más extraños. La gran democracia, fundada por los puritanos en los derechos naturales, en la soberanía popular, en la separacion de la Iglesia y del Estado, en todos los principios modernos, iba á desaparecer, y sobre sus ruinas iban á fundarse dos vastas monarquías. Por una contradiccion absurda con las leyes del progreso humano, las democracias iban á convertirse en aristocracias, las Repúblicas en monarquías, ¡las Repúblicas! como en aquel pueblo griego, como en aquel pueblo romano, muertos ambos bajo el

yugo de los dos formidables imperios erigidos por César y por Alejandro.

América, destinada en las leyes históricas á ser la tierra de la libertad, desmintió completamente todos estos pronósticos. La guerra civil americana fué dominada por la energía de un pueblo á quien los hábitos de trabajo no habian quitado la necesaria pujanza para la guerra. El esclavo, abrumado bajo el peso de sus cadenas, muerto para el pensamiento, para la conciencia, en el informe terruño, bestia y no persona, llegó entre el fuego de un holocausto, que redimia y purificaba al derecho de hombre. El vasto imperio con que un príncipe descendiente de los conquistadores, queria resucitar la monarquía y la conquista, desapareció en un cadalso. La democracia y la República salieron, como el oro del crisol, más purificadas y más brillantes de esta terrible prueba.

Delante de semejantes enseñanzas, el ánimo y la conciencia no pueden ménos que preguntar si la democracia satisface las constantes aspiraciones de la sociedad moderna,

la aspiracion al órden como la aspiracion al derecho, la aspiracion á la estabilidad como la aspiracion al progreso. La sociedad es compleja, muy compleja. Principios que parecen contradictorios la dominan con una fuerza igual. No basta con asegurar la libertad, es necesario asegurar tambien la autoridad. No basta con asegurar el derecho de cada indivíduo, es necesario asegurar el órden y norma en que han de coexistir estos derechos. No basta con asegurar el progreso, el movimiento de todas las cosas hácia su perfeccion; es necesario asegurar tambien la estabilidad, la solidez de las conquistas alcanzadas, de los derechos reconocidos, de las instituciones mismas, á pesar de sus naturales imperfecciones. Reformar y conservar, progresar y reposar; unir la libertad á la autoridad, los elementos individuales á los elementos colectivos serán siempre las dobles corrientes de la vida social.

Nosotros los indivíduos tenemos exclusivas vocaciones. Y como tenemos exclusivas vocaciones, imaginamos que sólo necesita el mundo aquellos principios por nosotros man-

tenidos y divulgados. El reformador cree que la sociedad sólo debe moverse hácia adelante, progresar en vertiginosa carrera. El gobernante ó el privilegiado creen que la sociedad debe vivir en una inmovilidad completa. Pero la sociedad no obedece á las pretensiones individuales; no anda ni se detiene al arbitrio de los indivíduos; combina el progreso y la estabilidad como nuestra vida fisiológica combina el movimiento y el sueño.

Será, pues, una imperfecta forma de gobierno aquella que sólo se preste al movimiento, como será una imperfecta forma de gobierno aquella que sólo se preste al reposo. Y los enemigos de la República en Europa mostraban la República en América, siempre en movimiento, siempre en renovacion, jamás estable. Esta aprension se confirmaba con las guerras contínuas, con la anarquía diaria, con el recrudecimiento de odios entre los partidos, con la dictadura militar, con los conflictos entre los Estados, con las impacientes aspiraciones democráticas contrastadas por el fanatismo de una orgullosa teocracia.

Pero América ha pasado del período de iniciativa, del período revolucionario, al período de organizacion, al período de estabilidad. Este es el fenómeno que sucede á los ojos de todos, y que pocos, muy pocos reconocen y observan. Aquellas eran naves con vela y sin lastre, con vapor y sin ninguna áncora. Á la menor tempestad se agitaban fuertemente y corrian grave peligro de zozobrar y perderse. Pero una série de fenómenos verdaderamente dignos de estudio, nos aseguran que las democracias americanas alcanzan una estabilidad muy superior á la estabilidad de las monarquías europeas.

Probemos esta tésis y no excluyamos de ella en ninguna manera á los Estados-Unidos. Seria optimismo no reconocer los defectos y los inconvenientes de aquella democracia; pero tambien seria estolidez insigne no atribuirnos sus ventajas. Dos naciones monárquicas, Prusia y Francia, tuvieron dificultades políticas, dificultades diplomáticas.—¿Cómo se han superado estas dificultades?—Con una guerra de seis meses, con la caida y la ruina

de ciudades populosas, con el sitio de París, con el incendio de Saint-Cloud, con el holocausto de medio millon de soldados que nos han traido, como emanaciones de sus cadáveres, no solamente las amenazas de nuevas guerras, sino tambien el ruinoso armamento universal. Los Estados-Unidos tuvieron dificultades con Inglaterra, fundadas en grandes agravios inferidos durante la última guerra.—¿Cómo se han resuelto estas dificultades?—Cómo; se han resuelto en tribunales, por procedimientos jurídicos, apelando al derecho en públicas y solemnes sentencias de árbitros. Aunque las democracias modernas, aunque el gobierno del pueblo por el pueblo, no pudiera presentar otro ejemplo, bastaríale éste para demostrar su gran superioridad sobre las monarquías europeas. Allí, en los Estados-Unidos, no hay partido pretoriano que contentar, prestigio dinástico que establecer, batallas ruidosas con que dorar á fuego la diadema de los Césares y la cadena de los pueblos.

Y aunque este ejemplo no bastara para probar cuánto más sólidas que las monar

quías son las democracias, tendríamos otro ejemplo aun más poderoso y concluyente. Toda nacion que tiene la esclavitud, está por necesidad sujeta á estremecimientos producidos por la violencia y el desórden. Dios no quiere que los pueblos tengan ese cáncer sin tener al mismo tiempo el dolor siempre en los huesos, y la muerte siempre ante los ojos. Sociedad con esclavos es una sociedad con guerra permanente. Y las democracias, ésas democracias tan calumniadas, han abolido en todas sus Repúblicas, en toda la esclavitud, mientras subsiste á la sombra del único trono que se alza como planta venenosa y letal en el continente de la democrática América.

Es verdad que el mundo sabia todo el carácter reformista, innovador, de las democracias modernas. Lo que el mundo negaba á una, era su solidez, su estabilidad, su aptitud para fundar un gobierno, y un gobierno ordenado. Como no basta en los tribunales que las sentencias sean justas, sino que se necesitan tambien los procedimientos legíti-

mos, en el gran consejo de las naciones no basta hoy alcanzar las reformas; se pide, se exige que las reformas sean realizadas por las leyes. Así el pensamiento individual elabora las nuevas ideas, extiéndelas, divúlgalas en la prensa, en la tribuna, con su maravillosa electricidad la palabra humana; acéptalas, despues de haberlas pasado por las grandes contradicciones la opinion pública, la conciencia, hasta que la soberanía popular las convierte en leyes, y en leyes de una solidez incontrastable. Este es el bello ideal de los gobiernos democráticos, de los procedimientos democráticos, de la organizacion popular y republicana á que deben aspirar los sistemas políticos en los pueblos verdaderamente libres.

Para lograr esto en América, se necesitaba una condicion, en apariencia sencilla y en realidad dificultosa. Se necesitaba que los poderes supremos nacieran de las leyes, y no de las revoluciones. Se necesitaba que la presidencia, legalmente constituida, terminara tambien legalmente su mandato. Contra

esto habia gravísimos obstáculos. Mientras los partidos conservadores tendian á dar á los poderes públicos aspecto de monarquía, los partidos radicales tendian á ganar el poder por la revolucion y á conservarlo por la dictadura. Los ejércitos imaginaban que todo jefe ungido por la victoria tenia derecho al gobierno. Los sacerdotes absolvian las mayores tiranías, y santificaban á los mayores tiranos, con tal que les sostuviesen sus privilegios. Y el clubista, el demagogo, no acertaba á oponer á todos estos desórdenes de las clases privilegiadas otro remedio que la revolucion violenta, y la apoteosis de tribunos incapaces para todo gobierno.

Si con detenimiento y profundidad de análisis se examinan la varias dictaduras que han perturbado el suelo americano despues de la independencia, se encontrará que las originan todas estas concausas. Rosas, Itúrbide, Santa Ana, por nombrar aquellos dictadores más conocidos, ó han representado una furiosa demagogia, armada del puñal y decidida á perpetuarse por el terror, ó han representa-

do la fuerza bruta de la soldadesca y la superticion absolutista del clero.

Contra estos males no habia en realidad más que un remedio, la revolucion. Nosotros, que hemos conquistado todos nuestros derechos por las revoluciones, tenemos una verdadera educacion revolucionaria, y á boca llena hemos de llamarnos siempre revolucionarios. La historia de las antiguas repúblicas clásicas, siempre en guerra, y la historia de la moderna revolucion francesa, siempre en dictadura, componen la trama verdadera de nuestra educacion política. Tenemos, pues, la supersticion revolucionaria. Pero que nuestra educacion y nuestros intereses no lleguen á obcecarnos hasta el extremo punible de desconocer, cómo las revoluciones desarrollan los hábitos de violencia y oscurecen las nociones del derecho, y sustituyen muchas veces la justicia con la venganza, y educan los pueblos tambien para dictaduras sangrientas y anónimas como la dictadura de la Convencion.

Así es, que para acabar en América con la dictadura y la revolucion, no habia más que

un remedio; dar orígen legal á los poderes supremos, y obligarlos, por su carácter amovible, á una terminacion pacífica y legal. En el convencimiento de que esto era necesario, indispensable á la salud de América, ha entrado allí, no sólo el pensamiento de los hombres superiores, sino tambien el sentido general de las muchedumbres, el sentido del pueblo. Esta maravillosa trasformacion, que nuestros hombres de Estado desconocen ú olvidan, prueba cuánta virtud para la grande obra de la educacion humana tienen las democracias aun imperfectamente establecidas y organizadas. El antiguo pueblo colonial, educado como nosotros en largo absolutismo, salido apenas de la servidumbre, lanzado de la tremenda guerra por la independencia á las terribles guerras civiles, de los estremecimientos epilépticos de la anarquía al reposo letal de la dictadura, mezclado con razas que parecen inaccesibles á nuestra cultura, circuido del desierto, á causa de la enorme despoblacion de sus extensas regiones, condenado á no ver allí donde se ha

establecido federalmente por la inseguridad de las comunicaciones y por la inmensidad de las distancias, fuerte lazo entre sus Estados, con todas estas dificultades, con todos estos obstáculos, ha adquirido por sí mismo el sentido político necesario para fundar en la ley sus poderes, y armonizarlos con su espíritu y su derecho democrático, resultado que aquí en Europa no alcanzaremos sino despues de tremendas y sangrientas revoluciones.

Un ligero exámen de los hechos bastará á persuadirnos de esta gran verdad. En Chile, el poder tiene perfecta estabilidad, y la estabilidad del poder da al crédito público una gran pujanza. Bien es verdad que el ejemplo de Chile no persuade á nuestros conservadores, porque dicen que la naturaleza de las instituciones de Chile está muy lejos de nuestro radicalismo y de nuestra democracia. Pero aun concediendo esto, aun concediendo que Chile no sea una República tan democrática, como nosotros la queremos y deseamos, ¿dejará de ser en plazo más ó ménos largo el poder amovible? Y en esta amovilidad del

poder, ¿dejará de tener consistencia mayor que nuestras fuertes y sólidas monarquías? Pero si el ejemplo de Chile no sirve á los conservadores europeos, sirve el ejemplo de la Confederacion Argentina, que ha sabido apropiar á su estado y á sus necesidades un código semejante al código fundamental de Suiza. Y allí, en medio de la movilidad contínua de estas instituciones federales, el poder ha fijado su rueda, y dos presidentes han llenado con sus nombres un lustro. El general Mitre concluyó pacíficamente su presidencia, depuso el poder cuando se lo exigió la ley. El doctor Sarmiento le ha sucedido en el mando, y le ha sucedido por el voto solemne regular del pueblo. Y llena el doctor Sarmiento su cometido, aguardando á que le reemplace pacíficamente en el plazo designado por las leyes el sucesor elegido por los pueblos. Así llega el período de la renovacion del presidente, sin que los pueblos se alarmen, ni las facciones remitan á las armas competencias que deben resolverse y terminarse por las leyes.

La grandeza de Juarez, que acrecentarán los tiempos, que confirmará la historia, es debida principalmente á su culto religioso por la legalidad. Recogió el poder desde las alturas del Tribunal Supremo, y lo sostuvo como una magistratura, contra todo y contra todos. Las facciones le desafiaron, y venció con la resistencia de la ley á las facciones. El clero sublevó en su contra todas las supersticiones, y la fria impasibilidad del presidente fué para-rayos bastante á las excomuniones. El ejército no quiso reconocer en la sencilla toga la virtud del poder y del órden, sólo concedida hasta entonces al sable, y superó las repugnancias del ejército. Los gobiernos europeos se coligaron en su contra, y desarmó la coalicion. Un imperio militar y autocrático brotó donde antes se alzara la República, y destronó este imperio. Todo su rigor estaba en su conciencia, y su conciencia resplandecia con la idea pura del derecho y con la majestad sublime de las leyes. Él ha restaurado la patria y la República, alevemente quebrantada por manos extranjeras. Pero su mérito mayor ha

consistido en conservar el gobierno legal contra todas las facciones y todos los facciosos. Así, el dia en que Juarez ha muerto, el presidente del Tribunal Supremo ha tomado la presidencia de la República, y la nacion ha podido mostrar que el órden allí no está á merced ni de los cuarteles ni los clubs, sino á merced, como en el universo, de las leyes.

Pero el ejemplo más digno sin duda alguna de estudio es el ejemplo último del Perú. Los hechos son conocidos, pero deben ser por todos los demócratas profundizados. El coronel Balta, si no habia querido perpetuarse en el mando contra las leyes, sobre las leyes obró como si lo pretendiera. En el seno de una República, donde el pueblo se gobierna á sí mismo, usó y abusó de la influencia electoral para asegurar la eleccion de sus propias hechuras. La idea siniestra del golpe de Estado debió pasar como una sombra mil veces por su frente. No se explica de otra suerte la conducta seguida con diarios como *El Nacional de Lima*, tan ilustrados, tan leidos, tan dignos de universal estima, no sólo por

su sensatez en la conducta política, sino tambien por el brillo y la elevacion de sus ideas liberales. Sus redactores presos, su publicacion suspensa, su imprenta confiscada, decian el respeto que le inspiraban las libertades públicas y la tremenda conjuracion que urdia contra el voto de los pueblos. Restaurado el periódico en su derecho por los tribunales, burlóse descaradamente de sus sentencias y encarceló á sus redactores. *El Comercio* sufrió suerte igual á la suerte de su colega. Así preparaba las vías en silencio, ó bien á un golpe de Estado, ó bien á una eleccion fraudulenta. La única compensacion que tenia esta política insensata era el fomento de los intereses materiales; pero es antigua costumbre en los Césares ó en los aspirantes á Césares el pretender que los pueblos encuentren compensacion á la ausencia de la libertad en el bienestàr material, como si oprimieran y pesaran ménos las cadenas por ser cadenas de oro.

La muerte se ha llevado el secreto de Balta.—¿Queria ó no á última hora respetar la

voluntad nacional?—¿Le destituyeron, le suplantaron sus asesinos, porque se negaba á recoger la dictadura, ó porque aspiraban á tener la dictadura para sí?—Nada sabemos. En triste cárcel, oscuramente, le mataron los mismos cómplices á quienes habia industriado en los manejos de la conspiracion y en el desacato á las leyes. Una dictadura militar, victoriosa, en negra conjuracion, poseedora del Estado, sostenida por numeroso ejército, soberbia y orgullosa con su fortuna, se apercibia á suspender todo gobierno legítimo y á erigir en supremo legislador el sable despues de haber esgrimido el puñal. Parècia que todo la alentaba: el estupor de las gentes sorprendidas, la concurrencia del ejército obediente, la audacia del crímen afortunado, y hasta la complicidad de ciertos revolucionarios, los cuales han adoptado la funesta máxima de que para el fin de emancipar á los pueblos son buenos todos los medios, y son útiles todos los instrumentos.

La legalidad no tenia más que un refugio, la dignidad del Congreso nacional y el valor

del pueblo peruano. Pero la historia de los golpes de Estado se encuentra ahí para demostrar que los Congresos caen fácilmente á los piés de un dictador afortunado, y que los pueblos comprenden difícilmente la virtud y la fuerza de la legalidad. Cuán fácil fué á O'Donnell acabar con nuestras Córtes Constituyentes y á Napoleon disolver la Asamblea francesa. Como el pueblo vió con verdadera indiferencia caer entre el humo de los cañones asfixiada aquella abstraccion que llamaban la legalidad. Se necesita un pueblo educado en las prácticas de la democracia para que comprenda la injusticia que hay en toda dictadura y el interés que le reporta el romperla y aniquilarla. Sólo una larga práctica en la libertad, una clara nocion del derecho humano, un sentimiento íntimo de la propia seguridad, pueden dar á los pueblos esta opcion difícil entre la verdadera y la falsa democracia. El pueblo de Lima y el pueblo del Callao, digámoslo en honor suyo, tuvieron todas estas ideas, todos estos sentimientos en mezcla felicísima. Sorprendidos, desarmados,

corrieron por sus armas y las emplearon en defensa de sus derechos, de su majestad desconocida, de su soberanía usurpada. La dictadura pasó rápida, fugaz, como un delirio. El pueblo peruano volvió por sus leyes, volvió por su soberanía, volvió por su derecho. Las democracias necesitan más que ningun otro elemento social de las leyes, porque toda arbitrariedad las elegirá por víctimas. La democracia peruana ha estado á toda la altura de su destino en el mundo, salvándose á sí misma por un esfuerzo supremo y salvando consigo la integridad de la Constitucion. El nombramiento del doctor Pardo, despues del esfuerzo supremo del pueblo, significa que han concluido en América las revoluciones anárquicas, las dictaduras sangrientas, el régimen vulgar del sable, la invasion de los pretorianos en las Asambleas y de los generales en el poder. Un nombre ha vencido á una fuerza, una idea se ha sobrepuesto á un ejército; el abogado que representaba las leyes al guerrero que sólo representaba su desobediencia y su audacia. El ánimo se consuela de

las desgracias pasadas, y se fortalece con la esperanza de los bienes futuros, al ver como los poderes legales reemplazan á una en toda América á los poderes violentos. Los que hemos anunciado esta trasformacion, los que la hemos previsto, sentimos satisfaccion inmensa al verla realizada. La presentíamos en nuestro corazon y la esperábamos por los cálculos de nuestra política. El Nuevo Mundo ha venido á la vida para realizar en toda su pureza la democracia moderna. Los problemas que aquí se plantean y se resuelven con gran dificultad, allí encuentran luminosas y rápidas soluciones. La amovilidad del poder y su responsabilidad, la separacion entre la Iglesia y el Estado, la enseñanza láica, la federacion de los pueblos han hallado en el nuevo continente sólidas bases para erigirse con verdadero vigor y verdadera estabilidad. El Asia es la tierra de lo pasado; Europa es la tierra de lo presente; América es la tierra de lo porvenir. El nuevo continente está llamado á unir el individuo con la sociedad, la autoridad con la libertad, el órden más per-

fecto de la vida pública con el establecimiento más seguro de la democracia moderna, el progreso y el movimiento en las ideas, con la estabilidad y la solidez en el gobierno de los pueblos. Esa es la gran ventaja de haber venido á la vida sin nuestra larga historia, sin nuestras viejas instituciones, sin el feudalismo que nos condenó á la tutela de las aristocracias, sin la monarquía que erigió en nuestro suelo sobre la humillacion de todos, el privilegio de algunos, el incomprensible privilegio de esas castas asiáticas, sacerdotes hereditarios de la autoridad, que se llaman dinastías. Conserve y perfeccione América esta obra ¡ella! que no encuentra en el camino del progreso las espinas que nosotros nos clavamos tristemente á cada paso. Su gloria lo exige, y la honra del género humano. Para compensarla de sus largos trabajos y de sus contínuos sacrificios, les queda una satisfaccion inmensa, la de haber fundado y establecido en el mundo moderno los dos principios esenciales á la vida; la democracia; y el organismo de esta vida, la República.

CAPITULO II.

DE LA EDUCACION REPUBLICANA EN EUROPA.

A no dudarlo, si Europa es el continente de la monarquía, su educacion la inicia en la República. Y esta educacion democrática no es obra liviana y quebradiza sino ciclópea, obra de todo un siglo, del siglo XVIII. Si cada una de estas divisiones del tiempo, llamadas siglos, se presentara ante la conciencia humana para oir un juicio final, como el anunciado por las religiones á los hombres, el siglo que escribió los derechos fundamentales humanos en uno y otro continente; el siglo que fundó la República en América y arrojó la re-

volucion sobre Europa; el siglo que extinguió las hogueras y destrozó los tormentos; el siglo, que trajo con el viaje de Franklin el espíritu democrático del Nuevo Mundo á nuestro viejo espíritu y llevó allá nuestro sentimiento caballeresco en la cruzada de Lafayette, cruzada que buscaba no el sepulcro vacío de un Dios, sino la causa de la libertad de los hombres; no la tierra estéril de lo pasado, sino la tierra fecundísima de lo porvenir; este gran siglo, hacedor de tantas maravillas, puede exclamar ante el tribunal de la historia: si no forjé el arte moderno como el siglo XV con el Renacimiento; si no forjé la conciencia moderna como el siglo XVI con la Reforma; si no forjé la razon moderna como el siglo XVII con la filosofía, hice más que todo esto; llevé los progresos de tres siglos al derecho; soy, pues, el siglo creador de la nueva sociedad; el siglo que ha encarnado en el espacio la suma total de las ideas, y ha traido á los hombres en una série de reformas realizadas ó preparadas la plenitud de la vida.

Imposible seria conocer los precedentes de

la revolucion sin conocer el siglo que ha producido su idea generadora, su idea madre. Así como la atmósfera envuelve y vivifica nuestro organismo, la idea envuelve y vivifica nuestro espíritu. Y el siglo XVIII no es grande por las ideas que originariamente produjera, sino por la fuerza, por la virtud con que difundió estas ideas en las conciencias. Hay alguna analogía entre el movimiento religioso, que inició nuestra civilizacion, el movimiento cristiano en su siglo primero, y el movimiento filosófico que la remata y perfecciona en su siglo último, en el siglo XVIII. La primitiva teología tiene pocas ideas originales. En su seno van á desaguar tres grandes rios de luminosos pensamientos; uno que fluye de Atenas, otro que fluye de Alejandría y otro que fluye de Jerusalen. Pero el cristianismo se reservará siempre la honra inmaculada de haber moralmente redimido al género humano, porque arrancó las ideas de la escuela y las arrojó á la plaza, porque las encarnó en sus apólogos y se las dió en comunion santísima á los pobres, á los humildes; porque

reveló el sentido humanitario, el sentido social de sistemas abstractos, que vagaban por los espacios de la mente, y que, merced á la inspiracion cristiana, se convirtieron pronto en levadura de nueva vida social, y suscitaron los redentores, los apóstoles, los mártires destinados á trasformar el mundo.

La historia de los hechos es un eco de la historia de las ideas. El siglo XVIII elevó la conciencia sobre todas las preocupaciones, sobre todos los intereses de secta. Despues de haber elevado á esas grandes alturas la conciencia humana rectificó el sentido comun quitándole aquella idea del milagro, que le obligaba á tener el falso concepto de que la naturaleza y la historia se rigen por la arbitrariedad y no por la ley. Juntó seguidamente los hombres en solidaridad superior á la solidaridad cristiana; porque en todos ellos reconocia, fuese cualquiera su religion, su doctrina, su raza, su nacionalidad, el carácter fundamental humano. La justicia fué sustituida en la moral y en el derecho á la gracia arbitraria. La economía política, uniendo las

dos ideas de lo útil y de lo justo, anunció que la guerra sería cambiada con el tiempo y por la cultura general en comercio, múltiple trabajo de recíproca ilustracion y de universales ganancias. Al sentimiento de la irremediable decadencia del género humano, sucedió el sentimiento del progreso. Ya no recordaron los hombres un paraíso perdido á sus espaldas y por sus culpas en lo pasado, sino que creyeron encerrado el paraíso en lo porvenir, brotando de los dobles y gigantescos esfuerzos del pensamiento y del trabajo. Conoció el hombre que así como necesita de todo el universo para su vida, necesita de toda la historia para su educacion progresiva. Cada indivíduo, que se elevaba á la contemplacion de la ciencia, sintió en su corazon y en su mente agolparse las ideas de toda la humanidad. Los ídolos cayeron sin esfuerzo, no con aquella tristeza con que el mundo antiguo se despedia del paganismo agonizante, sinó entre los epígramas de una aguda sátira, que fortalecia él mismo, seguro de no perecer bajo los escombros de las antiguas creencias, seguro de

renovarse en nuevas y más progresivas ideas. Las madres fueron llamadas por una vez elocuentísima á no desmentir ni olvidar la Naturaleza; fueron llamadas á la educacion y lactancia de sus pequeñuelos, robustecidos como cumple á los Hércules que debian limpiar la sociedad de mónstruos. La poesía levantó la Naturaleza, antes menospreciada, á ser tan divina como el espíritu. El cielo con sus astros, el mar con sus infinitos séres, el planeta con su rica vida, formaron como una gran sinfonía ó como una epopeya viviente. El hombre no se reconciliaba solamente con el hombre; reconciliábase tambien con la Naturaleza. Voltaire y Swif llevaban á esta obra humana la ironía inmortal que acabó con tantos ídolos; Rousseau, el antiguo ideal republicano y calvinista de Ginebra, dulcificado por una grande elocuencia; Montesquieu, el espíritu histórico y jurídico de la libertad inglesa; Franklin la electricidad revolucionaria, la agitacion democrática que sentia la jóven América en el momento de dar á luz su nueva organizacion social; Kant, Lessing, Heerder, la conciencia

y la razon germánica; Pombal; Campomanes, Aranda, el sentido práctico de la inquieta rasa ibera; Alfieri, la forma severísima, el clásico relieve, las inspiraciones trájicas de la eterna musa de la historia moderna de Itália; y con todas estas corrientes de ideas, sin que sus mismos autores lo supiesen, formábase en el cerebro del género humano una nueva alma fortalecida con un nuevo derecho.

Merced á esta educacion prodigiosa, concluyó el absolutismo en la conciencia mucho antes de que concluyera el absolutismo en el espacio.

¡Y qué trasformacion del espíritu humano! Para ver á qué extremos conducia el absolutismo, no hay sino mirar el estado de Francia y España al estallar la revolucion; Francia y España, las dos naciones que rigieran á Europa en los siglos XVI y XVII. España fué, durante el primero de estos siglos, nacion de predominio europeo por Cárlos V y Felipe II; porque poseia un imperio como nunca lo tuvieron ni Ciro, ni Alejandro, ni César, ni Carlo Magno. Francia lo fué tambien durante

el brillantísimo período de la juventud de Luis XIV.—¿Y á qué estado vinieron poco antes de sus respectivas revoluciones ambos pueblos?

Miremos primero Francia. La córte de Luis XV se revolcaba en la prostitucion, y sólo creia placer el vicio. Los nobles esprimian sobre sus tierras abandonadas el sudor del pueblo para obtener rentas que despilfarrar en París y en Versalles. Nueve millones de hectáreas yacian sin cultivo, y el desierto con sus desolaciones devoraba el territorio nacional. Las viviendas de los campesinos competian con las chozas de los salvajes. Rodeadas de inmundicias entraba la luz y el aire del cielo por una sola rendija como en las madrigueras de las alimañas selváticas. Vestian una borra incapaz de preservar del frio y del calor sus cuerpos; comian una pobre sopa de negro pan, aderezada con tocino. La administracion no podia ocurrir al remedio de estos males. Eran los cargos concejiles vendidos y vinculados en familias ricas, que los convertian necesariamente en

manantial de lucro para sí, de miseria para los inferiores. Mientras tanto, clero, aristocracia, reyes, dábanse á todas las combinaciones del agio, por más fantásticas é increibles que fueran, como la empresa de Law. El trabajo no se consideraba derecho inherente á la vida, sino merced graciosamente dispensada por el rey: Los gremios caian desde el trono sobre toda espansion de la actividad individual. Vendíanse los títulos de maestros como los cargos del municipio. Las máquinas estaban bajo el peso de antigua reglamentacion, y los inventos bajo el veto de antiguos privilegios. Poco más de sesenta mil trabajadores tejian lana para los innumerables pobres, mientras catorce mil trenzaban blondas para los escasos nobles. Novecientos millones de francos producia la industria de toda la nacion, tanto como hoy produce la industria de una sola provincia. La servidumbre engendraba su prole inextinguible: la miseria y la ignorancia.

El malestar social no era en España tan grande ni tan por extremo intenso como en

Francia. Pero en cambio habia el pensamiento del siglo atravesado mucho ménos por nuestra inteligencia. Feijóo, que combatió grandes preocupaciones, jamás podrá ser colocado á la altura de Voltaire, ni el movimiento regalista de nuestros jurisconsultos á la altura de la Enciclopedia. La iniciativa intelectual de los siglos XV y XVI habia pertenecido á España é Italia; la iniciativa intelectual de los siglos XVII y XVIII, pertenecia de derecho á Inglaterra, Alemania y Francia. El clero, aunque la amortizacion comenzaba á ser combatida, poseia riquezas inmensas, é inmenso poder. El Arzobispo de Toledo recibia más rentas que el rey de Portugal. Existian los señoríos jurisdiccionales, trabajaba el pobre sólo para el rico. Así la situacion económica era horrible, á pesar de nuestros tesoros de América. A ochocientos veinte millones de reales subia nuestro déficit, y á cuatro mil ciento ocho millones de reales nuestra deuda. Las clases que cobraban del Erario llevaban setecientos millones de atrasos. Y el despilfarro crecia, sin embargo, hasta el ex-

tremo de percibir los consejeros de Castilla cuarenta mil duros por año. Las Córtes habian pasado á ser una sombra, y los municipios el predio de familias privilegiadas. Era tanto el silencio, tanta la atonía, que, antojadiza reina, de sangre voluptuosa y ardiente, celebraba sus báquicas y chipreas fiestas sobre las espaldas del pueblo español dormido; y para ceñir una corona al amante elevado desde el vicioso lecho á las alturas del trono, entregaba aquella mujer prostituida á los conquistadores la independencia y la honra de nuestra ilustre patria.

Pues todos estos males se curaron pronto con el bálsamo de las ideas. Y de todos estos sepulcros salieron los luminosos ángeles de la redencion social. La filosofía del siglo XVIII habia educado en la libertad á las generaciones revolucionarias. No habia remedio, las generaciones revolucionarias, así educadas, habian de traer la República.

Este nuevo espíritu tendia á encarnarse en nuevas formas. No podia ser esta forma otra que la forma republicana, única compatible

por su variedad, por su amplitud con el ideal humanitario y democrático de la nueva revolucion. Mas esta revolucion tenia que luchar en la realidad, con obstáculos casi insuperables, con obstáculos que se han quebrantado, pero no se han destruido todavía en Europa.

Una Iglesia gerárquica, imbuida de su derecho divino, cimentada en tradiciones seculares, representaba la autoridad, y la autoridad indiscutible. Esta Iglesia recoje al hombre en la cuna y lo bautiza con sus ideas; pone junto á la infancia los ángeles custodios; bendice el amor y la familia; aviva la fantasía con sus templos llenos de todos los milagros del arte; da á cada una de las necesidades más legítimas de la vida un protector en la gerarquía de sus santos, y á cada una de las facultades más fundamentales del espíritu un alimento en la série de sus dogmas; convierte á los ojos de la tierna madre que ha perdido un pequeñuelo el cadáver en sonrosado ángel; y cuando sólo quedan de la Naturaleza humana los restos, los despojos, como armadura que-

brada y deshecha en las batallas de la vida, todavía recoje estos restos en sus sepulcros, y hasta más allá del sepulcro se comunica con las almas por su liturgia llena de relaciones con los muertos, y sus plegarias, que se pierden como las nubes de su místico incienso en la inmensidad de los cielos. Una institucion así, que abraza cuerpo y alma, vida y espíritu, presente, pasado, porvenir, cuna y sepulcro, poniendo el sello de su autoridad divina, indiscutible, sagrada en todos los actos de la vida, sellaba tambien las almas con marca indeleble de eterna servidumbre.

Las Universidades, que educaron durante la Edad Media al estado llano, y que contribuyeron poderosamente á prepararlo para la libertad municipal, sometidas á los reyes absolutos y á los pontífices, enseñaban una doctrina de argucias, de sofismas, doctrina en la cual desaparecia la realidad del espíritu y de la Naturaleza, el criterio de la razon y el criterio de la experiencia bajo tradiciones teológicas que habian pasado por su artificio á ser contradiccion absoluta con toda la ciencia.

Una aristocracia territorial posea títulos, señoríos, preeminencias que á un tiempo degradaban y empobrecian á los pueblos. La nocion del derecho, que es una nocion salvadora, oscurecíase tras toda la legislacion positiva, grande fárrago de disposiciones contrarias en que, predominando la idea de la antigua jurisprudencia romana, elevábase la voluntad del príncipe á ser una especie de voluntad divina, puesto que era fuente de derecho. La administracion pública aparecia como una administracion cortesana. El municipio se asemejaba á la curia en los dias últimos del romano Imperio por su degradacion y su esclavitud. El ejército se consideraba como una guardia del monarca, y la táctica del gran filósofo, que reinaba en Prusia, lo habia acabado de convertir en máquina más sometida aun á la voluntad real. Europa era, pues, el gran feudo de la monarquía; los hombres eran vasallos. Trasmitíase el poder y la autoridad sobre esos hombres, como se trasmite la propiedad á las venideras generaciones, por herencia. Y estaban de tal suerte

acostumbrados á este régimen los pueblos, que ni siquiera sentian latir en su voluntad los impulsos del libre arbitrio, y en su mente la idea del derecho natural que trae consigo cada hombre á la vida.

De esta suerte se comprende cuán difícil es fundar la República en el teocrático y feudal suelo de esta vieja Europa. Sólo América puede adivinar la inmensidad de obstáculos que por todas partes nos cierran el paso. Los americanos del Norte no tenian tradiciones en el espíritu de nuevo creado por las reformas; ni ruinas en el suelo, vírgen de las antiguas leyes; huian del despotismo religioso y político de Europa é iban á fundar en el Nuevo Mundo una sociedad opuesta á la antigua sociedad europea, basada sobre la monarquía y la Iglesia; hijos espirituales eran del pensamiento emancipado; sangre sajona discurria por sus venas; la persecucion no logró doblegarlos ni la conquista normanda someter su republicana secular fiereza; puritanos llamábanse en señal de su nativa integridad; que sacudiera más allá del Atlántico todas las cenizas de la Edad

Media; y sin embargo, por hallarse en contacto con grandes instituciones, no tan democráticas como las forjadas en sus ideas; por hallarse en contacto con la aristocracia del Maryland, con la oligarquía caballeresca de la Carolina, y con las leyes británicas de Virginia; por haberse unido con territorios de espíritu católico y de educacion monárquica, han tristemente necesitado pasar por una de las guerras más gloriosas, pero más cruentas de la historia, por la última guerra contra la esclavitud: que sólo entre las llamas se derriten ¡ay! en el mundo las pesadas cadenas de los siervos.

Pero las ideas vertidas por el siglo XVIII debian dar de sí más tarde ó más pronto, organismos republicanos. Las formas de gobierno encarnan el espíritu de los pueblos, como las especies encarnan la vida del planeta. Hay analogías misteriosas entre el nacimiento de ciertos organismos materiales en la tierra y el nacimiento de los organismos políticos en la sociedad. Ni la materia ni el espíritu son inertes. En su actividad, en su trabajo, el es-

píritu produce ideas; en su movimiento, la materia produce calor, electricidad, magnetismo, vida. Las ideas, que parecen abstractas, divulgadas por infinitos conductores, modifican las conciencias, y con las conciencias el estado social; como los grados de calor, de humedad, como las corrientes eléctricas y magnéticas han modificado los diversos terrenos del globo en su lenta y progresiva formacion. Y en cuanto las conciencias se han modificado, y esta modificacion de las conciencias ha traido un nuevo estado social, brotan nuevos organismos sociales, como brotan nuevos organismos materiales del estado físico, químico, biológico de las diversas regiones planetarias. En la Naturaleza, las nuevas formas progresivas vivientes tienden á reemplazar las viejas formas que permanecerán fijas é inmóviles; y lo mismo sucede en la sociedad. Cada nueva especie en la Naturaleza se forma y se mantiene en razon de alguna ventaja que posee sobre las especies con que batalla hasta que resulta la extincion de los organismos inferiores. Y lo mismo sucede en

la sociedad, pues aquella forma social, aquella institucion que predomine en las grandes batallas por la vida, predominará definitivamente en virtud de reales ventajas, y aniquilará todas las formas que se opongan á su existencia y desarrollo. En el capítulo X de su admirable libro sobre el *Orígen de las Especies*, dice Darvrin: las especies extinctas no reaparecen, y las formas de la vida brotan casi simultáneamente en el mundo entero. Y esta ley del universo, añado yo, es una ley de la historia. ¿Dónde ha reaparecido la casta una vez destruida? ¿Dónde la sociedad antigua despues que el cristianismo trajo su espíritu humano y los bárbaros trajeron su espíritu individualista á la nueva sociedad? ¿Qué restauracion ha sido idéntica á la forma social que ha creido renovar? ¿Y qué restauracion reaccionaria no ha precipitado el triunfo de las nuevas ideas que se proponia extinguir? Y lo que decimos de la extincion de las antiguas formas sociales, decimos de la simúltánea aparicion de las nuevas formas sociales por todas las zonas sujetas á una misma cultura. Los pueblos en la

Edad Media no tenian las relaciones que hoy. Muchos de ellos apenas se conocian, ó se conocian por la guerra que sólo engendra ódios. Los pensadores vivian y morian á la sombra del claustro, y la falta de imprenta incomunicaba las inteligencias. Mas, á pesar de todas estas desventajas, la aparicion de los grandes fenómenos sociales eran simultáneos casi en su desgarrado seno. Durante el siglo x, el terror teocrático sobrecoge y paraliza á todos los pueblos europeos; durante el siglo xi, sobre la tierra humedecida de sangre y bajo el ala de la Iglesia, van dibujándose los borradores de las futuras nacionalidades. En el siglo xii á un tiempo brota el inquieto espíritu que lleva los pueblos á las cruzadas, y de las cruzadas brotan las comunidades civiles, y de las comunidades civiles las raíces de las democracias. En el siglo xiii empieza el quebrantamiento del feudalismo y de la teocracia simultáneamente; y llegan á verse asaltados en el siglo xiv simultáneamente tambien, el feudalismo por los reyes; la teocracia por los cismas y los concilios. Pues si esto ha sucedido en siglos más

atrasados, ¿no sucederá en nuestro siglo, que las ideas republicanas, formuladas por todas las inteligencias superiores, se encarnen y se organicen y se difundan en las diversas latitudes adonde alcance este espíritu de nuestra civilizacion, que es y no puede ménos de ser, esencialmente democrático?

Los hechos capitales históricos determinan la vida de una época, y son como el gérmen de larga série de evoluciones sociales. Al caer Troya se forma el mundo griego; al caer Tiro bajo Alejandro, el espíritu griego penetra en el Oriente; al fundarse Alejandría, las tres corrientes del espíritu antiguo encuentran como un centro comun; al caer Jerusalen bajo Tito, el cristianismo se difunde; al caer Roma bajo Alarico, se desarrolla el individualismo germánico; al caer Constantinopla bajo los turcos, el Renacimiento comienza: Guttenberg crèa el nuevo órgano de las ideas, Rafael y Vinci el nuevo arte, Lutero la nueva conciencia, Copérnico el nuevo cielo, Colon la nueva tierra. Pues bien, así que el santuario de la antigua monarquía, Versalles, cae asal-

tado por los pueblos, que invisibles ideas agitan y encrespan, y llevan hasta desacatar la autoridad real, hasta arrojarla desde el trono al cadalso, el movimiento republicano de Europa, movimiento con varias y encontradas determinaciones, con diversos y opuestos aspectos, con puntos de detencion y aun de retroceso, sigue y sigue, ya oculta, ya manifiestamente, unas veces en la ciencia, otras en la realidad, ya tumultuoso, ya ordenado, comenzando por convertir las monarquías absolutas en monarquías constitucionales, hasta que concluya por convertir las monarquías constitucionales en repúblicas democráticas. Nadie podrá impedirlo, nadie. Lo pide la razon; y lo impone la Providencia.

CAPITULO III.

DEL CARACTER REPUBLICANO DE FRANCIA.

Por su espíritu militar, por su administracion centralizada, por las históricas oposiciones á los grandes señores que mil veces quisieron desmembrarla, era Francia una nacion esencialmente monárquica, y podia llamársela fundadamente la nacion por excelencia de la monarquía. En el tiempo en que la monarquía de España declinaba, y se suspendia institucion tan poderosa en Inglaterra, llegaba á su apogeo en Francia bajo el nombre ilustre de Luis XIV. Y esta nacion, sin salir de la forma monárquica, desenvainaba su espada al si-

glo siguiente de Luis XIV, en compañía de la España absolutista, á favor de la democracia universal, á favor de la democracia americana. Y llamó á la democracia americana la democracia universal, porque todos los movimientos democráticos anteriores al movimiento de los Estados-Unidos tuvieron objeto nacional. Lo tuvo el movimiento de Suiza contra Austria; lo tuvo el movimiento de Holanda contra España; lo tuvo el movimiento de Inglaterra contra el vergonzoso protectorado de Francia; pero el movimiento de América no fué sólo contra Inglaterra, fué un movimiento más íntimo y más humano: proclamó los principios democráticos, los derechos fundamentales, como independientes de toda circunstancia histórica, como desligados de todo accidente geográfico, y declaró su universalidad. Y al empaparse Francia, la nacion más monárquica de Europa, en este sentido profundamente democrático, no sólo puso á servicio de la democracia sus inmensas fuerzas militares, su vasto y autoritario organismo, sino que, nacion medio germánica, medio latina, árbitra

durante mucho tiempo de la larga lucha entre los pueblos católicos y los pueblos protestantes; centro geográfico de Europa; su verbo, porque, ya á la sazon, habíase difundido la lengua francesa entre las clases ilustradas, tenia, como ningun otro pueblo, aptitudes providenciales para la difusion de las ideas republicanas por el mundo, abierto á los rayos luminosos de su espíritu.

Podrán echársele en cara á Francia, como algunos escritores germanos, vacilaciones entre el espíritu aleman y el espíritu latino; incredulidad religiosa al punto de pasar desde la mogigatería borbónica á la duda volteriana, desde la duda volteriana al deismo robespierista, y desde el deismo robespierista al concordato napoleónico; podrán echársele en cara cambios bruscos del absolutismo á la anarquía y de la anarquía al absolutismo; excesos de libertades reprimidos por excesos de dictaduras; tendencias á la igualdad, que se resuelven siempre en romano cesarismo y en oligarquías burocráticas; proclamacion de principios humanitarios y procedimientos de

terror, de guerra, de matanza; podrán echársele en cara estos y otros defectos, mucho más hoy que es de moda insultar á Francia humillada y vencida: pero el género humano será de negra ingratitud miserable reo, si olvida que todas las ideas modernas se democratizaron y se difundieron por el tribunado, por el apostolado de Francia, por su genio propagador y cosmopolita; que ella democratizó y difundió el protestantismo con el genio de Calvino; que ella democratizó y difundió la filosofía con la pluma de Voltaire; que ella democratizó y difundió la revolucion moderna con la palabra de Mirabeau y de Danton; que ella, esa Francia tan calumniada, tiene aun el privilegio de agolpar en momentos supremos y críticos á su cerebro la idea, y á sú corazon la sangre de toda la humanidad.

Cuántas veces la reaccion, sin embargo, monárquica se ha levantado en su seno. Cuántas veces la reaccion monárquica ha querido enlazarse, unirse con sus ideas generosas, caber, digámoslo así, dentro de su gran corazon. La monarquía antigua, despues de haberse largo

tiempo resistido á tanta humillacion, aceptó la obra de la Constituyente como un pacto entre el trono histórico y el pueblo emancipado. Pero Francia rompió este pacto. La monarquía militar, levantada sobre las bayonetas de Marengo y de Arcole, quiso ser el cetro y la espada de la democracia. Pero la derrota rompió ese encanto, y Francia, aun bajo la planta de los aliados, recordó que sus sentimientos eran sentimientos republicanos. En vano la monarquía de los Borbones intentó seducirla con las apariencias de la antigua tradicion y de la antigua gloria; en vano las ideas y los intereses orleanistas que eran ideas é intereses de las clases medias, ciñéronse una corona y llamáronse la mejor de las Repúblicas; en vano el tercero y último Napoleon se dijo el representante de los principios revolucionarios, el jefe de la plebe, el magistrado del sufragio popular, el tutor del trabajo, el César del socialismo; en vano tanto esfuerzo: el genio francés, á pesar de sus largos eclipses, ha permanecido incontrastablemente fiel á la democracia republicana.

Y no podemos desconocerlo ni negarlo; tiene la idea republicana en Francia muchos matices y pertenecen sus partidarios á muchas sectas. Pero esta verdad, que á los ánimos apocados aflige, debe fortalecer á los ánimos conocedores de que solamente en la República puede estallar la rica variedad de la vida humana. ¿Echaríamos en cara á los espacios el que en su inmensidad quepan todos los mundos? ¿Tendremos por un defecto de la República el que en sus instituciones puedan todas las ideas desarrollarse? No hay idea alguna que no aspire á la mayor suma de libertad posible para difundirse en virtud de la propaganda y realizarse en poderosas organizaciones por medio de la asociacion. Y si no hay idea que no aspire á la mayor suma de libertad, no hay forma de gobierno que pueda resistir sin quebrarse el calor de la libertad, como la forma republicana. Por eso todo el movimiento de las ideas modernas se ha encauzado en Francia necesariamente dentro de la República, natural organismo de nuestro espíritu.

Mucho se ha criticado á los hombres denominados del cuatro de Setiembre, porque recibida la noticia de irreparables desastres, prisionero el emperador, reciente la rota de Sedan, el nuevo Waterlóo, proclamaron la República en medio de una revolucion. Pero quien así discurre, desconoce, lo mismo el movimiento de las ideas que el movimiento de los hechos. Para nadie era un misterio que no podia perder Napoleon una sola batalla sin perder al mismo tiempo su corona. Para nadie era un misterio que no podia derrumbarse el trono de Napoleon sin ser inmediatamente sustituido por la República. Estaban de tal manera impresas en el sentimiento universal estas creencias, que á un dia fijo, á una hora por nadie señalada ni convenida, como si el viento que venia del Este, trajese disuelta la idea y se la comunicase á las ciudades de Francia, levantáronse todas, Marsella, Burdeos, Lyon, Nantes, á destituir el imperio y proclamar la República. Desde entonces, desde aquel momento, podrán los monárquicos de todos los matices intrigar en los pala-

cies, conspirar en los conciliábulos para rehacer la monarquía; mas las clases verdaderamente productoras y mercantiles que gustan de la estabilidad social y del órden que la estabilidad social engendra, sostienen como un hecho, pero como un hecho ya definitivo é inmutable, la victoria de la República.

Es verdad que este hecho no fuera ni tan necesario ni tan universal si no lo produjese la idea que es la vida y el alma de los hechos. El pensar parece una operacion abstracta, propia del espíritu recluido en su impalpable y etérea esencia. Un pensamiento pasa á los ojos vulgares ó inadvertido ó fugaz, como esos aereolitos, que cruzan por el cielo de nuestras noches serenas. Y sin embargo, la idea es en la sociedad como la sávia en la vegetacion, como el oxígeno en el aire, como la luz en el universo, como el calor en la luz, como la vida que compenetra, y alimenta, y sostiene á todos los séres. La sucesion de las ideas no ha sido mera sucesion de abstracciones, de fantasmas, sin realidad y sin forma. La sucesion de las ideas ha sido como la trama de la vida

humana en la historia. Sobre la corriente de los hechos ha fluido la corriente de las ideas, como sobre todos los fenómenos terrestres se extiende la atmósfera. Cuando estudiais la filosofía estudiais lo esencial á cada época. El hecho es un accidente. La idea nos da lo universal en la conciencia y en la vida. Las leyes, independientes de toda condicion y circunstancia, las leyes así de la Naturaleza como del espíritu, no pueden ser conocidas sino por la idea, ni formuladas sino por séries de ideas. En cada sér brilla esta alma que es su invisible resplandor. Las cosas mismas no llegan á nuestro entendimiento sino por medio de las ideas. ¿Qué seria de la vida, de sus relaciones con el universo, de sus relaciones con la historia, si no tuviéramos lo ideal? Así los movimientos sociales, antes que todo y sobre todo, se rigen por ideas, como el movimiento cosmológico se rige por fuerzas. Y nunca, nunca hubiera brotado la República en Francia con tanta expontaneidad si no hubiera sido preparada por una gran literatura.

«Permítame el lector reproducir aquí las

observaciones que he escrito en otra parte sobre la moderna literatura francesa. La literatura contemporánea francesa ha sido la literatura de los conversos. Han abundado en este siglo las almas artísticas, esas almas canoras, destinadas, si no á producir, á propagar el pensamiento, á evangelizar las generaciones; almas que cantan porque sienten, y que sienten resonar así la voz del humano espíritu como la voz del universo material; y heridas, agitadas, convulsas, se exhalan por fuerza en cánticos, que suelen ser como el himno de lo porvenir, como el crepúsculo de las nuevas edades.»

«Entre estas almas artísticas descollaban tres: el alma de Lamartine, el alma de Víctor Hugo, el alma de Lamennais. Pues las tres grandes almas, que bastarían por sí solas á honrar todo un siglo, tuvieron su nido en los altares, en los panteones de lo antiguo, en la ogiva gótica, en el sepulcro del caballero cruzado, en la cúpula arrebolada de la catedral católica por donde las piadosas oraciones aun suben á lo infinito. Lamartine, el poeta de la

espiritual melodía, tan perfecto en las formas como un griego de Pericles; tan melancólico en el fondo, como un místico de la Edad Media, estaba llamado á cantar la elegía sobre la tumba de las sociedades antiguas entre el rumor que forman las ideas muertas en la conciencia, rumor tan poético y tan triste como el rumor de las hojas secas en el bosque. Víctor Hugo, el poeta de lo gigantesco, de lo ciclópeo, de lo sublime; el poeta, que lleva todavía en su frente la volcánica aureola de los antiguos Titanes; despues de sacar con su maza á las piedras de las ruinas dispersas ó enmohecidas por la humedad de las plantas funerarias, todas las chispas de poesía guardadas en sus moléculas, íbase ¡él! que ante todo y sobre todo es una energía, una voluntad, á cantar los loores de aquel César, que tuviera un momento en las garras de sus audaces victorias, el mundo como en peso, y tiñera en sangre los blasones de todos los reyes, y deslumbrara con su genio relampagueante los ojos de todos los pueblos.»

«Lamennais estaba con lo pasado más com-

prometido todavía que Lamartine y Víctor Hugo; porque Lamennais era sacerdote. Sus rodillas habian mellado las gradas de los altares; sus manos plegadas, cruzadas siempre, se habian cogido al velo del santuario como el niño lloroso y asustado al traje de su madre. Él no queria ver otra luz que la luz de las lámparas ardiendo bajo las bóvedas sagradas, ni oir otra armonía que el órgano y el cántico litúrgico, llenando de fé y de esperanza los corazones místicos. Breton, criado en aquellas regiones de costas agrias y de mares tempestuosos, el mugido de las selvas druídicas, mezclado al mugido de las olas hirvientes, le daban acentos rudos para cantar al implacable Dios del castigo y de la justicia, reclamado por el siglo de la glacial indiferencia en religion y en moral, por el siglo de la empedernida protervia. Todo lo cautivaba en el catolicismo: la autoridad absoluta, la sumision completa, la gerarquía aristocrática, el genio tradicional é histórico, la materia sometida al espíritu, los reyes á los profetas, el mundo al papa, que en magistratura moral y religiosa

convirtió la antigua magistratura de los Césares, sobre la tierra sumisa y obediente. De suerte que los tres grandes artistas de Francia: Víctor Hugo, Lamartine, Lamennais, eran napoleónico el primero, legitimista el segundo, y el último ultramontano. Podia decirse que vegetacion tan exuberante, flora tan rica, aparecia como vegetacion, y flora de los sepulcros, sólo propia á dar frutos llenos de cenizas sobre los hosarios y para los muertos.»

«Mas el viento del siglo penetró en aquella selva petrificada llevándole su vida y su calor. A su vez, Lamartine fué á Oriente y tuvo, como los profetas, revelaciones misteriosas en el desierto. Las monótonas y uniformes soledades revelaron á su génio la unidad del espíritu humano como á Moisés y á Mahoma la unidad de Dios. Y desde el momento en que aprende el hombre la unidad del espíritu humano, aprende tambien la unidad fundamental del derecho. Así, cuando Lamartine ve dibujarse en los horizontes caldeados de Tierra Santa la Jerusàlen, que él habia querido buscar con la fé de los antiguos cruzados, llevaba

ya el mordisco de la duda en el corazon; y sólo vió en la ciudad, no el templo vivo de un Dios adorado, sino el jigantesco fósil, organismos de una vida legada en herencia á otras regiones, á otros mundos, á otros organismos, ya más progresivos y perfectos. Sus labios no besaron el sepulcro del Cristo muerto de la leyenda, mecido por los cantos litúrgicos de los sacerdocios gerárquicos, sino el sepulcro del Cristo resucitado por el espíritu moderno, vivo en las instituciones libres, que daba ideas sociales en comunion universal á las democracias emancipadas. Y á la luz de esta trasfiguracion de su genio, como si él mismo se resistiese á creerla, cogió la pluma para maldecir la revolucion francesa, que persiguiera y dispersara su familia, buscando en los crímenes de aquella época fraguas para forjar de nuevo su antigua fé; y mientras la voluntad tiraba á escribir la elegia sobre los cadalsos de los sacerdotes y de los reyes, la conciencia le dictaba un cántico á los principios regeneradores, á los pueblos emancipados, á los filósofos que presentian el nuevo

Verbo, á los oradores que lo hablaban, á los legionarios que morian como los griegos de las Termópilas, á los cánticos del pueblo en que renacia la virtud creadora de la antigua oda pindárica, á los mártires de la libertad humana; encubriéndose á sus ojos los crímenes de la revolucion universal entre los rosados vapores de las ideas como en la tragedia antigua se pierden, se desvanecen los horrores entre las estrofas del coro que eleva un cántico eterno de amor y de esperanza. Por estas trasformaciones el poeta legitimista contribuyó á derribar un trono y á fundar una República; pero, sobre todo, á poner como de relieve la democracia en la conciencia de un siglo.»

«Iguales trasformaciones sufrieron Víctor Hugo y Lamennais. Aquel que habia contribuido á exaltar la epopeya napoleónica, por sentimientos aprendidos en la educación primero, y despues por su guerrera grandeza; sorprendido en la cima de la tribuna, y en la plenitud del genio, de la gloria por una revolucion, llena y henchida de ideas, consagróse

á ser el defensor de la República, de la libertad, de la democracia en sus obras, y el incansable perseguidor de la restauracion imperial. Jamás la poesía flageló tan duramente el despotismo. Los tiranos de Babilonia y de Nínive, los reyes idólatras que elevaban sus efigies en los altares consagrados á los dioses, no fueron maldecidos por los antiguos profetas como el tirano de Francia por el genio más grande y más varonil que en el siglo presente ha producido Francia. Desde la ironía hasta la invectiva; desde la sátira hasta la epopeya; desde el epígrama punzante hasta la lírica oda, todo fué empleado con severa implacable justicia para perseguir al asesino de la República, atormentado por estas obras del genio como el griego parricida por las furiosas Eumenides. El dictador lanzó sus legiones pretorianas sobre la libertad y la democracia; pero Víctor Hugo lanzó su inspiracion sobre el dictador, y lo marcó severamente con el fuego de sus eternas ideas y el hierro de la sátira en el corazon y en el hígado, en el nombre y en la conciencia. Estos inmortales ver-

sos engendran prontamente una juventud dispuesta á jurar odio inextinguible á la tiranía. Durante todo el Imperio, los jóvenes se recitaban al oido, en las escuelas, sigilosa, pero entusiastamente, los versos del poeta, y se decian que las abejas del manto imperial, esos insectos del trabajo y de la miel incrustados allí para adornar y enaltecer al vulgar hombre de la guerra y de la sangre, despertaríanse al calor de la vergüenza, y clavarían sus aguijones en el cuerpo imperial hasta devorarlo y consumirlo en el trono, como devoran y consumen el cuerpo del zángano en la colmena. Tácito y Juvenal escribieron tambien contra la corrupcion de la tiranía; pero no lograron como Víctor Hugo ver en tierra á los tiranos, porque ni las generaciones eran tan libres como las generaciones presentes, ni las ideas entonces tan poderosas como son hoy nuestras ideas.»

«Parecia que el escritor ménos destinado á cambiar de todos los escritores era el sacerdote Lamennais. Sus ojos se habian fijado en el polo inmóvil de la idea de Dios. Allá, por la

mística luz donde su alma se bañaba, podian verse los arquetipos eternos del universo; podia oirse la música de los mundos al girar sobre sus ejes en lo infinito, mezclada con el himno, con el hosanna de los ángeles; pero no podian verse ni los vapores ni los remolinos de polvo que se levantaban de los hechos diarios; no podian oirse los huracanes que rafagueaban ruidosamente en el hervor de nuestras pasiones. Del templo al bosque, del bosque al mar, del mar á la predicacion, del trabajo de escritor al cenáculo de los discípulos, del cenáculo de los discípulos á la muda contemplacion de la Naturaleza para recoger algo de su vida en el pensamiento y algo de su armonía en el estilo; era el sacerdote breton, como un padre de la Iglesia, entregado todo entero á pensar en las cosas eternas. ¡Él! que veia los altares y los sepulcros, los templos, y tras los templos la eternidad; los cuerpos, como armaduras quebradizas; las almas, como fuego que sube á los cielos; la oracion, como el único ejercicio digno del hombre; la inmortalidad, como el único puerto de dolor, á duras penas

podia escuchar siquiera, y si alguna vez lo escuchaba, podia estimar en algo el rumor de nuestras cadenas y el clamoreo confuso de nuestros lamentos. Sin embargo, un dia creyó que no bastaba con adorar á Dios si no se elevaba á su pureza primitiva el santuario más digno de Dios, el espíritu del hombre, por la libertad y por el derecho. La Roma pontificia, que guardaba la idea de la autoridad arriba, de la obediencia abajo, del culto material y externo al Dios vinculado en los símbolos de una teocracia medio asiática, lanzó un anatema sobre el sacerdote breton semejante al que lanzara en otros siglos sobre Lutero. Desde aquel punto Lamennais fué el apóstol de la idea de su tiempo. Sin dejar de ser cristiano, apareció Cristo en su pensamiento, hijo del artesano, esclavo de Roma, víctima de la tiranía, mártir de la igualdad, el tribuno de los desheredados y de los oprimidos, enemigo de los reyes y de los poderosos, profeta del progreso, predicador sublime de la fraternidad universal, que no cabia en el estrecho recinto de una Iglesia privilegiada, histórica, sujeta á las cir-

cunstancias del tiempo, sierva de toda tiranía, Iglesia que levantaba el trono del Cesarismo degradante donde no habian osado los antiguos Césares, en el centro del infinito espíritu humano, corrompido y degradado en la abyeccion de una servidumbre que ahogaba hasta la conciencia.»

«Y estos tres hombres habian nacido para obrar por el arte en el sentimiento. Y cada cual tocó alguna de esas vibrantes cuerdas que hay en el arpa sonora del corazon humano. Y el sentimiento sonó como habia sonado en el siglo anterior al soplo de la elocuencia de Rousseau. Y esa aspiracion vaga, que crea los héroes y los martires, fué apoderándose de toda una generacion, que al cabo concluyó por enamorarse de la libertad, de la democracia y de la República.»

Es verdaderamente extraño este fenómeno repetido en tres de los escritores que más imperiosamente han dominado á Francia. Pero este fenómeno se explica de una manera bien natural y sencilla. Nacido cada uno de ellos en familias dadas á las antiguas

ideas; educados supersticiosamente en el culto á creencias ajenas á su tiempo, en cuanto salieron de la estrecha atmósfera doméstica á la más lata esfera social, respiraron por todos sus poros el génio de Francia. Y el génio de Francia, á pesar de sus continuados eclipses, pertenece en todo á la moderna sociedad, al siglo décimo-nono, á la democracia, á la República. Abandonados á su inspiracion individual, fueron monárquicos, católicos, imperialistas, aristócratas. Intérpretes de la inspiracion universal, fueron liberales, demócratas, republicanos. Los tres en grados diversos eran poetas; y los poetas se parecen á la grande muda estátua del antiguo Egipto que hablaba cuando la herian los rayos del sol. No era posible que tres génios de esa colosal estatura, vivieran, el uno en los cuarteles del imperio, el otro en las sombras del cláustro, el otro en los salones de los castillos feudales. Habian de salir tarde ó temprano de su encierro al ether, y habian de encontrar en el ether la luz y el calor de la nueva vida. El génio francés habia de pre-

dominar sobre su génio individual. Y el génio francés podrá ser más ó ménos democrático, más ó ménos liberal; pero es esencialmente republicano. En el siglo que corre, desde la hora solemne y decisiva en que murió la antigua monarquía, no ha podido fuerza alguna imponerle el principio hereditario.

Todos los delfines, todos los herederos, nacidos en las gradas del trono, han muerto en las sombras del destierro. Representaban, como las castas orientales, el principio de una autoridad hereditaria, de un privilegio hereditario; y su grandeza ha sido su desgracia. ¡Quién le hubiera dicho al Delfin, al hijo de María Antonietta, cuando se educaba en Versalles, saludado como un descendiente de los dioses, por los nobles, por los obispos y por los generales, que del palacio habia de pasar á la cárcel; que del trono donde le protegia el génio de Luis XIV habia de caer bajo la tutela de un zapatero; que de aquellas eminencias donde todos lo miraban y lo admiraban, habia de descender á una oscuridad tan profunda que todavía se ignoran las últimas ho-

ras de su existencia y el lugar y el momento de su muerte, como si el génio del siglo, y la Providencia de Dios hubieran querido enseñar á los reyes, á los eternos protagonistas de la Historia, que habian sido precipitados desde las alturas de su antiguo renombre y fama al osario comun donde los huesos y las cenizas se mezclan en el comun olvido!

Y desde el dia de esta catástrofe el génio de Francia ha diseminado y esparcido y proscripto por el mundo á todos los antiguos representantes del príncipio hereditario, del principio monárquico. No pudo trasmitir Napoleon á su hijo el génio de conquistador que tronaba en su cerebro. Nació rey, nació heredero de vasto imperio, nació llevando el nombre de la ciudad que ha fundado el imperio de la autoridad en el mundo moderno; y cuando parecia que tantas glorias y tantas grandezas debian preservar su cuna, y debian proteger su cabeza, naufragó él heredero del imperio, como todos los herederos de la monarquía, y fué á morir en la oscuridad del destierro. Y hoy mismo tres representantes del príncipio he-

reditario yacen lejos del trono; el representante de la monarquía de las clases medias, el conde de París; el representante de la restauracion borbónica, el conde de Chambord; el representante de la restauracion bonapartista, el príncipe Imperial; los tres inocentes de las faltas de sus respectivas razas y los tres condenados por el principio de solidaridad, que inhabilita igualmente para el poder á los hijos de los antiguos reyes.

A los ojos vulgares, sucesos de esta naturaleza pueden ser combinaciones fortuitas de la casualidad. Para el que pone más allá sus ojos, el suceso significa que la fé monárquica ha muerto en las conciencias, que el sentimiento monárquico ha muerto en los corazones, que el principio fundamental de la monarquía, la vinculacion del poder hereditario en una familia privilegiada, no puede, no, subsistir, no puede, nó, prevalecer en Francia. Luego Francia en su génio, en su carácter, guarda impresa indeleblemente la idea de la República.

Yo bien conozco que las ideas no se encar-

nan tan fácilmente en la realidad como en la inteligencia se definen. Yo bien conozco que antes de tomar cuerpo, pasan por impurezas que á cada paso comprometen su existencia. Yo bien conozco que las tradiciones religiosas de un lado, los intereses conservadores de otro, la idea monárquica misma, dificultan el establecimiento de una verdadera República. Pero no espereis á que los séres humanos nazcan de un golpe en la perfeccion absoluta. Los séres sociales nacen, como todos los séres, imperfectos. Su robustez no puede venir sino de su crecimiento y desarrollo. Pero no lo dudeis; en cuanto el principio fundamental de una sociedad muere, se descompone, fórmase pronto, por una série de combinaciones y de afinidades tan prodigiosas como las combinaciones y las afinidades químicas, fórmase pronto el organismo de la nueva sociedad. Y sucede esto porque el mundo social no puede quedar, no, á merced del acaso. Si la monarquía cuatro veces restaurada en Francia, ha caido otras tantas veces; si la fuerza sobrenatural de esta

institucion se ha quebrantado y casi perdido; si los milagros que obraba se han disipado como ensueños; si los representantes de su principio fundamental, del principio hereditario, andan dispersos por el mundo; si la fé, que todo lo animaba, se ha disipado, es porque dentro de Francia, se halla formada ya, completamente formada la idea republicana, en la cual han de vaciarse indefectiblemente los hechos.

Así es que la monarquía ha tenido en Francia últimamente la fuerza, el ejército; ha tenido la legalidad, la Asamblea; ha tenido hasta el desencanto producido por los errores de los radicales, y la reaccion engendrada por las infamias de los comuneros; ha tenido la complicidad de la Europa monárquica, que teme la emancipacion de los pueblos y el advenimiento del derecho; pero con todas estas ventajas, con todas estas fuerzas, no ha podido no, resucitar, porque la habia destruido un corrosivo fortísimo, al cual nada resiste, el espíritu de Francia en perfecta conjuncion con el espíritu del siglo.

CAPITULO IV.

LAS ESCUELAS CIENTIFICAS EN LA DEMOCRACIA FRANCESA.

Engañaríase quien creyera que el movimiento republicano tiene en Francia sólo carácter artístico. Las escuelas científicas influyen tambien y poderosamente en el desarrollo de nuestra idea. Entre todas ellas ha descollado la escuela positivista. La tendencia general de la escuela, es sustituir á la teología y aun á la metafísica, las ideas puramente humanas, indagadas por la razon, robustecidas por la experiencia, relacionadas con el universo, inmanentes en el espíritu, ajenas á [illegible]dencia trascendente, y contrarias á

lo espiritual y supra-sensible. La série de las ideas fundamentales de esta escuela no entra hoy en nuestro tema; pero entra la série de las ideas políticas y sociales que han ejercido y ejercen decisivo influjo en el espíritu de nuestro tiempo.

Para los jefes de la escuela positivista, la base de la sociedad antigua era la casta, y la base de la casta era la herencia en las funciones sociales, sobre todo en las altísimas y preponderantes funciones del sacerdocio. Destruyó la casta para siempre el catolicismo, quitando el carácter hereditario al ministerio sacerdotal. Pero forzado, segun ellos, á establecerse en una sociedad semi-bárbara, vióse forzado tambien á fundar un régimen teológico para someter por la autoridad las conciencias y un régimen feudal para someter por la espada las fuerzas á una sociedad dotada de algun organismo.

Mas desde el siglo XIV la razon humana tendió á negar el régimen teológico y la voluntad humana á separarse del régimen feudal. Esta doble negacion dió en los pueblos latinos

una dictadura monárquica y plebeya; en los pueblos germano-sajones una dictadura aristocrática y protestante. Mas entretanto que sucedia esto en las esferas políticas y sociales, la razon humana se desligaba por un trabajo negativo de las ideas teológicas. Y el gran siglo de este trabajo fué el siglo XVIII. La política absorbió las ideas como absorbe la planta el jugo de la tierra en que brota. Tres hechos capitales vinieron á demostrar la conclusion del antiguo estado teológico. Primero: expulsion de los jesuitas, ejército de la autoridad y de la teología. Segundo: reformas de Turgot, encaminadas todas á fundar la sociedad en bases positivistas. Tercero: revolucion americana.

Todos estos hechos debian ser generadores del hecho principal en Europa, de la revolucion francesa. Esta revolucion nació entre ilusiones, creyendo armonizar sus nuevas ideas con la antigua monarquía. Pero el aniquilamiento de la monarquía era el fin primero de la revolucion, porque la monarquía, basada en la herencia de las funciones socia- [illegible] representaba el resto último de la anti-

gua casta incompatible en el nuevo estado intelectual y moral del género humano. La Convencion fundó una nueva sociedad apartada de todas las ideas teológicas y contraria á todas las instituciones feudales. El ódio de la Europa monárquica coligada en su contra, la forzó á una dictadura; la dictadura al terror dentro para sostener contra tantos franceses rebeldes y tantos extranjeros unidos la guerra universal.

Mas la dictadura fué extremada, y aun sometida á un espíritu reaccionario por el discípulo de Rousseau, por el maestro de Saint Just, por el heredero de la torba política de Luis XI, por el predecesor y Bautista de Napoleon, por el hombre á quien llaman los positivistas implacable y cruelísimo declamador, por Robespierre. La guerra engendró un grande ejército y el ejército grandes generales. Miéntras el ejército combatió en la frontera por la patria fué un ejército patriota y republicano. En cuanto el ejército se alejó y se fué á extrañas y apartadas tierras, tomó el carácter pretoriano, y olvidándose de

la patria, identificóse con el jefe que le diera la victoria. Este jefe lo convirtió en dócil instrumento de su propia elevacion. Así, ciego y reaccionario restauró Napoleon el régimen militar y teológico. Pero este régimen, contrario al estado intelectual del siglo, sólo podia sostenerse por la fuerza y sólo podia sacar la fuerza de la guerra. Reducido á esta fatalidad, sus ataques se despopularizaban cada dia más, en tanto que se popularizaba cada dia más, la resistencia. El poder de Napoleon pasó como un sueño, y su nombre será en la posteridad relegado junto á los nombres de los grandes reaccionarios, junto al nombre de Juliano el Apóstata y de Felipe II.

Pero dejó en pié una monarquía, y los Borbones creyeron que era su antigua monarquía, incontrastablemente asentada en las populares creencias; y trasmitida de generacion en generacion como el vínculo inmortal de semidivina familia. La revolucion de Julio vino á demostrar la imposibilidad de la herencia, y por consiguiente la imposibilidad de la monarquía. En esta nueva situacion social habrá opo-

siciones que el juicio del público debia destruir, como la soberanía de la nacion mezclada al poder del monarca, y la libertad religiosa á la supremacía católica. El culto á la ley reemplazó el antiguo culto al monarca. Mas la ley, por confusa y contradictoria, exigió muchos comentaristas y diversos aplicadores, con lo cual vino el dominio de los abogados, que sostuvieron el predominio de las clases medias.

La monarquía confesábase débil cuando el parlamento alzaba en el oleaje contínuo de sus discusiones los hombres destinados á desempeñar el gobierno, y á recoger del gobierno así el ejercicio como la responsabilidad. De todos modos, el poder ha abandonado la antigua direccion intelectual de los pueblos, y ha perdido el carácter hereditario, es decir, el carácter monárquico. A consecuencia de esto, el régimen teocrático, el régimen militar y el régimen colonial, si no se han destruido por completo, se han quebrantado considerablemente. La industria ha obtenido el empleo de las fuerzas más útiles á la huma-

nan tan fácilmente en la realidad como en la inteligencia se definen, Yo bien conozco que antes de tomar cuerpo, pasan por impurezas que á cada paso comprometen su existencia. Yo bien conozco que las tradiciones religiosas de un lado, los intereses conservadores de otro, la idea monárquica misma, dificultan el establecimiento de una verdadera República. Pero no espereis á que los séres humanos nazcan de un golp en la perfeccion absoluta. Los séres nacen, como todos los séres, imper robustez no puede venir sino de su to y desarrollo. Pero no lo dude el principio fundamental de muere, se descompone, fórm una série de combinacion tan prodigiosas como las afinidades químicas, fórm nismo de la nueva soci porque el mundo socia á merced del acaso. veces restaurada en tantas veces; si l

institucion se ha quebrantado y casi perdido; si los milagros que obraba se han disipado como ensueños; si los representantes de su principio fundamental, del principio hereditario, andan dispersos por el mundo; si la fé, que todo lo animaba, se ha disipado, es porque [illegible] de Francia, se halla formada ya, c[illegible] te formada la idea republicana, [illegible] de vacia[illegible] indefectiblemente

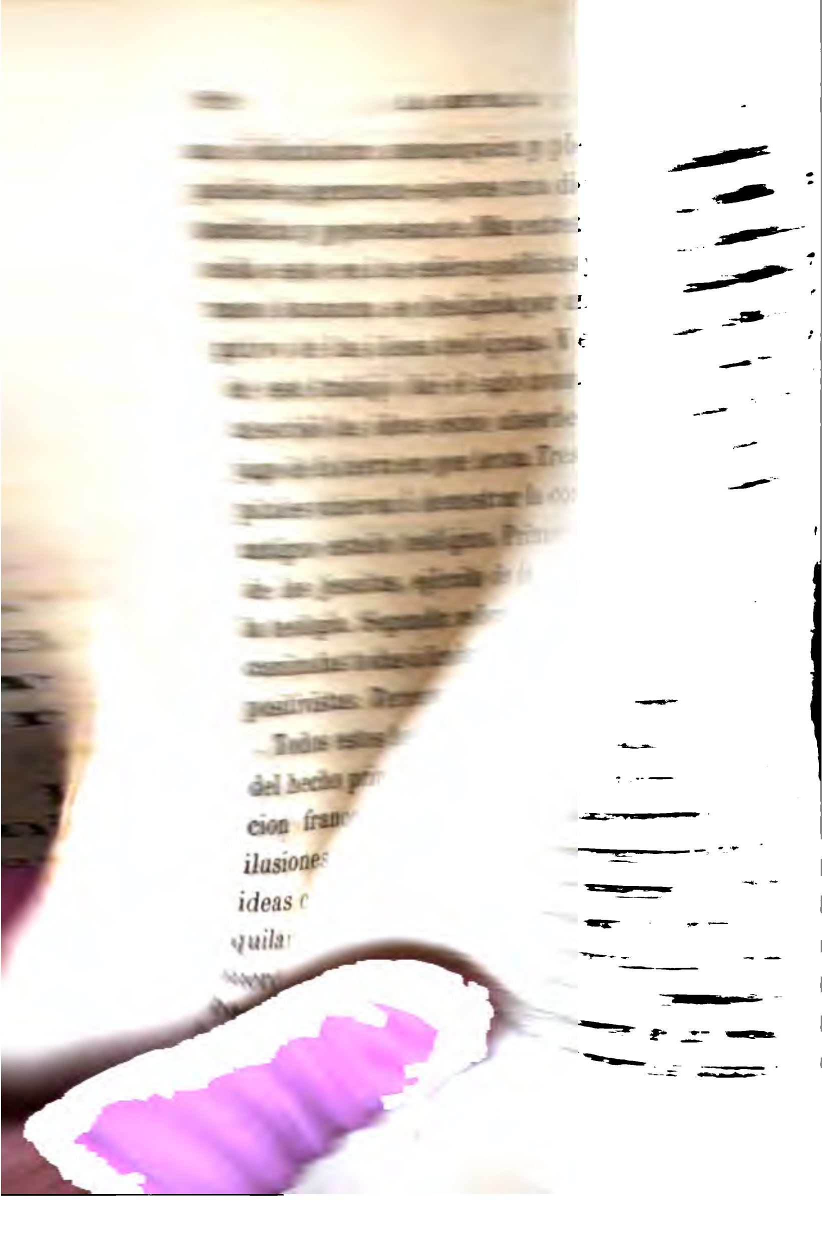
[illegible]

[illegible] la mon[illegible] enido en Fran-
[illegible] nte la [illegible] rcito; ha teni-
[illegible] ad, la [illegible] a tenido hasta
[illegible] o pro[illegible] s errores de los
[illegible] la r[illegible] endrada por las
[illegible] los c[illegible] a tenido la com-
[illegible] la F[illegible] rquica, que teme
[illegible] ci[illegible] los y el adveni-
[illegible] d[illegible] con todas estas
[illegible] fuerzas, no ha po-
[illegible] la habia destruido
[illegible] cual nada resiste,
[illegible] perfecta [illegible]

nan tan fácilmente en la realidad como en la inteligencia se definen. Yo bien conozco que antes de tomar cuerpo, pasan por impurezas que á cada paso comprometen su existencia. Yo bien conozco que las tradiciones religiosas de un lado, los intereses conservadores de otro, la idea monárquica misma, dificultan el establecimiento de una verdadera República. Pero no espereis á que los séres humanos nazcan de un golpe en la perfeccion absoluta. Los séres sociales nacen, como todos los séres, imperfectos. Su robustez no puede venir sino de su crecimiento y desarrollo. Pero no lo dudeis; en cuanto el principio fundamental de una sociedad muere, se descompone, fórmase pronto, por una série de combinaciones y de afinidades tan prodigiosas como las combinaciones y las afinidades químicas, fórmase pronto el organismo de la nueva sociedad. Y sucede esto porque el mundo social no puede quedar, no, á merced del acaso. Si la monarquía cuatro veces restaurada en Francia, ha caido otras tantas veces; si la fuerza sobrenatural de esta

institucion se ha quebrantado y casi perdido; si los milagros que obraba se han disipado como ensueños; si los representantes de su principio fundamental, del principio hereditario, andan dispersos por el mundo; si la fé, que todo lo animaba, se ha disipado, es porque dentro de Francia, se halla formada ya, completamente formada la idea republicana, en la cual han de vaciarse indefectiblemente los hechos.

Así es que la monarquía ha tenido en Francia últimamente la fuerza, el ejército; ha tenido la legalidad, la Asamblea; ha tenido hasta el desencanto producido por los errores de los radicales, y la reaccion engendrada por las infamias de los comuneros; ha tenido la complicidad de la Europa monárquica, que teme la emancipacion de los pueblos y el advenimiento del derecho; pero con todas estas ventajas, con todas estas fuerzas, no ha podido no, resucitar, porque la habia destruido un corrosivo fortísimo, al cual nada resiste, el espíritu de Francia en perfecta conjuncion con el espíritu del siglo.



del hecho
cion
ilusiones
ideas
quila

gua casta inco... ...blico debia des-
telectual y moral ... la nacion mez-
vencion fundó una ... ca, y la libertad
de todas las ideas ... ólica. El culto á
das las instituciones ... lto al monarca.
Europa monárquica ... tradictoria, exi-
formó á una dictadura ... diversos aplica-
dentro para sostener ... minio de los abo-
rrecibles ... predominio de las
universal.

Mas la dictadura ... se débil cuando el
sometida á un ... leaje contínuo de sus
discípulo de Rous... destinados á desem-
Saint Just, por el ... recoger del gobierno
tica de Luis XI, por ... responsabilidad. De
de Napoleon, por ... ha abandonado la an-
los positivistas ... ctual de los pueblos, y
... ter hereditario, es decir,
... quico. A consecuencia de
... eocrático, el régimen mili-
... colonial, si no se han des-
... leto, se han quebrantado con-
... La industria ha obtenido el
... fuerzas más útiles á la huma-

munidades debiera dirigir y presentar constantemente un ideal de perfeccion á los ojos de la sociedad civil. Las diversas nacionalidades europeas, al dividirse y formarse, depositaron algo comun; su creencia, su fé, su espíritu en el seno de la iglesia. Las nacionalidades modernas tendrán este espíritu comun y esta solidaridad necesaria en la filosofía positiva. Y tendrá el órden una base más positiva que la fuerza material, hoy su único sosten, sí, la base de las comunes creencias.

Imposible desconocer que este régimen no podrá súbitamente concluir los grandes antagonismos entre patronos y trabajadores, entre campos y ciudades, entre propietarios y jornaleros, entre las concepciones políticas un poco utilitarias del pueblo, y las concepciones científicas puras de los filósofos. Pero la filosofía positiva no ofrecerá, no, combinaciones artificiales, como los antiguos sistemas metafísicos; ofrecerá al contrario la norma de principios universales á la razon comun, que encarnándose poco á poco, gradualmente en los hechos, llegará á fundar la sociedad más

co debia des-
nacion mez-
y la libertad
ca. El culto á
al monarca.
dictoria, exi-
ersos aplica-
io de los abo-
ominio de las

bil cuando el
ontínuo de sus
ados á desem-
del gobierno
nsabilidad. De
donado la an-
los pueblos, y
tario, es decir,
nsecuencia de
régimen mili-
o se han des-
ebrantado con-
ha obtenido el
tiles á la huma-

nan tan fácilmente en la realidad como en la inteligencia se definen. Yo bien conozco que antes de tomar cuerpo, pasan por impurezas que á cada paso comprometen su existencia. Yo bien conozco que las tradiciones religiosas de un lado, los intereses conservadores de otro, la idea monárquica misma, dificultan el establecimiento de una verdadera República. Pero no espereis á que los séres humanos nazcan de un golpe en la perfeccion absoluta. Los séres sociales nacen, como todos los séres, imperfectos. Su robustez no puede venir sino de su crecimiento y desarrollo. Pero no lo dudeis; en cuanto el principio fundamental de una sociedad muere, se descompone, fórmase pronto, por una série de combinaciones y de afinidades tan prodigiosas como las combinaciones y las afinidades químicas, fórmase pronto el organismo de la nueva sociedad. Y sucede esto porque el mundo social no puede quedar, no, á merced del acaso. Si la monarquía cuatro veces restaurada en Francia, ha caido otras tantas veces; si la fuerza sobrenatural de esta

institucion se ha quebrantado y casi perdido; si los milagros que obraba se han disipado como ensueños; si los representantes de su principio fundamental, del principio hereditario, andan dispersos por el mundo; si la fé, que todo lo animaba, se ha disipado, es porque dentro de Francia, se halla formada ya, completamente formada la idea republicana, en la cual han de vaciarse indefectiblemente los hechos.

Así es que la monarquía ha tenido en Francia últimamente la fuerza, el ejército; ha tenido la legalidad, la Asamblea; ha tenido hasta el desencanto producido por los errores de los radicales, y la reaccion engendrada por las infamias de los comuneros; ha tenido la complicidad de la Europa monárquica, que teme la emancipacion de los pueblos y el advenimiento del derecho; pero con todas estas ventajas, con todas estas fuerzas, no ha podido no, resucitar, porque la habia destruido un corrosivo fortísimo, al cual nada resiste, el espíritu de Francia en perfecta conjuncion con el espíritu del siglo.

mó un aspecto más universal y un sentido más científico que la doctrina de su maestro, completamente consagrada al problema social. Pero la causa principal de la separacion radicalísima entre San Simon y Comte, se originaba de que el primero intentaba renovar la sociedad renovando la teología y el cristianismo, mientras el segundo intentaba renovar la sociedad separándose de toda teología y admitiendo única y exclusivamente la ciencia.

Sin embargo, al fin de su vida habia dado ya un carácter casi teológico á su sistema. A fuerza de eliminar la idea de Dios, del mundo y de la conciencia, habia hecho de la Humanidad un Dios. Y á este Dios, le consagraba culto, le ofrecia sacerdotes y colegio de sacerdotes, le señalaba intervencion directa por medio de ritos más ó ménos impregnados de espíritu religioso en el nacimiento, en el matrimonio, en la muerte, en todas las primeras fases de la vida, en tódos los más trascendentales actos del hombre.

ha traido una division profunda entre

sus discípulos. Para los unos, á cuyo frente se encuentra Litré, del gran filósofo no cabe tomar nada más que la parte científica, aquella rigorosamente sistemática y derivada del principio fundamental; para los otros, á cuyo frente se encuentra Mr. Lafitte, es necesario no contentarse solamente con la idea científica de la Humanidad, sino elevar esta idea de la Humanidad á dogma religioso, y hermosear este dogma con todos los prestigios y todos los resplandores de un espléndido rito, bastante á contrastar el influjo estético ejercido sobre las muchedumbres por los dogmas del catolicismo y por sus ostentosas ceremonias. Pero estas diferencias, que muchas veces tomaron carácter de ruidosas polémicas, no destruian la creencia fundamental de las escuelas, es decir, la creencia en la unidad del derecho humano y en la forma propia de ese derecho, en la República.

CAPITULO V.

DEL CARACTER GENERAL DE LAS ESCUELAS SOCIALISTAS.

La influencia de la escuela positivista en las ideas de la nacion francesa, y la influencia de San Simon en la escuela positivista, nos llevan como de la mano, á tratar del socialismo y del influjo pernicioso que el socialismo ha ejercido en el desarrollo de la libertad y de la democracia.

Por socialismo se entiende, una série de escuelas más ó menos contradictorias que, ora dividiendo la sociedad en castas; ora juntando bajo un ideal religioso en comunidad de ideas y de intereses varias familias, como en las

primitivas escuelas pitagóricas, en las sectas esenias, en las agapas cristianas; ora apareciendo como un espejismo de soñadas felicidades en esas utopias de Tomás Moro, de Campanela, de San Simon; aspiracion poética más que aspiracion política, deseo de mejoramiento más que fórmula de progreso, han venido en último término á tratar exclusivamente las relaciones del capital y del trabajo, no para fundarlas en las leyes del derecho, sino en las leyes artificiales del Estado, que, cuando se oponen á la naturaleza humana, cuya característica es la libertad, han de dar por resultado inevitable, fatal, lo arbitrario que engendra toda tiranía. Este es el sentido general de la palabra socialismo. Pues bien: como aspiracion vaga, no puede ser una fórmula precisa que encarne en la realidad social; como nombre comun de escuelas contradictorias no puede ser el dictado de un partido; como ciencia que sólo se atiene á una parte del inmenso problema, no puede ser bandera política; y como contradiccion radical de la libertad, como antítesis manifiesta del derecho, no

puede ser, no, el ideal sublime de la democracia, sino el ideal de los que tienen la vista vuelta atrás, y lo esperan todo aun del poder del gobierno y del criterio del Estado.

Porque no hay decir, como han pretendido muchas escuelas, que su socialismo no es el socialismo por el Estado. Regeneradores de la humanidad, no os creemos. La palabra socialismo no significa más que desconfianza de los medios y de los procedimientos de la libertad. Insistís todos los socialistas en que el socialismo no es por el Estado. ¡Ah! No es el socialismo por el Estado y maldecís la libre concurrencia; no es el socialismo por el Estado, y dejais al arbitrio del Estado la propiedad; no es el socialismo por el Estado, y decís que sólo caben dentro del derecho individual lá conciencia y el sufragio; no es el socialismo por el Estado, y llamais hipocresía al propósito de encontrar la solucion del problema social en la libertad; no es el socialismo por el Estado, y al enumerar las libertades que deseais, confusos, balbucientes, os deteneis ante la libertad del trabajo, la liber-

tad de tráfico, la libertad de crédito, sin enumerarlas, sin decir francamente si las quereis ó no, confesando así vuestra contradiccion manifiesta con las fórmulas capitales de la democracia moderna. Si no es el socialismo por el Estado, entonces no es nada, es una palabra sin sentido, es una aspiracion sin objeto, es una entelequia, es el sueño de una sombra. Si estamos engañados, decídnoslo; decidnos cómo vais á evitar la libre concurrencia; decidnos cómo vais á organizar el trabajo, sin atacar el derecho, sin desconocer la libertad, sin herir los dogmas fundamentales de la democracia. ¿Hay un problema social? Lo hay. ¿Es necesario resolverlo? Es necesario. ¿Cómo se resuelve? Nosotros creemos que la justicia no puede ser contraria á la justicia; que la libertad no puede ser enemiga de la libertad; y fiamos la solucion del problema social, al derecho humano, que abraza toda la vida; y por eso nos llamamos demócratas. A vosotros, más reaccionarios, ménos amantes del derecho, no os basta la libertad; quereis que, á riesgo de mutilar la personalidad humana,

el problema social se resuelva por el Estado.

Escarmentados en el ejemplo de la democracia francesa que anduvo veintitres años errante y proscrita, por haber armado al imperio con la espada del socialismo, hemos aprendido mucho, y le decimos al pueblo: espera de la democracia la libertad de tu pensamiento; la seguridad de tu hogar; la inviolabilidad de tu persona; el trabajo libre, la asociacion libre, el crédito libre; espera de la democracia el sufragio universal, mediante el que entrarás en el derecho, te convertirás de paria en ciudadano; espera de la democracia todas las libertades, todos los derechos; pero la solucion del problema que te agita, pero el mejoramiento de tus condiciones materiales, pero tu redencion social, que es necesaria y que lo porvenir te reserva, todo esto, espéralo de la libertad. Ahora, si la libertad, la facultad más social, te parece estrecha y egoista; si crees, como Hobbes, que el hombre libre es enemigo del hombre libre, *homo homini lupus;* si no confias en esta virtud santificante que así ha renovado las fuer-

zas como las conciencias, entonces reniega del derecho, reniega de la libertad, y pide con los absolutistas y los doctrinarios la intervencion del Estado en toda nuestra vida.

Siempre que el socialismo ha aparecido, ha aparecido con sus pretensiones seculares, con la pretension, primero de violar la libertad; segundo, de ser una fórmula superior á la democracia. Pues bien: á una y otra pretension nos oponemos con toda nuestra energía, con todas nuestras fuerzas. La historia del mundo, ha dicho el más grande de los pensadores modernos, la historia del mundo es la historia de la libertad. A medida que el hombre ha ido creciendo, ha ido dominando la fatalidad natural y la fatalidad social. Merced á esto, la naturaleza se ha convertido de señora en esclava; y la sociedad se ha convertido, de cárcel, de ergástula, en hogar. El Estado ha perdido el derecho divino en que se parapetaba, y con el derecho divino ha perdido aquella superioridad científica, política é industrial que le atribuíamos. Por eso, contra su superioridad científica, pedimos la

libertad de enseñanza; contra su superioridad política, la libertad de sufragio; contra su superioridad industrial, la libertad de trabajo; contra su superioridad social, el derecho de asociacion. La sociedad ha salido de aquí más fuerte. El antiguo régimen, sin duda, en bien de la industria se oponía á la libre concurrencia; el antiguo régimen, en contra de la usura, decretaba la tasa; el antiguo régimen, por favorecer á los trabajadores, organizaba los gremios. Vino la revolucion: ¿y qué hizo? Oponer á los principios del antiguo régimen la libertad; declarar que el Estado es humano y no divino, y decir que no tiene legitimidad sino en cuanto asegura y garantiza los derechos de todos. Pues bien; los que venís ahora á armar de nuevo al Estado; los que venís á pedirle que evite la concurrencia; los que venís á pedirle que tase los salarios; los que venís á pedirle que decrete las horas de trabajo, sois reaccionarios, restaurais el antiguo régimen, ahogais entre vuestros brazos la revolucion. Así, del seno de todo socialismo, ha salido el poder fuerte y la libertad

muerta. Esto sucede siempre en la historia. Catilina precede á César, Babeuf á Napoleon I, Proudhon á Napoleon III. El golpe de Estado fué para muchos socialistas el triunfo de la revolucion social.

Así llamais á la libertad egoista, á la libertad estéril; quereis, pues, que el Estado resuelva las crísis industriales. Para que el Estado resuelva las crísis industriales, necesita ser industrial él mismo. Para ser industrial, necesita dinero, mucho dinero. Para tener dinero, necesita impuesto crecido, muy crecido. Para tener impuesto muy crecido, ¿á quién necesita apurar? Al pobre. Despues de todo el impuesto pesa siempre más sobre el que ménos tiene. Matais la libertad de la industria, y al matar la libertad de la industria enriqueceis al poderoso, y empobreceis al pobre.

Decís que del seno de la libertad sale el monopolio armado. Haceis, pues, que, para limitar la libertad, intervenga el Estado; y regula los salarios, y los tase, y acelere ó detenga la produccion. ¿Y qué sucede? Que al poco tiempo, como toda violacion de la libertad, es

un mal para los mismos privilegiados que sienten el daño de vuestra maléfica proteccion. En Francia, los cajistas pidieron al imperio que alzára sus salarios. El imperio, que fué eminentemente socialista, los alzó por cierto espacio de tiempo. Al pronto sus salarios eran los más crecidos. Pero despues todos los salarios crecieron; el de los cajistas se ha quedado á la zaga de todos, y los que se hartaron en un dia de privilegio, padecieron por largo tiempo hambre de justicia. Habeis herido la libertad del trabajo y causado la desgracia de los mismos á quienes pensais favorecer.

Así, de concesion en concesion, venís á matar la libertad. Decís que se debe evitar la concurrencia; abajo la libertad de tráfico; decís que se deben organizar por el Estado los bancos, abajo la libertad de crédito; decís que debe mediar el Estado en los conflictos entre el capitalista y el trabajador, abajo la libertad de asociacion. Poder que se levanta, el Estado; víctima que sufre, el pueblo.

Las escuelas socialistas tienen caractéres que no se pueden confundir con ninguna otra

doctrina; desprecio por las reformas políticas; reaccion contra el movimiento de la propiedad que tiende cada dia á individualizarse más; desconfianza de la libertad, y sobre todo, de las libertades económicas; tendencias al cesarismo; anhelo contínuo á una felicidad material que ha engendrado cierta fiebre delirante, la cual mata las más altas sublimes facultades del hombre, y lo lleva rendido, sin fuerzas, á las plantas de un César, aunque sea del jaez de Napoleon III.

¿Quereis ver la democracia viva, la democracia perfecta, la democracia que no ha caido á las plantas de ningun César? Pues mirad la democracia anglo-americana; la que engendró la virtud de Franklin; la que trajo al mundo el ideal sublime del magistrado en Washington. Allí el pensamiento es libre; la conciencia vuela á lo infinito sin que ninguna fuerza la oprima; el propietario tiene su propiedad y el trabajador su trabajo; la asociacion perfora las montañas, doma los rios, extiende el hilo telegráfico por el aire, el rail por el suelo; la enseñanza funda sus escuelas

libres; el jurado corona con las ideas de justicia al indivíduo; las asambleas discuten, la prensa llueve luz sobre la frente de las muchedumbres; la industria hace milagros; es el país de la virtud y del trabajo, porque es el país de la libertad. En cambio, mirad lo que era el imperio francés que vosotros mismos nos habeis presentado armado de la espada del socialismo, miradlo sin prensa, sin asociacion, sin dignidad, sin derechos, juguete de un hombre que personifica el mónstruo del Estado. ¡Oh! repitamos con el gran poeta francés. Aunque la tiranía nos proporcionara todos los bienes materiales, aunque diera suculentos manjares á nuestro paladar, música á nuestro oido, aromas á nuestro olfato, todos los placeres juntos; diríamos, prefiero tu pan negro ¡libertad!

¿Cuál era el ideal de la sociedad antigua? La representacion de la sociedad por un solo hombre revestido de un derecho superior, de un derecho divino. En virtud de este derecho divino, en virtud de este derecho, toda vida estaba regulada por el Estado, desde la vida

de la inteligencia hasta la vida de la industria. ¿A qué vino la revolucion? A matar ese inmenso poder, á difundir el derecho entre todos los hombres, á realizar la libertad. ¿En qué consiste el socialismo? En detener este movimiento de libertad, al ménos en la esfera del crédito, en la esfera del trabajo, en la esfera del cambio; á volver, pues, al ideal antiguo; á consagrar el monopolio del Estado en favor de una clase. La democrácia es enemiga del socialismo.

La oposicion al socialismo ha sido eterna en la democrácia. Nuestros hermanos de allende las mares, al escribir el acta de derechos naturales, que ha sido el primer ideal de la revolucion, consagraron la propiedad, como la raíz de la vida. Las Repúblicas americanas todas, que en medio de sus grandes desgracias, provenientes del socialismo monástico y pretoriano, legado del régimen colonial, han abolido la esclavitud y prestado grandes servicios á la civilizacion, fundaron y consagraron indeleblemente la propiedad. Hemos dicho que todas las Repúblicas se fundaron con

tendencias contrarias al socialismo, y hemos dicho mal. Hay una, donde el Estado es todo, donde el hombre es nada; una República socialista, especie de Paraiso poblado de bestias; la República del Paraguay.

Y lo que sucedió con la democracia americana, sucedió con la democracia europea. Danton declara, que la sociedad debe igual seguridad á las personas y á las propiedades. La Montaña decreta pena de muerte contra todo aquel que proponga leyes agrarias ó cualesquiera otras, atentatorias á la propiedad. Robespierre, en su discurso de 28 de Octubre de 1792, dice: «¿No es la calumnia quien detuvo el progreso del espíritu público, persiguiendo á los defensores de los derechos de la humanidad, como insensatos apóstoles de las leyes agrarias?» Marat mismo, no podemos citar nombre más demagógico, Marat mismo dice en su profesion de fé, publicada en 30 de Marzo de 1793: «Me acusan de predicar la ley agraria. Es una impostura sin ejemplo.» La declaracion de derechos de 1793, redactada por los más avanzados mon-

lañeses, por los hombres, que, con su energía salvaron la revolucion, declara: «Que la propiedad es el derecho de todo ciudadano á gozar y disponer de sus bienes, de sus rentas, del fruto de su trabajo y de su industria; que el fin primero del gobierno es asegurar al hombre el goce de la libertad, de la igualdad y de la propiedad.» El nombre de Graco Babeuf, fué un nombre sospechoso siempre á los republicanos.

La propiedad, que no existia antes de la revolucion, ha sido la obra de la revolucion, la obra de la democracia, que la ha consagrado como derecho natural, y la democracia no podria destruirla sin destruirse á sí misma, no podria negarla sin negarse á sí propia. ¿Sabeis quién sostiene el derecho absoluto del Estado sobre la propiedad? El teólogo de las monarquías absolutas, Bossuet. «En un gobierno regular, ningun ciudadano tiene derecho de propiedad; solo el rey, es decir, el Estado,» exclama en su política. Luis XIV, el gran déspota, realizaba esta teoría, confiscando los bienes de sus vasallos. ¿Puede la

democracia rehabilitar una teoría que ha tenido por apóstol á Bossuet, y por ministro á Luis XIV? En donde quiera que la revolucion ha triunfado, ha prohibido las confiscaciones, porque la confiscacion es la guerra del absolutismo contra la propiedad; y la propiedad es la raiz de la democracia.

Y lo que ha hecho de la propiedad ha hecho tambien la revolucion del trabajo. El trabajo estaba esclavizado por el Estado, reducido á servidumbre por la corvea, el jusjurandum, el gremio privilegiado, la tasa. La revolucion ha traido la libertad del trabajo contra el monopolio del Estado; la libertad, mediante la cual la produccion y el consumo se aumentan, y son cada dia más necesarios los brazos del trabajador, como siempre que se dilatan los horizontes de la actividad humana. Donde quiera que un principio revolucionario ha triunfado, allí ha triunfado la libertad del trabajo. España representa en el siglo décimo sétimo la servidumbre del trabajo, y España decae. Inglaterra y Holanda llevan su revolucion hasta las relaciones económicas, y

prosperan. Los Estados-Unidos fundan más tarde su República en la libertad del pensamiento, y allí encuentran un templo los proscritos de Europa; la fundan tambien en la libertad de trabajo, y allí encuentran los mendigos que no pueden vivir en la tiránica Europa trabajo y pan, el pan sabroso de la libertad. Esa República fundada en nuestras ideas, ha contuplicado su poblacion; ha asombrado al mundo con su riqueza; ha sido el ideal de los pueblos libres; ha justificado la democracia. ¿Pero sabeis por qué? Jáckson lo dijo, al abolir el banco privilegiado de Filadelfia: «El equilibrio establecido en nuestra Constitucion se romperia si toleràsemos la existencia de corporaciones privilegiadas. Estos privilegios no tardan en procurarles los medios de ejercer su poderosa influencia sobre el pueblo, puesto que ponen á disposicion del privilegiado el trabajo. *Allí donde el poder político se ha aliado al monopolio económico ha nacido la tiranía.*» Estos apotegmas de los privilegiados hombres prácticos que han fundado democracias invencibles

valen para los políticos algo más que todas las argucias de los sofistas, y todos los delirios de los forjadores de sociedades imposibles y contrarias á la naturaleza. Además, los hechos prueban que la libertad del trabajo es más saludable al trabajador que al capitalista. Un pensador eminente lo ha demostrado con datos incontestables. En Francia, donde hay ménos libertad, del producto ciento, por ejemplo, se lleva el trabajo cincuenta y seis, el capital veinte y uno, y el gobierno diez y siete. En los Estados-Unidos, el trabajo se lleva, del producto ciento, setenta y tres, el capital veinte y cinco, y el gobierno dos.

En los Estados-Unidos se lleva el gobierno por dar libertad, el dos por ciento por producto del trabajo; y en Francia, por quitar la libertad, el diez y siete por ciento del producto del trabajo. ¿Qué teoría de limitacion de la libertad no se quebranta en la piedra de toque de estos hechos? El mayor servicio que los grandes escritores demócratas prestaron á la democracia, fué impedir su corrupcion por medio del socialismo.

Los republicanos y los socialistas batallaban incansablemente en los diez y ocho años de régimen doctrinario en Francia. Michelet, que ha educado toda una generacion republicana; Michelet, cuyo nombre ha sido el terror de los jesuitas y de los doctrinarios, combatia el sensualismo socialista. Tocqueville, el gran escritor de la democracia en América, demostraba que el socialismo es la reaccion; que la fórmula de la democracia es la libertad.» Quinet, que es á un mismo tiempo el filósofo y el poeta de la revolucion; Quinet, cuando no pisaba aun el suelo de Francia, decia desde el destierro contestando á los que aseguraban la vulgaridad de que la democracia no seria poder, como no tuviera resuelto el problema social: «Una generacion, un pueblo que presentára su dimision de hombres, á pretexto de que el teorema de la geometría social no está resuelto ó está aun por descubrir, se cubriria de ridículo, tal vez de infamia, puesto que renunciaria á la naturaleza humana, que no admite dilacion ni excusa en el cumplimiento de los deberes políticos. El

mal que esos sectarios han hecho, es incalculable; nosotros expiamos faltas que no hemos cometido.» Esta es la maldicion que, desde el destierro, arroja el republicano desgraciado sobre el socialismo que lo ha proscrito.

Mazzini, el gran Mazzini, el hombre que más calumnias ha devorado en el mundo por la causa de la libertad, atribuye la caida de la República francesa al terror que infundió el socialismo. Si en alguna publicacion amnistia su serena conciencia á los socialistas, es á título de que dejen de serlo y se limiten á predicar la libertad de asociacion. El Sr. Orense cuenta que vió á Ledru-Rollin en Lóndres. Hablaron de las desgracias de la República. Y el gran tribuno, moviendo tristemente la cabeza, le dijo: «Los desvaríos socialistas han perdido la causa de la libertad en Europa.» Víctor Hugo, en su admirable libro del destierro, en esa obra en que su genio y el genio de Shakespeare se confunden, dice que jamás ha querido llamarse socialista. En su colosal poesía «Los castigos,» donde la invectiva política contra el César llega á un

límite á que no llegó nunca la invectiva de Demóstenes contra Filipo, ni la invectiva de Ciceron contra Antonio, dice que el pueblo ha perdido la libertad por dejarse llevar de las esperanzas socialistas que lo esclavizaban, prometiendo, no libertad á su espíritu, sino hartazgo á su estómago. El imperio, el imperio; hé ahí vuestra obra; gozaos en ella. Un socialista lo ha dicho:—«¿Cómo se portará César? Esta es la cuestion. De cualquier manera que sea, Saint-Simon, Fourrier, Owen, Cabet, ó Luis Napoleon, estamos en pleno socialismo.» El imperio napoleónico fué vuestra apoteosis.

La verdad es que la escuela socialista ha despreciado siempre los derechos políticos, queridos siempre por la democracia. La verdad es que, para ella, el derecho de caza y pesca vale mil veces más que el derecho de la conciencia, que la libertad del pensamiento. Así, todos los socialistas son la personificacion de la torpeza política. Víctor Considerant dedicaba su libro, su gran resúmen de la teoría de Fourrier, á Luis Felipe.

¿Y Proudhon? Este pensador llega hasta la anarquía en política, y á conclusiones completamente opuestas en economía. Para gobernar á los pueblos le ha robado su fórmula anárquica á la economía política, y para redimirlos su fórmula reglamentaria al socialismo. Él es el escritor de los ambiciosos pensamientos y de las fórmulas atrevidas. Él ha dicho: «Dios es el mal y la propiedad es el robo.» Él ha explicado la ciencia económica por la dialéctica de la série, y la historia por el eterno movimiento de la extrema izquierda hegeliana. Su alma toma todos los matices de las ideas; su estilo todos los acentos de la elocuencia. Es uno de esos génios que vienen armados de la clave de la ironía, como Voltaire. Pero ¿de quién ha sido principalmente enemigo? De la democracia. Él la ha llamado platónica; él ha dicho que era inocente. Nada ha respetado. Se ha reido de Armand Carrel, á pesar de su martirio; de Lamennais, á pesar de su genio; de Quinet, á pesar de que debian guarecerle de sus dicterios la santidad de la desgracia, la majestad del destierro. Él ha

derramado el plomo derretido de sus sarcasmos sobre las heridas de los mártires, que caian peleando en Polonia. Él se ha dirigido á Mazzini, al que sostuvo la República en Roma, al que ha infundido el amor por la revolucion á la Italia, al odiado por todos los tiranos, al calumniado por todos los neo-católicos; y le ha dicho que, con su política, habia perdido á Europa y sólo habia salvado su bolsillo. Él se ha reido, como cualquier gacetero legitimista, de la herida de Garibaldi, y ha dicho con brutal ironía que los demócratas hacíamos una reliquia de su pierna; accion villana que le hará eternamente odioso á la democracia europea. Él se ha vuelto á Lincoln, cuando el Washington de los esclavos reunia un mundo con su palabra para lanzarlo á los abismos de una guerra, sólo por redimir á los negros, y le ha escarnecido. Él ha dado armas á Antonelli contra Italia; á los bandidos napolitanos, contra la revolucion; á los reaccionarios, contra la democracia.

Los socialistas quieren hacer del hombre una máquina de la vida llena de armonías y de

encantos, cuando corre en el cauce de la libertad, una geometría descarnada, seca. No quieren que demos un paso hasta que no hayamos resuelto un problema que sólo pueden resolver los tiempos y la energía de la sociedad, y cuya fórmula no tienen ciertamente, porque están perdidos en las sombras. Lo primero que la sociedad necesita, es el derecho; lo primero que necesita el hombre, es la libertad. Fuera del derecho, no hay vida; fuera de la libertad no hay salvacion. Intentais que, por una parte de vuestro credo político, fantástico é indescifrable, consintamos que todos los sentimientos arraigados en el corazon humano se conjuren contra nosotros; que los defensores del derecho nos entreguen al ludibrio de las gentes; que los defensores de la libertad nos arrojen de sí, como esclavos; que vayamos por el mundo sin saber á dónde, recelando de la virtud de las mismas ideas que hemos sostenido, y condenándonos á la muerte, ó al ménos, á ver cómo los tiranos se ceban en nuestra conciencia y en nuestro espíritu; mientras nosotros disputamos sobre fórmulas

vacías, tan ruidosas, pero tan infecundas como una tempestad que no llueve ni una gota de agua sobre la tierra sedienta.

Los errores capitales del socialismo provienen de confundir la sociedad con el Estado, y de creer que la sociedad tiene leyes distintas de la naturaleza del hombre, cuando no es más que el complemento de esta misma naturaleza. Así como en el universo los agentes más impalpables y etéreos, la luz, el calor, la electricidad, el oxígeno, el carbono, alimentan la vida, forman los cuerpos, así las ideas, las fuerzas morales, esos agentes invisibles, pero poderosísimos, forman la sociedad, reflejo del espíritu humano, realizacion de su vida terrena en toda su plenitud. La sociedad es un sér real, objetivo, con propia vida, con leyes tan naturales é inevitables, como las leyes de la mecánica celeste. El secreto consiste en haber encontrado esas leyes. Cuando no se conocian las leyes de la naturaleza, para explicar el hombre el ruido del trueno, la caida del rayo, apelaba á la mágia, arrastrábase á las plantas de las teo-

cracias. Cuando no conocia las leyes de la sociedad, para asegurar su vida, para realizar su destino, acudia el hombre á una falsa organizacion social, á un poder absoluto, á un derecho celeste, de orígen extra-social, de orígen divino. Pero desde el momento en que el hombre conoce las leyes sociales, sabe que no son, en su fondo y en su forma, sino las mismas leyes de su naturaleza.

La ley característica de la naturaleza humana, aquella mediante la cual se distingue el hombre de todos los séres que le rodean, sujetos á una fatalidad inevitable, á fuerzas que no pueden romper, la ley primordial de la naturaleza humana es la libertad. Por consecuencia, á medida que la sociedad sea más justa, se aproximará más á la naturaleza humana, y á medida que más se aproxime á la naturaleza humana, asegurará más la libertad. Es un error comun á absolutistas y á socialistas, el de creer que, para fundar la sociedad, el hombre necesita sacrificar su libertad. Así como en el espacio infinito caben todos los mundos, en la sociedad caben

todos los derechos. Y es otro error creer que la sociedad tenga derechos contrarios á los derechos del hombre. Así como en el átomo se encuentran las cualidades primordiales de la naturaleza, se encuentran en el individuo las cualidades primordiales de la sociedad. El átomo, sin perder su naturaleza esencial y sin contrariar sus leyes, cobra mayor vida en el horno inmenso de la naturaleza, en la agregacion infinita del Universo; el hombre cobra mayor vida, más fuerza en la sociedad, en esa nueva naturaleza que lejos de robarle la libertad, la acrecienta y la consagra.

La sociedad no es el sacrificio de la libertad como creen los socialistas y los absolutistas, no es contraria á las leyes primordiales de la naturaleza humana, como creen los absolutistas y los socialistas; no tiene derechos antitéticos á los derechos naturales, como creen los socialistas y los absolutistas; sino que es la misma naturaleza humana y la misma libertad elevadas á su última potencia. ¿Con qué derecho pretendeis dar á la sociedad una organizacion superior á sus propias leyes?

Con el mismo derecho que los reyes absolutos, con el mismo derecho que las teocracias asiáticas; por alguna revelacion superior desconocida de nosotros los mortales.

Socialistas, sois, pues, reaccionarios, y en vano intentais borraros esa marca de la frente. Nosotros queremos la sociedad con sus leyes naturales y divinas; vosotros, la sociedad con vuestras combinaciones artificiales y arbitrarias.

Estado y sociedad no son equivalentes. La sociedad vive por sí, por sus propias leyes; el Estado vive por la sociedad. En toda sociedad hay un derecho; en todo Estado una representacion del derecho. La sociedad es el sér primero, esencial, el espíritu que, como el aire, no se ve en ninguna parte, y está en todas; y el Estado no es más que la institucion encargada de la seguridad social, de velar por el cumplimiento de la justicia, por la coexistencia de todos los derechos; sin ser él, ni la sociedad, ni la justicia, ni el derecho, ni la inteligencia superior á todas las inteligencias. En la sociedad se realizan to-

dos los grados de la vida. En la sociedad existen la ciencia, la religion, la familia, la industria, el trabajo. El Estado ni puede crearlos, ni puede destruirlos; no puede, no debe más que asegurarlos, teniendo un poder coercitivo para lograr que su vida no se perturbe, que sus condiciones de derecho se cumplan. El Estado no tiene poder en una sociedad bien organizada, contra ningun derecho; no puede contrariar ninguna libertad. Ha de legislar, sí; pero ha de legislar, no contra el derecho, sino sobre el derecho; no para destruirlo, sino para asegurarlo; porque el derecho es anterior y superior al Estado.

Negamos al Estado derecho para negar la libertad de trabajo, la libertad de crédito, la libertad de comercio, como la libertad del pensamiento, como la libertad del sufragio, como la libertad de imprenta. El Estado puede legislar para asegurar el derecho; no puede legislar para destruirlo, porque el derecho es, en sí mismo una ley. ¿Qué diríamos de un Estado que legislase contra la atraccion universal? Pues si eso es un desvarío, legislar

contra la libertad es un atentado. Los socialistas, como los absolutistas, creen que el Estado es la misma sociedad. Por eso creen que el Estado va á resolver el problema social. Pues bien, nosotros creemos que el problema social se resolverá por la moral, por la ciencia, por el trabajo, por la industria; y como el Estado no es ni la moral, ni la ciencia, ni la industria, ni el trabajo, negamos radicalmente al Estado capacidad para resolver el problema social; ni aun derecho para internarlo, si ha de sacrificar un átomo de libertad humana. Así como la sociedad fundada en nuestra naturaleza, es la sociedad más justa, el Estado que más asegura la libertad y el derecho, es tambien el estado más perfecto. En la sociedad viven, ciencia, arte, trabajo, industria, inconcebibles sin la sociedad. Y la sociedad delega el poder al Estado, para que represente la justicia social, y en virtud de este atributo, haga coexistir la religion, el arte, la ciencia, el trabajo, que no nacen del Estado, sino de la sociedad. Por eso, á medida que el Estado se limita á me-

nores funciones, crece más la sociedad. Y vosotros, que os llamais demócratas, al mutilar la libertad, desconoceis la democracia; y vosotros, que os llamais socialistas, al elevar el Estado sobre el derecho, desconoceis la sociedad.

Y no hay que engañarnos, nuestros tiempos son los tiempos de la emancipacion del pueblo. Así como desde el siglo quinto al siglo décimo, se extiende la edad de la teocracia; y desde el siglo décimo al décimo-cuarto, la edad del feudalismo; y del décimo-cuarto al décimo-octavo, la edad de los reyes absolutos; y del décimo-octavo á nuestros dias, la edad del tercer estado, ahora comienza verdaderamente la edad feliz del cuarto estado, del pueblo. Y así como toda la historia que acaba hoy, puede calificarse con una sola palabra que diga historia de la guerra; la historia que hoy principia podrá calificarse mañana con una sola palabra que diga historia del trabajo. ¿Y no hemos de traer modificaciones saludables á esta ley del trabajo? El pária, el sudra, el ilota, el esclavo, el siervo, en una pa-

labra, el mártir eterno que lleva sobre sus hombros el peso de la sociedad, va á romper los últimos eslabones de su cadena. La libertad de pensar removerá hasta los más hondos senos del espíritu para encontrar una idea que apague su eterna sed, tantas veces burlada con la hiel de los sofismas. El grande movimiento político, económico, industrial que se siente por todas partes, lo emancipará del trabajo servil por medio de la máquina, lo unirá á todos sus hermanos de la tierra por medio de la libertad de comercio, abrirá las fuentes de la prosperidad por medio de la libertad del crédito, centuplicará sus fuerzas, sus recursos, sus ahorros por medio de la libertad de asociacion. A esto se unirá como un alivio la abolicion de las quintas que le quitan brazos, la abolicion de la enseñanza privilegiada que le quita luz, la abolicion de funestos arbitrios, resíduo de la Edad Media, que le quitan pan. El principio de asociacion, sobre todo, es fecundísimo en bienes para el pueblo. La asociacion añade fuerzas al obrero, le salva en las crísis económicas, le so-

corre en sus enfermedades, le arma contra los intereses contrarios, y le sostiene en la vejez, cuando se agotan sus fuerzas, y sus propios ahorros no bastarian á alimentar los últimos instantes de su vida. Así como la asociacion ha producido las letras de cambio, los billetes de Banco, las acciones de la deuda pública, los ferro-carriles, fecundando la propiedad, producirá, indudablemente mañana, cuando tenga toda su latitud, inmensos beneficios al trabajo. Las fuerzas sociales contribuirán á este fin sin necesidad de herir el derecho individual. La propiedad y el trabajo son dos términos correlativos é indispensables de toda sociedad. No los hagais contradictorios, cuando mútuamente se necesitan, negando al trabajo los derechos políticos que dais á la propiedad. El trabajador debe confiar en que la libertad mejorará su condicion social. Y sobre todo, no debe volver los ojos al Estado para pedirle un pedazo de pan que el Estado no podria darle sino empapado en hiel, y á cambio de lo más necesario á la vida, de la libertad, del derecho. Des-

pués de la última crísis de la revolucion francesa, difundiéndose en los aires la idea de que todos los derechos políticos podrian cambiarse por un pedazo de pan, díjosele al pueblo que le importaba poco vivir en la gemonia del esclavo con tal de tener lleno el vientre. El derecho para el pueblo debia estar reducido á una buena digestion. Un hombre funesto, coronado con los resplandores de gloria que centelleaba desde su sepulcro aquel génio inmortal de las batallas, cuyo acero cargado de electricidad llenó de tempestades el aire y de sangre el suelo de Europa, un hombre funesto, decíamos, se presentó, y halagó al obrero y le prometió, á cambio de su libertad, pan, y fundó una dictadura que se decia encaminada al bien del pueblo como si hubiera bien sin dignidad, vida sin honra. Y el pueblo de París vió levantarse magníficas viviendas para que él las habitara; caer toda la antigua ciudad para que él tuviera trabajo; iluminarse las orillas del Sena con iluminaciones fantásticas para que él se divirtiera y regocijara; humillarse

sus piés en las conferencias diplomáticas, Inglaterra, en las contiendas guerreras, Rusia, para que él se creyera dueño de la gloria, rey de la tierra. Pero, ¿cuánto ha durado la fantasmagoría? Esa ciudad de París tan hermoseada y enriquecida, llena de jardines, que embalsaman los aires, de fuentes que la arrullan, de estátuas que la enorgullecen, de inmensas plazas, donde envian como á la antigua Roma sus representantes todas las gentes, sus embajadores, todos los pueblos, se ha sentido herida y avergonzada como la esclava que el gran señor aherroja con grillos de oro al serrallo, y poniendo en las manos de sus hijos, de sus adulados obreros la bandera de la democracia, ha dicho al César con el gran poeta de la revolucion: detesto tus orgías que me envilecen y quiero la libertad.

El problema social es eterno. Está en el Oriente, en Atenas, en Roma, en los municipios de la Edad Media, en las monarquías absolutas, en las monarquías constitucionales. Para resolverlo, es necesario apelar á todas las leyes de la vida. Se engaña la políti-

ca, cuando cree que lo resolverá ella sola; se engaña la economía política, cuando cree que lo resolverá ella sola; se engaña hasta el sentimiento generoso de la caridad, cuando se cree capaz de resolverlo. Resolveránlo todas las fuerzas sociales, todas, arte, ciencia, industria, propiedad, trabajo, todas. Pero no lo resolverán definitivamente. La política tiene fórmulas definitivas. La libertad de imprenta, el derecho absoluto de asociacion, la separacion entre la Iglesia y el Estado, todas estas reformas son definitivas. Pero el bienestar material de los pueblos, admite muy diversos grados de extension; es un problema que depende, en verdad, de muchas relaciones. ¿Cómo se resuelve? Dejando en libertad todas estas relaciones, para que por su propia virtud traigan el mejoramiento de las clases que padecen. El Estado no tiene más medio que explotarlas para redimirlas. Las gotas de sudor del pobre, no se convierten en nueva vida cuando caen sobre las arcas del tesoro; se evaporan como gotas de agua caidas sobre un voraz incendio. El Estado no

puede ocurrir al remedio del pueblo sin dinero; no puede tener dinero sin tributos; y no puede recoger los tributos sin oprimir y empobrecer al pueblo. Por eso, en nombre de los derechos, en servicio de los intereses del pueblo, condenamos el socialismo. Las asociaciones libres han inventado el vapor, han extendido el telégrafo; y las obras de esos estados en que tanto confian los socialistas, se pueden medir por las pirámides tristísimas de huesos humanos con que han cubierto la tierra.

Resumamos: 1.° La sociedad es un sér real. 2.° Sus leyes son las leyes mismas de la naturaleza humana. 3.° El fundamento de la sociedad es el derecho. 4.° Por el derecho, el hombre será, en sociedad, tal como es por su naturaleza. 5.° El Estado es el representante de la unidad social, y el órgano de la justicia y el que asegura los derechos de todos. 6.° Ora sea el Estado democrático una delegacion, como en los Estados-Unidos y Suiza; ora, si fuese posible, el gobierno directo del pueblo, no tiene derecho contra el derecho. 7.° No puede, pues, suprimir ni mutilar ninguna de

las libertades, ni políticas, ni económicas, ni sociales. 8.° Si legisla sobre ellas, debe ser para asegurarlas, no para restringirlas, ni mucho ménos para negarlas. 9.° El problema social no puede resolverse por el Estado. 10.° La democracia no puede ofrecer, para resolverlo, más que la libertad de pensamiento, que lo estudie; el sufragio universal, que arme de sus derechos al pueblo; la libertad de trabajo, la libertad del crédito, la libertad del cambio, que ha de fundar grandes relaciones sociales; y sobre todo, la libertad de asociacion.

Si nosotros nos creyéramos con derecho á dirigirnos al pueblo, habíamos de decirle: No te fies de remedios que no sean tus propios derechos. No creas en los curanderos sociales. Busca la justicia y el bien te se dará por añadidura. Lucha noblemente por la libertad, y antes que todo piensa en ser hombre, ya que solo has sido esclavo. La libertad ha depositado entre el lodo de las lagunas esa perla que se llama Holanda, entre las selvas inexplorables del nuevo mundo esa República que se llama los Estados-Unidos. No admitas

cadenas aunque sean de oro, que no el metal sino el peso te esclaviza. No admitas monopolios aunque se encubran bajo el nombre de tu interés. La libertad te dará un nuevo espíritu, y en ese espíritu de justicia, el caos social obedecerá á tus palabras y hacerá una nueva sociedad que sea la tierra de todos los hombres y el cielo de tus derechos.

Socialistas: ¿Cómo vais á legislar sobre la propiedad? ¿Cómo vais á organizar el trabajo? ¿Cómo vais á evitar la libre concurrencia? ¿Cómo vais con un criterio, con un derecho superior al criterio, al derecho democrático, que es la libertad de asociacion, cómo vais á armonizar el capital con el trabajo? ¿Cómo vais á organizar el crédito, puesto que la organizacion natural de la libertad no os place? ¿Cómo vais á regular el cambio, puesto que la libertad de comercio no entra en los derechos individuales? Vereis como se encuentran en esta alternativa, ó tienen que apelar á la libertad, á las leyes naturales de la sociedad, en cuyo caso su socialismo se desvanece como el humo; ó tienen que violar la libertad, que perturbar las

leyes sociales, que llamar justicia á su criterio individual y arbitrario, en cuyo caso su sistema es un sueño más, una utopia más, un delirio más, de esos que sólo han servido para aumentar la fiebre de los pueblos, y postrarlos en tal abatimiento, que llegan hasta olvidarse de sus derechos. No hay justicia contra la justicia; no hay derecho contra el derecho; no hay, pues, justicia ni derecho que puedan nacer de la negacion de la libertad.

El presente siglo puede definirse con una sola palabra: es el siglo de la aparicion del pueblo en la escena política. Así como todas las revoluciones primitivas del globo se encaminaban á preparar la aparicion del hombre en la tierra, todas las revoluciones de tres siglos á esta parte se encaminan á preparar la aparicion del pueblo en la sociedad. La unidad de las nacionalidades vino á matar las aristocracias políticas; la imprenta vino á matar las aristocracias científicas; la revolucion vino á esculpir en el espíritu, la idea sagrada del derecho universal y humano; y todos los adelantos de las artes, de la indus-

tria, de la ciencia; todas las conquistas, todos los hechos capitales, como el Renacimiento, la paz de Westphalia, la América libre, la declaracion de 1789; todos los hombres mayores de la historia, como Napoleon, Washington, Danton, todo lo que ha habido de grande en ciencias, en artes, en política, ora impulsándolo, ora resistiéndolo, han contribuido á este movimiento, á cuyo término se encuentra la aparicion del pueblo en la escena política, y la consagracion de sus derechos.

Pero yo creí siempre que la aparicion del elemento democrático en la sociedad moderna, se pareceria en algo á la aparicion sublime del ideal religioso de los esclavos en la sociedad antigua. Yo creí que el reinado del pueblo no era la tiranía, sino la justicia; no era la venganza sino la paz; no contradecia la libertad, sino que la afirmaba; no creaba nuevas castas sino que destruia las antiguas; no pensaba en nuevos privilegios, sino en la igualdad del derecho; y no fortificaba, sino disminuia el poder inmenso de ese Estado que sólo ha sabido hasta aquí servir al

progreso, contrastándolo con su insensata resistencia; y servir á la libertad, aumentando el catálogo de sus mártires. Pero nó: hay una escuela que dice, que el pueblo no puede venir á la vida pública, si no se crea un Estado formidable para que sacrifique la libertad; para que perturbe las leyes económicas; para que tase los salarios; para que sea árbitro de las asociaciones; para que haga séres libres, pero no por el derecho, sino por el privilegio; una escuela que, ora se presente franca, ora solapada, tiende siempre á sustituir, al ideal severo de la democracia, al ideal de un Estado, que la revolucion ha destruido, y que nó puede volver sino como ha vuelto en Francia, con el envilecimiento del pueblo y la exaltacion de la dictadura.

Para conocer el fin del movimiento del siglo, el fin del movimiento democrático, es necesario conocer el punto de que nos vamos alejando, el ideal que vamos combatiendo. Nos alejamos de una sociedad absolutista y nos dirigimos á una sociedad democrática. Aquella se basa sobre la tradicion, ésta sobre

la razon; aquella enaltece al Estado, hasta divinizarlo, ésta enaltece al hombre, hasta investirle de todos sus derechos; aquella reglamenta desde la ciencia hasta la industria y ésta emancipa todo lo que aquella reglamenta; la una, era la autoridad, y la otra, es la libertad. Ahora bien, ¿qué sistema social se acercará más á la sociedad de que nos separamos? El sistema que tenga por fin la rehabilitacion del Estado, y por medio las reglamentaciones arbitrarias, nunca tan justas, nunca tan sencillas como los procedimientos de la libertad. ¿Y qué sistema es el que así procede? El sistema socialista. Luego el socialismo, aunque tenga fines revolucionarios, es, por su ideal, una escuela reaccionaria; es por sus procedimientos y por sus medios de accion tambien, una escuela reaccionaria. No creais, no, que la combatimos por espíritu conservador; no creais que la rechazamos en nombre de intereses conservadores; no, rechazamos su ideal por reaccionario, rechazamos sus procedimientos y sus medios por contradictorios, completamente contradictorios

con el ideal vivo de una sociedad democrática.

¡Ah! El socialismo tiene en todas partes grandes males; pero incomparablemente mayores en nuestra patria, por la raza á que pertenecemos y por el medio histórico en que vivimos. Aunque yo crea firmemente que el espíritu tiene en sí fuerza bastante para vencer las fatalidades de las razas, creo tambien que no deja de influir el temperamento de una raza en la direccion de la vida, como no deja de influir el temperamento del cuerpo en el humor del ánimo. Pertenecemos á la raza que ha sacrificado siempre la libertad en aras de la unidad social. La sacrificó en la historia antigua, cuando creó el imperio. La sombra de César todavía empaña nuestra conciencia. La sacrificó en la historia moderna, cuando creó las monarquías absolutas. Todavía nos arrastra á América en son de guerra la sombra de Cárlos V. La sacrificó en la revolucion misma en el momento que conquistaba sus derechos. Aun reina el despotismo militar de Napoleon. A una raza así dispuesta, cómo lo prueba la historia, á sa-

crificar en aras de la unidad social la eterna justicia y el eterno derecho, ¿vais á inspirarle desconfianza de la libertad? Pues si, por la raza á que pertenecemos, el socialismo absorbente y panteista es temible, lo es mucho más por el medio histórico en que vivimos. Somos un pueblo fatalista. Tenemos de los árabes dos cualidades: la independencia heróica en nuestro hogar y la indiferencia por la vida política. Como todo lo esperamos de la Providencia en la vida, todo lo esperamos del gobierno en política. Nuestro suelo está sediento; y confiamos más en las nubes del cielo, que en los canales abiertos por el trabajo en la tierra. Esto prueba nuestra incomparable indolencia. A ella ha contribuido mucho el absolutismo. Los reyes escribian pragmáticas para ordenarnos lo que habíamos de comer, lo que habíamos de vestir, lo que habíamos de pensar. El trabajo nos disgustaba. Gustábanos en cambio la guerra, donde, al grito de Dios y el rey, íbamos á morir heróicamente, á blanquear con nuestros huesos todos los campos de batalla del mundo. Des-

pues el hidalgo, el soldado, rebujado en su capa rota, paseaba su miseria por las calles, y cuando le apremiaba el hambre, tendia la mano á la puerta del convento. De aquí ese menosprecio á la libertad, de aquí esa confianza en el Estado; de aquí el socialismo de peor linaje, el socialismo que pide al gobierno pan; y se cura poco de los derechos individuales, sin los que no hay ni pan ni trabajo. En pueblo de estas tradiciones absolutistas, me parece criminal todo lo que tienda á desautorizar la libertad, aun á pretexto de socorrer al menesteroso.

Trabajadores: no creais que pertenezco al número de los que miran indiferentes vuestros males. Los conozco y los he sondeado. Me entristece muchas veces pensar el número infinito de séres, cuya alma se consume en la ignorancia, cuyo cuerpo se consume en la miseria. Diez y nueve siglos de revoluciones, aun no han redimido al hijo de aquel esclavo, que alejado del derecho, incapacitado de entrar en los comicios, puesto junto al perro y al caballo de la casa en las antiguas estadísti-

cas, era estimado en ménos que una bestia por los señores del mundo. En el fondo del socialismo hay un deseo que es comun á toda la democracia; hay una aspiracion de que todos participamos; el deseo de vuestro mejoramiento, la aspiracion á vuestro bien. He dicho mal; es un deseo que se extiende á toda la civilizacion moderna. En el mundo antiguo, aun para aquellos hombres que condensan en su frente el espíritu de un siglo, la esclavitud es el derecho natural. El mundo moderno se abre con la igualdad religiosa, con el ideal de la fraternidad entre los hombres, con la religion que busca al pobre para divinizar sus dolores, con el sacrificio, con la exaltacion de la Cruz, el patíbulo del esclavo. El deseo de vuestro bien es universal en todos los que hoy vivimos. Solamente que unos creemos que vuestro bien está en la libertad, y otros creen que vuestro bien está en dejar parte de vuestra libertad; unos creemos que por el derecho natural, se disolverán las antiguas injusticias, como el cadáver tocado por el aire y por la luz;

mientras otros creen que se disolverán conservando parte de esas injusticias en manos del Estado. Hé aquí nuestra diferencia. Pues bien; los que creen lo segundo, son utopistas, completamente utopistas. La utopia la lleva siempre la humanidad en su conciencia, como lleva siempre la esperanza en su corazon. Pero lo que hay de irrealizable, es lo que hay de injusto, y lo que hay de injusto, es todo lo que hay de reaccionario en sus utopias. ¿A dónde vamos en política? A la libertad. ¿Qué hace el socialismo? Restringe la libertad. ¿A dónde vamos en economía? A la emancipacion del trabajo. ¿Qué hace el socialismo? Por la reglamentacion, por la tasa, por la oposicion á la libre concurrencia, esclaviza el trabajo. ¿A dónde vamos en definitiva? A convertir la enseñanza, el pensamiento, el trabajo, no en facultades del Estado, sino en facultades de la sociedad. ¿Qué hace el socialismo? Devuelve al Estado lo que le ha quitado la revolucion. La democracia, va á la igualdad de todos los derechos; subordinando la justicia al interés de unas clases, va, el socialismo, en último re-

sultado, á la desigualdad de las castas.

Notadlo; los sistemas socialistas son coetáneos casi con la civilizacion. ¿Cómo es que han sido siempre impotentes? ¿Cómo es que han sido todos infecundos, para realizar el bien que se prometian? Procede esto de dos errores que llevan en su seno. El primero, consiste en creer que el problema social se resuelve por una fórmula exclusiva, por una fórmula de escuelas; cuando no se resuelve, no puede resolverse sino por el conjunto de las fuerzas sociales. Y el segundo, en querer ir al bien por medios reaccionarios, por medios que la humanidad habia abandonado ya en su camino. El ilustre jefe de los socialistas resucita la casta del Oriente cuando el mundo griego ha llegado á modelar el boceto de la personalidad humana con el cincel de las artes. Mientras el mundo antiguo iba á la libertad, el socialismo iba hácia la tiranía. El gran socialista práctico, no acertó á resolver el problema social, sino creando un imperio romano como los imperios asiáticos, que habia de consumirse en una eterna orgía, y caer

bajo la espada de los bárbaros. El mundo antiguo muere por un exceso de socialismo; pero la utopia socialista no muere. Siempre reaparece con el mismo carácter: un pensamiento individual, queriendo sobreponerse al pensamiento social; un medio reaccionario, una organizacion reaccionaria que todo lo esteriliza. En el siglo décimo-sexto la utopia socialista se condensa en la mente de un hombre de esa Italia, esclava y dueña á un tiempo mismo del mundo. ¿Y qué medios proponia? La monarquía universal de Felipe II; el predominio de la teocracia sobre esa monarquía; un ejército de genízaros; la destruccion de Alemania, patria de la libertad del pensamiento; la ruina de Inglaterra y de Holanda, que comenzaban á impulsar el trabajo y á resucitar las libertades políticas; los habitantes de América trasportados á Africa, y los de Africa á España; un consejo de sábios para promulgar la lengua universal, cuando el latin espiraba en los lábios de las nacionalidades nacientes; las cruzadas eternas; la Inquisicion siempre ardiendo; las cas-

tas, los esclavos, todo para encadenar los mares, para allanar las montañas, para completar la tierra con el cielo. Así como el socialismo griego miraba al Oriente, que era la reaccion, el socialismo del renacimiento miraba la Edad Media, que era la reaccion. Y lo mismo sucede en los tiempos modernos. Despues de nuestras revoluciones, San Simon va á constituir su pontificado industrial; á resucitar gerarquías semejantes á la gerarquía de las córtes despóticas barridas por la revolucion; á crear un poder irresponsable, cuando la base de la libertad de los pueblos se asienta sobre la responsabilidad de los poderes. El error de siempre que se reproduce, que se perpetúa; el eterno engaño del socialismo que renace; la esfinge con la vista vuelta hácia la espalda; en Grecia hácia el Oriente; en el Renacimiento hácia la Edad Media; en la revolucion, hácia el Renacimiento. El socialismo pretende meramente ser la economía social de la democracia. Pero, ¿cómo? Conmoviendo el derecho de propiedad, limitando la asociacion, destru-

yendo la libre concurrencia; dando al Estado fuerza para una distribucion mejor de la riqueza; creando talleres nacionales; volviendo como el socialismo de todos los tiempos, en medio de un mundo que predica la libertad económica al mundo antiguo, que reglamentaba arbitrariamente las fuerzas económicas, en cuyo libre desarrollo está vuestra emancipacion, y la emancipacion de vuestro penoso trabajo. Despues de todo, el socialismo, tome la forma que quiera, se resuelve en el comunismo. El error comunista, le sirve casi siempre de base. Y el comunismo es el eterno principio reaccionario de la historia.

Sólo se vence en el mundo por la libertad, Grecia vence al Oriente, porque en Salamina y en las Termópilas resonaba el grito de libertad. Atenas eclipsa á Esparta, porque Atenas era una República democrática, en cuanto cabia serlo en la antigüedad, y Esparta era una República socialista. Los germanos vencen á Roma, porque traen el sentimiento de la libertad en su pecho. El municipio destruye el castillo feudal y emancipa al siervo,

porque siente agitarse en su seno la libertad. Suiza vence á Austria, Holanda á España, porque invocan la libertad: que así es fecunda para el campesino en las montañas, como para el navegante en los mares. Los Estados-Unidos vencen á la invencible Inglaterra, porque proclaman la libertad. Con el grito de libertad en los lábios, la clase media derribó la Bastilla del absolutismo. Con el grito de libertad, vosotros, hijos del pueblo, alcanzareis vuestros derechos, y con vuestros derechos, el bienestar que da siempre la justicia. La historia del mundo es la historia de la libertad. No os interpongais, trabajadores, en el camino de la libertad.

Hoy, en verdad, han concluido las aristocracias científicas. La ciencia no puede ser el secreto de una casta. La imprenta, las asambleas, han difundido por los pueblos los pensamientos guardados antes en privilegiadas inteligencias. El trabajador sigue hoy á la idea, ese tribuno, invisible; pero cuya voz alcanza hasta las últimas profundidades del alma.

El pueblo ha llegado á la madurez de sus

facultades intelectuales y á la plenitud de su vida, y no puede retardarse el dia en que llegue á la plenitud de sus derechos políticos. ¡Dia feliz aquel en que no verá sus hijos arrancados al hogar por la quinta; ni el pan de su mesa menguado por la voracidad del fisco; dia en que entrará libre en los comicios, se asentará como juez en el jurado, y asociado á sus hermanos en la igualdad del derecho dulcificará y templará las duras condiciones del trabajo! Pero ese dia puede malograrlo la levadura del socialismo; puede perderlo la reaccion hácia el ideal del antiguo Estado, la desconfianza de la libertad, que inspiran siempre, sin excepcion alguna, todas las escuelas socialistas.

El mundo parte del socialismo y va á la libertad. En el fondo de toda escuela socialista se encuentra el sacrificio ante los derechos sociales de los derechos humanos. Pues bien; este es el carácter de toda la civilizacion primitiva; el carácter de Oriente, en que los sacerdotes, dueños de la tierra y de la conciencia, en nombre de los dioses que le confia-

ban sus secretos y le delegaban su poder, suprimian toda individualidad, petrificaban el Estado, dividian las castas, señalaban á cada clase su trabajo, á cada sér su destino, y convertian la sociedad en un inmenso templo, en cuyas aras corria la humana sangre, y en cuyo fuego se consumia la libertad. Sobre aquellas sociedades, la historia ha arrojado su anatema y el desierto su triste sudario. En sus ruinas malditas se puede ver la esterilidad de ese absorbente socialismo, en el cual perece el alma humana. Y así, notadlo, todas las escuelas socialistas, desde la de Platon hasta la de Cabet, todas tienen el mismo carácter oriental, como si estuviera allí el polo inmóvil de su vida: ora apelen á la comunidad; ora á la asociacion forzosa; ora á las reglamentaciones prolijas; ora á lo que llaman el dominio de las capacidades y la distribucion del premio segun el mérito; esas escuelas que intentan matar el egoismo, pero por la desaparicion de la familia; la lucha de los intereses, pero por la desaparicion de la competencia y del estímulo; la guerra entre los pue-

blos, pero por la paz del despotismo; suprimir los huérfanos, suprimiendo antes las madres; suprimir el mal, pero suprimiendo antes la libertad; convertirlo todo á los intereses generales, pero convirtiendo antes en una máquina la personalidad humana; esas escuelas, aunque prometan á cada hombre la felicidad de los antiguos sátrapas; á toda la humanidad un reino sideral allá en el éther; una comunicacion perpétua con todas las fuerzas del universo; un progreso contínuo y una exaltacion infinita al través de miriadas de mundos, en una nueva cosmogonía fantástica, donde el magnetismo haga los cuerpos trasparentes y las almas luminosas, están condenadas á buscar su vida en un misticismo estéril; su apoyo en el vago y movible oleaje de la utopia; su organizacion en un mundo viejo, decrépito, en ese oriente de los patriarcados, de las castas; en ese mundo de las formidables organizaciones sociales; donde la muerte de la libertad ha matado el alma, y la muerte del alma ha matado hasta la fecundidad de la tierra. La eterna gloria de Grecia fué protes-

tar contra ese socialismo oriental á que pretenden volvernos los defensores del socialismo moderno. Por eso Grecia es la patria del arte, la patria de la filosofía, la patria de la personalidad humana, la patria de la democracia, que no nace sino en oposicion al socialismo, individualizando los dioses, alzando en pequeñas repúblicas la primera imágen de la personalidad humana, matando las castas. En la historia del mundo moderno, la idea democrática aparece siempre en oposicion con el elemento socialista. Por eso al socialismo corresponde la gloria de las castas y á la democracia la gloria de la personalidad humana; al socialismo las teocracias, y á la democracia esos estados libres que se extienden desde Atenas á Wasingthon, desde Amsterdan hasta Ginebra, verdaderos oasis de la historia; al socialismo pertenece en lo antiguo el Oriente; á la democracia Grecia.

No creamos que la democracia antigua es como la democracia moderna, no: en la antigüedad predomina siempre el Estado sobre el individuo. Esta idea de la personalidad hu-

mana, con todos sus atributos, que son sus derechos, es el resultado del trabajo de cuarenta siglos, y en vano querrá mutilarla, romperla el atrevido socialismo. Pero aun predominando el Estado sobre el indivíduo, aun siendo los antiguos antes ciudadanos que hombres, hay dos repúblicas en Grecia; la una fundada en la libertad, y fundada la otra en la negacion de la libertad; la una fundada en la propiedad, y la otra fundada en la negacion de la propiedad; la una democrática y la otra socialista. Estas dos repúblicas son Atenas, Esparta. Contempladlas un momento. Esparta, severa como la aristocracia dórica, presidida por sus dos reyes, todo lo ha reglamentado; ha abolido la propiedad, ha negado el comercio, ha puesto un límite á la actividad, ha destruido la familia; y los hijos nacen sólo para la patria, que los educa, los disciplina, les niega todo amor expontáneo, todo sentimiento individual, los convierte en soldados, y los envia á la guerra para volver con el escudo ó sobre el escudo, porque el hombre es una de las ruedas esclavas de

aquella sociedad mecánica, atenta sólo á destruir todo principio de libertad. Al revés sucede en Atenas. Allí reina la democracia jónica; allí vive la libertad; allí se oye el poeta en los juegos, el orador en la Agora, el filósofo en la escuela, el sacerdote en los templos abiertos á todos vientos, saludado por el eterno cántico que se exhala del pecho de los hombres libres. ¿Qué es la socialista Esparta en la historia? Una noche; la escuela de unos cuantos soldados valientes, pero feroces. ¿Qué es Atenas, la libre Atenas? La eterna honra del espíritu humano. Sus poetas todavía son el ejemplo de la poesía; las estátuas que han modelado sus escultores, todavía reciben la adoracion de los artistas; sus filósofos rigen aun la conciencia humana; sus oradores son imitados en las tribunas de los pueblos modernos; y siempre que el espíritu necesite creer, amar, inspirarse en grandes pensamientos, volverá sus ojos á esa hermosa Atenas, cuya historia es, en la edad antigua, el eden del arte y de la libertad.

Repugna tanto á la naturaleza humana el

socialismo, que no basta el génio más expléndido para salvarlo. Como la ley de nuestro espíritu es la libertad, no se puede fundar sociedad durable contra la ley de nuestro espíritu, como no se puede fundar edificio alguno contra la ley de la gravitacion. El gran sacerdote del socialismo en la antigüedad es el filósofo de los eternos ideales, de las eternas armonías. Su espíritu, que como el águila, sólo reposa en las alturas, ha sondeado el cielo, ha visto á Dios; pero no ha conocido la tierra, no ha visto el hombre. Así es que su idea reina en la ciencia abstracta; pero no reinará nunca en la sociedad. En él está la eterna teología del socialismo. A duras penas saldrá de este círculo. En la naturaleza hay tres metales: oro, plata y hierro; en el alma tres facultades, razon, voluntad y sentimiento; en la sociedad tres clases, los que piensan, los que pelean, los que trabajan; los filósofos, los guerreros, los artesanos: y así como en el alma, la razon debe mandar en la voluntad, y la voluntad en las pasiones; en el mundo, el filósofo debe mandar en el guer-

rero, y el guerrero en el trabajador; y los tres, para cumplir la justicia en sus mútuas relaciones, fundar un Estado fuerte, poderoso, y que sea el padre, la madre de todos; el hogar y la familia de todos; el altar del pensamiento, y el templo de la conciencia de todos; Estado formidable, que posea los derechos; que regule el trabajo; que funde la familia; que eduque á los niños adiestrando en la gimnasia sus cuerpos, en la música sus almas; y mate, como contrario al bien, todo sentimiento individual, á cuyo fin debe poseer la propiedad, uniformar el amor y la paternidad; censurar las ideas, dictar su fé á la conciencia; y unir tan fuertemente los ciudadanos entre sí, como están unidas las primeras partículas de la materia en el seno de los cuerpos, ó las primeras ideas universales en la inteligencia de Dios. Y mientras aquel hombre extraordinario vagaba por las alturas del socialismo, de la utopia imposible; el mundo; que él queria modelar en su pensamiento, se dirigia por otro camino, se dirigia hácia Alejandro para destrozar el Oriente y

matar la casta; se dirigia hácia Roma para fundar la familia y la propiedad; se dirigia hácia el cristianismo para crear la eterna libertad humana; se dirigia hácia el mundo germánico, que con su fuerte espada habia de cincelar, sobre las ruinas del antiguo socialismo, el boceto rudo pero inmortal de la personalidad humana.

Lo cierto ès que el socialismo se presenta, con especialidad en las naciones latinas, revestido de un carácter que señala bien á las claras la reaccion, cierto espíritu á la antigua, mal capitalísimo, donde radica su incurable impotencia. Pedir hoy al Estado la solucion del problema social, como en tiempo de los Gracos, es pedir un desvarío. La democracia moderna sabe aminorar los males sociales; pero no por el procedimiento antiguo, sino por el procedimiento de la libertad. ¿Creeis, trabajadores, que el Estado es como el cielo? ¿Creeis que convertirá en bienes vuestro sudor, cuando se lo entregueis, como la atmósfera convierte en lluvia las evaporaciones del mar? El Estado no podrá hacer cosa alguna

sin exigir grandes tributos, y no podrá alcanzar esos grandes tributos sin que salgan del producto de vuestro penoso trabajo, sin que mermen vuestro mezquino salario. No espereis, pues, la solucion del problema social del Estado, como sucedió en Roma. Y, sin embargo, estadme atentos, y vereis que aun en Roma, si el problema social se hubiera resuelto por la libertad, acaso no vinieran los tristes dias del imperio, la muerte infame de la ciudad eterna, convertida por la libertad en severa reina de las naciones, y convertida por el socialismo en inmunda prostituta, hecha una llaga, espirando sobre un estercolero.

Roma se fundaba sobre la conquista. El último y el más individualista de los pueblos antiguos, se basaba sobre la propiedad. Desde los tiempos de Numa, la propiedad tenia un carácter sagrado. Por esta naturaleza de la propiedad, fué imposible allí la tantas veces intentada reaccion hácia las castas. Pero basada Roma en la conquista, la propiedad habia sido conquistada por todos. De aquí, aparte de la propiedad quiritaria, guardada

celosamente por el Dios Término, la existencia del ager público, de la tierra pública, que en realidad debia ser de todos los guerreros, de todos los que habian contribuido á las conquistas. Pero por medios que no son del momento referir, los patricios y los caballeros habian acaparado las tierras que eran de todos, que habian sido ganadas por todos, que debian, por consecuencia, tener todos. Los Gracos no pedian la destruccion de la propiedad; bien al revés, pedian la creacion de la propiedad. En realidad, querian destruir la inmensa confiscacion de la propiedad por el Estado. Y allí, el problema social no tenia más que el término de la propiedad. No existia el término del trabajo. El único trabajador era el esclavo. Pero el esclavo no era hombre, era casi como el buey del campo, como el perro de la casa. Los patricios habian convertido sus propiedades en prados; la tierra de labor en tierra de pasto.

Y así, solo necesitaban un esclavo que guardase sus ganados, esclavo á quien ni siquiera daban de comer, dejándolo entregado á la fa-

talidad, al sustento que pudiera procurarse en los campos. Así, en Roma, donde no se conocia en los tiempos en que el problema social aparece, no se conocia el trabajo como entre nosotros, el problema social tenia dos soluciones; la solucion democrática, que hubiera consistido en desamortizar el campo público y convertir al ciudadano en propietario y trabajador de ese campo; la solucion socialista, que hubiera consistido en dejar la propiedad en manos del Estado y alimentar al pueblo ocioso con los productos del fisco. Imaginaos que se hubiera adoptado la primera solucion, la solucion democrática. La democracia se hubiera conservado; los tiempos del agricultor Cincinato hubieran vuelto; el ciudadano, alejado de la ociosidad, convertido á cultivar su tierra, se hubiera preservado del vicio que lo devoró; las grandes virtudes republicanas, que no anidarán nunca en el alma de los esclavos, hubieran traido la salud del mundo; y el tránsito de una edad á otra edad de la historia, acaso no hubiera necesitado nunca de aquella catástrofe de los bárbaros,

que fué como el cauterio aplicado á la corrupcion universal, traida por aquel monstruoso Estado, que convirtió la humanidad en la impura manceba de Heliogábalo. La solucion democrática era fácil; respetar la propiedad privada, desamortizar la pública propiedad.

¡Pero qué solucion sobrevino! ¡Ah! Sobrevino la solucion socialista. Sobre la ruina de la libertad, sobre la ruina del arte, sobre la ruina de la República, se levantó un hombre que era cónsul, tribuno, dictador perpétuo, imágen fiel del Estado, inmenso, infinito; y aquel hombre era el jefe de las legiones, el oráculo del derecho, el sumo pontífice de la religion; el juez supremo y el supremo artífice; el que convertia los senadores en sus cortesanos, los soldados en sus gladiadores, Roma en el lecho de sus placeres, los pueblos en sus esclavos, el mundo en su palacio, el cielo en su cómplice porque aquel César, ora astuto, ora asesino, ora ladron, ora voluptuoso; siempre desesperado, en medio de las mayores grandezas; siempre vicioso, aunque le hubiera dotado la naturaleza de las ma-

yores virtudes; al creerse un Dios, al condensar en su frente el espíritu humano, convertíase en asqueroso bruto, que, á manera del cerdo, vivia revolcándose en la inmundicia.

Pues bien; ese César hizo todo lo posible por el pueblo, todo. Sacrificó á sus plantas la aristocracia, lo emancipó de la aspereza del trabajo, levantó casas para alojarlo, fundó una inmensa alhóndiga donde le repartia su racion diaria de trigo, construyó baños como no los tendria hoy un rey, cubrió con toldos de púrpura el techo de sus teatros, con polvos de minio y oro sus circos, cazó leones en la Numidia y hombres en los Alpes, para darle luchas de fieras y de gladiadores; pero le quitó la libertad, y aquel pueblo, harto de pan y necesitado de justicia, se debilitó, se corrompió, no pudo sostener en sus manos ni la espada ni el arado, llegó á la estenuacion del cuerpo, á la imbecilidad del alma; y un dia vinieron hombres valientes, aunque no tan felices; más grandes porque eran más libres, y arrojaron de sus palacios á aquel pueblo, que al esclavizarse por un pedazo de pan,

se convirtió de pueblo de héroes en pueblo de prostitutas.

Trabajadores: despues de este grande ejemplo, no hay que buscar el bien del trabajador en la esclavitud, porque encontraremos su miseria. No lo dudeis; el trabajo principal de la democracia es procurar vuestra emancipacion y asegurar vuestro derecho. Representa en la historia progresiva del mundo el momento feliz en que el estado último, proscrito tantos siglos, y marcado con la ignominia, aparece en la sociedad, reclamando la libertad que le pertenece de justicia. Ciertamente, una sociedad no es grande, no es hermosa por tener formidables escuadras, numerosos ejércitos, lujosas aristocracias, muchos magnates, sino por el grado de bienestar que gozan esas clases trabajadoras que la sostienen con sus fuertes brazos. Importan poco los palacios del Oriente, los jardines aéreos, las torres frisando con las nubes, las ciudades encantadas, los muros teñidos con los colores del iris, si al pié de tantas maravillas se consumen, arrastran-

do sus cadenas, generaciones de esclavos. Vosotros, pobres trabajadores, que continuais las obras de Dios, que pulís el planeta, que arrancais las espinas á sus campos, que tejeis las fibras de las plantas y el vellon de los corderos para cubrir nuestra desnudez, que herís el suelo haciendo brotar por do quier los manantiales necesarios para la vida; vosotros mereceis ser libres é iguales en el derecho, para continuar con dignidad la obra maravillosa de infundir el espíritu humano por todos los poros de la tierra.

Pero no querais una sociedad en que sea preciso herir en vuestro favor ninguna de las manifestaciones de la libertad, porque al herir la libertad, os herís á vosotros mismos en vuestros derechos. La ley de la naturaleza humana es una, y si creeis que merece más libertad el pensamiento que el trabajo, la actividad intelectual que la actividad material, como creen los socialistas, os exponeis á que renazcan á vuestros piés aquellas castas antiguas que os condenaban á eterna inferioridad moral, y con la eterna inferioridad moral á

perdurable hambre. Las asociaciones comunistas han pasado, han muerto. El espíritu ascético de la Edad Media las creó fuertes y poderosas; les dió templos para orar, bibliotecas para instruirse, campos para trabajar, magníficas viviendas que eclipsaban los palacios de los reyes; y si durante el tiempo que no se oyó en la historia la voz de la naturaleza, ni en el espíritu del hombre el sentimiento individual, pudieron vivir en armonía con la civilizacion, así que vino el siglo del renacimiento, decayeron y se aniquilaron así que vino el siglo de la revolucion. Y es porque todo el movimiento de la civilizacion, todo el trabajo de la historia converge por una ley ineludible á crear esta personalidad humana, fuerte y poderosa, superior á todo cuanto le rodea, grande si es soberana de sí misma, porque sólo á este precio es digna, y soberana de sí misma solamente cuando es libre.

No se me oculta que la libertad tiene sus males. Pero ¿dónde en la naturaleza humana, que por todas partes choca fatalmente con el límite, dónde no estará el mal? El dolor entra

como una cantidad necesaria en la vida moral, y el mal entra en la vida material. Además, que el mal absoluto no existe; y así como de todas las leyes de la naturaleza, aun de aquellas que nos parecen más crueles, resulta el bien; de todos los efectos de la libertad, aun de aquellos que nos parecen más subversivos, resulta á su vez el bien. No hay nocion superior de bien á la que consiste en asegurar que cada sér lo realiza cuando cumple su fin. Pues el hombre no puede cumplir su fin sin el medio propio, universal de su accion, sin la libertad. Luego la libertad es, no lo dudeis, la condicion primera de la vida. Esto es tan cierto, que donde la libertad no existe, ¡ay! no existe la vida. Mirad lo que ha hecho el trabajador libre de las ásperas selvas del Norte de América. Un paraiso. Mirad lo que ha hecho el trabajador esclavo, el trabajador mahometano de las más hermosas regiones de la tierra, del Bósoro, del Norte de Africa, de las islas griegas. Un desierto. ¡Oh libertad! Al maldecir de tí maldecimos como el blasfemo de nosotros mismos; al renegar

de tí renegamos como el suicida de nuestra misma vida.

Los estados, cuando no se limitan á asegurar la coexistencia de todos los derechos, violan en su interés propio alguna manifestacion de la libertad. Y hé aquí la principal desconfianza que me inspiran sin excepcion todas las escuelas socialistas. No pueden fundar sus arbitrarias teorías sin una rehabilitacion del Estado; no pueden rehabilitar el Estado sin volvernos á los tiempos del absolutismo. Cuando declaran á la libertad impotente para curar vuestros males, para dulcificar vuestros trabajos, para promover vuestro crédito, para activar vuestro tráfico, declaran á la libertad poco ménos que inútil. Así educan generaciones de esclavos. Cuando declaran que el Estado sólo puede organizar el trabajo, organizar el crédito, declaran al Estado superior al derecho, al Estado superior á la libertad. Así restauran el absolutismo. En aquellos tiempos en que se creia que el Estado era dueño de una ciencia infusa y llevaba en sí un derecho

superior divino, de tal suerte, que los hombres le acataban como la imágen de Dios sobre la tierra, en los tiempos del absolutismo, se explica fácilmente que los hombres creyeran al Estado con una ciencia superior para sondear las llagas sociales, con un remedio superior para curarlas. Pero hoy que vamos á todo andar, á reintegrarnos á costa del Estado en todos nuestros derechos; hoy que proclamamos la libertad de pensar porque no creemos en su infalibilidad; la libertad de enseñanza, porque no creemos en su ciencia; la libertad de asociacion, porque no creemos en su omnipotencia social; la libertad del trabajo, porque no creemos en sus fuerzas; hoy seria indigno que le confiáramos la solucion del problema indudablemente más complicado y difícil, de aquel que no puede resolverse sino con la ciencia de todos, con el derecho de todos, con las fuerzas de todos, con la libertad de todos, con el capital y el trabajo de todos; por toda la sociedad libremente desarrollada en todas las direcciones de la vida. El progreso ha hecho que

el hombre sea cada dia más dueño de sí mismo; que delegue cada dia en el Estado ménos facultades y ménos derechos. ¿Y quieren los socialistas que delegue en el Estado el derecho de procurarse el crédito, de procurarse el trabajo, de procurarse el sustento? Entonces el progreso es mentira, la revolucion un delirio; la democracia una escuela no de hombres, una escuela de esclavos.

Así, notadlo: los fines socialistas podrán ser muy buenos y muy santos, pero los procedimientos, los medios son todos absolutistas, todos, por consiguiente, inadmisibles. Y como los medios, los procedimientos son malos, quiere decir que el absolutismo, en su fondo, es socialismo; y el socialismo es absolutismo. Importa poco que se ponga á servicio de la aristocracia ó del clero, ó de los antiguos reyes ó del pueblo; como es el mal, ha de dar el mal; que en la sociedad y en la naturaleza cada sér engendra su semejante, cada semilla da su fruto. Investigad uno por uno los medios, los procedimientos socialistas y decidme: cuál hay que no sea absolutista.

cuál hay que no sea conocido en la sociedad abandonada ya por la revolucion. Recorramos algunos al acaso. El dominio del Estado sobre la propiedad, es una teoría socialista. ¿Qué otra cosa propone el autor de la Icaria, sino la abolicion de la propiedad individual? ¿Qué otra cosa el mismo autor de la organizacion del trabajo, cuando pide que las sucesiones colaterales sean abolidas, y pase la herencia en este caso al fondo comun social? ¿Qué significan las interpretaciones simbólicas dadas por el autor del libro *La Humanidad* á los nombres de los patriarcas sino una reseña de los graves males que, segun él, trae la propiedad? ¿Qué significa aquella especie de pontificado industrial de los sansimonianos, el cual puede disponer de las personas y de las cosas? ¿Qué el grito, aun resonante, que nos ha dicho: disminuye la propiedad, á medida que aumenta la libertad? Significa, en último resultado, la confiscacion de la propiedad por el Estado, á título de su dominio superior y eminente. Pues bien, esta teoría, es la misma teoría absolutista. Los reyes antiguos dispo-

nian á su arbitrio de la propiedad de la tierra. El menor delito político lo castigaban con la confiscacion de los bienes del culpado. Repartian tierras entre sus cortesanos. Por un capricho estético, confiscaban un campo, una casa. Apoderábanse, como hizo varias veces Felipe II, hasta de las naves que venian de América con dinero para los particulares. Mirad, pues, si no tengo razon, al deciros que en el fondo del socialismo se encuentra el absolutismo. La eterna honra de la democracia, es haber escrito entre los derechos fundamentales, lo mismo en la revolucion de 1777, que ha creado la democracia americana, que en la revolucion de 1789, que ha creado la democracia europea, la propiedad. La eterna honra de la democracia, es haber prohibido para siempre la confiscacion, expulsada ya de todos los códigos modernos. ¿Quereis volver á los tiempos en que la propiedad estaba á merced del Estado? Entonces habeis quitado todo aliciente al trabajo, todo encanto al ahorro; habeis destruido la consanguinidad entre vuestro organismo y la

naturaleza; habeis interpuesto una sombra maldita entre vuestro fecundo trabajo y la tierra, esa eterna madre, en la cual prende el espíritu por la raíz de la propiedad. No es posible, que vosotros, ¡oh trabajadores! vosotros, los soldados de la libertad, hiciérais retroceder al mundo en su camino.

Otro de los procedimientos socialistas, es la organizacion del trabajo. No les basta la ley de la libertad para ordenarlo; necesitan otra ley que llama el socialismo justicia, y que realmente es la arbitrariedad del Estado. La organizacion del trabajo: hé aquí la palabra de órden del socialismo. En el mundo que ha señalado el más activo de todos los socialistas, no hay propiedad, ni moneda, ni compras y ventas; la comunidad recoge los frutos de la tierra, los productos del trabajo, y á cambio de ellos, instruye, alimenta, viste, aloja á todos los ciudadanos. Otro socialista dice: ¡El Estado es el regulador supremo de la produccion, y debe hallarse revestido para cumplir este fin de un poder muy fuerte! ¡El Estado, investido de ese poder! ¿Côn qué de-

recho nos quejaremos hoy si tal teoría admitimos, de que arranque brazos con la quinta á la agricultura, de que estanque las materias indispensables para la vida, como la sal, de que nombre los maestros, y expida títulos para todas las profesiones, abrogándose una capacidad superior á la capacidad de todos los hombres?

Pero ¿á qué hablo de hoy? El socialismo no es solamente conservador, es algo más que eso, es tambien reaccionario. El antiguo absolutismo entregaba al Estado la facultad omnímoda de organizar el trabajo. El antiguo régimen vendia el derecho de trabajar; decretaba los oficios que cada cual podia ejercer, obligaba por la corvea á la sustitucion; nombraba los maestros, y de esta suerte organizaba el trabajo; y al organizarlo completamente lo aniquilaba. Si esa organizacion del trabajo por el Estado es justa, es de derecho, volvamos pronto, volvamos sin repugnancia al siglo décimo-cuarto, y veremos á D. Pedro el Cruel negando á sus vasallos el andar valdíos en los caminos, mandando á los zapate-

ros cómo han de hacer los zapatos, segun sean de cordoban, de lo dorado; á los alfayates, cómo han de tejer los paños, segun sean de tabardo ó capirote; á los remendones, cómo han de ser de recias las suelas; y á los carpinteros, ferreros, armeros, acicaladores, cómo han de realizar su trabajo, y á todos el precio de ese trabajo; llegando así á una organizacion bárbara, bajo cuyo peso el alma sólo encontraba esclavitud y el cuerpo hambre. No hay diferencia esencial entre esta organizacion y aquella que proponia: 1.° La distribucion en cada municipio de los ciudadanos por clases. 2.° El nombramiento de magistrados destinados á cuidar de los trabajadores. 3.° La determinacion por la ley de las horas de trabajo. 4.° La aplicacion de las máquinas por la administracion pública. 5.° La inspeccion de los trabajadores por la administracion municipal, que deberá á su vez informar á la administracion suprema. ¿No os asfixiais en una sociedad semejante á una sociedad absolutista, vosotros tan libres? No es el trabajo reglamentado, el trabajo converti-

do en máquina, el trabajo que lleva el trabajador al taller, como el pastor lleva al buey á la coyunda; no es ese trabajo esclavo el que ha escudriñado con el telescopio los cielos; el que ha vinculado en unas letras la inmortalidad del pensamiento; el que ha medido la gravitacion universal y ha pesado el aire, y ha encontrado los gases, y ha infundido alma á la materia con el vapor, y ha dado á la palabra alas con la electricidad, uniendo los continentes, anticipando el dia de la comunidad de ideas y de derechos entre los hombres, no; el que ha hecho todas estas maravillas es el trabajo libre, que ha de ser la redencion del trabajador, el hermoseamiento y la perfeccion de la tierra.

Y lo que digo de la organizacion del trabajo por el Estado, digo de la organizacion de las asociaciones por el Estado. No hay principio tan fecundo como el principio de asociacion. El trabajador aislado, sucumbe. No puede solo resistir á las exigencias del capital. El capitalista tiene interés en que mengüe el salario. Pero asóciese el trabajador con sus

hermanos, y verá como se alivia su triste suerte, su dura condicion. Podrá poner por sí mismo el precio del trabajo; podrá señalar sus horas; podrá tener una caja de ahorros á poca costa, y encontrar en ella apoyo en la vejez, algun recurso para su viuda, alguna esperanza de que sus hijos, mientras sean niños, han de hallar, si muere, en la asociacion recursos y amparo. Estos resultados de la libre asociacion no son utópicos, no. Se han realizado. En Inglaterra comenzaron en 1843 las sociedades cooperativas. Aquellas sociedades no pedian apoyo ninguno al gobierno, ni un céntimo al Tesoro. Cada trabajador dejaba en un fondo siete cuartos por semana. Pues con estos siete cuartos llegaron á su redencion por sí mismos. Imaginaos lo que os exige un gobierno por asegurar vuestro trabajo; imaginaos cómo grava con los consumos el pan de vuestra mesa; imaginaos cuantos empleados, cuantos burócratas sostiene con el sudor de vuestra frente; y decid luego si no es próvida la asociacion voluntaria que os promete la democracia. Esas asociaciones in-

glesas comenzaron con 28 socios y un capital de dos mil reales, y á los diez y ocho años tenian 4.000 socios, y un capital de más de cuatro millones de reales. Mirad en cambio lo que hicieron los talleres nacionales franceses: aquellos talleres socialistas, fundados por el Estado, mantenidos por el Estado. ¿Qué hicieron? Fomentar la pereza, comprometer el trabajo individual, producir malo y caro, perturbar las leyes económicas, subventar la sociedad, y cansar de tal modo á los trabajadores mismos, que prefirieron el mañana inseguro, el pan incierto, el trabajo forzado, al amargo pan del socialismo, como el ave prefiere á la jaula de oro y al regalo de la esclavitud, el cielo azul que le convida con el bien de la libertad. Reglamentad las asociaciones por la fuerza del Estado, y tendreis tambien otra institucion absolutista; los antiguos abolidos gremios donde no habia trabajadores, sino siervos.

Imaginaos que el socialismo lograba todas las maravillas posibles. Imaginaos que fundia la nieve del polo, poblaba los desiertos

de Africa, convertia en limonada gaseosa el mar, acercaba el mayor número de astros á nuestros hemisferios, levantaba el Eden perdido sobre la tierra, bordaba con una primavera eterna los campos, suprimia la lucha, el dolor, la pena; alcanzaba alas como las del águila para nuestro pesado cuerpo, medios de subir de esfera en esfera, hasta el sol de los soles; el néctar de los dioses para apagar nuestra sed, la ambrosía para satisfacer nuestra hambre; trasformar nuestro organismo en una forma tan bella como la forma de las estátuas clásicas; darnos la serenidad límpica; difundir por nuestras venas todos los placeres que hay derramados por el Universo; si para esto nos numeraba como esclavos, si hacia del trabajo una fuerza ciega, bien podíamos decirle: aparta, es mejor que el dominio sobre miriadas de soles y de planetas, la austera libertad.

CAPITULO VI.

RESEÑA DE LAS PRINCIPALES ESCUELAS SOCIALISTAS EN FRANCIA.

Ya lo hemos dicho: la democracia francesa ha tenido escuelas que, además de la reforma política, y sobre la reforma política, se han propuesto la reforma social. Imposible negar que una idea es una série de ideas, y que en la idea revolucionaria se encuentra virtualmente contenido el término económico y social, indispensable á la emancipacion de los pueblos. Todos los grandes movimientos históricos han sido movimientos económicos y sociales. El imperio romano destrozó la propiedad tal como la concebia y la gozaba el

patriciado; la aparicion del feudalismo se enlaza con una soberanía y una jurisdiccion territorial; la corona, para erigir su autoridad sobre todas las autoridades, crea los realengos, y se incorpora los feudos; el municipio no hubiera engendrado el estado llano, ni roto la servidumbre del terruño sin los propios; la revolucion contra la monarquía ha destruido el patrimonio real; la revolucion contra la aristocracia ha destruido las vinculaciones; la revolucion contra la iglesia ha destruido la amortizacion. La grande evolucion social que la democracia engendra, seria incompleta si no emancipase económicamente al pueblo.

Miles de síntomas anuncian que, sin destruir la propiedad individual, necesaria á la personalidad, puede el derecho, la asociacion, el sufragio universal, llegar á la emancipacion económica del pueblo. Pues qué, ¿por la cooperacion no se emancipa el trabajo del capital? Pues qué, ¿por la coopartícipacion no puede llegar, no debe llegar el trabajo á convertir el salario en dividendo?

Pues qué, ¿por la asociacion, que recientemente conquistada, no ha servido aun mas que para la guerra económica, no se llegará á la armonía entre todos los intereses? Yo lo espero, lo espero de la fecundidad de nuestros principios.

Mas no lo espero de utopias que, pretextando emancipar al trabajador, erigen locamente un estado fuerte, y le encargan el confundir á los hombres en lo más repugnante á su naturaleza, en el comunismo, ó por los conjuros del pontificado industrial, ó por las fuerzas de la gerarquía burocrática, ó por la autoridad de poderes invasores, ó por el aumento de la centralizacion y del presupuesto, medios todos reaccionarios que caen como pesada cadena sobre las espaldas del pueblo. Yo sé que la utopia es eterna. El género humano solo orea su rostro, solo seca sus lágrimas á la brisa de la esperanza. Hasta en la sociedad antigua, donde reinaba la desesperacion y donde era frecuentísimo el suicidio, alzábanse siempre sobre todos los dolores, sobre todas las ruinas, como la forma de

una ilusion eterna, esas májicas sibylas, cuyos ojos, gastados de mirar lo porvenir, entreveian en sus celajes el vuelo de ideas que pasaban por la conciencia, henchidas de consoladoras promesas. La utopia es eterna. Yo he visto que el mundo antiguo no sentia sobre sus párpados el sueño de la muerte sin que sintiera sobre su corazon al mismo tiempo el anhelo de la renovacion, expresado en los inmortales versos virgilianos: yo he visto que entre las irrupciones de los bárbaros, terribles como las catástrofes geológicas, flotaba la ciudad de Dios; yo he visto que sobre la frente encorvada del siervo pasaban por el año mil con los terrores del supremo juicio, las promesas de la bienaventuranza, como esas nubes que fingen figuras fantásticas, cuando las encienden los rayos del sol en su ocaso. Yo no niego la esperanza social. Mas yo repugno que se puedan encerrar en el programa de la República todas estas esperanzas raras, contrarias unas al progreso, opuestas otras á los derechos individuales, peligrosas todas á la paz de la democracia, porque si prometemos lo

imposible, lo inverosímil, lo absurdo, el dia de la República, en vez de ser el dia de la redencion, será el dia del desengaño y del desencanto. No olvidemos que los deletéreos efectos de esta cosmogonía sensual devastarán las almas de las clases trabajadoras, al punto de convertirlas á una indiferencia por la libertad, por la democracia, por la República, bienes baladíes en comparacion á los bienes materiales guardados en las utopias. Y cuando viene el dia siniestro, el 2 de Diciembre, el tirano, puede impunemente clavar su puñal en el corazon de Francia, porque el pueblo imagina, pervertido por la utopia socialista y por la leyenda imperial, que los diputados perseguidos, acosados, presos por la soldadesca, sólo defendian sus veinte francos diarios al defender la soberanía herida de la Asamblea, y la majestad hollada de la República.

Todas las escuelas socialistas demuestran, á pesar de su aparente contradiccion, que la idea republicana en Francia tiene grande vitalidad. Ochenta años han pasado de la primera República; seis veces se ha querido res-

taurar la monarquía ó aliarla, ya con la libertad por medio del sistema doctrinario, ya con la democracia por medio del régimen cesarista, y siempre se ha venido á tierra obra tan frágil. La República ha nacido de la voluntad expontánea del pueblo mientras que ha nacido la monarquía de la fuerza incontrastable del ejército. Si se exceptúa Julio de 1830, en que las muchedumbres fueron deslumbradas por Lafayette, proclamando en Luis Felipe la mejor de las Repúblicas, siempre ha venido la monarquía á Francia, ó por golpes de estado, ó por extrañas intervenciones armadas. La monarquía cesarista nació el 18 Brumario de una conjuracion militar. Los cosacos llevaron colgada de las crínes de los caballos del Don la corona de San Luis á las márgenes del Sena. Otra insurreccion militar restauró el Cesarismo; y otra intervencion armada y extranjera la monarquía legítima. Diez y ocho años habian al parecer arraigado el sistema doctrinario, cuando lo mató el lijero viento de las nuevas ideas levantado en Febrero de 1848. Napoleon cayó

en Sedan porque habia siempre vivido en medio de París, como los conquistadores en tierra mal sometida, receloso y acampado. Efectivamente, la pérdida de la libertad sólo condujo á la decadencia intelectual y moral de Francia, á la ereccion de una política bizantina, á guerras sin sentido, en las cuales se favorecia la unidad de Italia y Alemania para convertirlas en enemigas implacables con el veto puesto á la una de llegar al Tíber y el veto puesto á la otra de atravesar el Mein; lo cual era tanto como unirlas y armarlas á ambas contra Francia. La demencia llegó al extremo de intentar que el cesarismo extendiera su letal sombra en América, en el continente de la libertad. Napoleon estaba destronado en la conciencia pública antes de que cayera prisionero en Sedan. El 4 de Setiembre de 1870 no fué más que la palabra reveladora de la idea que vibraba en todas las conciencias: el destronamiento de los Napoleones y la proclamacion de la República.

... pesar de este determinado carácter de
..., ¡cómo se han malogrado todos los

esfuerzos de los republicanos! ¡Cómo han crecido pobres, entecas, nuestras repúblicas, expuestas á morir al menor viento de reaccion! Yo atribuyo este resultado en su mayor parte al influjo letal de las escuelas socialistas. El socialismo engendra una doble corriente opuesta á la República. Inspira á las clases acomodadas que tienen la riqueza, y por ende el poder material y la influencia, terror á las reformas, inspira á las clases populares ilusiones sin realidad, deseos sin satisfaccion, esperanzas seguidas de inmediatos desengaños. Y de aquí proviene una reaccion, del terror de las clases acomodadas, reaccion que no contrastan las clases populares, porque les ha quitado toda fuerza la tristeza de sus desengaños,

Y para convencerse de estas verdades no hay como estudiar el desarrollo de la idea socialista en Francia. En la primera revolucion, la idea socialista comenzó á tener importancia cuando la perdió por completo la idea republicana. Reinan los últimos de los convencionales; todo se ha extinguido en

aquella Asamblea; la elocuencia de los girondinos, la audacia de los montañeses, la fé de los jacobinos. Las grandes eminencias han desaparecido derribadas por el hacha del verdugo; y sólo queda la monótona llanura que sacrifica á todos los partidos con su frio implacable egoismo.

Y á medida que la República se iba perdiendo, los republicanos se iban dando desenfrenadamente á la utopia. Y esta tendencia tuvo su representacion más genuina en la persona de Babeuf, que unia al fanatismo en las ideas, la energía en la accion. Despues de haber escrito en la prensa y de haber proclamado en los clubs una série de principios opuestos á la propiedad individual, consagróse por completo á implantar esta série de principios en la realidad, abriendo los surcos á la semilla de sus ideas con el instrumento dé las revoluciones. Los vencidos, los proscritos de las Asambleas, los jacobinos dispersos, los que no habian acertado á conservar la República, se creian con fuerzas para realizar la utopia, y se congregaban en torno del tribuno. Allá,

en la plaza del Panteon, merced á las disposiciones de la Constitucion del año tercero, se amontonaban en clubs, donde podia haber debates, pero donde no podia haber ni presidencia, ni mesa. Así todos los congregados hablaban á un tiempo en la mayor confusion y desórden. Mas no obstó este desórden á que redactaran un verdadero código en que negaban la propiedad y proponian una especie de reparto de las tierras entre los ciudadanos y sobre todo, entre los buenos ciudadanos, que eran los conspiradores. Los oficiales de reemplazo, las tropas licenciadas por la reaccion termidoriana, los jacobinos náufragos y dispersos; todos los elementos de perturbacion que encerraba aun París, una especie de ejército que ascendia á más de diez y siete mil hombres, se juramentaron para intentar radical revolucion y sustituir los códigos políticos, ya anticuados con el Código de la Naturaleza. Estaban convenidos los estatutos, trazados los programas, apercibida la gente, arreglada la insurreccion, preparados los que habian de sonar la trompeta sobre aquel dia último de

la sociedad, y los jefes señalados á las huestes organizadas, cuando el general Bonaparte disolvió el club, y el Directorio mandó á Babeuf á la cárcel, y de la cárcel á la guillotina, donde murió como se moria en la revolucion francesa, con verdadero heroismo. Pero indudablemente ¡qué de fuerzas perdidas para la conservacion de la República! ¡Cuánto pábulo dado á la reaccion; y cuántas esperanzas á las restauraciones monárquicas! Acaso uno de los actos que más contribuyeron á la dictadura de Bonaparte fué el haber disuelto el club del Panteon y el haber sosegado las alarmas de los propietarios. El demagogo habia extremado las ideas de sus maestros. Mientras en el código de la Naturaleza se reservaba solamente el presidio á los partidarios de la propiedad, en los planes de Babeuf se les reservaba la guillotina.

¡Error de los errores! Si el hombre crea, el hombre tiene derecho á conservar su creacion, á gozarla, á disponer de ella, no solamente para su sér individual, sino para la prolongacion de su sér en el tiempo y en el

espacio, que es su posteridad. La propiedad y el trabajo forman el místico matrimonio de cuyo amor han brotado todos los bienes terrestres. Destruid la propiedad, y el trabajo ni tendrá objeto, ni incentivo, ni premio. Destruid el trabajo, y la propiedad quedará estéril como el desierto. Unidlos y brotarán por todas partes bienes abundantes. Las escuelas socialistas quieren que los trabajadores suden para los que no trabajan; y los sóbrios se afanen para los glotones; y los económicos ahorren para los pródigos. No miran la parte que tiene el libre arbitrió en la pobreza, porque eliminan el principio moral por excelencia, el principio de responsabilidad. Cuántos han caido en la miseria por haber dispendiado grandes bienes en vergonzosos vicios. Cuántos han permanecido en la miseria, por no haber tenido ni la virtud del trabajo, ni la prevision del ahorro. Aun para los pobres por desgracia, aun para aquellos que son infelices por fatalidades naturales ó sociales, el comunismo es un remedio insuficiente, un remedio que en todas partes ha

agravado el mal quitando dos virtudes: en los que tienen, la virtud de la caridad, y en los que nada tienen la virtud del agradecimiento. Es verdad que se suprime esta terrible batalla de la concurrencia vital en que todos pugnan, en que todos derraman á torrentes sudor y á veces sangre, en que hay crímenes tan horribles como los crímenes de la guerra, en que el egoismo y la ambicion pasan sobre la debilidad y la pobreza con la misma serenidad olímpica con que un general pasa sobre montones de cadáveres; pero tambien es cierto que se sustituye á esta guerra por la vida el silencio de la muerte, la paz de los sepulcros, la igualdad con que los huesos se unen á los huesos y las cenizas á las cenizas en los cementerios. Donde ha reinado el comunismo, ha reinado la igualdad de la muerte. Así el asilo del comunismo es el desierto, ó las catacumbas. En cuanto ha entrado en la sociedad, se ha roto bajo la ley social más imperiosa, bajo la ley de la libre concurrencia.

Los tiempos que siguieron al terror y que precedieron á las escuelas socialistas, eran

tiempos de efusion y de placer. La seguridad de vivir trastornaba los cerebros y encendia los corazones. Imaginaban los salidos de las cárceles, los resucitados de las tumbas, los redimidos de las amenazas extendidas sobre todos por la guillotina, que no vivian si no abusaban de la vida. Así, la sociedad tomaba una tendencia eminentemente sensualista. Y á esta tendencia eminentemente sensualista correspondia el nacimiento, el desarrollo de las escuelas sociales consagradas á la rehabilitacion del placer. Los tres grandes socialistas fueron prisioneros del terror: Babeuf, San Simon, Fourier. El primero, siempre de carácter apacible, aunque de ideas exageradas, y cuyas violencias antes deben imputarse al exceso de males de su tiempo que al impulso de su propia conciencia murió por su doctrina. El segundo es uno de los caractéres más originales y de los pensadores más extraños que guardan los anales de la historia. En bien corta edad habia dado una muestra de su energía, porque educado en las ideas del siglo, se negó á recibir la primera comunion.

la sociedad, y los jefes señalados á las huestes organizadas, cuando el general Bonaparte disolvió el club, y el Directorio mandó á Babeuf á la cárcel, y de la cárcel á la guillotina, donde murió como se moria en la revolucion francesa, con verdadero heroismo. Pero indudablemente ¡qué de fuerzas perdidas para la conservacion de la República! ¡Cuánto pábulo dado á la reaccion; y cuántas esperanzas á las restauraciones monárquicas! Acaso uno de los actos que más contribuyeron á la dictadura de Bonaparte fué el haber disuelto el club del Panteon y el haber sosegado las alarmas de los propietarios. El demagogo habia extremado las ideas de sus maestros. Mientras en el código de la Naturaleza se reservaba solamente el presidio á los partidarios de la propiedad, en los planes de Babeuf se les reservaba la guillotina.

¡Error de los errores! Si el hombre crea, el hombre tiene derecho á conservar su creacion, á gozarla, á disponer de ella, no solamente para su sér individual, sino para la prolongacion de su sér en el tiempo y en el

aristocracia se adhiriera al nuevo régimen, propuso que no pudiese tener cargo alguno político, y habiendo sido él mismo designado para alcalde, renunció por razon de su categoría y de su sangre. Presagiaba entonces que los descendientes de los Montmorencys no habian de vivir mucho tiempo en paz con los descendientes de sus esclavos y de sus siervos: que las diversas prosapias y los contrarios intereses romperian necesariamente en abierta y sangrienta guerra.

A pesar de sus ideas avanzadas, no se eximió de las persecuciones del terror. Y cuenta que ninguna parte directa ni indirecta tomara en las terribles luchas de jacobinos y girondinos. A su audaz pensamiento, á su inteligencia llena de aspiraciones más vagas, pero más humanitarias; á su corazon por el amor al pueblo henchido, á su carácter innovador, pero místico, no cuadraban aquellas diferencias entre federalistas y centralistas, en cuyo seno hervia más un pensamiento de la antigua civilizacion pagana que un pensamiento digno del ideal señalado por la civili-

zacion al siglo, ideal que debia renovar á Dios en el cielo y en la conciencia, al hombre en la sociedad y en la tierra. Prendieron á San Simon por sospechoso, y las sospechas se originaron de sus relaciones con un astuto diplomático prusiano, tachado universalmente de conspirador y reaccionario.

Nunca tuviera tal amigo. Juntaron sus fortunas para especulaciones, empresas, comercio; y el conde aleman se quedó muy bonitamente con la parte del conde francés. Este buscaba en el trabajo gloria; aquel, dinero. El buscador de la gloria despreció la materia. El buscador del dinero creyó que su consócio estaba suficientemente premiado con la satisfaccion de su conciencia y la cosecha de venidera gloria. Salido San Simon de la cárcel, se refugió en Ginebra, y pensó en casarse. Inquieto ya porque le atormentaba la idea de la renovacion religiosa, proemio necesario para la renovacion social, trató de ofrecer su mano á Madame Stael, á la sazon tambien refugiada en Ginebra, con el fin de que cooperara, por el brillo de su es-

tilo y el renombre de su pluma, á la divulgacion de las ideas sansimonianas. Pero al poco tiempo se casó con una jóven que dispendió su fortuna y con la cual sólo pudo vivir á duras penas un año. Este casamiento consumó su ruina. Lo heredado y lo adquirido, todo desapareció en manos de su mujer y de su sócio. París iba á ser de nuevo su habitacion, porque allí creyó más fácil ganar su subsistencia y ocultar su miseria. Mas todo cuanto pudo encontrar fué una ocupacion que le embargaba nueve horas al dia y le reportaba quince duros al mes. En esta gran miseria y en este ímprobo trabajo consumió su salud hasta el punto de quedarse en la mayor ostenuacion y escupir diariamente sangre. Y sin embargo su inteligencia no se eclipsaba, su pluma no se detenia; llamaba á las puertas de las Tullerías, del Instituto, de la Sorbona, de los sábios, de los cancilleres y chambelanes, pidiendo atencion á su pensamiento, y brindándose á coadyuvar á la obra por excelencia del siglo, á la fundacion de una nueva Enciclopedia. Su familia, por fin, le dió

una corta pension y con ella tuvo ménos inquietud por su suerte y más espacio para sus proyectos.

Pero ¡ah! que todos fracasaron. Lo más que lograba era alguna suscricion de los discípulos para publicar sus obras. Un dia, verdaderamente nefasto, entristecido por los recuerdos de lo pasado, amargadísimo por las zozobras de lo presente, desesperado de lo porvenir, viendo su hogar sin lumbre, su mesa sin pan, sus proyectos sin posibilidad de realizacion, depuso su reló sobre la tosca mesa de estudio, junto á su reló su pistola, señaló sereno la hora en que debia pasar de este mundo; y al sonar el minuto señalado, se disparó un pistoletazo al cerebro. La bala se le llevó un ojo y parte del cráneo; pero no se le llevó la vida. El cerebro pudo trabajar y pensar como en los mejores tiempos. De las siete postas con que habia cargado el arma, ninguna le entró en los sesos. Curóse, y consiguió que sus ami- ...redoblaran sus atenciones y le dieran al- ... recursos para la publicacion de sus

obras. Pero al fin, los años y los trabajos vencieron aquella naturaleza tan poderosa y tan fuerte, que en luchas con la sociedad y el pensamiento habia consumido una gran parte de su vigor y de su sávia. En el lecho de la pobreza; rodeado de sus amigos del corazon y de la inteligencia; asistido por los primeros médicos de París; sereno, á pesar de que sabia á ciencia cierta las pocas horas de vida que le quedaban; departiendo sobre la renovacion social y sus resultados, sobre las revelaciones que aun guardaba el cielo, y las metamórfosis que habia de sufrir la tierra; viendo en idea la humanidad regenerada por su doctrina, entregó el alma al cielo, el cuerpo al planeta, con la plenitud de conocimiento y la serenidad de juicio que el sábio maestro de la antigua Grecia.

Esta doctrina, como todas las doctrinas socialistas, tiraba á destruir la naturaleza humana. Sombra que pasa un momento por el espacio, cae el hombre en el abatimiento, si no procurais en las leyes, satisfacer su sed de inmortalidad. Y hay dos instituciones en

la sociedad, y los jefes señalados á las huestes organizadas, cuando el general Bonaparte disolvió el club, y el Directorio mandó á Babeuf á la cárcel, y de la cárcel á la guillotina, donde murió como se moria en la revolucion francesa, con verdadero heroismo. Pero indudablemente ¡qué de fuerzas perdidas para la conservacion de la República! ¡Cuánto pábulo dado á la reaccion; y cuántas esperanzas á las restauraciones monárquicas! Acaso uno de los actos que más contribuyeron á la dictadura de Bonaparte fué el haber disuelto el club del Panteon y el haber sosegado las alarmas de los propietarios. El demagogo habia extremado las ideas de sus maestros. Mientras en el código de la Naturaleza se reservaba solamente el presidio á los partidarios de la propiedad, en los planes de Babeuf se les reservaba la guillotina.

¡Error de los errores! Si el hombre crea, el hombre tiene derecho á conservar su creacion, á gozarla, á disponer de ella, no solamente para su sér individual, sino para la prolongacion de su sér en el tiempo y en el

espacio, que es su posteridad. La propiedad y el trabajo forman el místico matrimonio de cuyo amor han brotado todos los bienes terrestres. Destruid la propiedad, y el trabajo ni tendrá objeto, ni incentivo, ni premio. Destruid el trabajo, y la propiedad quedará estéril como el desierto. Unidlos y brotarán por todas partes bienes abundantes. Las escuelas socialistas quieren que los trabajadores suden para los que no trabajan; y los sóbrios se afanen para los glotones; y los económicos ahorren para los pródigos. No miran la parte que tiene el libre arbitrio en la pobreza, porque eliminan el principio moral por excelencia, el principio de responsabilidad. Cuántos han caido en la miseria por haber dispendiado grandes bienes en vergonzosos vicios. Cuántos han permanecido en la miseria, por no haber tenido ni la virtud del trabajo, ni la prevision del ahorro. Aun para los pobres por desgracia, aun para aquellos que son infelices por fatalidades naturales ó sociales, el comunismo es un remedio insuficiente, un remedio que en todas partes ha

y desatar así en la tierra como en el cielo; el brazo del poder civil que constriñera á los remisos al cumplimiento del deber religioso y llevara á los relapsos al fuego de la Inquisicion; la obediencia de los emperadores, de los reyes, de los pueblos, la supremacía sobre el Estado; y una Iglesia nueva que habia de poseer propiedades y personas; que habia de medir los grados de capacidad en cada indivíduo; que habia de estudiar y examinar sus obras; que habia de repartir entre estas obras el precio de su mérito; que habia de regular toda la vida, y habia de presidir al trabajo industrial del planeta, necesitaba con mayor razon Papas infalibles, poderes autoritarios, castas privilegiadas, aristocracias inmóviles, magistrados dependientes de los poderes públicos, delegados despóticos á la manera de los antiguos imperiales, una sociedad, en fin, que á título de renovar Europa, fuera como la resurreccion y el remedo del Asia.

San Simon creia que el mundo necesitaba lo mismo que el pueblo judío cuando se presentó Moisés; lo mismo que el pueblo roma-

no cuando se presentó Cristo; lo mismo que el pueblo cristiano cuando se presentó Francisco de Asís; lo mismo que los pueblos modernos cuando se presentó Lutero; un verdadero innovador religioso, un profeta, que convirtiera las piedras en tribunas, que llegara con la espada invisible de su palabra á todos los corazones, que renovase la sangre y las almas, que viviera solo por su doctrina, por la predicacion de esta doctrina, por los apóstoles, por los creyentes y por los sectarios, hasta morir, si era posible, por su fé, como han muerto casi todos los redentores en el mundo. Despues de los sucesos ocurridos á fines del siglo décimo-octavo; caidas las cabezas régias desde las cimas de la sociedad á las tablas del cadalso; dispersos los sacerdotes y cerrados los templos; el culto á Dios reemplazado por el culto á la razon; las almas inciertas entre las antiguas y las nuevas creencias; la tierra sedienta de una lluvia de ideas religiosas como en aquellos tiempos en que el imperio romano desarraigara toda fé; el profeta habia estudiado la ley de la gravita-

cion cósmica y la ley de la gravitacion social; las trásformaciones de las especies y las trasformaciones de los pueblos; deduciendo la necesidad de un nuevo cristianismo que redimiera la materia como el primitivo cristianismo habia redimido el espíritu; pues así como durante la Edad Media en todas las naciones reinaba la ley de variedad con el régimen del feudalismo, y sobre todas las naciones la unidad con el poder de los pontífices, ahora debe reinar la misma variedad en el régimen liberal, y sobre esta variedad la misma unidad en el poder supremo del Pontificado industrial, que dirija las sociedades á la plenitud de sus derechos y al cumplimiento de sus destinos. Pero toda esta sociedad, cambiados los términos, cambiadas las denominaciones, en su fondo es la misma sociedad antigua y dará los mismos resultados; la creacion de una aristocracia industrial y la esterilidad del trabajo sobre la faz de una tierra, desolada por la implacable reglamentacion del Estado y [illegible] bajo la glacial autoridad de las castas, [illegible] el petrificado Oriente.

San Simon habia dicho una gran verdad en sus obras, á saber: que desposeyendo á Francia de sus cincuenta primeros sábios, de sus cincuenta primeros artistas, de sus cincuenta primeros industriales, de sus cincuenta primeros trabajadores, se la desposeia de todo aquello que realmente formaba su genio, mientras que desposeyéndola de su rey, de su príncipe heredero, de las princesas y delfines, de los chambelanes y camareros, de los duques y condes, en realidad, no perdia un átomo de peso, ni un matiz de explendor, ni una pulgada de grandeza. Esta idea y la idea del paralelismo entre la familia destronada de los Estuardos con la familia próxima á ser destronada de los Borbones, fueron los dos escritos más parecidos á dos actos políticos en toda su existencia. Y sin embargo, cuando muerto el fundador, creada la escuela, divulgados sus principios, organizada la asociacion, vino el sacudimiento de Julio, y con él nuevas esperanzas al corazon de las muchedumbres, y nuevas ideas á la inteligencia de los reformadores, tuvieron á gala en su ma-

yor parte los sansimonianos afectar completa indiferencia. Para ellos el liberalismo no pasaba de ser un protestantismo negativo, y la salvacion de la sociedad estribaba en la teología industrial, en las sensuales revelaciones del nuevo Evangelio, en el organismo de las castas, en la Iglesia pontificia y teocrática llamada á sustituir el régimen católico-feudal de la Edad Media con el régimen cristiano social de los modernos tiempos, anunciados por el nuevo revelador que se llamaba San Simon.

Su doctrina no era pues una doctrina económica; era tambien una doctrina religiosa. El mundo debia dividirse en sábios, artistas é industriales. A los primeros les tocaba la direccion de la sociedad. Reunidos en colegio debian designar un Papa que se llamaba Padre. Pero el hombre sólo era el sér individual, y no era el sér en toda su plenitud, no era el sér social. Componíase el sér social del hombre redimido y de la mujer rehabilitada. Al misticismo católico se oponia la rehabilitacion de la carne. A todas las fun-

ciones sociales debia presidir un matrimonio, un hombre y una mujer, porque solamente así la personalidad humana aparecia completa en el mundo y en la naturaleza. El discípulo por excelencia, el San Pedro del nuevo Cristianismo, el Padre Enfantin, que divulgaba la doctrina, que escribia diariamente innumerables cartas, que dejaba su oficio de comerciante por su oficio de revelador, que llamaba á todas las puertas, que hacia innumerables cuestaciones, que dirigia advertencias á unos, consejos á otros, lecciones y enseñanzas á todos, se habia elevado á la categoría de Papa. Jamás en los tiempos más místicos de la Edad Media, se consagró á un Papa católico el lírico lenguaje de cortesana adulacion que consagraban sus sectarios al Papa sansimoniano. Llamábanle Padre, luz del mundo, revelador de la verdad, espejo del cielo, alegría de los creyentes, regocijo de la tierra, gloria del espacio y otros loores dignos de continuar esta ridícula letanía. Celebraban ceremonias en que se vestian hábitos diversos segun los diversos grados: en que se pronun-

ciaban sermones henchidos de misticismo erótico; en que se cantaban himnos más notables por su claridad é ingenuidad, que por sus bellezas músicas ó literarias. El ministerio que dió á la mujer en sus reuniones; la rehabilitacion de la carne; la poderosa Iglesia que imitaba todo el vocabulario de las antiguas liturgias; las propuestas de suprimir la familia y la herencia; el carácter político que iba poco á poco revistiendo la secta, concluyeron por llevarla ante los tribunales y por escandalizar en el proceso á la opinion, en tales términos, que no pudo resistir al golpe airado del ridículo, y tuvo que morir rodeada de la ociosidad universal para ser enterrada en completo y desdeñoso olvido. Allá, cuando el Imperio francés se encontraba en el apogeo, y la democracia francesa en la proscripcion, todo el mundo señalaba á los sansimonianos como los acaparadores de las grandes empresas mercantiles, como los chambelanes del César, como los divulgadores asalariados del mesianismo bonapartista, como los cortesanos retribuidos de la dictadura socialista, á

cuyo calor rehabilitaron grandemente su carne, y satisfacieron los apetitos de sus vientres.

Ya en este camino el socialismo no podia detenerse ante ningun obstáculo, ni dejar de intentar y difundir ninguna utopia. Tras el revelador, tras el sicofanta vino el hechicero, el mago, el Tehurgo, que quiso para cambiar las condiciones sociales, cambiar tambien las condiciones cosmológicas, arrojar en los espacios una nueva creacion donde pudiese vivir y desarrollarse la humanidad regenerada. Las ciencias todas debian cambiar radicalmente. Nuestro globo tendria expléndidas noches y bellísimos satélites no soñados por los poetas; las aguas del mar, perderian su amargo dejo, endulzándose súbitamente al contacto de los nuevos agentes químicos diseminados por los aires; cada hombre aumentaria sus órganos corporales y sus facultades perceptivas, comunicándose por medio de corrientes magnéticas con todos los ciudadanos del planeta; la moral cambiaria de base, y en vez de refrenar las pasiones, dejaríalas

sueltas, entregadas á sus impulsos, bebiendo sin cesar en el manantial de todos los placeres; la política perderia su carácter antiguo para convertirse en una mera economía; y desde los cimientos de la tierra, hasta la bóveda de los cielos; desde el hombre interior, hasta la sociedad, todo se cambiaría en una série ascendente de milagrosas trasformaciones.

¡Qué más! Ya sabeis lo que significa, lo que representa, lo que vale el dolor. Nos apena, pero tambien nos corrige; desasosiega nuestros dias y nos angustia en nuestras noches, pero tambien nos eleva; arranca gotas de sangre al corazon y lágrimas á los ojos, pero tambien sirve de aguijon al trabajo, de incentivo al combate; y en tales términos, que si supriméirais el dolor, suprimiríais el mérito mayor á nuestras obras, y la mayor sublimidad á nuestra vida. Y ya sabeis lo que vale, lo que significa, lo que importa la muerte. Aniquila, nos borra de la superficie de la tierra; confunde nuestros huesos con los minerales en lo frios y en lo inertes; hace de

nuestros átomos estiércol para abonar nuevos séres; pero tambien renueva las generaciones, tambien rejuvenece la vida, tambien da una inmortal perennidad á los séres, tambien es la mariposa que nace de la informe larva, y que asegura, al llevarse los frutos caidos del árbol del organismo una eterna primavera de renovacion, de progreso á las especies, y muy particularmente á la especie humana. Pues la muerte y el dolor se suprimen por completo en esta utopia socialista.

El hombre es un sultan epicúreo y el mundo su serrallo. La tierra se cubrirá de flores para perfumarlo; el cielo de estrellas para esclarecerlo y dirigirlo; cada uno de sus deseos será en el acto satisfecho; cada una de sus satisfacciones será un placer sin ejemplo en nuestros tiempos de guerra, y sin nombre en nuestras miserables lenguas. Adios la inquietud del deseo, la angustia de la incertidumbre, la pena del esfuerzo, el sudor del trabajo, el tormento del artista, el ¡ay! del enamorado, la tristeza del anciano, el dolor de la madre; porque de todas las flores se

caerán inmediatamente todas las espinas. Gozar, subir en las escalas del organismo, subir todavía más en las esferas, bañarse en el éther, pasar por diversos planetas, ascender hasta el foco de la vida, hasta el sol, y desde el sol hasta nuevos torbellinos de mundos y de soles; ver en una especie de trasparencia universal todos los secretos de la creacion, es el destino del hombre que ha pisoteado la serpiente de las contradicciones, y ha entrado en el cielo de las eternas armonías.

Si el hombre cambia de medios, de instrumentos, cambiará tambien de vida y de destino en la vida. El hombre primitivo usa de la piedra y vive en la barbárie. Cuando encuentra el hierro ya sojuzga con mayor imperio á la naturaleza y crece en derechos como en fuerzas. Dadle nuevos medios y vereis cómo cambia de cultura. Augusto no hubiera creido al hombre que le dijera en su tiempo: Mira, los cuatro elementos de Aristóteles serán descompuestos en otros cuerpos simples; un ingrediente que se llamará pólvora,

perforará y hará saltar vuestros muros, abrirá como las hojas de un libro el seno de vuestros montes; con unas letras de plomo se reproducirá hasta lo infinito el pensamiento de los hombres, como el follaje de las selvas; los ciudadanos de Roma irán en tres dias desde las orillas del Tíber á las orillas del Bétis, atravesando por las entrañas mismas de los Alpes; descubriráse un Nuevo Mundo en el extremo Occidente, y á pesar de que millares de leguas le apartan de Europa, se comunicará con Europa por medio de las chispas del rayo en algunos minutos; aprisionaremos un reflejo del sol, un resplandor de las estrellas, y probaremos esperimentalmente que nuestros mismos minerales se hallan diseminados por todos los mundos, y probaremos hasta tocarla con las manos, la fundamental unidad del Universo. ¿Creeria todo esto Augusto? No lo creeria. ¿Por qué, pues, hemos nosotros de poner en tela de juicio la utopia?

Pues el socialismo ha encontrado los medios de separar el mundo porvenir de nues-

tro mundo con milagros mayores que aquellos que separan nuestro mundo moderno del mundo de Augusto. Este medio es la asociacion por falansterios. Es el falansterio una especie de municipio, de comunidad que se encierra en colosal palacio, donde se albergan mil seiscientas personas. Allí hay tierras para el cultivo, máquinas para la industria, instrumentos para el trabajo, inspiracion para las artes, alimento y pábulo para el empleo de toda actividad y para el desarrollo de todas las pasiones. Mil cuatrocientas personas contienen toda la escala de las pasiones, toda la diversidad de los humanos gustos, todas las diferencias de caractéres que pueden caber dentro de la humanidad; serán, pues, una humanidad en pequeño. Reunidas en el falansterio estas pasiones, podrán desarrollarse con robustez y sostenerse mútuamente con fuerza. Fundado un falansterio, brotarán y se diseminarán sus iguales por toda la tierra. En siete años se habrá trasformado el planeta. En setenta mil años se habrá convertido este planeta, ya trasformado, en paraiso

tan hermoso, con cielos tan espléndidos, con tierra en cosechas de bienes tan abundantes, que la humanidad robustecida, trasfigurada, despidiendo de su palabra ideas no soñadas, de sus sienes luz nunca vista, de su corazon torrentes de amor nunca sentido; con nueva alma, con nuevo organismo, irá ascendiendo á esferas superiores hasta trasladarse al seno de otro nuevo y más hermoso planeta.

Conseguiráse esto de una manera muy sencilla; en vez de dominar los deseos, soltarlos; en vez de contrariar las pasiones, avivarlas y fomentarlas. Cada sér tiene un destino que cumplir. A su destino particular, al cumplimiento de este destino, va el hombre llevado por el impulso de irresistible deseo. Los séres morales no son inertes, como no son inertes los séres materiales. Lo que en estos es movimiento, en aquellos es actividad. Todos los hombres, todos, trabajan de grado en algo. Lo necesario es dejar que las inclinaciones se desarrollen libremente, porque nos llevarán como la gravedad lleva á la piedra á

su centro, nos llevarán á la realizacion de nuestro destino. De aquí el célebre axioma: «Las inclinaciones son proporcionadas á los destinos.» Pero esta sociedad, mal organizada, lo destruye todo. Padres egoistas destinan al templo, al sacerdocio, el hijo robusto y enamorado que la naturaleza destinára al amor y al matrimonio. Nace al pié del trono un Luis XVI, que fuera buen cerrajero, abandonado á sus instintos, y que ha sido un mal rey, como Cárlos IV hubiera podido mantener su familia con sólo emplear su actividad en la caza, y no tuviera así ocasion de perder infamemente desde el trono á su ilustre é infortunada patria. La naturaleza ha querido que todas las grandes obras se engendren en el amor y el placer juntamente, como se engendra la obra magna por excelencia, la obra de la propagacion de nuestra especie. Si cada hombre ejerciera su actividad con arreglo á su deseo, y llegara á su destino llevado por sus pasiones, su vida seria un placer incesante, contínuo, mientras que ahora el mundo es sociedad de penados y de forzados. De-

jad el mundo al impulso de las pasiones y vereis como la marquesa, que hoy se fastidia en su gabinete, desciende al rio á lavar su ropa entre alegres canciones y fiestas; como el profesor que se consume contra su voluntad contando diptongos, se convierte en carnicero; como el gañan arroja sus abarcas y se calza primoroso zapato de baile para cumplir su verdadera vocacion, que es el placer, y entrar en su propia esfera, que es el gran mundo; como Neron, lejos de gobernar á Roma, para lo cual no habia nacido, se va de teatro en teatro, de circo en circo, tocando la flauta, tañendo la cítara, mal emperador por los errores y las fuerzas sociales, y divino y consumado artista desde que se entregó á los impulsos y á las vocaciones de su privilegiada naturaleza.

La atraccion rige, pues, el Universo como la sociedad. Y si es una misma la ley cósmica y la ley social, quiere decir que habrá analogías entre la naturaleza universal y la naturaleza humana. Las hay. En el Cosmos existen tres principios: Dios, materia, univer-

so; el movimiento de los mundos produce numéricas armonías; el crecimiento y desarrollo vegetal tiene sus proporciones y simetrías; el organismo animal está coordinado por consonancias aritméticas; y la humanidad, sacada de esta civilizacion artificiosa, distribuida por el mundo con arreglo á las leyes misteriosas del número, perderá las disonancias nacidas del estado social presente contradictorio con su naturaleza, entrará de lleno en las luminosas esferas de las eternas armonías. Así, á la manera que los antiguos combinaban los números; á la manera que los ha combinado la Iglesia en sus triadas, en sus septenarios, los ha combinado el socialismo cosmológico en su falansterio. Hay cuatro movimientos análogos en el mundo; movimiento físico, movimiento orgánico, movimiento animal, movimiento (permítasenos la frase un poco bárbara en castellano), movimiento pasional. Cuando las pasiones se hayan extendido en toda su intensidad, el hombre habrá reconstituido su naturaleza en toda su plenitud; y espiritual, ethéreo, habrá des-

arrollado una nueva fuerza, y con ella un nuevo movimiento, el movimiento aromal, porque la vida entonces se escaparia en esencia del planeta como se escapa del pebetero el aroma.

Tres objetos capitales tienen nuestras pasiones: 1.° la satisfaccion de la necesidad del lujo; 2.° la satisfaccion de la necesidad de agruparse, de relacionarse; 3.° la satisfaccion de la tendencia hácia la unidad. El lujo es interno y externo: el interno se llama salud y el externo riqueza. Los cinco sentidos son los principales agentes de estas satisfacciones. La propension á agruparse, á relacionarse, engendra el amor, la amistad, la ambicion, el espíritu de familia. Pero sobre estas hay tres pasiones que se llaman directivas. Es la una la cabalista, que tiende á dividir, á separar los impulsos, á fin de darles más fuerzas y ejercer más influencia la pasion de la intriga. Es la otra la pasion que se llama alternante, ó mariposa, la pasion de los contrastes, de la variedad en la vida, de la multiplicacion de las pasiones. Es la otra la

pasion compuesta, la que engendra el entusiasmo arrebatador, el anhelo por el sacrificio, la amistad desinteresada, la fé inquebrantable, la inspiracion artística, el amor á la humanidad y á la gloria. Así la humanidad cuenta doce pasiones fundamentales: cinco pasiones sensuales, que tienden al lujo; cuatro pasiones afectivas que tienden al grupo; tres pasiones directivas que tienden á la série.

El primer resultado de este desarrollo de todas las pasiones será asociar la humanidad en seiscientos mil falansterios que centupliquen la actividad de la produccion y rebajen el precio de las cosas; que dejen á cada instinto su libertad y distribuyan el trabajo segun la capacidad individual; que aseguren al capitalista enormes intereses y al obrero productos enormes; que borren los crímenes aniquilando su madre natural y eterna, la miseria; que destruyan la guerra, imposible allí donde todo se consiga por el ejercicio de la actividad y el empleo de las facultades humanas; que prolonguen la vida y [illegible] las fuerzas y asocien las familias y ha-

gan de toda la humanidad como un solo individuo y de toda la tierra como un espejo del cielo.

El segundo resultado de esta organizacion será el cumplimiento de todas las vocaciones y el desarrollo de todos los instintos. Ochocientas parejas tendrán repetidos todos los caractéres humanos, que se elevarán á la última potencia de fuerza y de vigor en el seno de las asociaciones fundamentales llamadas falansterios. Es de esperar que á cada necesidad surja su inmediata satisfaccion; que desde las expansiones del sentimiento hasta los juegos de la fantasía; desde la luz de la ciencia hasta la inspiracion del arte; desde la ambicion de los estadistas y políticos hasta el trabajo de los industriales, todo se manifieste en una asociacion que con sus escuelas, sus lecturas, sus templos, sus museos, sus certámenes, sus justas literarias, sus premios, sea la abreviacion y como el compendio de la vida humana.

El mundo se organizará admirablemente en grupos, los grupos en séries, las séries en

falanges. Cada falange habitará un falansterio. Tres lotes habrá en los falansterios; el primero para el capital; el segundo para el trabajo; el tercero para el talento. Los génios extraordinarios, los hombres que pertenecen á la humanidad, serán premiados por todos los falansterios. La tierra debe lauro y remuneracion al que es ornamento de la tierra. Seiscientos mil falansterios esparcidos por el mundo se cotizarán por pequeñas cantidades y podrán dar á Bethoven por una sinfonía; á Cervantes por una novela; á Rafael por un cuadro; á Jacquart por un telar, seis ú ocho millones de reales; y en la capital de nuestro globo, en el falansterio un arca á las orillas del Bósforo, se celebrarán las fiestas de coronacion de todos aquellos que ilustren y glorifiquen los anales del mundo.

La educacion será uno de los grandes fines del falansterio, donde se cuidará no solamente de que las nodrizas sean robustas y hermosas, sino tambien grandes y excelentes cantoras que arrullen el sueño de los niños. Y se descubrirá la música del paladar, y se po-

drán dar banquetes que sean como una ópera de manjares. Y ejércitos de pasteleros, confiteros, fondistas cubrirán la tierra. Y los animales feroces se convertirán en animales bondadosísimos. Nacerán anti-tigres y anti-leones que vengan á lamer nuestros piés; anti-tiburones que en vez de devorarnos sean unos salvavidas vivientes; anti-ballenas que en vez de romper y destrozar con su cola un barco, le ayuden á navegar por las aguas del inmenso Océano, convertido en agradable limonada. No habrá necesidad de amos ni criados, porque los amigos exaltados se pondrán á servicio de sus respectivos amigos, y serán sus lacayos, sus limpiabotas, sus domésticos, sus ayudas de cámara voluntarios. Y lo que sucede con la amistad, sucederá con el amor. Bastará con desear una mujer, para poseerla; y las que se consagren á los viejos, serán honradas, y formarán una especie de órden de caballería femenina que se llamará de las damas de la Misericordia. Los niños lavarán y enjugarán los platos por juego y divertimiento. La limpia de las letrinas sera un oficio cuasi

religioso que desempeñarán asociaciones distinguidas con todo género de premios y vistosamente uniformadas con trajes de húsares. Cuatro lunas de cuatro distintos colores vendrán á iluminar nuestras noches. La atmósfera se convertirá en un espejo que nos reproducirá la vista de nuestros antípodas y nos proporcionará el medio de comunicarnos con ellos por medio de señales. Desde este planeta nuestro pasaremos á Mercurio, que habrá entrado en el período de la armonía. Y de Mercurio, despues de haber aprendido la lengua unitaria del Universo, pasaremos al Sol, donde podrá hacer mucho calor; más para contrastarlo, nos saldrá una especie de cola bastante larga y bastante espesa, propia para darnos grata sombra, porque tendrá la forma de paraguas y sombrillas. Y la vida, que es una música contínua, irá agrandándose en gigantesco crescendo hasta espaciarse en la inmensidad como el éther. Y por este camino se llegará al fin supremo de la doctrina, á la completa, á la absoluta supresion del dolor en la humanidad y del mal sobre la tierra.

En este sistema pasma la grandeza del medio y la escasez del resultado. Fourier conoce, como pocos hombres, la naturaleza, las ciencias físicas, la historia, la filosofía, el arte; pero desconoce al hombre. Y lo desconoce por completo, puesto que ignora toda la virtud que en la vida humana tiene el dolor. Jamás estimaremos el triunfo conseguido sin esfuerzo. Jamás nos tentarán las obras fáciles, pensadas y ejecutadas sin grandes trabajos. Tal idea tenemos de que la vida es un combate. Tal seguridad de que la victoria fácil no merece la pena del empeño. Quitadle al artista la pena, la incertidumbre, el afan, la duda, el esfuerzo, todo cuanto hay de doloroso en su ministerio, y le habreis quitado el aliciente, el estímulo. Todos somos mártires. Todos llevamos sobre nuestras sienes una corona de espinas. El dolor nos atormenta; pero tambien nos educa. Hay en su seno cierta virtud santificante que el sensualismo no podrá quitarle jamás. La destruccion de toda pena es la destruccion tambien de toda la grandeza. Ya no

habrá esa disparidad entre lo ideal y lo real que nos provoca á un contínuo perfeccionamiento. Ya no habrá ese disgusto de nosotros mismos y de nuestras obras que es el acicate del progreso. Ya no habrá ese paralelo contínuo entre la realidad histórica y el pensamiento filosófico, entre la sociedad y las reformas, que ha engendrado muchas batallas y muchas guerras, pero tambien muchas heroicidades y muchas grandezas. Habrá desaparecido del mundo el dolor; pero tambien la caridad, tambien el sacrificio, tambien los puros y desinteresados afectos. Preguntadle al padre qué hijos ama con más entrañable cariño, y vereis como os responde los que mayores afanes le han costado. Preguntadle al amante si la duda, si la incertidumbre, si el temor á perder su felicidad, si los celos mismos y los recelos han aumentado el precio al santo y querido objeto de su amor. Preguntadle al artista y vereis como sus obras predilectas son aquellas en que la inspiracion ha obedecido tardamente; en que la forma ha estado rebelde al impulso de la voluntad; en

que el dolor y el insomnio se han mezclado á la creacion y á la encarnacion de sus ideas. La vida es un contínuo holocausto. La nostalgia de otro mundo mejor, al cual constantemente aspiramos, causa os de tristeza, pero tambien de perfeccion.

No le quiteis al dia sus noches. Si la luz del sol reverberara eternamente en nuestros horizontes, no entreveríamos como entrevemos, merced á las tinieblas, otros soles y otros mundos. Quitadle al trabajo su esfuerzo, á la produccion su pena, al triunfo su combate, al amor su tristeza, al arte su melancolía, á la ciencia sus ensayos muchas veces sin fruto, sus vigilias sin treguas, sus dudas llenas de torcedores y de tormentos, al amor sus sacrificios, á la maternidad sus angustias, á la amistad su abnegacion, á la vida su lucha, al hombre su heroismo, y habreis poblado el mundo de séres tan felices como despreciables.

La pretension de extirpar el mal, es otra pretension verdaderamente insensata. Podreis disminuirlo; no podreis extirparlo. El

mal nace del límite. Anda mezclado á la vida como una levadura necesaria. Siendo como somos séres relativos y finitos en la esencia misma de nuestro sér, se encuentra el mal. Nos sigue, como la sombra al cuerpo. Nos tienta quince veces al dia. Chocamos con él por todas partes. Lo tenemos dentro de nosotros; y fuera de nosotros lo encontramos. Es como la gota de amarga hiel que necesitamos para la digestion y para la nutricion. Es como el gas mortal que despedimos de nuestra respiracion y que necesitamos porque sin él seria imposible, completamente imposible la combustion de la sangre, la llama de la vida. El mal es una cantidad necesaria que podremos reducir á los menores límites, pero que no podremos jamás extirpar en nuestra existencia. ¡Oh, ley de la contradiccion, más útil á la vida, y de virtud más santificante en el alma que todas las armonías de los utopistas! Por sus contrarias definimos las ideas; por los contrastes gustamos de las bellezas del arte; y destruyéndote, se destruiria el mal, pero tambien con el mal

nuestra naturaleza. Querér borrarte, querer desconocerte es insensatez tan grande como la insensatez de aquel que por huir de sus males se acoge al suicidio.

Y todo el remedio que encuentra á las enfermedades sociales en su fecundo pensamiento el gran reformador, es dejar á las pasiones humanas en desbocada carrera, sin ley, sin freno. Tanto valdria para orear la tierra desencadenarle todos los vientos; para iluminarla clavar en el zénit el sol, y dar un dia de siglos que concluyese por calcinarla y perderla. La vida es impulso y freno, movimiento y reposo. Una pasion en exaltaciones contínuas concluye por matar ó morir pronto. Y como el hombre es limitado, las pasiones malas son muchas. El falansterianismo ha tenido que reconocer los vicios del amor, y no sabiendo como combatirlos, se ha consagrado á enaltecerlos. Pues lo que ha hecho con el amor tendria que hacerlo con todas las pasiones, muchas de las cuales viven á expensas de la felicidad y de la paz entre los hombres. Si admitís que la gula tiene derecho á

un hartazgo interminable, y la concupiscencia á un placer infinito y contínuo, teneis que admitir el mismo derecho en la ambicion y en la envidia. Será necesario que así como habeis creado las damas de la misericordia para satisfacer los apetitos más groseros, creeis séres bastante débiles para prestarse á blanco de las injurias ó de la malquerencia de sus conciudadanos, ó bastante abyectos para ser pasto de sus ambiciones, voluntarios esclavos. En vuestro falansterio, especie de cuartel, habrá quien tenga como se suele tener en el mundo, amor al aislamiento, amor á la soledad. Los anales de la humanidad guardan numerosos ermitaños y penitentes que huian á la sociedad, que se encerraban dentro de sí mismos para meditar en la existencia de Dios y en la inmortalidad del alma.

Hombres extraordinarios como Miguel Angel, como Newthon, como Kant, no hubieran pintado la capilla Sixtina, no hubieran descubierto la atraccion universal, no hubieran escrito la crítica de la Razon Pura sin esa espe-

cie de aislamiento tan parecido á la soledad de las altas cimas, de las altas cúspides de las montañas, inaccesibles en la inmensidad del espacio. Luego ya está fundado vuestro falansterio. Los niños, jueganen coro; los ancianos, predican;, los jóvenes trabajan; las mujeres, muestran sus gracias; las cocinas, rebosan toda suerte de manjares y las bodegas, toda clase de vinos; una música voluptuosa llena los aires cargados de esencias; fantásticas figuras, esmaltan las paredes; legiones de estátuas, rompen las largas líneas de las marmóreas galerías; flores de todas las zonas, balancean sus corolas al beso de las áuras; frutas capaces de satisfacer todos los caprichos del paladar, brillan entre el ramaje; las aves de pintadas plumas gorgean sus cánticos en escalas cromáticas, expresando infinita alegría; cómicos, bailarines, acróbatas, juglares, magnetizadores, gimnastas, divierten los ocios con toda clase de juegos; procesiones de un lujo oriental consagradas al culto de los afectos, atraviesan las encrucijadas: y sin embargo, entre tantas delicias,

nadie puede asegurar ¡ay! que no venga pronto, muy pronto, el vengador hastío ó el bestial embrutecimiento.

Lo que Fourier tiene indudablemente de más plausible, es su vida. Oscuro empleado de una casa de comercio, dos malas acciones que presenció en su niñez y en su juventud, inspiráronle odio á la sociedad presente é impaciencia por el advenimiento de otra mejor sociedad. Su vida no fué una vida tan aventurera y varia como la vida de San Simon. Pobre dependiente, adscrito á su oficina, despues de diez ó doce horas de trabajo repugnante, se daba á soñar con el trabajo armónico. Apartado del mundo no vivia más que para su pensamiento, para su utopia. Pocos hombres han estudiado con tanta profundidad, ni difundido con tanto empeño las armonías entre el mundo físico y el mundo moral. ¡Qué relaciones descubre entre los séres animados y los séres sociales, entre el ruiseñor y el poeta, entre el canario y el padre de familia, entre el caballo y el noble, entre la prostituta y la gata, entre el perro fiel y el amigo verdadero! Como

sabe cual se corresponden los astros y las flores en la inmensidad. ¡Qué estudio de astronomía, de historia natural, de física, de química, todo consagrado á la redencion del hombre! Si como tenia ciencia, hubiera tenido arte; si como tenia idea, hubiera tenido estilo; si escribiera en el lenguaje de Lamartine, su otopia hubiera caido siempre, porque iba contra la naturaleza humana, pero hubiera apasionado á toda una generacion. Fourier pensó en todas las pasiones y no tuvo ninguna más que amor sin límites al género humano. Pensó en todas las delicias y no gustó más que la pobreza. Es el soñador por excelencia.

Estas utopias no podian permanecer perpétuamente en la esfera de la abstraccion y en la soledad de la conciencia. Levadura mezclada á la vida, en la vida real fermentaron. Así es, que durante la restauracion de los Borbones y la monarquía de los Orleanes, la idea socialista apareció como doctrina; despues de la proclamacion de la República en Febrero, la idea socialista fué

ya como problema de revolucion y de combate. El hombre á quien la historia asignará mayor responsabilidad en este resultado, se llama Luis Blanc. Sus ideas habian perdido el carácter de las antiguas ideas socialistas, sin perder su naturaleza ni su intensidad. Ya no eran ideas teológicas á la manera de las ideas sansimonianas; ya no eran ideas cosmológicas á la manera de las ideas fourieristas; eran mucho más modestas, eran ideas de pura economía política, de pura organizacion social. Es verdad que dimanaban de una teología panteista, semejante á la teología propia de las otras escuelas; pero esta teología se ocultaba en el silencio, no sin dejar entrever que, siendo Dios el bien supremo, era imposible engendrara el mal, atribuyendo la existencia de este á la imperfecta organizacion social que urgia rehacer y reformar á todo trance.

Hijo de padre francés y de madre corza; nacido en Madrid durante la guerra de la independencia nacional; educado en ciertas supersticiones imperialistas; idólatra de la revolucion francesa y de su ideal del Estado, y

de sus dictaduras omnipotentes, y de sus Asambleas arbitrarias, y de sus jacobinos, y de sus utopistas; poco dado á creer en la virtud y en la energía de este principio de libertad, que es en las sociedades como la fuerza en el Universo; insigne escritor, no tanto por la alteza de la idea, como por la hermosura del estilo; sóbrio, elocuente, propio, elegantísimo; historiador, que narra como pocos, que sabe mover los hechos y los personajes, agrupándolos con grande arte, aunque preocupado como ninguno de sus ideas socialistas, y de los problemas relativos á la suerte del cuarto estado; mal economista como mal filósofo, por su tenaz menosprecio del principio de libertad; peor político todavía, porque no lo hay ni tan desgraciado, ni tan calamitoso como aquel que trae, al nacimiento de una nueva forma política, progresiva y posible, como para aplastarla en su cuna, todo el enorme peso de una utopia imposible y reaccionaria.

El habia escrito la Historia de la revolucion francesa, en que admira la hermosura

del estilo y extraña la estrechez del criterio. Y despues de la Historia de la Revolucion francesa, la Historia de los diez años; páginas admirables, en las cuales condénsanse todas las cóleras del pueblo contra los doctrinarios; por lo apasionadas folleto de circunstancias antes que libro destinado á la posteridad; páginas clásicas, de sóbrio estilo histórico; modelos de narracion movida y elocuente, que sobrevivirán á su autor en la memoria humana. Pero ¡ah! que pasó una gran parte de su vida acariciando la utopia de cambiar el malestar social del pueblo por medio de las fuerzas y de la iniciativa del Estado. Discípulo de Rousseau, admirador de Robespierre, imaginaba que un dia de revolucion, que un momento de omnipotencia parlamentaria ó gubernamental, bastaban á redimir al pueblo cuando los dolores sociales no se curan, no se alivian por uno de los órganos de la sociedad, sino por la sociedad entera. Proudhon, que ha esgrimido su acerada crítica en todos los utopistas, ha mostrado que la reaccion comenzó en Francia inmedia-

tamente despues que Luis Blanc divulgó y organizó la idea de que se necesitaba un gobierno fuerte para resolver el problema social.

¡Qué error! Los gobiernos fuertes sólo se comprenden y sólo se explican en épocas de guerras formidables. Como la guerra es la ausencia casi de toda ley, la guerra es un despotismo, y á ese despotismo hay que oponer otro despotismo temporal con sus centenares de agentes y con sus millares de brazos. La escusa, la justificacion de los convencionales se encuentra en que, insurrecta la Vendée, fraccionadas las provincias del Mediodía, divididos y exaltados los animos, coligada toda Europa contra la República, no habia más remedio que convertir la República en máquina de guerra, y las máquinas de guerra son y serán perpétuamente disciplina y obediencia abajo, y arriba dictadura y despotismo. Destinar un gobierno fuerte á la solucion del problema social, es como destinar un parque de artillería á la molienda del trigo. Así es, que intentando por el socialismo afianzar la República,

en realidad resucitaba el imperio Luis Blanc, y al defenderse con razon y con derecho de la nota de imperialista, no puede negar la comunidad de sus ideas con las ideas del Emperador en el socialismo. Reseña un diálogo con Luis Bonaparte en la fortaleza de Ham, y en las últimas palabras se encuentra todo lo fundamental resumido. «En el fondo, dice, lo importante es que el gobierno, cualquiera que sea su forma, procure la felicidad del pueblo. En seguida púsose á hablar de la urgencia de las reformas sociales, y sus consideraciones sobre este punto no parecian diferir mucho de las mias. ¡Lo seguro es que tanto como me disgustaron sus opiniones políticas, me extrañó su solicitud en aceptar estos principios socialistas, de los cuales debia más tarde usar para abrirse camino hasta el imperio!» Sabia mejor el aspirante á César que el reformador social, la consecuencia indeclinable de las ideas socialistas.

Lo primero que el socialismo pretende es la muerte de la sociedad actual; pretension muy buena para la theurgia, incompatible con

una sábia política. La sociedad moderna no muere, como no murió la sociedad antigua, se transforma. El místico, el profeta verá una sociedad derrumbarse, y sólo se le ocurrirá abrirle un sepulcro en la tierra y encomendarle el alma al Dios de los cielos. El político más modesto, ménos ambicioso, verá que solámente le es dado en alguna de sus manifestaciones, en alguno de sus órganos, reformar esta sociedad. Los que han querido, como San-Simon, cambiar desde la naturaleza hasta el espíritu, ápenas han hecho nada por el pueblo más que exaltarlo y corromperlo, mientras que aquellos otros, como Cobden, dados á la reforma de una sola ley, á la reforma de la ley de cereales, han alimentado y han mejorado cien generaciones. El problema de la política se encierra para Luis Blanc en la produccion. El regulador supremo de la produccion debe ser el Gobierno. Para cumplir este alto ministerio debe estar dotado de una gran fuerza. Un crecido empréstito se consagrará á fundar talleres sociales. El Estado proveerá á estos

talleres de capitales que no rindan interés alguno. Los talleres se regirán por reglamentos que tengan fuerza de ley. El taller nacional empeñará con la industria privada una competencia que concluya por destruirla. Los talleres de una misma industria se asociarán entre si por asociacion forzosa, y dependerán de un taller central y capital. Los jefes de los talleres serán nombrados por eleccion directa. Su administracion estará bajo la inmediata vigilancia del Estado. Los salarios serán iguales. La agricultura se someterá al mismo régimen. Queda abolida la sucesión colateral.

En cuanto Luis Blanc llegó al poder, creyó tener bajo sus manos la máquina de la redencion social, cándida creencia, perdonable por su generosidad si no hubiera sido una de las más eficaces, de las más ocasionales causas de muerte para la República. Así es, que inmediatamente despues de llegar al poder, se consagró con todas sus fuerzas á predicar la reforma social y á combatir á cuantos la tenian por imposible ó por peligrosa, de-

nunciándolos ante las iras del pueblo con el nombre de demócratas platónicos, de republicanos formalistas. Como estuvo halagando durante largos años de propaganda al pueblo con la esperanza de una redencion inmediata en su estado económico, en cuanto la República se proclamara, no habia más remedio que dar algun alimento, alguna satisfaccion á esta esperanza. El 24 de Febrero se proclamó la República y el 27 del mismo mes se organizaron los talleres nacionales.

La primera batalla entre los fundadores de la República, se empeñó por el color de la bandera; y Luis Blanc defendió la bandera que más aterraba á las clases acomodadas y prudentes, la bandera roja. Vencido por la elocuencia arrebatadora de Lamartine, obtuvo que los funcionarios públicos llevaran al hojal una roseta carmesí. Es de notar que todas estas demandas del socialismo iban sostenidas por grupos y procesiones y clubs, y las correspondientes maniobras de los conspiradores vulgares, que confundiendo el progreso legítimo con las agitaciones violentas,

fatigan á los pueblos en breve período y los arrojan exánimes en el sueño brutal del despotismo. La segunda batalla se empeñó en la cuestion del derecho al trabajo, derecho vago, místico, sin ninguna realidad, y que al quererlo tocar, se convertia en privilegio de algunos trabajadores, cuya ociosidad premiaba el Estado. Y á esto le llamaba el Ministerio del Progreso.

Instalado en la direccion ó gobierno de la República, dos ideas le asaltaban de contínuo: 1.ª Ejercer la dictadura: 2.ª Aplazar las elecciones. El ejercicio de la dictadura, cuando Francia estaba en paz, era una contradiccion manifiesta con todas las ideas republicanas. El aplazamiento de las elecciones era una grave falta política. Si los comicios se hubieran reunido en seguida, si en el gozo de la victoria hubieran designado los representantes del pueblo, la mayoría surge de las urnas decididamente republicana. Se aplazaron las elecciones sin motivo para dejar espacio á una dictadura sin objeto; y el desencanto de los dias siguientes á las

primeras ilusiones, el descrédito de los principales republicanos gastados en el ejercicio del poder y en las dificultades de la revolucion los errores cometidos; los desengaños del pueblo que no ve llegar el tantas veces prometido eden social; las diferencias y luchas de los partidos avanzados; la recomposicion y el restablecimiento de los partidos reaccionarios; la estéril agitacion de los clubs, de las manifestaciones, de las procesiones cívicas; toda esta série de concausas, conspira contra la República, y engendra una Cámara reaccionaria, que jamás hubieran engendrado los dias primeros de efusion general, en que la República descendia sobre el pueblo, coronada por tantas y tan risueñas esperanzas.

En uno de los extremos de París se levanta el palacio de Luxemburgo, erigido por María de Médicis. En sus piedras se conserva el génio del siglo décimo-sexto; en sus galerías y columnas el gusto de Italia y especialmente de Florencia; en sus salones muestras inmortales del génio de Rubens y reflejos de

las ostentosas y varias artes del último imperio francés; en todos sus espacios recuerdos tristísimos de los innumerables prisioneros amontonados allí por el terror, y extraidos de allí para la guillotina; bosques, prados, jardines le rodean y le ciñen con los encantos de la vegetacion; y desde sus espesas alamedas sembradas de estátuas é interrumpidas por fuentes de vistosísima decoracion, descúbrense unas veces las torres del Observatorio astronómico, y otras los pórticos y la rotonda del Panteon, consagrado por la gratitud de las revoluciones á todas las glorias de Francia. En aquel palacio de la soberbia de los reyes, en aquella mazmorra de las víctimas de la revolucion, se refugió la utopia socialista para resolver el problema de ahuyentar el hambre y la miseria.

Allí Luis Blanc y su compañero Albert acaloraban la fantasía de los trabajadores con promesas sociales y resolvian el problema de la extincion del pauperismo, ayudados por los talleres nacionales, que ellos no trajeron, pero que ellos fomentaron, y que daban por

toda ley una excepcion; por todo derecho un privilegio; por toda doctrina un absurdo; y por todo resultado la agravacion de los males del pueblo. Allí, en aquellos talleres, se aglomeraban trabajadores sin trabajo; se arruinaba la industria privada sin sustituirle ninguna otra; se pagaba jornal mezquino é insuficiente á una porcion de ociosos forzados; se consumian cuarenta mil duros diarios sin ningun resultado favorable; se fomentaban todas las pasiones, y se tenian séries y compañías de comparsas para alimentar todos los clubs y para dar aires de grandes erupciones del sentimiento público á la más descabellada é inoportuna manifestacion.

La República se habia proclamado el 24 de Febrero; algunas disposiciones extensivas de sus principios cardinales se habian tomado el 17 de Marzo; y á mediados de Abril ya se impacientaba con extraordinaria impaciencia el representante de las ideas socialistas en el Gobierno, porque no se habia planteado y resuelto el problema de la miseria. No hay Gobierno posible, no lo hay, cuando se propone

resolver un problema insoluble; un problema que depende hasta de las leyes fatales de la naturaleza; un problema para cuya solucion se necesita acudir á fuerzas, muchas de ellas independientes de toda política y por consecuencia fuera del alcance de la inteligencia y de la voluntad de todos los gobiernos.

Así es que los esfuerzos de Luis Blanc se resolvian al postre en manifestaciones completamente estériles para el bien, fecundas en desastres. Tal fué la manifestacion del 17 de Abril. Los trabajadores iban á pedir que el gobierno organizara el trabajo. ¡Organizar el trabajo! Todo gobierno puede organizar grupos, minorías, como un ejército, como una oficina, como una aristocracia; pero en esta sociedad moderna tan complicada, en que el trabajo ha concluido por ser ley universal de los ciudadanos; organizar todo esfuerzo, todo impulso, toda actividad, es empresa insensata que puede comenzar por una utopia humanitaria y concluir por un gremio feudal. Pero la insensatez sube de punto cuando se le pide

esa obra secular, propia de todas las fuerzas sociales, á un gobierno que nace de súbita revolucion, que ejerce transitoria dictadura, y que se encamina á consultar la voluntad de un pueblo por largo tiempo oprimido, y á fundar una forma de gobierno, organismo de las nuevas ideas, temida de unos con sobra ciertamente de recelos y esperada por otros con sobra de ilusiones. En situacion tan extraordinaria, pedir á un gobierno que resuelva el problema social, es pedirle un verdadero imposible.

Así no me extraña cuanto sucedió en la manifestacion del diez y siete de Abril: que una parte del gobierno la creyera urdida contra la otra parte del gobierno; que los socialistas alojados en el Luxemburgo aparecieran como conspiradores á los ojos de los templados de la Casa de la Ciudad; que los rumores de haber sido asesinado Lamartine corrieran para alarmar á las clases medias, y los rumores de haber sido asesinado Luis Blanc para alarmar á las clases populares; que la Milicia tocase á generala y se reunieran en son

de alarma y de combate; que al llegar los trabajadores al frente del gobierno, con su grito de viva la República en los lábios, sus utópicas peticiones en las manos, sus banderas presidiéndolos, su carro cargado de sencilla ofrenda acompañándolos, se encontraran, sorprendidos é indignados, entre bayonetas, en vez de encontrarse entre sonrisas; y que todas las consecuencias de aquel hecho fueran al postre nuevos disentimientos en el poder, nuevos desengaños en el pueblo, nuevo terror en la sociedad, nueva reaccion en los ánimos, nuevas dificultades para la libertad y para la República.

Este falso espejismo levantado en la mente del pueblo, debió traer agitacion estéril y desenlace funesto. La Asamblea nacional se ha reunido el cinco de Mayo entre regocijos y esperanzas. A pesar de pertenecer la mayoría de sus miembros á los dos partidos monárquicos, al orleanismo y al legitimismo, catorce véces aclamaron con voz fervorosa y unánime el sagrado nombre de la República. Y en el átrio del antiguo palacio Borbon,

á orillas del Sena; ante el obelisco de Luxor, que entre soberbias fuentes se alza; descubriendo las líneas griegas del clásico templo de la Magdalena al frente, las torres, las cúspides, los rosetones, las flechas, las pirámides y triángulos góticos de Nuestra Señora á la derecha; y á la izquierda la gran rotonda de los Inválidos; bajo explendido cielo de Mayo; bendecidos por la luz deslumbradora del sol; delante de Dios, que en el éther resplandecia; delante del pueblo aglomerado en muchedumbres, que tenian la inmensidad, la majestad y el solemne rumor del Océano, renovaron su juramento de consagrar el derecho y la soberanía de la nacion en el seno de la República.

Pero ¡ah! que la utopia socialista debia envenenar el manantial de todas estas esperanzas y alegrías. Recoge la Asamblea los poderes, nombra una comision ejecutiva que ejerza las funciones de gobierno, y excluye de esta comision al elemento socialista; medida necesaria, demandada á una por todas las exigencias de la política, pues nada hay tan

temible como alimentar con ficciones, despues de haber engendrado con sofismas, en el ánimo de pueblos, entregados á las zozobras de los embates revolucionarios, esperanzas quiméricas, sin satisfaccion posible en la realidad y en la vida. Desde el punto en que el elemento socialista es por completo excluido del gobierno, la agitacion empieza en el pueblo, seducidos unos en su inesperiencia por la brillantez de la utopia, alimentados otros en el Luxemburgo por el dinero del presupuesto. Y la agitacion encuentra su fórmula en un pensamiento fútil, baladí, inane, en la creacion de un ministerio del Progreso destinado á resolver la cuestion del trabajo. Y á esta fantasía del socialista Luis Blanc, que no fuera elegido miembro del gobierno, se juntaba un desengaño del atrabiliario Raspail, que no fuera elegido miembro de la Asamblea; y el uno concibió el proyecto de ruidosa manifestacion á favor del ministerio del Progreso, y el otro á favor de la insurreccion de Polonia, y ambos se juntaron y se confundieron, sin quererlo y sin pensarlo,

por el peligro que hay siempre en jugar con las muchedumbres, para herir de muerte á la Asamblea, y con ella el seguro y la legalidad de la República. Un pobre trabajador habia dado cuenta de la idea de Luis Blanc, respondiendo que bastaba el Ministro de Trabajos públicos á todos los problemas, y que no era necesario ministerio de Progreso, puesto que no conocia ni hubo en ningun tiempo ministerio de estancamiento y de rutina. La Asamblea rechazó el ministerio socialista, y los trabajadores del Luxemburgo manifestaron en seguida sus quejas siempre con aire de amenazas.

La Asamblea, que presintió el peligro, tomó dos disposiciones prudentes y sábias: primera, entregar su custodia á la Guardia Nacional, amiga del órden; segunda, prohibir la entrada de las manifestaciones y de los manifestantes en el recinto de su palacio. El quince de Mayo debia tratarse la política del Gobierno en Polonia é Italia; y para el quince de Mayo se citó la manifestacion. Compréndese la intencion con que se habia decidido

recordando las palabras con que se la habia excitado. «Bajo el reinado de Luis Felipe, se clamaba: precaveos contra la revolucion del desprecio. Pues bien, nosotros debemos ahora precavernos, ó mejor dicho, imposibilitar la revolucion del hambre.» Y despues de un discurso así, pronunciado por Luis Blanc, nadie se habia levantado, absolutamente nadie en aquella numerosísima Asamblea á sostener la creacion de un ministerio, que nada podia hacer por el trabajo, y que sólo satisfaria el hambre de algunos nuevos burócratas.

Llegó, pues, el quince. Toda la noche anterior y toda la madrugada se habia pasado en preparativos y planes dentro de los diversos clubs. A las ocho de la mañana miles de banderas flotaban por los espacios de la Bastilla, y en estas banderas se leian siniestras inscripciones contra la Asamblea y contra el Gobierno. A las once la inmensa legion está formada; y se pone en movimiento con el sosiego de un gran rio que oculta bajo su tranquila superficie sus pavorosos abismos.

En el rio desaguan, como afluentes, primero los amigos de Raspail, candidato desairado; despues los amigos de Blanqui, agitador impenitente; precedidos todos por los amigos de Luis Blanc, por los trabajadores del Luxemburgo. La prefectura de policía, por complicidad ó por descuido, desatendió las precauciones necesarias. La Milicia Nacional no recibió ninguna órden. Algunos guardias movilizados, muy hostiles al comunismo y á sus muñidores, ocupaban el puente que conduce desde la plaza cercana al pié de la Asamblea, cuyo peristilo se encontraba tambien guarnecido y guardado. A las doce de la mañana ya estaba inundada de manifestantes la inmensa y magnífica plaza de la Concordia. Sin embargo, el obelisco egipcio les habia parecido límite señalado á su escursion, y allí se detuvieron y pararon. Mas un sacerdote, que vociferaba á favor de Polonia, gritó: adelante; y el jefe de la Milicia, general Courtaiz, débil por carácter, y ansioso de popularidad, apartó los movilizados del puente, y ya no hubo diques á la general inundacion.

La verja es forzada y los delegados de la manifestacion impelidos dentro del edificio. Albert, el amigo inseparable de Luis Blanc, va á su cabeza; y como Lamartine quisiera cerrarles el paso, recordándoles recientes decretos de la Asamblea contra la presencia de gentes extrañas á los diputados, le insultan, le desprecian y entran. El representante que sostenia la interpelacion sobre Polonia, comienza su discurso en medio de religioso silencio. Pero á las pocas frases, vivas ruidosos suenan; miembros de la Cámara aparecen despavoridos; rumor siniestro se oye; figuras sombrías invaden las tribunas; vociferadores rabiosos se descuelgan de los antepechos al hemiciclo; las puertas del salon, empujadas más que abiertas, dejan paso al tronador torrente. Y todo cuanto se ocurrió decir al general encargado de defender la Asamblea, fué: á las vainas las bayonetas.

En medio de aquel tumulto, Luis Blanc, es arrancado de su banco y conducido á la presidencia para que calme á las muchedumbres.

En vez de dirigirles palabras de reconvencion y ponerles ante los ojos su desacierto, y hablarles el severo lenguaje de la justicia, el tribuno les ruega humildemente que callen, que oigan, que dejen leer el mensaje de los tumultuarios, que consagren así el derecho de peticion y no desconozcan su propia soberanía. En efecto, Raspail lee el mensaje, aunque algunos diputados le interrumpen y le preguntan á una en virtud de qué derecho se encuentra en aquel sitio, de donde le ha alejado la manifiesta voluntad del pueblo. Pero Raspail lee y nadie le entiende. Concluida esta lectura, la confusion crece; los gritos de las señoras concurrentes á las tribunas aumentan lo mismo en intensidad que en angustia; nuevas oleadas de gentes oprimen á las ya esparcidas por el salon, nuevos amotinados suben á la presidencia y bajan de las cornisas; el calor es sofocante, el polvo asfixiador; y las banderas de Italia, de Polonia, de Francia flotan, segun ha dicho pintorescamente el mismo Luis Blanc, cual mástiles combatidos en alta mar por las tormentas.

Todo aquel tumulto es dominado por las voces que piden oir á Blanqui, á Blanqui. Barbes ocupa la tribuna, é intenta decir algunas palabras que concierten y concuerden sus aspiraciones como uno de los manifestantes con sus deberes, como uno de los diputados. Pero no le oyen. Blanqui, por fin, aborda la tribuna y pronuncia un discurso clubista, declamatorio, furioso, oido al principio con atencion, ahogado al fin por el estruendo. El desórden no tiene ya límites, cuando el motin turbulento no se oye ni se escucha á sí mismo. Muchos diputados huyen á las amenazas y á las venganzas personales. Los ministros, desairados, desatendidos, desalentados se refugian en el jardin de la Asamblea. Uno de los representantes, que protesta contra los invasores, cae golpeado y herido. Lacordaire se levanta sereno en medio de la tempestad; sus ojos reflejan la tristeza de su alma; su blanca túnica de dominico le da pintoresco y majestuoso aspecto: y algunos de aquellos desalmados gritan: ¿por qué no le torcemos el cuello á esa

cigüeña? Otros se lanzan sobre el relator de la comision que no ha querido validar el acta de Luis Blanc por la isla de Córcega. Un estafador perseguido criminalmente por un diputado, escupe á su perseguidor á la cara.

Los peligros eran ya de tal manera manifiestos, y las amenazas graves, que muchos de los directores de la manifestacion se arrepienten é instan para que se disolvieran y separaran. Por fin uno de ellos, Huber, antiguo preso político, jefe del club de los clubs, demagogo furioso, adulador más tarde de los tiranos y de los Césares, como suelen ser casi todos los intransigentes, sube airado á la tribuna, y pronuncia la palabra que se elevaba como un vapor de aquella saturnal de insensateces y locuras, la palabra: queda disuelta por voluntad del pueblo esta Asamblea. Y el Presidente es arrancado con violencia de su sitial y sustituido por un clubista que blande larga espada en sus súcias manos, símbolo verdadero de la anarquía triunfante y encaramada sobre la augusta majestad de la nacion.

Consumada esta horrible profanacion, óyese tocar á generala, toque salvador para la Asamblea, temible á sus invasores. Barbes y otros se lanzan á la presidencia preguntando quién ha mandado aquel redoble de tambores, provocador á inmediata sangrienta batalla. Entretanto, la Milicia nacional y la Guardia movilizada adelantan rápidas contra los que han desacatado y herido en su soberanía á los representantes del pueblo. Cada redoble del tambor, cada paso de las legiones suena como la trompeta del juicio en los oídos de los demagogos. Los guardias movilizados, los milicianos nacionales entran, reinstalan al presidente en su sitial, á los diputados en sus bancos, al gobierno en su autoridad, á la ley en su fuerza, mientras los revolucionarios, á los gritos de organizacion del trabajo y de redencion social, huyen de la Asamblea, y se acogen á la Casa de la Ciudad, creyendo tener ya la base y el santuario del gobierno; y de allí la reaccion de los ánimos y las fuerzas del órden los arrojan, dispersando las huestes, y prendiendo á los je-

fes, con excepcion de aquellos guarecidos por su inviolabilidad parlamentaria.

Pero estos programas sin realizacion posible; estos votos fantásticos que tienden á extinguir la miseria, problema de muchos términos y de muchos siglos; estas manifestaciones que tienen todos los inconvenientes y ninguna de las ventajas de la revolucion; estos ataques á la soberanía del pueblo por el pueblo mismo; la agitacion contínua en las muchedumbres, y la debilidad en el poder, y la incertidumbre en los ánimos, y los espejismos que parecen lagos de serenas aguas, cuando son falsedades de la luz y del aire, y los programas que en dias intentan destruir la obra de siglos; todo esto engendra á la corta ó á la larga reacciones violentísimas, en que se eclipsan todos los derechos y retroceden todos los progresos, y se hunden y desaparecen las más fuertes Repúblicas.

El gobierno habia reconocido en el trabajador el derecho al trabajo, y desde el punto en que habia reconocido en el trabajador el derecho al trabajo, habia reconocido en el

Estado el deber de procurarle este trabajo. Y si de la mente del gobierno estaba alejada esa idea, no lo estaba de la mente de los trabajadores: que tal interpretacion tenia en su idea la no bien definida y explicada fórmula de derecho al trabajo. Puede ser asunto de discusion, de propaganda las ideas vagas ó abstractas; pero de gobierno sólo pueden ser asunto las ideas precisas, que con mucha claridad se definan y por mucho tiempo se divulguen, como suelen los sajones, cuyo método es irreemplazable, pues no llevan á la realidad política una innovacion, una reforma, hasta que se halla completamente apoderada de la conciencia pública. Formular un principio, y no tener medios de realizarlo, es traer necesariamente una revolucion, y la peor de todas las revoluciones imaginables, aquella en que no hay victoria posible, en que el pueblo muere por una entelequia, por una ilusion, hasta que las reacciones vienen á echar sus sombras y su silencio de muerte sobre este pueblo suicida.

En la penuria del Erario, los talleres na-

cionales, que costaban cuarenta mil duros al dia, no podian en manera alguna sostenerse. Ante aquellos ochenta mil hombres, venidos en su mayor parte al reclamo de las esperanzas revolucionarias á París, y en París alimentados, como la antigua plebe romana, de los dineros públicos, no habia solucion posible, no la habia, y cualquiera que se tomara, llevaba en sus entrañas pavorosa y segura catástrofe. Durante el gobierno provisional, en los primeros arrebatos de la revolucion, en los primeros alardes del pueblo; mal segura la autoridad, mal señaladas sus esferas; cuando se necesitaba órden á todo trance en las calles para que la nacion pudiera dar su voto con toda libertad en los comicios, explícase como un expediente transitorio la creacion de los talleres nacionales; pero desde el punto y hora en que el Gobierno entraba en una legalidad segura y los sucesos en un cáuce conocido, aquel ejército de trabajadores, alimentado oficialmente, que invocando un derecho, producia un privilegio con grave daño á un tiempo de la industria y de la ha-

cienda, debia desaparecer como espantosa monstruosidad social, incompatible con el buen régimen del Estado y con la paz de los ciudadanos.

Mas no podia desaparecer sin graves peligros para la sociedad y sin gravísimo riesgo de que corriera sangre en las calles. El desencanto de los trabajadores igualaba al encanto de los primeros dias, la irritacion al entusiasmo. Muchos reaccionarios, muchos pretendientes atizaban esta irritacion, dándole todo el furor de verdadero delirio. Pero la culpa principal estaba en los que no preveian las semillas de reaccion esparcidas en el ánimo del pueblo con las fantásticas promesas, con las locas esperanzas. La revolucion del desengaño iba á sobrevenir; y de esta revolucion sólo podrian aprovecharse los reaccionarios de todos los tiempos y los pretendientes á todos los tronos. Las siniestras jornadas de Junio relampagueaban en el seno de los talleres nacionales de Marzo. El gobierno, para concluir con ellos, tomó una resolucion insensata; la resolucion de incorpo-

rar su ejército del trabajo al ejército de la guerra; y de expulsar á los trabajadores, que no se avinieran á esta incorporacion de París, dándoles cinco francos para su doloroso é inesperado viaje.

No habia remedio. La revolucion estalla. El club de los derechos del hombre fué su Estado mayor; los restos de los batallones de guardia republicana desarmados por sospechosos al órden con una parte considerable de la milicia, su núcleo; el Palais-Royal, su cuartel general; los barrios apartados su vivero; los ochenta mil trabajadores de los talleres nacionales, su ejército; los numerosos venidos de los diversos departamentos, su refuerzo; el cambio radical en la sociedad, su objeto; las ideas utópicas divulgadas con tan criminal elocuencia y recibidas con tan inocente credulidad, su impulso; y su resultado, la deshonra, la muerte, la desaparicion de la República.

El gobierno tenia en su favor la reaccion de los ánimos, el cansancio general, cincuenta y seis mil hombres de las mejores tropas

en París y sus cercanías; un general de hierro en el Ministerio de la Guerra, Cavaignac, que se habia propuesto, huyendo de los escollos de 1830 y 1848, no aislar sus cuerpos de ejército por las calles, dejándolos entregados á las seducciones ó los embates de la revolucion, sino reunirlos en torno de los dos santuarios del poder legítimo, en torno del palacio de Borbon, donde residia el poder legislativo, y en torno de la Casa de la Ciudad donde residia el Poder Ejecutivo de la Nacion, para desde allí lanzarlos como incontrastable alud sobre el sublevado París.

Pasma la batalla de Junio por lo tenaz, y por lo horrible, y por lo sangrienta. Muchas veces, durante muchos dias, la enunciaron las declamaciones de los periódicos rojos, las violencias de los clubs exaltados, las amenazas de las juntas de trabajadores, las procesiones, que se extendian hasta las altas horas de la noche, y que lanzaban toda suerte de injurias sobre el poder, y de proclamas sobre el pueblo. Cinco dias duró aquella guerra social, la más formidable y la más sangrienta

que dentro de los muros de una ciudad se ha librado en el mundo. De extremo á extremo, desde el barrio del Panteon hasta el barrio de la Villete, París estaba erizado de barricadas que se avecinaban á la vista casi de la Asamblea por los muelles, al Hotel de Ville por la isla, y por el barrio de San Antonio á los boulevares, puesto que la puerta misma de San Dionisio pertenecia á los sublevados. Ocho ó diez generales fueron inmolados; de los movilizados murieron ciento, de las tropas ochocientos, de la Guardia nacional y del pueblo innumerables. Los prisioneros llegaron á doce mil, y de los heridos murieron en tanto número, que la fama creyó, aunque sin razon, emponzoñadas las balas. Los cuarteles, las cárceles, los edificios públicos rebosaban de presos, los hospitales de heridos; los sepultureros apilaban en montones los cadáveres por no tener fuerzas ni tiempo bastantes á darlos prontamente tierra. Con estos horrores se sumaron los horrores de la deportacion. Tras aquella formidable batalla vino la dictadura militar, tras la dictadura militar el Imperio

bonapartista, como consecuencia indeclinable del socialismo: que las leyes de la inflexible lógica rigen lo mismo en la pura conciencia de nuestra alma que en el manchado espacio de nuestra sociedad.

El corolario de las escuelas socialistas se encuentra en el comunismo. Nada de derechos naturales, nada de libertad individual, nada de competencia; por toda imprenta el periódico oficial; por todo pensamiento la censura prévia; por toda reunion las Asambleas soberanas; por toda familia la comunidad; por toda religion la que designe un Concilio nacido de la conciencia pública, llamada á someter voluntades é inteligencias al yugo de una sola fé; en la cima de la sociedad un poder fortísimo que designa á cada cual su trabajo y recoge los productos y los distribuye entre los ciudadanos, educados, vestidos, alimentados, divertidos, inspirados, distribuidos, segun minuciosas leyes, y reglamentos prolijos, verdaderas máquinas, que so pretexto de cumplir y hacer cumplir la justicia, destruyen lo más esencial á la justicia, aquellos principios

sin los cuales ni ley moral queda sobre la tierra, los principios de la libertad y de la responsabilidad en el hombre, el resorte de todas las acciones, la esencia de nuestra naturaleza. Así es que, en realidad, todas las escuelas socialistas se resuelven al cabo en aquella ciudad llamada Icaria, medio cuartel, medio convento, medio taller, inspirada en la utopia de Tomás Moro, y venida á demostrar que todas las escuelas socialistas se resuelven, sean cuales fueran sus ideas, en el bárbaro comunismo.

¡Qué sociedad! Habeis destruido el interés personal creyendo destruir la raiz de todo egoismo, y habeis destruido el aguijon que mueve á todas las grandes acciones. Ya no hay miseria porque el Estado ocurre al mal, pero tampoco hay en el corazon humano la caridad, que muere por inútil; tampoco hay virtudes cívicas ni heroismo, que desaparecen dentro de la nueva mecánica; tampoco hay incentivos para allegar bienes con el fin de socorrer á los necesitados, porque la fria providencia de un Estado omnipotente y

panteista, ha igualado á todos los hombres en una felicidad que bien pronto degenerara en el embrutecimiento universal. Sociedad sin tormentos, sin dolores, sin vigilias, pero tambien sin progresos; porque ó habia de estancarse y podrirse en su inmovilidad sensualista, ó habia de brotar la individualidad con su oposicion, con su protesta, con su sed de nuevas ideas, con sus tendencias al mejoramiento, con su ódio al yugo de la costumbre y la rutina. Porque, despues de todo, dais vueltas en torno de un fin, la felicidad humana, y para procurarla, sólo sabeis erigir dos principios que serian nuestra eterna desgracia; arriba un despotismo oriental, y abajo toda esclavitud. Y no habiendo necesidades individuales, no habrá esfuerzo por satisfacerlas, no habrá trabajo. Y no habiendo concurrencia, no habrá emulacion. Y se concluirán las artes y la industria, que buscan la vida en gloriosísimo certámen. Y en el reposo, y en la igualdad impuesta y forzosa morirá el mal, pero ¡ah! morirá tambien la naturaleza humana, que al cabo de algun

tiempo se habrá enterrado, como la Edad Media, en el sepulcro de un claustro: que no otra cosa es sino vida claustral, monástica, contraria á toda independencia personal, la vida del comunismo.

Ya en los antiguos tiempos, con esa finura de crítica y esa fuerza de análisis que lo distinguen y enaltecen, Aristóteles señaló todos los vicios del comunismo, estudiando la mayor y la más expléndida de las concepciones comunistas, la República de Platon. Aristóteles distingue y separa lo que en cada ciudad, en cada Estado debe ser comun entre todos los ciudadanos, y aquello que debe ser de la familia ó del indivíduo, pues hay muchos elementos que sólo pueden vivir por el carácter individualista de nuestra naturaleza. El Estado, por ejemplo, debe pertenecer á todos los ciudadanos, porque el Estado es la unidad comun á todos ellos, como es la atmósfera el laboratorio de la vida universal. Pero la comunidad no puede extenderse, como quiere Platon, á los hijos, á las mujeres, á los bienes. Si se extendiera á todo esto,

perderia el Estado su carácter, ya no seria ni ciudad, ni familia, ni asociacion de ciudades y familias, sino un sólo indivíduo, olvidando su ley natural, que es la reciprocidad y la diversidad en la unidad, y la igualdad, la relacion natural entre indivíduos libres é iguales: que si todos no pueden compartir el poder á un tiempo, deben todos tener la facultad de compartirlo y de pasar por él, merced á la movilidad de los cargos públicos y de la pública autoridad, á fin de que sepan todos mandar y obedecer á un mismo tiempo.

Pero de esta unidad al comunismo absorbente y panteista, media una distancia insalvable. Desde el momento en que todas las propiedades sean comunes, nadie se cuidará de su progreso y de su cultivo. En los puntos de interés, entra por mucho para la débil naturaleza humana el móvil de la utilidad personal. Decid que los hijos son comunes, y os sucederá lo mismo. Nadie querrá ser padre de los ...s, de los necios, de los perezosos; y al ver ...ar un niño listo y hermosísimo, dirán to-

dos á una: ese, ese es hijo mio. Así nadie tendrá padre, ni nadie hijos. El amor á la familia se habrá extinguido, y con el amor á la familia uno de los más poderosos y permanentes incentivos al bien. Y este sentimiento es tan natural é invencible, que en los pueblos donde existia la comunidad de mujeres, imaginaba cada cual encontrar sus hijos en aquellos niños que más se le parecian; y el sentimiento ahogado por los artificios de la sociedad, resucitaba á los gritos de la naturaleza. Y el amor, ó no es nada, ó es un mero instinto de la carne, un mero hervor de la sangre, ó es el impulso incontrastable á fundirnos é identificarnos con el objeto amado. Pero ¿qué fusion ni qué identificacion caben desde el punto en que el amor se convierte en el ayuntamiento momentáneo de los cuerpos por la interposicion del Estado, que obliga á la comunidad de mujeres y á la comunidad de hijos? Los sentimientos más dulces y más avasalladores de nuestra naturaleza, vienen á ser con el comunismo incompatibles, y por tanto, es el comunismo de todo punto irrealizable,

de todo punto imposible. Así raciocinaba Aristóteles.

La propiedad no puede pertenecer al comun de todos los ciudadanos, sin riesgo de convertirse en desierto para todos, segun el filósofo. Nadie tiene tanto interés como el propietario en la explotacion de su campo; nadie tanta inteligencia en la distribucion de sus frutos. Luego el instinto de la propiedad es tan fuerte é invencible como el más fuerte y el más invencible de los humanos sentimientos. Y la propiedad, que pertenece á todos, no pertenece en realidad á nadie. El amor á la propiedad, siendo natural como todas las inclinaciones del hombre, puede tener sus excesos, como el deseo de lucro natural para el comercio y el trabajo, tiene el exceso de la avaricia; como el amor de sí, natural para la vida, tiene el exceso del egoismo.

Los comunistas dicen que la propiedad individual es semillero de ódios entre los ciudadanos y de pleitos en sus tribunales; pero los propietarios en comun de cualquier géne-

ro de bienes, tienen los mismos ódios y entablan los mismos pleitos. El error de los comunistas dimana de la demasiada extension que dan al principio de unidad en la vida, olvidando el principio de variedad. Es cierto que el Estado debe ser unidad, que debe ser unidad la familia; pero en ninguna manera unidad absoluta. Cuando el Estado cae en la unidad absoluta, se halla muy próximo á desaparecer por falta de variedad, esencial á su composicion. Intentar un Estado con sólo el principio de unidad, es como intentar el acorde con un sólo sonido, el ritmo con una sola cadencia. La unidad y la variedad; la sociedad y el individuo, son dos términos precisos; y el principio comunista no podrá destruirlos. Por eso la teoría de Platon, en lo social, tiende á restaurar las castas, muertas, extinctas en la cultura de Occidente mientras en lo político tiende á una verdadera oligarquía; lo mismo, exactamente lo mismo que las modernas escuelas socialistas.

Así es que el socialismo, despues de haber tenido en el mundo de la libertad ese antiguo

orígen y haber pasado por diversas trasformaciones, se descomponia en nuestro tiempo. Vanamente habia intentado Pedro Leroux dar al socialismo un carácter religioso y humanitario, sellando su obra con el sello de una vida pura é inmaculada. La triada es, segun él, la organizacion natural de la sociedad, especie de cábala, semejante á las cábalas de la Edad Media. El hombre es sensacion, sentimiento, inteligencia; los principios fundamentales Dios, humanidad, igualdad; las clases sábios, artistas, industriales; la mejor sociedad aquella que organice el trabajo dentro de estos principios, y funde talleres trinitarios que constituyan una nueva y más sólida autoridad. El misticismo era el fondo comun de las escuelas socialistas. Y en efecto, sólo el milagro podria trasformar la sociedad como pretendia trasformarla el socialismo. La sustancia de todas estas teorías, es pues, sustancia esencialmente panteista, porque así como el panteismo es la absorcion del hombre en Dios, el socialismo es la absorcion del ciudadano en el Estado.

En cuanto al contacto de las ideas de nuestros tiempos, apareciera en el socialismo un pensador bastante audaz para ser racionalista, y no místico, para buscar las leyes naturales de la sociedad, y no las leyes artificiosas del propio pensamiento, estaba muerto y concluido el socialismo, muerto por la más destructora de todas las fuerzas, muerto por interior descomposicion. Y este pensador, campesino por su orígen, obrero por su estado; hijo de la naturaleza antes que hijo de la sociedad por su educacion; escritor y polemista por sus vocaciones; fuerte en su temperamento y robusto en su conciencia como los habitantes del Franco-Condado á que pertenecia; pastor en sus primeros años, con lo cual recibió de los campos, como Virgilio, algo de su inagotable ternura; cajista más tarde, y cajista compositor de libros teológicos, en cuyas páginas y galeradas tomó algo de la argumentacion escolástica; siempre con la pena y el trabajo de hoy sobre sus hercúleos hombros y la incertidumbre y la duda del mañana en su tempestuosa alma; henchido

el corazon de las cóleras y de los dolores de su clase, henchida la cabeza de los ensueños y de las ficciones con que habian querido tantos pensadores redimirla; poseedor sin embargo de la realidad como Aristóteles; irónico, y sarcástico, y desconfiado de la excesiva fé como Voltaire; con toda la escala de la elocuencia humana en su pluma, que, ora agitaba como el manojo de rayos de un artista olímpico, ora esgrimia como el puñal ó la navaja de un obrero ébrio; en la miseria, robando al trabajo tiempo y fuerza, y consagrándose á leer todos los autores y á criticarlos; enemigo del comunismo y proponiendo soluciones comunistas; enemigo del socialismo y contado entre los que más miedo habian puesto á la sociedad con sus utopias socialistas; enemigo de la democracia y acompañándola en sus infortunios y acompañándola en su destierro; necesitado para llamar la atencion sobre su oscuridad, desasiéndose de todos los partidos, á maldecir con ruido en su maldicion todas las revoluciones y seguirles hasta en sus extravíos; neo-hegelia-

no y neo-kantista á un mismo tiempo; ya materialista ó ya idealista; hoy entre los partidarios de la escuela economista y mañana entre sus contradictores; con una metafísica incierta pero con una lógica aceradísima y una crítica incontrastable; resumiendo sus ideas sobre la apropiacion y la posesion, á veces vulgares y corrientes, en el grito, la propiedad es un robo, y sus teorías sobre la reduccion del Estado á sus verdaderos límites y la extension de la actividad individual á todas sus esferas en la apoteosis de la anarquía; despues de haber renunciado á toda idea trascendental para que los resplandores del cielo no le deslumbraran y no le impidieran mirar claramente la tierra; despues de haber arrojado todos los ídolos y todos los penates de los antiguos sistemas en el movimiento perenne de la idea hegeliana extremada por la izquierda de la escuela; en realidad, cuenta una sola grande obra, que ni le agradece ni le atribuye el comun sentido, la demolicion una á una en la conciencia popular de todas las utopias

socialistas, levantando sobre las sombras fugitivas y las ruinas pulverizadas de estas utopias, el dogma esencial á la vida moderna, el dogma de la libertad y de la responsabilidad en el hombre.

Pero examinémosle más detenidamente. Besanzon era su patria. Nació á principios del siglo, en modesta cervecería de las afueras; engendrado por un mozo del establecimiento en una criada, que á guisa de hombre, trabaja tambien, como nacida y educada en el campo. Su padre fué vulgar, ordinario; su madre, santa, heróica. Primogénito de este matrimonio, que tuvo cinco hijos, pasó Proudhon su infancia en los establos, conduciendo al pasto los bueyes. El mismo nos ha descrito admirablemente en su libro de la Justicia en la Revolucion y en la Iglesia el influjo del campo sobre la vida; las nupcias purísimas del hombre con la tierra; el amor infinito á la naturaleza; la idolatría por los árboles que nos dan sombra; por las fuentes que embelesan el oido y refrigeran las fáuces; por los prados, que nos ofrecen mullido

lecho; por las estrellas que nos guian con sus dulces resplandores; por las áuras que nos renuevan la sangre con sus besos; por toda la campiña, en cuyos húmedos surcos se hunden con santa voluptuosidad las raices de nuestra existencia, más serena, más segura de sí misma, cuando vuela á su antojo de flor en flor, cuando salta de árbol en árbol, cuando se alimenta de frutas recien cogidas, cuando se baña en el rocío ó en la corriente, cuando caza, y pesca, y ara, y cava, y trilla, y baja á las cavernas á sorprender la escultura de la estalactita por la gota de agua vírgen, y sube á las montañas á escuchar la sinfonía de la tempestad, y se revuelca en la arena de la playa ó en la yerba que borda la orilla del torrente, y se confunde con todos los séres, y bebe hasta embriagarse á grandes tragos la esencia de la vida universal.

Su madre tuvo que arrancarlo del campo y conducirlo al colegio. Allí se distinguia por su aplicacion sostenida y por su extraordinario aprovechamiento. Concurria diariamente á la biblioteca con puntualidad y devoraba

con afan toda clase de obras. Mas su pobreza era tanta, que no podia ni comprar siquiera los libros de texto. Así veíase forzado á copiarlos de su mano y á retenerlos en su memoria con más esmero que el resto de sus camaradas. Fué necesario buscar al estudiante un auxilio en el trabajo, y le consagraron á la imprenta. En sus últimos años todavía guardaba la libreta del trabajador asalariado llena de buenas notas. Y de esta suerte, regulando renglones y corrigiendo pruebas, se adiestró en el griego, en el latin, y se industrió en el aprendizaje del hebreo. Los padres de la Iglesia habian empezado por ser su lectura forzada, y habian concluido por ser su lectura favorita. Así es que la primera de sus producciones, aquella con que inició su carrera de escritor, pertenece á la filosofía y tiene por objeto probar, estudiando las relaciones de las raíces hebreas con las raíces latinas y griegas, la unidad fundamental en el humano lenguaje. Por fin se mejoró su suerte por haber ganado la pension de mil quinientos francos anuales que la academia de Besanzon

destinaba á los estudiantes de verdaderas aptitudes y de singular aprovechamiento. Con este recurso ya pudo entregarse á sus estudios y á sus escritos; si no con mucha holgura, con verdadera independencia.

Su primera produccion fué una especie de Memoria sobre el descanso dominical, en que, á través de páginas elocuentísimas impregnadas de espíritu religioso, dignas de un predicador sagrado y de los tiempos clásicos, se vislumbran como relámpagos, ideas socialistas, fundadas en el Decálogo de Moisés, y con sus prescripciones sobre el jubileo y sobre la reparticion de las tierras, como si una sociedad tan compleja y complicada como la nuestra, pudiera compararse con la sencilla y patriarcal sociedad descrita en las primeras páginas de la Biblia. El académico, un cura por cierto, consagrado á dar reglamentaria reseña de la Memoria, encarece el ardor de sus estilos, la pureza de su lenguaje, pero recela de la eternidad de sus ideas.

Necesitado de mayor espacio, oprimido por deudas contraidas en la empresa de una im-

prenta, más oprimido aun por la oficiosidad de la Academia, que á trueque de la mezquina pension se creia con derecho á celar sus actos y sus pensamientos, partióse de su provincia á París, hastiado de un trabajo sin éxito y ansioso de un renombre sin límites. Sobre la boca de aquel cráter de ideas; recibiendo su lumbre que esclarece y su humo que asfixia; lleno el corazon de cóleras más amargas que la hiel de su hígado y la inteligencia de tormentas más ruidosas que la tempestad de sus montañas; desconocido de un mundo que él queria reformar y salvar; menospreciado por sábios, que él queria conocer, discutir, fustigar; circuido de gentes, que cumplian sin su mérito y sin su ciencia destinos á los cuales se estimaba llamado por sus interiores proféticas vocaciones; lleno de los dolores engendrados por un trabajo sin recompensa y airado contra los que gastan y devoran los frutos de la propiedad sin el tormento del trabajo, Proudhon concentró todas sus fuerzas, asoció todas sus ideas, llamó en auxilio suyo todas sus pasiones, y tra-

zó su fulgurante folleto sobre la propiedad, verdadero grito de alarma, verdadera campana de rebato, que revelaba á Europa dormida en brazos del sensualismo doctrinario, la significacion y la trascendencia de las venideras revoluciones.

A Proudhon le hubiera quizá convenido que todo el mundo conociese su Memoria sobre la propiedad, ménos la Academia de Besanzon, y le sucedió precisamente lo contrario: solo su embarazosa Academia conoció la Memoria. De aquí innumerables tentativas para quitarle su pension que estaba á punto de espirar. Vuelto á Besanzon para conjurar estas amenazas académicas, y llamado nuevamente á París por la presencia de un amigo á quien amaba con fervor y consultaba de contínuo, regresó andando ochenta leguas á pié, por abrazar á su amigo y departir con él, sin haberlo conseguido, faltando al dia de antemano acordado, á causa de forzoso retraso impuesto por las fatigas y penalidades del viaje.

En este tiempo dió á la estampa su segun-

da Memoria sobre la propiedad. Habia estudiado, aunque con rápido é improvisado estudio, las ciencias filosóficas, y habia contemplado sus leyes universales. Y viendo la armonía que existe entre las leyes del pensamiento y las leyes de la realidad, procuró hacer de la economía política una ciencia tan profunda como las ciencias filosóficas, y de encadenamiento tan seguro y rigoroso como el encadenamiento de las ciencias matemáticas. Las leyes naturales del cambio, del crédito, de la produccion, del trabajo, de la renta buscaba con verdadero ahinco. En su sentir era un descubrimiento tan grande como el descubrimiento de las leyes del Universo por Keplero, y propio de extraordinaria inteligencia; porque si bien no habia llegado á la altura del génio de Keplero y de otros no ménos profundos y extraordinarios, por su mérito y por sus fuerzas, podia gloriarse de tener una inteligencia social más elevada, merced á los progresos del espíritu humano y á los torrentes de luz arrojados sobre nosotros por la fuerza creadora de los

modernos tiempos. Buscar las leyes naturales de la economía política era el pensamiento capitalísimo del sistema proudhoniano.

La tercera Memoria sobre la propiedad fué un ataque furioso á los partidarios del falansterio, á los fourieristas; y á los redactores del *Nacional*, á los republicanos. La naturaleza del escritor es naturaleza de polemista. Cuando le contradicen ó le argumentan la sangre le hierve, los ojos se le inyectan de ira; le amargan espumas de negra hiel los lábios; su pluma ronca como una fragua de injurias. Los republicanos platónicos y los socialistas de las armonías son perseguidos, asaltados, conspuidos, derribados en las inmundicias de las más soeces polémicas, arrastrados por los cabellos, y puestos en la picota, llamando con ruidosas invectivas y alegres carcajadas al pueblo para que los denueste, los maldiga y los escupa. Tanto escándalo debia concluir por llamar la atencion de la prensa y del Gobierno. Su folleto es denunciado, su casa allanada, quinientos ejem-

plares recogidos, el jurado de su ciudad natal convocado, el clero de su diócesis conmovido y alarmado, la Academia irritada hasta el punto de proponer por medio de su órgano en la prensa contra él diez años de encierro, el fiscal arrastrado á la más terrible cólera y los devotos á los conjuros y á los exorcismos contra aquella alma endemoniada, y los jurados al rigor, cuando el terrible demagogo aparece ante la justicia, con su faz sonrosada y redonda, sus ojos azules, su cabello rubio, su sonrisa beata, su estilo dulce; haciendo reir á unos con su ironía, desarmando á otros con su mansedumbre, y persuadiendo á todos á que le absuelvan por unanimidad en vista de que sus investigaciones son inaccesibles á los entendimientos vulgares y objeto exclusivo de pura é independiente ciencia. En efecto, los jurados se convencen de que han sido inconstantes al incoar aquellos procedimientos, y absuelven el escrito y el autor.

Despues de este combate, Proudhon fatigado quiere á toda costa, á toda prisa repo-

so. Se hunde su alma en las investigaciones filosóficas á la manera que se hundia su cuerpo en la yerba de los campos. Discute con el filósofo Tissot acerca de la escuela crítica. Busca con empeño un modestísimo empleo en el Ayuntamiento de su ciudad que le quite tòda zozobra respecto á mañana y le permita consagrarse al trabajo con desinterés y devocion y culto. Mas todas las puertas se cierran á sus llamamientos. Todas las bocas estipendiadas le vomitan injurias á la frente que lleva en sus espacios muchos sofismas pero tambien muchas ideas. Y él se revuelve airado contra todos, entra en los templos y derriba los idolos, coge las creencias más arraigadas y las descompone con su análisis, se goza en decir gracias brutales, en amontonar injuria sobre injuria, en reirse de los creyentes y de sus mitologías, en escuchar el estruendo de las pasiones que ha levantado con sus frases y sus ideas, especie de cometas sin órbita conocida, que aterran como una grande amenaza y un oscuro misterio.

Amigos de la infancia, compañeros de colegio, empresarios de vapores en Lyon, le dieron un empleo de consultor, y casi de jurisconsulto en su gran casa de comercio, y entre los trabajos abrumadores de su oficio, y las preocupaciones de sus pleitos escribió y publicó su obra maestra: *Las contradicciones económicas*. La dialéctica de Hegelo fué aplicada magistralmente á la economía política. Demostró la tésis y la antítesis de todas las ideas fundamentales. La libertad de comercio era apoyada y combatida; el crédito considerado como fuente de toda riqueza y como gérmen de miseria; la propiedad exaltada y maldecida; el comunismo consagrado como una efusion de la humanidad, como una consecuencia de la economía política, y destruido como una perniciosa utopia que retrocede á los tiempos prehistóricos; la generacion y el trabajo presentadas como causas que aumentan, sostienen y combaten y destruyen la sociedad; la division del trabajo como necesidad de la produccion y como prin-
estancamiento; las máquinas como

potencias redentoras del trabajador y como rémora de los brazos y de los salarios; la concurrencia como aguijon de la actividad y como subversiva de todas las libertades, convirtiéndose al cabo en fatalismo; el monopolio como una ley indispensable y como un desastre increible; crítica audaz que intentaba destruir la ciencia tenida por más útil en nuestro utilitario siglo, la Economía política. Nunca se ha presentado el gran escritor tan atrevido en sus afirmaciones, tan rico en sus ideas, tan sóbrio y elocuente en su estilo, tan sistemático en la série de sus proposiciones, tan original en el desarrollo de su obra ni tan profundo en sus conocimientos científicos. La economía política se derrumbaba á los golpes de su clava de gigante. Pero, á decir verdad, esta obra tan maravillosa no pasaba de una obra puramente crítica. Buscó las antinomias, las contradicciones; pero no buscó las síntesis, las armonías. Las antinomias, las contradicciones, decia Kant, son en la inteligencia; pero se armonizan, se sintetizan en la razon.

Así es, que en realidad habia destruido mucho; pero no habia edificado nada. Conociendo que su obra era incompleta, que de la misma dialéctica hegeliana habia tomado la parte y no el todo, prometió una síntesis. Pero nunca llegó á cumplir su promesa. Realmente Cárlos Grün, escritor socialista, estimado en Alemania, ejerció algun influjo sobre el talento natural y la direccion científica del ilustre publicista.

Grande resonancia tuvieron allí en Alemania las cartas en que el jóven hegeliano de la extrema izquierda pintaba su extrañeza en la primera visita á Proudhon, cuando busca aquel campesino del Jura, ébrio de cerveza, vomitador de injurias; cajista, que profundiza con el pensamiento las obras que compone con la mano; proletario, que se lanza á todas las inclemencias de la guerra social para redimir á sus hermanos, los proletarios; pensador audaz, digno del castigo de Prometeo, que ha encendido antorcha y tea; y que solitario, abandonado en su pobreza, con la frente arrugada por los surcos del pensamiento,

y el carácter agriado por las contrariedades del combate, jura ante la llama de su fé, como Annibal ante la llama de su holocausto, eterna guerra al mundo egoista y utilitario que ni comprende su mente, ni siente sus dolores, ni adivina y aprecia sus reformas; teniéndolo fuera de sí, maldecido, en la categoría de los ángeles soberbios rebelados por ambicion y orgullo contra los dioses y contra los hombres. Y en vez de este Encelado en su Etna, Grün encuentra un hombre franco, llano, de faz abierta y de frente plástica, de ojos pardos admirablemente bellos, fornido como buen montañés; de pronunciacion enérgica aunque á veces ruda; de lenguaje conciso y á veces matemático; un poco vizco, lo cual no es de extrañar en ese presbita del entendimiento que ve tan lejos; sereno, apacible y aun alegre, á pesar de hallarse empeñado en batalla cerrada y sangrienta con todo el mundo.

Lo cierto es que las ideas alarmantes, los propósitos descabellados, las reformas audaces, las innovaciones sin ningun sentido, las

palabras lanzadas al aire, como bombas asfixiantes, mataban la República y sólo avivaban la restauracion. Despues de las jornadas de Junio, vinieron las discusiones sobre la Constitucion y vino la Constitucion misma. Votada esta, y votada por un partido monárquico, el deber de los republicanos era sostenerla y confirmarla. Pero se empeñaron desde el primer dia en su reforma, sin pensar en que, despues de todo lo sucedido, no habia posibilidad de reformarla sino para destruirla bajo el rasero de la monarquía. Así ascendió á la presidencia, no Raspail, que representaba el socialismo, no Ledru-Rollin, que representaba la República avanzada, no Cavaignac, que representaba la República conservadora, sino Luis Napoleon Bonaparte, que representaba la monarquía imperial. La Francia se arrojaba decididamente en brazos de la monarquía. Y para separarla de este abismo no vislumbraba Proudhon otro medio que agitar los ánimos con sus folletos incendiarios y sus proposiciones socialistas. Así *El Pueblo*, su periódico, fué perseguido y él mismo encer-

rado en la cárcel. Y doctrinarios, eclécticos, teócratas, clericales, clases medias asustadizas y hasta muchos socialistas y republicanos se reunieron todos en torno de Luis Napoleon Bonaparte, á pesar de que significaba un socialismo militar, una amenaza á Europa, una época de luchas incesantes, y si al primer imperio habia de parecerse, allá al postre y término de su vida, la desmembracion de la patria.

Y vino Luis Napoleon Bonaparte. Y los republicanos cayeron del poder. Y surgió la República romana. Y fué ahogada por la República francesa. Y el partido republicano francés sintióse de nuevo herido en el corazon. Y apeló á las armas, craso error añadido á los errores antecedentes. Y la reaccion tomó aliento, fuerza. Y los últimos republicanos salieron de Francia. Y los partidos monárquicos avanzaron. Y el golpe de Estado resonaba en los aires. Y la monarquía en pos del golpe de Estado, como castigo á todos los errores y á todas las insensateces del socialismo. Y por no contentarnos con una República templada, vino un imperio despótico. Y este

imperio fué obra del terror, y el terror fué resultado de las ideas socialistas y comunistas, que habían los innovadores arrojado sobre la mente del pueblo sin que jamás pudieran tener consecuencia alguna en la realidad y en la práctica. Y caimos donde los soñadores deben caer, en el abismo de la impotencia, siendo irrision del mundo los que debíamos haber sido su ideal y su norma. Y no hay que buscarle otra causa, murió la República por culpa del socialismo.

Despues del advenimiento de los Bonapartes, Proudhon creyó que por el camino del Imperio iba á venir la reforma de la sociedad, y como los Césares antiguos, los Césares modernos iban á destruir á los caballeros, á las clases medias, y á los patricios, á la aristocracia del capital; Proudhon creyó que la resurreccion de Polonia era un sueño de reaccionarios, y la unidad de Italia una amenaza á la democracia moderna; Proudhon creyó que la paz perpétua era una utopia y la guerra una necesidad; Proudhon creyó que debia perseguir con sus invectivas, con sus sarcasmos,

con sus epígramas, á los republicanos, que vieron claramente el desastre á donde nos arrastraba la insensatez de los socialistas y sus vaguedades, y sus delirios, y sus ensueños.

Proudhon es uno de esos genios que señalan la decadencia de una sociedad y anuncian la muerte y la descomposicion de un sistema por largo tiempo creido y adorado. Entre sus cualidades descuella la sátira, sí, la sátira aristofanesca. Y la sátira es aquel género de literatura que tiene por objeto disgustar los ánimos de lo presente, y por consecuencia, moverlos, impulsarlos hácia lo porvenir. El gran publicista ha invocado en alguno de sus más elocuentes escritos la ironía, y ha hecho bien al invocarla, porque la ironía es su musa. Involuntariamente, leyéndole, viene la risa á los lábios. Y siempre en la decadencia de las sociedades se oye esta sarcástica carcajada. No se ve la muerte de la democracia griega tan claramente en los tristes campos de Querónea como en las alegres comedias de Aristófanes. Antes de que ven-

gan los bárbaros á enterrar el Imperio romano, mucho antes lo ha destruido como un terremoto la carcajada de Juvenal. Los padres de la Iglesia no han hecho tanto en contra de los dioses del paganismo como las invectivas de Luciano. En cuanto Hutten escribe sus *Epistolae oscurorum virorum*, se oyen resonar entre aquella algazara los funerales de la Edad Media. Cervantes, solo Cervantes ha destruido el espíritu de la caballería. Voltaire, solo Voltaire ha enterrado el antiguo espíritu monárquico y católico. La ironía de Proudhon señala tambien la muerte de las monarquías constitucionales, de los sistemas doctrinarios. Este es el destino de la sátira, disgustarnos de la realidad, movernos á lo ideal.

Porque, francamente, despues de haber combatido la idea de Dios por mística; la religion por avasalladora de la inteligencia y contraria al progreso; los partidos medios por eclécticos; los republicanos conservadores por demasiado transigentes con la realidad; los republicanos jacobinos por intransigentes y enamorados de los errores dé la revolucion

francesa; la democracia pura por utópica; la aristocracia antigua por anacrónica; las clases medias por egoistas; el socialismo por vago; el comunismo por brutal; los sansimonianos por místicos; los fourieristas por soñadores; los cabetistas y los blanquistas por gubernamentales; cuando llega á una solucion, á una série de afirmaciones concretas, todo cuanto propone y ofrece es el Banco del Pueblo, una reaccion verdadera hácia los principios más abominables de las antiguas escuelas, cuya esencia fué siempre el ideal comunista. De suerte que este hombre no habia venido á construir, sino á destruir el socialismo.

Porque en todas las demás ideas no hay novedad ninguna. La idea de la inmanencia, de un elemento humano que se mueve por una fuerza dialéctica interior, sin que trascienda á nada divino, á nada sobrenatural, esta idea es de la extrema izquierda hegeliana. La idea de la dialéctica, de la contradiccion, de la tésis y la antí-tesis es una idea puramente del maestro Hegel. La idea de la propiedad, las definiciones ruidosas y alar-

mantes con que se envanecia y se embriagaba, eran todas de los comunistas del pasado siglo. Su originalidad estaba en su estilo, y no en su pensamiento; era más originalidad de escritor que de economista ó de filósofo.

Cuán uniformes y monótonas son las revoluciones. La historia humana presenta una série de acciones y reacciones políticas que parecen tan periódicas y tan fáciles como el flujo y el reflujo en el mar. Y en toda revolucion hay un partido exagerado que cree llevar las ideas á sus últimas consecuencias, y que en realidad trae las reacciones. Subid con el pensamiento hasta las revoluciones sociales romanas, y vereis que los Gracos se pierden y los Patricios se rehacen por culpa de los violentos, que no se contentaban con la reparticion de las tierras del Estado, sino que pedian la reparticion de todas las tierras. El gnoticismo no fué sino la exageracion de las revoluciones cristianas. Y en todas las revoluciones sucede lo mismo. Los campesinos exageran la idea de la reforma protestante; los anabaptistas la idea de la re-

volucion holandesa; los niveladores la idea de la República británica; los babeufistas la idea de la primera República francesa; los socialistas la idea de la segunda República; los comuneros la idea de la tercer República, y creyendo servir á la idea en toda su extension y en toda su pureza, han servido solamente á todas las reacciones en el mundo.

Hay en el socialismo algunos principios que no pueden desecharse, sobre todo la superioridad de las fuerzas sociales, la claridad del criterio social. En verdad el hombre es un sér social por excelencia. Como no pueden comprenderse los cuerpos fuera del espacio, no pueden comprenderse las almas fuera de la sociedad. Pero el error de la escuela socialista consiste en confundir la sociedad con el Estado; en creer que el Estado es el órgano único y exclusivo de la sociedad, cuando es tan solo uno, si bien el más importante de sus organismos. Y así, á medida que el Estado pierde facultades, las gana la sociedad. Y allí donde la instruccion, donde la religion, por ejemplo, nada tienen que ver con

el Estado, se encuentran necesariamente más identificadas con la sociedad. Pero tambien es preciso convenir en que aquellas sociedades, poco fuertes, poco robustas para ejercer sus funciones expontáneamente, y cumplir expontáneamente su ministerio y su fin, necesitan de la tutela del Estado. Pero esa tutela debe ser transitoria, y acabar con ella, y reintegrar al hombre en su personalidad, y á la personalidad en sus derechos, debe ser el fin de toda alta y verdadera política. De la asociacion libre, de la asociacion voluntaria debemos esperar las soluciones del problema social y no del Estado. La asociacion libre ha levantado las ciudades obreras de Inglaterra; ha fundado el crédito popular en Alemania; ha traido las sociedades cooperativas; ha resuelto en gran parte el problema de la coparticipacion del trabajador en los intereses del capital. Y todo cuanto sea sacrificar la autonomía personal, destruir la propiedad, organizar el crédito, el trabajo artificiosamente, es engendrar la reaccion sin redimir al pueblo.

El individualismo exagerado, como el socialismo, olvida uno de los términos de la vida humana. Y esto es achaque universal. Suele suceder que el naturalista olvida el espíritu, Dios, y el místico la naturaleza, la humanidad; que el poeta retrocede ante todo cálculo matemático, y el matemático desprecia las inspiraciones del poeta; que el soldado solo ve en la vida la fuerza, y el filósofo la idea; que cada vocacion es puramente exclusiva; que el industrial cree al político impostor, y el político al industrial egoista; que de esta suerte el individuo forma un microcosmo donde se encierra en su egoismo; pero la sociedad, más fuerte, más poderosa, más vívida, más inteligente, más llena de luz y de espíritu resuelve todos estos antagonismos, todas estas escuelas exclusivas, en una sublime armonía. Y aquellos que quieren contener y encerrar toda la sociedad en su pensamiento individual, en su utopia, se parecen al insensato que quisiera encerrar en una copa todo el Océano. Así es que el socialismo se descompuso por sí, de-

generando entre sus últimos mantenedores. Fué en Babeuf una protesta ardiente contra la sociedad de su tiempo; fué en San Simon una teología; fué en Fourier una cosmología; fué en Luis Blanc y en Cabet una economía; fué en Proudhon una crítica, que creyendo destruir todos los principios, tan solo se destruyó á sí mismo.

Examinadas las escuelas socialistas en Francia, que tanto han contribuido á perturbar el movimiento republicano en Europa, vamos á examinar en los futuros capítulos las escuelas filosóficas de Alemania que tanto han contribuido á impulsarlo. Así seguiremos viendo las diversas corrientes de ideas que han formado la conciencia de nuestro tiempo, que al encarnarse en la sociedad, ha producido lógica y necesariamente la República.

Es achaque en los historiadores, ya casi universal, anteponer el relato de los hechos á la série de las ideas. Nosotros huiremos de este achaque. Estudiando los hechos, se ve que todos ellos, los más importantes, los que más determinan una época ó la revolucion de

una época, se hallan animados, movidos por las ideas, como el cuerpo por el alma y el alma por la voluntad y la conciencia. En virtud de estas consideraciones, antepondremos siempre el estudio de aquellas escuelas científicas de las cuales brotan las revoluciones que cambian la sociedad, como diz que brotan de los senos del Océano las nubes y las lluvias que refrigeran y alimentan la tierra.

CAPITULO VII.

DEL CARACTER DE LOS PUEBLOS GERMANICOS.

La raza germánica desempeña especialísimo ministerio en la sociedad moderna, como raza que ha creado en su alma y que ha traido á la vida el sentimiento y la idea de la individualidad, borrada en los antiguos Estados. Muchos escritores piensan y dicen que esta division en razas peca de falsa en sus fundamentos, y de atentatoria á la unidad humana en sus consecuencias. Sin embargo, el estudio concienzudo de la historia prueba que, ya por la conquista, ya por el influjo político, ya por relaciones entre los pueblos y

la region que ocupan, relaciones tan estrechas como las del alma y del cuerpo en cada hombre, las tríbus, las naciones se acercan, se funden y forman una raza á la manera que las familias se acercan y se funden para formar un pueblo, para componer una verdadera nacionalidad. Y así como en nada contradice á la unidad de la naturaleza el que haya planetas y satélites, mundos y soles, cometas y aereolitos, en nada contradice á la unidad del género humano el que haya indivíduos, familias, tríbus, y razas. El medio natural en que las razas se mueven, afecta al color de su piel, á la magnitud de sus ojos, á los grados de su ángulo facial; y la sociedad en que se crian, afecta á su razon, á su conciencia, á su vida intelectual y moral.

Nada hay, nada tan estrechamente unido al espíritu como la palabra. Muchos filósofos han confundido la idea con la expresion de la idea y han proclamado la imposibilidad de pensar hasta secreta é íntimamente sin el auxilio del lenguaje. La teología cristiana ha llamado á la segunda persona de su Trinidad,

al Dios-hombre, Verbo. Y la revelacion de las ideas que es para nuestras almas como el calor para nuestra vida, ha sido la revelacion eterna de la palabra. Es por tanto la palabra humana la más intelectual, la más espiritual de todas nuestras funciones naturales. Y la palabra se diversifica, no ya segun las naciones, sino tambien segun las razas. ¡Qué estrecho parentesco entre el portugués, el italiano, el español y el francés! Puede asegurarse que todos los latinos hemos nacido sabiendo estas cuatro lenguas. Con alguna lectura, con alguna práctica, llegamos por completo á poseerlas. Porque los cuatro idiomas se derivan inmediatamente de aquella lengua-madre, que ha dado su nombre á nuestra raza, de la lengua latina. Y en la más apartada antigüedad se encuentran de esta ley seguros testimonios. Mientras el habla de los pueblos paganos, de los pueblos progresivos, de los pueblos artistas, de los pueblos indo-europeos, tiene períodos rotundos, sintáxis complicada, verbo riquísimo en tiempos, en modos, que le sirven para someter pensa-

mientos secundarios al pensamiento capital: frases subordinadas á la frase predominante y soberana; el habla de los pueblos semitas, de los pueblos religiosos, nacidos para difundir el monotheismo, criados en la soledad del desierto, artífices de esa música que parece sollozo del alma, y de esa arquitectura que guarda para el interior todas sus maravillas; el habla de estos pueblos es triliteral en sus raíces, simple en su sintáxis, onomatopéyica en sus palabras, cortada en versículos que se unen por el medio primitivo de la conjuncion, y que se diferencian de la riquísima variedad del griego y del latin, de las dos lenguas propias á contener y á expresar la varia riqueza del humano pensamiento.

Las lenguas indo-europeas tienen estos caractéres, porque son las lenguas de aquellos pueblos que han pasado por todas las ideas políticas y por todas las formas sociales; que han producido dioses á su imágen y semejanza; que han puesto la direccion de sus Estados en manos de los legisladores, de los tribunos, de los héroes; que han escrito los

analisis de Aristóteles y las sentencias de Platon; que han consumido innumerables ideas filosóficas en el movimiento perpétuo y en la renovacion periódica de su espíritu; al paso que las lenguas semíticas son las lenguas de los pueblos religiosos; de los pueblos que han fundado la idea de la unidad de Dios en Jerusalén y en la Meca; que han resuelto casi todas sus formas de gobierno en pura teocracia; que se han dirigido por la voz de los profetas; que han escrito el Koran y la Biblia; que al coro griego han opuesto la cancion melancólica, al drama la poesía subgetiva, la poesía lírica, al pensamiento libre el comentario perpétuo de sus revelaciones, á los dioses y al Dios-hombre su Creador único, recluido, como en sacro tabernáculo, en la inmensidad de sus cielos. Pues bien, si dos razas fundamentales han llenado la historia antigua, el mundo antiguo, dos razas fundamentales llenan el mundo moderno, la historia moderna, á saber, la raza latina y la raza germánica. Esta ha traido siempre la idea de la individualidad, y ha opuesto la individua-

lidad inmortal, sorprendida en el seno mismo de la naturaleza á las fuerzas sociales pero absorbentes, á las instituciones, civilizadoras en ciertos períodos históricos, pero autoritarias de las razas heleno-latinas, más artísticas, más humanas si se quiere, que las razas germánicas, pero menos dadas á conservar su libertad interior en la sociedad, y á oir en la vida el llamamiento de la propia conciencia.

Es ley histórica irrevocable que la raza germánica venga á destruir las grandes unidades alzadas por las razas helenó-latinas, esas grandes unidades, bajo cuyo peso la personalidad humana desaparece, y con la personalidad humana la ley de la libertad en la vida. Los preclaros escritores de la antigüedad anunciaron con la adivinacion de su génio el destino confiado á la raza germánica en el fin de aquellas sociedades. Cuando Lucano describe en versos imperecederos la ruina de la libertad en Farsalia, no la vé morir, extinguirse, no; la vé pasar el Rhin y refugiarse en las tríbus inocentes, primitivas de la ignorada Germania. Y Tácito, la con-

ciencia, el remordimiento de la sociedad antigua; Tácito, que ha enrojecido su estilo en el fuego del amor á la libertad para hundirlo como un puñal, y revolverlo eternamente dentro del corazon de los tiranos; Tácito opone á la obra de César la obra de la naturaleza, al imperio despótico la federacion de las tribus; á la elocuencia muda la asamblea en los campos, al magistrado impuesto por los siervos pretorianos el magistrado elegido por los hombres libres; á la córte corrompida de los Emperadores, la familia amante, la mujer respetada, la pureza de las costumbres adquiridas en las inspiraciones de la conciencia y en los ejercicios de la libertad.

César, en cuya frente parecia haberse condensado todo el génio romano, temblaba delante de ese inmenso misterio que se llama el mundo germánico, y queria encerrarlo dentro de su imperio. Y allá, por las selvas, por las estepas, en el sueño de la vida primitiva, en la confusion ciega con la naturaleza, los germanos sentian correr como viento abrasador la cólera contra Roma. «Yo no voy por

mi propio pié á Roma, exclamaba Alarico en sus correrías hácia la Ciudad Eterna; yo siento que algo superior á mi voluntad me empuja, me arrastra, sin consentirme descanso, y me fuerza imperiosamente á saquear á Roma.» Genserico despliega las velas de su nave al viento. No sabia donde iba. El piloto le pregunta: «Señor, ¿á qué pueblos vamos? A aquellos pueblos contra los cuales se ha levantado la cólera de Dios.» Y fuéron á Roma.

¿Qué odiaban principalmente los bárbaros en Roma? Odiaban el principio enemigo de su principio, el ideal contrario á su ideal; odiaban el poder omnímodo, la autoridad absorbente, el cesarismo que negaba la raíz verdadera de la vida, nuestra personalidad. Y desde entonces, siempre que el mundo latino ha llegado por impulso de su carácter, por obra de sus tradiciones á uno de esos estados políticos ó sociales, que reproducían el imperio romano, siempre ha venido á restablecer la raza germánica el principio de individualidad. Así como las hordas de Alarico, de Genserico, nacidas en las selvas,

educadas por el estruendo de los combates, sin más hogar que su carro de guerra, sin más patrimonio que sus armas, corren á devastar á Roma por ser el centro de la unidad imperial y cesarista, los descendientes de estas hordas, cumplen tanto en la Edad Media como en el Renacimiento, y en el Renacimiento como en la Edad moderna el mismo ministerio que cumplieron al término de la antigua Historia. Y en efecto, si el pueblo franco, apostatando de los principios germánicos, restablece el imperio en Cárlo Magno, las densas tribus, las densas familias europeas del mismo orígen, azotadas por la espada de los normandos, fundan el individualismo moderno en el caos feudal; si los Pontífices predominan, se apoderan de la conciencia, organizan por su teocracia gobierno fuerte y autoridad universal desde Roma, el imperio germánico, y su representante más ilustre, la casa de Suabia, contrasta esta unidad religiosa con la oposicion política, civil, é impide la copia tristísima en Occidente del bizantinismo oriental fundado

sobre la armonía entre el Patriarca y el César; si en el siglo décimo-sexto el Emperador Cárlos V de un lado, con sus inmensos dominios, y los papas artistas de otro, con su inmenso prestigio, salvado el cisma, disueltos los concilios, que amenazaban á la autoridad de la Iglesia, sometida Gante, descabezadas las comunidades en Villalar y las germanías en Valencia, que amenazaban al poder del imperio, si dos poderes de tanta fuerza sobre la tierra, como el poder de Cárlos V que habia encontrado en las mares el Nuevo Mundo y el poder de Leon X que habia encontrado en las ruinas el mundo antiguo, amenazan con estrecha alianza, que restaure el cesarismo; ahí está para impedirlo, para quitar al Pontificado su prestigio, al imperio su paz, el oscuro fraile Lutero, que recoge todas las iras de su raza, y que, repitiendo desde la imprecacion del campesino ébrio hasta la plègaria del ángel en éxtasis, toma la Roma de los espíritus con la misma ira que Alarico y Genserico habian tomado mil años antes la Roma de los Césares; si la grandeza y la

fuerza de Felipe II ahoga el protestantismo, un germano de raza, holandés de nacimiento, Orange de nombre, derriba al coloso que cubria con su sombra toda Europa; si la política de Luis XIV, en el siglo siguiente engendra otra gigante reaccion católica, asi en las conciencias como en los Estados, otro germano de raza, holandés de nacimiento, Orange de nombre, alza el protestantismo, la religion individualista, al trono de Inglaterra; si los reyes, á mediados del siglo décimo-octavo, han establecido su autoridad absoluta, despojando hasta la Iglesia misma de sus atribuciones, la raza germánica ó su familia sajona, viene á turbar tanto poder con la proclamacion de la República y el advenimiento de la democracia en América; si triunfantes los principios revolucionarios en 1793 y de nuevo triunfantes en 1848, cesarista reaccion, engendrada primero por el César de nuestro tiempo y despues por su descendiente, el nuevo Augusto, funda la autoridad imperial, los germanos Welligton y Blücher en Waterlóo, Moltke y Bismark en Sedan, destruyen esos

imperios, y alzan nuevamente la idea de la individualidad humana, que es como el hueso y la médula de todas nuestras libertades.

No le pidais á la raza germánica, no, que en el movimiento republicano europeo traiga antes que la raza latina el organismo de la República. Este organismo será obra de la raza artística, de la raza inspirada, de la raza que apenas ha concebido la idea, cuando ya la ha vaciado, ansiosa de crear y de producir, en el molde amplísimo de sus formas, será obra de nuestra raza. Pero la raza germánica ha traido esa idea individualista; ese íntimo sentimiento de la independencia personal, que verdaderamente constituyen la dignidad, sin la cual son de todo punto imposibles las Repúblicas. Esas ideas, esos sentimientos vienen á ser como la materia de que la República es la forma. En la inmensa nebulosa, compuesta por esa difusion del espíritu humano, van brotando las democrácias como dice Laplace que debieron formarse en la nebulosa infinita de que somos parte, el sol y los planetas. La gloria de la raza germánica,

analisis de Aristóteles y las sentencias de Platon; que han consumido innumerables ideas filosóficas en el movimiento perpétuo y en la renovacion periódica de su espíritu; al paso que las lenguas semíticas son las lenguas de los pueblos religiosos; de los pueblos que han fundado la idea de la unidad de Dios en Jerusalén y en la Meca; que han resuelto casi todas sus formas de gobierno en pura teocracia; que se han dirigido por la voz de los profetas; que han escrito el Koran y la Biblia; que al coro griego han opuesto la cancion melancólica, al drama la poesía subgetiva, la poesía lírica, al pensamiento libre el comentario perpétuo de sus revelaciones, á los dioses y al Dios-hombre su Creador único, recluido, como en sacro tabernáculo, en la inmensidad de sus cielos. Pues bien, si dos razas fundamentales han llenado la historia antigua, el mundo antiguo, dos razas fundamentales llenan el mundo moderno, la historia moderna, á saber, la raza latina y la raza germánica. Esta ha traido siempre la idea de la individualidad, y ha opuesto la individua-

lidad inmortal, sorprendida en el seno mismo de la naturaleza á las fuerzas sociales pero absorbentes, á las instituciones, civilizadoras en ciertos períodos históricos, pero autoritarias de las razas heleno-latinas, más artísticas, más humanas si se quiere, que las razas germánicas, pero menos dadas á conservar su libertad interior en la sociedad; y á oir en la vida el llamamiento de la propia conciencia.

Es ley histórica irrevocable que la raza germánica venga á destruir las grandes unidades alzadas por las razas helenó-latinas, esas grandes unidades, bajo cuyo peso la personalidad humana desaparece, y con la personalidad humana la ley de la libertad en la vida. Los preclaros escritores de la antigüedad anunciaron con la adivinacion de su génio el destino confiado á la raza germánica en el fin de aquellas sociedades. Cuando Lucano describe en versos imperecederos la ruina de la libertad en Farsalia, no la vé morir, extinguirse, no; la vé pasar el Rhin y refugiarse en las tribus inocentes, primitivas de la ignorada Germania. Y Tácito, la con-

terio filosófico, el criterio político, que realmente engendráran los poderes hereditarios y permanentes. Esta revolucion es ménos visible, mucho ménos visible que las revoluciones políticas, por lo mismo que es menos cruenta; pero es más eficaz, más trascendental á los hechos aun que las mismas revoluciones violentas cuyo estruendo tanto nos aterra: que esa electricidad invisible, impalpable, esa electricidad de las ideas, suscita la revolucion material y encrespa el tempestuoso oleaje de las conciencias, como para vivificar y animar á los hechos.

Será cierto que los pueblos no pueden tener universalidad de aptitudes? ¿Será cierto que aquellos más duchos en la abstraccion y en la ciencia flaquean cuando bajan á la realidad y á la política? Tentados estaríamos á creerlo estudiando el movimiento científico y el movimiento político de Alemania. Su audacia no tiene límites, cuando de atacar los poderes morales y las ideas abstractas se trata. Los filósofos llegan al trono estrellado del Dios histórico y tradicional con la espuma de la

rabia demagógica en los labios y el hacha del verdugo regicida en las manos. A los golpes de su implacable lógica, las supersticiones caen con estrépito más ruidoso que el estrépito de la revolucion. Hernan Cortés con todo su genio aventurero, con todo su valor épico, y con toda su fé española, jamás desacató los ídolos de los conquistados mejicanos como el humilde y tímido filósofo de Alemania ha desacatado desde las fórmulas científicas al Dios de sus conciudadanos. Todos nuestros motines en la plaza pública, todas nuestras insurrecciones de cuartel, todos nuestros movimientos revolucionarios que despiden tan tonante electricidad, jamás contuvieron la esencia, ni las cantidades de revolucion que contiene uno de esos discursos, al parecer oscuros, idealistas, agenos á la realidad, que pronuncia el doctor aleman sentado sobre su alta cátedra como sobre vaga y apartadísima nube. A ellos, á los maestros, á los filósofos alemanes, debemos esa teoría del derecho ante la cual aparecen las ideas de Rousseau como conservadoras y reaccionarias; á ellos, á los

maestros, á los filósofos alemanes debemos esa teoría del progreso, á cuyos impulsos todas las instituciones, aun las más creidas de su orígen celeste y más destinadas por los poderes públicos á la eternidad, han caido en el movimiento dialéctico de las ideas humanas, y han aceptado la ley de la trasformacion universal, que condena todas las resistencias contra la libertad á segura derrota, y todas las reacciones á inevitable muerte. El Universo y Dios, el alma y el cuerpo, la naturaleza y el espíritu, han sido llamados al tribunal de su filosofía; los reyes y los papas, las castas sacerdotales y las castas guerreras, al tribunal de su historia. Jamás ningun tribuno dirigió imprecaciones al orgullo de los tiranos, á la manera que ellos á la autoridad de la monarquía y de la Iglesia; jamás ningun revolucionario limpió la sociedad de mónstruos con la fuerza que ellos emplearon para limpiar la conciencia de sofismas. Pero estos semi-dioses de la tierra, soberanos del pensamiento, jueces de las instituciones, al entrar en la vida han visto sus derechos más sagrados á

merced del primer montero de uno de esos reyes, ó regulos, vestigios de la Edad Media, fuegos fátuos en el osario de lo pasado, que han reinado recientemente, y que en algunos pequeños Estados todavia reinan sobre el suelo feudal de la vieja Alemania.

Háse comparado el aleman al indio antiguo, absorto en la contemplacion del mundo y en la contemplacion de sí mismo, dando á los otros pueblos sus ideas y sus dioses. Háseles comparado tambien á los griegos despues de Alejandro; no porque posean aquella elocuencia escrita y oral propia de los griegos en todo tiempo, como si no pudiera el espíritu helénico ser tocado de decadencia; no porque posean aquel relieve de formas, de expresion que dá vida, y sangre y carne á los pensamientos mas abstrusos; no, parécense á los griegos en su vejéz, porque como estos, piensan, escriben, hablan, enseñan, trasforman las conciencias, se entregan á las ideas, y dejan que á su lado, sobre sus espaldas, se levante un imperio militar, y autocrático, el cual, de tiranía en tiranía, pueda llegar á en-

gendrar la degeneracion física y moral de la antigua Bizancio.

Los pueblos latinos, que tan rápidos fueron siempre en la realizacion de sus ideas, apenas han tenido libertad de pensar. Los pueblos alemanes, que han tenido antes la libertad de pensar, apenas han experimentado el vivo deseo de realizar sus pensamientos. Y la idea, que no toca á la realidad, que no la trasforma, que no se convierte en el pan del alma distribuido entre los pueblos, que no derrite cadenas, que no destruye cadalsos, encerrada allá en las cimas de la razon pura, es como Dios sin Providencia, como Dios recluido en la soledad de su inaccesible sustancia, sin comunicacion alguna, ni con el espíritu ni con la naturaleza. Nadie admira como yo la Alemania, nadie. Su metafísica es el tuétano de nuestro pensamiento. Su poesía responde mejor que ninguna otra al vago idealismo de nuestro espíritu. Debe llamarse el arte aleman la filosofía del corazon. Su música misma, impenetrable á las primeras audiciones, arece despues de conocida, la voz de la na-

turaleza, la armonía de las ideas increadas, la anticipacion del espiritualismo celeste. Yo perdono á los escritores alemanes la confusion del estilo, y á sus filósofos la oscuridad del pensamiento, porque comprendo que solo así pueden conservar aquel individualismo característico á su naturaleza. Yo admiro la indagacion pacientísima, el culto religioso á la ciencia, toda la nutricion que los alemanes han dado al espíritu moderno. Pero cuantos amamos el progreso, tenemos derecho á proferir alguna queja, alguna reconvencion, y amarga, en los oidos del pueblo aleman. Si, aquel pueblo descrito magistralmente por Tácito con todas las aptitudes para la libertad; menospreciador del oro porque desconocia las necesidades que el oro satisface; reunido en asambleas donde los principales trataban de las cosas menudas, y el pueblo entero de todas; gobernado mas por el ejemplo que por la autoridad, mas por la persuasion que por la fuerza; dotado con la facultad de elegir á sus jefes y dispuesto al deber de acompañarlos y seguirlos por todas partes; adorador cas-

tísimo de la mujer en cuya frente vislumbraba las señales de la profecía, y en cuya hermosura el divino ministerio del sacerdocio; aislado en su hogar con su familia y con sus hijos, que no sabrian agarrarse de otro pecho ni nutrirse de otra leche que del pecho y de la leche maternales; amigo de su independencia personal hasta la exaltacion, y enemigo de la tiranía hasta el encarnizamiento; este pueblo que, á través de tantos siglos ha conservado alguna de aquellas antiguas virtudes primitivas; como ha precedido á todos los pueblos modernos en proclamar la conciencia libre, debió tambien precederlos en establecer la Federacion y la República.

Pero no seamos materialistas. La idea, aun aquella que parece mas vaga y mas abstracta, alimenta las conciencias y se filtra en la realidad. Cuando nos perdemos en las abstracciones científicas, no pensamos en que aquellas abstracciones, como el Verbo divino, han de encarnarse en la sustancia y en la forma del género humano. El viajero, perdido en la cima de los Alpes, sobre las nieves eter–

nas, sin poder apenas respirar, sin percibir ni asomo de vida en aquel desierto de hielo, no concebirá que allá abajo, en el valle hondísimo, sea tanta frialdad, tanta inmovilidad, tanta desolacion el Rhin, el Tesino, el Ródano, derramando la vida y la alegría de la abundancia en las campiñas de Italia, de Francia y de Alemania. La idea es alma; la idea es vida. Los hechos no hacen mas que copiar las ideas y copiarlas imperfectá, borrosamente. En todo el curso de los hechos sociales van contenidas las ideas, y son como el hidrógeno en el agua, como el oxígeno en el aire. Quizá tarde siglos en formarse la sociedad animada por una idea progresiva. No nos curemos de los plazos. Pero el tiempo es una idea de relacion, el plazo será largo si con nuestra breve vida se compara, breve comparado con la vida de la humanidad. Nadie es capáz de calcular los millones de siglos que han sido necesarios para formar y componer el planeta en el cual vamos embarcados. ¿Quién puede adivinarlo que tardará una idea en caer de la mente de un pensador so-

bre el cenáculo de una escuela; en pasar de las indagaciones de la escuela á las fuerzas militantes de un apostolado; y de las fuerzas militantes de un apostolado al crisol del martirio; y del crisol del martirio á la conciencia de todo un partido; y de la conciencia de todo un partido á las leyes, y de las leyes á las costumbres? Pero no tenemos derecho á dudar de la virtud y de la eficácia que tienen las ideas, nosotros, despues de haberlas visto salir de los labios mucho mas ténues que el aire en que iban envueltas, y fundir con las bayonetas de los ejércitos reaccionarios las coronas de los reyes absolutos. Vamos á estudiar el movimiento de las ideas en Alemania, seguros de encontrar revoluciones á que ha respondido ó responderá la realidad.

CAPITULO VIII.

DE LA ESCUELA CRITICA.

El representante verdadero de la revolucion filosófica de Alemania es en el sentir universal Kant, fundador de la escuela crítica. Desmintiera el siglo décimo-octavo su espíritu progresivo, faltara por completo á su destino, si á la par que destruia las instituciones históricas en la sociedad, no destruyese las ideas tradicionales en la conciencia. Toda sociedad que se renueva, ha de renovar por precision el espíritu, y con el espíritu las ideas, en que el alma de las generaciones se alimenta, y el organismo de los poderes se

forma. El siglo décimo-octavo no podia promulgar el derecho natural sin conocer la naturaleza humana. Y no podia conócer la naturaleza humana sin profundizar el problema humano por excelencia, el problema del conocimiento. Para profundizar este problema nada más necesario que trazar los límites de nuestra inteligencia; decir hasta donde puede llegar con sus pruebas y con sus raciocinios. Y para profundizar este problema, el nudo de la dificultad se encuentra en las relaciones entre el objeto y el sugeto. Renunciemos á conocer las cosas en sí, exclamó Kant. Distingamos en todo conocimiento aquello que suministra la experiencia de aquello que pone nuestro propio sér. Ningun fenómeno externo sucede para nosotros si no sucede en el tiempo y en el espacio. Pero el tiempo que puede agrandarse hasta la eternidad y disminuirse hasta instantes inapreciables é imperceptibles, el tiempo no ha entrado en nuestra mente, lo mismo que el espacio, por los sentidos. El tiempo y el espacio son leyes de la sensibilidad. El conocimiento seria imperfec-

tísimo, si adquiriéramos solamente sensaciones, si solamente poseyésemos la facultad de sentir. Es la más primitiva, y en la gerarquía de nuestras facultades, la más rudimentaria, la que nos une con los séres ínfimos de las escalas zoológicas. Si de la vida, del Universo, hiciéramos sólo sensaciones, tomariamos nuestros apetitos por regla de conducta, y la impresion fugaz de las cosas por leyes del Cosmos. Nuestra moral se reduciria á la moral del placer, y nuestra ciencia se resolveria á lo sumo en acerbo inmenso de hechos y de objetos completamente fantaseados. El fenómeno y no su ley, seria el fondo único de nuestro conocimiento.

La sensacion se purifica, se transfigura en la inteligencia que es la facultad de las nociones, la facultad activa del conocimiento, en cuya virtud determinamos y definimos los objetos suministrados por la pura sensibilidad. Las sensaciones ó intuiciones quedarian sin luz y sin vida, cuerpos muertos en la mente, si no se elevára á nocion; y las nociones serian espegísmos, entelequias, si no se relacionaran

con los objetos. Así como la ciencia que trata de la sensibilidad, se llama estética; la ciencia, que trata del entendimiento, se llama lógica. La intuicion es la sensibilidad en ejercicio y el objeto impresionando al sugeto: la nocion es el concepto del sugeto sobre el objeto. Como la sensibilidad no puede salir del tiempo y del espacio; el entendimiento no puede salir de estas categorías principales, de la cantidad, de la cualidad, de la relacion, del modo. Estos elementos del juicio son formas de la inteligencia. Pero las nociones no bastan al conocimiento, no bastan. Para perfeccionarlo se necesita la razon que da universalidad á los juicios, que los pone fuera de toda condicion, que los eleva á ideas, es decir, á principios universales en la purísima region de lo infinito. Pero por lo mismo que la razon ejèrce este ministerio sublime en la vida, precisa precaverse y precaverse con cuidado contra las ilusiones trascendentales. Por ilusiones trascendentales entiende Kant el esfuerzo inútil empleado en traspasar los límites de nuestra inteligencia.

Por estos esfuerzos consumimos la razon en ambiciones insensatas, y poblamos de sombras espesísimas nuestra propia alma. El trabajo, que debíamos emplear en conocer lo posible, malgastámoslo en ir trás lo imposible. Así debemos renunciar, por ilusorio, al propósito de comprender en su esencia la naturaleza inmaterial de nuestra alma. Y lo mismo que sucede con la idea del alma, sucede con la idea de Dios, en tal manera y grado altísima, en tal manera y grado á nuestras facultades superior, que no puede ni demostrarla ni destruirla absolutamente la razon humana. Aparte de ciertas nomenclaturas arbitrarias, dispuestas solo para sostener el ritmo de las ideas, y la arquitectura del sistema, la crítica de la razon pura es el análisis más lucido y más minucioso que de las fuerzas de los límites de nuestra razon y se haya intentado desde los tiempos de Aristóteles. Necesitábalo por completo la razon humana para huir de investigaciones inútiles y encerrarse en la esfera de lo posible. Con él, por él, quedaba concluido y cerrado ese pe-

ríodo teológico, que ha llevado al género humano desde las argucias de las escuelas monásticas á las violencias de las guerras religiosas para pelear y morir por vanas abstracciones.

El hombre, no solamente piensa, el hombre vive; no solamente tiene inteligencia, tiene tambien voluntad. Los principios, á que la razon pura no puede llegar por el mero raciocinio, brotan en cuanto necesitamos fundar y establecer leyes para la vida. En este punto nace la necesidad de la idea de Dios para que nos ilumine y nos vivifique; la necesidad de la libertad moral para que cree la vida humana; y la necesidad tambien de la inmortalidad de nuestra alma, para la realizacion completa de la justicia. A la luz de estos principios desarróllase la ley moral más pura, la ley del desinterés completo, la ley del amor al bien solo por ser bien y del horror al mal solo por ser mal, sin que ni el temor al castigo nos aparte del vicio, ni á la virtud nos lleve la satisfaccion de la conciencia ó la esperanza del premio, sino solo el puro mó-

vil íntimo, independiente de todo otro mandato que no sea el imperativo categórico de nuestra propia conciencia. En virtud de esta ley moral debe el hombre proceder en términos que pueda elevar cada una de sus acciones aisladas, individuales, á reglas universales de vida y de conducta.

Aunque los principios soterrados por la razon pura ó renacidos en la razon práctica, parecen contradictorios, no lo son, si atendemos á que la tésis del filósofo se reduce á poner límites naturales á las indagaciones puras y á demostrar que la existencia de Dios, la libertad del alma, su espiritualidad, su inmortalidad se afirman con mayor fuerza que en la pura metafísica, cuando se demuestra que sin estos principios no será posible fundar la moralidad de la vida ni llegar al bien sobre la faz de la tierra.

Pero filósofo que así escudriñára los límites de la inteligencia, las leyes de la moral, debia entrar en la esfera de la política. Encastillado dentro de su pensamiento y de su espíritu; analizando la propia conciencia y la

propia razon mas que los objetos exteriores; sin pasiones, pero tambien sin desfallecimientos; no conociendo de la vida sino el curso regular y sereno, ni espaciando su ser en el regazo de la familia; frente á frente del alma humana y de la ciencia, como Dios frente á frente de la creacion universal, inútil pedirle observaciones sobre los hechos ni conceptos de la realidad; pedidle, y lo encontrareis, las ideas que mas se relacionan con la filosofía y la moral, las ideas puras del derecho. El orígen del derecho fué siempre la cuestion de las cuestiones. Aquel que causa, que engendra, que origina el derecho es el verdadero soberano. Por tal razon, la escuela teológica sostiene que el derecho dimana de Dios, y que en nombre de Dios lo debe definir y aplicar una verdadera teocracia. Para los pueblos antiguos, griego y romano, el derecho dimanaba del Estado; para los Césares de la voluntad del príncipe; para los tiempos feudales del territorio poseido ó conquistado; para los tiempos monárquicos, de la tradicion, de Dios, cuya imágen sobre

la tierra principalmente representan los reyes; para Rousseau, el profeta revolucionario, de la voluntad de los pueblos. Para Kant el derecho se origina de la naturaleza humana, que es su fundamento inconmovible. Podrá criticarse la definicion del filósofo, podrá decirse que la série de condiciones indispensables para asegurar la propia libertad y armonizarla con la libertad de los demas hombres tiene alguna vaguedad, y peca de formalista y externa. Pero, en aquella hora crítica de la historia, convenia reivindicar dos principios, la naturaleza humana como orígen del derecho, la libertad humana como alma del derecho. Y ambos principios fueron reivindicados por el sublime pensamiento del filósofo, ambos principios, que debian producir una revolucion moral en la conciencia y preparar otra revolucion política en las sociedades humanas.

El objeto capitalísimo de su doctrina se concentraba en dirigir el mundo por las ideas, y fundar la política por la soberanía de la razon. Para dirigir el mundo por las ideas, no

pide como Platon el poder para los filósofos, pide la libertad entera de los filósofos, es decir, pide la libertad, la autonomía del pensamiento. Para lograr el reinado de la razon, despues de combatir el regicidio y el derecho de insurreccion, como doctrinas maquiavélicas, solo atentas al éxito, enlaza, coordina la política con la moral, los principios de justicia positiva con los principios eternos de justicia. Asi, dentro de un mundo todavía dormido con el sueño inquieto de la Edad Media, bajo la pesadumbre del absolutismo, al ruido del tormento que aún descoyunta los huesos de los acusados, al rumor de los ejércitos que aun oprimen á los hombres, y de la guerra que aun devasta el planeta, en medio del feudalismo germánico, tovadía vivo, á pesar de la revolucion que relampagueaba y no iluminaba, Kant escribe, con el corazon puesto en el amor á la humanidad, con el pensamiento puesto en los oleages del porvenir, profundo tratado de paz perpétua, tratado que prepare el advenimiento de la libertad, y que sustituya á la conquista y á la fuerza las pacíficas relacio-

nes de derecho. Para conseguir estos grandes fines Kant propone que los tratados de paz se ajusten bajo el pensamiento y con el propósito de evitar nuevas guerras; que ningun Estado independiente pueda adquirirse por la violencia y la conquista; que desaparezcan los ejércitos permanentes; que los Estados se abstengan respectivamente de ingerirse en el gobierno de los demás Estados autónomos; que el derecho civil como el derecho político reconozcan otro derecho superior, el cual toca á la humanidad entera, y que puede y debe llamarse derecho esencialmente cosmopolita.

El estado salvaje aquel alabado por los utopistas como estado natural, es en realidad estado de guerra. El indio lleva por la inmensidad de los bosques vírgenes, en su vida nómada, errante, la envenenada flecha, no solo contra los séres de las demas especies, contra los animales que puedan ceder en su provecho, ó en su daño, sino tambien contra las demas tribus que le disputen el aire ó el sol, la tierra ó la caza. El estado salvaje es

el estado de guerra. Pero el estado civil, el estado político se fundaron para asegurar la paz y para tener contra toda violencia seguro mas firme que la fuerza, en la santidad del derecho. Volver á la guerra, despues de haber entrado en la vida civil, es tropezar de nuevo en el estado salvaje.

Mas el gran filósofo reconoce que no bastan las relaciones de los pueblos entre sí para evitar la guerra y establecer la paz; que se necesita un organismo interior completamente pacífico. Y este organismo interior no puede ser otro que aquel capáz de asegurar los derechos de todos, y distinguir la órbita de los poderes públicos, y sus diversas facultades. La constitucion civil y política de cada Estado debe ser una constitucion republicana. Escribiendo bajo una monarquía y bajo una monarquía absoluta, Kant define tímidamente el gobierno republicano como aquel donde se hallan divididos el poder ejecutivo y el poder legislativo. Y como esto puede suceder y sucede en una monarquía, tambien algunos atribuyen á Kant, compagi-

nando estos textos suyos con otros de Derecho público que á la monarquía constitucional tambien se refiere. Tal creencia la confirma el que mas abajo confunde la pura democracia con el puro absolutismo. Pero explicaciones claras, concretas, no dejan ocasion á dudas. Kant quiere la República porque con la República todo el mundo, todos los ciudadanos tendrán el derecho de paz ó guerra. Y es dificilísimo que residiendo ese derecho en el pueblo entero, se despeñe el pueblo entero por la sima de las batallas. El suicidio, como la demencia, es escepcion, y no ley general en las sociedades humanas. Luego, si los derechos individuales se derivan de la naturaleza, los poderes públicos deben derivarse de un pacto. Y el gobierno, que en pactos puede fundarse, no es otro mas que el gobierno republicano, precisado á sostener no el vasallo y el súbdito, de cuya vida puede disponerse sin contar con él, sino el ciudadano. Llámanle á este gobierno el gobierno de los ángeles, suponiendo que no puede conocerlo en toda su pureza ni practicarlo en toda su

extension la debilidad humana. Pero él solo es humano porque reconoce el principio de libertad que necesita cada hombre; porque establece una legislacion comun en armonía con esa idea de la igualdad natural tan profundamente grabada en nuestra conciencia.

Así es que el inmortal filósofo, no solamente sostiene para el fin de la cultura humana ó de la paz perpétua el gobierno republicano, sino que sostiene tambien la Federacion de Repúblicas, la Federacion que es la gran mecánica de las sociedades libres, aquella que distribuye la fuerza en las altas personalidades políticas y luego la concentra en la unidad suprema. Así los Estados autónomos, por medio de pactos conmutativos van estableciendo el régimen, donde la autoridad esté instituida en la ley, refrenada por la ley, como la libertad contenida en el derecho y asegurada por el derecho.

Los privilegios de los hombres y los intereses que de estos privilegios se originan, podrán oponerse con fuerza á veces incontrastable á la realizacion del ideal; pero la na-

turaleza de la tierra y las comunicaciones entre los pueblos, la naturaleza del hombre y la necesidad que tienen todos los hombres de vivir bajo las leyes comunes, aseguran que la interna educacion de los individuos y la superior educacion humana, obra de los progresos científicos y sociales, ha de fundar cada Estado en la República interiormente, y todos los Estados para la vida y relaciones exteriores en la Federacion que constituya como la nueva Humanidad sobre la tierra.

La revolucion liberal llegaba en este momento supremo á la plenitud de la vida por la conciencia de sí misma. El filósofo solitario, aislado, sin otro númen que su idea, la cual por completo le poseia, impulsaba al mundo con fuerza mas lenta, pero de mas eficacia que las fuerzas materiales. La naturaleza humana, estudiada en sus abismos mas profundos; la idea del derecho, definida y concretada en su fase mas necesaria; el régimen republicano, proclamado como el mas idóneo para los pueblos cultos; la federacion universal reconocida como el organismo de la

justicia y del derecho; la paz perpétua prometida como resultado y consecuencia de todas estas ideas, daban á la revolucion moderna una idea que en parte se ha realizado, y en su plenitud se realizará bien pronto. Y estas fórmulas no eran fórmulas de estadista ambicioso, de tribuno acalorado é impaciente, de convencional que las lanzara en medio de encrespada guerra extraña, ó de profunda revolucion interior, para despertar á su partido ó á su pueblo, no; estaban concebidas en el recogimiento y en el silencio, pensadas en plena independencia de todo interés, dichas y difundidas para la humana conciencia.

Dos hombres renovaban la política del siglo décimo-octavo, Kant y Rousseau, dos hombres de incalculable poder moral. Kant era filósofo y artista Rousseau; Kant anteponia el pensamiento al estilo y Rousseau el estilo al pensamiento; Kant agitaba la conciencia del hombre y Rousseau su sensibilidad; Kant engendraba aquellas ideas progresivas que trasforman todo espíritu y Rousseau aquellas pasiones exaltadas que trasforman

toda realidad; la vida del uno era tranquila y ordenada como sus fórmulas matemáticas, la vida del otro tempestuosa como la revolucion; el alma del filósofo se dirigia á herir, á manera del sol naciente, las cimas de la ciencia, y el arma del artista, á manera de la nube tempestuosa, los hondos valles sociales, el corazon de las muchedumbres; Kant define el derecho natural que engendra al hombre libre y Rousseau el pacto político que engendra el Estudio republicano; el uno es verdadero autor de la soberanía individual y el otro verdadero autor de la soberanía popular; ambos representan en sus dos sistemas el pensamiento y la accion, el principio y la vida, el espíritu y el organismo, el alma y el cuerpo de ésas revoluciones modernas, que engendradas en las alturas de la metafísica y difundidas por el Verbo divino del arte, han de producir al cabo los Estados-Unidos de Europa, alzándonos, desde los sangrientos abismos de la monarquía y de la guerra, á las regiones, que pudiéramos llamar de luz perpetua, al triunfo del derecho, al goce de la paz.

CAPITULO IX.

LA FILOSOFIA INDIVIDUALISTA, O EL IDEALISMO SUBGETIVO.

La filosofía crítica debió tener y tuvo sus naturales consecuencias. La idea de la personalidad humana, reconocida en toda su grandeza, exaltada en todos sus atributos, ébria de la propia sustancia; en la inquietud de su jóven vida, en la ambicion de sus pasiones, llegó á negar todo ser que no fuera su propio ser, y toda realidad que no fuera su propia realidad. Los cielos aparecieron á sus ojos como urdimbre del alma, semejantes á la tela que la araña tiende, al capullo que hila el gusano de seda.

El Universo material desapareció en la embriaguez de la personalidad humana. La luz, reflejo era de nuestro ethéreo espíritu; las estrellas, condensaciones de nuestras innumerables ideas; los séres todos, organismos formados por las séries lógicas de la razon emancipada. En la inmensa nube de polvo levantada por tantas ruinas, dibujábase tan solo nuestra avasalladora individualidad con su conciencia en la frente, como sol de los soles. Y no podia suceder de otra suerte. Toda idea nueva tiende al absolutismo de su ser, tiende á borrar el límite, á suprimir la oposicion, á creerse única en el Universo para vivir, y bastante á resolver todos los problemas. Separado por la crítica todo cuanto hay de interno y todo cuanto hay de externo en el conocimiento, demandaba casi una necesidad dialéctica que el espíritu llegase á creer la vida su propia sustancia, la luz su propio reflejo, el Universo su obra. Por tal razon es necesario juzgar los sistemas filosóficos, primero en sí, en sus principios fundamentales independientes de todo momento histórico;

pero despues, en su relacion estrecha con el tiempo en que nacen y con la totalidad de la filosofía, que desarrollan bajo una de sus fases. El esclavo, el siervo del terruño, el vasallo, iba á ser hombre en revolucion que igualmente tocase á la sociedad y á la conciencia. Para llegar á este resultado tenia que alzar su personalidad en absolutismo independiente de toda contingencia; y tenia que poner su derecho sobre todo derecho. Los reyes se divinizaron. En oposicion á los reyes, el hombre libre se divinizó á sí mismo, se ungió con el óleo sacratísimo de su absoluta dignidad personal. Fué aquel un momento necesario en la sucesion de los tiempos y un principio lógico en la série de las ideas. La metafísica de la libertad llegó á extremos erróneos, quizá en sí necesarios para la emancipacion del espíritu humano en la totalidad de su ser, en la incomunicable entidad de su esencia. Negar todo cuanto se opusiese á la individualidad, atrevido era, mas sin estos atrevimientos no llegará jamás la victoria de una idea. El progreso procede por oposiciones

radicales y absolutistas. La religion niega toda filosofía racional; y la filosofía toda religion revelada. El fisiólogo prescinde del espíritu y el místico de la materia. Para el panteismo del siglo anterior no habia más que un sér con dos formas, extension y pensamiento. La individualidad humana desaparecia en ese océano de la sustancia universal; la libertad quedaba reducida á fuerza mecánica del Universo. Para romper esta gran tiranía del panteismo, Fichte forjó en su sistema el hombre, su individualidad, su personalidad, y le declaró único ser real, y le puso la tierra por peana, el Universo por templo, donde todas las cosas eran modificaciones sucesivas de nuestra propia sustancia.

Fichte personifica este instante del tiempo, esta fase del espíritu. Para él hay una ciencia que es respecto á la metafísica lo mismo que la metafísica respecto al sentido comun, una ciencia de las ciencias. Esta ciencia necesita un primer principio inaccesible á la negacion; indudable, evidente, de toda evidencia. Este primer principio no puede ser otro que el

principio: yo soy. Hé aquí la afirmacion soberana, la base de todos los juicios, el fundamento incontrastable de toda ciencia, el primer principio de todo sistema, la tésis á la cual, jamás podrá llegar en sus vapores la duda: yo soy. De esta afirmacion soberana, luego por juicios téticos, antitéticos y sintéticos, deduce Fichte la existencia de algo opuesto al yo, de algo que tuvo realidad solo por ser distinto del yo. Pero el yo quedaba centro de todas las esferas científicas, número de todas las cosas reales, medida de todas las ideas posibles.

Filosofía tan audaz, engendraba general contradiccion con el sentido comun que se creia herido. Decíase que al concluir una conferencia, Fichte usaba esta fórmula extraña: «hoy hemos creado el mundo, mañana, señores, crearemos á Dios.» Asegurábase que en cierto convite, atrevido criado del anfitrion, le quitaba los platos de delante, diciéndole: «Aliméntese el filósofo de su propia sustancia.» Las señoras de Alemania contaban que Fichte, no creyendo en la existencia de nin-

guna personalidad que no fuese su propia personalidad, tampoco creia en la existencia de su mujer, tampoco creia en la realidad de madama Fichte. Los gobiernos se alarmaron y le persiguieron en las Universidades. El gran pagano Goethe le reconvino por la franqueza con que formulaba sus ideas. Y sin embargo, Fichte era además de un gran filósofo, un gran carácter. Nacido en oscura medianía, educado en pobreza próxima á la miseria, conducido por el aguijon de la necesidad desde la libre Zurich á la opresa Polonia, sin tropezar, no obstante las dificultades y asperezas del camino, sin ceder en sus ideas bajo el látigo de los opresores, prefiriendo á todo aplauso y á toda ventaja la religion de la filosofía, amando con amor casi místico la humanidad y sus progresos, vivió consagrado á despertar la conciencia de su patria en medio de los terrores de la revolucion y de los desastres de la guerra, y murió entre los efluvios de la peste, al servicio del dolor y de la miseria, maestro de la moral, héroe del deber, mártir de la ciencia.

A pesar de tantas exageraciones divulgadas sobre el individualismo de Fichte, el inmortal filósofo decia que la idea de indivíduo se derivaba de las relaciones del hombre con sus semejantes. Para vivir en estas relaciones se necesita el derecho, condicion indispensable á la individualidad. El sér racional, no puede ni comprenderse á sí mismo, ni plantearse á sí mismo, sino como indivíduo, como uno de tantos séres racionales que en relacion con él coexisten. Sensible, inteligente, activo, la naturaleza y la sociedad, el mundo externo con sus varios modos de ser le solicitan á la accion, á obrar sobre ellos como causa. La obediencia á esta solicitud es el fin del hombre, el cumplimiento de su destino. Los medios que necesita para cumplir este fin son sus derechos.

Pero el hombre necesita reconocer no solo su existencia como persona y su derecho personal, sino su coexistencia con las demás personas y sus relaciones de derecho con las personas. Esta reciprocidad es fundamental en el derecho, porque sin ella desapareceria la sociedad. El derecho es primi-

tivo, coercitivo, político. El primero, el primitivo, es aquel por cuya virtud el hombre se eleva á causa de su vida. Ninguna fuerza extraña debe compeler al hombre en el cumplimiento de su destino, mientras no desconozca ó vulnere el derecho de los demás. La actividad individual debe ser dirigida y regulada por la inteligencia. El derecho coercitivo es el que tiene por fin mantener el derecho personal en todos, y supone un pacto entre los ciudadanos, y como consecuencia de este pacto la necesidad del Estado. El derecho político regula á su vez la voluntad comun, la soberanía comun. Esta voluntad comun da las leyes. El poder ejecutivo se encarga de su cumplimiento. El poder de vigilancia, que Fichte propone, como un tribunado, como un eforado junto al poder ejecutivo, se encarga de velar por el cumplimiento de las leyes. Cuando los encargados de ejecutar las leyes falten á su encargo, los encargados de vigilar el cumplimiento de las leyes, deben suspenderlos, y convocar al pueblo. El respeto á la ley determina la for-

ma del gobierno. Allí donde el pueblo no tiene ni idea, ni sentimiento de legalidad, la forma de gobierno será necesariamente, sin que nadie pueda impedirlo de ninguna suerte, será la monocracia. Pero donde el pueblo respete las leyes, la forma del gobierno debe ser la república, única racional y justa. Todas estas consecuencias políticas derivábanse inmediatamente de aquella filosofía consagrada á la exaltacion del hombre interior, á la exaltacion de la conciencia. Dentro de nosotros mismos llevamos el ideal de la justicia, el código sublime del deber, y solo se necesitan los esfuerzos de nuestra propia voluntad para que este código se cumpla, y con su cumplimiento se realice nuestra felicidad sobre la tierra.

Perfeccionando al indivíduo, perfeccionaremos la humanidad, indivíduo superior, para quien los siglos són años, tardo, mas seguro, en su progresivo crecimiento. Objetivar las leyes sugetivas de la razon, objetivarlas en todas direcciones y por todas las esferas; hé ahí el destino supremo de la humanidad en la historia. La série de hechos

sucedidos en cierto período de tiempo tiene como las progresiones matemáticas razon comun en la idea que los anima. Así en cada época predominará un pensamiento general, consecuencia de la época anterior, premisa de la época subsiguiente. Nuestro tiempo, en medio de los eclipses de la razon, en medio de los desmayos de la voluntad, solo tiene un fin, realizar la nocion del derecho. Mas la humanidad cuenta edades varias en la sucesion contínua de los tiempos; pues no se realiza en solo un dia la plenitud de la vida, que será la encarnacion, la objetivacion de la pura ley racional en la sociedad y en el mundo. Las edades humanas son cinco capitales. Primera: el hombre, encerrado en la naturaleza como la semilla en la tierra, como el feto en las entrañas, tiene de la vida solo despierto el instinto, de las facultades solo en ejercicio la sensibilidad, y el Universo se le aparece como poema viviente, y el fenómeno ó el hecho como milagro, y la ley como revelacion, y el gobierno como divino patriarcado, edad llamada de la inocencia. Segunda:

poderosa autoridad externa, engendrada entre los horrores de la guerra, se eleva al despotismo, y exige de la conciencia fé absoluta en sus principios, de la voluntad ciega obediencia á sus mandatos, edad llamada con fundamento del advenimiento del mal á la tierra y de la caida en el pecado del hombre. Tercera: la autoridad es herida por la razon que comienza á poseerse á sí misma, y á declararse causa primera en la vida; los antiguos principios se quebrantan, los dioses históricos se mueren, los altares y los templos se arruinan, la indiferencia hácia los principios generales y las ideas admitidas por el sentido vulgar reina, edad de transicion, en que llega la sociedad á su madurez, el derecho á idea concreta. Cuarta: la razon eleva la ciencia á legisladora, la justicia á soberana: edad del crecimiento en la perfeccion. Quinta: el ideal de la razon se define por completo, el derecho en su plenitud se realiza, la moral es la ley, el arte es el Verbo divino de todos los principios filosóficos, el mal la sombra que huye, la libertad el medio único de cumplir la

vida, el bien la finalidad universal de los séres, de las cosas, y el ángel de Dios desciende invisible de las alturas con la luz increada en los ojos, con la espada de fuego en las manos, con el amor divino en el pecho, para lanzar de la tierra el pecado y devolverle por completo la pristina inmaculada pureza del Eden.

La Filosofía de la Historia de Fichte dá por fin á la vida el cumplimiento de los preceptos de la razon; y la Filosofía moral el cumplimiento del bien por desinteresados y puros motivos de conciencia; y la Filosofía política la conformacion del derecho con nuestra personalidad y de la república con el Estado; y la Filosofía estética divino ministerio al arte, que ha de soterrar el mal con su vara májica, y ha de abrir los cielos de la razon: el sistema entero destroza á nuestras plantas con valor las pesadas cadenas del límite y promete á nuestras esperanzas, sedientas de lo infinito, un mundo puro, inteligible, del cual es como velo espeso, como tupido telon, ese infinito celeste espacio con todo su rocío luminoso de soles y de mundos.

Pero la mas elevada de las cualidades de Fichte se revela al considerar qué reaccion tan poderosa ejerce su mente sobre la impureza de los hechos. La revolucion francesa estalla, y con la revolucion francesa nuevo espíritu se derrama por la conciencia de la humanidad, nueva sangre por sus venas. Los caracteres apocados solo ven de este hecho capitalísimo los desastres, el verdugo siempre en accion, la guillotina en ejercicio, la guerra por las provincias y las fronteras, los revolucionarios confundidos con los aristócratas en la carreta y bajo la cuchilla, el poder dictatorial en manos de aquella sombría irresponsable asamblea, que se llamaba la Convencion; el crímen de los reyes agravado por el crímen de las muchedumbres. Pero Fichte ve alzarse de los hechos el vapor de las ideas; Fichte ve entre las lavas de la erupcion hoy hirviente el fecundo abono de mañana; Fichte ve tambien bajo la inundacion de sangre la cosecha de nuevos y mas saludables principios; porque Fichte se inspira en algo inmutable y cuasi-divino, en la voz de la razon

y de la conciencia. Levantado sobre el escollo de su cátedra, bajo el rayo que hiere, entre las ráfagas del huracan que todo lo trastorna, al rumor del oleage embravecido y al grito de los náufragos ahogándose, opone la persuasion aprendida en su mente de que el mundo no se desquicia y se pierde sino que se renueva y se anima. Su juicio sereno es el juicio de la posteridad. Su idea tranquila sube á los cielos y se baña en la aurora de lo porvenir mientras el comun de los hombres duerme y se arrastra en las tinieblas. El habia profundizado todo el espíritu humano y habia visto como llegaba, por virtud de las nuevas ideas, á tener de su derecho plena conciencia. Y por esta razon, mientras el curso de los acontecimientos corria con turbia corriente por el espacio, el curso de las ideas corria con corriente serena por su alma, tranquila é iluminada, superior á las debilidades y á los errores del tiempo, como si, roto su matrimonio con el cuerpo, habitára ya las límpidas regiones de la eternidad.

Mientras todos claman á una en Alemania

contra la revolucion, Fichte la estudia y la juzga. Para apreciarla plantea dos problemas que se refieren: 1.° A la legitimidad de la revolucion: 2.° Á su prudencia. Los medios empleados por la revolucion habrán sido más ó ménos justos, más ó ménos conducentes á reivindicar el derecho; pero nadie puede poner su legitimidad en duda, porque nadie puede negar con justicia á los pueblos el derecho á cambiar su constitucion política. Si este cambio trae males ¿á quién deben imputarse? Difícil, casi imposible evitar que pueblos habituados á las tinieblas de hondo calabozo no se dividan en partidos irreconciliables, y que divididos así, aun despues de emancipados, no se arrojen mútuamente al rostro, en pelea contínua, los rotos fragmentos de las antiguas cadenas. Por su triste educacion, al desposarse con la libertad, le preguntarán qué dote trae, como si lo hubiera más rico y pingüe que la dignidad personal en los indivíduos y la justicia en la sociedad.

Bajo estas consideraciones revuélvese airado Fichte contra aquellos que solo quieren

dirigir el mundo por la fuerza de la tradicion, como el saber humano por el criterio de la experiencia, cual si no hubiera en la razon puras leyes anteriores á todos los tiempos, y principios bajo cuyo poder se desvanece toda autoridad arbitraria ó injusta. Si el hombre no ha de tener más libro que el libro de la historia; si porque ayer cayó en la esclavitud ha de continuar en la esclavitud mañana; y el tiempo ha de hacer justo lo que declara eternamente injusto la conciencia, despojémonos de nuestra naturaleza, pidamos el suicidio moral capaz de aniquilar hasta el alma, dejémonos de todo trabajo y todo esfuerzo por el bien, digámonos perdurables niños, siempre aprendiendo y jamás creando, desprovistos de toda facultad ó potencia original, y destinados á repetir perpetuamente los siglos que pasaron y perpetuamente á imitar las generaciones que fueron. La escuela histórica, los partidos históricos, para oprimirnos, dicen que solo en la historia se conoce al hombre. Error de los errores. Lo accidental de la vida humana, el fenómeno, el

estado, la creencia de un dia ó de un siglo, la institucion fugaz se conoce en la historia; pero lo esencial, lo eterno, la naturaleza humana en sus fundamentos, en su virtualidad, el hombre-tipo, que no cambia, que no se modifica, solo puede conocerse en la ciencia de la razon pura, en la Filosofía, que nos da tambien la ley de nuestro derecho, y los principios fundamentales de toda justicia.

Pero los principios racionales son impracticables, segun los empíricos impenitentes. Y la historia, que invocan, para aquello en que la historia no tiene competencia, el derecho natural, la justicia natural, olvídanla, desconócenla para aquello en que la historia es competente, para demostrar cómo las ideas más abstractas descienden de la conciencia á la realidad, y como la realidad á las ideas se ajusta, cual á su troquel la moneda, y los objetos fundidos á su molde. Lo cierto es que la inmutabilidad de las constituciones sociales, deseada por las escuelas históricas, desmiente y contraría el destino de la humanidad, que es la perfeccion gradual y progresiva.

El género humano, más sometido hasta aquí á la sensibilidad que á la conciencia, habrá podido dar mayor crédito á la fé que al raciocinio, ó mayor precio á la tradicion que al derecho. Sus tutores, comprendiendo esto mismo, y explotando el atraso á que han contribuido, pedirán la continuacion de la tutela, á fin de educarle y darle más conveniente cultura. Mas ¡ay! que ninguna educacion posee virtud bastante á elevar, á moralizar al hombre, á darle dignidad para sí, autoridad sobre sí mismo, sino aquella que se inspira por su orígen ó su naturaleza en la razon libre, y que se dirige por su fin ó por su objeto á la seguridad del derecho; concluyendo por decir á los tutores del género humano aquello mismo que el filósofo decia al conquistador griego cuando le quitaba el sol: señor, apártate, que me quitas la luz de la libertad. Justifíquese como quieran, la tendencia de las monarquías, es fatal, necesaria á recabar dentro del Estado poder sin límites, el absolutismo; y fuera del Estado imperio sin fronteras, la conquista, la dominacion universal.

La monarquía supone el principio de que los hombres pueden ser propiedad de otro hombre, del monarca. Y el hombre es propiedad de sí mismo. Como si el rey le hubiera dado sus derechos, se atreve unas veces á negárselos, otras veces á restringírselos. Y el rey no ha dado sus derechos al hombre sino la naturaleza. No ya el rey, el Estado mismo, aun el más democrático, aun aquel regido por todos los ciudadanos, puede dar ni quitar el derecho, ingénito á nuestra personalidad. El hombre es primeramente espíritu; y como espíritu, solo tiene un soberano, la razon; solo un juez, la conciencia; solo un código, la moral. Pero el hombre no vive aislado en su personalidad; el hombre vive tambien socialmente. La ley positiva es bajo esta relacion su regulador; pero la ley positiva debe consagrar el derecho natural; los demás hombres deben ser sus jueces, pero en la más perfecta igualdad. Por una série de contratos políticos debe el ciudadano armonizar su soberanía individual con la soberanía de los de- indivíduos en Estado donde el poder sea

expresion de la voluntad general. Más en estos contratos no puede el hombre enagenar derechos inalienables, por ser un contrasentido que pueda la inteligencia no pensar, y la voluntad no querer; la inteligencia dejar de entender, y dejar la voluntad de tener voluntad. El hombre posee derechos, á ser en la sociedad lo mismo que es en la naturaleza; á ser ante lás leyes lo mismo que es ante el Universo, una persona y una persona libre y responsable.

Cuando la filosofía llegó á este punto, pudo y debió descansar como el Dios de la Biblia despues de haber creado el hombre. En el seno del antiguo paria, bajo la piel del esclavo herida por el látigo, en la ignominia de los vasallos que llevan la marca de sus reyes, la corona de sus señores; en la profunda humillacion de los oprimidos; bajo todas las cadenas y todas las mordazas, si late con el alma una conciencia, late con ellas una personalidad libre, hija de las fuerzas divinas de la naturaleza, suprimida, borrada por los errores de la sociedad, pero que al erguirse au-

dáz sobre el potro de sus tormentos, reclama una ley tan real y tan armoniosa como la ley que sostiene con su atraccion los orbes; reclama, por racional, por libre, por responsable, la ley de su derecho.

Justo es decir que no siempre Fichte conservó este concepto sereno de su propio ideal, y esta fidelidad inquebrantable á sus principios. En otras obras escritas más tarde que las consideraciones sobre la revolucion francesa, cayó del extremo individualismo en el extremo socialismo, y dió facultades al Estado que el Estado no podia tener sin mengua de la libertad. Pero estas inconsecuencias, comunes á pensadores que han vivido ante el público, en relacion incesante con el público, no deben extrañarnos á los que sabemos cuánto empañan los vapores de los hechos, la serenidad de la conciencia. Pero no puede juzgarse la vida del hombre por el desfallecimiento momentáneo, ni la obra del filósofo por la desviacion excepcional. En todo el conjunto que- ...iempre un resultado, que es como el sub- ...m químico, lo esencial del sistema. Y

el sistema de Fichte puede definirse llamándole con claridad y exactitud reivindicacion vigorosísima de la libertad y de los derechos fundamentales del hombre. Si alguna duda pudiera quedar, desvaneceríala su campaña contra la escuela histórica, contra esa escuela que tanta levadura reaccionaria ha mezclado en el ser y en la vida de la docta Alemania.

CAPITULO X.

DE LA ESCUELA HISTORICA.

En el seno de Alemania las batallas revolucionarias, que nosotros libramos á la fuerza de las armas, líbranse á las armas de las ideas. La agitacion material no responde á la agitacion de las conciencias. Allí son escuelas científicas lo mismo que aquí partidos militantes. La nocion del derecho es el lema que lleva cada contendiente en su respectiva bandera; el orígen del derecho entusiasma y apasiona entre aquellos eternos estudiantes, como la posesion del poder entre nosotros, latinos, eternos revolucionarios. Las dos escue-

las enemigas son la escuela filosófica y la escuela histórica. Para la escuela filosófica el derecho es puro concepto de la razon basado en la naturaleza, independiente de tiempo y de lugar, consagracion de nuestra personalidad espiritual y moral, que debe someter las leyes de la política á las leyes de su propia esencia. Esta idea naturalmente alarmaba á los que ponian sobre todo criterio filosófico el criterio de la experiencia; sobre todas las facultades humanas el curso del tiempo; sobre toda ciencia la historia; sobre todo procedimiento la costumbre; sobre toda razon el instinto de los pueblos. La escuela histórica acusaba principalmente á la escuela filosófica de olvidar por la naturaleza del hombre la naturaleza del Estado, por la abstracta humanidad la patria viviente. Tachaban de poco patriotas los historiadores del derecho á los filósofos del derecho.

¡Poco patriotas! Absurda acusacion. Ninguno de estos lectores de códices; ninguno levantó jamás el patriotismo á la altura á que lo alzára Fichte, aquel filósofo tenido por fal-

so sacerdote de vanos conceptos metafísicos. A su idea de que la patria ha de ser como órgano de la humanidad; á su puro sentimiento del deber moral; á su culto por la justicia; á su cuidado en la educacion del alma; á su alto sentido de la dignidad humana por todas las libertades ungida, á su espíritu, en fin, que iluminaba y vivificaba, débese el que en la crísis suprema, cuando la conquista devoraba toda Alemania, cuando el conquistador deshacia el antiguo sacro imperio bajo las espuelas tintas en sangre germánica; cuando el ruido de los tambores y los cañones de Jena apagaba toda voz, se levantase desde las alturas de una cátedra elevada á cúspide moral del mundo moderno, sentida y arrebatadora elocuencia, condensando mas allá de las nubes de sangre y de lágrimas evaporadas por los campos de batalla, la conciencia inmortal, estóica, vigorosa del pueblo aleman, llevado por la fé viva en su derecho á la esperanza incontrastable de recobrar su independencia.

El mundo antiguo tiene arengas mas estéticas, pero no arengas mas morales que las

pronunciadas en Berlin por Fichte bajo el sable de Napoleon. ¡Qué invocaciones al valor moral! ¡Qué exaltada vehemencia por el puro patriotismo! ¡Cómo sentia la falta de nuestro tiempo que ha dividido á los hombres en hombres de accion y hombres de idea, cuando la palabra vibra y corta, como la espada, cuando el pensamiento y el arte tambien tienen su heroismo, como lo prueban Esquilo combatiendo en Marathon contra los persas, y Cervantes enrogeciendo con su pura sangre las aguas de Lepanto. De aquellos discursos donde se definia la idea de la patria en consonancia con la idea de la humanidad; de aquellos conceptos del derecho y del deber que forjaban una nueva conciencia moral en la conciencia humana; de aquellas ideas que tronaban y relampagueaban como la pólvora quemada en las batallas, y que producian un nuevo espíritu capaz del mayor heroismo, derivóse la epopeya nacional de 1813, en que los germanos mostraron al mundo una vez mas como toda conquista se estrella contra la indómita voluntad de un pueblo resuelto al

combate y á la muerte. La acusacion de la escuela histórica á la escuela filosófica era injusta acusacion. En cambio la escuela histórica ha consagrado y defendido todas las iniquidades seculares, solo porque tenian á su favor el privilegio del tiempo.—Falsa, falsísima nocion es aquella de que el derecho solo se encuentra en su desarrollo, en su movimiento, en su historia. ¿Pues qué no hay fundamental idea de derecho superior á todas las modificaciones? ¿Concebiríase que pudiese historiarse el derecho si no se tuviera del derecho á lo menos sentimiento, concepto, ya que no clara nocion y elevada idea? A un pueblo de suyo rutinario, dado á mirar con placer la exposicion de las ideas como vistoso juego, pero sin ninguna tendencia á realizarlas; á un pueblo así la escuela histórica le presentaba por ideal sus usos, sus costumbres, su antigua legislacion manchada de feudalismo, buena para la Edad Media, con lo que solo conseguía petrificarlo bajo el cetro de sus reyes, bajo el látigo de su aristocracia. A la idea de que el Estado es el organismo

social único y completo; á la otra idea no menos falsa de que el instinto público está sobre la razon; á esa teoría que, despues de haber exaltado la conciencia nacional hasta convertirla en sagrada é infalible delega el culto del derecho á castas semi-sacerdotales, privilegiadas, de jurisconsultos; á ese predominio tan encarecido de la experiencia histórica sobre la ciencia pura; á esa contínua exaltacion de la costumbre, del usó, del derecho consuetudinario débese en gran parte que siendo Alemania uno de los mas cultos pueblos humanos, todavía discuta sobre la oportunidad de abolir el feudalismo en esos pequeños estados, piedras perdidas de los antiguos Castillos nobiliarios, piedras donde no han podido entrar con sus fuertes raices la saludable vegetacion de nuestras progresivas ideas.

No, el organismo de las sociedades humanas no debe perpetuarse, cuando contradice al espíritu, á la idea de un tiempo, de un siglo, porque sea producto de la fatalidad histórica. No, el instinto, que nos confunde con los brutos, no puede prevalecer sobre la razon

que es la facultad divina por excelencia, la facultad de lo infinito. Por ese camino se llega pronto á poner la vida animal sobre la vida del espíritu; la conciencia sobre el estómago, la costumbre sobre la justicia; la historia sobre el ideal; la tiranía secular, el poder pontificio que ha vivido quince siglos, el poder monárquico que ha vivido veinte sobre nuestro derecho natural, á pesar de haber vivido virtualmente en nosotros por toda una eternidad. Y no solo se destruye así nuestro derecho y con nuestro derecho nuestra libertad, sino que se destruye tambien todo principio de justicia, y con el principio de justicia toda moral. Si solamente la ley que tiene vida es justa, apercibios á ver justicia hasta en los cuatro malos usos de la legislacion bárbara; á ver justicia hasta en la inmolacion de los niños contrahechos y en el abandono de los ancianos inútiles. Y no solo se destruye la moral, sino que se destruye la ciencia, porque la ciencia no puede consistir en el comentario perpétuo á legislaciones ya escritas en varios códigos, ya sancionadas por las cos-

tumbres; legislaciones que cambian segun cambia el tiempo, el espacio, el alma, la educacion histórica, las instituciones, los hábitos y usos de los varios pueblos, más diversos por sus preocupaciones políticas y religiosas que por sus latitudes geográficas. La ciencia ha de elevarse á ley universal que no cambie por ningun incidente, que no falte por ninguna excepcion. Y si solo es digno de ser conocido lo que sucede en el tiempo, y no lo que existe en el alma, no hay ciencia posible del derecho. Y no habiendo ciencia posible del derecho, no hay esperanza de reforma; porque toda mejora, todo perfeccionamiento, proviene del contraste ofrecido entre la razon que se eleva á la pura justicia y las impurezas y las sombras de la realidad. Por estas oposiciones entre la razon pura y la tradicion, hemos pasado de la edad humana en que dominaba el instinto, á la edad humana en que domina la inteligencia. Por estas oposiciones entre la razon pura y la realidad, todas las reacciones y todos los reaccionarios se agarran como á su tabla de salvacion, á la escuela

histórica. El rey que nace con el privilegio de mandar á turbas esclavas; el verdugo que aplica penas irreparables en su infame cadalso á la débil naturaleza humana; el sacerdote que aspira en nombre de Dios á someter las conciencias libres bajo el yugo de un dogma impuesto por la coaccion y por la fuerza; las aristocracias militares que viven de la guerra como las hienas de la carniceria y de la matanza; las aristocracias feudales que ven como nube tempestuosa la idea del derecho pasando por la frente de sus siervos, invocan la escuela histórica y sus sofismas, porque remachan las cadenas de los pueblos, y doran las diademas de los déspotas.

CAPITULO XI.

EL INDIVIDUALISMO PRACTICO FRENTE A LA ESCUELA HISTÓRICA.

Corrientes de ideas opuestas contrastaban el poder invasor y reaccionario de la escuela histórica. Contra este sistema que convertia al hombre en continuador de la vida pasada, en esclavo de los tiempos antiguos y de las tradiciones muertas planteábase la protesta racional, filosófica, reivindicando la personalidad humana y los derechos de la personalidad. A poco que el movimiento aleman se estudie, aparecen dos grandes beneficios prestados á la ciencia y á la política universal: creacion de la personalidad libre y responsa-

ble, sellada con el doble sello de su orígen y de su fin divino; explicacion científica de esta ley interior del derecho, que reclama, como justicia debida á todo hombre, la plena consagracion de sus facultades en el seno de la sociedad.

Un diplomático célebre, filósofo, filólogo, literato, historiador, hombre de aptitudes universales, hermano del naturalista Humboldt, amigo constante de los reyes y devoto á la emancipacion de los pueblos por una de esas contradicciónes tan frecuentes en Alemania; un diplomático que habia estudiado por larga série de propias observaciones la revolucion en Francia, la república en Suiza, la libertad en Inglaterra, el arte en Italia, la historia en España, donde siguió desde las primeras palabras escapadas á los vascos en sus riscos, hasta los monumentos últimos dejados por los árabes en las vegas de Andalucía; al resplandor de todas estas ciencias, estudia tambien la política, negando que el hombre esté sometido á las tradiciones de sus padres, como está la piedra sometida á las leyes de la

gravedad; despierta en su alma el órgano divino de la conciencia, y en su pecho el sentimiento humano de la libertad; le aconseja que se constituya á sí mismo en virtud de sus sagrados derechos, y que despues de esta constitucion de su voluntad soberana, se eduque por las inspiraciones de la propia reflexion, buscando la ciencia natural que cada hombre lleva dentro de sí mismo; se espacie y se dilate en la extension de todas sus facultades; porque arte, industria, política, los bienes todos, el conjunto de los fines humanos, consíguense mejor si en vez de entregar la direccion de la vida á gobiernos que comprimen y destruyen su actividad, y por consiguiente, la virtud creadora de su trabajo, se la confia á la espontaneidad de su libre naturaleza. Romped la cadena histórica que liga al hombre con Estados arbitrarios; unidlo por relaciones de derecho con los demás hombres. Desde nuestro organismo hasta nuestra idea, todo en el hombre necesita de la sociedad que es el complemento de la propia vida por la comunicacion con nuestros semejantes;

pero el Estado, sustituyendo sus leyes de artificio á las leyes del derecho, en vez de fortalecerla, suprime la sociedad. Así precisa dejar á los ciudadanos la más completa libertad de accion; reducir el Estado al ministerio sencillísimo del mantenimiento de la seguridad general; impedirle que adultere la religion y la moral convirtiéndolas en ordenanzas de polioía; encerrarlo en su esfera, á fin de que no convierta las acciones más loables en actos mecánicos, y no separe de sus fines humanos y universales la educacion pública para subyugarla á ideas ó intereses puramente oficiales.

Es verdad que Humboldt, despues de haber así definido la naturaleza del Estado, se cura poco de la organizacion del Estado. Las formas de gobierno le son por completo indiferentes. Más no podrá ocultarse á su perspicacia que todo Estado reducido á la funcion de la seguridad puramente, no se organizará bien jamás sino en la forma republicana. Dad la libertad, el derecho natural, la conciencia emancipada, la materia de las sociedades li-

bres, y vereis cuán pronto viene el organismo de la república. Yo he maldecido siempre esta indiferencia por las formas que declaro resultado del mayor sofisma de nuestro tiempo. Indiferente la forma cuando es la revelacion de todo lo inteligible. Yo creo que la forma representa en la naturaleza y en la ciencia lo mismo que el Verbo Divino en la religion, la primera y mas fundamental de todas las categorías. Vuestros pensamientos teneis que reducirlos á forma, no digo solamente para comunicarlos á la humanidad, para ponerlos en órden y dividirlos en clasificaciones. Porque á la categoría de forma se une estrechamente la categoría de órden; y desde el punto en que órden y forma os fueran indiferentes, os serian indiferentes tambien las séries de las plantas encadenadas en la botánica; las escalas zoológicas divididas en especies y en familias de diversos organismos; los espacios celestes sembrados de constelaciones que se combinan por las simples distancias de los ástros entre sí; los sistemas todos científicos que se reducen á encadenamientos de ideas.

La cultura social, la educacion del género humano jamás hubiera sido sin esta forma misteriosa de la palabra, articulada por los lábios, recogida por el ondulante aire, y que lleva en alas más ténues que las trasparentes de la mariposa todas las ideas, es decir, todo el peso de lo infinito. ¿Qué diferencia hay entre la materia orgánica y la materia inorgánica? Una diferencia de forma. Y direis que vale lo mismo el hierro escondido en las entrañas de la tierra que el hierro disuelto en las venas del hombre; el fósforo descompuesto en fuegos fátuos por los campos de batalla ó prendido á los palos del barco en las soledades del mar, que el fósforo sacado por las gramíneas de la tierra, disuelto en el pan, y elevado por la nutricion á las alturas del cerebro, de ese templo del pensamiento humano. Si las formas os son á la verdad indiferentes, os serán tambien indiferentes que el metál se halle fundido ó sólido en el planeta, que el agua sea gas en el hidrógeno, ó vapor en las nubes, ó líquido en el arroyo, ó cuerpo sólido en las montañas de los polos; que en vez

de daros el té de Java os den el óxido férreo de aquella tierra; y en vez del vino de Borgoña el yodo de las colinas de Meudon; y en vez de la patata la potasa de los campos británicos, como si toda la vida vegetal y animal, no estuviera reducida á este trabajo único, á la trasustanciacion por formas y organismos del aire y de la tierra.

¡Ah! millones de siglos han pasado desde que las aguas, desprendidas de espesa atmósfera se extendian sobre la tierra solitaria, y ensayaban en especies gelatinosas los primeros borradores de la vida animal, la rudimentaria forma primitiva, cristalizacion del organismo; hasta que apareció el sér de los séres, el que da por la ciencia idea de sí mismo al Universo, y por la religion intercede en divino sacerdocio entre el Creador y la criatura, elevándose por el progreso y la perfeccion de su organismo desde el espeso sueño de la materia á recibir en su frente alzada á los cielos el resplandor celeste del increado pensamiento. Y este árbol del organismo, este árbol, cuyas primeras raíces son los fósi-

les perdidos en las entrañas del planeta, y cuyo fruto último es el cerebro humano cargado de ideas, es contínua y progresiva sucesion de formas. Una mera forma separa el monstruoso ídolo indio, encerrado en la pagoda oriental, de la Venus de Milo, casta, hermosísima diosa, en cuyos labios sonríe la naturaleza entera, en cuyos ojos centellea el ideal, en cuyo seno se encierran generaciones de poetas, de artistas; y estas dos formas, engendro la primera del panteismo materialista, hija divina la segunda de la individualidad griega, señalan á todos los siglos y á todas las generaciones la trasfiguracion cuasi divina del humano espíritu.

Las ideas de forma son á la política tan esenciales como el número, como la línea á las matemáticas, como el tiempo, el espacio, la fuerza y la magnitud á la astronomía. Si es indiferente la república ó la monarquía; si es indiferente que el jefe del poder supremo sea designado por el pueblo ó trasmitido por la herencia, tambien será indiferente que el Ayuntamiento sea elegido por los ciudadanos

ó por el gobernador de la provincia; que las Cámaras sean elegidas por los electores ó por los monarcas; que los tribunales sean colegiados ó de un solo juez, amovibles ó inamovibles, compuestos de jueces de derecho ó compuestos de jurados populares; y de indiferencia en indiferencia llegarian á sernos indiferentes tambien la libertad y la justicia. La República es todo un organismo político, todo un organismo social, todo un organismo del derecho, y por lo mismo la República es una nueva sustancia, una nueva vida. Desconocerlo es desconocer tambien los rudimentos de la ciencia política. No lo desconoceria ciertamente Humboldt cuando guardó con tanto celo el manuscrito de su Ensayo sobre los límites del Estado que no apareció hasta quince años despues de su muerte. Sin duda temió disgustar á sus amigos, los reyes, que hubieran sacado con lógica más implacable la consecuencia más inmediata de sus principios, á saber, que esa libertad natural tan grande, y ese Estado tan reducido á respetarla, no pueden existir, como he dicho

antes, sino en el seno de la República. Todas estas ideas, más ó ménos perfectas, combatian el espíritu reaccionario de las escuelas históricas.

Todo contribuia en este tiempo á engendrar la idea liberal y la conciencia de la libertad en Alemania.

Sobre las tendencias de la escuela puramente histórica á justificar las instituciones antiguas, predominaban las tendencias de la escuela puramente filosófica á elevar el derecho natural en la conciencia, para que la conciencia trasformada lo encarnara en la realidad. Goethe, que á pesar de su indiferencia olímpica se interesaba vivamente por los problemas de su tiempo, criticó acerbamente la escuela histórica y le opuso el pensamiento fundamental de la escuela filosófica en una de las escenas más interesantes de su poema, en el diálogo del Estudiante y Mefistófeles. Las leyes y los derechos, decia el génio del mal en su acerba crítica al jóven anheloso de ciencias, se suceden como eterna enfermedad; véseles pasar

de generacion en generacion y arrastrarse de lugar en lugar: la razon se convierte en locura, la bondad en tormento. Eres hijo de tus padres ¡desdichado! y del derecho que ha nacido contigo, nadie te hablará. Tenia razon el poeta: la humanidad no puede vivir solamente en la historia.

CAPITULO XII.

LA FILOSOFIA DEL SENTIMIENTO.

Vano intento olvidar lo que ha sido el hombre; pero vano intento tambien impedir que las ideas nuevas se condensen rápidamente en grandes instituciones, y que la naturaleza recobre sus derechos. La filosofía crítica, la filosofía individualista, sin embargo, aislaba demasiado al hombre en su derecho personal. Una reaccion de la naturaleza y de la sociedad contra este encastillamiento del hombre en sí, que era necesidad de aquel período histórico, pero no necesidad de todos los tiempos, pues tàl carácter solo

está reservado á la verdad en sí; una reaccion de la naturaleza debia venir contra la ciencia egoteista. El representante de esta reaccion se llamó Jacobi. Filósofo y con estilo de poeta; literato inspirado en abstracciones filosóficas; protestante de sentimiento y racionalista de vocacion; pensador casi asceta por sus inclinaciones naturales y comerciante por su estado social; devoto de todos los misterios de la fé, y obligado á todas las temeridades de la especulacion; republicano por su cultura ginebrina, por su comercio con las ideas de Rousseau y consejero de aquellos duques feudales de la vieja Alemania, Jacobi, que debia verse solicitado por fuerzas tan opuestas, era el filósofo destinado á reivindicar la ciencia de la realidad, elevando el sentimiento á la categoría de criterio.

En su oposicion á Fichte, á quien cree Mesías del idealismo de que el gran Kant solamente es Bautista á sus ojos, juicio no confirmado por la posteridad, proclama la fé purísima en la inmediata conciencia. Así la

filosofía especulativa jamás sabrá nada de Dios, porque Dios es objeto de la fé, pero no objeto de la razon y de la ciencia. Toda filosofía tendrá que concentrarse en el pensamiento interno y reconocer el espíritu como sugeto y objeto á un tiempo de la ciencia. Pero sobre la filosofía está la verdad en sí, la verdad real, apartada de la ciencia interna, de la ciencia puramente especulativa. Nosotros no comprendemos, sino lo que creamos. Si todo debe por la razon pura conocerse, todo en la razon pura existe. Las cosas no son comprensibles hasta que se trasforman en ideas y entran como ideas en la mente. El alma humana á sí misma no se comprende sino como mera nocion. La filosofía trascendental ha demostrado la vanidad de la metafísica y ha prestado el servicio de volver la razon á la fé, y de levantar sobre las sombras formadas por las ideas puras los continentes firmes y seguros de la realidad.

Jacobi extremaba las ideas de Fichte y de Kant para combatir dos sistemas que, socialmente considerados, dieran altísima idea de

su propia dignidad, á nuestra conciencia. Pero si combatia dos sistemas de tendencias liberales tambien combatia aquel espinosísmo, en el cual se anegaban los indivíduos para ser meros atributos del sér único, primitivo, inmutable, que se revela en sus dos esenciales formas, la extension y el pensamiento. Y al mismo tiempo combatia aquel sistema que Proudhon quiso más tarde justificar sutílmente en su tratado de la paz y de la guerra, aquel sistema de despotismo asolador, que consideraba á los hombres entregados por la necesidad á lucha perpétua como las fieras en los bosques, y necesitados para vivir en paz de la férrea mano del déspota.

Y despues de haber combatido estos sistemas contrarios á la libertad humana, asienta principios políticos que pueden ser alma de toda verdadera democrácia. Es verdad que el estado histórico en que divulgó estos principios, imbuyóle algunos errores. Era la segunda mitad del pasado siglo. Los reyes, ensoberbecidos, habian llegado á fundar su auto-

ridad absoluta sobre las ruinas mismas de la Iglesia què los consagrára y los nutriera en su cuna. La trájica escena de la disolucion de los Templarios se reproducia con la disolucion de los jesuitas. Los monarcas aspiraban como los Césares antiguos á ser emperadores, generales. pontífices, á concentrar las fuerzas humanas y divinas en su orgullosa autoridad. El filósofo, apenado de este espectáculo, y presintiendo un despotismo que desarraigara hasta la libertad de la conciencia humana, se declara por los ultramontanos contra los regalistas, por los papas contra los reyes. Pero no tiene razon el filósofo en esta preferencia. La teocrácia europea ha servido para iniciar la civilizacion moderna. La Iglesia fué la nodriza de nuestro espíritu. Mas aunque cumplió el destino transitorio de comenzar la educacion de las sociedades modernas, debió desaparecer la Iglesia como autoridad política. El feudalismo militar será considerado como un progreso, como un adelanto verdadero sobre la teocrácia. ¡Cuánto mas no lo serán las modernas monarquías ci-

viles! La teocrácia tiraniza la voluntad, el pensamiento, la conciencia, el Estado, el hogar y ni siquiera deja su tiranía en las puertas del sepúlcro. Extraño es en verdad que no vean los hombres de mas alta inteligencia los resultados de las trasformaciones sociales. Los reyes filósofos del último siglo iban mal de su grado á ofrecer sus homenages á la cuna de la libertad como los reyes magos del Evangelio á la cuna del Salvador.

Aparte de este error histórico, los principios de Jacobi, si bien tienen mas carácter moral que político, son principios esencialmente liberales y aun republicanos. El instinto encuentra medio de mantener en paz las sociedades de los animales, dice, ¡y no encontrará medio la razon de mantener en paz la sociedad de los hombres! Hay que aliar el órden con la libertad. No existe la sociedad sin órden, pero tampoco existe el hombre sin libertad. El mundo debe ser regido por la justicia impersonal é inviolable. El Estado no engendra el derecho, y debe reducirse á la funcion de procurar la seguridad social. La

mecánica de la sociedad tiene sus fuerzas propias y sus leyes naturales como la mecánica del Universo. No debe perturbarse esta mecánica natural de la sociedad con arbitrarias reglamentaciones de los gobiernos. Las leyes naturales consagran y las leyes arbitrarias limitan la libertad. La soberanía reside en la voluntad viva del pueblo. Aun para llevar á los hombres á la virtud es nocivo el despotismo, porque la virtud deja de serlo desde que no es obra concienzuda del humano albedrío. La fuerza no debe ser mas que negativa de las pasiones perturbadoras. El hombre entregado á su libertad llega á conformar su vida, y la vida social á la razon eterna.

CAPITULO XIII.

NUEVA OPOSICION AL IDEALISMO SUBGETIVO POR EL IDEALISMO OBGETIVO.

Esfuerzos grandes empleó el filósofo del sentimiento Jacobi en producir formidable reaccion contra la abstracta filosofía y el exagerado individualismo de Fichte. Pero el mayor esfuerzo y el mayor impulso debian venir de otro sábio, de Schelling. Este era á un tiempo filósofo original, poeta inspirado, orador elocuentísimo. Su palabra caldeada en ardiente fantasía brillaba, como hierro enrojecido, ante su auditorio, deslumbrado á veces y á veces estático, pero siempre maravillado. La filosofía anterior semejábase á esas altas re-

giones de la atmósfera, desiertas, solitarias, donde el sonido se apaga por el enrarecimiento del aire, y el cuerpo humano suda sangre. Necesitaba el pensamiento descender á la realidad, tocar en la tierra, vivir del calor de la vida universal, encenderse en el éther, embriagarse, como los faunos antiguos, en los jugos de los campos, y volver á celebrar sus nupcias con la naturaleza. Una ciencia así, algo tenia de poema; un filósofo así, algo de profeta. La elocuencia antigua renació en su ardiente palabra. Sus labios parecian perfumados por la miel del Hibla, y acostumbrados á los coloquios platónicos en las academias de la Atica. Aquel génio artístico que vagaba por los jardines de Florencia en los tiempos del Renacimiento, y que guiaba el cincel de los escultores y descomponia el color en las mágicas paletas; aquel vivificante génio animaba la elocuencia de este sacerdote, de este intérprete de la naturaleza. Era su tiempo á la verdad, tiempo apropiado á la reaccion hácia la vida real. Descomponian las retortas químicas en gases los

elementos puros de Aristóteles; chispeaba la electricidad docilmente en nuestras manos, que, animadas al recien descubierto galvanismo, pugnaban por prestar movimiento á la materia inerte, vida á los cuerpos muertos; y el fluido magnético, revelado en medio de maravillas, de fábulas y de encantos, traia al seno del Universo nueva mágia; cual si el planeta fuera á florecer con más exhuberante sustancia y á entrar en mas expléndidos cielos. Entre estas revelaciones de la materia, un génio de tendencias místicas, de acento platónico, parecido á revelador oriental, gnóstico de aquellos que componian filtros para la conciencia con los resíduos de todos los sistemas, con los fragmentos de todas las ideas, viene á elevar sobre la experiencia, sobre el analisis, sobre el raciocinio, sobre el criterio sistemático del criticismo la intuicion semi-divina, el criterio que se habia creido sobrenatural, propio de los ángeles, pues solamente ellos pueden abrazar el ser en sí, y comprender la variedad infinita y riquísima de la vida en la absoluta unidad del Universo.

Todo conocimiento supone dos términos: el objeto conocido en sí, la representacion del objeto en la inteligencia. El conocimiento en general, es el conjunto de los términos de contacto entre las cosas inteligibles y el entendimiento humano.

Las ciencias de observacion investigan las leyes, lo que hay de más intelectual, de más cercano al espíritu en la naturaleza. Así idealizan el Universo. Las ciencias de indagacion tienden á lo contrario, á esteriorizar las leyes interiores del espíritu, á objetivar el alma en la creacion. Las ciencias metafísicas y las ciencias experimentales demuestran que las leyes del Universo tambien son leyes de la conciencia, y las leyes de la conciencia leyes del Universo. El sentido comun jamás comprenderá que el mundo exterior salga del espíritu; el espíritu á su vez jamás se doblegará á reconocer que procede del mundo exterior, que fluye de la naturaleza como el rio de la montaña. Mas hay un principio que contiene estos dos principios, el principio de lo absoluto. Hay una filosofía ca-

paz de conciliar estos dos opuestos, la filosofía de la identidad. Lo absoluto encierra en sí el conocimiento y la existencia, lo subjetivo y lo objetivo, el alma y la naturaleza, lo real y lo ideal. La potencia de lo absoluto crea en lo real la materia con su gravitacion, y en lo ideal la ciencia con sus principios; en lo real la luz y el movimiento, en lo ideal la religion y la fé; en lo real la vida con sus organismos, y en lo ideal el arte con sus inspiraciones. Por su poder real lo absoluto produce ese conjunto de séres sujetos y encadenados á la ley, ese conjunto que se llama Universo; y por su poder ideal lo absoluto produce ese otro conjunto de artes, de ciencias, de religiones, de estados que se llama Historia. Despues de esfuerzos constantes, de combates nunca interrumpidos, de sucesivas elaboraciones, lo real produce aquel sér que compendia en sí todos los séres, la corona de la naturaleza, el hombre; y despues de guerras, de conflictos, de trabajos titánicos, en que el eterno Prometeo, el genio humano, se levanta hasta el cielo y cae bajo

sus cadenas, produce lo ideal aquel organismo superior que contiene en sí todos los organismos sociales, produce el Estado. Despues de haber producido en la esfera de la realidad el hombre, en la esfera de la idealidad el Estado, reconcéntrase lo absoluto en sí mismo, y llega á la conciencia de sí, por la razon, por la filosofía.

Lo absoluto es lo total. Cada sér contingente tiene una totalidad relativa. En principio el éther era. Nada fuera del éther habia. Todo estaba dentro del éther en potencia. Entonces resonó la palabra divina en los espacios infinitos. Y las moléculas surgieron. Una fuerza de expansion diseminó las moléculas en torbellinos, y otra fuerza de contraccion las condensó en cuerpos. La materia brotó, y sujeta á condiciones diversas, revistió diferentes formas. Una fuerza de repulsion lanzaba los mundos lejos de su centro; y otra fuerza de atraccion los llamaba al centro. Sin atraccion el mundo volveria á la nada, sin repulsion al caos. Las fuerzas primitivas de la naturaleza son los fluidos, eléctrico, magnético, calórico,

lumínico. Todos los fluidos llevan dentro de sí una oposicion, una antítesis. Los cuatro fluidos son despues de todo idénticos, manifestaciones varias, fuerzas diversas de un solo fluido. Pero la oposicion es universal. El oxígeno es el gas de la vida, y el ácido carbónico el gas de la muerte. Hay esta contradiccion en el aire como hay el fluido positivo y el fluido negativo en la electricidad. El gran trabajo de la mecánica celeste es mantener el equilibrio de los astros, el equilibrio entre la repulsion y la atraccion; el gran trabajo de la tierra es mantener el equilibrio en la atmósfera, el equilibrio entre el oxígeno, el ázoe, el ácido carbónico. A esto contribuyen váriamente las tempestades y las lluvias; contínuamente el mundo vegetal, ese gran laboratorio de gases. Los organismos se dividen á su vez en dos organismos opuestos por los sexos. La vida se esparce invisible en la inmensidad y se revela en el organismo, á la manera que el rocío, invisible en la atmósfera, se condensa en líquidos diamantes sobre las hojas del árbol, en el cáliz de la flor. El

organismo está sometido á lo homogéneo y á lo hoterogéneo, como á la creacion contínua y á la contínua destruccion el Cosmos. Pero la vida sube, sube, se etheriza y llega á la mente del hombre. La vida duerme en la piedra, sueña en el animal, se despierta y piensa en el espíritu. La unidad primitiva reaparece. Mas aquella unidad que era el éther informe en el espacio desierto, es en la plenitud de la vida el espíritu y su conciencia.

Lo real se desarrolla en el Universo; lo ideal en la historia. Estas dos esferas del desarrollo de lo absoluto á primera vista son desemejantes. En el Universo imperan las fuerzas naturales y en la historia las fuerzas humanas; en el Universo todo hecho se sujeta á leyes inevitables, y en la historia, al contrario, todo hecho proviene de la voluntad: sucédense en el Universo las fases de la vida normalmente; los animales nacen y mueren; las plantas brotan, arraigan, crecen, fructifican; las estaciones se repiten á los mismos períodos; y en la Historia, por lo contrario, las ideas lucen y se apagan, las pasiones se

desatan y se encauzan, los combates se empeñan y se resuelven, las instituciones nacen y mueren, las obras luminosas del arte, de la ciencia, del heroismo, aparecen y desaparecen sin que ningun entendimiento pueda comprender la ley misteriosa de todos estos hechos esparcidos á los cuatro puntos del horizonte por nuestro albedrío. El Universo es la region de la necesidad, y la historia, al contrario, la historia es la region de la libertad. Cada idea es un sol en su centro propio, más pendiente de otro sol apartado, hacia el cual gravita, Dios: cada voluntad es soberana, pero sometida á leyes morales, cuyo cumplimiento no puede ser tan necesario por parte de los hombres, como es el cumplimiento de la ley natural en las cosas; mientras lo infinito se concentra en los séres, en los indivíduos, en lo finito, en lo concreto, dentro del Universo, dentro de la historia, lo finito, lo limitado, el sér, el indivíduo, tiende á lo infinito, á lo absoluto, al Eterno; y así en todas las esferas de la vida se siente el universal anhelo por el supremo bien y la

perfecta hermosura. Pero no hay solamente la vida religiosa, la vida moral, hay tambien la vida pública, la vida social. El Estado es la imágen viva, animada de la razon; es un organismo donde se juntan las dos leyes fundamentales de lo ideal y de lo real: la libertad de la historia y la necesidad de la naturaleza. La voluntad humana, el conjunto de voluntades individuales no crean el Estado, que solo seria entonces una aglomeracion de indivíduos, y que podria disolverse al arbitrio de los ciudadanos; el pacto, la convencion, lejos de crear el Estado, ó lo perturban, ó lo imposibilitan. El Estado es un organismo, y como todo organismo tiene en sí propio su fin; existe independientemente de la voluntad humana; reune la vida social y la vida individual, la vida pública y la vida privada, como reune la libertad y la necesidad. El Estado, como es la encarnacion viviente de la razon pública, pasa por grados de formas várias, hasta que llega á un límite de perfeccion, del cual no podrá pasar más.

El arte es la revelacion permanente de Dios. Para revelarse, Dios escoge sus profetas, los verdaderos reyes de derecho divino, los génios que hacen visible, palpable lo infinito, y lo encarnan en todas las conciencias y lo comunican á todas las generaciones, sabiendo por intuicion sobrehumana tocar en la mente y en el corazon, unir el sentimiento y el raciocinio, hablar á los hombres de ánimo superior y á las ciegas muchedumbres, fundar y establecer la divina religion de la ideal hermosura. Pero si el arte es la revelacion permanente de Dios, la historia es la permanente y sucesiva realizacion del derecho; de la nocion que más contribuye al humano perfeccionamiento. La historia es progresiva y pasa de la necesidad á la fatalidad, de la fatalidad á la Providencia. Y la medida del progreso se encuentra en el grado de perfeccionamiento que alcanza la nocion y la realizacion del derecho. El género humano va lentamente; pero va á cumplir el derecho sin que ninguna generacion pueda romper el término de esta idea que en la série de los

humanos progresos tiene precisamente señalado. Al punto de partida de la humanidad se encuentra la nocion del derecho; y al término del viaje se encuentra la realizacion del derecho. La union de todos los pueblos en un solo pueblo, de todos los Estados en un solo Estado, la ley natural por código único, la justicia por rey, el bien por término de la vida; hé ahí el ideal completo y plenamente realizado. Pero el hombre no es dueño absoluto de sí mismo, puesto que leyes á él extrañas, á él superiores lo dominan. Ebrio de libertad, pagado de sí mismo, creyéndose número y medida de todas las cosas, contando con su soberanía en la naturaleza, avánzase el hombre como á tender la mano sobre el Universo hasta que la implacable necesidad asentada sobre los mundos, le señala su límite, como al astro su órbita, como el océano su lecho. Cada indivíduo trae vocacion exclusiva; se lanza al mundo cual si estuviéra solo en el mundo; usa de su libertad en términos que diríase solo su libertad soberana; hace de sus deseos la aspira-

cion universal de todas las cosas creadas y de sus intereses los intereses humanos, hasta que la relacion de unos hombres con otros hombres le obliga, si no quiere atraerse el castigo necesario, á unir su vida con la vida social entera y armonizar su voluntad particular con la voluntad pública. Como dos fuerzas sostienen el Universo, dos fuerzas sostienen la Humanidad. Allí se llaman la atraccion y la repulsion: aquí se llaman la libertad y la Providencia. Bajo estas leyes necesarias el hombre realizará sucesiva y gradualmente su derecho.

¡Y esta filosofía es una filosofía reaccionaria! ¡Esta filosofía, cuyos puntos fundamentales hemos expuesto, puede pasar en Alemania por filosofía de retrogradacion, de retroceso! En los pueblos acostumbrados á la intolerancia de la Iglesia católica pasaria el sistema de la identidad entre las leyes del Universo y las leyes del espíritu, por un sistema racionalista. Esto solo probará la supremacia de Alemania sobre los demás pueblos en libertad científica, en respeto al

pensamiento de sus sábios. Pero no hay que dudarlo, es la filosofía de Schelling una filosofía reaccionaria. A la República que Kant presenta como seguro de la paz perpétua, sucede la proscripcion de la voluntad general, la proscripcion de las democracias. Se ofrece la forma republicana como presidiendo al período de la fatalidad histórica; y la monarquía como presidiendo al período de la Providencia. A la libertad individual de Fichte, que eleva la conciencia hasta enrojecerla en el fuego de la divinidad; que dignifica el pensamiento humano hasta hacerlo alma de todas las cosas; que fortalece la voluntad en el heroismo de la soberana independencia; que protesta contra la tiranía de los hechos, impaciente por realizar la justicia, sucede esta idea de la necesidad, llamada á deshora para recordar al hombre emancipado, soberano, ébrio de esa vida nueva de la libertad, su triste dependencia en la Naturaleza y en la Historia. Luego esa misma idea de progreso en gradacion tan rigorosa, en série tan estrecha, somete las generaciones á no pasar

de un término á otro término del derecho hasta la ilustracion general de la razon y de la voluntad pública. ¿Qué se ha hecho de la antigua y generosa impaciencia por la realizacion del bien? Pero hay más todavía. Esa idea del Estado con fin propio en sí, requiere que los ciudadanos, en vez de realizar con vocacion divina y libre su fin, se sometan á realizar el fin preconcebido por el Estado. Ese Estado tiene una especie de carácter divino como las antiguas monarquías. Ese Estado se eleva en la Historia á la misma estirpe que la Humanidad en el Universo. Ese Estado rechaza la voluntad general, la democracia, y la confunde con el despotismo. Ese Estado se resuelve en la monarquía universal. Ese Estado se confunde con la sociedad entera, y no hay error más grave que el error de confundir el Estado con la sociedad entera, porque así el Estado se cree con poder para regular todas las manifestaciones de la vida, desde la religion hasta el trabajo, que no pueden realizar los fines humanos de justicia, sino por los medios puramente

humanos, por los medios de la libertad.

Las monarquías alemanas, con ese instinto de conservacion que tienen las instituciones viejas y gastadas, se apoderaron de Schelling para que fuése el filósofo de su autoridad. El rey de Baviera lo llevó desde la Universidad de Jena donde habia profesado con gran brillo á la Universidad de Wuazburgo. De esta Universidad pasó á Munich, á la segunda capital del catolicismo y de la reaccion alemanas que tenian su primer capital en Viena. La enseñanza de Schelling allí tomaba cada dia un aspecto más religioso y místico, ménos racional y humano. Durante el tiempo que la verdadera filosofía del progreso, la filosofía hegeliana dominó en Alemania, Schelling enmudeció, sí, enmudeció por largos años.

Condiscípulo de Hegel un dia, su maestro más tarde, el filósofo de la naturaleza, confesaba que su pensamiento fundamental vivia en las doctrinas del discípulo, pero adulterado por los sucesivos desarrollos y por las varias aplicaciones. Muerto Hegel, que du-

rante toda su vida ocultará la trascendencia de sus ideas con grandes concesiones á la monarquía prusiana, Schelling fué llamado desde Munich á Berlin para que con todas sus fuerzas, con toda su autoridad se opusiera á los estragos revolucionarios y racionalistas causados en la juventud por la Filosofía de lo Absoluto. Desde aquel momento no fué más que el sacerdote de la reaccion científica, de la reaccion política, de la reaccion religiosa. Habia en su doctrina y en su elocuencia algo del desórden neo-pagano, de su mágia y de su theurgia, de aquel anhelo por detener la trasformacion necesaria de la conciencia humana con la evocacion á las fuerzas de la naturaleza, fantaseada místicamente, y con el renacimiento artificial del génio de los dioses devorados por los progresos de la ciencia. Como si el pensamiento libre pudiera tener más objeto que la verdad en sí, quiso sujetarlo á comentar las doctrinas oficiales de la religion, ni más ni ménos que los antiguos escolásticos. Sosteniendo que su único criterio era la razon libre, que su úni-

co objeto era la verdad en sí; reivindicando el derecho de inspirarse solamente en su conciencia, y de difundir aquello que su conciencia le revelára, trasforma su Dios antiguo, fuente de donde fluyen los seres, océano á donde desaguan las ideas, confusamente encerrado en el éther primitivo, y viviendo y desarrollándose luego á un tiempo mismo en lo ideal y en lo real, en el Universo y en la Historia, hasta que llega á la conciencia de sí en la Filosofía; trasforma este ser dialéctico, hegeliano, en ser real, absoluto, creador, conservador del Universo, el Dios de Abraham y de Moisés, ó mejor dicho, el Dios del rey de Prusia y de su córte. Y no se contenta con esto, perdiéndose en los abismos de la fantasía, apelando á la mágia como los antiguos gnósticos, lleno de un misticismo que hubieran envidiado Boemh ó Swendemborg, reconoce que hay en el Universo fuerzas teogónicas además de las fuerzas naturales, y que estas fuerzas en su relacion íntima con el espíritu humano, con la humana conciencia, han producido las mitologías, producto

tambien de la contínua evolucion del pensamiento teológico, hasta que un dia la purificacion de este pensamiento del espíritu humano, y la virtud de aquellas fuerzas del Supernaturalismo traen la única religion verdadera, definitiva, absoluta, el Cristianismo, cuyos dogmas de la redencion, de la gracia, de la Trinidad, pueden deducirse del puro raciocinio, y aprenderse en el eterno poema de la Naturaleza. Todas estas teorías no tendian más que á satisfacer el orgullo y atizar las preocupaciones del tutor coronado que diera á Schelling un solo encargo, combatir las teorías de Hegel. El filósofo temia de tal suerte á la opinion y á sus juicios que prohibió toda publicacion de sus lecciones en Berlin. Algun discípulo infiel llegó á recoger estas lecciones, á ordenarlas, y trasmitirlas al doctor Paulus, que las publicó bajo este título: la Filosofía de la revelacion revelada, persiguiendo á su autor con vigorosos argumentos, y violentísimas sátiras. Marheineke le atacaba públicamente y á todas horas como á un renegado. Y Strauss, el célebre autor de la vida de

Jesús, publicaba un folleto llamando al rey protector de Schelling, Juliano el Apóstata.

Y viendo los sectarios de esta doctrina, persuádese más aun el ánimo de las consecuencias reaccionarias que en sí encerraba y que sucesivamente se desarrollaron y extendieron. Eschemayer dividia la historia en cuatro periodos: 1.° Período de la naturaleza ó despotismo del más fuerte. 2.° Período de la esclavitud y de la tiranía. 3.° Período de la libertad tal como fué comprendida en las repúblicas antiguas. 4.° Período de las monarquías que acabaran por resolverse en una monarquía universal á la manera que los señores del feudalismo, verdaderos monarcas, se perdieron y se concentraron en las monarquías nacionales. El mismo error de la Filosofía de la Historia de Vico, renacia en estos sistemas fantaseados para dar leyes arbitrarias á la Historia; considerar como necesario el paso de la República á la monarquía. Vico limitaba sus leyes históricas al mundo antiguo donde verdaderamente la república griega se resolvió en la monarquía

de Alejandro y la República romana en la monarquía de Augusto. Pero una y otra monarquía acabaron con aquellos dos grandes pueblos. Y hoy, las naciones modernas en su actividad y en su progreso, no perecerán con las monarquías, sino que darán á su vivàz espíritu al organismo de la República.

Y todavía la reaccion fué más lejos. Si Eschemayer proclamó la monarquía como un progreso evidente sobre la República, Goerres proclamó la teocracia como un progreso á su vez sobre la monarquía. El mundo moderno andaba de esta suerte hácia atrás. El pensamiento moderno se perdia en las nieblas de la Edad Media. Llegaba á dudarse de que fuera beneficioso á la humanidad el empleo de la imprenta que acabara con el hechizo de la ignorancia. Sobre el Renacimiento, sobre la Reforma, sobre el alba del espíritu moderno se levantaba el poeta de cíclope imaginacion, el escritor de tropical estilo, buscando los marmóreos arcos de Roma, el génio augusto de los Pontífices á fin de que diera al inquieto espíritu moderno, atormen-

tado de contínuo por dudas que se resolvian en negaciones, aquella fé propia de los tiempos primitivos, aquella obediencia de las tríbus asiáticas dormidas en paz bajo las sombras de sus templos, y sobre el regazo de la edénica naturaleza. En su afan de resucitar, este mago, este hechicero, que habia dado su génio por completo á la reaccion, evocaba de sus sepulcros hieráticos la fé que animó las Cruzadas, el patriarcado de Roma sobre los reyes, el sueño magnético de los pueblos siervos, y hasta el diablo, hasta el ángel caido de la luz en las tinieblas, que habia llenado con sus tentaciones y con sus hechizos toda la Edad Media, y á cuya ausencia de la naturaleza y de la historia débese una pérdida de poesía mayor que la pérdida experimentada cuando los Dioses paganos exhalaron su último suspiro, bajo las ruinas del antiguo mundo y bajo el altar de los nuevos dogmas. El Estado, para este gran reaccionario, era un árbol, y en el Estado, los siervos, los plebeyos, debian ser las raices de ese árbol; pegadas siempre á la

tierra, mientras que las aristocracias teocráticas debian ser las flores pintadas y las frutas maduradas por la luz, y por el calor de la luz emanada de los cielos.

Steffens proclamaba el bárbaro principio social de las castas, semejante al principio de las teogonías orientales; unos hombres llamados perpétuamente al trabajo sin goce y otros destinados al goce sin trabajo. Adam Müller enseñaba que el fatalismo de las leyes cósmicas habia destinado desde la eternidad el hombre á ser como un ganado, y al rey á ser como el pastor y el conductor de este ganado. Teorías inconcebibles en este siglo que ha visto desplomarse tantas tiranías, y llegar la libertad, el derecho, por esfuerzos sobrehumanos de tantos génios sublimes, redentores, hasta en el terruño del campesino, hasta en la ergástula del negro.

Schelling habia nacido para comunicarse con la naturaleza. En su vida serena, en su uniformidad constante encontraba paz que difícilmente se encuentra en las sublimes y vertiginosas alturas del espíritu. Pero en

cuanto estudiaba la sociedad y el alma, su imaginacion exaltada tendia sobre una y otra falsos, falsísimos espegismos. Hasta en el mismo seno de la naturaleza parecia volver á la mágia, á la alquimia, á la theurgia. Pero la verdad es que su pensamiento escuchaba atentamente las armonías de la naturlaeza, y encontraba en ellas un poema universal. Impasible á los dolores humanos, indiferente á los problemas sociales, aguardando toda mejora y perfeccionamiento de fatal progreso, anegóse en la vida universal. Así llegó á edad bien provecta, y murió en paz entre los brazos de su alma madre, la naturaleza. Sobre sus mortales despojos, los dos cultos en que el Cristianismo se ha dividido, mezclaron, confundieron sus oraciones. En los valles de Suiza, á las orillas del Rhin recien nacido, en medio de aquellos pinares oscuros, sobre las verdes praderas, junto á pintorescas aldeas, descansa en paz el cuerpo del filósofo en monumento erigido por la piedad de uno de sus régios discípulos, é iluminado por las reverberaciones del dia en las nieves eternas

de los Alpes, como si naturaleza hubiera querido encantar con todas aquellas maravillas el sueño eterno de su inspirado intérprete, de su divino sacerdote.

CAPITULO XIV.

LA FILOSOFIA DEL PROGRESO, O EL IDEALISMO ABSOLUTO.

La verdadera filosofía del progreso es la filosofía de Hegel. Y es la filosofía de Hegel la verdadera filosofía del progreso, porque ningun sistema dá como el sistema hegeliano al movimiento dialéctico de las ideas fuerza bastante para remover desde las inmensas moles del Universo hasta las seculares instituciones de la sociedad. Yo reconozco y confieso que hay en los ánimos reaccion vigorosa contra las ideas del más generalizador, del más sintético entre los filósofos modernos; reconozco que cae en desuso su formulario,

y que se atribuyen á pura arbitrariedad del talento las maravillosas construcciones de su sistema científico. Pero aquel ser de su filosofía que, indeterminado, vayo en las profundidades de la eternidad, se concreta por la existencia, se define por la contradiccion; pasa de la pura lógica á la lógica real; de la lógica real á la naturaleza inorgánica; de la naturaleza inorgánica á la naturaleza orgánica; y despues de haberse irradiado por los espacios infinitos en mundos sobre los cuales fuerzas físicas y químicas producen las especies, se alza á ser espíritu; primero, subjetivo ó individuo, luego objetivo, ó sociedad; y se eleva al Estado, y desde el Estado al arte, donde la realidad y el ideal se identifican en amor inextinguible; y desde el arte á la religion, que une lo finito con lo infinito y en cada ser humano encarna el Verbo divino ; y desde la religion á la ciencia en que triunfa la razon pura; hasta llegar, despues de haberse movido en séries tan perfectamente sistematizadas; despues de haberse agrandado en fases tan necesarias y sucesivas, desde ser in-

determinado y vago á ser absoluto y perfecto en la plenitud de la vida, de la conciencia, de la posesion de sí mismo; aquel ser, en sus comienzos confinando con la nada, y al término de su viaje cosmogónico y espiritual, adquiriendo tanta riqueza de vida, contiene la eterna sustancia del progreso.

Hegel es el filósofo por excelencia del movimiento progresivo. Hasta él toda metafísica buscaba un principio absoluto, pero inmóvil; un ser en sí, fuera de nuestras contínuas trasformaciones y de nuestros perpétuos cambios para contemplarlo en su perpétua quietud sobre las cimas inaccesibles de la ciencia y del Universo. Desde él, desde la aparicion de pensador tan extraordinario, el oleage de las generaciones, el rio de los tiempos, la metamorfosis contínua de las ideas, las mudanzas en el estado de los seres, la muerte misma que sobre todo se extiende y todo lo domina, la sucesion de las civilizaciones, los cambios contínuos en la historia, el progreso indefinido, forman como el organismo de lo absoluto. La metafísica hegeliana representa en las cien-

cias filosóficas lo mismo que el sistema de Copérnico en las ciencias astronómicas. El mundo inmóvil hácia el que gravitaban todas las ideas, se mueve como la tierra, se remuda como las estaciones. La corriente del pensamiento humano, como la corriente de las aguas, riega, fecundiza, vivifica. La lógica pierde el carácter puramente formal y abstracto, y toma realidad tan viva como las leyes de la mecánica celeste. La premisa contiene la consecuencia como la semilla contiene el fruto. Las contradicciones del pensamiento se llaman fuerzas opuestas en el Universo. La vida de la naturaleza no está en la esencia, en la materia primera, tan abstracta y tan etérea por su indeterminacion como el mas vago pensamiento; está en el mudar de los seres y de los fenómenos. La vida social tampoco está en ninguna abstraccion, en ninguna idea pura, sino en el desarrollo sucesivo de las instituciones, de las artes, de las creencias, de los pensamientos dentro de toda la historia. Los hechos copian á las ideas. Los sistemas científicos, que parecen mas abs-

tractos, se encarnan vivamente en la realidad. Del seno de la metafísica griega, brotan las dos obras por excelencia prácticas que el mundo antiguo lega al mundo moderno; el derecho romano y la moral cristiana. Por eso los hechos no pueden separarse de las ideas como los cuerpos no pueden separarse de las almas. La aparicion de un nuevo sistema filosófico profundamente conmueve á la sociedad. Y por esto la historia de la filosofía es la filosofía de la historia en el sentido de que las sociedades copian el espíritu y se animan y se coloran, y crecen á su luz, á su calor, como los planetas siguen á la atraccion y se coloran á la luz, y se vivifican al calor del sol. Y el espíritu es primero ser, despues naturaleza, despues sugeto, despues objeto, y por último absoluto. Y desde el ser primitivo á lo absoluto median séries de determinaciones sucesivas que constituyen la ley del movimiento universal. Una filosofía así es la filosofía por excelencia del progreso.

Yo bien sé cuanto van á decirme aquellos que juzgan los sistemas por sus partes aisla-

das, más que por su espíritu y por su conjunto. Van á decirme que, despues de haber condenado la escuela histórica, pongo entre los filósofos del progreso al ilustre metafísico de la historia. Van á decirme que, despues de haber reivindicado la libertad del pensamiento, alabo y encarezco una filosofía del Estado adscrita al Estado y á sus intereses. Van á decirme que, despues de proponerme el seguir á todas sus esferas el movimiento republicano aleman, me detengo ante el filósofo que ha declarado la monarquía institucion esencial á las sociedades humanas, y que disolviendo la idea pura del derecho en el movimiento histórico de esta idea, ha llegado á justificar todas las instituciones, y ha sostenido hasta la pena de muerte. Mas yo creo que una filosofía no deba ser juzgada por sus fragmentos, por sus séries aisladas, donde pueden hallarse contradicciones palmarias con su general sentido y espíritu. Yo creo que las reservas de Hegel respecto al Estado son accidentes de aquel dia histórico, eclipses de aquel espíritu luminoso. Yo creo

que aun condenando sus concepciones metafísico-históricas al espíritu en el desarrollo progresivo de su esencia á ser espíritu nacional, y á encerrarse en Estado cuya superior representacion sea la monarquía, cuando el espíritu crece, se agranda, pasa de espíritu nacional á espíritu de la humanidad, rompe los antes estrechos moldes, se espacia en superiores organismos y formas correspondientes á la elevacion y á la dignidad de su esencia. Y si esta conclusion en su pensamiento no se encontraba, encontróse luego en el desarrollo y en la difusion de su doctrina. Tuviéronla por algo más que republicana los gobiernos. Abrazáronla como su dogma, como el espíritu de sus creencias políticas, todos aquellos jóvenes que compusieron la extrema izquierda hegeliana, que pelearon así en los parlamentos con la palabra, como en los campos y en las calles con las armas por encerrar el individualista é independiente espíritu germánico en el organismo propio de su esencia, en el organismo republicano. Y el espíritu de Hegel no se ha conte-

nido solo en Alemania. Si allí ha vivificado á los jefes del radicalismo, á Ruge, á Stirner, á Grün, á Fewerbach, en Francia ha vivificado á republicanos templadísimos como Vacherot y Michelet, á republicanos federales como Proudhon, y en Italia al ilustre Ferrari. No puede juzgarse todo el inmanente alcance de una doctrina por la inconsecuencia personal de su fundador y de su maestro. Aunque Cristo mandó pagar tributo al César, su doctrina de libertad y de igualdad destruia el cesarismo; aunque Lutero daba á la gracia tal extension que anulaba el libre arbitrio, su reforma alentó la libertad humana; aunque Hegel admitia la monarquía, su realidad de la lógica, su inmanencia de las ideas, su movimiento dialéctico del ser, su progreso indefinido, rompen abiertamente con las estrechas inconsecuencias del maestro, y van á fundar el gobierno de la razon pura y el advenimiento del espíritu absoluto en una confederacion de pueblos libres. El gran Maestro lo ha dicho en frase que admira, por lo profunda y lo sencilla: la historia del mundo es la historia

de la libertad. Así el pensador germánico no se aisla en su razon individual, á fin de encontrar allí la frágil base de la ciencia; dando por vanas todas las ideas anteriores al momento de su aparicion momentánea en la historia. Tanto valdria despreciar en el conocimiento de nuestro planeta los terrenos primitivos, cuando forman como sus bases inconmovibles; y en el conocimiento de nuestro propio temperamento fisiológico, el temperamento de nuestros padres y abuelos cuando salta por todo nuestro orgánismo y por todos nuestros humores. El hombre no aparece súbitamente en la tierra y en la sociedad; no debe creerse, pues, el triste abandonado expósito de los mundos. Como su vida natural se enlaza con la série de los minerales, de las plantas, de los séres orgánicos; su vida espiritual se enlaza con todos los siglos. La ciencia pura nos dá las ideas en sí, las ideas en su entidad; y la historia nos dá las ideas en su desarrollo y sucesion progresiva. En la ciencia las ideas son; en la historia las ideas viven y se mueven. No separeis la filosofía de la historia porque

será abstraccion sin realidad; no separeis la historia de la filosofía porque será confuso monton de hechos sin ningun principio superior que los coordine. La razon es individual y universal. La razon individual se encuentra en cada hombre; pero la razon universal en todos los hombres y en todos los siglos, en toda la historia. Despreciar la ciencia anterior, y recomenzar á cada momento su estudio, es tanto como nacer todos los dias. De esta suerte la ciencia permanecerá en perpétua infancia. Lo presente, que desprecia lo pasado, jamás podrá engendrar un mejor porvenir. Toda ciencia, aun la mas material y empírica se resuelve en idea. No lo dudeis, idea es el átomo del materialista; idea es el substratum del químico. Y por consiguiente, aun los sistemas que más á la observacion se someten, no pueden salir del idealismo. Y como todos los sistemas contribuyen al desarrollo de la idea, todos son, mas que falsos, incompletos, y todos se completan mútuamente en sus contrarios, en sus opuestos, porque la ciencia se encuentra en la to-

talidad de todos ellos, como la vida bajo todas sus fases en la totalidad del Universo.

En la idea se encuentran el pensamiento y el ser. Nosotros no conocemos en sí los objetos externos; solo tenemos ideas de ellos. El mundo interior y el mundo exterior se nos revelan por medio de esas divinas síbilas, por medio de las ideas. No detengamos nuestra atencion á reflexionar si las ideas son adventicias ó innatas, resultado de la experiencia ó resultado del raciocinio; no caigamos tampoco en el problema inútil de averiguar si el sentimiento es superior á la inteligencia, si sobre la razon hay aun otra facultad más perspicaz, más escudriñadora, más inspirada, más luminosa que se llama intuicion: declaremos con verdad, declarémoslo que ni las sensaciones llegarian á lo íntimo de nuestro ser si no se trasformáran en ideas; ni el pensamiento podria ejercitarse dentro de nosotros mismos, si no tuviera como elemento esencial las ideas; de suerte que bien podemos llamarlas, puesto que sin su auxilio no sentiríamos ni comprenderíamos las almas de las cosas.

Pensar es vivir, pensar es crear. El pensamiento lo abraza todo, lo contiene todo, lo explica todo. Más ancho que el espacio, más duradero que el tiempo; rápido y universal como la misma luz; vivificante, y necesario como el calor; atmósfera que envuelve, no á manera de nuestra baja atmósfera un solo planeta, sino todo el Universo; pasa desde el insecto que zumba en los límites de la vida, hasta la infinita via láctea; nota desde los arpegios del ruiseñor en sus escalas músicas hasta la armonía de las esferas en sus tablas astronómicas; se eleva de las cosas y de los fenómenos á las ideas abstractas y universales que son como la norma y el modelo de las obras humanas; y desde las impurezas de la vida, á la justicia, á la bondad, á la hermosura perfectas; y cuando llegado á la cúspide, parece rendido, cobra aliento, sigue en su ráudo vuelo, en su ambicion infinita, y mira frente á frente á Dios, como el águila, que despreciando la tempestad, se eleva sobre las nubes, á contemplar cara á cara los resplandores del sol.

La idea es necesaria al pensamiento. La idea es necesaria á las cosas. Ni podemos pensar sin ideas; ni podemos sin ideas conocer el mundo y el espíritu. La idea entra, pues, en la existencia íntima y sustancial de los séres. La idea es la razon de todos los fenómenos. Mas la idea no tiene el carácter del motor inmóvil de Aristóteles; la idea mueve, porque se mueve ella mismo. Al movimiento de la idea lo llamamos dialéctica. La idea no es una; es ella misma y su contraria. Dentro de cada idea hay una oposicion á esa idea. La idea de lo infinito supone la idea de lo finito; la idea de la hermosura supone la idea de la deformidad. En las religiones la fé ha opuesto al Dios del bien, el Dios del mal ó el diablo, al cielo el infierno; en la metafísica el filósofo opone á lo contingente lo absoluto, á lo finito lo infinito; en la mecánica celeste el astrónomo encuentra la atraccion y la repulsion; en el aire el químico los gases opuestos que forman el equilibrio de la vida; en nuestro cuerpo el fisiólogo la sangre ve[illegible] y la sangre arterial, la batalla de humo-

res contrarios; en la tierra por todas partes vé el hombre la vida que engendra, y la muerte que devora. Coexisten siempre los contrarios. Y sobre esta coexistencia se funda la dialéctica. Así la dialéctica no es un mero método subjetivo; es la ley real, objetiva de todos los séres. Ningun cuerpo escapa á la ley de la gravedad. No consiente esta ley excepciones. El ténue polvillo de las plantas que parece burlarse de ella, vuelve á caer ó sobre las alas de la mariposa, ó sobre el cáliz de las flores, ó en la tierra misma, tornando como la mole inmensa de Saturno ó de Júpiter á su centro de gravedad. Nada en el mundo ni en el cielo se exceptúa tampoco de la ley imperiosa de los contrarios. Por do quier hay ser y no ser; unidad y multiplicidad; identidad y diferencia. Todos los seres por algun lado se tocan, por algun concepto se confunden; y por otro lado, por otro concepto, se diferencian y se combaten. Pero los contrarios se resuelven y se armonizan en otro tercer término. Por ejemplo, ser y no ser. ¿Cuándo se unirán estos dos conceptos?

Pues, se unen, segun Hegel, en la ley fundamental de su dialéctica, en el llegar á ser, por cuya virtud lo que no ha sido, es. Véase, pues, como en filosofía el órden y la conexion de las cosas representa de una manera sensible, palpable, el órden mismo y la misma conexion de las ideas. La dialéctica es ley á un tiempo de las cosas y de los pensamientos, de la naturaleza y del espíritu, de la realidad y del ideal.

El secreto entero de la filosofía hegeliana se encuentra en el concepto fundamental de lo absoluto. Para la antigua metafísica lo absoluto es trascendental; para Hegel lo absoluto es inmanente. Para la antigua metafísica lo absoluto, pura esencia, ser purísimo, fuera del espíritu, fuera de la naturaleza, apartado del mundo, y sin claras relaciones con él más que por la idea confusa de la creacion, y por la ley no bien definida de la Providencia; fluye en su inmovilidad, en su serenidad los seres, de lo absoluto distintos, de lo absoluto separados, como la alta montaña fluye los que van en su carrera creciendo á me-

dida que van de su fuente apartándose; y así para Hegel lo absoluto se mueve, se difunde, anima como el calor central todas las cosas, late en las ideas cual si fuera su sangre; es aquí materia inorgánica, allá materia organizada; toma las afinidades de la química para engendrar la vida de los seres y las fuerzas de la mecánica para producir la armonía de los mundos; sube, como la sávia por los árboles, sube por las fibras de la creacion y se convierte en espíritu, primero espíritu individual, personalísimo, luego espíritu objetivo, espíritu social; y planteando de contínuo oposiciones que resuelve en síntesis suprema, y tomando el carácter de la trinidad cristiana, tres términos distintos y un solo ser verdadero, encarna su derecho en el Estado, su hermosura en el arte, su vida en la historia, su esencia múltiple, rica de ideas, de pensamientos, plena, viváz, perfectísima en la última y más acabada de todas sus manifestaciones, en la manifestacion de la ciencia.

Los antiguos creian que diciendo el ser, lo

decian todo. Su Dios era el ser. Y creian no deber afirmar ya más. Para Hegel, para este gran filósofo del movimiento dialéctico, es más que el ente, que el ser por excelencia, de quien nada se afirma, el último de los séres que a su cualidad de ser, otras cualidades reune, y de quien pueden otras afirmaciones expresarse. Y lo que decimos de la antigua concepcion de lo absoluto, lo que decimos de la antigua concepcion del ser, decímoslo tambien de la antigua concepcion de la lógica. Demasiado extensa para unos, demasiado restringida para otros, la lógica no se hallaba, no concretada, ni definida para todos. Y la lógica principia las ciencias puesto que tiene por objeto la idea en su pureza. Externa, formal, arbitraria para los escolásticos, no pasaba de ciencia de las proposiciones. Para Hegel, bajo su primer aspecto, la lógica aparece como la ciencia de las formas universales y absolutas del pensamiento y de la existencia. Pero la idea lógica no es pura forma, puesto que puras formas no existen y to las reclaman su contenido. El contenido de

la lógica, digámoslo así, la sustancia de la lógica es la idea nativa, la idea en su incomunicable esencia, la idea purísima, cuando se despierta, se levanta en el ser como se despertó y se alzó sonriente la Vénus griega en las espumas del mar. Dada la idea, se dá la lógica, dado el contenido, se dá la forma, porque la forma y su contenido se compenetran de igual manera que se compenetran la idea y la lógica, la sustancia y el organismo de la sustancia. Separad por medio del pensamiento el alma del cuerpo, contemplad el alma en sí, en su esencia, y tendreis la idea lógica, la idea pura, la idea antes de que la haya encubierto el velo de la materia en el mundo, y la impureza de la realidad en la historia. Y como la lógica es la ciencia de la idea en su pureza, todas las ciencias presuponen la lógica, y la lógica no presupone ninguna ciencia. Todas deberán á la lógica su método; y la lógica se lo deberá á sí misma. No hay ninguna ciencia que todo lo saque de sí como la lógica, ninguna tan libre, ninguna tan autónoma. La lógica es la cien-

cia del método absoluto, de la forma absoluta, no solo mientras la idea sea abstracta, ó en sí misma, sino despues que la idea se haya encarnado en la naturaleza y en el espíritu. Porque la idea se habrá dĕsarrollado en otras sustancias sin dejar su propia esencia, ni su pura forma. Las categorías lógicas del pensamiento leyes son tambien de la realidad.

La idea no puede existir en la pura abstraccion. La idea pasa de lo posible á lo real. La idea pasa de la lógica á la naturaleza. Hay en la naturaleza principios absolutos, como los hay en la lógica, como los hay en las matemáticas. Y si hay en la naturaleza principios absolutos, hay la ciencia de la naturaleza como hay la ciencia de la lógica. Los principios lógicos, por ejemplo, el principio abstracto de la causalidad, pertenecen solamente á la lógica, y se pueden aplicar á todas las ciencias; los principios físicos pertenecen á la lógica y á la naturaleza. Como la lógica es la idea en su abstraccion, la naturaleza es la idea en su primer grado de realidad. El Uni-

verso es total. Nada existe en él separadamente, y en la soledad absoluta. No se puede apartar el espacio del cuerpo, ni el cuerpo del espacio, el calor de la luz, las cualidades de las sustancias.

Si por abusos de lenguaje separais, si apartais la sucesion de los fenómenos del tiempo; si apartais los cuerpos del espacio, caereis en puro nominalismo. Todo se junta y se vivifica, y se anima, y se relaciona, y se sostiene en la totalidad del Universo. La idea, no pudiendo ser solamente la pura abstraccion lógica, pasa al espacio, que es y no es á un tiempo mismo, que es algo y es nada; y del espacio la idea pasa á la materia, más tangible, más real que el espacio; y ya la materia en el espacio adquiere movimiento y se divide en unidades distintas que forman los astros, el sistema sideral; y la aparicion de los astros es el primer esfuerzo para engendrar la individualidad; y la atraccion es el deseo universal de los astros á juntarse, á sostenerse, á relacionarse mútuamente, divididos todos en grandes individuos, y subordinados todos

á una fuerza comun; y de estas relaciones puramente mecánicas, en las cuales el peso, la gravedad predomina, va la idea á la vida química, que engendra la variedad de sustancias, la accion de unas sustancias sobre otras, el trabajo interno de union y de oposicion, que es afinidad, cohesion, calor, magnetismo, flujo y reflujo de combinaciones, metamorfosis contínua, gradual de esencias; hasta que aparece, despues del mundo mecánico y del mundo químico, el organismo, la planta, que se asimila y se nutre de materias inorgánicas, y las vivifica, y las espiritualiza; el animal, cuyos órganos están sometidos á la unidad central de cada cuerpo, y que afirma esta idea de la individualidad moviéndose y poseyendo además del movimiento calor propio, calor central; y así como el mundo mineral se une al mundo vegetal por las cristalizaciones que tienden á organismo propio, el mundo vegetal se une al mundo animal, por el zoófito, por el pólipo, especie de plantas animadas, especie de cordon umbilical que ata nuestro organismo á la vegetacion; hasta que desde

estos bocetos, desde estos borradores, poco á poco, por grados sucesivos, por séries sistematizadas, pasando en gradacion ascendente del crustáceo al mamífero, la vida animal crece, y crece en perfeccion, y llega al cabo á su obra maestra, al resúmen y compendio de la naturaleza, al organismo humano.

La vida orgánica realiza la idea de la totalidad. Cada individuo es en sí, dentro de sí, no solamente abreviado Universo, sino tambien abreviado absoluto. El más débil de los séres organizados, el más efímero, procede, no como rey, como tirano del mundo inorgánico; recoge las fuerzas mecánicas y las subordina á su fuerza propia; recoge los medios químicos y le obliga á servirles de alimento; derriba las plantas, destruye los séres inferiores, se apropia las sustancias que necesita, rompe, destroza, para procurarse ó habitacion ó alimento; acecha á otros séres, y vive por otros séres acechado, pero extendiendo á todas partes la sombra de su individual egoismo, hasta que viene como manifestacion de

la eterna justicia, esa inflexible reina de los séres, la muerte, con su paso callado, con su mano huesosa, con su manto de tinieblas, con la guadaña por cetro, á castigar las ambiciones individuales, á refundirlas en la vida general de la especie, á demostrar que ningun indivíduo puede elevarse á lo absoluto, á rejuvenecer con la renovacion de las generaciones la vida sobre este vasto cementerio de séres desaparecidos, sobre esta vastísima pradera de séres renacientes, sobre los planetas: que la muerte, por destructora, por exterminadora, no deja de representar en el Universo la fianza y el seguro de la inmortalidad. En la lógica, el ser y no ser se confunden; y en la naturaleza se confunden tambien el amor y la muerte, ambos en último resultado sujetos á renovar la vida y á perpetuar las especies.

La idea, que no pudo permanecer en las puras abstracciones, que sintió necesidad de concretarse en la naturaleza, siente necesidad de subir desde la naturaleza á escalas superiores de la vida y del sér. Prepárase el

Universo á convertirse en el teatro de una evolucion superior de la idea, desde que la evolucion orgánica está concluida, perfecta, y toca á sus últimos grados. La tierra se pule, la atmósfera se aclara, la luz y el calor dispersan los vapores y las nieblas, extínguense los volcanes, retíranse los mares; próvida vegetacion cargada de flores y de frutos surge; los continentes se dibujan rodeados de sus collares de islas, entre las cuales juguetean y cantan coronándose de espumas las agitadas ondas; en las séries de organismos, la vida busca instintivamente el organismo superior; los animales se perfeccionan; el sentimiento, el instinto, la memoria aparecen como profetas de la nueva vida, como precursores del nuevo sér; las aves abren sus alas y se elevan á las alturas entonando sacro himno, como si aspiraran á lo infinito; las fuerzas ciegas se van sometiendo á una fuerza suprema; y al fin, bajo el cielo expléndido, sobre la tierra perfeccionada, en la cima del organismo, en los ojos, en el cerebro del hombre, amanece el nuevo dia, el eternodia del espíritu.

La lógica está sujeta á un desarrollo, la naturaleza sujeta á un desarrollo, el espíritu, como la lógica y la naturaleza, á un desarrollo tambien sujeto. En la cuna de la especie no existen aun ni la conciencia, ni la libertad. El hombre primitivo, pegádo casi á la tierra, uno con la naturaleza en la cual parece como el feto en las entrañas maternas, todavía no es personalidad. El espíritu no se distingue de la matèria, ni la inteligencia del instinto, ni la voluntad de los agentes naturales, y el sér humano se encuentra como asfixiado en el seno de la tierra. Esfuerzos grandes le costará tomar posesion de sí mismo, sentir su independencia del mundo, llegar al conocimiento de sí y al ejercicio de la libertad. Esta será una evolucion en realidad tan viva y tan radical, como la verificada para pasar desde la lógica á la naturaleza, y desde la naturaleza al espíritu. Aquí comenzarán la moralidad interna del indivíduo y la vida superior de la sociedad. Cada hombre reconocerá su igual en otro hombre; y encontrará un límite á su propia libertad en la libertad de sus seme-

jantes. El espíritu de cada uno existe íntegro y completo en la totalidad de los hombres, y comprende que necesita fundar su libertad en la libertad de los demás. Espíritu y libertad son sinónimos. Pero ningun espíritu individual puede ni debe abrogarse el monópolio de la libertad. Es como el aire, como la luz, el bien de todos. Y este poder superior á todos, que contiene la libertad, no de cada hombre, sino de los hombres juntamente, se llama por otra evolucion superior de la idea espíritu objetivo.

El espíritu objetivo tiene como la lógica, como la naturaleza, como el espíritu subjetivo, sus grados y sus desarrollos. El primero de estos grados es el espíritu nacional. Admítese con dificultad por el sentido comun la unidad sustancial de los espíritus, el espíritu general humano. Admítese con mayor dificultad todavía el espíritu nacional. ¿Qué quiere decir eso de espíritu de un pueblo? preguntan generalmente. Se ve que todos los hombres sienten la identidad, la comunidad de su sér en el espíritu, y no se quiere ad-

mitir el espíritu de la humanidad. Se ve que los ciudadanos de un pueblo se confunden é identifican en ideas comunes, en comunes sentimientos, y no se quiere admitir el espíritu nacional. El comun sentido, muy cerca siempre del empirismo, solo ve ciudadanos, solo indivíduos, y no esa fuerza superior de la vida social, que no es resultado de los esfuerzos individuales. En la experiencia solo se encontrarán indivíduos, pero en la razon existen tambien las naciones con su espíritu propio, existen las sociedades con su propia fuerza. Y no puede ser la nacion la suma de los ciudadanos, es algo más, es un organismo, es una vida, es un espíritu. ¿Quién os ha dicho que teneis un cuerpo cuando teneis la aglomeracion de órganos necesarios al cuerpo? ¿Y quién os ha dicho que teneis un pueblo cuando teneis una aglomeracion de ciudadanos? Hay en los organismos órden, proporcion, ley, armonía, funciones, y hay lo mismo en los pueblos. Tienen los organismos su unidad y la tienen los pueblos. En este órden y en esta proporcion de las naciones,

hay una fuerza superior. Arrancar al hombre de la sociedad, es como arrancarle de la tierra, y arrancar las sociedades de esta determinacion llamada nacionalidad, es destruir una de sus leyes esenciales. El indivíduo no es un sér puro; como há nacido en una familia, en un tiempo, ha nacido en el seno tambien de una nacion. Ningun hombre vivirá fuera del aire. Ninguno podrá vivir socialmente fuera de su tiempo ni fuera de su pueblo. A su vez los pueblos, que renuncian al espíritu de su siglo, como los hombres que renuncian al aire de su planeta, mueren. Las restauraciones políticas y las restauraciones literarias, significan vejez en la vida social. Los pueblos restauradores del régimen reaccionario que han destrozado, se parecen á los ancianos alimentándose de los recuerdos. Un pueblo es fuerte cuando vive en el espíritu de su siglo, como ès fuerte un hombre cuando vive el espíritu de su pueblo. Véase, pues, como existe realmente ese grado del espíritu objetivo que se llama espíritu nacional.

Todos los séres tienen alas. Todos aspiran á

subir. Todos, como la nube de incienso en las bóvedas del templo se elevan á lo infinito. Esta aspiracion es interna y constitutiva de los séres. La idea no reposa en su progresion ascendente, en sus evoluciones hácia la superior perfeccion. De la lógica ha pasado á la naturaleza, de la naturaleza al espíritu, del espíritu subjetivo al espíritu nacional objetivo; y al tocar en la region del Estado, la idea comienza á sentirse y á reconocerse espíritu absoluto. Por el Estado el espíritu subjetivo se objetiva en el mundo exterior, lo trasforma y se lo asimila. El Estado se diferencia de la sociedad civil en que la sociedad civil procura el bien de los indivíduos ó de las familias, y el Estado procura el bien general. Así obliga á sacrificar las satisfacciones egoistas del individuo ó de la familia en el altar de la patria. El Estado es la esfera de lo universal.

Mas para Hegel hay error gravísimo en admitir como formas de gobierno la pura monarquía ó la pura democracia. Esta tendencia á las formas puras de gobierno consiste, segun su sentir, en el desconocimiento de la

sociedad y de los elementos contrarios que la componen, y de las fuerzas opuestas que la sostienen. Así no responden á la idea total del Estado. La monarquía solo ve la unidad y suprime la libertad. La democracia solo ve la variedad, las individualidades, suprime la unidad. Se han considerado los gobiernos monarquico-parlamentarios gobiernos convencionales, siendo los gobiernos de la razon, los gobiernos de la naturaleza. Esta creencia, en sentir de Hegel, proviene de esos *hábitos* inveterados al espíritu humano, que ansioso de simplificar los sistemas, les quita sus elementos esenciales. La República, segun Hegel, confunde la sociedad civil con el Estado, y atiende solo al bien del individuo. Por eso, por confundir el bien del individuo, de la casta con el bien general, cayeron las repúblicas antiguas en el despotismo. Esta trasformacion de las repúblicas en dictaduras, es la condenacion inapelable de semejante forma de gobierno. Así proclama forma normal de gobierno la monarquía. El Estado para Hegel no pasa de

pura abstraccion cuando no se realiza en una persona representante de sus ideas, de sus tradiciones, de su historia, encarnacion de su autoridad y de su derecho. ¡Lástima grande que concepcion tan alta se precipite en resultado tan lastimoso!

¡La monarquía forma normal del Estado! Para sostener tan extraña tésis tiene el filósofo que recurrir á la máxima proverbial en lábios de Luis XIV, «al Estado soy yo.» Y én verdad, aun para aquellos que más templada la quieren, tiene algo siempre la monarquía de apoteosis ó deificacion, ya sea de una persona, ya sea de una familia. Y esa deificacion, ese derecho hereditario á reinar sobre un pueblo, tiene algo de la casta oriental rota por tantos progresos. Suponer que un hombre, por grande que parezca, puede personificar la sociedad, es como suponer que puede personificar el Universo. Pedir su intervencion personal es tanto como creer la sociedad entregada al arbitrio de una inspiracion superior, milagrosa. Las leyes sociales son independientes de las personas, de las

familias, como las leyes del Cosmos. Decir que dentro de la República no caben los dos términos de las sociedades humanas, la autoridad y la libertad, el derecho individual y los poderes sociales, el movimiento y la estabilidad, equivale á desconocer la esencia de la República, que distribuye la vida con regularidad y en proporciones, imposibles dentro de una monarquía. La ley social debe obligar á todos. Y es ley social, independiente de las convenciones de los hombres y de la voluntad de los poderes publicos, el derecho. Y es ley del derecho su universalidad. Y esta universalidad se desmiente si un solo hombre trae desde la cuna, desde el momento de su generacion, el privilegio de regirnos, porque este hombre se encontrará fuera del derecho y dentro del privilegio desde el punto en que una ficcion, necesaria á la monarquía, le declare irresponsable. Decir que la individualidad se desarrolla abusivamente en las repúblicas, argumento parecerá á todo espíritu recto tan baladí como el de aquellos filósofos misántropos que pedian el sacrificio

de los derechos individuales para el sostenimiento de la autoridad y de la vida social. Hégel ha dicho en una de las más admirables análisis de su filosofía, que toda esencia lleva en sí misma su forma. Y nadie puede negar, nadie, que la forma perfecta de las democracias es la república. El espíritu nacional que Hégel reconoce como un ser en sí, como un grado más en la ascension de la idea, no puede contenerse en organismo que le sea más propio. Los reyes fundan monarquías; las repúblicas verdaderas naciones. Y no se repita el argumento de que las dos repúblicas antiguas degeneraron en dictadura. Degeneraron desde el dia nefasto en que cayeron por su mal en los errores monárquicos de imaginar á un hombre personificacion de la sociedad. Y esta sustitucion de la república por la monarquía fué su muerte. Los génios que brillaron en la córte de Augusto hijos eran de la república. Despues la hinchazon sucedió á la grandeza, y la retórica á la elocuencia. Grecia murió el dia que murió su República. El género humano llora aun la

batalla de Queronea en que murió la Atenas republicana; la batalla de Farsália, en que murió la Roma republicana; maldice al emperador Cárlos V y al papa Clemente VII, que mataron la república florentina; y no cree bastante castigo al primer Napoleon, Waterlóo, ni al tercero, Sedan, ya que cometieran el crímen de asesinar dos repúblicas.

Y la conciencia humana, encerrada en la historia, recuerda que las épocas fáustas han sido las épocas del florecimiento de las repúblicas. La federacion de Israel dictó la ley moral á que nuestra conducta se atiene, y educó aquellos profetas, cuyas imprecaciones contra los reyes todavía inflaman los corazones de nuestros varios pueblos y cuyas esperanzas de redencion todavía animan las ideas religiosas de nuestras varias civilizaciones. La República griega comenzó la educacion estética del género humano, y fundó á un tiempo la eterna forma del arte y el espíritu de la ciencia; cincelando con su cincel en la piedra las estátuas, modelos inmortales de la belleza plástica, y con sus ideas en la

sociedad los primeros ciudadanos de la democracia. Los fundamentos del derecho civil en el occidente de Europa y en la América latina, débense á otra República, á la República romana. Mientras subsistió, sus héroes fueron capaces de merecer en pleno imperio la pluma de Plutarco, en tanto que los Emperadores más grandes solo merecieron las estóicas maldiciones de Tácito ó la vergonzosa ignominia de la Historia Augusta. En el mundo moderno sigue la prodigiosa vitalidad de la República. Todas las glorias de Italia en la Edad Media se unen á esta forma de gobierno.

En la República se educaron el génio que pintó la Cena, el génio que modeló el Perseo, y el génio que animó con su epopeya ciclópea las bóvedas de la capilla Sixtina. Cuando aquella República, nueva Atenas, cayera definitivamente, Miguel Angel modeló en mármol una mujer desnuda, con la belleza griega, con el alma cristiana; puso el dolor en su rostro, el sueño en sus párpados, y la llamó la noche, indicando que habia venido

eterna noche sobre la conciencia humana al extinguirse tan clara estrella en su cielo. Y en efecto, Pisa, que animó las piedras; Florencia, que resucitó el génio griego; Génova, que avivó el comercio y encontró la letra de cambio, y engendró al descubridor de América; Venecia, que llenó con las maravillas de Oriente empapadas en la primera luz de la creacion los dias sombríos de la Edad Media, todas rodeadas de artistas, cuyas obras forman oasis de consuelos en el desierto de la vida, todas son repúblicas. Y repúblicas aquellos municipios de España, aquellos comunes de Francia, aquellas ciudades libres de Alemania que contrastaron el feudalismo, que sustituyeron á la justicia del señor la justicia del jurado, que echaron los fundamentos de la propiedad, que son artífices de la libertad y de la riqueza. Y república el pueblo alpestre, vencedor en los desfiladeros de los Alpes y en los bordes de sus lagos, como los griegos en las Termópilas y en Salamina, vencedor inmortal de los tiranos; y república la pequeña nacion que

robó espacio al mar para establecer sus hogares, verdaderos templos de la libertad del comercio y de la libertad del pensamiento. Y república la sociedad gloriosa que á fines del pasado siglo se alzó, fortalecidos sus sentimientos en las máximas democráticas del Evangelio, su razon en las ideas de la ciencia, á ponerse á la cabeza del movimiento republicano, que es la honra y la grandeza de América. Y república la que en Francia venció á todos los reyes de Europa, y sembró las primeras ideas de progreso, que concluirán por regenerar y democratizar á todos los pueblos de Europa.

En alguno de sus libros ha dicho Hegel, que al contenido, á la esencia corresponde invariablemente la forma. Y el contenido, la esencia de la civilizacion moderna es la democracia. El advenimiento de la democracia no es un problema; es un hecho. Inútil buscar quien lo ha traido. El movimiento hácia este elemento social fué tan grande, tan seguro é incontrastable, que buscar su impulso seria como buscar quien ha levantado nues-

tras montañas ó abierto nuestros valles. No tienen arquitecto. El que tal se creyera, el que se imaginara arquitecto de las democracias modernas, pareceríase á los hombres ideados por Voltaire en su Micromegas, que apenas visibles por su pequeñez á los gigantescos habitantes de otros mundos, teníanse por creadores de todos los espacios y de todos los orbes. No ha traido la democracia ningun hombre, ningun bando político. La ha traido el espíritu cristiano; la irrupcion de las tribus germánicas que sellaran con el sello indeleble de la dignidad humana nuestros corazones; las otras gentes, no menos guerreras, venidas del Norte á destruir la reaccion carlovingia y á surcar con sus espadas la tierra para poner en ella la idea de la personalidad; las antiguas órdenes monásticas que ungieron con el óleo del sacerdocio la frente del plebeyo; el misterioso valladar que detuvo el movimiento de las Cruzadas y obligó á las tríbus europeas á buscar en sus propias fuerzas lo que jamás hubieran encontrado en la conquista; la nube de gremios, de asocia-

ciones, de municipios que comenzaron á reconocer la virtud del trabajo y á maldecir las calamidades de la guerra; los cismas que rompieron y soterraron la autoridad de la teocracia; los concilios de los siglos décimo-cuarto y décimo-quinto, que reanimaron el génio republicano del Evangelio; los descubrimientos que rehicieron y centuplicaron nuestras fuerzas; la pólvora que puso el fuego de Prometeo en las manos del hombre; la imprenta que dió el talisman de la inmortalidad á sus ideas, la brújula que le sojuzgó los mares, el telescopio que escudriñó los cielos, la América que trajo en su hermosura nueva creacion para la nueva alma; la Reforma que reveló como la escuela socrática el númen de la conciencia y la virtud interior de la libertad de creer y de pensar; el Renacimiento que reconcilió al genio moderno con la historia antigua y con la naturaleza eterna, qué encontró las formas perdidas del arte en el culto al organismo humano; el establecimiento de la República holandesa y el progreso de la República suiza en el corazon de Europa; los

viajes de los puritanos al Nuevo Mundo, para levantar un templo al Dios de la libertad y una sociedad al genio de la civilizacion; la filosofía que reveló el derecho natural; las revoluciones que hicieron saltar en pedazos todos los obstáculos opuestos al progreso; la conjuracion de todas las ideas científicas, de todas las fuerzas vivas que, si los movimientos del planeta y la evolucion de sus organismos convergen á producir el hombre, cima de la creacion, las evoluciones del arte, de la industria, de la política, de las ciencias, convergen á producir la democracia, cima de la sociedad y de la historia.

Las ciencias producen sus formas. Imagínese Hegel que á la idea, á la esencia de su filosofía, al viajero incansable de sus construcciones científicas, despues de haber descendido del desierto de la eternidad á la vida multiforme de la naturaleza; despues de haberse irradiado por los espacios en soles y en mundos; y de haber subido por las escalas de los mundos á las más altas formas orgánicas; despues de haber entrado en nuestro cuerpo

y haber visto con nuestros ojos, hablado con nuestros lábios, pensado con nuestro cerebro, sentido en la frente el resplandor de la nueva aurora del espíritu absoluto, le dijeran que retrocediera en su camino, que tornara á dormir en el mineral, á trocar el instinto por la inteligencia, el hado de las especies inferiores por la libertad, ¿no protestaria contra este absurdo, aunque se lo impusiera la voluntad misma de Dios? Pues las naciones modernas han llegado á concebir una idea superior del derecho, una forma digna de esa idea en el Estado, y no retrogradará su conciencia hasta encerrarse en los absurdos organismos de las castas teocráticas, en el monstruoso seno de las vacilantes monarquías.

Hegel lo comprendió tambien así; pero su carácter no estaba al mismo nivel de su inteligencia. Filósofo de un estado monárquico, sacrificó en el altar de la monarquía para que en paz lo dejasen los poderes públicos proseguir sus investigaciones científicas. Pero toda su filosofía de la historia desmiente sus consecuencias políticas. La historia es el desar-

rollo del espíritu universal en el tiempo; y este espíritu es la razon de Dios que gobierna al mundo. Decir que algo se desarrolla es decir que viene á ser en actos lo mismo que era en potencia. El espíritu, esencialmente activo, desarróllase en acciones. Las leyes de la lógica llámanse en el mundo de la naturaleza leyes físicas, y en el mundo del espíritu leyes históricas. Estas leyes tienen carácter racional y científico. En su movimiento eterno, los séres y las cosas, reciben el impulso de la razon, y van á convertirse en espíritu absoluto, en espíritu con plena conciencia de sí mismo. La Providencia divina que es poder, que es razon, que es virtud, que es fuerza, ha trazado con plan divino, un ideal divino para gobierno del mundo. Y este plan, este ideal, se encarna sucesivamente en la historia. La historia aparece como una verdadera Theodicea. La historia es el teatro verdadero del espíritu y la esencia del espíritu es la libertad; como la esencia de la materia es la gravedad, la pesadumbre. La historia es la série gradual de vicisitudes por donde ha pasado el espíritu

humano para llegar á la libertad y á la conciencia. El Oriente ignoró por completo la libertad. Así, su religion fué como la confusion del hombre con la naturaleza. Allí no hubo libertad sino para uno solo, para la imagen de Dios, que se llamaba rey. Los griegos y romanos extendieron la libertad, la proclamaron para algunos; mas en sus respectivas sociedades quedó la esclavitud. A la raza germánica corresponde el privilegio histórico de haber traido al cristianismo la idea de la libertad personal, de la libertad debida al hombre, no como ciudadano de este ó aquel Estado, sino como persona moral. Mas para aplicar este principio á la religion, á la vida, al derecho, á la política, han sido necesarios esfuerzos verdaderamente gigantescos por su intensidad y seculares por su duracion. La historia del mundo es la historia de la libertad. Y la libertad busca la perfeccion en su desarrollo progresivo. El que no comprenda así la vida, no comprenderá el espíritu. La historia será para él una trajedia donde combaten pasiones encontradas, y que tiene por eternos pro-

tagonistas, ya el hado, ya el acaso. El espíritu pasa, al adquirir su libertad, su conciencia y al realizar su perfeccionamiento, por diversos estados históricos. Y no hay estado histórico que no se crea definitivo, y que no oponga resistencia al desarrollo espiritual y humano. De aquí grandes conflictos, en que la victoria definitiva toca siempre á la libertad y á la conciencia. El espíritu se ha confundido con la naturaleza en Asia; ha distinguido al hombre de la naturaleza en Grecia y Roma; ha llegado á la idea plena de su libertad en el mundo germánico-cristiano, en Europa y América. Ninguna fuerza ha podido impedir este desarrollo. La humanidad ha llegado á su madurez completa. Esta última edad tiene tres épocas; irrupciones germánicas; feudalismo é Iglesia; tiempos modernos, razon y libertad. El descubrimiento de América fué el alborear de este dia, la Reforma fué su mañana, la Revolucion francesa su plenitud. El hombre se siente henchido de libertad, y la libertad henchida de espiritu divino. Y no quiere ya reconocer la diferencia

entre sacerdote y láico; ni la diferencia entre monarca y vasallo. La edad de la razon se fortalece desde la paz de Westphalia que asegura la libertad religiosa hasta las revoluciones modernas que revelan el derecho. Decimos á esta edad última edad de la razon, porque conoce las leyes de la justicia y del derecho. La verdad que Lutero creyó encontrar en el libro histórico, en la Biblia, la busca todo hombre en el libro eterno, en la conciencia. Pero el hombre no es solamente razon, es tambien voluntad. Se necesita completar la soberanía de la razon humana con la soberanía de la voluntad humana. En Francia, Rousseau proclamó el derecho de los pueblos; y en Alemania Kant y Fichte dijeron que el hombre solo debe querer su libertad. En Alemania la idea era más libre, y siguió su camino más sosegadamente. En Francia, la idea era más perseguida, sobre todo por la Iglesia, y estalló la revolucion. Se ha dicho que la revolucion francesa provino de la filosofía, y la filosofía no debe negarlo, debe reconocerlo, porque la filosofía no es solamente la razon pura, sino

tambien la razon viviendo, la razon realizándose en el mundo. Vino la tempestad porque la idea progresiva tuvo que romper la oposicion ciega y formidable del estado histórico. Para evitar estos conflictos se necesita que nada haya tan sagrado á los ojos de los gobernantes y gobernados como el derecho. Así desarrollaremos el espíritu humano hasta llegar á su plenitud y á su perfeccionamiento. Hé aquí la teoría de Hegel. Decidme si el filósofo que piensa así, que enciende este ideal en la mente, que traza este plan á la historia, que dicta las leyes del progreso, que ve al espíritu elevarse desde la naturaleza á la conciencia, puede querer sin contradecir radicalmente sus principios, que todo este progreso humano se detenga ó retroceda ante la sombra de la monarquía.

Y la filosofía del progreso aun aspira á más en su desarrollo; en su crecimiento, aun aspira á más que á encerrar el espíritu en la vida social. La política aparece á sus ojos como humilde esfera; el Estado como organismo positivo; la autoridad, á pesar de sus

últimos progresos, como potencia exterior, necesitada de fuerza de coaccion, para cumplir sus más inmediatos fines; en tanto que el espíritu, aspirando siempre á mayor libertad, á mayor independencia, no puede encontrarlas sino fuera de su cárcel y de sus cadenas materiales, allí donde es creador, donde sacude de sus potentes alas todo el barro terrestre, en los cielos del Arte. Mientras que en el Estado el espíritu desceñido ya de la naturaleza y sujeto á fuerza más ideal, obedece sin embargo á la fuerza; en el Arte solo se obedece á sí mismo, en el Arte el espíritu solo obedece al espíritu. Y no solamente se emancipa del Estado en la cima de este luminoso Tabor; se emancipa tambien de la naturaleza, se emancipa de todo lo visible, y se recrea en la contemplacion de sí mismo, y se absorbe en su incomunicable esencia, y se acerca á Dios. No, no destruye ninguna de sus anteriores manifestaciones; no reniega de ninguno de los antecedentes y grados de su vida; no rompe la escala misteriosa por donde ha subido á la posesion de su esencia; encerrado primero en la

lógica, despues en la naturaleza, pasando de la naturaleza al Estado, y del Estado al arte, no destruye ninguno de los términos anteriores de su vida, los toma por base, por pedestal, de la misma suerte que la tierra agrupa sus armoniosos organismos para que sirvan á su obra maestra, á la estátua que remata el planeta, al hombre y á su conciencia. Profeta, artista, ya eleve un monumento lleno de grandezas, ya trasforme el frio mármol en estátuas donde el espíritu y la naturaleza se abrazan; ya anime con sus colores y matices, con sus creaciones las tablas y los lienzos; ya arranque á las vibrantes cuerdas divinas melodías, ó se eleve á las inspiraciones épicas, á los dolores trájicos, siempre será sacerdote de lo infinito, ángel de regiones etéreas, creador de un mundo ideal superior al Universo, mundo de libertad, como que en él se identifican la idea con su objeto, se tocan el cielo y la tierra, se confunden la criatura y el Creador.

Mirad cómo las artes van separándose progresivamente de la materia. En la arquitectura la materia con su grandeza abruma al espí-

ritu; las piedras talladas no pasan de símbolos muy alejados de las alturas á que las ideas tocan; arte primero, equivale al mundo mineral en que tiene relativamente su magnitud, sus moles, sus proporciones, y no tiene aun la gracia, la belleza, la variedad de ideas que alcanzan otras formas del arte. El escultor usa tambien de la materia, pero la espiritualiza, la acerca más á la forma orgánica, la sujeta á expresar la idea, la obliga á manifestar inmediatamente la esencia de la idea, y la eleva hasta confundirla con el tipo perfecto de la humana belleza. La escultura, sin embargo, no puede expresar el alma, el mundo interior; este ministerio lo desempeña el pintor, en cuyos colores, en cuyas figuras, en cuyas escenas, más cercanas á la vida interior, comienza á alborear el espíritu y á dilatarse la esfera intermedia entre las artes plásticas, las artes de la forma y las artes espirituales; las artes verdaderamente expresivas de las ideas, expresivas del alma. La música, más vaga, menos material que las otras artes, ya entra en el mundo del espíritu y ex-

presa lo más íntimo del sentimiento. Pero el arte por excelencia, el que resume toda la vida humana, el que expresa con mayor unidad y variedad á un mismo tiempo la esencia del espíritu, la identificacion de lo finito con lo infinito, el soplo creador de Dios difundiéndose por el espíritu, y el espíritu elevándose á lo divino, es la poesía.

Pero el arte no es el grado último del espíritu absoluto; hay otro grado superior, hay la religion. Como el arte tiene tres términos; símbolo, ó predominio de la forma sobre el fondo en Oriente: clasicismo, ó armonía del fondo y de la forma en Grecia; romanticismo ó predominio del fondo sobre la forma en el mundo cristiano; la religion tiene tambien tres términos. Lo que el mundo mineral en el desarrollo de la materia; lo que la arquitectura en el desarrollo de las artes; el panteismo materialista del Oriente es en el desarrollo de la idea religiosa. Dios lo llena todo, lo representa todo, lo absorbe todo; está en los cielos y en la tierra, en los templos de los sacerdotes y en los palacios de los reyes. La criatura, aun

la misma criatura humana, de ninguna manera merece compararse ni con el polvo que levantan las ruedas del carro de Dios en los espacios infinitos. De la libertad no hay idea. Pero el espíritu religioso se trasforma. Un nido de perlas sirve á esta trasformacion: Grecia, tendida sobre los mares como una hoja de morera; rodeada de islas que parecen sirenas; ceñida por un cielo resplandeciente; surcada de montañas donde el mirto y la adelfa crecen como para coronar á los poetas; esmaltada de templos armoniosísimos como si fueran liras de piedras; poblada de dioses, nacidos en los cánticos de Homero, modelados por el cincel de Fidras, verdaderos reflejos y criaturas de la inspiracion artística: que así como en Oriente la divinidad lo llena todo con su esencia, lo lleva todo con su libertad en Grecia el hombre. Mirad cómo la idea se desarrolla. Asia ha producido Dios, no el hombre; Grecia ha producido el hombre y no Dios; pero Dios y el hombre se encuentran cincelados, aunque separados, al finalizar la antigua historia, y viene á reunirlos por

medio del Verbo, el cristianismo, la religion de lo absoluto, la religion del Hombre-Dios.

Pero ni el arte, ni la religion realizan la esencia del espíritu. El espíritu absoluto se realiza completamente en aquella esfera superior, en la filosofía, donde tiene por objeto único la verdad eterna, divina; donde el ser llega por fin, despues de tantas sucesivas trasformaciones, á la plenitud completa de su vida y á la absoluta posesion de su conciencia. Lo infinito, lo absoluto, tiene de sí mismo conocimiento en la filosofía, donde termina este largo viaje del ser, de la idea, desde la pura lógica á la naturaleza, desde la naturaleza al Estado, desde el Estado al arte, desde el arte á la religion, desde la religion á la ciencia donde adquiere la plenitud, como hemos dicho, de la vida, la posesion de la conciencia, llegando á ser espíritu absoluto.

CAPITULO XV.

LA FILOSOFIA DEL PESIMISMO COMO OPUESTA A LA FILOSOFIA DEL PROGRESO.

La filosofía de Hegel fué combatida y contrastada por un filósofo, á quien el explendor májico del lenguaje ha dado fama literaria y poder científico en Alemania. Este filósofo se llama Arturo Schopenhauer. Si oimos los juicios que forma de los pensadores germánicos, nos admirará la confianza en sí, la arrogancia contra los demás. Lo mismo el filósofo del idealismo subjetivo, que el filósofo del idealismo objetivo; lo mismo el filósofo del idealismo objetivo, que el filósofo del idealismo absoluto; en su concepto, son char-

latanes, sofistas, juglares ó acróbatas del entendimiento. Desesperacion, y solo desesperacion engendra en su ánimo considerar la decadencia intelectual de un siglo como el siglo XIX, y el extravío moral de un pueblo como el pueblo aleman, que tienen á Hegel por pensador y filósofo. La filosofía de este, es para su arrebatado enemigo ciencia al reves; conjunto de ideas empíricas convertidas por la nueva alquimia en ideas abstractas; comedia de mal gusto, y arlequinada de carnaval; gigantesca orgía de vacantes ébrios á los vapores de vino envenenado; espinosismo rejuvenecido y explotado para dar de comer á la familia; teatro de polichinelas movidas por el hilo de una dialéctica engañosa; encanto de profesores y agregados universitarios, los cuales serán considerados por una edad más sensata como rompe-cabezas de la juventud, desorganizadores de cerebros, mercaderes de ciencias lucrativas, paquidermos hidrocéfalos, cortesanos de la apocalíctica Bestia, que ha convertido la filosofía en rica mina y la cátedra en mostrador, jugando á las ideas como si jugara á la Bolsa.

Cuando oye todo esto, cree el ánimo encontrarse en presencia de un pensador original y nuevo, cuya filosofía sea como la filosofía de Kant en su tiempo, renovacion del espíritu humano. Pero en cuanto se le estudia con madurez y se meditan sus ideas con detenimiento, échase de ver que llama sofistas á los mismos á quienes copia, y ladrones á los mismos á quienes roba. Su filosofía puede y debe llamarse metafísica experimental. Por un lado se confunde, pues con el idealismo platónico, y por otro lado con los sistemas que en la observacion se fundan. Aparte este propósito, antes que sistema tendencia, su concepto del mundo es fundamentalmente el mismo concepto de la escuela crítica; sus ideas sobre la razon y el pensamiento, son las mismas ideas de la escuela materialista; y el ministerio que concede á la voluntad y á su fuerza en el mundo, es el mismo ministerio concedido por Hegel á la idea. No valia, pues, malgastar tanta elocuencia en ditirambos anti-hegelianos; esgrimir todas las injurias monásticas de la Edad Media contra el maestro; para acep-

tar luego el movimiento eterno de su dialética, aunque trasladándolo de la idea á la voluntad.

El mundo es mi representacion, grita el enemigo de Hegel. Sus colores se descomponen y se entonan en mi retina; sus ruidos silban en mis oidos; las superficies de sus varios objetos, se prestan á mi tacto; mas yo ignoro si el mundo es tal como mis órganos lo reproducen y lo dibujan en mi pensamiento. El mundo es una apariencia. Pero sobre esta apariencia hay una fuerza real, inmanente, eterna: la voluntad. Así, la realidad no está fuera de nosotros, sino en nosotros. Y en nosotros lo más fuerte, lo más vigoroso, lo más permanente, lo que no sufre ni descanso ni eclipse, es la virtud de esta facultad por excelencia interna, la virtud de la voluntad. No puede decirse, no debe decirse, que la voluntad sea producto del cuerpo, no; la voluntad forma el cuerpo mismo, y nuestra organizacion y todos sus actos son la voluntad exteriorizada. Y no se trata de aquella voluntad sometida á la inteligencia y á sus con-

ceptos abstractos; se trata de esa voluntad pristina, ingénua, casi instintiva, que se llama el deseo incontrastable, invencible de vivir, voluntad independiente de toda idea, y de todo motivo, ley eterna de nuestra existencia.

La voluntad se halla en todo el Universo y se eleva gradualmente desde los séres inferiores hasta aquellos que tienen razon y conciencia. En su ascension progresiva, la voluntad va huyendo del fatalismo y buscando la libertad. Y en esta progresion ascendente, llega á producir los indivíduos, las personalidades, con esa señal propia y distinta del sér individual llamado carácter. En los séres inorgánicos domina la pura causalidad. En las plantas comienza á haber, por el movimiento de la sávia, por la rudimentaria sensibilidad de las hojas, como gérmenes de voluntad. Los insectos, con sus sábios trabajos, con sus instintos artísticos, con sus progresivas metamorfosis, cuando liban la miél como las abejas, ó se tiñen las alas como las mariposas en el cáliz de las flores, anuncian la profecía de la vo-

luntad. Èl magnetismo, el lejano poder de unos séres sobre otros séres, la virtud mútua de atraccion, dice que la naturaleza forma por sí misma con las múltiples combinaciones de la voluntad una especie de instructiva y maravillosa metafísica.

La voluntad estalla con todo su vigor en el hombre. Para comprenderla bien es necesario distinguirla de la inteligencia. El pensamiento es producto del cerebro, y la voluntad energía del sér; el pensamiento es el fenómeno, la voluntad es la esencia; el pensamiento es la luz, la voluntad es el calor; el pensamiento está en la inteligencia, la voluntad en todas las facultades; el pensamiento tiene un carácter subordinado, la voluntad un carácter soberano; el pensamiento no moverá la voluntad, si la voluntad no quiere moverse, y la voluntad penetrará á su arbitrio en el reino inaccesible del pensamiento y lo someterá á sus mandatos: hasta en el órden de tiempo, la primera facultad que aparece en nosotros, es la voluntad, pues el niño quiere antes de que entienda y piense.

Leibnitz, dijo, que la cantidad de fuerza es invariable en el mundo, y Schopenhauer dice que es invariable la cantidad de voluntad en las sociedades humanas. El corazon es el órgano de la voluntad; y ese órgano, lo mismo se ejerce en los pueblos civilizados que en los pueblos salvajes. No en todas partes se piensa; pero en todas partes se ama. La inteligencia varía; produce y devora ideas, cree hoy lo que ayer condenaba, condena hoy lo que ayer creia, mientras el corazon constante, fijo en sus afectos, siempre quiere lo mismo y con igual intensidad. No todos los pueblos tienen filósofos; pero todos los pueblos tienen madres. La voluntad es indestructible, y á su fuerza se halla librada con la perennidad del mundo la perennidad tambien de la especie humana. Así como Bichat ha distinguido en fisiológia la vida animal de la vida orgánica, Schopenhauer ha distinguido en filosofía la vida de la inteligencia y la vida de la voluntad. Y la voluntad, esta fuerza cósmica y humana á un mismo tiempo, produce el cuerpo y la sangre. Así el corazon es lo primero

que se mueve en la vida, y lo último que se extingue en la muerte. La filosofía de Schopenhauer es la filosofía de la voluntad.

Y este filósofo de la voluntad, pone la perfeccion moral en aniquilar completamente la voluntad. No predica el suicidio del cuerpo; predica el suicidio del alma. La plenitud de la vida, la exaltacion del sér, están para él como para los místicos en el olvido de sí mismo, en la abnegacion perpétua, en el sacrificio. Reducir á la nada esa voluntad soberana, hé ahí el esfuerzo más digno de la voluntad misma. El mundo, despues de todo, no merece otra cosa. La vida es un tejido, una trama que no vale el precio que cuesta. El mundo se parece á una cacería, en la que todos somos á un tiempo perseguidores y perseguidos. Trabajo, batalla, dolor, lo presente siempre penoso, lo porvenir incierto, el infierno dantesco en el corazon, los carbones ardientes de la pasion abrasando la sangre, el árbol de la vida, cuyas raices se agarran en la tierra, cuyas ramas son el cielo, sacudiendo sobre todos nosotros sus horribles

calamidades; cada existencia una trájicomedia en que lo ridículo se mezcla á lo sublime, y las carcajadas histéricas de alegría pasajera al eterno llanto: hé ahí la vida. Así en noche estrellada, luciendo el cielo con grandes resplandores, y resaltando en el cielo sereno el planeta Venus, un amigo le preguntó al filósofo si creia en la existencia de séres superiores al hombre en aquellas esferas; y el filósofo respondió que no, que el organismo termina en el hombre, y que ningun sér superior al hombre podria tener la voluntad de vivir, ni rebajarse hasta tomar un papel en esta triste y prosáica trajedia de la existencia desenlazada siempre con la misma uniforme escena, con la escena de la muerte. Y volviéndose á mirar á la tierra y alcanzando á descubrir tras su vegetacion y sus organismos generaciones extintas y acostadas en su inmenso seno, de las cuales provenimos los vivientes, y cuyos átomos circulan por todo nuestro cuerpo, exclamó: los muertos están ¡ay! en nosotros.

El pesimismo resume su doctrina. Y si el pe-

simismo resume su doctrina, inútil decir cuán opuesto será en política á la idea del progreso y de la perfectibilidad humana. Raramente triunfan las causas justas en la tièrra. Las mejores se pierden por sus propios excesos. Profundo desprecio le merecen los ensueños democráticos. Esos axiomas del triunfo próximo é inevitable de las democracias le suenan á verdaderos barbarismos. Las democracias están destinadas en su concepto á pasto eterno de las tiranías. Las muchedumbres europeas no se diferencian de las muchedumbres asiáticas. Estas sirven á sus tiranos que las conducen al campo de batalla como el pastor conduce el ganado al pasto; aquellas sirven á los demagogos que las llevan á las revoluciones con las sonoras palabras de sufragio universal y nacionalidades modernas. La política oscila perpétuamente entre la dictadura y la licencia. Ya pasan los reyes constitucionales semejantes á los dioses de Epicuro, en que siempre están á la mesa. Ya se levantan las formidables barricadas. A esta agitacion política de Europa prefiere el silencio, la muerte de Asia. Fia

poco, muy poco, en los gobiernos para mejorar á los hombres, porque cree que tendrán siempre interés en corromperlos.

Hé aquí á donde conduce el misticismo, al desprecio de la libertad, al desprecio de la justicia, á negar una ley tan segura como la ley del progreso humano, á desconocer una verdad histórica tan evidente como el advenimiento de las democracias, á envidiar una vida tan semejante á la muerte como la vida de los pueblos asiáticos. Bien es verdad que todas las ideas de Schopenhauer se animan, se encienden vivamente en el ódio inextinguible á la escuela de Hegel. Y como quiera que la escuela de Hegel produjo la extrema izquierda, el partido que se llamaba de la jóven Alemania, y que era adicto á estos tres principios, á la unidad de la nacion, al derecho de las democracias y al gobierno de la República, Schopenhauer la persigue con su sarcasmo, y quiere soterrarla bajo sus hipocondríacos anatemas. Esa filosofía de la desesperacion social, pasará siempre como un alarde del mal humor del indivíduo; y no entrará en

el tesoro comun de la humanidad. Solamente es fuerte, y solamente es duradero el principio social que se funde en la naturaleza del hombre. Y es ley de la naturaleza que la idea progresiva, pensada por un filósofo en las puras abstracciones de la ciencia, pase con vigor á la realidad y la trasforme. Tambien es ley de la naturaleza que estas ideas desciendan á clases oprimidas, las iluminen en su inteligencia y las alivien del peso de sus cadenas. Y el pensamiento en su trabajo contínuo va creando una sociedad superior, más asentada en el derecho, más propia para habitacion del espíritu, más cercana al ideal supremo de justicia. Estas verdades no podrán tener originalidad, como no la tiene todo aquello que pertenece al género humano, pero tienen completa, absoluta evidencia, y serán el consuelo al dolor presente y el incentivo á futuras glorias.

La causa primera del éxito alcanzado por la filosofía de Schopehauer, encontrábase en el cansancio que de la ciencia á priori experimentaba ya toda Alemania. Alzábase la realidad

reivindicando sus derechos. La observacion y la experiencia exigian que no se olvidase su participacion considerable en el humano criterio y en el progreso de la humana cultura. Un sistema que volviese la razon al seno del mundo pareceria como abrigado valle, henchido de abundancia, tras penoso descenso de las altas cimas y de los infinitos espacios. El sistema de Herbart fué en parte este sistema y en parte alcanzó este resultado. Su mayor empeño consistió en declarar que las cosas no son, no pueden ser esas sombras llamadas por Hegel ideas; que las cosas son y existen, independientemente de nuestro pensar, en la viva realidad. La filosofia no crea el Universo, lo estudia. No encuentra en él un poema de la humana fantasía, sino un libro de verdades, un conjunto de séres, agenos á las combinaciones de nuestras ideas. La duda es saludable como aguijon de la ciencia; pero la duda, convertida en excepticismo sistemático, destruye toda ciencia. Podeis dudar de que las cosas existen; pero no dudar de que parece que existen. Esta apariencia del Universo, ó

este parecer de que el Universo existe, se os impone con la misma fuerza incontrastable que la existencia de vuestro propio sér. Ahondando en el Universo, se encuentra el sér, el único platónico, que no ha penetrado en nosotros por los sentidos. Pero no solamente se encuentra el sér, la realidad absoluta, sino como realidades absolutas tambien, muchos séres, limitados unos por otros en la extension material, limitados á lo menos por el espacio, inextensos en su esencia. Las cosas externas de tal manera son esenciales, que el alma, su inteligencia, su voluntad, no existirian si no las suscitase el contacto, el choque con el mundo. La sensibilidad es pensamiento, la voluntad pensamiento; y la libertad moral no es sino el predominio del pensamiento reflexivo sobre el pensamiento pasivo y simplemente sensible. La vida del alma tiene las mismas leyes que la dinámica y la estética. La psicologia, la ciencia del alma, es en último resultado una verdadera mecánica, una ciencia tan exacta como las matemáticas mismas.

No entraremos en el exámen de esta doc-

trina, ni diremos que toca por sus extremos nada menos que al politeismo antiguo y al materialismo moderno. Lo que á nosotros principalmente nos interesa en la evolucion del pensamiento aleman, es el lado puramente político, para comprender las fuerzas de atraccion y de repulsion que han concurrido á acelerar ó retardar el movimiento republicano en Europa. El Estado, en concepto de Herbart, es continuacion de los fenómenos orgánicos, organismo superior. La sociedad comienza por constituirse en la necesidad, y concluye por constituirse en el derecho. Segun la nocion de derecho, debe el Estado descansar en el consentimiento de todos los ciudadanos. El Estado que se funde en el derecho, tiene que ser por necesidad democrático, puesto que exige y necesita el consentimiento público. Peró el Estado tiene fines útiles, que durante ciertos períodos históricos se oponen por completo á la idea fundamental del derecho. Para ir acercando el Estado al derecho precisa que todos se sometan á las leyes con gusto y reformen las leyes con órden, ajustándolas á los nuevos

ideales de progreso, destruyendo los gérmenes de division y de guerra. La miseria sin remedio, la humillacion sin esperanza rompen la armonía de los sentimientos, y ponen abajo conjuraciones sin término, arriba dictaduras sin freno. A medida que los pueblos se ilustran más, conocen mejor la desproporcion existente entre el ideal puro y la realidad del derecho. Y cuando llega una situacion así, el Estado no puede salvarse si el partido del progreso no reforma con mesura, y el partido de la estabilidad social no resiste con inteligencia, y no se someten ambos al código que á todos obliga, al código de la moral. La ciencia del gobierno consiste en dejar á las diferentes aspiraciones que se manifiesten con libertad; y en satisfacerlas en todo cuanto tengan de justo, en todo cuanto tengan de progresivo con verdadera oportunidad. La fuerza de las constituciones se encuentra en su acuerdo con la voluntad general de los pueblos.

Imposible predecir la suerte reservada por la Providencia á las naciones. Apenas se di-

visa, no ya el término, pero ni aun el camino del progreso. El mundo mineral, vegetal y animal, parecen haber llegado al término de su desarrollo. No así el mundo político, cuyas progresivas evoluciones no pueden medirse con la inteligencia ni calcularse con las matemáticas. El hombre ha reconocido la unidad fundamental de su especie. Pero no ha sacado del reconocimiento de esta verdad las consecuencias naturales que entraña. Las familias humanas aun están separadas entre sí; aun no han alcanzado á establecer relaciones en armonía con la idea de humanidad. Pero todo tiende, desde el arte hasta el comercio, todo tiende á establecer y anudar estas relaciones. Y así que la tierra se halle ocupada por Estados verdaderamente orgánicos, las ideas de dominacion universal, los procedimientos de conquista, habrán cedido su lugar á inmensas federaciones de pueblos libres. Y habrá tanta desproporcion entre los Estados egoistas de hoy, al Estado humano de entonces, como la que hay entre la antigua astronomía que levantaba la tierra en el centro del Uni-

verso, y la nueva astronomía, que á pesar de haber convertido la tierra en satélite del sol, nos ha hecho palpar materialmente lo infinito.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

gido en el puro estudio del yo, es el saber esencial, es el saber, fundamento de toda ciencia. Pero la vida no se encierra solamente en el mundo interior; la vida no se reduce solamente al pensar. Hay que completar la psicologia con la ontologia; como hay que completar el analisis con la síntesis, como hay que completar la razon con la religion, como hay que completar el individuo con la sociedad; y hay que traer al mundo moderno una ciencia fundada en verdaderas armonías. Así pensaba la nueva escuela. Aunque los principios científicos parezcan diversos, forman una série sistemática, un todo armónico, á la manera que los gases, los líquidos, los sólidos, diversos entre sí, forman un todo armónico en el planeta; y los planetas, los satélites, los soles, diversos entre sí tambien, forman un todo armónico en el Cosmos. Puede y debe reunirse en la ciencia á la psicologia de Descartes la ontologia de Hegel; al sentido religioso de Leibnitz, el sentido crítico de Kant, todo inspirado en la idea de Dios, y convertido á mejorar al hombre por

medio de purísima moral que á su vez mejore y perfeccione las sociedades humanas.

La ciencia tiene por objeto el conocimiento. El conocimiento supone relacion entre el sugeto que conoce y el objeto conocido. Cuando esta relacion conviene con la naturaleza de los objetos, ya sean cuerpos, ya cualidades, existe la verdad. La verdad no está solamente en lo que es, sino en la relacion de lo que es con el que piensa. Constituye la ciencia una série sistemática, orgánica de verdades. El método es el medio de la ciencia. La verdad no está solamente en la ciencia, sino en el procedimiento para llegar á la ciencia. Conocemos las verdades por intuicion y por deduccion. De aqui dos métodos, el analítico y el sintético. El analisis comprende la observacion, y la síntesis comprende la contemplacion; el analisis examina lo experimental, la síntesis se eleva á lo que está sobre toda experiencia, á lo absoluto, á lo infinito, á lo eterno. Uno y otro método se completan y abrazan todo el espíritu y todo el Universo. Donde concluye el analisis comienza inmedia-

HISTORIA

DEL

MOVIMIENTO REPUBLICANO

EN EUROPA

POR

EMILIO CASTELAR.

TOMO SEGUNDO.

ADMINISTRACION:

OFICINAS DE LA CASA EDITORIAL DE MANUEL RODRIGUEZ,

Plazuela del Biombo, número 2.

MADRID.—1874.

ESTABLECIMIENTOS TIPOGRÁFICOS DE MANUEL MINUESA,
Juanelo, 19, y Ronda de Embajadores.

CAPITULO XVI.

LA FILOSOFIA ARMONICA.

El movimiento aleman llevaba la política á la libertad; pero la filosofía al materialismo. Un sistema se produjo al choque de tantos sistemas contrarios, con el propósito firme, firmísimo de engendrar en la ciencia verdadera armonía. El principio de la observacion interior, proclamado por Descartes, cayó en desprecio, merced á una ontologia muchas veces ambiciosa. A su vez el principio ontológico cayó en desprecio merced á desarrollos arbitrarios. Intentábase, pues, la rehabilitacion de los principios necesarios. El saber, reco-

gido en el puro estudio del yo, es el saber esencial, es el saber, fundamento de toda ciencia. Pero la vida no se encierra solamente en el mundo interior; la vida no se reduce solamente al pensar. Hay que completar la psicologia con la ontologia; como hay que completar el analisis con la síntesis, como hay que completar la razon con la religion, como hay que completar el individuo con la sociedad; y hay que traer al mundo moderno una ciencia fundada en verdaderas armonías. Así pensaba la nueva escuela. Aunque los principios científicos parezcan diversos, forman una série sistemática, un todo armónico, á la manera que los gases, los líquidos, los sólidos, diversos entre sí, forman un todo armónico en el planeta; y los planetas, los satélites, los soles, diversos entre sí tambien, formán un todo armónico en el Cosmos. Puede y debe reunirse en la ciencia á la psicologia de Descartes la ontologia de Hegel; al sentido religioso de Leibnitz, el sentido crítico de Kant, todo inspirado en la idea de Dios, y convertido á mejorar al hombre por

medio de purísima moral que á su vez mejore y perfeccione las sociedades humanas.

La ciencia tiene por objeto el conocimiento. El conocimiento supone relacion entre el sugeto que conoce y el objeto conocido. Cuando esta relacion conviene con la naturaleza de los objetos, ya sean cuerpos, ya cualidades, existe la verdad. La verdad no está solamente en lo que es, sino en la relacion de lo que es con el que piensa. Constituye la ciencia una série sistemática, orgánica de verdades. El método es el medio de la ciencia. La verdad no está solamente en la ciencia, sino en el procedimiento para llegar á la ciencia. Conocemos las verdades por intuicion y por deduccion. De aqui dos métodos, el analítico y el sintético. El analisis comprende la observacion, y la síntesis comprende la contemplacion; el analisis examina lo experimental, la síntesis se eleva á lo que está sobre toda experiencia, á lo absoluto, á lo infinito, á lo eterno. Uno y otro método se completan y abrazan todo el espíritu y todo el Universo. Donde concluye el analisis comienza inmedia-

tamente la síntesis. En todo conocimiento hay unidad ó tésis, variedad, oposicion ó antítesis, armonía ó síntesis. Y lo mismo que hay en el conocimiento, hay en la ciencia, série orgánica de conocimientos.

Esta filosofía se llama la filosofía armónica. Y su idea fundamental es la idea de Humanidad. Y la humanidad no puede solamente encerrarse en la tierra. La humanidad habita otros planetas tambien, y en este sentido es infinita como es infinito el Universo. Las hipótesis astronómicas de Laplace y Herschel explicando el orígen de los planetas; las observaciones hechas sobre Mercurio que han comprobado la existencia de continentes, de mares, de gases, de atmósfera; el descubrimiento maravilloso del espectro solar, por el cual se toca, se palpa casi la fundamental unidad del Cosmos; las revelaciones de los aereolitos, de esas piedras celestes que ruedan en torno de los planetas, y que no solamente tienen signos de los metales y metaloides terrestres, sino de los organismos tambien; la persistencia de la vida en aparecer y brillar

donde quiera que encuentra para ello elementos favorables; todas estas razones si no prueban matemáticamente, inspiran la idea de que la humanidad se halla difundida, como los ángeles de la teología, por todos los espacios y por todos los mundos. Y la humanidad es el sér armónico en que se encuentran, en que se compenetran el espíritu y la naturaleza.

Como nosotros buscamos en los sistemas filosóficos más el aspecto político y social que el aspecto metafísico, prescindiremos de los conceptos y juicios de la filosofía armónica sobre el mundo espiritual y el mundo de la naturaleza. Y seguiremos buscando los conceptos más relacionados con la política. La filosofía, en sentir de la escuela que examinamos, funda las bases racionales de las instituciones. La filosofía nos dá la idea del derecho absolutamente conforme á la naturaleza del hombre. Las legislaciones históricas, los derechos escritos ó consuetudinarios podrán ser variables y progresivos; pero la idea del derecho es como la naturaleza misma del hombre, inmutable. La sociedad aparece co-

mo un organismo compuesto de otros organismos políticos y civiles cuyo objeto es asegurar el desarrollo de la naturaleza humana y el cumplimiento de nuestro destino en la tierra. Toda sociedad responderá en sus instituciones al estado moral é intelectual del individuo como el efecto responde á la causa. Elevando al hombre en pensamientos y obras, se elevará la sociedad en leyes é instituciones. Entre las instituciones que han de cambiar más directamente el modo de ser social, se encuentran, como fundamentales, el Estado, la Iglesia, la Escuela. La filosofía trabaja por la respectiva independencia de estos organismos políticos. Si la Iglesia absorbe al Estado, el pensamiento filosófico reivindica los derechos del poder civil. Si el Estado absorbe á la Iglesia, el pensamiento filosófico reclama el derecho á la libertad de la conciencia humana. Si el Estado ó la Iglesia absorben á la Escuela y pretenden dirigir exclusivamente la enseñanza demuestra la filosofía que la ciencia es independiente de todo poder, es un poder en sí misma, y tiene derecho á organizarse por su

propia autoridad y por su interna fuerza. La práctica obedece á la teoría, la realidad al ideal como obedecen las piedras á las ideas del escultor y á los golpes de su cincel. Los intereses reaccionarios llaman utopia al pensamiento capital que anima á cada siglo. Pero el pensamiento progresivo pasa de la conciencia á las leyes con fuerza incontrastable.

El ideal, la Reforma y la revolucion anuncian el comienzo de una nueva edad orgánica en el género humano. El ideal de la humanidad antes de la reforma fué religioso; el ideal de la humanidad antes de la revolucion fué político; el ideal de la humanidad ahora es científico, esencialmente científico. Este ideal no abraza solamente la relacion del hombre con Dios, ó la relacion del hombre con la sociedad; abraza, además de estas relaciones fundamentales, todos los derechos y todos los deberes humanos en todas las manifestaciones de nuestro ser, en toda la plenitud de nuestra vida. Sintiéndose cada hombre dentro de la humanidad, una idea de justicia superior le guiará en sus relaciones con los

demás hombres; sintiendo que además de estar dentro de la humanidad, lleva en sí la humanidad, una confianza en el progreso le sostendrá, y poco á poco en cada personalidad surgirá el ideal que ha de abrazar desde el sentimiento hasta la conciencia, desde las manifestaciones más primitivas de la vida hasta la sublimidad de la idea. Y se reformará en sentido progresivo la sociedad, porque mientras la historia de la filosofía cuenta las evoluciones del pensamiento, y la historia política las evoluciones de la realidad, la filosofía de la historia proclama el principio fundamental que sigue: las evoluciones de la realidad han obedecido siempre, en toda la sucesion de los tiempos, á las evoluciones del pensamiento.

La Historia es una ciencia experimental, una ciencia de hechos; la filosofía es una ciencia de leyes, de principios. Y juntándose ambas ciencias, forman una tercera, con soberano influjo en el siglo presente, y que se llama Filosofía de la Historia. En esta ciencia la Historia dará los hechos y la filosofía la razon de

los hechos: la Historia lo que sucede, y la Filosofía lo que debe suceder; la Historia la realidad, y la filosofía lo ideal; la historia, los fenómenos, y la filosofía, las leyes de esos fenómenos; la historia, la vida en su corriente, en sus trasformaciones, en su mudar contínuo, y la filosofía, el pensamiento en su perenne luz. Así la Historia es la ciencia del desarrollo de la vida; y la Filosofía es la ciencia de los principios que deben regular la vida. Y la Filosofía de la historia es la ciencia de la vida y de las leyes tambien de la vida.

Por eso la filosofía de la Historia enseñará al hombre que vive bajo la autoridad de Dios, y la ley de la Providencia; en la naturaleza y entre sus leyes cósmicas, para realizar el mundo del espíritu. Pero ni la autoridad de Dios y sus leyes; ni el ambiente natural y sus poderosas influencias; ni el medio de la sociedad y sus accidentes históricos, anulan el principio, en cuya virtud el hombre causa su propia vida, el principio de libertad. E inmediatamente que surge la idea de libertad, surge con ella la idea del derecho. Esta concep-

cion del derecho, es la obra más maravillosa, más grande de la vida moderna, y con más trascendencia á la política universal. Las sociedades antiguas ponian el derecho en el Estado; la sociedad moderna pone el derecho en el hombre. La Edad Media, aquel período histórico, de un lado ponia el derecho en el espacio, en la tierra, y de aquí el poder feudal; de otro lado en el tiempo, en la tradicion, en algo sobrehumano, y de aquí el poder teocrático. La más alta concepcion de la filosofía moderna, es la concepcion del derecho humano, base fundamental de la nueva política. Reconociéndolo en cada hombre, ha fundado la libertad; reconociéndolo en todos los hombres, ha fundado la igualdad natural. Y el principio de que el derecho está en cada hombre, crea la individualidad; y el principio de que el derecho está en todos los hombres, crea el complemento de los individuos, crea la sociedad.

Este sér humano, que forma un mundo aparte, completo; que reune como en su foco todos los rayos de la vida; que resume y com-

pendia todos los varios organismos; sér sensible, por cuya virtud conoce lo individual, lo que cae bajo la experiencia; sér reflexivo, por cuya virtud conoce las relaciones entre los séres, lo general; ser dotado de razon, por cuya virtud se eleva hasta lo divino; libre, y artífice de su vida y responsable de sus acciones; perfectible, y por lo mismo capaz de crear nuevas instituciones, y de ilustrarse con la verdad y dirigirse al bien, bajo un ideal que tiende á realizar por su voluntad autonómica, necesita encarnar en la sociedad todas estas varias esencias de su naturaleza. El conjunto de medios, de condiciones, dependientes de la voluntad, y necesarios al desarrollo de nuestra naturaleza, y al cumplimiento de nuestro destino en la tierra, constituyen esencialmente el derecho.

En cuanto convertimos los ojos y el pensamiento al Universo, vemos fundado en el Universo un órden divino. En la nebulosa inmensa á que cósmicamente pertenecemos, el sol nos ilumina con su luz, nos vivifica con su calor, nos sostiene con su fuerza; tiñe de matices el

cáliz de las flores, y llena de melodías la garganta del ave; saca de los torrentes, de los rios, de los océanos las evaporaciones indispensables á refrescar la atmósfera y engendrar el magnetismo, la electricidad que parecen ya corrientes de la vida espiritual. Y la tierra, colocada en el término medio de nuestro sistema solar, vive recorriendo su elipse con movimiento uniforme que engendra la diversidad y la armonía de las estaciones, henchida de los frutos indispensables al mantenimiento de sus infinitas especies. Y el hombre, con su frente y sus ojos dirigidos á lo infinito, con su combustion pulmonar, encendiendo y colorando la sangre, con el amor fecundo para mantenerse y perpetuarse en la humanidad; con la muerte, con ese divino presente, para renovar las generaciones y trasfigurarse en otro sér más perfecto, allá en la cima de otros mundos mejores es el mediador entre la naturaleza y el espíritu. Y todo este sistema, que se extiende desde el zoófito naciendo en los confines de la vida orgánica, hasta el cerebro tocando en la vida divina; todo este

sistema proclama la existencia, no solo de las leyes naturales, sino tambien de un órden providencial y divino. Pero este órden divino de la naturaleza proviene de la necesidad.

Se necesita fundar en la tierra otro órden divino, más hermoso aun que el órden natural, y fundarlo, no por medio de la necesidad, sino por medio de la libertad. Se necesita que el sentimiento sea, no solo el instinto que engendra y conserva, sino el afecto y la efusion de las almas que eleva y educa; la muerte, no solo la fuerza que destruye y renueva, sino el culto de lo pasado, la religion de los recuerdos, la esperanza, la certeza de la inmortalidad; se necesita que los afectos y las ideas formen otro nuevo Universo moral dentro de la naturaleza. En este Universo moral existirá la personalidad, el indivíduo consciente y responsable; la familia, personalidad colectiva, ungida por el amor, consagrada al sacerdocio de perpetuar la humanidad; el arte, ese edén, donde se refugia el corazon lacerado por las tristezas de todos los dias y por la oposicion entre la realidad y el ideal; la in-

dustria, ese esfuerzo constante para dominar la materia, trasformarla, ponerla á servicio de nuestras facultades; la religion, ese lazo de lo finito con lo infinito, esa eterna revelacion de Dios en la conciencia y en la vida; la moral, esa ley de nuestras acciones; la ciencia, ese sol de las ideas que todo lo mantiene, lo vivifica, lo ilumina. Y todas estas obras formarán en la sociedad algo semejante á los soles, á los mundos, á las estrellas en el espacio infinito. Y todas estas obras serán creaciones varias de los séres humanos asociados. Y todas estas asociaciones serán otros tantos organismos fundamentales que formen el organismo general, llamado sociedad. Y la red de relaciones que unirá todos estos organismos, de la misma suerte que las fuerzas de la mecánica celeste reunen los mundos, y de la misma suerte que los nervios reunen nuestros diversos órganos en el cuerpo y entre sí los comunica, esta red de relaciones se llamará el derecho.

La vida humana se compone de una série contínua de relaciones tan estrechas, que el

bien de unos depende del bien de otros, y el desarrollo social de cada uno se determina por el desarrollo de todos. Estas relaciones, mediante las cuales se determinan los séres, mútuamente entre sí, llámase condicion humana. Todos los miembros de la humanidad mútuamente se condicionan y se completan. Y de aquí nace el órden divino en la sociedad, análogo al órden divino de la naturaleza. Pero aquel órden divino de la sociedad, que ha de realizar la libertad humana, no puede realizarse sino por medio de un principio de organizacion que establezca en todas las esferas, en todas las condiciones, de las cuales depende el cumplimiento de todos los fines humanos. Así, la escuela armónica ha definido el derecho: conjunto orgánico de condiciones libres, dependientes de la voluntad, que han de cumplir el destino del hombre sobre la tierra.

El derecho existe primero en la persona, y en la persona tiene su autonomía. Pero no existe solamente una persona, existen muchas personas, y el derecho hará coexistir estas personas, y coexistir sus diversas autonomías.

Pero no existen y coexisten solamente las personalidades; existen y coexisten para asistirse mútuamente, para completarse, para coadyuvar, mediante relaciones mútuas, á la plenitud de la vida, y al cumplimiento completo del bien. Y el derecho que no consagre esta relacion de mútuo auxilio y asistencia, será un derecho formal, externo, áncora de una libertad estéril, y no será la vida en toda su extension, en toda su grandeza, en todo su desarrollo, cumpliendo y realizando todos sus fines sociales.

Es el derecho una ley de las relaciones humanas. Esta ley ha existido siempre, aunque no se haya revelado hasta nuestros dias como ha existido la gravedad antes de que Newthon la descubriera y formulara. Pero si ha existido, no ha tomado verdáderamente cuerpo en las instituciones, sino hoy en nuestros democráticos tiempos. El derecho no tiene solamente su esencia, tiene tambien sus procedimientos y sus formas. Para realizar el derecho se necesita el medio del derecho. No solo debe ser la justicia un resultado, sino que debe ser

un procedimiento. Al bien debemos ir por el bien. Elevar los medios revolucionarios á medios permanentes de progreso, constituye uno de los más grandes errores, y uno de los más acerbos males de nuestro tiempo. Las revoluciones vienen como una crísis necesaria, como una enfermedad inevitable, como un mal preciso, cuando los poderes, muertos en la conciencia humana, pretenden perpetuarse por la fuerza. Una injusticia engendra otra injusticia. Pero las revoluciones se ahuyentan necesariamente de los pueblos donde toda inspiracion justa puede realizarse y cumplirse por medio del derecho.

El derecho tiene por orígen la persona humana; y por fin la perfeccion de la persona humana. La antigüedad tuvo de esta idea presentimientos en el arte, previsiones en la filosofía; pero no llegó á tener jamás conocimiento concreto ni á fundarla en el sentido social. El derecho es independiente de todos los poderes humanos, superior á todos los poderes humanos. Para llegar á esta concepcion se han necesitado muchas evoluciones histó-

ricas. Se ha necesitado romper el politeismo antiguo, que confundiendo los dioses con el mundo, oprimian al hombre bajo el yugo del destino; se ha necesitado elevar en el Cristianismo á Dios sobre el mundo y al hombre sobre las influencias de clima y sobre las particularidades de raza; y aún se ha necesitado mucho más, aún se ha necesitado que así como el cristiano nos trajo la idea de la unidad de Dios en el siglo primero de nuestra era, la filosofía en el siglo último, en el siglo pasado, trajese la idea de la humanidad, no como un sér abstracto, sino como un sér orgánico y viviente. Las ideas se condensan en la sociedad. Y la condensacion de estas ideas humanitarias se ha visto primero en la revolucion americana, que puso como epílogo ó apéndice los derechos fundamentales; despues en la revolucion francesa, que puso los derechos fundamentales como proemio ó introduccion á sus constituciones.

Para regular las relaciones de derecho y para mantener el derecho, se necesita de un organismo político, que se llama Estado. Aris-

tóteles señaló profundamente la necesidad del Estado, cuando dijo que para prescindir del Estado, seria necesario que el hombre cayese en la naturaleza de las bestias, ó se elevase á la naturaléza de los dioses. El Estado es el reflejo del hombre mismo. Como la razon dirige al hombre, el Estado á la sociedad, como la conciencia castiga al hombre interior por sus faltas morales, el Estado castiga al hombre social por sus faltas, por sus delitos, por sus crímenes sociales. Cada hombre lleva en sí un Estado abreviadísimo; cada Estado es un hombre superior. Señalar los límites del Estado, es el problema por excelencia de los tiempos modernos. Hay el sistema que debe llamarse de unitarismo, y que confunde el Estado con la sociedad, y le encomienda todos los fines sociales. Hay el sistema de variedad ú oposicion que deja el Estado reducido á la funcion sencillísima de la seguridad general. Por el primer sistema se va al despotismo, por el segundo sistema á la anarquía. El Estado de la escuela armónica es un término medio entre estos dos extremos; es la síntesis que

contiene dentro de sí la unidad social y las variedades ú opiniones individuales.

El error más grave que puede cometerse en política, es considerar el Estado como un solo organismo, cuando debe ser una série de organismos independientes entre sí, pero tambien relacionados y unidos. Si consideramos el Estado como un solo organismo, caeremos en el error de la política democrática francesa, en ese error de crear una Convencion casi absolutista, y convertirla en la dispensadora general de todos los derechos, y la mediatriz única entre todas las sustituciones. Así ha resultado al poco tiempo de montarse tamaña máquina, ó la revolucion y con ella el gobierno de un partido, ó la dictadura y con ella el gobierno de un hombre. Considerando el Estado como una série de organismos, consíguese reconozca la personalidad con su autonomía y sus derechos; el municipio como otra personalidad, con su autonomía y sus derechos; el Estado particular ó provincia, con su autonomía y sus derechos, siendo el Estado central ó nacion la clave de todos estos dere-

chos y el seguro de todas estas necesarias y diversas autonomías. Y cuando se concibe así el Estado, la mejor manera de asegurar su existencia se halla en el contrato político. No hay que confundir el contrato político de ninguna manera con el contrato social. Es el contrato social pura ficcion. El contrato político es el pacto fundamental en que mútuamente se convienen los derechos de las personas libres, y las facultades tambien de los poderes públicos. El contrato supone deberes y derechos recíprocos; supone que nadie puede exigir el respeto de su autoridad sino á cambio del cumplimiento de su deber. Así los ciudadanos recaban la plenitud de su derecho é imponen al Estado el deber de reconocérselos y respetárselos. Los municipios contratan con el Estado particular los derechos y deberes recíprocos por medio de cartas municipales análogas á nuestras antiguas cartas-pueblas. Los Estados particulares ó provincias escriben sus respectivas constituciones donde están señalados los poderes que deben reservarse y los poderes que deben remitir al Estado cen-

tral ó nacion. Esta forma de gobierno que distribuye la autoridad y la libertad por igual en todo el organismo social, no solo está en armonía con la naturaleza, no solo en armonía con el derecho público más perfecto, sino en armonía con el mismo derecho internacional, que puede asegurar la paz perpétua sobre el suelo volcanizado de Europa. Los Estados-Unidos, que perfeccionan esta forma de gobierno, han merecido bien de la humanidad. Y han merecido bien de la humanidad, no solamente por el ideal de justicia y democracia que despertaron en el siglo pasado, sino tambien por la práctica escuela que ofrecen hoy de política republicana y democrática, de la única política bastante poderosa para asegurar la paz perpétua. Los reyes, dice uno de los más elocuentes defensores de la filosofía armónica, los reyes han puesto en sus banderas como símbolos, ya las alimañas feroces, los leones, los leopardos, ya las aves rapaces, las águilas; el pueblo americano ha puesto sus estrellas enseñando que cada Estado forma un mundo aparte, y todos los Estados se hallan

congregados y mútuamente sostenidos en los dilatados espacios de la República.

Así es que la historia camina á la fundacion de los Estados-Unidos en todos los continentes, sí, Estados-Unidos que sean como el organismo interior de la federacion verdaderamente humana. Esta fórmula de la política señala el comienzo de la edad madura en el género humano, y de la edad armónica en la historia. Así como el pensamiento es tésis, antítesis y síntesis; el Universo unidad, variedad y armonía; la mecánica celeste atraccion, repulsion y equilibrio; el mundo orgánico, vegetal pegado á la tierra, animal que se mueve y se opone, género humano, ó especie sintética; la humanidad es infancia é inocencia, juventud y madurez, pareciéndose la muerte al nacimiento; y la historia, es: 1.° edad edénica ó paradisiaca; 2.° edad de oposicion; 3.° edad madura ó de armonía.

Dios preside la historia, como preside el Universo. Los séres finitos, los séres humanos, viven primero, como vive el feto en las entrañas de la madre, indivisos de la natura-

leza, confundidos con el Universo; despues nacen á la oposicion, ejercitan sus fuerzas, las emplean, rompen con todo en abierta guerra, y adquieren así conciencia de su valor, de su fuerza; hasta que conociendo perfectamente su derecho, los límites de su derecho, el conjunto de las cosas creadas, sus propias relaciones con el mundo visible é invisible, entran en el período que tiene por ideal verdadero la ciencia y por fin práctico la justicia. El espíritu ha sido como la planta, un sér pegado á la tierra, y será en la edad de armonía un sér relacionado con todo el Universo, por un conocimiento superior de las cosas creadas, aproximándose á Dios, por una realizacion completa y plena del ideal en la vida.

Un divino instinto ha reunido á los hombres en sociedad, les ha enseñado á gorgear el lenguaje, los ha tenido en el encanto de la inocencia, en el seno del Eden. Pero esta edad embrionaria y paradisiaca se ha concluido, y ha comenzado la edad de lucha por una caida desde la paz en la guerra, desde la inocencia en la culpa. La naturaleza, que tenia al hom-

bre en su regazo, que lo mantenia con su leche purísima, lo ha abandonado al esfuerzo y al combate del trabajo. Dichoso abandono de la naturaleza, bendita culpa del hombre, que han traido consigo la redencion divina del trabajo, de esa actividad, de esa fuerza que ha completado verdaderamente la naturaleza. Pero el hombre llegó á exaltar su orgullo hasta creer que todo lo debia someter á sus personales satisfacciones: de aquí la tiranía ciega de unos, y la obediencia servil de otros, de aquí el amo y el esclavo. Los conocimientos de la edad primera se conservaron por una casta, por la casta sacerdotal; se mantuvieron en privilegiado lugar, en el templo; se dilataron más tarde por todas las clases sociales, mediante el simbolismo y el arte. La filosofía entró en el templo como Prometeo en el cielo, y convirtió en humana, en racional, la ciencia májica, la ciencia teocrática. Y el mundo entró en la juventud. Mientras unos pueblos se perdian en el seno de la barbárie, otros pueblos cultivaban los gérmenes de las ideas. Y esto provenia de que unos pueblos se ais-

laban de los otros, y cada uno vivia para sí solo. Habia pueblos guerreros como el persa, pueblos comerciantes como el fenicio, pueblos artistas como el griego, pueblos religiosos como el judío. Pero todos vivian en el egoismo, y no miraban más allá de su familia, de su gente, de su ciudad, de su tríbu, de su nacion. Roma, la más humanitaria de las ciudades antiguas, solo supo hacer el mundo romano.

Y en cuanto acaba el mundo romano, comienza la Edad Media. Su ideal, es un ideal de oposicion radicalísima al paganismo; es el ideal cristiano, en cuyo fuego casi desaparece el mundo, casi se derrite y se evapora la materia. Los pueblos rompen por todas partes, por todas las regiones en la guerra feudal, guerra de castillo á castillo, de ciudad á ciudad; y solamente les queda un lazo que los una, el lazo de la fé. Por eso la Iglesia absorbe el Estado. Pero el sacerdocio ya no es una casta, que se cierra á todas las gentes no selladas desde la cuna con el sello divino; es una clase libre y abierta por completo á todas las

gentes. Así, en medio de aquel caos, hay un principio de unidad, la tendencia del hombre á Dios, la tendencia del arte á lo infinito, que el alma busca en la plegaria, las letras en el himno religioso, la pintura en los cuadros sagrados, la arquitectura en esas agujas góticas que parecen elevarse y perderse, como el incienso que se exhala del templo, como el misticismo que se exhala de la fé, en la inmensidad de los cielos.

El Pontificado quiso aprovechar este sentimiento de lo divino para fundar un régimen teocrático, á la manera del Oriente; pero la naturaleza humana reveló confusamente á los pueblos las primeras nociones de la libertad, y se fundaron contra la teocracia y sobre las ruinas de la teocracia las sociedades civiles. La monarquía, sosteniendo el dualismo entre la Iglesia y el Imperio, contribuyó poderosamente á impedir un retroceso hácia las teocracias asiáticas. Pero si este dualismo fué saludable, demostró tambien que el mundo de la Edad Media carecia de un verdadero y sólido organismo.

laban de los otros, y cada uno vivia para sí solo. Habia pueblos guerreros como el persa, pueblos comerciantes como el fenicio, pueblos artistas como el griego, pueblos religiosos como el judío. Pero todos vivian en el egoismo, y no miraban más allá de su familia, de su gente, de su ciudad, de su tríbu, de su nacion. Roma, la más humanitaria de las ciudades antiguas, solo supo hacer el mundo romano.

Y en cuanto acaba el mundo romano, comienza la Edad Media. Su ideal, es un ideal de oposicion radicalísima al paganismo; es el ideal cristiano, en cuyo fuego casi desaparece el mundo, casi se derrite y se evapora la materia. Los pueblos rompen por todas partes, por todas las regiones en la guerra feudal, guerra de castillo á castillo, de ciudad á ciudad; y solamente les queda un lazo que los una, el lazo de la fé. Por eso la Iglesia absorbe el Estado. Pero el sacerdocio ya no es una casta, que se cierra á todas las gentes no selladas desde la cuna con el sello divino; es una clase libre y abierta por completo á todas las

gentes. Así, en medio de aquel caos, hay un principio de unidad, la tendencia del hombre á Dios; la tendencia del arte á lo infinito, que el alma busca en la plegaria, las letras en el himno religioso, la pintura en los cuadros sagrados, la arquitectura en esas agujas góticas que parecen elevarse y perderse, como el incienso que se exhala del templo, como el misticismo que se exhala de la fé, en la inmensidad de los cielos.

El Pontificado quiso aprovechar este sentimiento de lo divino para fundar un régimen teocrático, á la manera del Oriente; pero la naturaleza humana reveló confusamente á los pueblos las primeras nociones de la libertad, y se fundaron contra la teocracia y sobre las ruinas de la teocracia las sociedades civiles. La monarquía, sosteniendo el dualismo entre la Iglesia y el Imperio, contribuyó poderosamente á impedir un retroceso hácia las teocracias asiáticas. Pero si este dualismo fué saludable, demostró tambien que el mundo de la Edad Media carecia de un verdadero y sólido organismo.

El Renacimiento vino, y fué para la Edad Media como el cristianismo para el mundo antiguo, el comienzo de otra edad, el alma de otro mundo. Desde los abismos del cielo, hasta los abismos del mar; desde los abismos del mar, hasta los abismos de la conciencia, todo se ha esclarecido é iluminado. El cuerpo humano se levanta, se erige en señor de la creacion, y respira y absorbe un nuevo espíritu. En este mismo instante brotan los dos partidos que van á dividirse la sociedad moderna, el partido conservador ó reaccionario que está representado por el jesuitismo, y el partido liberal ó progresivo que está representado por el masonismo.

Y en verdad, la Reforma tiene todos los accidentes históricos de las demás religiones. San Francisco de Asís es su profeta, Saronarola, su Bautista, Lutero su revelador, é Ignacio de Loyola es la reaccion, toda la reaccion religiosa.

Ignacio de Loyola que es toda la reaccion, toda entera contra esta obra, ha nacido en Es-
en la tierra, que va pronto á sacrificarse,

á consumirse por conservar la ortodoxia católica. Ha nacido en las provincias Vascas, en las provincias de los grandes desfiladeros, de las razas tenaces, al pié de los Pirineos, llamados montañas de fuego por los antiguos; cerca de aquel indómito mar cantábrico, que con su oleage convida á las milagrosas aventuras. Es compatriota del marino por excelencia, Elcano, aquel que se asoció á la fortuna de Magallanes y que por vez primera dió la vuelta al planeta. Ha nacido en los últimos tiempos caballerescos y se ha criado en los primeros tiempos modernos y á fines del siglo XV. La guerra ha sido su ocupacion; las aventuras el empleo de su juventud. Pero de pronto en la guerra de Navarra, sostenida por el rey Católico, una bala le hiere, una enfermedad le sobreviene, y tras la bala y tras la herida una exaltacion casi milagrosa al espíritu. Caballero fué en la guerra, caballero será en la religion; por su rey peleó en la juventud, por su Dios peleará en el resto de la vida; y la única dama de sus pensamientos será la Vírgen María. Poséele por completo la enfermedad nacional: amor á

lo sobrehumano, á lo milagroso, á todo aquello que está fuera de los estrechos límites de lo posible. El Amadis de Gaula ha sido su lectura, y el Amadis de Gaula le inspira, ni más ni menos que al mismo D. Quijote. Tambien vela sus armas, tambien jura desfacer los agravios inferidos y los entuertos hechos á la religion Católica. Leyendo las páginas de la vida del caballero de Guipúzcoa, creeis leer las páginas del caballero de la Mancha. Ignacio es además un asceta. En la cueva de Monserrat se entrega al ayuno, á la maceracion, á la penitencia, como aquellos primeros solitarios del cristianismo, suscitados por la fé, y dispersos en la inmensidad del desierto. De allí intenta ir á Tierra Santa para beber en las fuentes del cristianismo una fé como la fé de los Cruzados. Y de su viaje vuelve á Monserrat para entregarse nuevamente á la penitencia. Mas conoce que necesita no solamente las oraciones y la mortificacion para pelear, sino tambien las ideas. ¿Cómo peleará, valiéndose [illegible] virtud de las ideas si no sabe nada? Pues [illegible] á estudiar, primero á Alcalá; de Alcalá

á Salamanca, de Salamanca á París, á las tres universidades que contienen toda la ciencia de aquel tiempo. Ya en París reune varios amigos que luego habian de ser tan célebres como él: Lainez, Salmeron. Y con todos ellos funda en Montmartre, al pié de una fuente que todavía corre, despues de una comunion eternamente célebre, la nueva sociedad religiosa. Desde París, Ignacio y sus correligionarios van á Venecia á incorporarse en la cruzada contra los turcos. De Venecia, predicàndo en una especie de lengua franca entre españoles, franceses é italianos, se dirige á Roma, donde el Papa confirma sus estatutos, y donde nace la más célebre, la más pujante, la más temida de las órdenes religiosas, la órden de los Jesuitas.

Jamás se ha fundado institucion alguna en güerra tan abierta con el espíritu de su tiempo. El siglo décimo-sexto era un siglo de renovacion, el jesuitismo una secta de retroceso: el siglo décimo-sexto fundaba la libertad de pensar, el jesuitismo fundaba la servidumbre intelectual; el siglo décimo-sexto iba

que aun condenando sus concepciones metafísico-históricas al espíritu en el desarrollo progresivo de su esencia á ser espíritu nacional, y á encerrarse en Estado cuya superior representacion sea la monarquía, cuando el espíritu crece, se agranda, pasa de espíritu nacional á espíritu de la humanidad, rompe los antes estrechos moldes, se espacia en superiores organismos y formas correspondientes á la elevacion y á la dignidad de su esencia. Y si esta conclusion en su pensamiento no se encontraba, encontróse luego en el desarrollo y en la difusion de su doctrina. Tuviéronla por algo más que republicana los gobiernos. Abrazáronla como su dogma, como el espíritu de sus creencias políticas, todos aquellos jóvenes que compusieron la extrema izquierda hegeliana, que pelearon así en los parlamentos con la palabra, como en los campos y en las calles con las armas por encerrar el individualista é independiente espíritu germánico en el organismo propio de su esencia, en el organismo republicano. Y el espíritu de Hegel no se ha conte-

nido solo en Alemania. Si allí ha vivificado á los jefes del radicalismo, á Ruge, á Stirner, á Grün, á Fewerbach, en Francia ha vivificado á republicanos templadísimos como Vacherot y Michelet, á republicanos federales como Proudhon, y en Italia al ilustre Ferrari. No puede juzgarse todo el inmanente alcance de una doctrina por la inconsecuencia personal de su fundador y de su maestro. Aunque Cristo mandó pagar tributo al César, su doctrina de libertad y de igualdad destruia el cesarismo; aunque Lutero daba á la gracia tal extension que anulaba el libre arbitrio, su reforma alentó la libertad humana; aunque Hegel admitia la monarquía, su realidad de la lógica, su inmanencia de las ideas, su movimiento dialéctico del ser, su progreso indefinido, rompen abiertamente con las estrechas inconsecuencias del maestro, y van á fundar el gobierno de la razon pura y el advenimiento del espíritu absoluto en una confederacion de pueblos libres. El gran Maestro lo ha dicho en frase que admira, por lo profunda y lo sencilla: la historia del mundo es la historia

de la libertad. Así el pensador germánico no se aisla en su razon individual, á fin de encontrar allí la frágil base de la ciencia; dando por vanas todas las ideas anteriores al momento de su aparicion momentánea en la historia. Tanto valdria despreciar en el conocimiento de nuestro planeta los terrenos primitivos, cuando forman como sus bases inconmovibles; y en el conocimiento de nuestro propio temperamento fisiológico, el temperamento de nuestros padres y abuelos cuando salta por todo nuestro orgánismo y por todos nuestros humores. El hombre no aparece súbitamente en la tierra y en la sociedad; no debe creerse, pues, el triste abandonado expósito de los mundos. Como su vida natural se enlaza con la série de los minerales, de las plantas, de los séres orgánicos; su vida espiritual se enlaza con todos los siglos. La ciencia pura nos dá las ideas en sí, las ideas en su entidad; y la historia nos dá las ideas en su desarrollo y sucesion progresiva. En la ciencia las ideas son; en la historia las ideas viven y se mueven. No separeis la filosofía de la historia porque

será abstraccion sin realidad; no separeis la historia de la filosofía porque será confuso monton de hechos sin ningun principio superior que los coordine. La razon es individual y universal. La razon individual se encuentra en cada hombre; pero la razon universal en todos los hombres y en todos los siglos, en toda la historia. Despreciar la ciencia anterior, y recomenzar á cada momento su estudio, es tanto como nacer todos los dias. De esta suerte la ciencia permanecerá en perpétua infancia. Lo presente, que desprecia lo pasado, jamás podrá engendrar un mejor porvenir. Toda ciencia, aun la mas material y empírica se resuelve en idea. No lo dudeis, idea es el átomo del materialista; idea es el substratum del químico. Y por consiguiente, aun los sistemas que más á la observacion se someten, no pueden salir del idealismo. Y como todos los sistemas contribuyen al desarrollo de la idea, todos son, mas que falsos, incompletos, y todos se completan mútuamente en sus contrarios, en sus opuestos, porque la ciencia se encuentra en la to-

talidad de todos ellos, como la vida bajo todas sus fases en la totalidad del Universo.

En la idea se encuentran el pensamiento y el ser. Nosotros no conocemos en sí los objetos externos; solo tenemos ideas de ellos. El mundo interior y el mundo exterior se nos revelan por medio de esas divinas síbilas, por medio de las ideas. No detengamos nuestra atencion á reflexionar si las ideas son adventicias ó innatas, resultado de la experiencia ó resultado del raciocinio; no caigamos tampoco en el problema inútil de averiguar si el sentimiento es superior á la inteligencia, si sobre la razon hay aun otra facultad más perspicaz, más escudriñadora, más inspirada, más luminosa que se llama intuicion: declaremos con verdad, declarémoslo que ni las sensaciones llegarian á lo íntimo de nuestro ser si no se trasformáran en ideas; ni el pensamiento podria ejercitarse dentro de nosotros mismos, si no tuviera como elemento esencial las ideas; de suerte que bien podemos llamarlas, puesto que sin su auxilio no sentiríamos ni comprenderíamos las almas de las cosas.

Pensar es vivir, pensar es crear. El pensamiento lo abraza todo, lo contiene todo, lo explica todo. Más ancho que el espacio, más duradero que el tiempo; rápido y universal como la misma luz; vivificante, y necesario como el calor; atmósfera que envuelve, no á manera de nuestra baja atmósfera un solo planeta, sino todo el Universo; pasa desde el insecto que zumba en los límites de la vida, hasta la infinita via láctea; nota desde los arpegios del ruiseñor en sus escalas músicas hasta la armonía de las esferas en sus tablas astronómicas; se eleva de las cosas y de los fenómenos á las ideas abstractas y universales que son como la norma y el modelo de las obras humanas; y desde las impurezas de la vida, á la justicia, á la bondad, á la hermosura perfectas; y cuando llegado á la cúspide, parece rendido, cobra aliento, sigue en su ráudo vuelo, en su ambicion infinita, y mira frente á frente á Dios, como el águila, que despreciando la tempes tad, se eleva sobre las nubes, á contemplar cara á cara los resplandores del sol.

La idea es necesaria al pensamiento. La idea es necesaria á las cosas. Ni podemos pensar sin ideas; ni podemos sin ideas conocer el mundo y el espíritu. La idea entra, pues, en la existencia íntima y sustancial de los séres. La idea es la razon de todos los fenómenos. Mas la idea no tiene el carácter del motor inmóvil de Aristóteles; la idea mueve, porque se mueve ella mismo. Al movimiento de la idea lo llamamos dialéctica. La idea no es una; es ella misma y su contraria. Dentro de cada idea hay una oposicion á esa idea. La idea de lo infinito supone la idea de lo finito; la idea de la hermosura supone la idea de la deformidad. En las religiones la fé ha opuesto al Dios del bien, el Dios del mal ó el diablo, al cielo el infierno; en la metafísica el filósofo opone á lo contingente lo absoluto, á lo finito lo infinito; en la mecánica celeste el astrónomo encuentra la atraccion y la repulsion; en el aire el químico los gases opuestos que forman el equilibrio de la vida; en nuestro cuerpo el fisiólogo la sangre venosa y la sangre arterial, la batalla de humo-

res contrarios; en la tierra por todas partes vé el hombre la vida que engendra, y la muerte que devora. Coexisten siempre los contrarios. Y sobre esta coexistencia se funda la dialéctica. Así la dialéctica no es un mero método subjetivo; es la ley real, objetiva de todos los séres. Ningun cuerpo escapa á la ley de la gravedad. No consiente esta ley excepciones. El ténue polvillo de las plantas que parece burlarse de ella, vuelve á caer ó sobre las alas de la mariposa, ó sobre el cáliz de las flores, ó en la tierra misma, tornando como la mole inmensa de Saturno ó de Júpiter á su centro de gravedad. Nada en el mundo ni en el cielo se exceptúa tampoco de la ley imperiosa de los contrarios. Por do quier hay ser y no ser; unidad y multiplicidad; identidad y diferencia. Todos los seres por algun lado se tocan, por algun concepto se confunden; y por otro lado, por otro concepto, se diferencian y se combaten. Pero los contrarios se resuelven y se armonizan en otro tercer término. Por ejemplo, ser y no ser. ¿Cuándo se unirán estos dos conceptos?

Pues, se unen, segun Hegel, en la ley fundamental de su dialéctica, en el llegar á ser, por cuya virtud lo que no ha sido, es. Véase, pues, como en filosofía el órden y la conexion de las cosas representa de una manera sensible, palpable, el órden mismo y la misma conexion de las ideas. La dialéctica es ley á un tiempo de las cosas y de los pensamientos, de la naturaleza y del espíritu, de la realidad y del ideal.

El secreto entero de la filosofía hegeliana se encuentra en el concepto fundamental de lo absoluto. Para la antigua metafísica lo absoluto es trascendental; para Hegel lo absoluto es inmanente. Para la antigua metafísica lo absoluto, pura esencia, ser purísimo, fuera del espíritu, fuera de la naturaleza, apartado del mundo, y sin claras relaciones con él más que por la idea confusa de la creacion, y por la ley no bien definida de la Providencia; fluye en su inmovilidad, en su serenidad los seres, de lo absoluto distintos, de lo absoluto separados, como la alta montaña fluye los rios que van en su carrera creciendo á me-

dida que van de su fuente apartándose; y así para Hégel lo absoluto se mueve, se difunde, anima como el calor central todas las cosas, late en las ideas cual si fuera su sangre; es aquí materia inorgánica, allá materia organizada; toma las afinidades de la química para engendrar la vida de los seres y las fuerzas de la mecánica para producir la armonía de los mundos; sube, como la sávia por los árboles, sube por las fibras de la creacion y se convierte en espíritu, primero espíritu individual, personalísimo, luego espíritu objetivo, espíritu social; y planteando de contínuo oposiciones que resuelve en síntesis suprema, y tomando el carácter de la trinidad cristiana, tres términos distintos y un solo ser verdadero, encarna su derecho en el Estado, su hermosura en el arte, su vida en la historia, su esencia múltiple, rica de ideas, de pensamientos, plena, viváz, perfectísima en la última y más acabada de todas sus manifestaciones, en la manifestacion de la ciencia.

Los antiguos creian que diciendo el ser, lo

decian todo. Su Dios era el ser. Y creian no deber afirmar ya más. Para Hegel, para este gran filósofo del movimiento dialéctico, es más que el ente, que el ser por excelencia, de quien nada se afirma, el último de los séres que á su cualidad de ser, otras cualidades reune, y de quien pueden otras afirmaciones expresarse. Y lo que decimos de la antigua concepcion de lo absoluto, lo que decimos de la antigua concepcion del ser, decímoslo tambien de la antigua concepcion de la lógica. Demasiado extensa para unos, demasiado restringida para otros, la lógica no se hallaba, no concretada, ni definida para todos. Y la lógica principia las ciencias puesto que tiene por objeto la idea en su pureza. Externa, formal, arbitraria para los escolásticos, no pasaba de ciencia de las proposiciones. Para Hegel, bajo su primer aspecto, la lógica aparece como la ciencia de las formas universales y absolutas del pensamiento y de la existencia. Pero la idea lógica no es pura forma, puesto que puras formas no existen y todas reclaman su contenido. El contenido de

la lógica, digámoslo así, la sustancia de la lógica es la idea nativa, la idea en su incomunicable esencia, la idea purísima, cuando se despierta, se levanta en el ser como se despertó y se alzó sonriente la Vénus griega en las espumas del mar. Dada la idea, se dá la lógica, dado el contenido, se dá la forma, porque la forma y su contenido se compenetran de igual manera que se compenetran la idea y la lógica, la sustancia y el organismo de la sustancia. Separad por medio del pensamiento el alma del cuerpo, contemplad el alma en sí, en su esencia, y tendreis la idea lógica, la idea pura, la idea antes de que la haya encubierto el velo de la materia en el mundo, y la impureza de la realidad en la historia. Y como la lógica es la ciencia de la idea en su pureza, todas las ciencias presuponen la lógica, y la lógica no presupone ninguna ciencia. Todas deberán á la lógica su método; y la lógica se lo deberá á sí misma. No hay ninguna ciencia que todo lo saque de sí como la lógica, ninguna tan libre, ninguna tan autónoma. La lógica es la cien-

cia del método absoluto, de la forma absoluta, no solo mientras la idea sea abstracta, ó en sí misma, sino despues que la idea se haya encarnado en la naturaleza y en el espíritu. Porque la idea se habrá desarrollado en otras sustancias sin dejar su propia esencia, ni su pura forma. Las categorías lógicas del pensamiento leyes son tambien de la realidad.

La idea no puede existir en la pura abstraccion. La idea pasa de lo posible á lo real. La idea pasa de la lógica á la naturaleza. Hay en la naturaleza principios absolutos, como los hay en la lógica, como los hay en las matemáticas. Y si hay en la naturaleza principios absolutos, hay la ciencia de la naturaleza como hay la ciencia de la lógica. Los principios lógicos, por ejemplo, el principio abstracto de la causalidad, pertenecen solamente á la lógica, y se pueden aplicar á todas las ciencias; los principios físicos pertenecen á la lógica y á la naturaleza. Como la lógica es la idea en su abstraccion, la naturaleza es la idea en su primer grado de realidad. El Uni-

verso es total. Nada existe en él separadamente, y en la soledad absoluta. No se puede apartar el espacio del cuerpo, ni el cuerpo del espacio, el calor de la luz, las cualidades de las sustancias.

Si por abusos de lenguaje separais, si apartais la sucesion de los fenómenos del tiempo; si apartais los cuerpos del espacio, caereis en puro nominalismo. Todo se junta y se vivifica, y se anima, y se relaciona, y se sostiene en la totalidad del Universo. La idea, no pudiendo ser solamente la pura abstraccion lógica, pasa al espacio, que es y no es á un tiempo mismo, que es algo y es nada; y del espacio la idea pasa á la materia, más tangible, más real que el espacio; y ya la materia en el espacio adquiere movimiento y se divide en unidades distintas que forman los astros, el sistema sideral; y la aparicion de los astros es el primer esfuerzo para engendrar la individualidad; y la atraccion es el deseo universal de los astros á juntarse, á sostenerse, á relacionarse mútuamente, divididos todos en grandes individuos, y subordinados todos

á una fuerza comun; y de estas relaciones puramente mecánicas, en las cuales el peso, la gravedad predomina, va la idea á la vida química, que engendra la variedad de sustancias, la accion de unas sustancias sobre otras, el trabajo interno de union y de oposicion, que es afinidad, cohesion, calor, magnetismo, flujo y reflujo de combinaciones, metamorfosis contínua, gradual de esencias; hasta que aparece, despues del mundo mecánico y del mundo químico, el organismo, la planta, que se asimila y se nutre de materias inorgánicas, y las vivifica, y las espiritualiza; el animal, cuyos órganos están sometidos á la unidad central de cada cuerpo, y que afirma esta idea de la individualidad moviéndose y poseyendo además del movimiento calor propio, calor central; y así como el mundo mineral se une al mundo vegetal por las cristalizaciones que tienden á organismo propio, el mundo vegetal se une al mundo animal, por el zoófito, por el pólipo, especie de plantas animadas, especie de cordon umbilical que ata nuestro organismo á la vegetacion; hasta que desde

estos bocetos, desde estos borradores, poco á poco, por grados sucesivos, por séries sistematizadas, pasando en gradacion ascendente del crustáceo al mamífero, la vida animal crece, y crece en perfeccion, y llega al cabo á su obra maestra, al resúmen y compendio de la naturaleza, al organismo humano.

La vida orgánica realiza la idea de la totalidad. Cada individuo es en sí, dentro de sí, no solamente abreviado Universo, sino tambien abreviado absoluto. El más débil de los séres organizados, el más efímero, procede, no como rey, como tirano del mundo inorgánico; recoge las fuerzas mecánicas y las subordina á su fuerza propia; recoge los medios químicos y le obliga á servirles de alimento; derriba las plantas, destruye los séres inferiores, se apropia las sustancias que necesita, rompe, destroza, para procurarse ó habitacion ó alimento; acecha á otros séres, y vive por otros séres acechado, pero extendiendo á todas partes la sombra de su individual egoismo, hasta que viene como manifestacion de

la eterna justicia, esa inflexible reina de los séres, la muerte, con su paso callado, con su mano huesosa, con su manto de tinieblas, con la guadaña por cetro, á castigar las ambiciones individuales, á refundirlas en la vida general de la especie, á demostrar qúe ningun indivíduo puede elevarse á lo absoluto, á rejuvenecer con la renovacion de las generaciones la vida sobre este vasto cementerio de séres desaparecidos, sobre esta vastísima pradera de séres renacientes, sobre los planetas: que la muerte, por destructora, por exterminadora, no deja de representar en el Universo la fianza y el seguro de la inmortalidad. En la lógica, el ser y no ser se confunden; y en la naturaleza se confunden tambien el amor y la muerte, ambos en último resultado sujetos á renovar la vida y á perpetuar las especies.

La idea, que no pudo permanecer en las puras abstracciones, que sintió necesidad de concretarse en la naturaleza, siente necesidad de subir desde la naturaleza á escalas superiores de la vida y del sér. Prepárase el

Universo á convertirse en el teatro de una evolucion superior de la idea, desde que la evolucion orgánica está concluida, perfecta, y toca á sus últimos grados. La tierra se pule, la atmósfera se aclara, la luz y el calor dispersan los vapores y las nieblas, extínguense los volcanes, retíranse los mares; próvida vegetacion cargada de flores y de frutos surge; los continentes se dibujan rodeados de sus collares de islas, entre las cuales juguetean y cantan coronándose de espumas las agitadas ondas; en las séries de organismos, la vida busca instintivamente el organismo superior; los animales se perfeccionan; el sentimiento, el instinto, la memoria aparecen como profetas de la nueva vida, como precursores del nuevo sér; las aves abren sus alas y se elevan á las alturas entonando sacro himno, como si aspiraran á lo infinito; las fuerzas ciegas se van sometiendo á una fuerza suprema; y al fin, bajo el cielo espléndido, sobre la tierra perfeccionada, en la cima del organismo, en los ojos, en el cerebro del hombre, amanece el nuevo dia, el eternodia del espíritu.

La lógica está sujeta á un desarrollo, la naturaleza sujeta á un desarrollo, el espíritu, como la lógica y la naturaleza, á un desarrollo tambien sujeto. En la cuna de la especie no existen aun ni la conciencia, ni la libertad. El hombre primitivo, pegado casi á la tierra, uno con la naturaleza en la cual parece como el feto en las entrañas maternas, todavía no es personalidad. El espíritu no se distingue de la matèria, ni la inteligencia del instinto, ni la voluntad de los agentes naturales, y el sér humano se encuentra como asfixiado en el seno de la tierra. Esfuerzos grandes le costará tomar posesion de sí mismo, sentir su independencia del mundo, llegar al conocimiento de sí y al ejercicio de la libertad. Esta será una evolucion en realidad tan viva y tan radical, como la verificada para pasar desde la lógica á la naturaleza, y desde la naturaleza al espíritu. Aquí comenzarán la moralidad interna del indivíduo y la vida superior de la sociedad. Cada hombre reconocerá su igual en otro hombre; y encontrará un límite á su propia libertad en la libertad de sus seme-

jantes. El espíritu de cada uno existe íntegro y completo en la totalidad de los hombres, y comprende que necesita fundar su libertad en la libertad de los demás. Espíritu y libertad son sinónimos. Pero ningun espíritu individual puede ni debe abrogarse el monópolio de la libertad. Es como el aire, como la luz, el bien de todos. Y este poder superior á todos, que contiene la libertad, no de cada hombre, sino de los hombres juntamente, se llama por otra evolucion superior de la idea espíritu objetivo.

El espíritu objetivo tiene como la lógica, como la naturaleza, como el espíritu subjetivo, sus grados y sus desarrollos. El primero de estos grados es el espíritu nacional. Admítese con dificultad por el sentido comun la unidad sustancial de los espíritus, el espíritu general humano. Admítese con mayor dificultad todavía el espíritu nacional. ¿Qué quiere decir eso de espíritu de un pueblo? preguntan generalmente. Se ve que todos los hombres sienten la identidad, la comunidad de su sér en el espíritu, y no se quiere ad-

mitir el espíritu de la humanidad. Se ve que los ciudadanos de un pueblo se confunden é identifican en ideas comunes, en comunes sentimientos, y no se quiere admitir el espíritu nacional. El comun sentido, muy cerca siempre del empirismo, solo ve ciudadanos, solo indivíduos, y no esa fuerza superior de la vida social, que no es resultado de los esfuerzos individuales. En la éxperiencia solo se encontrarán indivíduos, pero en la razon existen tambien las naciones con su espíritu propio, existen las sociedades con su propia fuerza. Y no puede ser la nacion la suma de los ciudadanos, es algo más, es un organismo, es una vida, es un espíritu. ¿Quién os ha dicho que teneis un cuerpo cuando teneis la aglomeracion de órganos necesarios al cuerpo? ¿Y quién os ha dicho que teneis un pueblo cuando teneis una aglomeracion de ciudadanos? Hay en los organismos órden, proporcion, ley, armonía, funciones, y hay lo mismo en los pueblos. Tienen los organismos su unidad y la tienen los pueblos. En este órden y en esta proporcion de las naciones,

hay una fuerza superior. Arrancar al hombre de la sociedad, es como arrancarle de la tierra, y arrancar las sociedades de esta determinacion llamada nacionalidad, es destruir una de sus leyes esenciales. El indivíduo no es un sér puro; como há nacido en una familia, en un tiempo, ha nacido en el seno tambien de una nacion. Ningun hombre vivirá fuera del aire. Ninguno podrá vivir socialmente fuera de su tiempo ni fuera de su pueblo. A su vez los pueblos, que renuncian al espíritu de su siglo, como los hombres que renuncian al aire de su planeta, mueren. Las restauraciones políticas y las restauraciones literarias, significan vejez en la vida social. Los pueblos restauradores del régimen reaccionario que han destrozado, se parecen á los ancianos alimentándose de los recuerdos. Un pueblo es fuerte cuando vive en el espíritu de su siglo, como es fuerte un hombre cuando vive el espíritu de su pueblo. Véase, pues, como existe realmente ese grado del espíritu objetivo que se llama espíritu nacional.

Todos los séres tienen alas. Todos aspiran á

subir. Todos, como la nube de incienso en las bóvedas del templo se elevan á lo infinito. Esta aspiracion es interna y constitutiva de los séres. La idea no reposa en su progresion ascendente, en sus evoluciones hácia la superior perfeccion. De la lógica ha pasado á la naturaleza, de la naturaleza al espíritu, del espíritu subjetivo al espíritu nacional objetivo; y al tocar en la region del Estado, la idea comienza á sentirse y á reconocerse espíritu absoluto. Por el Estado el espíritu subjetivo se objetiva en el mundo exterior, lo trasforma y se lo asimila. El Estado se diferencia de la sociedad civil en que la sociedad civil procura el bien de los indivíduos ó de las familias, y el Estado procura el bien general. Así obliga á sacrificar las satisfacciones egoistas del individuo ó de la familia en el altar de la patria. El Estado es la esfera de lo universal.

Mas para Hegel hay error gravísimo en admitir como formas de gobierno la pura monarquía ó la pura democracia. Esta tendencia á las formas puras de gobierno consiste, segun su sentir, en el desconocimiento de la

sociedad y de los elementos contrarios que la componen, y de las fuerzas opuestas que la sostienen. Así no responden á la idea total del Estado. La monarquía solo ve la unidad y suprime la libertad. La democracia solo ve la variedad, las individualidades, suprime la unidad. Se han considerado los gobiernos monarquico-parlamentarios gobiernos convencionales, siendo los gobiernos de la razon, los gobiernos de la naturaleza. Esta creencia, en sentir de Hegel, proviene de esos *hábitos* inveterados al espíritu humano, que ansioso de simplificar los sistemas, les quita sus elementos esenciales. La República, segun Hegel, confunde la sociedad civil con el Estado, y atiende solo al bien del individuo. Por eso, por confundir el bien del individuo, de la casta con el bien general, cayeron las repúblicas antiguas en el despotismo. Esta trasformacion de las repúblicas en dictaduras, es la condenacion inapelable de semejante forma de gobierno. Así proclama forma normal de gobierno la monarquía. El Estado para Hegel no pasa de

pura abstraccion cuando no se realiza en una persona representante de sus ideas, de sus tradiciones, de su historia, encarnacion de su autoridad y de su derecho. ¡Lástima grande que concepcion tan alta se precipite en resultado tan lastimoso!

¡La monarquía forma normal del Estado! Para sostener tan extraña tésis tiene el filósofo que recurrir á la máxima proverbial en lábios de Luis XIV, «al Estado soy yo.» Y en verdad, aun para aquellos que más templada la quieren, tiene algo siempre la monarquía de apoteosis ó deificacion, ya sea de una persona, ya sea de una familia. Y esa deificacion, ese derecho hereditario á reinar sobre un pueblo, tiene algo de la casta oriental rota por tantos progresos. Suponer que un hombre, por grande que parezca, puede personificar la sociedad, es como suponer que puede personificar el Universo. Pedir su intervencion personal es tanto como creer la sociedad entregada al arbitrio de una inspiracion superior, milagrosa. Las leyes sociales son independientes de las personas, de las

familias, como las leyes del Cosmos. Decir que dentro de la República no caben los dos términos de las sociedades humanas, la autoridad y la libertad, el derecho individual y los poderes sociales, el movimiento y la estabilidad, equivale á desconocer la esencia de la República, que distribuye la vida con regularidad y en proporciones, imposibles dentro de una monarquía. La ley social debe obligar á todos. Y es ley social, independiente de las convenciones de los hombres y de la voluntad de los poderes publicos, el derecho. Y es ley del derecho su universalidad. Y esta universalidad se desmiente si un solo hombre trae desde la cuna, desde el momento de su generacion, el privilegio de regirnos, porque este hombre se encontrará fuera del derecho y dentro del privilegio desde el punto en que una ficcion, necesaria á la monarquía, le declare irresponsable. Decir que la individualidad se desarrolla abusivamente en las repúblicas, argumento parecerá á todo espíritu recto tan baladí como el de aquellos filósofos misántropos que pedian el sacrificio

de los derechos individuales para el sostenimiento de la autoridad y de la vida social. Hegel ha dicho en una de las más admirables análisis de su filosofía, que toda esencia lleva en sí misma su forma. Y nadie puede negar, nadie, que la forma perfecta de las democracias es la república. El espíritu nacional que Hegel reconoce como un ser en sí, como un grado más en la ascension de la idea, no puede contenerse en organismo que le sea más propio. Los reyes fundan monarquías; las repúblicas verdaderas naciones. Y no se repita el argumento de que las dos repúblicas antiguas degeneraron en dictadura. Degeneraron desde el dia nefasto en que cayeron por su mal en los errores monárquicos de imaginar á un hombre personificacion de la sociedad. Y esta sustitucion de la república por la monarquía fué su muerte. Los génios que brillaron en la córte de Augusto hijos eran de la república. Despues la hinchazon sucedió á la grandeza, y la retórica á la elocuencia. Grecia murió el dia que murió su República. El género humano llora aun la

batalla de Queronea en que murió la Atenas republicana; la batalla de Farsália, en que murió la Roma republicana; maldice al emperador Cárlos V y al papa Clemente VII, que mataron la república florentina; y no cree bastante castigo al primer Napoleon, Waterlóo, ni al tercero, Sedan, ya que cometieran el crímen de asesinar dos repúblicas.

Y la conciencia humana, encerrada en la historia, recuerda que las épocas fáustas han sido las épocas del florecimiento de las repúblicas. La federacion de Israel dictó la ley moral á que nuestra conducta se atiene, y educó aquellos profetas, cuyas imprecaciones contra los reyes todavía inflaman los corazones de nuestros varios pueblos y cuyas esperanzas de redencion todavía animan las ideas religiosas de nuestras varias civilizaciones. La República griega comenzó la educacion estética del género humano, y fundó á un tiempo la eterna forma del arte y el espíritu de la ciencia; cincelando con su cincel en la piedra las estátuas, modelos inmortales de la belleza plástica, y con sus ideas en la

sociedad los primeros ciudadanos de la democracia. Los fundamentos del derecho civil en el occidente de Europa y en la América latina, débense á otra República, á la República romana. Mientras subsistió, sus héroes fueron capaces de merecer en pleno imperio la pluma de Plutarco, en tanto que los Emperadores más grandes solo merecieron las estóicas maldiciones de Tácito ó la vergonzosa ignominia de la Historia Augusta. En el mundo moderno sigue la prodigiosa vitalidad de la República. Todas las glorias de Italia en la Edad Media se unen á esta forma de gobierno.

En la República se educaron el génio que pintó la Cena, el génio que modeló el Perseo, y el génio que animó con su epopeya ciclópea las bóvedas de la capilla Sixtina. Cuando aquella República, nueva Atenas, cayera definitivamente, Miguel Angel modeló en mármol una mujer desnuda, con la belleza griega, con el alma cristiana; puso el dolor en su rostro, el sueño en sus párpados, y la llamó la noche, indicando que habia venido

eterna noche sobre la conciencia humana al extinguirse tan clara estrella en su cielo. Y en efecto, Pisa, que animó las piedras; Florencia, que resucitó el génio griego; Génova, que avivó el comercio y encontró la letra de cambio, y engendró al descubridor de América; Venecia, que llenó con las maravillas de Oriente empapadas en la primera luz de la creacion los dias sombríos de la Edad Media, todas rodeadas de artistas, cuyas obras forman oasis de consuelos en el desierto de la vida, todas son repúblicas. Y repúblicas aquellos municipios de España, aquellos comunes de Francia, aquellas ciudades libres de Alemania que contrastaron el feudalismo, que sustituyeron á la justicia del señor la justicia del jurado, que echaron los fundamentos de la propiedad, que son artífices de la libertad y de la riqueza. Y república el pueblo alpestre, vencedor en los desfiladeros de los Alpes y en los bordes de sus lagos, como los griegos en las Termópilas y en Salamina, vencedor inmortal de los tiranos; y república la pequeña nacion que

robó espacio al mar para establecer sus hogares, verdaderos templos de la libertad del comercio y de la libertad del pensamiento. Y república la sociedad gloriosa que á fines del pasado siglo se alzó, fortalecidos sus sentimientos en las máximas democráticas del Evangelio, su razon en las ideas de la ciencia, á ponerse á la cabeza del movimiento republicano, que es la honra y la grandeza de América. Y república la que en Francia venció á todos los reyes de Europa, y sembró las primeras ideas de progreso, que concluirán por regenerar y democratizar á todos los pueblos de Europa.

En alguno de sus libros ha dicho Hegel, que al contenido, á la esencia corresponde invariablemente la forma. Y el contenido, la esencia de la civilizacion moderna es la democracia. El advenimiento de la democracia no es un problema; es un hecho. Inútil buscar quien lo ha traido. El movimiento hácia este elemento social fué tan grande, tan seguro é incontrastable, que buscar su impulso seria como buscar quien ha levantado nues-

tras montañas ó abierto nuestros valles. No tienen arquitecto. El que tal se creyera, el que se imaginara arquitecto de las democracias modernas, pareceríase á los hombres ideados por Voltaire en su Micromegas, que apenas visibles por su pequeñez á los gigantescos habitantes de otros mundos, teníanse por creadores de todos los espacios y de todos los orbes. No ha traido la democracia ningun hombre, ningun bando político. La ha traido el espíritu cristiano; la irrupcion de las tribus germánicas que sellaran con el sello indeleble de la dignidad humana nuestros corazones; las otras gentes, no menos guerreras, venidas del Norte á destruir la reaccion carlovingia y á surcar con sus espadas la tierra para poner en ella la idea de la personalidad; las antiguas órdenes monásticas que ungieron con el óleo del sacerdocio la frente del plebeyo; el misterioso valladar que detuvo el movimiento de las Cruzadas y obligó á las tribus europeas á buscar en sus propias fuerzas lo que jamás hubieran encontrado en la conquista; la nube de gremios, de asocia-

ciones, de municipios que comenzaron á reconocer la virtud del trabajo y á maldecir las calamidades de la guerra; los cismas que rompieron y soterraron la autoridad de la teocracia; los concilios de los siglos décimo-cuarto y décimo-quinto, que reanimaron el génio republicano del Evangelio; los descubrimientos que rehicieron y centuplicaron nuestras fuerzas; la pólvora que puso el fuego de Prometeo en las manos del hombre; la imprenta que dió el talisman de la inmortalidad á sus ideas, la brújula que le sojuzgó los mares, el telescopio que escudriñó los cielos, la América que trajo en su hermosura nueva creacion para la nueva alma; la Reforma que reveló como la escuela socrática el númen de la conciencia y la virtud interior de la libertad de creer y de pensar; el Renacimiento que reconcilió al genio moderno con la historia antigua y con la naturaleza eterna, qué encontró las formas perdidas del arte en el culto al organismo humano; el establecimiento de la República holandesa y el progreso de la República suiza en el corazon de Europa; los

viajes de los puritanos al Nuevo Mundo, para levantar un templo al Dios de la libertad y una sociedad al genio de la civilizacion; la filosofía que reveló el derecho natural; las revoluciones que hicieron saltar en pedazos todos los obstáculos opuestos al progreso; la conjuracion de todas las ideas científicas, de todas las fuerzas vivas que, si los movimientos del planeta y la evolucion de sus organismos convergen á producir el hombre, cima de la creacion, las evoluciones del arte, de la industria, de la política, de las ciencias, convergen á producir la democracia, cima de la sociedad y de la historia.

Las ciencias producen sus formas. Imagínese Hegel que á la idea, á la esencia de su filosofía, al viajero incansable de sus construcciones científicas, despues de haber descendido del desierto de la eternidad á la vida multiforme de la naturaleza; despues de haberse irradiado por los espacios en soles y en mundos; y de haber subido por las escalas de los mundos á las más altas formas orgánicas; despues de haber entrado en nuestro cuerpo

y haber visto con nuestros ojos, hablado con nuestros lábios, pensado con nuestro cerebro, sentido en la frente el resplandor de la nueva aurora del espíritu absoluto, le dijeran que retrocediera en su camino, que tornara á dormir en el mineral, á trocar el instinto por la inteligencia, el hado de las especies inferiores por la libertad, ¿no protestaria contra este absurdo, aunque se lo impusiera la voluntad misma de Dios? Pues las naciones modernas han llegado á concebir una idea superior del derecho, una forma digna de esa idea en el Estado, y no retrogradará su conciencia hasta encerrarse en los absurdos organismos de las castas teocráticas, en el monstruoso seno de las vacilantes monarquías.

Hegel lo comprendió tambien así; pero su carácter no estaba al mismo nivel de su inteligencia. Filósofo de un estado monárquico, sacrificó en el altar de la monarquía para que en paz lo dejasen los poderes públicos proseguir sus investigaciones científicas. Pero toda su filosofía de la historia desmiente sus consecuencias políticas. La historia es el desar-

rollo del espíritu universal en el tiempo; y este espíritu es la razon de Dios que gobierna al mundo. Decir que algo se desarrolla es decir que viene á ser en aetos lo mismo que era en potencia. El espíritu, esencialmente activo, desarróllase en acciones. Las leyes de la lógica llámanse en el mundo de la naturaleza leyes físicas, y en el mundo del espíritu leyes históricas. Estas leyes tienen carácter racional y científico. En su movimiento eterno, los séres y las cosas, reciben el impulso de la razon, y van á convertirse en espíritu absoluto, en espíritu con plena conciencia de sí mismo. La Providencia divina que es poder, que es razon, que es virtud, que es fuerza, ha trazado con plan divino, un ideal divino para gobierno del mundo. Y este plan, este ideal, se encarna sucesivamente en la historia. La historia aparece como una verdadera Theodicea. La historia es el teatro verdadero del espíritu y la esencia del espíritu es la libertad; como la esencia de la materia es la gravedad, la pesadumbre. La historia es la série gradual de vicisitudes por donde ha pasado el espíritu

humano para llegar á la libertad y á la conciencia. El Oriente ignoró por completo la libertad. Así, su religion fué como la confusion del hombre con la naturaleza. Allí no hubo libertad sino para uno solo, para la imagen de Dios, que se llamaba rey. Los griegos y romanos extendieron la libertad, la proclamaron para algunos; mas en sus respectivas sociedades quedó la esclavitud. A la raza germánica corresponde el privilegio histórico de haber traido al cristianismo la idea de la libertad personal, de la libertad debida al hombre, no como ciudadano de este ó aquel Estado, sino como persona moral. Mas para aplicar este principio á la religion, á la vida, al derecho, á la política, han sido necesarios esfuerzos verdaderamente gigantescos por su intensidad y seculares por su duracion. La historia del mundo es la historia de la libertad. Y la libertad busca la perfeccion en su desarrollo progresivo. El que no comprenda así la vida, no comprenderá el espíritu. La historia será para él una trajedia donde combaten pasiones encontradas, y que tiene por eternos pro-

tagonistas, ya el hado, ya el acaso. El espíritu pasa, al adquirir su libertad, su conciencia y al realizar su perfeccionamiento, por diversos estados históricos. Y no hay estado histórico que no se crea definitivo, y que no oponga resistencia al desarrollo espiritual y humano. De aquí grandes conflictos, en que la victoria definitiva toca siempre á la libertad y á la conciencia. El espíritu se ha confundido con la naturaleza en Asia; ha distinguido al hombre de la naturaleza en Grecia y Roma; ha llegado á la idea plena de su libertad en el mundo germánico-cristiano, en Europa y América. Ninguna fuerza ha podido impedir este desarrollo. La humanidad ha llegado á su madurez completa. Esta última edad tiene tres épocas; irrupciones germánicas; feudalismo é Iglesia; tiempos modernos, razon y libertad. El descubrimiento de América fué el alborear de este dia, la Reforma fué su mañana, la Revolucion francesa su plenitud. El hombre se siente henchido de libertad, y la libertad henchida de espiritu divino. Y no quiere ya reconocer la diferencia

entre sacerdote y láico; ni la diferencia entre monarca y vasallo. La edad de la razon se fortalece desde la paz de Westphalia que asegura la libertad religiosa hasta las revoluciones modernas que revelan el derecho. Decimos á esta edad última edad de la razon, porque conoce las leyes de la justicia y del derecho. La verdad que Lutero creyó encontrar en el libro histórico, en la Biblia, la busca todo hombre en el libro eterno, en la conciencia. Pero el hombre no es solamente razon, es tambien voluntad. Se necesita completar la soberanía de la razon humana con la soberanía de la voluntad humana. En Francia, Rousseau proclamó el derecho de los pueblos; y en Alemania Kant y Fichte dijeron que el hombre solo debe querer su libertad. En Alemania la idea era más libre, y siguió su camino más sosegadamente. En Francia, la idea era más perseguida, sobre todo por la Iglesia, y estalló la revolucion. Se ha dicho que la revolucion francesa provino de la filosofía, y la filosofía no debe negarlo, debe reconocerlo, porque la filosofía no es solamente la razon pura, sino

tambien la razon viviendo, la razon realizándose en el mundo. Vino la tempestad porque la idea progresiva tuvo que romper la oposicion ciega y formidable del estado histórico. Para evitar estos conflictos se necesita que nada haya tan sagrado á los ojos de los gobernantes y gobernados como el derecho. Así desarrollarémos el espíritu humano hasta llegar á su plenitud y á su perfeccionamiento. Hé aquí la teoría de Hegel. Decidme si el filósofo que piensa así, que enciende este ideal en la mente, que traza este plan á la historia, que dicta las leyes del progreso, que ve al espíritu elevarse desde la naturaleza á la conciencia, puede querer sin contradecir radicalmente sus principios, que todo este progreso humano se detenga ó retroceda ante la sombra de la monarquía.

Y la filosofía del progreso aun aspira á más en su desarrollo; en su crecimiento, aun aspira á más que á encerrar el espíritu en la vida social. La política aparece á sus ojos como humilde esfera; el Estado como organismo positivo; la autoridad, á pesar de sus

últimos progresos, como potencia exterior, necesitada de fuerza de coaccion, para cumplir sus más inmediatos fines; en tanto que el espíritu, aspirando siempre á mayor libertad, á mayor independencia, no puede encontrarlas sino fuera de su cárcel y de sus cadenas materiales, allí donde es creador, donde sacude de sus potentes alas todo el barro terrestre, en los cielos del Arte. Mientras que en el Estado el espíritu desceñido ya de la naturaleza y sujeto á fuerza más ideal, obedece sin embargo á la fuerza; en el Arte solo se obedece á sí mismo, en el Arte el espíritu solo obedece al espíritu. Y no solamente se emancipa del Estado en la cima de este luminoso Tabor; se emancipa tambien de la naturaleza, se emancipa de todo lo visible, y se recrea en la contemplacion de sí mismo, y se absorbe en su incomunicable esencia, y se acerca á Dios. No, no destruye ninguna de sus anteriores manifestaciones; no reniega de ninguno de los antecedentes y grados de su vida; no rompe la escala misteriosa por donde ha subido á la posesion de su esencia; encerrado primero en la

lógica, despues en la naturaleza, pasando de la naturaleza al Estado, y del Estado al arte, no destruye ninguno de los términos anteriores de su vida, los toma por base, por pedestal, de la misma suerte que la tierra agrupa sus armoniosos organismos para que sirvan á su obra maestra, á la estátua que remata el planeta, al hombre y á su conciencia. Profeta, artista, ya eleve un monumento lleno de grandezas, ya trasforme el frio mármol en estátuas donde el espíritu y la naturaleza se abrazan; ya anime con sus colores y matices, con sus creaciones las tablas y los lienzos; ya arranque á las vibrantes cuerdas divinas melodías, ó se eleve á las inspiraciones épicas, á los dolores trájicos, siempre será sacerdote de lo infinito, ángel de regiones etéreas, creador de un mundo ideal superior al Universo, mundo de libertad, como que en él se identifican la idea con su objeto, se tocan el cielo y la tierra, se confunden la criatura y el Creador.

Mirad cómo las artes van separándose progresivamente de la materia. En la arquitectura la materia con su grandeza abruma al espí-

ritu; las piedras talladas no pasan de símbolos muy alejados de las alturas á que las ideas tocan; arte primero, equivale al mundo mineral en que tiene relativamente su magnitud, sus moles, sus proporciones, y no tiene aun la gracia, la belleza, la variedad de ideas que alcanzan otras formas del arte. El escultor usa tambien de la materia, pero la espiritualiza, la acerca más á la forma orgánica, la sujeta á expresar la idea, la obliga á manifestar inmediatamente la esencia de la idea, y la eleva hasta confundirla con el tipo perfecto de la humana belleza. La escultura, sin embargo, no puede expresar el alma, el mundo interior; este ministerio lo desempeña el pintor, en cuyos colores, en cuyas figuras, en cuyas escenas, más cercanas á la vida interior, comienza á alborear el espíritu y á dilatarse la esfera intermedia entre las artes plásticas, las artes de la forma y las artes espirituales; las artes verdaderamente expresivas de las ideas, expresivas del alma. La música, más vaga, menos material que las otras artes, ya entra en el mundo del espíritu y ex-

presa lo más íntimo del sentimiento. Pero el arte por excelencia, el que resume toda la vida humana, el que expresa con mayor unidad y variedad á un mismo tiempo la esencia del espíritu, la identificacion de lo finito con lo infinito, el soplo creador de Dios difundiéndose por el espíritu, y el espíritu elevándose á lo divino, es la poesía.

Pero el arte no es el grado último del espíritu absoluto; hay otro grado superior, hay la religion. Como el arte tiene tres términos; símbolo, ó predominio de la forma sobre el fondo en Oriente: clasicismo, ó armonía del fondo y de la forma en Grecia; romanticismo ó predominio del fondo sobre la forma en el mundo cristiano; la religion tiene tambien tres términos. Lo que el mundo mineral en el desarrollo de la materia; lo que la arquitectura en el desarrollo de las artes; el panteismo materialista del Oriente es en el desarrollo de la idea religiosa. Dios lo llena todo, lo representa todo, lo absorbe todo; está en los cielos y en la tierra, en los templos de los sacerdotes y en los palacios de los reyes. La criatura, aun

la misma criatura humana, de ninguna manera merece compararse ni con el polvo que levantan las ruedas del carro de Dios en los espacios infinitos. De la libertad no hay idea. Pero el espíritu religioso se trasforma. Un nido de perlas sirve á esta trasformacion: Grecia, tendida sobre los mares como una hoja de morera; rodeada de islas que parecen sirenas; ceñida por un cielo resplandeciente; surcada de montañas donde el mirto y la adelfa crecen como para coronar á los poetas; esmaltada de templos armoniosísimos como si fueran liras de piedras; poblada de dioses, nacidos en los cánticos de Homero, modelados por el cincel de Fidras, verdaderos reflejos y criaturas de la inspiracion artística: que así como en Oriente la divinidad lo llena todo con su esencia, lo lleva todo con su libertad en Grecia el hombre. Mirad cómo la idea se desarrolla. Asia ha producido Dios, no el hombre; Grecia ha producido el hombre y no Dios; pero Dios y el hombre se encuentran cincelados, aunque separados, al finalizar la antigua historia, y viene á reunirlos por

medio del Verbo, el cristianismo, la religion de lo absoluto, la religion del Hombre-Dios.

Pero ni el arte, ni la religion realizan la esencia del espíritu. El espíritu absoluto se realiza completamente en aquella esfera superior, en la filosofía, donde tiene por objeto único la verdad eterna, divina; donde el ser llega por fin, despues de tantas sucesivas trasformaciones, á la plenitud completa de su vida y á la absoluta posesion de su conciencia. Lo infinito, lo absoluto, tiene de sí mismo conocimiento en la filosofía, donde termina este largo viaje del ser, de la idea, desde la pura lógica á la naturaleza, desde la naturaleza al Estado, desde el Estado al arte, desde el arte á la religion, desde la religion á la ciencia donde adquiere la plenitud, como hemos dicho, de la vida, la posesion de la conciencia, llegando á ser espíritu absoluto.

CAPITULO XV.

LA FILOSOFIA DEL PESIMISMO COMO OPUESTA A LA FILOSOFIA DEL PROGRESO.

La filosofía de Hegel fué combatida y contrastada por un filósofo, á quien el explendor májico del lenguaje ha dado fama literaria y poder científico en Alemania. Este filósofo se llama Arturo Schopenhauer. Si oimos los juicios que forma de los pensadores germánicos, nos admirará la confianza en sí, la arrogancia contra los demás. Lo mismo el filósofo del idealismo subjetivo, que el filósofo del idealismo objetivo; lo mismo el filósofo del idealismo objetivo, que el filósofo del idealismo absoluto; en su concepto, son char-

latanes, sofistas, juglares ó acróbatas del entendimiento. Desesperacion, y solo desesperacion engendra en su ánimo considerar la decadencia intelectual de un siglo como el siglo XIX, y el extravío moral de un pueblo como el pueblo aleman, que tienen á Hegel por pensador y filósofo. La filosofía de este, es para su arrebatado enemigo ciencia al reves; conjunto de ideas empíricas convertidas por la nueva alquimia en ideas abstractas; comedia de mal gusto, y arlequinada de carnaval; gigantesca orgía de vacantes ébrios á los vapores de vino envenenado; espinosismo rejuvenecido y explotado para dar de comer á la familia; teatro de polichinelas movidas por el hilo de una dialéctica engañosa; encanto de profesores y agregados universitarios, los cuales serán considerados por una edad más sensata como rompe-cabezas de la juventud, desorganizadores de cerebros, mercaderes de ciencias lucrativas, paquidermos hidrocéfalos, cortesanos de la apocalíctica Bestia, que ha convertido la filosofía en rica mina y la cátedra en mostrador, jugando á las ideas como si jugara á la Bolsa.

Cuando oye todo esto, cree el ánimo encontrarse en presencia de un pensador original y nuevo, cuya filosofía sea como la filosofía de Kant en su tiempo, renovacion del espíritu humano. Pero en cuanto se le estudia con madurez y se meditan sus ideas con detenimiento, échase de ver que llama sofistas á los mismos á quienes copia, y ladrones á los mismos á quienes roba. Su filosofía puede y debe llamarse metafísica experimental. Por un lado se confunde, pues con el idealismo platónico, y por otro lado con los sistemas que en la observacion se fundan. Aparte este propósito, antes que sistema tendencia, su concepto del mundo es fundamentalmente el mismo concepto de la escuela crítica; sus ideas sobre la razon y el pensamiento, son las mismas ideas de la escuela materialista; y el ministerio que concede á la voluntad y á su fuerza en el mundo, es el mismo ministerio concedido por Hegel á la idea. No valia, pues, malgastar tanta elocuencia en ditirambos anti-hegelianos; esgrimir todas las injurias monásticas de la Edad Media contra el maestro; para acep-

tar luego el movimiento eterno de su dialética, aunque trasladándolo de la idea á la voluntad.

El mundo es mi representacion, grita el enemigo de Hegel. Sus colores se descomponen y se entonan en mi retina; sus ruidos silban en mis oidos; las superficies de sus varios objetos, se prestan á mi tacto; mas yo ignoro si el mundo es tal como mis órganos lo reproducen y lo dibujan en mi pensamiento. El mundo es una apariencia. Pero sobre esta apariencia hay una fuerza real, inmanente, eterna: la voluntad. Así, la realidad no está fuera de nosotros, sino en nosotros. Y en nosotros lo más fuerte, lo más vigoroso, lo más permanente, lo que no sufre ni descanso ni eclipse, es la virtud de esta facultad por excelencia interna, la virtud de la voluntad. No puede decirse, no debe decirse, que la voluntad sea producto del cuerpo, no; la voluntad forma el cuerpo mismo, y nuestra organizacion y todos sus actos son la voluntad exteriorizada. Y no se trata de aquella voluntad sometida á la inteligencia y á sus con-

ceptos abstractos; se trata de esa voluntad prístina, ingénua, casi instintiva, que se llama el deseo incontrastable, invencible de vivir, voluntad independiente de toda idea, y de todo motivo, ley eterna de nuestra existencia.

La voluntad se halla en todo el Universo y se eleva gradualmente desde los séres inferiores hasta aquellos que tienen razon y conciencia. En su ascension progresiva, la voluntad va huyendo del fatalismo y buscando la libertad. Y en esta progresion ascendente, llega á producir los indivíduos, las personalidades, con esa señal propia y distinta del sér individual llamado carácter. En los séres inorgánicos domina la pura causalidad. En las plantas comienza á haber, por el movimiento de la sávia, por la rudimentaria sensibilidad de las hojas, como gérmenes de voluntad. Los insectos, con sus sábios trabajos, con sus instintos artísticos, con sus progresivas metamorfosis, cuando liban la miél como las abejas, ó se tiñen las alas como las mariposas en el cáliz de las flores, anuncian la profecía de la vo-

luntad. El magnetismo, el lejano poder de unos séres sobre otros séres, la virtud mútua de atraccion, dice que la naturaleza forma por sí misma con las múltiples combinaciones de la voluntad una especie de instructiva y maravillosa metafísica.

La voluntad estalla con todo su vigor en el hombre. Para comprenderla bien es necesario distinguirla de la inteligencia. El pensamiento es producto del cerebro, y la voluntad energía del sér; el pensamiento es el fenómeno, la voluntad es la esencia; el pensamiento es la luz, la voluntad es el calor; el pensamiento está en la inteligencia, la voluntad en todas las facultades; el pensamiento tiene un carácter subordinado, la voluntad un carácter soberano; el pensamiento no moverá la voluntad, si la voluntad no quiere moverse, y la voluntad penetrará á su arbitrio en el reino inaccesible del pensamiento y lo someterá á sus mandatos: hasta en el órden de tiempo, la primera facultad que aparece en nosotros, es la voluntad, pues el niño quiere antes de que entienda y piense.

Leibnitz, dijo, que la cantidad de fuerza es invariable en el mundo, y Schopenhauer dice que es invariable la cantidad de voluntad en las sociedades humanas. El corazon es el órgano de la voluntad; y ese órgano, lo mismo se ejerce en los pueblos civilizados que en los pueblos salvajes. No en todas partes se piensa; pero en todas partes se ama. La inteligencia varía; produce y devora ideas, cree hoy lo que ayer condenaba, condena hoy lo que ayer creia, mientras el corazon constante, fijo en sus afectos, siempre quiere lo mismo y con igual intensidad. No todos los pueblos tienen filósofos; pero todos los pueblos tienen madres. La voluntad es indestructible, y á su fuerza se halla librada con la perennidad del mundo la perennidad tambien de la especie humana. Así como Bichat ha distinguido en fisiológia la vida animal de la vida orgánica, Schopenhauer ha distinguido en filosofía la vida de la inteligencia y la vida de la voluntad. Y la voluntad, esta fuerza cósmica y humana á un mismo tiempo, produce el cuerpo y la sangre. Así el corazon es lo primero

que se mueve en la vida, y lo último que se extingue en la muerte. La filosofía de Schopenhauer es la filosofía de la voluntad.

Y este filósofo de la voluntad, pone la perfeccion moral en aniquilar completamente la voluntad. No predica el suicidio del cuerpo; predica el suicidio del alma. La plenitud de la vida, la exaltacion del sér, están para él como para los místicos en el olvido de sí mismo, en la abnegacion perpétua, en el sacrificio. Reducir á la nada esa voluntad soberana, hé ahí el esfuerzo más digno de la voluntad misma. El mundo, despues de todo, no merece otra cosa. La vida es un tejido, una trama que no vale el precio que cuesta. El mundo se parece á una cacería, en la que todos somos á un tiempo perseguidores y perseguidos. Trabajo, batalla, dolor, lo presente siempre penoso, lo porvenir incierto, el infierno dantesco en el corazon, los carbones ardientes de la pasion abrasando la sangre, el árbol de la vida, cuyas raices se agarran en la tierra, cuyas ramas son el cielo, sacudiendo sobre todos nosotros sus horribles

calamidades; cada existencia una trájicomedia en que lo ridículo se mezcla á lo sublime, y las carcajadas histéricas de alegría pasajera al eterno llanto: hé ahí la vida. Así en noche estrellada, luciendo el cielo con grandes resplandores, y resaltando en el cielo sereno el planeta Venus, un amigo le preguntó al filósofo si creia en la existencia de séres superiores al hombre en aquellas esferas; y el filósofo respondió que no, que el organismo termina en el hombre, y que ningun sér superior al hombre podria tener la voluntad de vivir, ni rebajarse hasta tomar un papel en esta triste y prosáica trajedia de la existencia desenlazada siempre con la misma uniforme escena, con la escena de la muerte. Y volviéndose á mirar á la tierra y alcanzando á descubrir tras su vegetacion y sus organismos generaciones extintas y acostadas en su inmenso seno, de las cuales provenimos los vivientes, y cuyos átomos circulan por todo nuestro cuerpo, exclamó: los muertos están ¡ay! en nosotros.

El pesimismo resume su doctrina. Y si el pe-

simismo resume su doctrina, inútil decir cuán opuesto será en política á la idea del progreso y de la perfectibilidad humana. Raramente triunfan las causas justas en la tièrra. Las mejores se pierden por sus propios excesos. Profundo desprecio le merecen los ensueños democráticos. Esos axiomas del triunfo próximo é inevitable de las democracias le suenan á verdaderos barbarismos. Las democracias están destinadas en su concepto á pasto eterno de las tiranías. Las muchedumbres europeas no se diferencian de las muchedumbres asiáticas. Estas sirven á sus tiranos que las conducen al campo de batalla como el pastor conduce el ganado al pasto; aquellas sirven á los demagogos que las llevan á las revoluciones con las sonoras palabras de sufragio universal y nacionalidades modernas. La política oscila perpétuamente entre la dictadura y la licencia. Ya pasan los reyes constitucionales semejantes, á los dioses de Epicuro, en que siempre están á la mesa. Ya se levantan las formidables barricadas. A esta agitacion política de Europa prefiere el silencio, la muerte de Asia. Fia

poco, muy poco, en los gobiernos para mejorar á los hombres, porque cree que tendrán siempre interés en corromperlos.

Hé aquí á donde conduce el misticismo, al desprecio de la libertad, al desprecio de la justicia, á negar una ley tan segura como la ley del progreso humano, á desconocer una verdad histórica tan evidente como el advenimiento de las democracias, á envidiar una vida tan semejante á la muerte como la vida de los pueblos asiáticos. Bien es verdad que todas las ideas de Schopenhauer se animan, se encienden vivamente en el ódio inextinguible á la escuela de Hegel. Y como quiera que la escuela de Hegel produjo la extrema izquierda, el partido que se llamaba de la jóven Alemania, y que era adicto á estos tres principios, á la unidad de la nacion, al derecho de las democracias y al gobierno de la República, Schopenhauer la persigue con su sarcasmo, y quiere soterrarla bajo sus hipocondríacos anatemas. Esa filosofía de la desesperacion social, pasará siempre como un alarde del mal humor del indivíduo; y no entrará en

el tesoro comun de la humanidad. Solamente es fuerte, y solamente es duradero el principio social que se funde en la naturaleza del hombre. Y es ley de la naturaleza que la idea progresiva, pensada por un filósofo en las puras abstracciones de la ciencia, pase con vigor á la realidad y la trasforme. Tambien es ley de la naturaleza que estas ideas desciendan á clases oprimidas, las iluminen en su inteligencia y las alivien del peso de sus cadenas. Y el pensamiento en su trabajo contínuo va creando una sociedad superior, más asentada en el derecho, más propia para habitacion del espíritu, más cercana al ideal supremo de justicia. Estas verdades no podrán tener originalidad, como no la tiene todo aquello que pertenece al género humano, pero tienen completa, absoluta evidencia, y serán el consuelo al dolor presente y el incentivo á futuras glorias.

La causa primera del éxito alcanzado por la filosofía de Schopehauer, encontrábase en el cansancio que de la ciencia á priori experimentaba ya toda Alemania. Alzábase la realidad

reivindicando sus derechos. La observacion y la experiencia exigian que no se olvidase su participacion considerable en el humano criterio y en el progreso de la humana cultura. Un sistema que volviese la razon al seno del mundo pareceria como abrigado valle, henchido de abundancia, tras penoso descenso de las altas cimas y de los infinitos espacios. El sistema de Herbart fué en parte este sistema y en parte alcanzó este resultado. Su mayor empeño consistió en declarar que las cosas no son, no pueden ser esas sombras llamadas por Hegel ideas; que las cosas son y existen, independientemente de nuestro pensar, en la viva realidad. La filosofía no crea el Universo, lo estudia. No encuentra en él un poema de la humana fantasía, sino un libro de verdades, un conjunto de séres, agenos á las combinaciones de nuestras ideas. La duda es saludable como aguijon de la ciencia; pero la duda, convertida en excepticismo sistemático, destruye toda ciencia. Podeis dudar de que las cosas existen; pero no dudar de que parece que existen. Esta apariencia del Universo, ó

este parecer de que el Universo existe, se os impone con la misma fuerzá incontrastable que la existencia de vuestro propio sér. Ahondando en el Universo, se encuentra él sér, el único platónico, qué no ha penetrado en nosotros por los sentidos. Pero no solamente se encuentra el sér, la realidad absoluta, sino como realidades absolutas tambien, muchos séres, limitados unos por otros en la extension material, limitados á lo menos por el espacio, inextensos en su esencia. Las cosas externas de tal manera son esenciales, que el alma, su inteligencia, su voluntad, no existirian si no las suscitase el contacto, el choque con el mundo. La sensibilidad es pensamiento, la voluntad pensamiento; y la libertad moral no es sino el predominio del pensamiento reflexivo sobre el pensamiento pasivo y simplemente sensible. La vida del alma tiene las mismas leyes que la dinámica y la estética. La psicologia, la ciencia del alma, es en último resultado una verdadera mecánica, una ciencia tan exacta como las matemáticas mismas.

No entraremos en el exámen de esta doc-

trina, ni diremos que toca por sus extremos nada menos que al politeismo antiguo y al materialismo moderno. Lo que á nosotros principalmente nos interesa en la evolucion del pensamiento aleman, es el lado puramente político, para comprender las fuerzas de atraccion y de repulsion que han concurrido á acelerar ó retardar el movimiento republicano en Europa. El Estado, en concepto de Herbart, es continuacion de los fenómenos orgánicos, organismo superior. La sociedad comienza por constituirse en la necesidad, y concluye por constituirse en el derecho. Segun la nocion de derecho, debe el Estado descansar en el consentimiento de todos los ciudadanos. El Estado que se funde en el derecho, tiene que ser por necesidad democrático, puesto que exige y necesita el consentimiento público. Peró el Estado tiene fines útiles, que durante ciertos períodos históricos se oponen por completo á la idea fundamental del derecho. Para ir acercando el Estado al derecho precisa que todos se sometan á las leyes con gusto y reformen las leyes con órden, ajustándolas á los nuevos

ideales de progreso, destruyendo los gérmenes de division y de guerra. La miseria sin remedio, la humillacion sin esperanza rompen la armonía de los sentimientos, y ponen abajo conjuraciones sin término, arriba dictaduras sin freno. A medida que los pueblos se ilustran más, conocen mejor la desproporcion existente entre el ideal puro y la realidad del derecho. Y cuando llega una situacion así, el Estado no puede salvarse si el partido del progreso no reforma con mesura, y el partido de la estabilidad social no resiste con inteligencia, y no se someten ambos al código que á todos obliga, al código de la moral. La ciencia del gobierno consiste en dejar á las diferentes aspiraciones que se manifiesten con libertad; y en satisfacerlas en todo cuanto tengan de justo, en todo cuanto tengan de progresivo con verdadera oportunidad. La fuerza de las constituciones se encuentra en su acuerdo con la voluntad general de los pueblos.

Imposible predecir la suerte reservada por la Providencia á las naciones. Apenas se di-

visa, no ya el término, pero ni aun el camino del progreso. El mundo mineral, vegetal y animal, parecen haber llegado al término de su desarrollo. No así el mundo político, cuyas progresivas evoluciones no pueden medirse con la inteligencia ni calcularse con las matemáticas. El hombre ha reconocido la unidad fundamental de su especie. Pero no ha sacado del reconocimiento de esta verdad las consecuencias naturales que entraña. Las familias humanas aun están separadas entre sí; aun no han alcanzado á establecer relaciones en armonía con la idea de humanidad. Pero todo tiende, desde el arte hasta el comercio, todo tiende á establecer y anudar estas relaciones. Y así que la tierra se halle ocupada por Estados verdaderamente orgánicos, las ideas de dominacion universal, los procedimientos de conquista, habrán cedido su lugar á inmensas federaciones de pueblos libres. Y habrá tanta desproporcion entre los Estados egoistas de hoy, al Estado humano de entonces, como la que hay entre la antigua astronomía que levantaba la tierra en el centro del Uni-

bien, porque provoca la existencia de otro partido contrario, de otro partido progresivo. Es la condicion esencial de la naturaleza humana. Jamás se planteará una idea sin que se plantee inmediatamente su contraria. De la oposicion de ideas y de la oposicion de fuerzas resulta en verdad á un mismo tiempo el equilibrio en la mecánica celeste y el equilibrio en la razon humana. Así la historia marcha entre radicales oposiciones hasta que las oposiciones se resuelven, y se elevan á misteriosas armonías. Mi aliento y el aliento de las plantas, que son opuestos, se necesitan y se completan. Con las oposiciones de las ideas sucede lo mismo. Pueden los pueblos acariciar utopias sociales; pero los déspotas acarician utopias autoritarias. Y una de las mayores utopias autoritarias es conseguir la unidad de fé, la unidad de creencias religiosas y metafísicas. Para esto han empleado sus aristocracias teocráticas, seguidas muchas veces de sus legiones de inquisidores. Y la naturaleza se ha vengado de tales utopistas alzando junto á cada dògma su heregía, junto á cada Iglesia

HISTORIA

DEL

MOVIMIENTO REPUBLICANO

EN EUROPA.

medio de acerar el carácter y esclarecer la inteligencia de su raza. Por el ódio que á todo lo occidental sentia, iba vestido á lo moscovita, con pantalones anchos, recogidos dentro de botas de campana, túnica abrochada á lo campesino, alto gorro de pieles que le daba, como á Rousseau en sus postrimeras extravagancias, el aspecto de un armenio ó de un persa. Llevando á extremos tan pueriles su patriotismo, no hay para qué decir cuáles serian sus ódios á todo occidental. Pedro I, que habia recorrido Inglaterra y Holanda en pos de civilizacion y de trabajo, le causaba invencible repugnancia, y no veia en él sino el perturbador de la vida rusa, el asesino como Felipe II de su propio hijo, el verdugo cruel que se gozaba en atormentar y rematar en persona á sus víctimas, el plagiario de Occidente, el fundador de Petersburgo, la ciudad anti-moscovita, la ergástula de los cortesanos, la fastuosa corte de los alemanes. Y si este horror sentia hácia Pedro I, sentíalo más intenso aun hácia Pedro III, hácia Catalina II, alemanes de nacimiento y orígen, fun-

HISTORIA

DEL

MOVIMIENTO REPUBLICANO

EN EUROPA.

HISTORIA

DEL

MOVIMIENTO REPUBLICANO

EN EUROPA

POR

EMILIO CASTELAR.

TOMO SEGUNDO.

ADMINISTRACION:
OFICINAS DE LA CASA EDITORIAL DE MANUEL RODRIGUEZ,
Plazuela del Biombo, número 2.

MADRID.—1874.

ESTABLECIMIENTOS TIPOGRÁFICOS DE MANUEL MINUESA,
Juanelo, 19, y Ronda de Embajadores.

CAPITULO XVI.

LA FILOSOFIA ARMONICA.

El movimiento aleman llevaba la política á la libertad; pero la filosofía al materialismo. Un sistema se produjo al choque de tantos sistemas contrarios, con el propósito firme, firmísimo de engendrar en la ciencia verdadera armonía. El principio de la observacion interior, proclamado por Descartes, cayó en desprecio, merced á una ontologia muchas veces ambiciosa. A su vez el principio ontológico cayó en desprecio merced á desarrollos arbitrarios. Intentábase, pues, la rehabilitacion de los principios necesarios. El saber, reco-

teriosa sociedad republicana. Y en cada sociedad republicana tramábase una conjuracion política. Mr. Liprandi, hablando de las descubiertas en 1849 y en 1850, en secreto informe decia: «Los discípulos de diversos colegios tienen perdida la cabeza. Embebidos en extravagantes sistemas, cada palabra, cada línea salidas de sus espíritus, respiran esas doctrinas perniciosas, cuyas terribles consecuencias ellos mismos no alcanzan.» En otro documento presentado al general Nabokoff sobre las mismas conjuraciones, léense estas palabras: «Abandonándose ciegamente á las »utopias, créense llamados á refundir toda la »vida social, toda la humanidad; prontos á »convertirse en apóstoles y mártires de esta »desdichada decepcion. Todo puede esperar»se de tales gentes; ningun obstáculo les de»tendrá jamás; porque en su concepto no tra»bajan por sí mismos, sino por la humanidad; »y en sus trabajos no miran á lo presente, »sino á lo porvenir.» «Sorprendióme, decia »cierto oficial de la guardia, en visita hecha »á un sobrino mio de la escuela de derecho

CAPITULO XVI.

LA FILOSOFIA ARMONICA.

El movimiento aleman llevaba la política á la libertad; pero la filosofía al materialismo. Un sistema se produjo al choque de tantos sistemas contrarios, con el propósito firme, firmísimo de engendrar en la ciencia verdadera armonía. El principio de la observacion interior, proclamado por Descartes, cayó en desprecio, merced á una ontologia muchas veces ambiciosa. A su vez el principio ontológico cayó en desprecio merced á desarrollos arbitrarios. Intentábase, pues, la rehabilitacion de los principios necesarios. El saber, reco-

gido en el puro estudio del yo, es el saber esencial, es el saber, fundamento de toda ciencia. Pero la vida no se encierra solamente en el mundo interior; la vida no se reduce solamente al pensar. Hay que completar la psicología con la ontología, como hay que completar el analisis con la síntesis, como hay que completar la razon con la religion, como hay que completar el individuo con la sociedad; y hay que traer al mundo moderno una ciencia fundada en verdaderas armonías. Así pensaba la nueva escuela. Aunque los principios científicos parezcan diversos, forman una série sistemática, un todo armónico, á la manera que los gases, los líquidos, los sólidos, diversos entre sí, forman un todo armónico en el planeta; y los planetas, los satélites, los soles, diversos entre sí tambien, forman un todo armónico en el Cosmos. Puede y debe reunirse en la ciencia á la psicologia de Descartes la ontologia de Hegel; al sentido religioso de Leibnitz, el sentido crítico de Kant, todo inspirado en la idea de Dios, y convertido á mejorar al hombre por

medio de purísima moral que á su vez mejore y perfeccione las sociedades humanas.

La ciencia tiene por objeto el conocimiento. El conocimiento supone relacion entre el sugeto que conoce y el objeto conocido. Cuando esta relacion conviene con la naturaleza de los objetos, ya sean cuerpos, ya cualidades, existe la verdad. La verdad no está solamente en lo que es, sino en la relacion de lo que es con el que piensa. Constituye la ciencia una série sistemática, orgánica de verdades. El método es el medio de la ciencia. La verdad no está solamente en la ciencia, sino en el procedimiento para llegar á la ciencia. Conocemos las verdades por intuicion y por deduccion. De aqui dos métodos, el analítico y el sintético. El analisis comprende la observacion, y la síntesis comprende la contemplacion; el analisis examina lo experimental, la síntesis se eleva á lo que está sobre toda experiencia, á lo absoluto, á lo infinito, á lo eterno. Uno y otro método se completan y abrazan todo el espíritu y todo el Universo. Donde concluye el analisis comienza inmedia-

tamente la síntesis. En todo conocimiento hay unidad ó tésis, variedad, oposicion ó antítesis, armonía ó síntesis. Y lo mismo que hay en el conocimiento, hay en la ciencia, série orgánica de conocimientos.

Esta filosofía se llama la filosofía armónica. Y su idea fundamental es la idea de Humanidad. Y la humanidad no puede solamente encerrarse en la tierra. La humanidad habita otros planetas tambien, y en este sentido es infinita como es infinito el Universo. Las hipótesis astronómicas de Laplace y Herschel explicando el orígen de los planetas; las observaciones hechas sobre Mercurio que han comprobado la existencia de continentes, de mares, de gases, de atmósfera; el descubrimiento maravilloso del espectro solar, por el cual se toca, se palpa casi la fundamental unidad del Cosmos; las revelaciones de los aerolitos, de esas piedras celestes que ruedan en torno de los planetas, y que no solamente tienen signos de los metales y metaloides terrestres, sino de los organismos tambien; la persistencia de la vida en aparecer y brillar

donde quiera que encuentra para ello elementos favorables; todas estas razones si no prueban matemáticamente, inspiran la idea de que la humanidad se halla difundida, como los ángeles de la teología, por todos los espacios y por todos los mundos. Y la humanidad es el sér armónico en que se encuentran, en que se compenetran el espíritu y la naturaleza.

Como nosotros buscamos en los sistemas filosóficos más el aspecto político y social que el aspecto metafísico, prescindiremos de los conceptos y juicios de la filosofía armónica sobre el mundo espiritual y el mundo de la naturaleza. Y seguiremos buscando los conceptos más relacionados con la política. La filosofía, en sentir de la escuela que examinamos, funda las bases racionales de las instituciones. La filosofía nos dá la idea del derecho absolutamente conforme á la naturaleza del hombre. Las legislaciones históricas, los derechos escritos ó consuetudinarios podrán ser variables y progresivos; pero la idea del derecho es como la naturaleza misma del hombre, inmutable. La sociedad aparece co-

ESTABLECIMIENTOS TIPOGRÁFICOS DE MANUEL MINUESA,
Juanelo, 19, y Ronda de Embajadores.

ramente proscrito al interior, y recluido en silencioso claustro. Allí devoraba su propio sér. El martirio del Titan, solitario en la cima del Cáucaso, era su martirio. A los ímpetus de la escuela romántica, sucedieron los dolores de Byron. Aquellos dolores punzantes, aquellas penas desgarradoras; la duda de lo divino y humano, derramada sobre las heridas interiores del corazon y de la conciencia; la hiel, saliendo á borbotones del hígado, como de ánfora quebrada; la ironía fina, el sarcasmo amarguísimo; los tránsitos bruscos desde los éxtasis de los ángeles en mística oracion á los juramentos de los campesinos en brutal embriaguez; toda aquella escala de la indignacion, fustigaba la conciencia muerta de un pueblo tristemente esclavo. Su dolor, su duda, su amargura, eran el dolor, y la duda, y la amargura de su generacion, que habia entrevisto la libertad en el cielo del porvenir, para caer herida bajo el látigo; bajo el Kout del pretoriano cosaco. Rusia gimió por el poeta; Rusia se avergonzó de sí misma en la vergüenza del poeta.

gido en el puro estudio del yo, es el saber esencial, es el saber, fundamento de toda ciencia. Pero la vida no se encierra solamente en el mundo interior; la vida no se reduce solamente al pensar. Hay que completar la psicología con la ontología, como hay que completar el analisis con la síntesis, como hay que completar la razon con la religion, como hay que completar el individuo con la sociedad; y hay que traer al mundo moderno una ciencia fundada en verdaderas armonías. Así pensaba la nueva escuela. Aunque los principios científicos parezcan diversos, forman una série sistemática, un todo armónico, á la manera que los gases, los líquidos, los sólidos, diversos entre sí, forman un todo armónico en el planeta; y los planetas, los satélites, los soles, diversos entre sí tambien, forman un todo armónico en el Cosmos. Puede y debe reunirse en la ciencia á la psicologia de Descartes la ontologia de Hegel; al sentido religioso de Leibnitz, el sentido crítico de Kant, todo inspirado en la idea de Dios, y convertido á mejorar al hombre por

medio de purísima moral que á su vez mejore y perfeccione las sociedades humanas.

La ciencia tiene por objeto el conocimiento. El conocimiento supone relacion entre el sugeto que conoce y el objeto conocido. Cuando esta relacion conviene con la naturaleza de los objetos, ya sean cuerpos, ya cualidades, existe la verdad. La verdad no está solamente en lo que es, sino en la relacion de lo que es con el que piensa. Constituye la ciencia una série sistemática, orgánica de verdades. El método es el medio de la ciencia. La verdad no está solamente en la ciencia, sino en el procedimiento para llegar á la ciencia. Conocemos las verdades por intuicion y por deduccion. De aqui dos métodos, el analítico y el sintético. El analisis comprende la observacion, y la síntesis comprende la contemplacion; el analisis examina lo experimental, la síntesis se eleva á lo que está sobre toda experiencia, á lo absoluto, á lo infinito, á lo eterno. Uno y otro método se completan y abrazan todo el espíritu y todo el Universo. Donde concluye el analisis comienza inmedia-

tamente la síntesis. En todo conocimiento hay unidad ó tésis, variedad, oposicion ó antítesis, armonía ó síntesis. Y lo mismo que hay en el conocimiento, hay en la ciencia, série orgánica de conocimientos.

Esta filosofía se llama la filosofía armónica. Y su idea fundamental es la idea de Humanidad. Y la humanidad no puede solamente encerrarse en la tierra. La humanidad habita otros planetas tambien, y en este sentido es infinita como es infinito el Universo. Las hipótesis astronómicas de Laplace y Herschel explicando el orígen de los planetas; las observaciones hechas sobre Mercurio que han comprobado la existencia de continentes, de mares, de gases, de atmósfera; el descubrimiento maravilloso del espectro solar, por el cual se toca, se palpa casi la fundamental unidad del Cosmos; las revelaciones de los aereolitos, de esas piedras celestes que ruedan en torno de los planetas, y que no solamente tienen signos de los metales y metaloides terrestres, sino de los organismos tambien; la persistencia de la vida en aparecer y brillar

donde quiera que encuentra para ello elementos favorables; todas estas razones si no prueban matemáticamente, inspiran la idea de que la humanidad se halla difundida, como los ángeles de la teología, por todos los espacios y por todos los mundos. Y la humanidad es el sér armónico en que se encuentran, en que se compenetran el espíritu y la naturaleza.

Como nosotros buscamos en los sistemas filosóficos más el aspecto político y social que el aspecto metafísico, prescindiremos de los conceptos y juicios de la filosofía armónica sobre el mundo espiritual y el mundo de la naturaleza. Y seguiremos buscando los conceptos más relacionados con la política. La filosofía, en sentir de la escuela que examinamos, funda las bases racionales de las instituciones. La filosofía nos dá la idea del derecho absolutamente conforme á la naturaleza del hombre. Las legislaciones históricas, los derechos escritos ó consuetudinarios podrán ser variables y progresivos; pero la idea del derecho es como la naturaleza misma del hombre, inmutable. La sociedad aparece co-

tamente la síntesis. En todo conocimiento hay unidad ó tésis, variedad, oposicion ó antítesis, armonía ó síntesis. Y lo mismo que hay en el conocimiento, hay en la ciencia, série orgánica de conocimientos.

Esta filosofía se llama la filosofía armónica. Y su idea fundamental es la idea de Humanidad. Y la humanidad no puede solamente encerrarse en la tierra. La humanidad habita otros planetas tambien, y en este sentido es infinita como es infinito el Universo. Las hipótesis astronómicas de Laplace y Herschel explicando el orígen de los planetas; las observaciones hechas sobre Mercurio que han comprobado la existencia de continentes, de mares, de gases, de atmósfera; el descubrimiento maravilloso del espectro solar, por el cual se toca, se palpa casi la fundamental unidad del Cosmos; las revelaciones de los aereolitos, de esas piedras celestes que ruedan en torno de los planetas, y que no solamente tienen signos de los metales y metaloides terrestres, sino de los organismos tambien; la persistencia de la vida en aparecer y brillar

donde quiera que encuentra para ello elementos favorables; todas estas razones si no prueban matemáticamente, inspiran la idea de que la humanidad se halla difundida, como los ángeles de la teología, por todos los espacios y por todos los mundos. Y la humanidad es el sér armónico en que se encuentran, en que se compenetran el espíritu y la naturaleza.

Como nosotros buscamos en los sistemas filosóficos más el aspecto político y social que el aspecto metafísico, prescindiremos de los conceptos y juicios de la filosofía armónica sobre el mundo espiritual y el mundo de la naturaleza. Y seguiremos buscando los conceptos más relacionados con la política. La filosofía, en sentir de la escuela que examinamos, funda las bases racionales de las instituciones. La filosofía nos dá la idea del derecho absolutamente conforme á la naturaleza del hombre. Las legislaciones históricas, los derechos escritos ó consuetudinarios podrán ser variables y progresivos; pero la idea del derecho es como la naturaleza misma del hombre, inmutable. La sociedad aparece co-

mo un organismo compuesto de otros organismos políticos y civiles cuyo objeto es asegurar el desarrollo de la naturaleza humana y el cumplimiento de nuestro destino en la tierra. Toda sociedad responderá en sus instituciones al estado moral é intelectual del individuo como el efecto responde á la causa. Elevando al hombre en pensamientos y obras, se elevará la sociedad en leyes é instituciones. Entre las instituciones que han de cambiar más directamente el modo de ser social, se encuentran, como fundamentales, el Estado, la Iglesia, la Escuela. La filosofía trabaja por la respectiva independencia de estos organismos políticos. Si la Iglesia absorbe al Estado, el pensamiento filosófico reivindica los derechos del poder civil. Si el Estado absorbe á la Iglesia, el pensamiento filosófico reclama el derecho á la libertad de la conciencia humana. Si el Estado ó la Iglesia absorben á la Escuela y pretenden dirigir exclusivamente la enseñanza demuestra la filosofía que la ciencia es independiente de todo poder, es un poder en sí misma, y tiene derecho á organizarse por su

propia autoridad y por su interna fuerza. La práctica obedece á la teoría, la realidad al ideal como obedecen las piedras á las ideas del escultor y á los golpes de su cincel. Los intereses reaccionarios llaman utopía al pensamiento capital que anima á cada siglo. Pero el pensamiento progresivo pasa de la conciencia á las leyes con fuerza incontrastable.

El ideal, la Reforma y la revolucion anuncian el comienzo de una nueva edad orgánica en el género humano. El ideal de la humanidad antes de la reforma fué religioso; el ideal de la humanidad antes de la revolucion fué político; el ideal de la humanidad ahora es científico, esencialmente científico. Este ideal no abraza solamente la relacion del hombre con Dios, ó la relacion del hombre con la sociedad; abraza, además de estas relaciones fundamentales, todos los derechos y todos los deberes humanos en todas las manifestaciones de nuestro ser, en toda la plenitud de nuestra vida. Sintiéndose cada hombre dentro de la humanidad, una idea de justicia superior le guiará en sus relaciones con los

demás hombres; sintiendo que además de estar dentro de la humanidad, lleva en sí la humanidad, una confianza en el progreso le sostendrá, y poco á poco en cada personalidad surgirá el ideal que ha de abrazar desde el sentimiento hasta la conciencia, desde las manifestaciones más primitivas de la vida hasta la sublimidad de la idea. Y se reformará en sentido progresivo la sociedad, porque mientras la historia de la filosofía cuenta las evoluciones del pensamiento, y la historia política las evoluciones de la realidad, la filosofía de la historia proclama el principio fundamental que sigue: las evoluciones de la realidad han obedecido siempre, en toda la sucesion de los tiempos, á las evoluciones del pensamiento.

La Historia es una ciencia experimental, una ciencia de hechos; la filosofía es una ciencia de leyes, de principios. Y juntándose ambas ciencias, forman una tercera, con soberano influjo en el siglo presente, y que se llama Filosofía de la Historia. En esta ciencia la Historia dará los hechos y la filosofía la razon de

los hechos: la Historia lo que sucede, y la Filosofía lo que debe suceder; la Historia la realidad, y la filosofía lo ideal; la historia, los fenómenos, y la filosofía, las leyes de esos fenómenos; la historia, la vida en su corriente, en sus trasformaciones, en su mudar continuo, y la filosofía, el pensamiento en su perenne luz. Así la Historia es la ciencia del desarrollo de la vida; y la Filosofía es la ciencia de los principios que deben regular la vida. Y la Filosofía de la historia es la ciencia de la vida y de las leyes tambien de la vida.

Por eso la filosofía de la Historia enseñará al hombre que vive bajo la autoridad de Dios, y la ley de la Providencia; en la naturaleza y entre sus leyes cósmicas, para realizar el mundo del espíritu. Pero ni la autoridad de Dios y sus leyes; ni el ambiente natural y sus poderosas influencias; ni el medio de la sociedad y sus accidentes históricos, anulan el principio, en cuya virtud el hombre causa su propia vida, el principio de libertad. E inmediatamente que surge la idea de libertad, surge con ella la idea del derecho. Esta concep-

cion del derecho, es la obra más maravillosa, más grande de la vida moderna, y con más trascendencia á la política universal. Las sociedades antiguas ponian el derecho en el Estado; la sociedad moderna pone el derecho en el hombre. La Edad Media, aquel período histórico, de un lado ponia el derecho en el espacio, en la tierra, y de aquí el poder feudal; de otro lado en el tiempo, en la tradicion, en algo sobrehumano, y de aquí el poder teocrático. La más alta concepcion de la filosofía moderna, es la concepcion del derecho humano, base fundamental de la nueva política. Reconociéndolo en cada hombre, ha fundado la libertad; reconociéndolo en todos los hombres, ha fundado la igualdad natural. Y el principio de que el derecho está en cada hombre, crea la individualidad; y el principio de que el derecho está en todos los hombres, crea el complemento de los indivíduos, crea la sociedad.

Este sér humano, que forma un mundo aparte, completo; que reune como en su foco todos los rayos de la vida; que resume y com-

pendia todos los vários organismos; sér sensible, por cuya virtud conoce lo individual, lo que cae bajo la experiencia; sér reflexivo, por cuya virtud conoce las relaciones entre los séres, lo general; ser dotado de razon, por cuya virtud se eleva hasta lo divino; libre, y artífice de su vida y responsable de sus acciones; perfectible, y por lo mismo capaz de crear nuevas instituciones, y de ilustrarse con la verdad y dirigirse al bien, bajo un ideal que tiende á realizar por su voluntad autonómica, necesita encarnar en la sociedad todas estas varias esencias de su naturaleza. El conjunto de medios, de condiciones, dependientes de la voluntad, y necesarios al desarrollo de nuestra naturaleza, y al cumplimiento de nuestro destino en la tierra, constituyen esencialmente el derecho.

En cuanto convertimos los ojos y el pensamiento al Universo, vemos fundado en el Universo un órden divino. En la nebulosa inmensa á que cósmicamente pertenecemos, el sol nos ilumina con su luz, nos vivifica con su calor, nos sostiene con su fuerza; tiñe de matices el

cáliz de las flores, y llena de melodías la garganta del ave; saca de los torrentes, de los rios, de los océanos las evaporaciones indispensables á refrescar la atmósfera y engendrar el magnetismo, la electricidad que parecen ya corrientes de la vida espiritual. Y la tierra, colocada en el término medio de nuestro sistema solar, vive recorriendo su elipse con movimiento uniforme que engendra la diversidad y la armonía de las estaciones, henchida de los frutos indispensables al mantenimiento de sus infinitas especies. Y el hombre, con su frente y sus ojos dirigidos á lo infinito, con su combustion pulmonar, encendiendo y colorando la sangre, con el amor fecundo para mantenerse y perpetuarse en la humanidad; con la muerte, con ese divino presente, para renovar las generaciones y trasfigurarse en otro sér más perfecto, allá en la cima de otros mundos mejores es el mediador entre la naturaleza y el espíritu. Y todo este sistema, que se extiende desde el zoófito naciendo en los confines de la vida orgánica, hasta el cerebro tocando en la vida divina; todo este

sistema proclama la existencia, no solo de las leyes naturales, sino tambien de un órden providencial y divino. Pero este órden divino de la naturaleza proviene de la necesidad.

Se necesita fundar en la tierra otro órden divino, más hermoso aun que el órden natural, y fundarlo, no por medio de la necesidad, sino por medio de la libertad. Se necesita que el sentimiento sea, no solo el instinto que engendra y conserva, sino el afecto y la efusion de las almas que eleva y educa; la muerte, no solo la fuerza que destruye y renueva, sino el culto de lo pasado, la religion de los recuerdos, la esperanza, la certeza de la inmortalidad; se necesita que los afectos y las ideas formen otro nuevo Universo moral dentro de la naturaleza. En este Universo moral existirá la personalidad, el indivíduo consciente y responsable; la familia, personalidad colectiva, ungida por el amor, consagrada al sacerdocio de perpetuar la humanidad; el arte, ese edén, donde se refugia el corazon lacerado por las tristezas de todos los dias y por la oposicion entre la realidad y el ideal; la in-

dustria, ese esfuerzo constante para dominar la materia, trasformarla, ponerla á servicio de nuestras facultades; la religion, ese lazo de lo finito con lo infinito, esa eterna revelacion de Dios en la conciencia y en la vida; la moral, esa ley de nuestras acciones; la ciencia, ese sol de las ideas que todo lo mantiene, lo vivifica, lo ilumina. Y todas estas obras formarán en la sociedad algo semejante á los soles, á los mundos, á las estrellas en el espacio infinito. Y todas estas obras serán creaciones varias de los séres humanos asociados. Y todas estas asociaciones serán otros tantos organismos fundamentales que formen el organismo general, llamado sociedad. Y la red de relaciones que unirá todos estos organismos, de la misma suerte que las fuerzas de la mecánica celeste reunen los mundos, y de la misma suerte que los nervios reunen nuestros diversos órganos en el cuerpo y entre sí los comunica, esta red de relaciones se llamará el derecho.

La vida humana se compone de una série contínua de relaciones tan estrechas, que el

bien de unos depende del bien de otros, y el desarrollo social de cada uno se determina por el desarrollo de todos. Estas relaciones, mediante las cuales se determinan los séres, mútuamente entre sí, llámase condicion humana. Todos los miembros de la humanidad mútuamente se condicionan y se completan. Y de aquí nace el órden divino en la sociedad, análogo al órden divino de la naturaleza. Pero aquel órden divino de la sociedad, que ha de realizar la libertad humana, no puede realizarse sino por medio de un principio de organizacion que establezca en todas las esferas, en todas las condiciones, de las cuales depende el cumplimiento de todos los fines humanos. Así, la escuela armónica ha definido el derecho: conjunto orgánico de condiciones libres, dependientes de la voluntad, que han de cumplir el destino del hombre sobre la tierra.

El derecho existe primero en la persona, y en la persona tiene su autonomía. Pero no existe solamente una persona, existen muchas personas, y el derecho hará coexistir estas personas, y coexistir sus diversas autonomías.

Pero no existen y coexisten solamente las personalidades; existen y coexisten para asistirse mútuamente, para completarse, para coadyuvar, mediante relaciones mútuas, á la plenitud de la vida, y al cumplimiento completo del bien. Y el derecho que no consagre esta relacion de mútuo auxilio y asistencia, será un derecho formal, externo, áncora de una libertad estéril, y no será la vida en toda su extension, en toda su grandeza, en todo su desarrollo, cumpliendo y realizando todos sus fines sociales.

Es el derecho una ley de las relaciones humanas. Esta ley ha existido siempre, aunque no se haya revelado hasta nuestros dias como ha existido la gravedad antes de que Newthon la descubriera y formulara. Pero si ha existido, no ha tomado verdáderamente cuerpo en las instituciones, sino hoy en nuestros democráticos tiempos. El derecho no tiene solamente su esencia, tiene tambien sus procedimientos y sus formas. Para realizar el derecho se necesita el medio del derecho. No solo debe ser la justicia un resultado, sino que debe ser

un procedimiento. Al bien debemos ir por el bien. Elevar los medios revolucionarios á medios permanentes de progreso, constituye uno de los más grandes errores, y uno de los más acerbos males de nuestro tiempo. Las revoluciones vienen como una crísis necesaria, como una enfermedad inevitable, como un mal preciso, cuando los poderes, muertos en la conciencia humana, pretenden perpetuarse por la fuerza. Una injusticia engendra otra injusticia. Pero las revoluciones se ahuyentan necesariamente de los pueblos donde toda inspiracion justa puede realizarse y cumplirse por medio del derecho.

El derecho tiene por orígen la persona humana; y por fin la perfeccion de la persona humana. La antigüedad tuvo de esta idea presentimientos en el arte, previsiones en la filosofía; pero no llegó á tener jamás conocimiento concreto ni á fundarla en el sentido social. El derecho es independiente de todos los poderes humanos, superior á todos los poderes humanos. Para llegar á esta concepcion se han necesitado muchas evoluciones histó-

ricas. Se ha necesitado romper el politeismo antiguo, que confundiendo los dioses con el mundo, oprimian al hombre bajo el yugo del destino; se ha necesitado elevar en el Cristianismo á Dios sobre el mundo y al hombre sobre las influencias de clima y sobre las particularidades de raza; y aún se ha necesitado mucho más, aún se ha necesitado que así como el cristiano nos trajo la idea de la unidad de Dios en el siglo primero de nuestra era, la filosofía en el siglo último, en el siglo pasado, trajese la idea de la humanidad, no como un sér abstracto, sino como un sér orgánico y viviente. Las ideas se condensan en la sociedad. Y la condensacion de estas ideas humanitarias se ha visto primero en la revolucion americana, que puso como epílogo ó apéndice los derechos fundamentales; despues en la revolucion francesa, que puso los derechos fundamentales como proemio ó introduccion á sus constituciones.

Para regular las relaciones de derecho y para mantener el derecho, se necesita de un ---ganismo político, que se llama Estado. Aris-

tóteles señaló profundamente la necesidad del Estado, cuando dijo que para prescindir del Estado, seria necesario que el hombre cayese en la naturaleza de las bestias, ó se elevase á la naturaléza de los dioses. El Estado es el reflejo del hombre mismo. Como la razon dirige al hombre, el Estado á la sociedad, como la conciencia castiga al hombre interior por sus faltas morales, el Estado castiga al hombre social por sus faltas, por sus delitos, por sus crímenes sociales. Cada hombre lleva en sí un Estado abreviadísimo; cada Estado es un hombre superior. Señalar los límites del Estado, es el problema por excelencia de los tiempos modernos. Hay el sistema que debe llamarse de unitarismo, y que confunde el Estado con la sociedad, y le encomienda todos los fines sociales. Hay el sistema de variedad ú oposicion que deja el Estado reducido á la funcion sencillísima de la seguridad general. Por el primer sistema se va al despotismo, por el segundo sistema á la anarquía. El Estado de la escuela armónica es un término medio entre estos dos extremos; es la síntesis que

contiene dentro de sí la unidad social y las variedades ú opiniones individuales.

El error más grave que puede cometerse en política, es considerar el Estado como un solo organismo, cuando debe ser una série de organismos independientes entre sí, pero tambien relacionados y unidos. Si consideramos el Estado como un solo organismo, caeremos en el error de la política democrática francesa, en ese error de crear una Convencion casi absolutista, y convertirla en la dispensadora general de todos los derechos, y la mediatriz única entre todas las sustituciones. Así ha resultado al poco tiempo de montarse tamaña máquina, ó la revolucion y con ella el gobierno de un partido, ó la dictadura y con ella el gobierno de un hombre. Considerando el Estado como una série de organismos, consíguese reconozca la personalidad con su autonomía y sus derechos; el municipio como otra personalidad, con su autonomía y sus derechos; el Estado particular ó provincia, con su autonomía y sus derechos, siendo el Estado central ó nacion la clave de todos estos dere-

chos y el seguro de todas estas necesarias y diversas autonomías. Y cuando se concibe así el Estado, la mejor manera de asegurar su existencia se halla en el contrato político. No hay que confundir el contrato político de ninguna manera con el contrato social. Es el contrato social pura ficcion. El contrato político es el pacto fundamental en que mútuamente se convienen los derechos de las personas libres, y las facultades tambien de los poderes públicos. El contrato supone deberes y derechos recíprocos; supone que nadie puede exigir el respeto de su autoridad sino á cambio del cumplimiento de su deber. Así los ciudadanos recaban la plenitud de su derecho é imponen al Estado el deber de reconocérselos y respetárselos. Los municipios contratan con el Estado particular los derechos y deberes recíprocos por medio de cartas municipales análogas á nuestras antiguas cartas-pueblas. Los Estados particulares ó provincias escriben sus respectivas constituciones donde están señalados los poderes que deben reservarse y los poderes que deben remitir al Estado cen-

tral ó nacion. Esta forma de gobierno que distribuye la autoridad y la libertad por igual en todo el organismo social, no solo está en armonía con la naturaleza, no solo en armonía con el derecho público más perfecto, sino en armonía con el mismo derecho internacional, que puede asegurar la paz perpétua sobre el suelo volcanizado de Europa. Los Estados-Unidos, que perfeccionan esta forma de gobierno, han merecido bien de la humanidad. Y han merecido bien de la humanidad, no solamente por el ideal de justicia y democracia que despertaron en el siglo pasado, sino tambien por la práctica escuela que ofrecen hoy de política republicana y democrática, de la única política bastante poderosa para asegurar la paz perpétua. Los reyes, dice uno de los más elocuentes defensores de la filosofía armónica, los reyes han puesto en sus banderas como símbolos, ya las alimañas feroces, los leones, los leopardos, ya las aves rapaces, las águilas; el pueblo americano ha puesto sus estrellas enseñando que cada Estado forma un mundo aparte, y todos los Estados se hallan

congregados y mútuamente sostenidos en los dilatados espacios de la República.

Así es que la historia camina á la fundacion de los Estados-Unidos en todos los continentes, sí, Estados-Unidos que sean como el organismo interior de la federacion verdaderamente humana. Esta fórmula de la política señala el comienzo de la edad madura en el género humano, y de la edad armónica en la historia. Así como el pensamiento es tésis, antítesis y síntesis; el Universo unidad, variedad y armonía; la mecánica celeste atraccion, repulsion y equilibrio; el mundo orgánico, vegetal pegado á la tierra, animal que se mueve y se opone, género humano, ó especie sintética; la humanidad es infancia é inocencia, juventud y madurez, pareciéndose la muerte al nacimiento; y la historia, es: 1.° edad edénica ó paradisiaca; 2.° edad de oposicion; 3.° edad madura ó de armonía.

Dios preside la historia, como preside el Universo. Los séres finitos, los séres humanos, viven primero, como vive el feto en las entrañas de la madre, indivisos de la natura-

leza, confundidos con el Universo; despues nacen á la oposicion, ejercitan sus fuerzas, las emplean, rompen con todo en abierta guerra, y adquieren así conciencia de su valor, de su fuerza; hasta que conociendo perfectamente su derecho, los límites de su derecho, el conjunto de las cosas creadas, sus propias relaciones con el mundo visible é invisible, entran en el período que tiene por ideal verdadero la ciencia y por fin práctico la justicia. El espíritu ha sido como la planta, un sér pegado á la tierra, y será en la edad de armonía un sér relacionado con todo el Universo, por un conocimiento superior de las cosas creadas, aproximándose á Dios, por una realizacion completa y plena del ideal en la vida.

Un divino instinto ha reunido á los hombres en sociedad, les ha enseñado á gorgear el lenguaje, los ha tenido en el encanto de la inocencia, en el seno del Eden. Pero esta edad embrionaria y paradisiaca se ha concluido, y ha comenzado la edad de lucha por una caida desde la paz en la guerra, desde la inocencia en la culpa. La naturaleza, que tenia al hom-

bre en su regazo, que lo mantenia con su leche purísima, lo ha abandonado al esfuerzo y al combate del trabajo. Dichoso abandono de la naturaleza, bendita culpa del hombre, que han traido consigo la redencion divina del trabajo, de esa actividad, de esa fuerza que ha completado verdaderamente la naturaleza. Pero el hombre llegó á exaltar su orgullo hasta creer que todo lo debia someter á sus personales satisfacciones: de aquí la tiranía ciega de unos, y la obediencia servil de otros, de aquí el amo y el esclavo. Los conocimientos de la edad primera se conservaron por una casta, por la casta sacerdotal; se mantuvieron en privilegiado lugar, en el templo; se dilataron más tarde por todas las clases sociales, mediante el simbolismo y el arte. La filosofía entró en el templo como Prometeo en el cielo, y convirtió en humana, en racional, la ciencia májica, la ciencia teocrática. Y el mundo entró en la juventud. Mientras unos pueblos se perdian en el seno de la barbárie, otros pueblos cultivaban los gérmenes de las ideas. Y esto provenia de que unos pueblos se ais-

laban de los otros, y cada uno vivia para sí solo. Habia pueblos guerreros como el persa, pueblos comerciantes como el fenicio, pueblos artistas como el griego, pueblos religiosos como el judío. Pero todos vivian en el egoismo, y no miraban más allá de su familia, de su gente, de su ciudad, de su tríbu, de su nacion. Roma, la más humanitaria de las ciudades antiguas, solo supo hacer el mundo romano.

Y en cuanto acaba el mundo romano, comienza la Edad Media. Su ideal, es un ideal de oposicion radicalísima al paganismo; es el ideal cristiano, en cuyo fuego casi desaparece el mundo, casi se derrite y se evapora la materia. Los pueblos rompen por todas partes, por todas las regiones en la guerra feudal, guerra de castillo á castillo, de ciudad á ciudad; y solamente les queda un lazo que los una, el lazo de la fé. Por eso la Iglesia absorbe el Estado. Pero el sacerdocio ya no es una casta, que se cierra á todas las gentes no selladas desde la cuna con el sello divino; es una clase libre y abierta por completo á todas las

gentes. Así, en medio de aquel caos, hay un principio de unidad, la tendencia del hombre á Dios, la tendencia del arte á lo infinito, que el alma busca en la plegaria, las letras en el himno religioso, la pintura en los cuadros sagrados, la arquitectura en esas agujas góticas que parecen elevarse y perderse, como el incienso que se exhala del templo, como el misticismo que se exhala de la fé, en la inmensidad de los cielos.

El Pontificado quiso aprovechar este sentimiento de lo divino para fundar un régimen teocrático, á la manera del Oriente; pero la naturaleza humana reveló confusamente á los pueblos las primeras nociones de la libertad, y se fundaron contra la teocracia y sobre las ruinas de la teocracia las sociedades civiles. La monarquía, sosteniendo el dualismo entre la Iglesia y el Imperio, contribuyó poderosamente á impedir un retroceso hácia las teocracias asiáticas. Pero si este dualismo fué saludable, demostró tambien que el mundo de la Edad Media carecia de un verdadero y sólido organismo.

El Renacimiento vino, y fué para la Edad Media como el cristianismo para el mundo antiguo, el comienzo de otra edad, el alma de otro mundo. Desde los abismos del cielo, hasta los abismos del mar; desde los abismos del mar, hasta los abismos de la conciencia, todo se ha esclarecido é iluminado. El cuerpo humano se levanta, se erige en señor de la creacion, y respira y absorbe un nuevo espíritu. En este mismo instante brotan los dos partidos que van á dividirse la sociedad moderna, el partido conservador ó reaccionario que está representado por el jesuitismo, y el partido liberal ó progresivo que está representado por el masonismo.

Y en verdad, la Reforma tiene todos los accidentes históricos de las demás religiones. San Francisco de Asís es su profeta, Saronarola, su Bautista, Lutero su revelador, é Ignacio de Loyola es la reaccion, toda la reaccion religiosa.

Ignacio de Loyola que es toda la reaccion, entera contra esta obra, ha nacido en Es- en la tierra, que va pronto á sacrificarse,

á consumirse por conservar la ortodoxia católica. Ha nacido en las provincias Vascas, en las provincias de los grandes desfiladeros, de las razas tenaces, al pié de los Pirineos, llamados montañas de fuego por los antiguos; cerca de aquel indómito mar cantábrico, que con su oleage convida á las milagrosas aventuras. Es compatriota del marino por excelencia, Elcano, aquel que se asoció á la fortuna de Magallanes y que por vez primera dió la vuelta al planeta. Ha nacido en los últimos tiempos caballerescos y se ha criado en los primeros tiempos modernos y á fines del siglo XV. La guerra ha sido su ocupacion; las aventuras el empleo de su juventud. Pero de pronto en la guerra de Navarra, sostenida por el rey Católico, una bala le hiere, una enfermedad le sobreviene, y tras la bala y tras la herida una exaltacion casi milagrosa al espíritu. Caballero fué en la guerra, caballero será en la religion; por su rey peleó en la juventud, por su Dios peleará en el resto de la vida; y la única dama de sus pensamientos será la Vírgen María. Poséele por completo la enfermedad nacional: amor á

lo sobrehumano, á lo milagroso, á todo aquello que está fuera de los estrechos límites de lo posible. El Amadis de Gaula ha sido su lectura, y el Amadis de Gaula le inspira, ni más ni menos que al mismo D. Quijote. Tambien vela sus armas, tambien jura desfacer los agravios inferidos y los entuertos hechos á la religion Católica. Leyendo las páginas de la vida del caballero de Guipúzcoa, creeis leer las páginas del caballero de la Mancha. Ignacio es además un asceta. En la cueva de Monserrat se entrega al ayuno, á la maceracion, á la penitencia, como aquellos primeros solitarios del cristianismo, suscitados por la fé, y dispersos en la inmensidad del desierto. De allí intenta ir á Tierra Santa para beber en las fuentes del cristianismo una fé como la fé de los Cruzados. Y de su viaje vuelve á Monserrat para entregarse nuevamente á la penitencia. Mas conoce que necesita no solamente las oraciones y la mortificacion para pelear, sino tambien las ideas. ¿Cómo peleará, valiéndose de la virtud de las ideas si no sabe nada? Pues corre á estudiar, primero á Alcalá; de Alcalá

á Salamanca, de Salamanca á París, á las tres universidades que contienen toda la ciencia de aquel tiempo. Ya en París reune varios amigos que luego habian de ser tan célebres como él: Lainez, Salmeron. Y con todos ellos funda en Montmartre, al pié de una fuente que todavía corre, despues de una comunion eternamente célebre, la nueva sociedad religiosa. Desde París, Ignacio y sus correligionarios van á Venecia á incorporarse en la cruzada contra los turcos. De Venecia, predicàndo en una especie de lengua franca entre españoles, franceses é italianos, se dirige á Roma, donde el Papa confirma sus estatutos, y donde nacé la más célebre, la más pujante, la más temida de las órdenes religiosas, la órden de los Jesuitas.

Jamás se ha fundado institucion alguna en guerra tan abierta con el espíritu de su tiempo. El siglo décimo-sexto era un siglo de renovacion, el jesuitismo una secta de retroceso: el siglo décimo-sexto fundaba la libertad de pensar, el jesuitismo fundaba la servidumbre intelectual; el siglo décimo-sexto iba

á la reforma religiosa; el jesuitismo iba á la reaccion religiosa; el siglo décimo-sexto adoraba la emancipacion de la conciencia, el jesuitismo la persona del Papa; el siglo décimo-sexto oia la voz divina, el Espíritu Santo en la idea de cada hombre, el jesuitismo solo veia á Dios en la autoridad tradicional y eclesiástica; el siglo décimo-sexto arrancaba á Roma la conciencia, y el jesuitismo devolvia á Roma el imperio absoluto sobre el tiempo y sobre la eternidad. Jamás de memoria humana se recordaba una asociacion religiosa, regular y secular á un tiempo; lanzada á los palacios y lanzada á los desiertos; en acecho del cortesano, del ministro, del monarca, y en acecho del indio salvaje perdido en las pampas de América ó en las selvas del Asia; jamás, repito, de memoria humana se recordaba una asociacion religiosa como esta, que se fundase en la autoridad y en la obediencia absoluta, que exigiese con tan soberano imperio la reduccion del hombre, de su espíritu vivaz, de su libertad indómita, de sus inclinaciones avasalladoras, á la fria naturaleza del cadá-

ver. Era la secta de la autoridad. En vista de estas enseñanzas de la historia, atribuye la escuela armónica todos los principales retrocesos de nuestro espíritu al jesuitismo y al masonismo todos los principales adelantos. La base del espíritu moderno la encuentra en el Renacimiento; y la ley del Renacimiento en la armonía entre el sentido naturalista del paganismo y el sentido espiritualista de la Edad Media. Para llegar á esta síntesis uno y otro sentido, tuvieron que perder ambos su exclusivismo. Y para cumplirla y realizarla entró la forma pagana á exaltar toda la simbólica católica; y se consagró el espíritu cristiano á destruir la autoridad externa de la Iglesia con el propósito firme de purificar más el dogma. Durante una gran parte de la Edad Media, la Iglesia predominó sobre el Estado; y desde el Renacimiento predominó el Estado sobre la Iglesia. Así todas las funciones sociales y civiles se fueron poco á poco secularizando; y todos los principios refiriendo á un principio absoluto, á Dios, revelado antes que en la Iglesia, en la pura conciencia. Las religiones his-

tóricas continuaron, es verdad, alimentando el espíritu del pueblo: el budismo, la extrema Asia, el cristianismo Europa, y la recien descubierta América; el mahometismo el Asia occidental, parte de la Europa oriental y el norte de Africa, donde refluia, expulsado de las occidentales regiones de España. Pero sobre estas religiones históricas levantaba el pensamiento filosófico la religion natural, la religion de la razon, consagrada á traer la moralidad á la vida y á volver las almas á su fuente, á Dios. Y así como el pensamiento filosófico encuentra en la conciencia pura la religion natural, encuentra en la vida y en sus leyes el gran principio de la política moderna, el principio del derecho humano.

Desde el punto en que una idea se concibe por la razon, hasta el punto en que una idea se realiza por la voluntad general, corren períodos de perturbacion y de anarquía, de guerra y de revoluciones. Pero poco á poco la impura realidad se amolda á la pura idea. El derecho internacional se funda; y si hay guerras de nacion á nacion, ya no las hay de cas-

tillo á castillo, de calle á calle, de casa á casa, como en la turbulenta Edad Media. Y el pensamiento filosófico corre por la tierra como la sangre por el cuerpo, como la sávia por el árbol, para trasfigurar la sociedad y su política. Alemania proclama el derecho de la conciencia; Inglaterra y Holanda el derecho de las naciones; América el derecho del hombre; Francia el derecho del ciudadano. Desde este punto el gobierno de las democracias se halla fundado. Cada ciudadano participa por derecho propio del poder y de la autoridad y de la soberanía de toda la nacion. A este contenido social le falta una forma, un organismo propio. Pero así como se ha encontrado el derecho en las leyes de la vida, se encuentra la República y la federacion en las leyes sociales.

Y al llegar á esta época, empieza verdaderamente la tercera edad histórica, la edad de madurez, la edad de armonía. La sociedad se organiza en consonancia con la naturaleza. Cada nacionalidad forma parte de una federacion continental; y los continentes parten tam-

laban de los otros, y cada uno vivia para sí solo. Habia pueblos guerreros como el persa, pueblos comerciantes como el fenicio, pueblos artistas como el griego, pueblos religiosos como el judío. Pero todos vivian en el egoismo, y no miraban más allá de su familia, de su gente, de su ciudad, de su tríbu, de su nacion. Roma, la más humanitaria de las ciudades antiguas, solo supo hacer el mundo romano.

Y en cuanto acaba el mundo romano, comienza la Edad Media. Su ideal, es un ideal de oposicion radicalísima al paganismo; es el ideal cristiano, en cuyo fuego casi desaparece el mundo, casi se derrite y se evapora la materia. Los pueblos rompen por todas partes, por todas las regiones en la guerra feudal, guerra de castillo á castillo, de ciudad á ciudad; y solamente les queda un lazo que los una, el lazo de la fé. Por eso la Iglesia absorbe el Estado. Pero el sacerdocio ya no es una casta, que se cierra á todas las gentes no selladas desde la cuna con el sello divino; es una clase libre y abierta por completo á todas las

gentes. Así, en medio de aquel caos, hay un principio de unidad, la tendencia del hombre á Dios, la tendencia del arte á lo infinito, que el alma busca en la plegaria, las letras en el himno religioso, la pintura en los cuadros sagrados, la arquitectura en esas agujas góticas que parecen elevarse y perderse, como el incienso que se exhala del templo, como el misticismo que se exhala de la fé, en la inmensidad de los cielos.

El Pontificado quiso aprovechar este sentimiento de lo divino para fundar un régimen teocrático, á la manera del Oriente; pero la naturaleza humana reveló confusamente á los pueblos las primeras nociones de la libertad, y se fundaron contra la teocracia y sobre las ruinas de la teocracia las sociedades civiles. La monarquía, sosteniendo el dualismo entre la Iglesia y el Imperio, contribuyó poderosamente á impedir un retroceso hácia las teocracias asiáticas. Pero si este dualismo fué saludable, demostró tambien que el mundo de la Edad Media carecia de un verdadero y sólido organismo.

El Renacimiento vino, y fué para la Edad Media como el cristianismo para el mundo antiguo, el comienzo de otra edad, el alma de otro mundo. Desde los abismos del cielo, hasta los abismos del mar; desde los abismos del mar, hasta los abismos de la conciencia, todo se ha esclarecido é iluminado. El cuerpo humano se levanta, se erige en señor de la creacion, y respira y absorbe un nuevo espíritu. En este mismo instante brotan los dos partidos que van á dividirse la sociedad moderna, el partido conservador ó reaccionario que está representado por el jesuitismo, y el partido liberal ó progresivo que está representado por el masonismo.

Y en verdad, la Reforma tiene todos los accidentes históricos de las demás religiones. San Francisco de Asís es su profeta, Saronarola, su Bautista, Lutero su revelador, é Ignacio de Loyola es la reaccion, toda la reaccion religiosa.

Ignacio de Loyola que es toda la reaccion, toda entera contra esta obra, ha nacido en España, en la tierra, que va pronto á sacrificarse,

á consumirse por conservar la ortodoxia católica. Ha nacido en las provincias Vascas, en las provincias de los grandes desfiladeros, de las razas tenaces, al pié de los Pirineos, llamados montañas de fuego por los antiguos; cerca de aquel indómito mar cantábrico, que con su oleage convida á las milagrosas aventuras. Es compatriota del marino por excelencia, Elcano, aquel que se asoció á la fortuna de Magallanes y que por vez primera dió la vuelta al planeta. Ha nacido en los últimos tiempos caballerescos y se ha criado en los primeros tiempos modernos y á fines del siglo XV. La guerra ha sido su ocupacion; las aventuras el empleo de su juventud. Pero de pronto en la guerra de Navarra, sostenida por el rey Católico, una bala le hiere, una enfermedad le sobreviene, y tras la bala y tras la herida una exaltacion casi milagrosa al espíritu. Caballero fué en la guerra, caballero será en la religion; por su rey peleó en la juventud, por su Dios peleará en el resto de la vida; y la única dama de sus pensamientos será la Vírgen María. Poséele por completo la enfermedad nacional: amor á

lo sobrehumano, á lo milagroso, á todo aquello que está fuera de los estrechos límites de lo posible. El Amadis de Gaula ha sido su lectura, y el Amadis de Gaula le inspira, ni más ni menos que al mismo D. Quijote. Tambien vela sus armas, tambien jura desfacer los agravios inferidos y los entuertos hechos á la religion Católica. Leyendo las páginas de la vida del caballero de Guipúzcoa, creeis leer las páginas del caballero de la Mancha. Ignacio es además un asceta. En la cueva de Monserrat se entrega al ayuno, á la maceracion, á la penitencia, como aquellos primeros solitarios del cristianismo, suscitados por la fé, y dispersos en la inmensidad del desierto. De allí intenta ir á Tierra Santa para beber en las fuentes del cristianismo una fé como la fé de los Cruzados. Y de su viaje vuelve á Monserrat para entregarse nuevamente á la penitencia. Mas conoce que necesita no solamente las oraciones y la mortificacion para pelear, sino tambien las ideas. ¿Cómo peleará, valiéndose de la virtud de las ideas si no sabe nada? Pues corre á estudiar, primero á Alcalá; de Alcalá

á Salamanca, de Salamanca á París, á las tres universidades que contienen toda la ciencia de aquel tiempo. Ya en París reune varios amigos que luego habian de ser tan célebres como él: Lainez, Salmeron. Y con todos ellos funda en Montmartre, al pié de una fuente que todavía corre, despues de una comunion eternamente célebre, la nueva sociedad religiosa. Desde París, Ignacio y sus correligionarios van á Venecia á incorporarse en la cruzada contra los turcos. De Venecia, predicàndo en una especie de lengua franca entre españoles, franceses é italianos, se dirige á Roma, donde el Papa confirma sus estatutos, y donde nace la más célebre, la más pujante, la más temida de las órdenes religiosas, la órden de los Jesuitas.

Jamás se ha fundado institucion alguna en guerra tan abierta con el espíritu de su tiempo. El siglo décimo-sexto era un siglo de renovacion, el jesuitismo una secta de retroceso: el siglo décimo-sexto fundaba la libertad de pensar, el jesuitismo fundaba la servidumbre intelectual; el siglo décimo-sexto iba

lo sobrehumano, á lo milagroso, á todo aquello que está fuera de los estrechos límites de lo posible. El Amadis de Gaula ha sido su lectura, y el Amadis de Gaula le inspira, ni más ni menos que al mismo D. Quijote. Tambien vela sus armas, tambien jura desfacer los agravios inferidos y los entuertos hechos á la religion Católica. Leyendo las páginas de la vida del caballero de Guipúzcoa, creeis leer las páginas del caballero de la Mancha. Ignacio es además un asceta. En la cueva de Monserrat se entrega al ayuno, á la maceracion, á la penitencia, como aquellos primeros solitarios del cristianismo, suscitados por la fé, y dispersos en la inmensidad del desierto. De allí intenta ir á Tierra Santa para beber en las fuentes del cristianismo una fé como la fé de los Cruzados. Y de su viaje vuelve á Monserrat para entregarse nuevamente á la penitencia. Mas conoce que necesita no solamente las oraciones y la mortificacion para pelear, sino tambien las ideas. ¿Cómo peleará, valiéndose de la virtud de las ideas si no sabe nada? Pues corre á estudiar, primero á Alcalá; de Alcalá

á Salamanca, de Salamanca á París, á las tres universidades que contienen toda la ciencia de aquel tiempo. Ya en París reune varios amigos que luego habian de ser tan célebres como él: Lainez, Salmeron. Y con todos ellos funda en Montmartre, al pié de una fuente que todavía corre, despues de una comunion eternamente célebre, la nueva sociedad religiosa. Desde París, Ignacio y sus correligionarios van á Venecia á incorporarse en la cruzada contra los turcos. De Venecia, predicàndo en una especie de lengua franca entre españoles, franceses é italianos, se dirige á Roma, donde el Papa confirma sus estatutos, y donde nace la más célebre, la más pujante, la más temida de las órdenes religiosas, la órden de los Jesuitas.

Jamás se ha fundado institucion alguna en guerra tan abierta con el espíritu de su tiempo. El siglo décimo-sexto era un siglo de renovacion, el jesuitismo una secta de retroceso: el siglo décimo-sexto fundaba la libertad de pensar, el jesuitismo fundaba la servidumbre intelectual; el siglo décimo-sexto iba

La primera sirvió de asilo á los libres pensadores de las naciones católicas como Bayle, cómo Descartes, y por consecuencia de principal elemento á la formacion del espíritu moderno; la segunda empleó todos los recursos de la observacion y de la experiencia para componer una filosofía práctica que llevase las ideas liberales al sentido comun de la humanidad. Y á esta obra en el pensamiento correspondió otra obra análoga en el espacio con la aparicion maravillosa de una democracia libre, republicana, federal en la tierra vírgen de América. Y la libertad americana encendió á Francia. Y mientras Francia destruia los antiguos organismos sociales, la Iglesia intolerante, la monarquía absoluta, y los reemplazaba con nuevos organismos, y traia las tablas de nuestros principios; Alemania creaba elaborándola lenta pero seguramente en sus escuelas maravillosas de filosofía, la idea fundamental de la políticomoderna, la idea madre de todos nuestros progresos, la idea que tarde ó temprano se ha de encarnar en la República, la idea del humano derecho.

CAPITULO XVII.

DEL CARACTER DE LOS PUEBLOS ESLAVOS.

En nuestros capítulos anteriores hablamos del movimiento republicano en el pueblo frances, y del movimiento de las ideas en los pueblos germánicos; y debemos hablar en estos capítulos del movimiento republicano en los pueblos eslavos. Como el globo se mueve entre dos polos, muévese la Europa central entre dos razas. Los latinos, al Occidente, representan la sociedad histórica; los eslavos, al Oriente, representan algo de lo que representaban las razas germánicas en torno de la antigua civilizacion heleno-romana, en torno

de los dos imperios, cuyas capitales eran Bizancio y Roma.

La sobra de materiales, de documentos, de libros, abruma cuando se estudia los pueblos germanos ó latinos; y la falta de estas materias de conocimiento, desespera cuando se trata de los pueblos eslavos. Muchos de ellos, encerrados en asiático despotismo, apenas pueden revelar cuanto pasa en el secreto de su conciencia, ni en la realidad de su vida. Es necesario atenerse para conocerlos, á obras de escritores desterrados, febriles obras, donde siempre se exageran los sentimientos, frutos naturales del destierro, la pasion exaltada por la patria ausente y el exaltado horror á sus gobiernos. Yo he procurado, en cuanto de mí ha dependido, buscar la verdad en medio de las tinieblas, aunque estas tinieblas sean tan espesas que se palpen. La raza eslava se halla representada hoy en el mundo por el imperio ruso, y al conocimiento del estado de las ideas en el pueblo ruso deben principalmente enderezarse todos nuestros esfuerzos. Dentro de cada raza, un pueblo lleva la voz.

lleva la representacion durante un cierto período de tiempo. En la primera mitad de la Historia antigua, llevó la representacion de nuestra raza heleno-latina el pueblo griego; en la segunda mitad el pueblo romano. En la Historia moderna, desde fines del siglo décimo-quinto hasta fines del siglo décimo-sexto, lleva la representacion de esta misma raza el pueblo español. Y en los siglos décimo-sétimo y décimo-octavo, pasa nuestro cetro á manos del pueblo francés, que sostiene hasta sus últimas desventuras esta altísima representacion, hoy próxima tal vez á volver de nuevo al pueblo que la desempeñó en la Historia antigua, el pueblo italiano, independiente, uno, aliado de Prusia, dueño de esa ciudad de los milagros que se llama Roma, y que llegó á tener un feudo monárquico en la capitalidad de aquel vastísimo imperio español que engarzara hasta el sol en su corona.

Lo mismo ha pasado á las demás razas. Desde su fundacion hasta la paz de Westphalia, el imperio de Austria ha representado en el mun-

do la raza germánica. Pero desde la paz de Westphalia hasta nuestro tiempo, esa representacion ha tocado á Prusia. Y en la raza anglo-sajona, la representacion lo toca al pueblo inglés durante tres siglos, hasta que á fines del pasado siglo pasa de derecho al pueblo jóven que preside al Nuevo Mundo, y lo llama con su ejemplo á la independencia, mientras deslumbra al Viejo Mundo y lo llama con sus instituciones á la libertad.

Pues hoy, el pueblo que conmueve á las tribus diseminadas por las orillas del Danubio; que se interpone entre la raza griega y sus antiguos dominadores los turcos; que se asimila por fuerza la Polonia; que sostiene á Bohemia en la reivindicacion constante de su autonomía; que amenaza al pueblo escandinavo y al pueblo germano, y al imperio de Austria, y al imperio de Constantinopla; que se adelanta á disputarle su dominacion asiática á la poderosa Inglaterra, y se gloria de disciplinar bajo el sable de sus emperadores catorce nacionalidades distintas, para que á un tiempo lleven la civilizacion al Oriente y renueven

la vida de Occidente; el pueblo que tiene todos estos varios ideales en la inteligencia y todas estas confusas esperanzas en el corazon, es el pueblo ruso, que se cree el órgano único de todos los pueblos eslavos en el mundo.

Los escritores moscovitas se empeñan con fuerte y decidido empeño en que Rusia ha de ser como el vivero de los progresos mas difíciles, de los progresos sociales.

Ninguna cuestion conozco en que los pareceres sean de tan radical manera, no ya opuestos, sino contradictorios; y en que la contradiccion carezca más de términos y medios para llegar á una síntesis. Para unos, el mundo moderno es más desgraciado aún que el mundo antiguo. Este podia prometerse de las tribus germánicas esparcidas por las orillas del Rhin y del Danubio, renovaciones para su sangre, libertad para sus instituciones, como lo muestran las apologías de Tácito trazando la vida de la independencia individual junto á la ergástula del imperio; como lo muestran las impresiones de Lucano diciendo que allende el Rhin resucitaban más vigorosos los principios

dulcificacion del despotismo, se abrieron un tanto á la esperanza las almas encerradas bajo la antigua servidumbre. Hubo quien presintió la aparicion de nuevos Estados generales; quien demandó para Rusia la palabra, la tribuna. Pero la palabra no le será nunca de grado concedida por el despotismo: que la palabra, henchida de ideas, es el Verbo de la redencion social.

El movimiento revolucionario no se detuvo por esta causa. El espíritu humano tiene la sed infinita, la sed insaciable del bien; y á cada reforma que alcanza, siente necesidad de otra reforma. El pueblo ruso demostraba que no era el antiguo pueblo romano, y que no habia perdido por completo en sus hierros la nocion de sus derechos. Cuando las tríbus bárbaras avanzaban, y el imperio romano se perdia, los Césares gritaban desde sus despedazados tronos, con la desesperacion de verdaderos náufragos: libertad, libertad. Y el pueblo romano, acostumbrado á cinco siglos de esclavitud, se preguntaba á sí mismo, y preguntaba á los demás ¡libertad!

para apropiarse á todos los estados sociales; y para hablar todas las lenguas humanas. Pasan fácilmente de un estado á otro estado, y olvidan más fácilmente aun el antiguo, como los godos del siglo cuarto cambiaban con extraña movilidad la religion de la naturaleza por la religion de la secta arriana, y la religion de la secta arriana por la religion de la Iglesia católica. Acaso de esta inquieta movilidad proviene la fama de lijereza caida sobre los eslavos, fama que ellos contrastan denominando á esta lijereza flexibilidad saludable. Sus varias aptitudes para la vida social, dependen tambien de la diseminacion de esa raza sobre el planeta. Los griegos y latinos vivíamos asentados en las tres penínsulas mediterráneas y en las costas meridionales de Francia; los germanos vivian entre el Vístula y el Báltico, y el Rhin y el Danubio, en regiones de un mismo carácter; pero los eslavos habitan hoy, desde las orillas del Adriático, eternamente griegas, hasta las orillas del golfo de Finlandia, eternamente escandinavas; desde las regiones de la luz clásica, de las artes plásticas, regiones

esencialmente pictóricas y escultóricas, donde los artistas de las formas plásticas se inspiran hasta las otras regiones interpolares, donde medio año de noches boreales reflejadas en argentados desiertos de hielo, suceden á medio año de dias blanquecinos iluminados por un sol pálido, noches y dias que convidan á la concentracion del espíritu en el pensamiento.

Pero de esta diseminacion extraen los eslavos contínuas argumentaciones en apoyo del carácter cosmopolita de su raza y del carácter sintético del espíritu de esta raza. No es, segun ellos, la raza eslava esa raza latina más social que individual, fundadora de los Estados fuertes y de las religiones universales, pero próxima siempre al cesarismo; ni tampoco esa raza germánica á la cual sus tendencias individualistas, su espíritu de aislamiento, su olvido de la igualdad natural entre los hombres aproximarán siempre á la aristocracia: los eslavos llevan dentro de sí la ecuacion maravillosa entre la libertad y la igualdad, entre la sociedad y el individuo, entre el espíritu humanitario y el espíritu per-



sonal, entre todo aquello que tiene de éficaz el socialismo para redimir á los pueblos, y todo aquello que tiene el individualismo de saludable para la completa realizacion del derecho; los eslavos reclaman, pues, el título de la raza verdaderamente sintética en la moderna historia.

Oid en qué se fundan sus apologistas. Los eslavos son los más legítimos hijos de la naturaleza, los primeros guardadores de la sangre aria. Los eslavos han llamado á los labradores con el nombre zenda de *avatai*, que quiere decir venerados. En su mitología, especialmente en la polaca, no existió nunca el bárbaro dios de la guerra. El pobre roturador de los campos es llamado á la jefatura de la tribu, de la raza; y hasta en tiempos cercanos á nuestros tiempos, hasta fines de la Edad Media, el rey no podia vestir la púrpura monárquica si no vestia antes el sayal agrícola. Sus villas se llamaban *viec*, que quiere decir propiedad comun á todos los ciudadanos. El jurado existia antes que entre los sérvios y que entre los ingleses. El ideal de la sociedad eslava es el ideal

republicano de las familias indo-europeas, que ha engendrado las ciudades de Grecia y de Italia; pero henchido de indomable amor á la colectividad, sin mengua de la propia independencia. Por esto los eslavos son los llamados á realizar la revolucion de nuestro tiempo. Como el Evangelio religioso, que fué el prólogo de nuestra civilizacion, exigió la presencia de los germanos en Occidente, el Evangelio social exige en Occidente la presencia de los eslavos. Ellos no son, no pueden ser milicia de los déspotas; ellos son y serán siempre por su temperamento y por su historia soldados de las revoluciones.

Extrañas teorías en verdad estas que cambiaban todo el sentido comun de la política europea. Los soñadores, los amigos de las antiguas restauraciones habian contado en todo tiempo con el auxilio de Rusia. Los cosacos en su esperanza debian desarraigar la revolucion y traer el mesianismo armado de la autoridad inmóvil y del órden gerárquico. El ideal para los reaccionarios estaba en aquel imperio ruso de que tenian confusas y raras

noticias, pero en que vislumbraban al rededor del Czar omnipotente lujosísimo clero, fuerte ejército, y á los pies del Czar manadas de pueblos dormidos en la indiferencia estúpida de la servidumbre, prontos solo á moverse cuando el clarin guerrero los evocára, como el ángel del Juicio supremo á los muertos, para lanzarse feroces sobre los pueblos de Occidente y unirlos á sus mismas cadenas bajo el látigo de una autoridad semi-asiática por su poder y por su orígen. ¡Qué grande, qué tremendo desengaño encontrarse con que los soldados de la autoridad eran los más radiales entre los revolucionarios, los más propios para renovar la sangre y la vida de esta sociedad que los absolutistas querian hechizar con las antiguas creencias!

CAPITULO XVIII.

DEL MOVIMIENTO DE LAS IDEAS EN RUSIA Y DE LA INFLUENCIA GERMANICA.

La revolucion rusa verdaderamente se personifica en Bakounine. Detengámonos á contemplar por breves momentos á este hombre sin el cual seria imposible comprender el movimiento de las ideas en Rusia. Su primer maestro fué Panlof, el cual definia la ciencia, el conocimiento de la naturaleza. En cuanto esta definicion se hallaba formulada, surgian las dos preguntas. Primera: ¿qué es conocimiento? Segunda: ¿qué es naturaleza? La respuesta á la primera pregunta contenia todo el mundo moral, y la respuesta á la segunda

pregunta contenia todo el mundo físico. Entraba, pues, el profesor con este proemio en la cátedra de física, y á velas desplegadas, por el inmenso océano del pensamiento filosófico. El sistema de Schelling ya no privaba en Alemania cuando privaba en Rusia. Mas si en Alemania era una reaccion, desde el punto en que lo sustituia otro sistema mucho más riguroso y científico; en Rusia era un progreso superior al dogmatismo escolástico y á la ortodoxia griega. Los espíritus entraban en el seno de la naturaleza como paralíticos que recobráran el movimiento, como ciegos que recobráran la luz, echándose á nado con placer indecible en las tumultuosas ondas, en el esplendoroso éther, en las suaves armonías de la vida universal, con todas sus maravillosas perspectivas, con todos sus ilimitados horizontes, reveladores de la existencia en sí, y de la presencia por do quiera de lo infinito y de lo eterno.

La filosofía de Schelling es el proemio de la filosofía de lo absoluto que habia de desarrollar Hegel, y lo absoluto es la identidad de lo

subjetivo con lo objetivo. Por una reaccion contra la filosofía anterior, este nuevo sistema sacaba al hombre del aislamiento, de la concentracion en sí mismo, y lo sumergia en el Universo. Las leyes de la naturaleza, leyes son ideales en la conciencia, las leyes de la conciencia leyes son reales de la naturaleza. Lo absoluto se desarrolla, se encarna en la materia y sus organismos; en la sociedad y sus instituciones; en la filosofía y sus ideas, donde adquiere la plenitud de la vida con la plenitud de la conciencia. El espíritu duerme en la piedra, se despierta en la planta, sueña en el animal, piensa en el hombre. El éther fué diluido en los espacios infinitos; esencia de esencias, fué la primera manifestacion de la vida. Cayó en el éther, como la piedra en el lago, la palabra divina, la palabra creadora. A las vibraciones de esta palabra en el éther, brotaron los organismos, y rompieron en abierta lucha las naturales oposiciones del Universo. Hubo oposicion entre las fuerzas centrífugas y las fuerzas centrípedas que constituyeron sin embargo la mecánica celeste;

oposicion entre los agentes químicos que constituyeron nuevas afinidades en la vida; oposicion entre la electricidad positiva y la eletricidad negativa que produjeron un fluido necesario al planeta; oposicion entre el carbono y el oxígeno que formaron la atmósfera, donde todos respiramos; oposiciones, como la oposicion entre lo subjetivo y lo objetivo, que luego forma en su armonía el conocimiento; oposiciones que dan por resultado la naturaleza, el Universo. La vida universal, dispersa, difundida por do quier, solamente se conoce en el organismo, como el rocío disperso en la atmósfera, invisible en la atmósfera, solo se conoce cuando se concentra en trémula gota sobre el pétalo de las flores. Pero la vida no se acaba en lo real, sino que continúa en lo ideal. Es la naturaleza el desarrollo de lo real, y es la historia el desarrollo de lo ideal. En la naturaleza lo infinito se irradia en lo finito; y en la historia al revés, lo finito se irradia, se vuelve á lo infinito. Pero si la naturaleza es el desarrollo de lo real, y la historia el desarrollo de lo ideal, la filosofía es la identidad de lo

real y de lo ideal, de lo subjetivo con lo objetivo, la grande, la suprema ecuacion.

Esta filosofía, sujetando el espíritu y la vida, la Historia y la naturaleza á leyes fijas, á desarrollos normales, inspiraba cierta resignacion al estado social presente, como una consecuencia del estado social anterior, y una premisa del subsiguiente estado social. Sin duda, á razon de tal carácter, esta filosofía no pudo retener mucho tiempo en su mágia, en su encanto, el espíritu inquieto, intranquilo, activo de Bakounine. El soldado incansable podia decir, como el doctor de la leyenda alemana cuando examina el orígen de las cosas: «En el principio no era el Verbo, en el principio era la accion, la accion, siempre la accion.» Su temperamento fuerte, sanguíneo, de un temple verdaderamente atlético, de una robustez incontrastable, habia menester el combate, entonces, por los años de 40 y 41, en que gozaba de todas sus facultades y vivia con toda su vida. El sistema de Schelling era un sistema místico, contemplativo, aunque el objeto de su misticismo y de sus con-

templaciones fuera la naturaleza, como la política de Schelling era una política de transacciones, de pactos, de emancipacion gradual y sucesiva, aunque se apoyara en sentimiento tan liberal como el sentimiento del progreso.

Pero si Panlof llevó á Moscow la filosofía de Schelling, Stanekevitch llevó otra filosofía más lógica, más sistemática, ménos mística, la filosofía hegeliana. Era Stanekevitch á la sazon un jóven de veintisiete años, débil como un niño, impresionable como una mujer. La calentura de la tísis consumia su cuerpo quebrantado; y la calentura de la inspiracion su alma extática. En los sacudimientos nerviosos que atravesaban como tempestades interiores todo su organismo; en las palabras entusiastas que á borbotones, como lava encendida de ideas, caian á cada instante de sus labios; en la profundidad y la fijeza de su mirar tristísimo; en la aureola casi fantástica pero visible, ceñida por la inspiracion artística á su frente espaciosa como un cielo; en todo su sér, en toda su existencia, veíase que aquel jóven era uno de esos espíritus predilectos del arte,

para quienes el mundo es como un punto de apoyo, que fugazmente huellan, anhelosos por volar en alas del éxtasis, en el ensueño magnético de un verdadero idealismo, á su habitacion propia, á su natural espacio, á los cielos. Un jóven así debia ser la antítesis completa del revolucionario. El ruido de la accion le molestaba, y las realidades asperísimas de la vida le ponian aun más enfermo. Para aquel jóven febril, asaltado por crudos dolores de cuerpo y alma, no habia más que un ejercicio digno del hombre, el ejercicio del pensamiento; y no habia más que un refugio contra la tiranía, el refugio de la ciencia. Su estudio era la meditacion, sus obras todas discursos, su ministerio enseñar, su amor la idea, su esparcimiento el arte, su vida la compañía de sus discípulos y el comercio con los discípulos, su ambicion trasformar las conciencias, seguro de que una vez trasformadas las conciencias, trasformarian la realidad.

El sentido predominante en la filosofía hegeliana, profesada por este jóven, es el sen-

tido histórico. Jamás la historia tuvo de sí misma una conciencia tan clara como en el sistema de Hegel. Lá realidad de la lógica demostraba la idea de Schelling de que las leyes del entendimiento son leyes de los hechos, como los cálculos de Galileo demostraran el sistema de Copérnico. El principio de que la Historia de la filosofía es la filosofía de la Historia, calificado por muchos de logomáquia, encerraba en fórmula felicísima la estrecha relacion entre lo ideal y lo real dentro de la vida humana. El gran pensamiento de que la Historia del mundo es la Historia de la libertad decia como la personalidad, dormida en el seno del panteismo asiático, ahogada en ese océano de tinieblas que constituye la servidumbre universal, se levanta por un desarrollo y crecimiento interior, produciendo la religion, el arte, la ciencia, en las diversas aplicaciones de sus facultades hasta llegar al grado mayor de la vida, á la plena conciencia de sí misma. No es maravilla si este sistema engendra en Rusia un elocuentísimo profesor de Historia, Granovski, que lo llevó á la cátedra

de Moscow; y un crítico eminentísimo que lo aplicó al estudio de las ideas y al juicio de las artes.

El crítico de quien hablamos es Belinski, el cual ejercia por su acerado sarcasmo contra los viejos errores teológicos y las viejas castas sociales un ministerio á mediados del siglo décimo-nono en Rusia, semejante al que ejercia Voltaire en Francia á mediados del pasado siglo.

Pero este gran crítico ruso, que habia llevado el espíritu revolucionario á las conciencias, tuvo algunos instantes de vacilacion y aun de decaimiento. Era como el amigo íntimo, como el hermano de Bakounine, que por él tenia todo el cariño, todo el entusiasmo con que suelen mútuamente atraerse á la amistad y en la amistad completarse los temperamentos y los caractéres radicalmente contrarios. Belinski era en la vida privada taciturno, melancólico, tímido, caviloso. Su timidez y su modestia le impedian ejercer el magisterio que exige gran confianza en sí mismo como base de carácter, y gran fuerza dogmática co-

mo base de pensamiento. Pero así que sus ideas más claras eran combatidas, así que su espíritu político y científico era contrariado por algun libro servil, por algun escritor de córte, el tímido se tornaba héroe; el taciturno orador; el caviloso nítido como la luz, el melancólico risueño, alegre; y con vena digna de Cervantes, é ironía digna de Enrique Heine, flagelaba, conspuiá á todos esos autores, olvidados de la propia razon, capaces de poner bajo las ruedas del carro de los emperadores como los supersticiosos indios, algo más que el cuerpo y la vida, el alma inmortal y la conciencia. En estos combates por crear la dignidad humana, á lo menos en la república de las letras, el eminentísimo crítico, no solamente destrozaba á sus contrarios, sino que al oponer ideas á ideas, sistemas á sistemas, elevábase muchas veces en alas de su génio lírico y lógico á un tiempo, hasta las cimas de lo ideal, y desde ellas derramaba á torrentes la más pura poesía.

Durante algun tiempo, Bakounine y Belinski, estuvieron separados. Provino la separa-

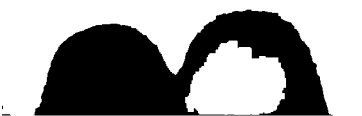
cion de que éste, deslumbrado por un pensamiento de Hegel, no bien comprendido, se dió á justificar el despotismo arriba, y abajo la resignacion al despotismo. El pensamiento no bien comprendido, era: «todo aquello que es racional, es real.» Y el discípulo sacaba la consecuencia de que, si el Czar habia herido ó degollado catorce naciones; si con el cetro en una mano y el sable en la otra, regía por Asia, por Europa, aun por América, razas enteras sometidas á su dominacion, como el ganado al pastor, era porque tal autoridad se necesitaba para el progreso del género humano, y su total educacion. Así, desprendiéndose de la realidad como un místico, negándose á oir los quejidos del dolor humano, impasible ante la servidumbre universal, se absorbía en la contemplacion de su propio espíritu, se recreaba en egoismo intelectual, ante cuyos ensueños y abstracciones, disipábase el mundo y la sociedad como el ténue humo de los holocaustos.

Un génio activo, emprendedor, como el génio de Bakounine, poco dado á las abstraccio-

nes, y muy dado á la realidad, no podia, no, convenir con esta indiferencia entre el bien y el mal, entre la libertad y la servidumbre, que llegó á helar por algun tiempo la candente alma del crítico. Pero por fin, aquel frio fué pasajero, y Belinski volvió con fuerza igual á reivindicar, en cuanto se lo permitia la censura moscovita, el derecho del pensamiento á su independencia, y del ciudadano á su libertad. En torno de aquel gran escritor, se agrupaba la juventud anhelosa de reformas. Bajo oscuros símbolos, en alegorías muchas veces inesplicables, buscando caminos tortuosos, con el escalpelo en la mano para analizar la ortodóxia religiosa y la autoridad imperial, con el fuego de la nueva fé en el alma enferma de aspiraciones infinitas é indomables, el gran escritor trasformaba la conciencia de la juventud, afrentada de aquel Emperador casi dios, de aquellos siervos casi bestias, y deseosa de modificar, desde la propiedad hasta la Iglesia, para recibir las inspiraciones de su razon y no la librea de la corte. Por eso decia el gobernador militar de Petersburgo, siempre

que se encontraba al crítico en el paseo de la perspectiva: «os tengo preparada una fortaleza y en la fortaleza un buen calabozo.» Y al cabo se prohibieron en vida sus escritos y se negó á sus discípulos, despues de muerto, la honra de levantarle un sepulcro, que nunca podia ser tan duradero como su memoria.

Reducida la existencia al puro pensamiento, y reducido el pensamiento en su expresion á la pura alegoría, no encontraba, no, Bakounine en Rusia espacio bastante al desarrollo de su carácter. La agitacion política é intelectual de Occidente, le tentaba con tentaciones verdaderamente invencible. París le atraia como la capital del pensamiento, como el foco de la revolucion. A París pasó algunos años antes del movimiento de Febrero. Ya en la capital de Europa, convirtióse el revolucionario ruso en abogado de los infelices polacos. Nosotros no podemos comprender el esfuerzo que necesita hacer un ruso para sobreponerse á las preocupaciones de su tierra natal en los tristísimos asuntos de Polonia. Segun las ideas más arraigadas en la educacion rusa, Polonia es un



pueblo que ha merecido su tremendo castigo por las internas divisiones y la incapacidad radical en gobernarse á sí mismo; un pueblo, que se vendió á sus enemigos de fuera, antes que reconciliar á sus partidos de dentro; un pueblo, que agitaba á toda la Europa con sus escandalosas elecciones de reyes, y luego reducia todos sus reyes á la nulidad y á la impotencia; un pueblo, cuyas mayores gentes vinculaban la autoridad en poderosa oligárquia, y cuyas menores gentes eran víctimas de aristocráticos privilegios, verdaderas argollas; un pueblo, que habia conquistado á los rusos, y los habia tenido largos siglos entre hierros y bajo el látigo; un pueblo, que destruido, desmembrado, dispersos sus hijos más ilustres, repartidas entre extrañas naciones sus provincias más antiguas, aun conserva tal temperamento que no puede libertarse de su catolicismo intolerante, de su servidumbre intelectual y material, de su aristocrácia soberbia, y de sus partidos rebeldes y entre sí enemigos, de sus dos eternas faltas, la monstruosa union entre la anarquía y el despotismo. Cuando un hom-

bre se ha levantado de esa suerte sobre toda la educacion de su vida, tiene verdadero mérito ese hombre, y presta servicios á la humanidad que no podrán borrar fácilmente, ni otras faltas, ni otros errores.

En esto suena la revolucion de Febrero. Con la revolucion de Febrero estallan levantamientos sincrónicos en toda Europa. Alemania, foco de luz científica, conviértese á su vez en volcan de ardiente llama revolucionaria. El apóstol ruso recorre los campos germánicos, llenos de combates; visita las ciudades, presa de la exaltacion y del delirio. Su alma se dilata en la lucha. Organizar es su trabajo, combatir su deseo, sublevar su fin, establecer una dictadura revolucionaria su ambicion. Él no quiere Estado, ni gobierno. En su pensamiento, la autoridad se reduce á la gerencia de una compañía mercantil. La direccion social ha de perder en su sistema todo carácter político. No puede formularse con mayor crudeza la anarquía. Pero este hombre que no quiere ningun género de gobierno, á su vez gobierna con imperio. Criado en el absolutis-

mo, gústanle las sociedades secretas y sus fórmulas cabalísticas, cual á las aves nocturnas las tinieblas. Aunque protesta contra toda autoridad, se conoce en todos sus actos que tiene del poder, de la autoridad una grande idea. Ejércela, cuando menos, con verdadero imperio sobre los trabajadores. Yo ignoro si encuentran algo misterioso en aquella su estatura gigantesca; en la blanca y poblada barba que le da aspecto patriarcal; en las formas atléticas que recuerdan uno de aquellos godos puestos al frente del imperio por los degenerados romanos; en su actitud y aire de pontífice oriental; en la luz concentrada de sus ojuelos, y la sonrisa irónica de sus lábios; en toda su persona, que parece reunir desde la perseverancia germánica, hasta la movilidad eslava, todos los caractéres más opuestos de la inmensa Rusia. Pero yo sé decir que le he visto ejercer poderosísima atraccion sobre los trabajadores, los cuales suelen prestarse á recibir como doctrinas luminosas las fórmulas de Bakounine; como trabajos emancipadores, sus trabajos de organizacion. Y este

magnetismo que ejerce indudablemente sobre el trabajador, me explica la celeridad de su fortuna y de su desgracia en Dresde. Todavía le llaman por Alemania, acordándose de sus proezas en la revolucion, el dictador de Dresde. Preso con las armas en la mano, condenado á muerte, le conmutaron la pena en prision perpétua.

El imperio de Austria, que siempre ha gustado de estos cargos de verdugo y carcelero, tomó para sí la custodia del preso. Reclamóle el emperador Nicolás y le fué entregado, despues de un año de durísimo encarcelamiento. Al recibirlo en sus manos los soldados rusos, le recibieron cargado de cadenas, que habian hecho hasta hondas llagas en sus carnes. Inmediatamente le quitaron aquel peso, aquel tormento. Agradecido, se avalanzó al cuello de sus compatriotas, para abrazarlos con efusion. Este entusiasmo pátrio no le valió la libertad; pero le valió algun alivio en su cautiverio. Desde 1849 hasta 1855 estuvo preso. Pero á la exaltacion de Alejandro II, su prision en Rusia fué conmutada por la deportacion en



Siberia. Habiendo hecho una correría á las orillas del rio Amor, fugóse á los Estados-Unidos, y de los Estados-Unidos vino á Suiza, donde se instaló, para darse bajo la sombra de sus republicanas libertades, á la propaganda del colectivismo.

Y el colectivismo no es en su esencia otra cosa mas que el comunismo. Y no puede darse á una sociedad que viene del Renacimiento en sus artes; de la Reforma en su conciencia; de la crítica de la razon pura en su filosofía; del dogma de la responsabilidad en su moral; de la idea de la libertad en su derecho; de la revolucion americana y la revolucion francesa en sus instituciones; y que va á completar todos estos progresos, consagrando la personalidad humana en su íntegra esencia, y en la suma total de sus relaciones; no puede dársele á una sociedad así, profundamente democrática, pero tambien profundamente liberal, por toda norma de vida, por toda esperanza de ascension y crecimiento, el comunismo asiático, el comienzo de las sociedades, la época de su gestacion en que la rica variedad de

la naturaleza humana todavía no se desarrollaba, como no se desarrollan las ramas, las hojas, las flores ni los frutos en la tosca semilla, en el pobre gérmen, que sin embargo contiene toda la planta. El comunismo es la forma naturalísima del patriarcado antiguo, de la tribu nómada y errante que lleva en sus carros de guerra familia, propiedad, gobierno, leyes, y dioses. Pero en cuanto la personalidad brota, con ella brota la ley de variedad. Y con la ley de variedad, la diversidad de aptitudes, resultado de la diversidad de facultades, que forman, por sus mismas contradicciones, las armonías de la vida. El hombre tiene derecho á vivir en sociedad donde todas sus facultades puedan libremente desarrollarse y crecer bajo su individual responsabilidad por los consejos de su conciencia libre, por los impulsos de su voluntad independiente y autónoma. Pero no tiene, no puede tener derecho el hombre á que el empleo desigual de sus facultades, producto de su propia voluntad, se premie igualmente. Para conseguir este fin, se necesita crear un Estado que violente la naturaleza; y

para violentar la naturaleza, se necesita crear un Estado que asesine la libertad. Solamente la fuerza podrá destruir el individualismo ingénito á la personalidad humana. Solamente la fuerza podrá disciplinar, regimentar las aptitudes y distribuir con igualdad los productos de estas aptitudes. La tijera del jardinero de Versalles iguala los árboles que la naturaleza en su libre expontaneidad produce de diversas estaturas, para que las leyes de la variedad se cumplan. Y así como el jardinero igualaba los árboles en las combinaciones matemáticas pero yertas de *Le Notre*, la monarquía encorvaba á las clases bajo el yugo de Luis XIV. Pues una autoridad tan fuerte como la autoridad del rey-sol, se necesitaria para distribuir igualmente los bienes humanos, y conservar en comun la propiedad. Y uno de los males mayores del comunismo es su naturaleza mecánica, con la cual destruye la libre expontaneidad del genio. Si le preguntais á Bakounine, os dirá que el municipio comunista eslavo es el bello ideal de la sociedad humana. Y si le asegurais que preferís el mu-

nicipio sajon, el municipio americano, os dirá que allí reinan la desigualdad y el egoismo. Pero yo le preguntaria: ¿cómo el municipio eslavo no ha producido todavía ni un Fulton, ni un Francklin, ni un Morse? No los ha producido porque la naturaleza solo se somete al genio, y el genio solo se revela en la libertad.

Lo cierto es que toda la idea social de Bakounine es una utopia, y una utopia desprovista de fantasía, una utopia que no se ha caldeado en el horno de la imaginacion. Yo comprendo los grandes utopistas que han escrito y han divulgado un poema cosmogónico, un poema social. Yo los comprendo, y me parecen sus teorías como una via-láctea de ideas, en la cual se desvanece todo lo indeciso, y se condensan nuevos mundos. Si estos utopistas que han buscado en su conciencia una nueva sociedad, no han hecho mas que sostener, señalar, abrir horizontes, han hecho mucho, sí, mucho por la humanidad. Han puesto junto á nuestros dolores sus esperanzas. De esta suerte, su idealidad se levanta sobre todos los tiempos, y mantiene las incontrastables aspi-

raciones al progreso, y aviva la sed de lo infinito. El profeta social es como el poeta, compañero inseparable de los hombres; y como el poeta, les encubre bajo las rosadas alas de sus presentimientos los dolores de cada pulsacion de la vida, y las penas de cada dia de trabajo. En el mundo bíblico el profeta creó la idea de Israel, que alimentara cien generaciones. De igual manera, la sibyla del mundo pagano, queda de pié sobre los altares del cristianismo, cuando todos los dioses han muerto. Esta mujer misteriosa sobrevive á las divinidades, y resplandece aun bajo la bóveda de la Capilla Sixtina, en el santuario del catolicismo, porque ha esperado mucho. En toda época, junto á toda realidad, habrá un íris de esas ilusiones, que prometerá, no solo una reforma social, sino tambien una reforma cosmogónica. Despues de hojear uno de estos libros apocalípticos, yo siento latir con mayor fuerza mis sienes, y espaciarse en májicas esperanzas mis sentimientos. Si levanto los ojos al cielo, creo ver dentro de mi pequeña retina lo infinito, creo escuchar las vibraciones en mi tor-

pe oido de la vida universal. Y cuando considero los orbes luminosos, los cometas errantes, las estrellas que son soles de soles, el astro de nuestros dias terrestres acompañado de su cintura de planetas, que á su vez arrastra en pos de sí plácidos satélites y enjambres de aereolitos, creo que las fuerzas cosmogónicas me auxilian poderosamente en mis individuales progresos; y que los misterios de la naturaleza y del espíritu se revelan á mi débil razon, y que los cielos florecen como en una primavera universal; y que la via-láctea llueve gotas de rocío misterioso en nuestras zonas celestes iluminándolas de nuevas lunas; y que lijeras y resistentes alas brotan en nuestras espaldas para volar con el éxtasis en los ojos y la verdad en el pensamiento de mundo en mundo, de sol en sol, comunicándome con todos sus habitantes, divisando nuevos aspectos de la belleza y de la verdad eterna ántes de mi desconocidos, oyendo las armonías inefables de los astros, en las combinaciones de sus movimientos, hasta que la vida toda del Cosmos refluya en mí sin anegarme, y yo, sin sentir

mi razon deslumbrada, vea las trasformaciones de mi sér en nuevas formas del espíritu, y sobre mi espíritu á Dios, animando y reproduciendo eternamente la vida y sus creaciones.

Esto no será sañoso á la política; mas es halagüeño á la fantasía. Pero ¿qué ideal es el ideal de Bakounine? Un ayuntamiento comunista sometido en lo político á un Czar sin responsabilidad y en lo administrativo á una burocrácia sin entrañas. Yo lo he visto, yo por mis propios ojos, subir á la tribuna del Congreso de Berna, y explanar friamente sus utopias en lenguaje fácil, pero descarnado. Una legion de trabajadores le seguia, empeñada en creer que su posicion no se mejorará, sino cuando haya igualado los hombres bajo el yugo de un Estado fuerte y reguládolos por el patron de sus combinaciones comunistas. Algunos jóvenes rusos le circundaban, pálidos como la muerte, febriles como la tisis, exaltados hasta la demencia, proponiendo la proclamacion del ateismo como dogma de la democracia, y el combate oficial, armado, público, por todas las fuer-

zas de los gobiernos, á la idea de Dios. Aquellos delirantes nihilistas deseaban ver una inquisicion del materialismo, un Felipe II que persiguiera á los deistas, la opresion material de las conciencias, la guerra violenta con las ideas que son de todo punto incoercibles como el calor, y como la luz. El comunista ruso paseaba su concentrada y chispeante mirada sobre todos sus adeptos como un Pontífice sobre sus fieles, y dirigía sardónicas reticencias á todos los que no imaginaban como el mejor de los gobiernos el gobierno de nuestros conventos, y como la region más privilegiada de la tierra, la triste y estéril estepa moscovita. «Yo quiero, decia, dirigiéndose á »los demócratas de Europa, una resolucion »clara, neta. Yo quiero la nivelacion de los »indivíduos y de las clases, porque fuera de »esto no hay justicia. Yo soy colectivista, y »por eso pido la abolicion de la herencia. Si »vosotros teneis otros medios, dádnoslos, »porque de lo contrario creeremos que solo »llamais á los trabajadores para imponerles »nuevas cadenas.» Alberto Richard le sigue,

y formula con no ménos claridad sus ideas. «El remedio á los males de esta sociedad se »encuentra en la posesion colectiva del suelo.» Faclart es el más fanático. Sus palabras están dictadas por una grande exaltacion: «Sí no sois ateos, parareis lógicamente en tiranos. En lugar de ser una liga para emancipar á los pueblos, sereis una santa alianza contra las revoluciones. Antes que conservar cosa alguna de la antigua organizacion social, quiero las irrupciones de los bárbaros.»

El Congreso de Berna, representante fiel de la democracia, de la República, de la federacion, en ninguna manera podia aceptar semejantes doctrinas. Hubiera ahogado la obra, que tuvo entre sus profetas al Dante, y á Lutero; entre sus filósofos á Descartes y á Loke; entre sus Bautistas á Voltaire y á Rousseau; entre sus soldados á Wasingthon y á Hoche; hubiérala ahogado en el polvo del materialismo nihilista. En cuanto los demócratas rechazaron estas doctrinas, alzóse airado el publicista moscovita, congregó á los suyos, di-

rigió algunas amenazas á los que llamaba republicanos formalistas, y abandonó el salon de sesiones, diciendo que exclusivamente se consagraba desde aquel dia á los trabajadores y á la solucion del problema social por el colectivismo.

Efectivamente, un año más tarde se verifica el importante Congreso de trabajadores en Basilea. Bakounine ha cumplido sus amenazas, ha infundido la idea comunista rusa en las venas de los trabajadores occidentales. Sus teorías se reducen á las siguientes: 1.ª destruccion de todo estado político: 2.ª sustitucion del Estado político por las asociaciones de trabajadores: 3.ª liquidacion social: 4.ª propiedad colectiva de la tierra: 5.ª apropiacion en comun de todos los instrumentos de trabajo: 6.ª ateismo en religion, materialismo en filosofía.

¿Estas teorías aceptadas por una gran parte de los trabajadores europeos, provenian de alguna de esas naciones que han recorrído la civilizacion en todas sus fases, de alguna de esas Universidades que han agotado la ciencia en todas sus profundidades? No. Prove-

nian de las estepas de Rusia, de tribus podridas antes de estar maduras, de inteligencias atormentadas por sombras que oscurecen cuanto alcanzan, de sectarios rusos, perdidos en el desierto, agenos á todo nuestro movimiento científico, y que huyendo de la intolerancia de su Iglesia y de las tiranías de sus bárbaros czares, se precipitaban resueltamente en el nihilismo, en verdadero suicidio de la conciencia y del alma.

CAPITULO XIX.

LA ESCUELA DE LOS ESLAVOFILOS.

La teoría de Bakounine obedece en el fondo á un sentimiento análogo al sentimiento de los eslavófilos. Estos sectarios creen su raza la raza elegida de la libertad, cómo los judíos creian á su pueblo el pueblo elegido de Dios. En el corazon de tales patriotas solo existen ideas repulsivas, no ya á la dominacion, sino á la influencia extranjera. Creeríase que estaban sometidos como estuvieron los húngaros y los polacos, descuartizados como están aun los pueblos de Polonia, ¡ellos, los dominadores y los tiranos de tantas nacionali-

dades muertas! La idea de los eslavófilos rusos nació al calor del misticismo, en el seno de la Santa Alianza, cuando los reyes exaltados por sus victorias, y los pueblos febriles por sus batallas, creian extinguidas las ideas revolucionarias y posible la restauracion de la Edad Media con sus aristocracias teocráticas y militares, sus reyes-soldados, sus pontífices mediadores entre Dios y los hombres, entre los cielos y las grandes potestades de la tierra. Entonces toda una escuela, llamada romántica, coincidia con estas tendencias de los déspotas, y dábase en Alemania á levantar más allá de la invencion de la imprenta y del descubrimiento del Nuevo-Mundo; más allá de la predicacion de Lutero y de la ironía de Cervantes; más allá de las estátuas de Miguel Angel y de los cuadros de Rafael; más allá de este Renacimiento, que habia devuelto su calor al espíritu, su justo imperio á la naturaleza; una sociedad que los románticos creian católica y caballeresca, cuando en su esencia era militar y sierva. Arrastrados de estas tendencias arcáicas, los hijos de Bohe-

mia, opresos por el Austria, levantaron sus brazos al Emperador Alejandro, en nombre de la comunidad de sangre, en nombre de la sangre eslava. A tal clamor los rusos se acordaron de que ellos eran tambien eslavos, hermanos de los oprimidos; y Alejandro, aleman, hermano de los opresores. Y un movimiento hácia los tiempos precedentes á la dinastía alemana, se pronunció en Rusia. Para estos arqueólogos, la religion rusa, heredera del espíritu griego que ha sido el espíritu verdaderamente metafísico y dogmático del cristianismo; la raza eslava con su carácter emprendedor, con su nerviosa y femenina sensibilidad, unida á energías verdaderamente varoniles, con su talento asimilador en el cual todas las ideas penetran sin desnaturalizarlo como penetran los jugos de la tierra y el oxígeno del aire en la sangre; las tradiciones municipales del campesino ruso, que se administra con verdadera independencia y vive en perfecta comunidad de intereses, bases son de verdadero crecimiento político, social, interrumpido por un germanis-

mo cuyos emperadores con sus soldados mecánicos y sus burócratas-máquinas, han puesto sobre las espaldas de un pueblo atrofiado en su juventud, la plúmbea capa de una cultura tocada ya de irremediable decadencia. La ciudad rusa verdaderamente es la ciudad oriental, es la ciudad de las doradas cúpulas, es la ciudad cabeza de la antigua Moscovia, es Moscow; en tanto que Petersburgo, fundada cerca del mar y á orillas del Neva, para aspirar más pronto las ideas y recibir más pronto la sangre de los germanos, es la ciudad, que ha sobrepuesto á las instituciones y á la vida eslava un imperio de extranjeros, el cual obliga á una raza de libres á ser en su aristocracia como una turba de cortesanos; y en su democracia como una manada de siervos. Restaurar el eslavismo, hé ahí toda la idea de los rusos tradicionalistas. Y la idea de Bakounine es análoga, es dominar al Occidente, á esta tierra donde las más altas instituciones han sido formuladas por los filósofos, y ensayadas por los pueblos con la doctrina nihilista, nacida en la yerta inmensidad de las este-

pas, que jamás producirán uno de esos profetas maravillosos como Cristo, y Moisés y Mahoma, engendrados por los caldeados desiertos del Asia y del Africa, por las riberas luminosas del Mediterráneo, el mar de las artes y el mar de las ideas; y bajo el nihilismo, especie de teología dogmática de la desesperacion producida por la servidumbre, extender la municipalidad rusa con sus tierras en comun, ó sus repartos de tierras en lotes, como todavía sucede en la India, lo cual puede ser principio de una civilizacion en mantillas, pero no idea, no esperanza de una civilizacion como la nuestra, que ha llegado á su completa madurez, y que ha adquirido, ó está próxima á adquirir este supremo bien, la alianza del órden con la libertad, de la estabilidad con el progreso, de la democracia con el derecho; del individuo con la sociedad en el cielo inmortal de nuestros principios de justicia.

Este partido de los eslavófilos ó eslavonófilos, como otros les llaman, es un partido que tiene aun extrema influencia en los destinos

de Rusia. Dentro de Rusia el eslavismo se dirige contra el influjo de Petersburgo y de su córte. Fuera de Rusia se dirige contra los austriacos que dominan á los etchecos, y los húngaros que dominan á otra rama de la familia eslava. En cuanto hay un conflicto entre Francia y Alemania, los eslavófilos se ponen de parte de Francia, porque Alemania es el blanco de todas sus iras históricas. Pero en realidad, por el contraste con sus tribus patriarcales, detestan toda la civilizacion de Occidente. Moscow debia ser la natural residencia de esta secta. Por los años de 1840 llegó á la Ciudad Santa un aventurero croata llamado Jaz, apelando al sentimiento ruso para que le defendiera y le amparára contra los opresores de la Dalmacia y la Croacia. Enorme suma fué entregada á este apóstol. En expléndido banquete ofrecido á su honor, pronunciáronse, y en verso, entre el choque de las copas estas terribles palabras: «Bebamos hasta embriagarnos sangre de magyares y de alemanes.» Un chusco, al oir este despropósito, acertó á desvirtuarlo con la siguiente sa-

lida: «Señores, perdon, voy á dejar á ustedes unos minutos. Mi casero es aleman, corro á matarle con este cuchillo de mesa, y vuelvo al instante.» En unos provocó á risa esta ingeniosa broma, pero en otros de los asistentes á indignacion, que de esta suerte se arraiga el fanatismo en Rusia.

Contra tal tendencia, que era funesta, reaccionaria, se levantó un hombre de extraordinario talento, Tchedayef. Corria el estío de 1838. Este hombre, dolorido, melancólico, incapaz de olvidar la multitud de desterrados, hundidos en las minas de Siberia, cuyos lamentos llevaba en los oidos, cuyas tristezas en el alma, ahogándose como ellos bajo la máquina pneumática del despotismo, cogió nerviosamente la pluma y trazó al relámpago de su cólera la elegía de la desesperacion moscovita. Para él esa Rusia tan alabada por los eslavófilos, no era más en el mundo europeo que una escepcion horrible, una laguna ponzoñosa, á cuyos deletéreos miasmas se habia dormido la razon de todo un pueblo, y se habia estancado la sangre de toda una raza. Esta

especie de condenado al infierno ruso, que tenia el valor de escribir audaz protesta contra la eternidad de su pena, mereció que un gran poeta dijera de él: «en Roma hubiera sido Bruto, en Atenas Pericles; pero bajo el yugo despótico, no fué más, ni pudo ser más que simple oficial de húsares.» El Emperador, al ver un hombre de tanta audacia, un hombre que osaba insultarle, é insultar la nacion, vínculo y mayorazgo de su despotismo, le hizo declarar loco oficialmente. Todos los sábados iban un médico y un alguacil á certificar que el grande escritor continuaba en estado de siniestra y monomaníaca demencia. El demente era un hombre de alta estatura, de aristocrático aire y finas maneras, vestido con elegancia, saludado por todos con respeto; un hombre, en cuya cara pálida como la cera, en cuyos ojos sombríos como un cielo del Norte, en cuyos lábios contraidos siempre por amarga sonrisa, en cuya conversacion, bordada de epígramas, descubríase la imágen de inmenso dolor soportado con melancolía inexplicable, que unas veces le apartaba de la sociedad co-

mo á un eremita, y otras veces le sumergía como á un náufrago en el oleaje de las pasiones y en las tormentas del mundo. Errante por las calles de Moscow, con el siniestro aspecto de un aparecido, ya se recluía en su interior y se callaba, como si hubiera renunciado á toda comunicacion de sus pensamientos, ya soltaba la vena satírica, y se reia á todo reir de la vida moscovita, de su servidumbre religiosa y social. Hay en Moscow una gran campana, que al primer toque se resintió, y hubo necesidad de quitarle el badajo. Esta gran campana sin lengua, era para el escritor liberal un símbolo de ese pueblo ruso, grande, inmenso, ocupando una parte considerable de la tierra, pero mudo, condenado á no tener ni una idea en su inteligencia, ni una palabra en sus lábios sellados por el despotismo. Así Tchedayef atribuyendo esta esclavitud rusa á la religion ortodoxa, huia de los altares bizantinos y se abrazaba al catolicismo democrático predicado por Lamennais y Lacordaire, trasformándolo con el naturalismo de Schelling, lleno indudablemente de ideas religiosas y hasta

místicas. El Verbo habia sido la encarnacion de la idea divina en la vida humana. El Verbo, la revelacion eterna del pensamiento por la palabra, habia levantado la oscura conciencia humana, como una hostia luminosa en el templo del espacio, sobre el gigantesco altar del planeta. Y este inmenso territorio ruso, decia el escritor, hállase poblado por numerosísima raza, la cual se dá á sí mismo el nombre de eslava, un nombre que en su más genuina etimología, quiere decir palabra; cuando se halla privada del habla. En efecto, no puede comprenderse toda la virtud de la palabra humana; toda la fuerza y eficácia que para el progreso del mundo tiene este sonido, apenás articulado por los lábios, y ya desvanecido en los aires, no puede comprenderse cómo penetra hasta el fondo de las inteligencias, cómo mueve y levanta la voluntad, cómo abre nuevos horizontes en el tiempo é inaugura nuevas edades en la historia, cómo convierte en hombres las petrificaciones de razas aldeanizadas por el despotismo; no puede comprenderse este milagro, sino cuando se ven los

medios á que apelan los tiranos para impedir la difusion de esa luz y de ese calor fecundantes; y el poder con que al cabo la palabra humana se sobrepone á todos, y soterra ella tan deleznable, tan lijera, tan ethérea á sus fuertes perseguidores con todos sus esbirros, y todos sus ejércitos. La palabra, dicha en el desierto, suscita siempre un Moisés; y los Faraones, que lo persiguen, que creen alcanzar con su espada al profeta, se anegan tristemente en el oleaje levantado por la palabra.

Así, cuando los hombres no pueden ejercitar su palabra, comunicársela mútuamente en los problemas políticos, religiosos, buscan un problema histórico, un problema arqueológico, y allí estallan las oposiciones de las inteligencias, y allí brotan las luchas de los partidos, y allí se encierran todos los términos de los sistemas sociales. De esta suerte me explico yo la existencia de los eslavófilos en Rusia, y la enemiga de sus contrarios. Los eslavófilos ortodoxos vienen á ser como nuestro partido tradicionalista. Y esta existencia de un partido tradicionalista en Rusia es un

bien, porque provoca la existencia de otro partido contrario, de otro partido progresivo. Es la condicion esencial de la naturaleza humana. Jamás se planteará una idea sin que se plantee inmediatamente su contraria. De la oposicion de ideas y de la oposicion de fuerzas resulta en verdad á un mismo tiempo el equilibrio en la mecánica celeste y el equilibrio en la razon humana. Así la historia marcha entre radicales oposiciones hasta que las oposiciones se resuelven, y se elevan á misteriosas armonías. Mi aliento y el aliento de las plantas, que son opuestos, se necesitan y se completan. Con las oposiciones de las ideas sucede lo mismo. Pueden los pueblos acariciar utopias sociales; pero los déspotas acarician utopias autoritarias. Y una de las mayores utopias autoritarias es conseguir la unidad de fé, la unidad de creencias religiosas y metafísicas. Para esto han empleado sus aristocracias teocráticas, seguidas muchas veces de sus legiones de inquisidores. Y la naturaleza se ha vengado de tales utopistas alzando junto á cada dògma su heregía, junto á cada Iglesia

su secta disidente, junto á cada pontífice su tribuno, junto á cada idea por una fuerza dialéctica incontrastable la idea radicalmente contraria. Y así junto á los eslavófilos ortodoxos y autoritarios nacieron los eslavófilos republicanos y socialistas.

Los ortodoxos tenian tres hombres que descollaban sobre todos; Komekof, el dialéctico; Kireyefski, el místico; Aksakof, el fanático. Komekof era un moscovita vigorosísimo de inteligencia y de carácter; en memoria prodigioso, en fantasía poeta, en argumentacion poderosísimo, en el debate incansable; pronto siempre á la pelea, último en la retirada, armado de silogismos y de invectivas, de tradiciones poéticas y de dilemas insalvables; ya encastillado en la ciencia, ya espaciándose en el misticismo; y cuyo único propósito se reducia á demostrar en todas sus conversaciones que la razon humana está tocada de incurable ceguera para conocer la verdad, y la voluntad humana de irremisible impotencia para cumplir el bien, no quedándole otro recurso en la tierra que acudir al auxilio de Dios, cuyo ór-

gano es la Iglesia griega, depositaria del espíritu y de la divina palabra. Kireyefski con su hermano, representaba el misticismo, el éxtasis. Filósofos humanitarios un tiempo; horribles desventuras los habian lanzado al pié de los altares, donde padecian, se desesperaban como náufragos sobre escollos desiertos, que han huido de una muerte súbita para encontrar una muerte lenta. Eran como dos monges; corrian á las Iglesias, se arrodillaban al pié de las imágenes, absorbian su vista y su idea en la contemplacion, desvanecíanse en plegarias perfumadas de misticismo, y cuando habian concluido los piadosos ejercicios y se miraban uno á otro con los ojos enrojecidos por cálidas lágrimas, decíanse con mútuos dichos: pronto se cumplirán nuestros únicos deseos, pronto llegaremos al descanso eterno de la muerte.

Aksakof representaba la accion. Su entusiasmo era tan grande que creia encontrar en los campos rusos el granito para fundar una sociedad perfecta; y en la reaccion hácia los tiempos verdaderamente rusos, el único

medio de acerar el carácter y esclarecer la inteligencia de su raza. Por el ódio que á todo lo occidental sentia, iba vestido á lo moscovita, con pantalones anchos, recogidos dentro de botas de campana, túnica abrochada á lo campesino, alto gorro de pieles que le daba, como á Rousseau en sus postrimeras extravagancias, el aspecto de un armenio ó de un persa. Llevando á extremos tan pueriles su patriotismo, no hay para qué decir cuáles serian sus ódios á todo occidental. Pedro I, que habia recorrido Inglaterra y Holanda en pos de civilizacion y de trabajo, le causaba invencible repugnancia, y no veia en él sino el perturbador de la vida rusa, el asesino como Felipe II de su propio hijo, el verdugo cruel que se gozaba en atormentar y rematar en persona á sus víctimas, el plagiario de Occidente, el fundador de Petersburgo, la ciudad anti-moscovita, la ergástula de los cortesanos, la fastuosa corte de los alemanes. Y si este horror sentia hácia Pedro I, sentíalo más intenso aun hácia Pedro III, hácia Catalina II, alemanes de nacimiento y orígen, fun-

dadores de la dinastía germánica que aun oprime á los rusos. La vida entera de Aksakof se compendiaba en la reivindicacion del espíritu nacional. Cuanto más estudiaba la historia más crecia su fanatismo. La pasion le perturbaba. Su excesivo celo por la patria cegaba su clara inteligencia. Creia exclusivamente ruso el desarrollo de la vida popular, y era una ilusion tal creencia.

Los escandinavos constituyeron Rusia en principado; los mongoles en imperio; la ciudad de Nougorod ejerció un poder que pasó luego á Moscow, y Moscow lo guardó hasta que hubo de cederlo á Petersburgo. El tártaro, el cosaco, han llevado una grande variedad á la vida rusa. Y estas influencias del Oriente no podian ser las únicas influencias que formaran un pueblo tan grande, un imperio tan vasto como el pueblo y el imperio ruso. Acostumbramos á creer que solo en los pueblos meridionales se verifican las grandes irrupciones. Parécenos que la conquista se siente atraida por el aroma de nuestro azahar; por la claridad de nuestro cielo; por la mágia de nuestras

costas esmaltadas de reverberaciones deslumbradoras; por la belleza plástica de estas sirenas que se llaman Grecia, Italia, España, coronadas de grandes cordilleras, y mecidas por las sonoras ondas del artístico Mediterráneo. Pero la historia enseña que tambien las estepas glaciales, las noches eternas, las sombras caliginosas del Norte han sido atravesadas por irrupciones contínuas: que de esta traslacion de las razas, de estas comunicaciones incesantes por el comercio y por la guerra, tarde ó temprano, resulta la vívida levadura de nuevos pueblos. Por consiguiente reintegrar á Rusia en su pristina esencia, como querian los eslavófilos, era un verdadero delirio.

CAPITULO XX.

LOS REVOLUCIONARIOS.

La pléyade, en que Belinski era la filosofía, Granouski la historia, Ogaref el apostolado, Hertzen la fantasía y Bakounine la accion, deseaba otra cosa, deseaba llevar á Rusia las instituciones liberales, democráticas de Occidente, y á Occidente las soluciones sociales, el espíritu de Rusia. Debemos decirlo en honor del revolucionario ruso. Ha recorrido todos los círculos de la vida, y ha llevado á todos igual pasion por su ideal. Desde las sociedades secretas á los públicos salones moscovitas; desde los salones moscovitas á los clubs

parisienses; desde los clubs á las barricadas alemanas; desde las barricadas alemanas á los calabozos austriacos; desde los calabozos austriacos á las fortalezas rusas; desde las fortalezas rusas á las minas de Siberia; desde Siberia al Pacífico; desde el Pacífico á los Estados-Unidos, desde los Estados-Unidos á Suiza y sus congresos; desde Suiza y sus congresos á Bélgica y los suyos; desde Bélgica á Lóndres y á la Internacional; desde la Internacional á las últimas revoluciones de Lyon y Marsella, su único pensamiento ha sido fundar la tribu comunista eslava en medio de la civilizada Europa. En vano le hemos dicho que el comunismo es el principio y no el término de la civilizacion; que esa forma social solo se encuentra en el orígen de las sociedades y en la cuna de las sectas; que nosotros vamos á reintegrar la personalidad humana en toda su esencia, en todo su derecho, y no á encerrarlo en el seno de la naturaleza como un feto; que la propiedad colectiva es la propiedad de las primeras escuelas cristianas y de los últimos conventos católicos; que no hay

emancipacion posible para el pueblo si no se salva la libertad en toda su extension, y como raiz de nuestras libertades, la propiedad en toda su pureza. Bakounine continúa infundiendo en las venas de Occidente, una idea utópica, una idea fundamentalmente reaccionaria, que de ser admitida, nos llevaria á los tiempos antiguos, y nos reduciria á lo mismo que está hoy reducido el campesino ruso, á perpétua infancia.

Es creencia general que las ideas revolucionarias no habian trascendido durante el reinado anterior en Rusia, sino á los salones y á algunos emigrados convertidos en verdaderos occidentales. La reprehesion triunfaba del espíritu humano, segun el vulgar sentir. Y sin embargo, para conocer la inutilidad de la reprehesion en el mundo, no hay como estudiar la ineficacia del despotismo en Rusia contra la fuerza de las ideas. Estos misteriosos rayos de luz habian atravesado todos los obstáculos. Volvíanse los espesos muros de la tiranía moscovita diáfanos, trasparentes como el cristal. A cada paso descubríase una mis-

teriosa sociedad republicana. Y en cada sociedad republicana tramábase una conjuracion política. Mr. Liprandi, hablando de las descubiertas en 1849 y en 1850, en secreto informe decia: «Los discípulos de diversos colegios tienen perdida la cabeza. Embebidos en extravagantes sistemas, cada palabra, cada línea salidas de sus espíritus, respiran esas doctrinas perniciosas, cuyas terribles consecuencias ellos mismos no alcanzan.» En otro documento presentado al general Nabokoff sobre las mismas conjuraciones, léense estas palabras: «Abandonándose ciegamente á las »utopias, créense llamados á refundir toda la »vida social, toda la humanidad; prontos á »convertirse en apóstoles y mártires de esta »desdichada decepcion. Todo puede esperar»se de tales gentes; ningun obstáculo les de»tendrá jamás; porque en su concepto no tra»bajan por sí mismos, sino por la humanidad; »y en sus trabajos no miran á lo presente, »sino á lo porvenir.» «Sorprendióme, decia »cierto oficial de la guardia, en visita hecha »á un sobrino mio de la escuela de derecho

»de Petersburgo, hallarle entre las manos las »Contradicciones económicas de Proudhon. »Habiendo preguntado en tono severo como »se procurara semejante libro, lo he recibido »de mis camaradas, me respondió, todos lo »tienen.» Léese en el folleto firmado Iscander, este juicio: «La Rusia parece tranquila porque está inmóvil bajo un sudario.» En 1855 decia un pensador ruso: «No puede señalarse el dia preciso del advenimiento de las ideas revolucionarias en Rusia; pero se acerca á más andar y revestirá una forma propia, la forma rusa.» Bakounine decia en uno de los folletos publicados despues de su cautiverio: «El pueblo ruso no se cree feliz. Gobernado por mano extranjera, por soberanos de orígen germánico, que no comprenden ni las necesidades, ni el carácter del país, y cuya política, mezcla informe de mongólica brutalidad y de pedantismo aleman, excluye todo sentimiento nacional. De suerte que, privados de derechos políticos, no tenemos ni esta misma libertad natural, de que gozan los pueblos civilizados, y que permite

al hombre vivir en armonía con su carácter indígena, reposar entre los suyos y abandonarse plenamente á los instintos de su raza.»

CAPITULO XXI.

LOS POETAS.

El espíritu moderno penetraba por todos los poros de la nacion rusa, de la raza eslava. Hay en las naciones una bella manifestacion de su actividad, la poesía, el arte, á cuyas cimas alcanza el primer albor de las ideas, cuando todavía duermen oscurecidas en el fondo de las conciencias. Por este medio, la raza eslava demostraba hasta en tiempo de Nicolás que no podia ser monstruosa excepcion sobre la tierra, que no podia arrastrar tanto tiempo el peso de sus cadenas cuando innumerables pueblos las han roto. Es verdad que los em-

peradores tienden la mano hasta sobre el fuego sacro de las ideas que anuncia la aparicion de nuevas leyes, como el fuego del Sinaí; pero tambien es verdad que se abrasa la sacrílega mano con que atentan al espíritu inmortal de la humanidad. La poesía misteriosa, velada; incierta como los ensueños, indecisa como los crepúsculos; encerrando en símbolos á veces oscuros sus ideas luminosísimas, y en alegorías deslumbradoras sus libres aspiraciones, revela al hombre la dignidad interior de alma, y con la dignidad interior de alma la existencia del derecho. Cuando las nacionalidades han muerto en la tierra, viven aun erguidas en la poesía. Los hijos de Israel, proscritos, bajo los sáuces de Babilonia, á orillas de extranjeros rios, no se consolaban sino viendo el vuelo de la golondrina que traia en sus alas nuevas de la pátria, ó escuchando el canto de los profetas que traia en sus estancias verdades á la inteligencia, esperanzas al corazon, vida al espíritu.

El hombre, que personifica en su más alta expresion la revolucion literaria rusa, es

Pouchkine. El romanticismo, que en Francia y en España, representaba la emancipacion, representaba en Alemania, por estos contrastes entre las razas que forman como la trama de la vida histórica, el retroceso. Era la escuela romántica entre nosotros, libre protesta contra el espíritu cortesano y tradicional de la literatura borbónica, llamada clásica, mientras era en Alemania franca reaccion contra las ideas de nuestro tiempo, y religioso culto á los tiempos de la Edad Media. En Rusia, el romanticismo tenia carácter análogo al carácter francés y español; en Rusia, era protesta viva contra el Estado germánico de la córte, ó invocacion elocuentísima al espíritu del siglo y al advenimiento de la libertad sobre los pueblos. Pouchkine fué romántico. En los albores de su romanticismo, no cantó, pues, la naturaleza, como la cantaban los poetas clásicos: Delille en Francia, Melendez en España; no cantó, como querian sus tiranos, los bosques de abedules y alerces; las estepas inmensas como el mar; la nieve vírgen, plateada por los rayos de la lu-

na llena; las ondas del Báltico, ya celestes en los eternos dias del verano, ya aprisionadas bajo el marmóreo hielo en las eternas noches del invierno; los horizontes polares, con sus rosadas auroras boreales de un explendor indecible cuando los repiten y los descomponen los desiertos y las cordilleras de cristal; no cantó, no, esta naturaleza que continúa en sus movimientos, en su explendor, en su belleza, aun cuando presencie el crímen, y que recoge y bebe en completa indiferencia la sangre de los mártires, y sostiene con su vivificante aire el pecho de los tiranos; cantó el espíritu con sus ideas, el espíritu con sus agitaciones, el espíritu que se hincha de tempestades interiores, y sale airado hasta escalar el cielo en pós de la justicia y de la libertad; y que cuando cae, rugiente de dolor y desesperacion, no reconoce ni en Dios mismo autoridad y poder para robarle su derecho.

¡Cantar el espíritu en el seno de Rusia! Caro debia pagarlo el poeta. Segun unos historiadores, Pouchkine fué azotado antes de ser conducido al destierro. Segun otros, fué me-

ramente proscrito al interior, y recluido en silencioso claustro. Allí devoraba su propio sér. El martirio del Titan, solitario en la cima del Cáucaso, era su martirio. A los ímpetus de la escuela romántica, sucedieron los dolores de Byron. Aquellos dolores punzantes, aquellas penas desgarradoras; la duda de lo divino y humano, derramada sobre las heridas interiores del corazon y de la conciencia; la hiel, saliendo á borbotones del hígado, como de ánfora quebrada; la ironía fina, el sarcasmo amarguísimo; los tránsitos bruscos desde los éxtasis de los ángeles en mística oracion á los juramentos de los campesinos en brutal embriaguez; toda aquella escala de la indignacion, fustigaba la conciencia muerta de un pueblo tristemente esclavo. Su dolor, su duda, su amargura, eran el dolor, y la duda, y la amargura de su generacion, que habia entrevisto la libertad en el cielo del porvenir, para caer herida bajo el látigo; bajo el Kout del pretoriano cosaco. Rusia gimió por el poeta; Rusia se avergonzó de sí misma en la vergüenza del poeta.

Este llegó á crear una personificacion de sus propios males, creando un tipo inmortal de su espíritu y del espíritu ruso; llegó á crear el tipo de Oneguine. Es admirable el talento de los poetas para poner en una sola persona el carácter de todo un siglo. Nuestro teatro español tiene de tál aptitud poética maravillosos ejemplos. El Segismundo de Calderon, nacido para rey, encerrado entre las bestias; puesto en las entrañas de áspera gruta, sin comunicacion alguna con el género humano, condenado á envidiar la libertad del ave que cruza sobre su cabeza, y del pez que coletea á sus plantas, y del bruto de las selvas, y del arroyo sin espíritu; con menos albedrío que los séres materiales, personifica aquel pueblo español, que desde la cima del mundo, cayendo en miserable servidumbre, perdió bajo sus cadenas hasta el alma. Oneguine era tambien el tipo, tambien la personificacion de Rusia y del espíritu ruso. Agil, y no puede moverse; inteligente y no puede pensar; con palabra, y no puede hablar; sediento, y no puede beber; hambriento, y no

puede comer. Las facultades intelectuales y las facultades físicas, son en él completamente inútiles, hasta el amor parece vedado á quien solo ha de engendrar esclavos. Oneguine es la imágen de las generaciones, que nacen y mueren bajo el despotismo; ociosas para los más altos ministerios de la vida; inútiles en las esferas de la actividad humana; anhelantes por salir de su esclavitud pero sin acertar la salida; generaciones abortivas y yertas, para quienes la tierra es como vasto sepulcro, y la vida sin libertad, sin pensamiento, sin conciencia, como perpétua asfixia.

Esta persuasion de que eran todas sus facultades inútiles, llegó á infundir en el poeta una completa indiferencia entre la libertad y la servidumbre, entre el error y la verdad, entre la reaccion y el progreso. ¿A qué aspiraria la piedra á la inteligencia? ¿A qué aspiraria al calor de la vida? Poco á poco toda aspiracion fué ahogada en aquel corazon, toda idea fué muerta en aquella inteligencia, y el poeta quedó como la naturaleza, que produce la hermosura sin tener conciencia de produ-

cirla. Cantó, cantó; pero cantó en la olímpica indiferencia del arte por el arte. Cantó, cantó; pero cantó repitiendo las pasivas impresiones fugaces de todos los dias, como repite el trasparente lago los objetos de sus orillas. No fuè una idea reanimando la naturaleza y la vida, como debe ser la virtud poética, fué una máquina fotográfica repitiendo los hechos y las ideas que pasaban por los cristales de su mente. Nicolás llegó al total cumplimiento de sus deseos, el poeta se habia suicidado. En su triste suicidio maldijo el único elemento que le sostuviera contra la tiranía y que le auxiliara á soportar la soledad de su cláustro; maldijo la opinion pública, triste reo de crímen horrible contra el género humano, maldiciendo su protector en la desgracia, su juez en el perjurio. Para el sentir de aquella alma desolada, cuando sacudia y atormentaba las cuerdas del arpa puesta por Dios en sus manos, el pueblo estúpido, indiferente, capaz de apreciar el Apolo del Belvedere por el peso del mármol y no por la hermosura de las líneas; el pueblo

dormido en el barro de sus campos, con su aliento de muerte como la cavidad de los sepulcros, le decia que su cántico era sonoro y ruidoso, pero vano y estéril como el viento; y á un pueblo así debia bastarle por todo regalo, no la poesía, don celeste, sino el calabozo de los déspotas, el látigo de los pretorianos y el hacha de los verdugos. En efecto, el látigo de los pretorianos habia mordido hasta el alma de Pouchkine.

Cuando suscita naturaleza un poeta, y pone en su inteligencia ideas universales, en su corazon humanos sentimientos, alzándole á la esfera luminosa, donde todos los objetos se esclarecen y se vivifican en la luz de la hermosura, y todas las ideas se expresan y se encarnan deliciosamente en suaves armonías, lo suscita, le dá la inspiracion, le confia el arte májico de las formas; le pone en la voz melodiosa acentos, y en la mente la virtud del trabajo creador; le hace sensible y á veces hasta desgraciado, para que embellezca las noches de la vida como el satélite embellece las noches del planeta, y despierte nue-

vas almas como la primavera despierta nuevos séres, y difunda ideas en los senos de la conciencia como difunden aromas, miel la luz y el calor en las entrañas de la naturaleza.

Renegar hasta de su inspiracion, nada podia serle tan beneficioso en la córte. Mandóle el déspota, no soldados que lo azotaran, cortesanos que le corrompieran. Acordóse de que todos los déspotas habian tenido junto á sí un génio; Filipo, Aristóteles; Augusto, Virgilio; Cárlos V, Garcilaso; Luis XIV, Moliere, y quiso Nicolás tener su poeta, escogiendo á Pouchkine, que habia dado flexibilidad maravillosa á la lengua rusa, y que habia recibido los caudales de las ideas del siglo, evaporándolos en holocausto al despotismo. Así le nombró su chambelan. Todavía quedaba un resto de pudor en el corazon del poeta, y se resistió á semejante gracia. Pero Nicolás, resuelto á deshonrarlo, despues de oprimirlo, impúsole que optára entre el cargo de chambelan ó el destierro al Cáucaso. El déspota asiático ar-

rojó Daniel á los leones; el Czar ruso arrojó Pouchkine á los cortesanos. En semejante situacion no quedaba á Pouchkine otro recurso que morir ó deshonrarse, y escogió deshonrarse. Fué chambelan. La librea le pesaba como una cadena. Dios le habia hecho uno de sus ángeles de eleccion, y el despotismo lo habia convertido en una de sus bestias de carga. Allá, en la soledad de su alma, en el diálogo con su conciencia, cuando recordára que hay un Dios en el cielo y una justicia implacable en la tierra; delante de la historia, cuyos premios y castigos son eternos como la sucesion y la corriente de los tiempos, el poeta debia retorcerse de dolor, de ira contra sí mismo, de triste desesperación por no haber preferido á los favores de los tiranos que matan, la trasfiguracion y la apoteosis del martirio, que deja inextinguible luz en la memoria humana.

Que su dolor fué grande, se conoce en que su vida fué desastrosa. Perdió lo más necesario á toda existencia, perdió la estimacion de sí propio. Buscó los medios todos de huir

de sí mismo y no tropezar con el cadáver de su génio amortajado entre las espesas sombras de su conciencia. Para huir de sí mismo se entregó desenfrenado al placer. Aquella vida sin porvenir, torrente sin cáuce, pensamiento sin objeto, inteligencia sin luz, cántico sin ninguna inspiracion, corazon sin esperanza, espíritu sin ideal; aquella vida se evaporó, por lo que á ideas respecta, en lo vacío, y se estancó, por lo que respecta á sentimientos, en el vicio. La orgía fué para él como un bebedizo. Pero si en la orgía encontró alguna vez olvido, encontró tambien terrible, implacable castigo. Abrió las puertas de su casa á los epicúreos, y los epicúreos, segun sus sospechas, le corrompieron la única mujer á quien verdaderamente habia amado en el mundo, su compañera de destierro, su esposa.

El poeta fué siempre celoso como un árabe. Bizñieto de un negro, las pasiones de Othelo hervian ruidosamente en su pecho.

¿Eran fundados sus celos? No ha podido averiguarlo la historia; pero sí dirá siempre

que podia temerlo todo Pouchkine de su propia abyeccion y de los compañeros que le rodeaban. Los anónimos no le consentian vida tranquila. Varios maridos engañados le hablaban bajo sus firmas de la comunidad de sus desgracias. Danthes, oficial de guardias, era el rival preferido. Corrió el poeta á su casa, mostróle las cartas, y demandó en el acto un desagravio, una reparacion. Danthes, para disuadirlo, pidióle la mano de su cuñada, de la hermana mayor de la señora de Pouchkine. Verificóse el matrimonio; pero se engendraron nuevas sospechas. En tal situacion, el poeta injurió públicamente á su cuñado, y el cuñado no tuvo más remedio que empeñar y aceptar un duelo. ¡Terrible trajedia! Dos hombres unidos por tantos lazos, casados con dos hermanas, iban á matar ó morir. El uno de ellos arrastraba al sepulcro una existencia henchida de placeres; el otro una existencia malograda por haber faltado á la vocacion de su génio. Los dos, antes de matarse, llevaban algo muerto y podrido en sus respectivas almas.

El duelo se verificó en espeso bosque cerca de Petersburgo. Danthes disparó primero. Pouchkine fué mortalmente herido. En las ánsias de la muerte, con el velo de la eternidad ante los ojos, sintiendo partírsele el pecho al estertor de agonía desgarradora, apretó febrilmente la pistola, y la disparó sobre su enemigo. Herido Danthes en la paletilla izquierda, cayó al suelo. El poeta, creyéndole muerto, le arrojó la pistola á la cabeza, y dijo: yo pensé que me alegraría más la muerte de ese hombre. En realidad no habia otro muerto que él. Una larga, una penosísima agonía comenzó en cuanto le depositaron sobre su lecho. La familia, á quien habia deshonrado, le rodeaba desolada; y el puebló, á quien habia ofendido, pedia noticias de su poeta nacional. Solo un hombre, frio como el hierro, impasible como el destino, rodaba en torno de aquel triste lecho de agonía, para acabar de extinguir algo más grande que la vida material, para acabar de extinguir las obras del génio á quien habia corrompido. Este hombre era el Emperador. Podia el poeta haber escrito

allá en la soledad de su gabinete, en el secreto de su conciencia, cuando el espectro de una vida malograda se apareciera á sus ojos febriles, cuando el torcedor del génio le demandara con imperio y con remordimientos alguna verdad saludable; podia entregar en tercetos, en estancias inmortales el tirano al castigo irreparable de una execracion eterna en la posteridad. Era indispensable arrancar este último floron á su corona; este último pedazo á su alma. El Emperador le mandó un emisario encargado de pedir todos sus papeles á cambio del pago de sus deudas, y del señalamiento de una pension á su mujer y á sus hijos. El poeta selló este trato al borde oscuro de la eternidad. Era la madrugada del 2 de Enero de 1838 cuando espiró. Al morir, no pudo contemplar, no, con ojos serenos la posteridad, ni decir que habia cumplido fielmente con el ministerio de su génio. Dejábase entre las garras del despotismo su inmortalidad hecha trizas, y su gloria tan deleznable como el polvo de su cadáver. Ni aun consintió su perseguidor que tuviera funerales.

En Rusia todo pertenece al Emperador. Era, pues, suyo tambien el cadáver. A la callada, en noche glacial, conduciendo el muerto á otra Iglesia que no fuera su parroquia, estando un cura que dijese como á hurtadillas rápida misa, dió tierra el Emperador al poeta, que bien pronto desapareció bajo el sudario de una inmensa capa de nieve, no tan fria como la capa de nieve que el despotismo tendiera sobre su génio. Ese es el destino de toda alma grande nacida bajo la infame coyunda del despotismo.

¡Cuán desolador el Gobierno absoluto! ¡Cómo apaga el génio! ¡Cómo corta sus alas á todas las bellas inspiraciones humanas! ¡Cuán perseguidos fueron siempre los escritores rusos! Lermentoff, que habia sido osado á gritar en verso venganza sobre el sepulcro del primer poeta nacional, es arrojado á las sombras del destierro, y muere desgraciadamente. Palevoi, que osa recordar la existencia de un problema social, ve sus artículos secuestrados, su invectiva paralizada, y se entrega al silencio primero, despues al elogio de los

pretorianos y sus mentidas glorias. Gogol escribe las Almas muertas, una novela digna de Cervantes. Así como las fantasías de la Edad Media recibieron golpe mortal de la razon madura y moderna de Cervantes; los horrores de la servidumbre, el comercio con las almas que debian contarse ó no en los censos, recibieron golpe mortal del alma humanitaria de Gogol. Los pobres siervos en su eterna noche; los agentes del fisco en su codicia eterna; el triste alcabalero de las estepas comerciando con los cuerpos y las almas; la podredumbre de una administracion, por cuyas venas corre el pus de todos los negocios; la vida del señor territorial encerrado, sapo asquerosísimo, en sus estepas, que parecen humedecidas de lágrimas; todos estos crímenes, y todos estos horrores, tomaron cuerpo y voz para denunciarse como siempre se denuncia á sí misma la maldad, en la obra imperecedera del inmortal escritor moscovita. La ironía es un gran corrosivo del mal y un gran despertador de la conciencia, porque opone á las tristezas de la realidad, á las

sombras de lo presente, la clara, la vivísima luz del ideal. Aun cuando la ironía no señale ese ideal, búscalo ansiosa la razon, persuadida de las tristezas y de las tinieblas presentes. Una sátira elocuentísima aparece siempre junto á una iniquidad, que se cuartea y se arruina. Antes de que la esclavitud se acabara, en América, la novela de una mujer cristiana esparció por todas las conciencias, y derramó en todos los corazones, las nubes de lágrimas condensadas en las cabañas de los negros. Poco antes de que la servidumbre del terruño fuera enterrada en Rusia, la mató Gogol. Lo más admirable, para demostrar la eficacia del génio y la ineficacia de la persecucion, es que la censura dejó franco paso á la obra, y el Emperador la premió con un libro, cuyas hojas eran billetes de banco. Pero bien pronto conocieron todos el veneno guardado en aquella humilde flor de las estepas. Gogol fué acerbamente criticado, suponiéndole falta completa de patriotismo. La segunda parte de su novela ó no se escribió nunca, ó se quemó despues de escrita.

El poeta cayó en tristeza tan grande que nadie sabe todavía si lo consumió esta tristeza. Lo cierto es que su razon se extravió mucho, y en sus extravíos, para agradar al amo de todas las Rusias, publicó unas deplorables cartas sobre la ortodoxia griega. En la juventud, en la fiebre, consumido por un mal misteriosísimo, mal que le daba profunda y extraña melancolía, espiró Gogol, despues de haber dejado entrever algunos círculos del infierno de la servidumbre. Pero la literatura, despertada por Pouchkine, cumplió su destino; á través del látigo, del Kout, de las bayonetas, de los verdugos, y de los Emperadores, pasó con su antorcha; y encendió en millones de seres enterrados bajo el terruño, la luz y el calor de la vida con la luz y el calor de la libertad.

CAPITULO XXVIII.

IMPORTANCIA POLITICA DEL MOVIMIENTO RELIGIOSO EN ALEMANIA.

Lo hemos dicho muchas veces en el curso de estos trabajos y nunca nos cansaremos de repetirlo: el movimiento religioso trasciende al movimiento político en Alemania, mucho más que en ninguna otra nacion. Nosotros, acostumbrados de antiguo á la indiferencia arraigada en el ánimo de razas que profesan un solo culto y tienen de grado ó por fuerza una sola religion, habiendo recibido con glacial indiferencia las cuestiones suscitadas sobre la autoridad del Concilio que declaró dogma la Concepcion inmaculada de María y

de su hermano mayor; la seguridad de que el propio temperamento le arrastraban á la violencia; el matrimonio con una mujer de rango inferior á su rango; decidieron al gran-duque heredero, á Constantino, resuelta, poderosamente á declinar el Imperio, que solo podia anticiparle desastrosa muerte. Antes, mucho antes de que su hermano Alejandro pasara de esta vida, depositó el heredero Constantino en lugar seguro, solemne renuncia al trono, que debia recaer en la persona de su hermano segundo, Nicolás. Este dudaba si aceptarla ó no; y creia que la renuncia de Constantino necesitaba solemne confirmacion. Así, entre la muerte del Emperador Alejandro y el advenimiento del Emperador Nicolás, hubo un período de verdadero interregno.

La ocasion era propicia para un movimiento revolucionario. En esos instantes en que el poder carece de unidad, las revoluciones toman fuerza y corage. Por las estepas rusas corria el viento revolucionario que agitaba á toda Europa. El masonismo se confundia con

las demás sectas de los campos rusos y llenaba los corazones de sentimientos progresivos y humanitarios. La irrupcion de las huestes napoleónicas habia sembrado tambien tras sus pasos vaga aspiracion á la reforma social. El ejemplo de los movimientos militares de España é Italia, esparcia esos contagios, en que palpita el espíritu fundamentalmente uno de toda Europa. La Constitucion española de 1812, constitucion esencialmente democrática, deslumbraba las inteligencias, y atraia á sí muchas nobles almas. El Emperador difunto, en sus veleidades liberales admirábala mucho, y exigía á los soldados españoles reunidos contra Napoleon bajo sus banderas juramento de servirla y defenderla. A todos estos externos motivos, uníase el ideal acariciado en algunos cosacos de ánimo esforzadísimo, y que los impulsaba fuertemente á elevarse sobre los tiempos de la dinastía germánica á los tiempos de Ivan, para buscar en su tradicion puramente moscovita, no restauraciones imposibles de Imperios, yertos como los imperios asiáticos, sino

gérmenes de una República federal eslava, que fuese el lazo sagrado entre toda una heróica raza.

De aquí sociedades secretas innumerables. Ya en 1823 la llamada del *Bien público* habia echado en Volhynia las bases de la alianza federal panlavista. Una comision de jueces, de esbirros, de verdugos, fué mandada de la corte contra esta sociedad de republicanos que padeció, pero no espiró en la persecucion. Muchos pensadores la llevaron á las provincias más apartadas, y muchos militares la recibieron como promesa de emancipacion y como medio de unir su instituto con el espíritu de nuestro siglo. Aquellas sociedades eran verdaderas conjuraciones. Por 1823 tuvieron los conjurados una reunion misteriosa en Kiew, donde se confabularon para destronar á la familia reinante. Sucedíanse unas á otras las reuniones en diversos territorios del Imperio, proponiéndose en todas el destronamiento de la dinastía alemana y la proclamacion de la República rusa. Estas sociedades crecian en tales términos que llegaban á tener

asiento en la misma capital del imperio, bajo ejércitos de esbirros, y se animaban al calor del alma de un poeta, el cual se reia del despotismo, á pesar del presentimiento siniestro de que moriria á sus manos. Y mientras estas ideas hervian confusamente en la inteligencia de la juventud literaria y militar, Alejandro espiraba en su reclusion de Tangarog, herido, no por el puñal de estos conjurados, sino por su negra melancolía.

El 8 de Diciembre de 1825, supo el gran duque heredero la muerte de su hermano, é inmediatamente confirmó á Nicolás su resolucion de no aceptar el trono. A pesar de esta resolucion, Nicolás hizo jurar por Emperador á Constantino, y solo aceptó para sí la corona cuando se hubo convencido de que no le quedaba otro recurso, vista la tenacidad del heredero en renunciarla. Los papeles que llegaron del retiro donde habia muerto Alejandro, anunciaban la conjuracion, y aun designaban como sospechosos de tramarla y sostenerla varios oficiales de la guardia.

El gobernador militar, hombre de gran

candor y de cortos alcances, no queria creerlo, y cuando le hablaban de las reuniones misteriosas de los jóvenes solia decir: «Dejadlos que lean entre sí y entre sí aplaudan mútuamente sus pésimos versos.»

Los conjurados supieron que despues de haberse prestado juramento de fidelidad á Constantino, debia prestársele otro nuevo á Nicolás; y pensaron hallar en aquel extraño caso plausibles coyunturas para arrastrar á los soldados á una sublevacion, asegurándoles que el heredero legítimo habia sido destronado por su hermano rebelde, intruso, tal vez fratricida. Era la mañana del 26 de Diciembre de 1825. Nicolás, asaltado de torvas ideas leia la fórmula del juramento y la completaba con una proclama á sus tropas. Muchos de los regimientos habian ya cumplido con la fórmula, y Nicolás respiraba, cuando llega la noticia que los soldados de Moskva se resistian, que mataban á alguno de sus jefes, que iban hácia palacio sublevados, y que se reunian en torno de la estátua de Pedro el Grande, amenazando con sus avanzadas y

sus tiradores á todos los transeuntes. El Emperador vaciló un momento, pero al cabo se decidió á salir contra los sublevados. Su familia le detenia, arrojándose todos, y especialmente las princesas desoladas, á su cuello, á sus piés, para impedir la salida. El momento era decisivo, supremo; uno de esos momentos en que se resuelve la suerte de las dinastías y de los imperios. La vacilacion del Emperador podia alentar á los soldados. Nicolás salió. Una gran multitud rodeaba el palacio, y oia sumisa la proclama leida por el mismo Emperador con voz verdaderamente extentórea. Cumplido este acto, reinó silencio tan profundo, que el Emperador se dirigió á algunos ciudadanos diciendo que en sus mejillas besaba á todo el pueblo, y en aquella inmensidad solo se oyó la resonancia de los besos.

Los sublevados formaban una muchedumbre confusa, abigarrada, donde las voces eran tan discordes como las ideas, sin ninguna disciplina que los uniera, ni motivo alguno claro que los impulsara, pués mientras varios de

sus jefes acariciaban una república, la totalidad pedia, anhelante de servidumbre, el verdadero, el legítimo tirano. Dábanse muchas voces de «Viva la Constitucion,» que los soldados repetian con delirio, imaginando que Constitucion era el nombre de pila de la mujer de Constantino. Y mientras esta discordancia reinaba en sus filas, adelantábase Nicolás á su presencia. Un viejo general, que le acompañaba, y fué el primero en reclamar de los sublevados disciplina, cayó traspasado de un pistoletazo á los piés del Czar. Un hombre resuelto hubiera en aquel punto destronado á la familia germánica y destruido la obra de Pedro el Grande, porque el Emperador, si bien exponia su persona, descuidaba toda decision y suspendia todo encuentro. Un ataque de caballería, que por fin se ordenó, hubo de suspenderse inmediatamente, porque los caballos resbalaban en el hielo. Decidióse apelar á la artillería.

Pero en esta incertidumbre los regimientos de granaderos de la guardia se habian sublevado tambien y tocaban al palacio de Invier-

no para apoderarse de la familia imperial. Cualquiera hubiese creido en tan supremo instante que sonaba la última hora de la dinastía de Rusia. Pero otro batallon de zapadores, fiel á Nicolás se interpuso, y evitó el golpe de mano. Las tropas sublevadas encontraron al Emperador en su camino, «Alto» dijo este. «Somos de Constantino» gritaron los granaderos. «Pues aquel es vuestro camino» les repuso el príncipe, señalándoles en su aturdimiento la plaza donde estaba el resto de las tropas. En estas habia universal indecision. El pueblo, fiel á Nicolás, se irritó, y comenzó á pedradas con los rebeldes. La artillería acabó la obra comenzada por el pueblo, y la insurreccion fué destruida, ahogada en su cuna.

Concebir con claridad un ideal, formularlo en silencio; difundirlo entre esclavos; tocar con su luz en las conciencias ciegas, con su calor en la tierra estéril; organizarlo por medio de sociedades que se difunden rápidas en vasto territorio de antiguo desolado por la tiranía; llegar á verlo estallar en el seno de los

mismos institutos donde la autocracia encuentra el seguro de su poder, y el áncora de su despotismo; todo este trabajo podrá parecer baladí á los que solo miden la grandeza de los esfuerzos humanos por su éxito; pero eternamente parecerá grande á los que sabemos como toda idea sembrada germina, y como todo impulso dado mueve los pueblos, aunque al pronto desfallezcan, hácia el fin supremo de encarnar la propia vida, y realizar la propia esencia en la reivindicacion de sus derechos. El Emperador, en cuanto tiene del movimiento noticia, se arroja al pié de los altares, ruega y aun llora, despídese de su familia, monta á caballo, sale, impone respeto con su ademan imperioso, su hermosa figura, su mirada olímpica y centelleante, despierta en el pueblo los sentimientos de obediencia que hay en toda muchedumbre esclavizada, y concluye por medio de su artillería la salvacion iniciada por medio de su prestigio y de su audacia.

Siberia, en las minas de los montes ourales, enseña la áspera y saludable religion del deber.

¿Y quiénes fueron los jefes de esta sublevacion, es decir, los verdaderos fundadores del partido republicano en Rusia? Hombres de gran talento, conocedores del pueblo en que trabajaban, comenzaron por buscar un nombre aristocrático, prestigioso. Y encontraron el nombre del príncipe Troubetzkoi. Era este él jefe de una familia nobilísima, la cual, á la manera de los Medinacelis en España, pretendia tener más derecho que la dinastía reinante al trono de Rusia. Guiado el príncipe por esta tradicion, bien puede asegurarse que no tuvo en las horas supremas del levantamiento el valor á la altura de la ambicion. Pero un largo martirio le rehabilita de esta falta. La vida, que le dejaron, valia ménos que la muerte de sus compañeros en la horca. Proscrito á las minas de los montes ourales, bajo grados de frio insufribles para la naturaleza humana, y entre los duros tratamientos de los presidios, su destierro es

trájica tumba, destierro lleno en cada minuto de indecibles sufrimientos. Hay á su lado un verdadero ángel custodio, cuyos dolores serán recogidos por la historia, su mujer. Durante su permanencia en la córte, los dos esposos, unidos por esas razones de Estado que tambien imperan allá en las aristocracias, se miraban con verdadera indiferencia mútuamente. Pero en cuanto la adversidad llega, siente la heróica princesa una intensa pasion, inspirada por el sentimiento del dolor, y sostenida por la idea del deber. Bella, tierna, jóven; nacida entre los refinamientos del lujo; criada en esos palacios moscovitas donde á las comodidades parisienses júntanse explendores orientales; ni su sexo, ni su educacion la detienen; y en el carro primitivo del campesino ruso, en la *talega*, por caminos muchas veces no hollados, entregada á todas las furias de los elementos, á todos los peligros del desierto, corre dias y dias, noches y noches, centenares de leguas, yerta unas veces, hambrienta otras, siempre dolorida, para compartir en el fondo de las minas,

bajo eterna noche, el jergon de un galeote. Allí vive con él, allí le sostiene, allí le da cinco hijos. Y cuando tras quince años de dolores materiales y morales horribles, una familia, engendrada en la desesperacion, nacida con la marca de las cadenas, se ha formado, todavía sus males se agravan en virtud de una ley, que la envia á formar en el desierto una colonia penitenciaria. La madre, que no se asustó del tormento, se asusta de la soledad y pide que la dejen aproximarse con su marido á una poblacion donde pueda tener escuela en que eduque á sus hijos. ¡Los hijos de un galeote! jamás, dice el tirano. Y aquella madre, aquella esposa, que hubiera partido con su dolor las piedras, y las hubiera ablandado con el espectáculo de su sacrificio, no ablanda el férreo corazon del Czar, cuando le pide humildemente, con santa prevision maternal, que á lo ménos la deje vivir cerca de un boticario, para procurar medicina á sus hijos si están los infelices enfermos. Y el Emperador contesta al noble que le presenta esta sencilla peticion: ¿Cómo os atrevereis

á hablarme de esa familia de rebeldes? Así el corazon humano se endurece en las alturas del trono.

Pero los verdaderos jefes de esta sublevacion militar, vienen á ser el gran pensador Pestel y el gran poeta Ryleyef, ámbos militares. El primero, Pestel, educado en la escuela de pages, coronel en el regimiento Viatka, á la hora de la tremenda revuelta; inteligencia clarísima, corazon esforzado, carácter íntegro y entero; de una expansion, así en ideas como en sentimientos, que atraia y arrastraba á las muchedumbres; de una fuerza de voluntad que trasformaba y modelaba á imágen de su espíritu los hechos, dominados por la dulzura misma de su encantandora humildad y por el poder de su génio extraordinario; apóstol como todos los talentos luminosos y organizador como todas las voluntades fecundas; estudiando la pátria historia, encontró que la autocrácia, el despotismo, eran de orígen mongol; y la burocrácia, la centralizacion, de orígen germánico; que los mongoles dominaron doscientos años,

los bárbaros ciento, los alemanes siglo y medio á Rusia; y que entre todas estas irrupciones, entre todas estas conquistas, no hicieron más que deslustrar y oscurecer las ideas eslavas; los derechos inspirados por la originalidad de la naturaleza, la familia patriarcal y primitiva; la comunidad con sus bienes sagrados; proponiendo para destruir todo lo extranjero y restaurar todo lo nacional, á manera del eslavismo literario, que la raza se dirigiese por poderes de eleccion, celados en parlamentos de sufragio universal, y responsables ante los pueblos, que debian enlazarse en ámplia y republicana federacion. Pestel tenia de la revolucion social, un sentimiento digno de los Gracos; y de la pátria, una idea digna de Cámilo; y por la república, un culto digno de Wasingthon; y en la guerra y en la milicia, aptitudes verdaderamente napoleónicas. El génio le habia sido dado en potencia por la naturaleza; y no quiso el medio de su desarrollo, la atmósfera bajo cuyo frio brotara, que este génio se desarrollase en la viviente realidad. Ese es uno de los males mayor del

despotismo: las ideas que apaga, los caractéres que mata, las voluntades que esteriliza, las generaciones de almas que arroja mudas y sombrías á la eternidad.

Pestel habia escrito un código republicano, que los jueces de su causa ridiculizaban, y que sin embargo contenia el ideal de las generaciones presentes, y la sociedad de las generaciones por venir. Su causa, como la causa de sus cómplices, fué comenzada, vista, seguida por un tribunal, bajo la inspeccion del mismo Emperador. Este dirigia preguntas á los acusados como un espía; los trataba como un fiscal; y luego los entregaba ya perdidos, condenados á sus irrisorios jueces. Y digo irrisorios, porque dióse el caso de que condenaran á un oficial á cierta pena, y el Emperador, de su propio puño y letra, la corrigiera y la elevara á pena superior. Pestel fué condenado á muerte, y murió como saben morir los valientes. Al saber su sentencia, solo pidió ser fusilado, en vez de ser ahorcado. El Emperador negó esta gracia. Al salir hácia el patíbulo, solo encargó que se salvara

y se conservara su código político. Y el verdugo cogió al escritor, le ató las manos á la espalda, le ciñó una cuerda escurridiza á la garganta, apretó el nudo fatal, y lanzó como un péndulo aquel cuerpo en los aires, destruyendo un cerebro, del cual se escapaba á las alturas la invisible llamarada del génio. ¡Cuántas ideas se desvanecieron, y cuántas obras se destrozaron sobre las tablas de aquel espantoso cadalso!

Si Pestel fué la idea de aquel movimiento, Ryleyef fué la imaginacion, la fantasía. Creóle poeta el cielo, y dióle todos los presentes de la poesía. Aun hoy, recita la juventud rusa con emocion, versos inéditos, no impresos, no publicados, que las memorias conservan como en depósito, y que los lábios repiten como la oracion de esta nuestra edad. No se equivocaba, no, el poeta, sobre la suerte reservada á su génio por el destino implacable. «Moriré por la tierra que me vió nacer, decia; lo siento, lo conozco, y no solo acepto, sino que bendigo mi destino.» Empleado en la carrera militar y en la carrerá judicial, jamás

quiso tocar con sus manos purísimas la soldada del despotismo. Redactor de un almanaque literario, señalaba ya en sus páginas que la justicia es la estrella polar del humano espíritu. En sus acciones solo se encontraban estos móviles: el amor á su ideal, el amor á la humanidad, el amor á la pátria, siempre el amor desinteresado á todo lo sublime. Incapaz de odiar, amante del bien puro, sin ninguna baja pasion, queria ir al bien por el camino del bien, sin verter sobre la tierra sedienta de bien, ni una lágrima, ni una gota de sangre. La palabra de Demóstenes, le parecia más eficáz contra la tiranía que el puñal de Bruto. Imaginacion ferviente, purísima, enamorada de lo infinito, al abrir sus álas, debia troncharlas contra los hierros del despotismo. En el mundo solo amaba la salud de la pátria. Y para curar la pátria, sus primeras ideas fueron monárquico-constitucionales, ideas convertidas más tarde, merced al influjo de Pestel, en republicanas federales. Tal fué la ley de su vida, y el consuelo de su muerte. En sombría mañana de Enero, bajo un cielo

cubierto de plomizas nubes, sobre una tierra llena de nieve, subian varios condenados á muerte, vestidos de sayal, encubierto el róstro en largos capuchones, atadas las manos á la espalda, por las escaleras de un cadalso. A su cabeza estaba Conrado Ryleyef, y sus compañeros eran Murawieff, Rumime y otros. El verdugo les ata la soga al cuello y los lanza con violencia al espacio. Las sogas se rompen, y los condenados caen ilesos en el suelo. Desgraciada pátria, dijo Ryleyef levantándose, desgraciada pátria, donde no se sabe ni siquiera ahorcar á un hombre. Bien pronto le demostró el verdugo que se sabia ahorcar, y ahorcar perfectamente, bajo el imperio de los déspotas.

El despotismo podia creer que, al ahorcar aquellos hombres, habia tambien ahorcado una idea. Sus cuerpos yertos, sus voces extintas, la luz de sus ojos apagada, inspiraban la creencia al soberbio de que muere un principio cuando la sangre ha hecho estallar el cerebro que lo encubriera y la muerte acallar los lábios que lo propagaran. Mas la idea

se trasmite por conductos misteriosos de generacion en generacion, de gente en gente, de siglo en siglo. Levantais en su contra la censura y la desvanece; oponeis fronteras celadas por esbirros á su paso de nacion á nacion, y las salva; la extirpais por el hierro, por el fuego, y queda como el eterno patrimonio del género humano en el fondo de su inextinguible conciencia, hasta que concluye por arrastrar á sus perseguidores y por modificar y trasformar las mismas leyes destinadas á su exterminio.

Los progresos que el derecho social ha conseguido en Rusia, débense principalmente á estos héroes, á estos mártires del pensamiento. Sin su apostolado, sin su muerte, la idea dormitaria aun tristemente en la conciencia; y el siervo, como las plantas, estaria aun arraigado en el miserable terruño. Si nueva vida ha latido en aquellas heladas comarcas; si un movimiento social ha impulsado los pobres campesinos, máquinas de trabajo, al derecho, á la libertad, sin duda débese á todas estas voces que han roto sus mordazas,

á todos estos holocaustos que han santificado nuestra causa y han redimido á los siervos. Jamás la esclavitud antigua se acabára si los estóicos no predican la unidad fundamental del género humano, y á su vez los pobres nazarenos no completan este principio con la unidad de Dios. Pues jamás la servidumbre rusa hubiera concluido sin esta legion sagrada de poetas, de filósofos, de publicistas; que acertaron á desafiar las iras del poder en el destierro, en la horca; y á penetrar con la luz del pensamiento, en ese infierno donde la sangre se hiela, en el infierno de una educacion pervertida, de un espíritu nacional constantemente yerto bajo las sombras del error. Cuando el siervo se sienta dueño de su conciencia y de su vida; cuando se vea libre de la justicia señorial que lo oprimia y lo vejaba; cuando pueda abrazar á sus hijos sin temor al látigo que cruzaba su rostro, y al destierro en Siberia que contínuamente se cernia sobre su existencia, ignorará que la idea acariciada por los mártires desconocidos de la libertad, predicada por los apóstoles oscuros

de la democracia, cuyo nombre ha borrado hasta de la memoria pública una censura implacable, esa idea castigada como un crímen, ha ascendido, sávia misteriosa, del cadalso de los criminales al trono de los Emperadores, y desde allí ha bajado por su propia virtud, por su propia fuerza, convertida en reformas sociales, como lluvia vivificante, sobre la gleba feudal, y como maná de nueva vida sobre los ganados de siervos.

CAPITULO XXIV.

LA EMANCIPACION DE LOS SIERVOS.

Indudablemente desde la muerte de Nicolás, ha progresado la sociedad rusa y ha progresado con sentido democrático. Y este progreso principalmente se debe á que la propaganda misteriosa y subterránea no ha cesado un momento. Cuando no ha podido hablar en Moscow, en Petersburgo, ha hablado en Lóndres, en Ginebra, y el golpe de la prensa háse oido desde el seno de los palacios hasta el seno de las cabañas, en toda la silenciosa Rusia. Ya por los años de 1848 pudo convencerse Nicolás de que progresaba la idea cai-

da de los cadalsos de 1826. La revolucion francesa, que él saludó con alborozo por destructora de una monarquía constitucional, llevó calor, electricidad á su imperio. En 1849 descubrióse vasta conjuracion republicana, alimentada por una de esas sociedades secretas que brotan oscuramente en las sombras. Consejeros honorarios, oficiales de la guardia, estudiantes de la universidad, hidalgos y hasta gentiles hombres la componian. Veintiuno fueron condenados á muerte. En Rusia la pena capital está abolida por una disposicion de la emperatriz Isabel. Y como el despotismo es tan hábil y tiene tantos recursos, no pueden imponerla los tribunales ordinarios, pero pueden imponerla los consejos de guerra, sobre todo á los reos de alta traicion. Los conjurados fueron perseguidos, presos, condenados á muerte, puestos en capilla, sacados al lugar del suplicio, asistidos por los sacerdotes; sus ojos vendados, abiertos sus pechos á las balas, forzadas sus rodillas á hincarse en tierra, y al punto de sonar la palabra «fuego,» cuando ya habian devorado

todos los horrores de la agonía, esperando como inmediato descanso la muerte, léese el perdon coneedido por un capricho de su tirano, vengativo hasta en la compasion, cruel hasta en la misericordia.

Pero la muerte hirió al tirano Nicolás, y un nuevo reinado se inauguró en la persona de su hijo el emperador Alejandro. Nicolás era un déspota á la manera asiática. En el terror se encerraba todo el númen de su furiosa política. Si el terrible Ivan azotaba, laceraba, heria los cuerpos de sus enemigos hasta arrancarles poco á poco, para que la vida durára más tiempo, y con la vida el dolor, cabeza, entrañas, arrojando despues todas estas carnes destrozadas en calderas de agua hirviente; Nicolás ponia bajo el memorial de una princesa que demandaba evitáran á su marido la pena de deportacion á Siberia: «que vaya á pié;» y obligaba á un pobre anciano á asistir á los bailes de córte en la misma noche en que comenzaba á cumplir su hijo único, bajo el peso de enormes hierros, horrible viaje á las minas de los montes

ourales, sepulcros de vivientes. Como su padre Paulo, cómo su abuelo Pedro III, Nicolás tenia ramos de locura. Merced á ella el siglo décimo-nono ha visto lo que parecia reservado á siglos mas bárbaros, ha visto la muerte de naciones, la muerte de razas; ha visto caer los polacos, como los judíos en los tiempos de Nabucodonosor, de Ciro, de Vespasiano. Pero si Nicolás era un déspota á la manera asiática, Alejandro es un déspota á la moderna, un déspota ilustrado, un déspota que se gloría de ejercer su despotismo en pro del pueblo. Desconfiado, melancólico, deseoso de servir al espíritu moderno hasta donde el espíritu moderno le sirva á él, y de falsificarlo, ejèrce la crueldad solo cuando cree que la necesita, y cae despues de haberla ejercido en tristezas profundas, que muchos temen degeneren algun dia, como sucedió á sus abuelos y á su padre, en verdadera demencia. Solo en Polonia, cuando la insurreccion última, ha sido cruel Alejandro. Para las deportaciones de muchedumbres, para tal exterminio de pueblos, para

los fusilamientos de mujeres y niños, en el seno de las iglesias, conteniendo con las balas el cántico y la oracion, sustituyendo el humo de la pólvora al humo de inciensos; para todos los horrores del bárbaro Mouravief, tenia Alejandro un consuelo, un gran consuelo, por más ideal y arqueológico que parezca: pensar en los tiempos antiguos, en la opresion de los rusos por los polacos, en el carácter aristocrático de estos; en su intolerancia religiosa, en su apego fanático al catolicismo enemigo de la religion griega, en sus tendencias jesuíticas, en la opresion impuesta á los siervos, en el feudalismo de sus instituciones, en la perturbacion arrojada por sus dietas sobre toda Europa. Y despues de haberse mecido en estas disculpas dadas por todos los periódicos rusos, creia dulce, dulcísima venganza, emancipar revolucionariamente los siervos, y revolucionariamente despojar de sus propiedades á los señores. Pero la historia no agradece ni aun la justicia cuando la dicta el propio interés y se convierte en sañuda venganza.

El acto verdaderamente ilustre del reinado de Alejandro, fué la emancipacion de los siervos. La servidumbre última, en las condiciones que hasta nuestro siglo alcanzára, databa de 1597. Un bárbaro, un usurpador declaró propiedad de los señores sus campesinos convirtiéndolos en verdaderos animales domésticos. Nada le duele tanto á la naturaleza humana, como la pérdida de la libertad; y miles de sublevaciones sucedieron á esta horrible medida. Pero al cabo, cayeron los sublevados bajo el yugo, y al yugo quedaron apegados y uncidos. El propietario los mantenia; pero les golpeaba como á sus bestias de carga; los repartia entre sus tierras, considerándolos solo como fuerzas brutas; les daba los oficios que le placia; los alquilaba por cierto tiempo y cierta cantidad; disponia de ellos, creyéndolos una planta animada y móvil de sus tierras. Y la industria moderna, léjos de disminuir, agravaba sus males. Al cabo, en el antiguo régimen agrícola eran labradores adscritos al suelo, como el nido de la alondra, pero teniendo en el suelo su ho-

gar y su familia, y con el hogar y la familia el aire, la luz, un relativo bienestar. Pero viene la industria, levanta sus fábricas, quiere producir mucho con escaso capital y grande trabajo, corre á la gleba, ofrece alquiler por los siervos, los recibe sin más encargo que hacerlos producir alto salario para sus amos, y los explota hasta convertirlos en rueda de sus máquinas, y en resorte de sus telares, donde se dejan atormentados y exháustos, en los torrentes de su acre sudor, torrentes de la vida. Algunos de estos infelices son conducidos á Europa, adiestrados en las manufacturas, y adoctrinados en las escuelas industriales. La libertad ha sido la esposa querida de sus almas durante cierto tiempo. Cuando vuelven á Rusia y ven que la han perdido, desfallecen, se enferman, mueren de nolstalgia, de duelo por la libertad perdida. Este sentimiento honra á la naturaleza humana; este sentimiento dice que el hombre no quiere poseer nada cuando no se posee á sí mismo, y que la conciencia de sí, las informes revelaciones interiores de su derecho, le mo-

verán siempre, á pesar de tantas doctrinas materialistas como han pretendido en vano corromperlo, á ser eterno reivindicador de la libertad.

Por fin viene la guerra de 1854, y con la guerra de 1854, la experiencia de que los soldados nacidos en la servidumbre, no pueden medirse con los soldados nacidos en la libertad. La idea, que tanto habia animado á los escritores más ilustres de la democracia rusa, esa idea de emancipacion de los siervos, penetró hasta en la mente de sus más implacables perseguidores, y se llevó en pos de sí á sus más encarnizados enemigos. El nuevo Czar subió al trono con esa aureola sobre su diadema. El rumor de que la servidumbre iba á abolirse, llegó á la cabaña del siervo cuando todavía no resonaba en los gabinetes de la diplomacia. Algunos, como si voz misteriosa les llamara á nueva vida, alzábanse, cogian sus mujeres y sus hijos, y se iban, como los israelitas de Egipto, á merced de Dios, por la estepa desierta é inmensa, buscando anhelosos la tierra prometida, buscando la libertad.

Era necesario que los soldados salieran á su encuentro, que les cerráran con bayonetas el paso, que les hicieran volver por fuerza al terruño, donde les pesaba con pesadumbre infinita, su antigua esclavitud. Por fin la libertad resonó en aquellos oidos, como el cántico de Pascua en los oidos del doctor Fausto, devolviéndoles verdaderamente la vida. El Czar habló, y veinte millones de hombres palpitaron gozosos bajo la inmensa pesadumbre de sus cadenas. Sintióse la aristocracia horriblemente contrariada. No solo perdia parte de su riqueza, sino tambien parte de su influjo político. La jurisdiccion, el derecho de administrar justicia, una de sus mayores y más altas prerogativas, quebrábase entre sus manos acostumbradas á sostener el yugo sobre el cuello de los pueblos. El 20 de Noviembre de 1857 salia á luz el rescripto que anunciaba la emancipacion. El propietario debia conservar la propiedad de su tierra; y el siervo adquirir la cantidad de terreno indispensable á su habitacion y sustento. La nobleza, tan sumisa á su Emperador cuando

el Emperadar oprimia, demandó en són de combate y de amenaza la formacion de comités que pusieran los intereses del propietario en armonía con las ideas del príncipe. Habráseles concedido á los nobles un período de doce años para recibir el pago de la vivienda y de la choza. Mas se les encargaba al mismo tiempo que resolvieran en esos comités nombrados por su propia clase, todos los problemas y apaciguaran todas las dificultades, teniendo en cuenta los intereses recíprocos. Una de las bases esenciales á la emancipacion, era que los siervos emancipados formasen comunidades rurales. La nobleza se reunió en comités, y los comités comenzaron á oponer dilaciones á las reformas. El Emperador cortó estas dilaciones, emancipando de un golpe, y por un solo rescripto, á los siervos de los dominios reales. Esta disposicion hirió profundamente á la nobleza. Han creido los aristócratas de todos los pueblos europeos que era cosa fácil y hacedera conseguir la libertad política y descuidar la reforma social. Han creido que podian ellos

tener prensa y parlamento, dejando solo á los siervos látigo y cadenas. Han creido que las ideas quedan, como vapores indecisos, allá en la mente, y no se encarnan aquí en la realidad. Han creido posible amalgamar la libertad y la servidumbre. Y cuando imaginaban que sus aspiraciones políticas no podian llegar hasta la mente del esclavo sujeto á la tierra, se han tristemente encontrado con que el esclavo era socialmente redimido, en ódio á ellos, por los mismos déspotas, por los enemigos de todos. Así, en las guerras de 1848 y 1849, cuando los nobles de Hungría y los nobles de Galitzia peleaban por patria y libertad, no acordándose de que tambien necesitaban patria y libertad los plebeyos, el Emperador de Austria rompia sobre el terruño las cadenas de los siervos, y se conciliaba al pueblo, inspirándole sus propios sentimientos, el ódio á la nobleza. El Emperador Alejandro habia, pues, realizado una revolucion en Rusia, una revolucion, mediante la cual, en todos los dominios moscovitas, millones de hombres entraban resueltamente al goce de la verdadera

vida con el goce del derecho, encontrando la raiz de la existencia social, es decir su inviolable personalidad.

Esta revolucion social engendró verdadera revolucion política. El régimen bárbaro de la censura prévia fué esencialmente modificado. Reemplazóle el régimen, no ménos autoritario, pero más leve, de las advertencias, de las multas, de la supresion de periódicos. Es un progreso el sistema de ahogar las ideas sobre el sistema que no las deja nacer. El régimen judicial tambien hubo de cambiarse con la pérdida de los derechos jurisdiccionales de la nobleza. El jurado apareció sobre la estepa. Es verdad que el Gobierno se reservó la arbitraria facultad de declarar los delitos que debian ir ó no al jurado; pero la raíz de la institucion existe, y de esa raíz brotarán nuevas reformas. Las asambleas provinciales vieron ampliados sus derechos y crecida su influencia administrativa. Modificáronse algo las pésimas prácticas de la burocracia, y se prometió algun respiro á este pueblo siervo. El despotismo se dulcificó un poco. Y con la

vez que la cuestion de Oriente se suscita, surgen de ella, como en tiempo de las Cruzadas, Jerusalén, la capital del mundo cristiano, Constantinopla, la capital del mundo griego; cuestiones de disciplina, de dogma, de ortodoxia. El cretense opone al turco opresor su derecho y su Dios; el polaco de Varsovia al ruso de Moscow su independencia y su dogma; el hijo de Bohemia remueve los huesos de Juan Hus y Gerónimo de Praga, para recordar á los Emperadores de Austria que ha jurado vengarlos. En la pequeña Suiza, el Sunderbun fué un asunto religioso; y en la pequeña Bélgica pelean por el poder liberales y católicos. Bismark, que no ha temblado ante los aguerridos ejércitos de Francia, tiembla ante los clérigos del Papa. De suerte que en toda cuestion política late hoy sobre este viejo continente una altísima cuestion religiosa, algo que se relaciona con la fé, que vive del dogma.

Quizá ellos mismos lo ignoraban; pero al remover los problemas religiosos, al interpretar la Biblia, al poner frente á frente del

¿qué es eso de libertad? Habia perdido hasta la conciencia de su derecho. El pueblo ruso amó y aceptó la libertad, como un don celeste; y se regocijó de obtenerla sobre aquel terruño regado con su sudor y con sus lágrimas.

pacio que comprenden la segunda mitad del siglo décimo-quinto, y la primera mitad del siglo décimo-sexto; y sobre todos quizá, y más importante que todos acaso, el siglo revolucionario por excelencia, el siglo decimo-octavo.

En el siglo primero, el cristianismo y el imperio se fundan; la idea del hombre que habia forjado Atenas, la idea de la humanidad que habia forjado Roma, la idea de Dios que habia forjado Jerusalén, la idea del Verbo que habia forjado Alejandría, todas estas ideas se unen por los apóstoles y por los mártires en la conciencia, por los filósofos en la razon, por el estoicismo y los Emperadores estóicos que cierran como gigantescas estátuas estos grandes tiempos en el derecho romano, con cuyos principios se compondrá una nueva sociedad, para que caiga sobre ella la vida de un nuevo espíritu.

Y en el siglo cuarto la unidad del mundo romano se rompe, la variedad y la personalidad de los tiempos modernos aparecen con las primeras invasiones de los Bárbaros; la Roma

ble la autonomía, el derecho. Los ódios contra Polonia son verdaderamente en Rusia ódios nacionales. Acuérdanse aun los rusos de aquellos tiempos en que eran esclavos de los polacos. Creen que la oposicion de los polacos á unificarse con ellos es fundamentalmente una infame, una escandalosa traicion á la raza éslava. Llámanse á sí mismos los demócratas de esta raza, y llaman á los polacos los aristócratas, los señores feudales. Por consecuencia piensan que toda defensa de Polonia es una defensa del feudalismo militar y de la teocracia. Los republicanos desterrados en Lóndres y en Ginebra, no podian participar de este sentido. El espíritu occidental los envolvia como la atmósfera, y para el espíritu occidental, Polonia es un pueblo mártir, un pueblo tres veces descuartizado, un pueblo, cuya indomable vitalidad asombra, y que tiene derecho á tomar cuerpo y sentarse entre las naciones europeas. Algunos de estos principios resplandecian vivamente en las obras, en los artículos de los republicanos rusos diseminados por Occidente. Rusia los

maldijo. Así, el escritor nacional, cuyas cóleras tomaban la grandeza de las cóleras de todo un pueblo, cuyos escritos eran los escritos de toda una raza; capaz de despertar con su acerada palabra en las huesas los restos de los rusos esclavizados por Polonia, y capaz tambien de predicar una Cruzada exterminadora contra los católicos á la manera de la Cruzada católica contra los Albigenses; el escritor de esta fuerza, de este empuje, númen é inspiracion de la *Gaceta* de Moscow, llamábase Katkof, y presentaba á los ojos de sus lectores entusiasmados el ministerio de la raza eslava en el mundo: llevar su pura sangre, su espíritu luminoso, su personalidad libre y su disciplina social á las razas occidentales necesitadas de una renovacion de su vida. Para este fin el Czar es como un jefe á caballo de una raza en armas, y Polonia un soldado de la vanguardia que se pasa á los enemigos, á los Emperadores y á los papas de Occidente. Era necesario ó someter ó matar á ese soldado. Por eso Katkof aplaudia las deportaciones á Siberia, los fusilamientos en las plazas de

Varsovia, la violacion de las Iglesias, los incendios de las selvas; y presentaba á Mouravief en Polonia, como un ángel exterminador, que cumplia apocalípticamente los mandatos del Eterno.

La desgraciada revolucion polonesa circundó las sienes del escritor panlavista con una aureola de gloria. Pero el hervor de sus pasiones le llevó más allá del alcance de su pensamiento. Katkof ha admirado mucho las instituciones británicas, y ha caido en el bizantinismo ruso. Katkof se ha educado en Alemania y ha tenido, por ódio á Occidente, que odiar tambien la pátria de su espíritu. Katkof posee una razon independiente, y la ha sometido á la ortodóxia griega. Al representar el sentido de su raza, no lo ha purificado, lo ha seguido con ceguera incurable, y lo ha cegado tambien con sus propias preocupaciones. Coincidiendo con la guerra de Polonia, sobrevinieron los incendios de Rusia. Las llamas brotaban por todas partes. Desde los barrios populosos de Petersburgo, hasta las humildes chozas del campo hu-

meaban, como si furias invisibles recurrieran con la tea en la mano todos los espacios de la nacion. Al mismo tiempo que estos incendios devastaban el suelo, innumerables manifiestos republicanos movian y alarmaban las conciencias. Para que nada faltase, los estudiantes se amotinaban en las Universidades. El partido republicano fué denunciado por Katkof, como perturbador, como rebelde, como incendiario. El poeta Michailof, enviado á Siberia y muerto allí; el periodista Tehernychevski, encerrado en una fortaleza; el desdichado Mastsanof, siervo que habia conseguido la emancipacion de su cuerpo, y que aspiraba á la emancipacion de su alma, encontrando en su nueva aspiracion toda suerte de males, dicen bien claramente que el despotismo, al sentirse criticado y urgado, habia sentido tambien renacer en sí la histórica, la implacable furia del Czar Nicolás. A estas desgracias del partido revolucionario ruso, sucedieron otras que escitaron aun más contra él y sus adeptos, la antigua cólera moscovita. Un dia se cometió terrible atentado

contra la persona del Emperador. El brazo de un siervo que apartara la pistola, salvó la vida del Czar. La opinion pública imaginó que el regicida era un polaco. Pero el regicida resultó ruso, y ruso revolucionario. De aquí nuevo ensañamiento en la prensa contra la revolucion, y nuevas persecuciones contra los liberales. La idea que verdaderamente se ha abierto paso hasta el poder, ha sido la idea de Mr. Milutine, la idea del Czar revolucionario, la idea del Czar demócrata, la idea del Czar combatiendo á la aristocrácia y amparando á la plebe como los Césares romanos. Pero al partido revolucionario no le satisface y prosigue incansable, ya desde las sociedades secretas, ya desde las columnas de una prensa semi-libre, ya desde el destierro, la reivindicacion gloriosísima de la libertad, y la preparacion necesaria á la República.

¡Extraña Rusia! Bajo el dominio de una Iglesia intolerante las sectas más discordes pululan: unas que interpretan por sí mismas la Biblia á la manera protestante; otras que

aguardan como los judíos el Mesías libertador de su raza; muchas que profesan, ya el principio maniqueo del eterno reinado sobre la naturaleza, en fuerzas iguales del bien y del mal, ya la práctica bárbara de la mutilacion á lo Orígenes; algunas que corren á los desiertos, y allí encienden hogueras donde se abrasan voluntariamente los fanáticos; innumerables, que creen falseado el Nuevo Testamento y perdido el Viejo, vivo aun Cristo y errante sobre la tierra, vivo aun Pedro I, que encarna una de las manifestaciones del Mesianismo y que vendrá pronto á redimir á la tierra, mientras otras sectas, para las cuales el espíritu humano todavía no ha sufrido ninguna de sus maravillosas trasformaciones, hijas naturales de la Edad Media, aplican el oido á tierra, y aguardan silenciosas el momento supremo en que los cielos se desvanezcan como un vapor, y el planeta se disipe y se deshaga como un monton de cenizas, entre las espadas centelleantes de los ángeles exterminadores, y la cólera de Dios volcada como inmenso océano de hiel sobre todos

los orbes. Y si bajo una Iglesia intolerante las sectas pululaban de esa suerte, bajo un cesarismo inmenso, que lleva en sus sienes como corona de diamantes los hielos del polo y en sus pies como sandalias de esmeraldas las ondas del Mediterráneo; que toca desde el frio mar blanco, hasta el meridional mar negro; que se enrosca á una porcion inmensa del planeta y penetra en el centro de los dos grandes continentes asiático y europeo; que cuenta bajo su cetro las razas más varias, el germano que se gloría de su carácter europeo, y el mongol, que conserva su carácter asiático; el lapon del polo, y el tártaro de la estepa; el griego, que es la raza más ilustre en lo pasado, y el eslavo, que espera ser la raza más ilustre en lo porvenir; bajo un cesarismo inmenso, armado de tantas fuerzas, defendido por tantos ejércitos; se reunen varios entusiastas apóstoles, oscuros, desarmados, hablando ó escribiendo desde el destierro, pero que hacen temblar á sus tiranos, porque tienen una fuerza incontrastable, la fuerza de una idea, cuya virtud ha de conver-

tir, más tarde ó más temprano, esas legiones de razas siervas en una federacion, en una democrácia, en una libre y humanitaria República.



CAPITULO XXVI.

EL PROPAGANDISTA RUSO.

Uno de los escritores que más han contribuido en Europa á difundir la tésis originalísima del carácter democrático y socialista de los eslavos, es el escritor Hertzen. Mis lectores me perdonarán si reproduzco aquí su biografía que he publicado en otro lugar, y aparte de este trabajo, en el cual debe tener y tiene por necesidad inevitable un carácter predominante. Suprimir á Hertzen era imposible, porque suprimiamos la figura mas original y mas curiosa de la revolucion rusa. Presentarlo de dos maneras paréceme difícil.

Además, este retrato fué hecho en presencia del original y no quiero retocarlo. Me contento, pues, con la reproduccion. Ya ha muerto despues de haber sido por espacio de mucho tiempo la víctima y la sombra del Emperador Nicolás y de su raza. Desde Lóndres primero, desde Ginebra despues, el escritor ruso lanzaba en estilo vivísimo, caldeado de fé, reluciente de poesía, llamamientos audaces á las razas eslavas para que cumplieran sus providenciales destinos. Me parece que todavía le estoy oyendo referirme poco antes de morir sus empeños revolucionarios, y sus audaces conjuraciones. Tenia el cuerpo breve, la cabeza grande, la cabellera larga y rubia como un godo, el color claro, la barba rara, los ojos pequeños y luminosos como aquellas pupilas de los ojos hunnos que, segun Jornandez, tanto aterraban á los degenerados romanos; todos los rasgos de las razas del Norte. Pero en cambio tenia en la viveza de su palabra, en el calor que la animaba, en las fuertes emociones que la sacudian, en los tránsitos bruscos de lo sublime á lo grotesco,

en la variedad maravillosa, y en la gracia inimitable, todo el estro, toda la vena de los hombres del Mediodia. Para escribir el relato de la revolucion rusa habia escrito sus propias memorias, é hizo bien, porque sus memorias resumian todos los hechos revolucionarios que pasaban en la realidad, y todos los ideales que se descubrian claramente en la conciencia de los pensadores rusos. Hertzen era demócrata, republicano, federal; y además difundia con verdadero empeño las ideas sociales, destinadas á emancipar económicamente á los pueblos.

Con tales méritos, no hay para qué decirlo, pronto, muy pronto, fué á dar en el destierro, y á seguir la suerte de los desterrados á Siberia. A pesar de correr el mes de Abril, cuando le forzó el paternal gobierno ruso á emprender su viaje, los caminos estaban cubiertos de espesa capa de hielo, sobre la cual se resbalaban los caballos de su carruaje; y fuera de sus márgenes el Volga, en cuyas aguas estuvo á punto de perderse con su pequeña barca imperial, agujereada por un cho-

que, henchida de agua, zozobrante, entre la indiferencia de los barqueros vecinos, la desesperacion del gerdarme custodio, los lloros del doméstico adscrito á su servicio, y las maldiciones del pobre barquero, dependiente del gobierno, que veia próximos castigos severísimos, y se lamentaba de que la barca se perdiera, y él no se ahogara; pues tan ruda y cruel es para los inferiores la bizantina administracion de los rusos. Son de estudiar en la animada descripcion de este viaje la barbarie de los empleados, la inmundicia de los paradores oficiales, la grosería de los gendarmes, las lamentaciones de los subprefectos que se quejan hasta de la disminucion en el consumo del aguardiente, cuyo despacho tiene monopolizado el gobierno, interesándole por ende fomentar el vicio de la bebida, que les aporta anualmente muchos millones de rublos.

Un pueblo, de corazon perdido por el despotismo, de estómago envenenado por el aguardiente, engendraba de necesidad corruptora política y corrompida administracion. Allá, en Perone, á las fronteras de Siberia, á

la vista de las montañas Ourales, vivian multitud de polacos desterrados bajo el yugo de la infame burocracia rusa. Hertzen recibió del gobernador imperiosas órdenes de no tratar con ellos, al mismo tiempo que con ellos le juntaba el gobernador todos los sábados, merced á revistas de inspeccion celebradas en las oficinas del gobierno. Entre los desterrados conoció uno tan miserable de fortuna, como rico de alma, ido de Francia á Polonia para sublevar á sus conciudadanos, y enviado de Polonia á Siberia para purgar su gran delito, el delito de patriotismo. La mujer de este mártir corria, á la sazon, sola y á pié, sin saber casi el camino, guiada por su instinto como el ave, sostenida por el amor en aquel martirio, desde Polonia á Siberia, para unirse con su esposo en la soledad y en la tristeza del destierro.

Los empleados rusos, los burócratas castigan los territorios infelices que gobiernan con depredaciones propias más de conquistadores que de gobernantes. Entre las brutalidades entonces al uso contábase la increible de ro-

bar sus niños, sus pequeñuelos á los judíos, vestirlos de soldados, y en la edad más necesitada del cariño de las madres y el calor de los hogares; entregarlos á la vara del sargento y al frio del cuartel. Hertzen vió muchos, el que más de doce, el que ménos de ocho años, recien reclutados, conducidos por los desiertos de hielo, azotados por los glaciales vientos del mar blanco, llenos de heridas en sus cuerpos, y de tristeza en sus almas, que caian muertos á centenares por aquellas estepas, no tan desoladas ni tan tristes como las almas capaces de concebir y perpetrar estos crímenes.

De las fronteras de Siberia fué trasladado Hertzen á Viatka, region mas occidental, donde habia un gobernador, antiguo titiritero de ferias y fiestas populares, antiguo criminal y presidiario, cuya buena letra y cuya eterna paciencia en escribir dia y noche le conciliaron el afecto de un poderoso funcionario ruso, que lo elevó á la dignidad de gobernador, dignidad ejercida como un sátrapa, pues se abrogaba ciertos derechos feu-

dales, que no son para nombrados, sobre el bello sexo. En cierta ocasion uno de los ofendidos, no recuerdo si esposo ó hermano, protestó, y púsolo á buen recaudo en los manicomios, á fin de poder probar con testimonios irrecusables que el ofendido era un loco, y la mujer por este defendida la amada de una noche del Emperador Alejandro, á la cual debia acatamiento y consideraciones un representante del Emperador Nicolás.

Cuando este gobernador se encontraba en Perone, enviáronle un noble, que llegó acompañado de su perro y de sus papagayos. Al mes, comprometido el nuevo confinado en amorosa aventura, salió á la calle de buena mañana en paños menores, persiguiendo á latigazos una infelíz mujer. Castigado con la internacion á Siberia por tal escándalo, convidó todas las personas de más viso en la ciudad á comer la víspera de su partida. Fué expléndido el banquete. Al terminar regalóles un pastel de carne, grande y sabrosísimo. Cuando lo hubieron comido y celebrado, díjoles: «no dudo que os haya sabido bien,

porque esa carne es carne de mi perro.» Y arrojó la piel todavía ensangrentada sobre la mesa. Todos se pusieron malos de rábia y de asco. Leyendo los anales de los pueblos sometidos al despotismo, persuádese el ánimo de que el despotismo engendra así en las alturas como en los abismos sociales furiosa demencia. El Emperador Alejandro murió de melancolía; Nicolás casi de suicidio; el Czar reinante tiene en todos los rasgos de su rostro pintada torva tristeza; el general Souvarou despertaba á sus soldados cantando el canto del gallo por los campamentos; raras enfermedades morales y físicas, que son frecuentes en los libros de Tácito y de Suetonio.

Así no me extraña que en Rusia obligáran al demócrata Hertzen por fuerza á ser empleado del mismo gobernador que le atormentaba, y en el mismo gobierno que era como su vasto calabozo. Allí tenia el buen escritor, carácter de suyo inquieto, espíritu altivo, talento innovador y audáz, que resignarse á los burocráticos oficios de redactar estadísticas y que departir con empleados-máquinas, suje-



tos á ordenanza, siervos hasta de alma, esbirros de educacion, sin ningun sentimiento moral, sin ninguna idea elevada, tomando el cargo como vínculo, su ejercicio como socorrida industria; y oprimiendo al campesino que necesitaba de la administracion, cohechado y robado de mil modos, como bestia adscrita á los cargos públicos para la mejor explotacion y cultivo de tan pingües haciendas. Pero ¿qué extraño es todo esto en gentes dirigidas y mandadas, no ya por la arbitrariedad, sino por el capricho? Un dia se quemó el palacio de invierno. El Emperador Nicolás mandó que fuera reconstruido en el plazo de un año. Imposible obra tan larga en tiempo tan breve. Pero lo mandó, y no habia más que obedecer. El exceso de fatiga mató á innumerables trabajadores. Un dia criticó esta barbárie en la escuela de ingenieros cierto alumno. El gobierno quiso saber quién era el atrevido crítico. Negáronse sus compañeros á denunciarle, y todos fueron azotados. Uno de ellos, por no sufrir tal afrenta, lanzóse de una ventana y estrelló su cabeza contra las losas

del patio. De tal suerte gobiernan los autócratas.

Y este gobierno era todavía más cruel y arbitrario en la persona de sus agentes y gobernadores allá por Siberia. El gobernador general Petel oprimia á los infelices campesinos y vedaba que sus quejas llegáran al Emperador, abriendo en la frontera las cartas y castigando como delitos los lamentos. Un hijo suyo conspiró pór la libertad y fué ahorcado. Cuando estaba en capilla, entró el inhumano padre, y en vez de llorar, le reconvino ágriamente: que así muere la conciencia, así la naturaleza se asfixia y desaparece en los destinados á servir al despotismo. El hijo le respondió en esta frase; «muero por una idea, padre, por la idea de evitar en lo sucesivo á mi pátria gobernadores como vos.»

Imposible tal empresa; uno de los sucesores de Petel abria los caminos de su provincia por los mismos procedimientos de Nicolás para reedificar palacios. Otro, sin ser sacerdote, decia misa con toda pompa y toda solemnidad los domingos en su capilla y á pre-

sencia del arzobispo. Otro, siempre que se emborrachaba, hacia salvas con los cañones de las fortalezas para saludar como un grande acontecimiento su divina embriaguéz. Y estos hombres se creen de todo punto infalibles. Cierto agente administrativo contó entre los muertos de una casa de beneficencia un oficial espirante. Pero por uno de esos cambios súbitos en la naturaleza, no espiró el moribundo. Su muerte fué, sin embargo, anunciada; y los inferiores ascendieron y los parientes heredaron las tierras que le pertenecian. Cuando sanó y pidió la restitucion de su grado y de sus tierras, díjole el gobierno: «negado,» porque la estadística señaló á su tiempo irrevocablemente la situacion y estado de este oficial. Vivió todavía mucho, aunque para el gobierno estuvo siempre entre los muertos.

Así, los campesinos rusos cuentan por dias nefastos aquellos en que ven aparecer el ingeniero ó ayudante de ingeniero á señalar caminos; el agrimensor á medir tierras; el sacerdote á enterarse de los sacramentos recibidos

por sus hijos; y solo conoce un medio de conjurar estas calamidades, tenderles unos cuantos rublos en papel, secos frutos de sus contínuos afanes. Y no hay miedo que se descubra el cohecho, porque la ley castiga igualmente al cohechador y al cohechado, al funcionario que con amenazas estafa y al pobre estafado; al que da casi por necesidad y al que recibe el dinero.

Así la impunidad es universal. Pero como sucede en las naciones entregadas á lo arbitrario, pagó por todos el más inocente. A la caida del primer imperio francés, á la victoria del imperio ruso, cuando el favorito de la fortuna y de la guerra bogaba hácia su prision de Santa Helena, creíase el Emperador Alejandro dueño del mundo; y poseido de exaltado misticismo, elevándose sobre antiguas dudas, proclamaba á Dios como dispensador supremo de tanta gloria para él, y de tanto poder para su autoridad mesiánica y cuasi-divina. Queriendo de alguna suerte perpetuar su sentimiento de gratitud, pensó erigir en Moscow, la ciudad santa, que habia sido tambien la ciu-

dad sacrificada, grandioso templo á Dios. Un arquitecto de génio, habia imaginado construir esta obra, que debia eclipsar todas las obras humanas en piedra, dentro de las entrañas y sobre la cima de esbelta colina, que domina la capital antigua de Rusia. El templo debia ser en su primer cuerpo un sepulcro iluminado por escasa luz, abierto en el seno de la colina, destinado á guardar las cenizas de los mártires de la independencia; y en su segundo cuerpo, basado sobre grandes pirámides egipcias, una Iglesia de Cristo, del Verbo, del combate por la verdad, del sacrificio en la crucifixion, ornado de profetas y de santos, que unieran en sus simbólicas figuras el Antiguo con el Nuevo Testamento; y en su tercer cuerpo, especie de sagrado que contuviera y encerrara la idea incomunicable de Dios, un santuario, sin ninguna figura, de largas líneas, de grandes dimensiones, empapado en místicos matices, erigido airosamente sobre inmenso intercolumnio, y rematado por la cúpula mayor que hubiera conocido el mundo, perdiéndose como la oracion de los fieles,

preocupaciones y quemados en efigie por los verdugos, á los hermanos Moravos cargados con sus utopias, á los fracmasones excomulgados por los papas, á los jesuitas maldecidos de los reyes, á todos los que padecian por alguna creencia: qué su frente se eleva sobre todas las frentes, y reverbera y refleja la luz del porvenir, el pensamiento de los siglos futuros, porque su alma ha abrazado con fervoroso entusiasmo la tolerancia universal.

á compartir su ser con una hermosa é inteligente jóven, á quien habia amado mucho, y que mucho le amaba tambien. Era de su propia familia, prima suya, huérfana de padre y madre, pobre, protegida de una tia de ambos amantes, tia noble, rica, aristocrática, reaccionaria; egoista, gruñona, encerrada en viejo palacio, donde los muebles seculares, los ahumados retratos de familia pendientes en paredes vestidas de riquísimas telas descoloridas; los escudos bordados en todas las cortinas, las arañas de cristal oscurecidas por el tiempo y por el humo; los adornos de antigua porcelana; los viejos relojes con su sonido lúgubre; los siervos cargados de libreas; las ancianas criadas vestidas y tocadas á inmemorial usanza; los monos que tosian de viejos y los papagayos que de viejos se desplumaban, como que eran testimonios de eterna repulsion al espíritu moderno, y de aislamiento inaccesible á todas las ideas de nuestro siglo. Allí, en aquella casa feudal, la hermosa Natalia, privada de todo cariño, adivinaba al través de su servidumbre otra vida,

otros sentimientos, otras ideas. La víspera de la partida de su primo para Siberia, fué á la prision, y con una mirada le reveló su amor, y en cartas escritas á hurtadillas, se lo dijeron. Descubriólo la tia, y se opuso á que Natalia, educada por ella, se casara con un calavera, con un demente, con un desterrado, con un demócrata, con un jóven caido de la gracia del clero, de la nobleza y del Czar. Hertzen dejó sigilosamente su destierro de Vladimiro, tomó el camino de Moscow, fué á la ciudad, obtuvo de Natalia que saliera á encontrarle en sitio de antemano designado, y se la llevó á su destierro, donde unióse en matrimonio con ella ante Dios y los hombres. Este amor fué bien pronto bendecido, consagrado por el nacimiento de un hijo, que vino á confundir más y más aquellos dos corazones llenos de amor, aquellas dos almas henchidas de poesía, dadas ambas al culto de las ideas de su siglo, y que solamente tocaban á la realidad, para embellecerla con sus esperanzas, y para modificarla con sus arraigadas ideas de progreso y de reforma.

En 1839, se levantó su destierro y pudo ir á Moscow, donde encontrara sus antiguos amigos, dados al trabajo del pensamiento filosófico, y al culto de las esperanzas sociales. Caso verdaderamente original y que apenas comprendemos en los pueblos de Occidente. El revolucionario, siempre perseguido, estaba siempre empleado. En Viatka habia sido adscrito al gobierno de la provincia y á la seccion de Estadistica; en Vladimiro, á las oficinas del periódico oficial. Los diarios rusos del tiempo, merecen una especialísima mencion. Bajo aquella fuerte censura, en la necesidad de ocultar todo pensamiento libre, la nacion callaba amordazada; pero en cambio el gobierno escribia sin tasa y derramaba torrentes de negra tinta sobre el pueblo, como para oscurecer más su conciencia. Cada ministro tenia su periódico; y cada gobierno de provincia lo mismo. Para redactarlos hacíanse levas de escritores, quedándose con aquellos, que mostraban tener, si no buen estilo, buena ortografía. Y todo su deber estribaba en seguir ciegamente la consigna oficial.

na; que las penas eternas, infligidas á séres finitos, débiles, ignorantes, ni tienen sentido moral, ni misericordia, ni justicia; que Jesucristo y el Bautista eran dos puros judíos, adscritos al ideal judío, adoradores de un reino material y tangible para su raza, indóciles al yugo romono, conspiradores contra la autoridad de los Césares, enemigos de una aristocracia sacerdotal, sino tan heróica, más política y más sábia que ellos, y á cuyos privilegios, conservados por la tolerancia de los Pretores, atentó Cristo el dia de su entrada triunfal en Jerusalen, haciéndose así reo de su justicia, y dentro de la ley escrita, merecedor de su patíbulo. Todo cuanto el cristianismo tiene de más ámplio, de más espiritual, de más humano, su reino de Dios opuesto al estrecho reino de los judíos carnales, su exaltacion sobre las frágiles coronas y las limitadas ambiciones del mundo, todo eso débese principalmente á posteriores tiempos, á los afluentes de ideas más filosóficas, á los progresos naturales de la conciencia.

bertad lanzado á los piés de tal estatua, una seña expresiva le impuso silencio, recordándole el peligro de tales conversaciones, en la residencia del Emperador omnipotente. A los pocos dias, cuando más descuidado estaba, entra un gendarme en su habitacion, le manda seguirle, y tomándolo en un trineo, le lleva á presencia del director general de policía, que á boca de jarro, lánzale la amenaza de un nuevo destierro en Siberia. Pero ¿por qué? pregunta afligido, sin atinar con la causa de este nuevo tormento, horrible para un jóven casado y con hijos. «Por haber creido y divulgado la noticia de que un gendarme, un empleado en la policía imperial, robó y mató á un transeunte en las calles de la capital hace tres noches. «Pero si todo el mundo lo cuenta,» replicó Hertzen. «Son noticias ofensivas á la majestad del Emperador y al crédito del gobierno,» le dijo el general. Lo peor del caso, era que Hetzen no lo habia contado á nadie en Petersburgo; lo habia escrito en carta á su padre. Y esta carta le costó humillaciones propias, pesadumbres de familia, destierro

larguísimo; y un aborto á su mujer, herida por la presencia insólita del gendarme y la tardanza en el regreso del marido, á quien creia ya por siempre condenado á las minas de Siberia, pena tan triste como la pena de muerte. Estas persecuciones, despues de todo, mostraban los remordimientos del Emperador.

Pero ¡qué castigo habria para los déspotas, si no tuvieran la conciencia en remordimientos, la vida en zozobra! Ahogan el espíritu humano, arrancan la voz al pensamiento, extienden la soledad sobre la conciencia, apagan la luz de las ideas; no hay partidos en su imperio; no hay controversias en sus academias; todos creen lo que uno solo cree; todos ruegan públicamente á Dios por el mismo que los oprime y los degrada. El Imperio está en paz, porque está en silencio. Pero súbito estalla una conjuracion de cuartel, ó de serrallo. El cortesano, que besaba de rodillas, temblando los piés al opresor, saca un puñal y hiere. La mujer, que se prostituia á sus antojos, y le engañaba con mentidos trasportes, derrama unas cuantas gotas de corrosivo

vino en la copa de la orgía, y envenena. El pretoriano, que blandia su lanza á las puertas del palacio para ahuyentar la cólera del pueblo, vuelve esa lanza contra su señor, y destrona. Como se ha sobrepuesto á la naturaleza el tirano, véngase de él ruidosamente la naturaleza. Como ha podrido las conciencias, no encuentra en la adversidad una conciencia pura. Los sentimientos más universales y más humanos huyen del corazon de su familia. La mujer le desprecia, el hijo le aborrece, el padre le maldice. En su propio lecho está la conjuracion. Su vida habrá podido ser vida de omnipotencia y de placeres, pero es su muerte, ese nacimiento de las almas grandes, muerte de dolor y de angustia. Estudiando el fin de los déspotas, he visto la inmortalidad del humano sér, la perennidad de la humana vida, porque en la agonía comienza verdaderamente para ellos la justicia.

La historia romana es la fisiologia experimental del despotismo. Augusto, que muere en su lecho, muere con sardónica sonrisa en los lábios, con frio escepticismo en el alma,

creyendo su imperio una farsa, su vida una comedia, su fin el fin de un histrion. Tiberio espira huyendo del Senado y de su conciencia, en la casa de Lúculo, ahogado bajo las almohadas de su lecho, sin saber á quien irá el anillo con que se habia como desposado con la tierra, oyendo ya anticipadamente las expansiones ruidosas de la alegría causada por la noticia de su muerte en la córte y en èl pueblo. Calígula es herido entre comediantes asiáticos, y espira pidiendo en vano compasion á sus verdugos. Cláudio es envenenado por su propia mujer. Neron quisiera conservar la vida, convertirse de cesar en cantor, pasar del trono al teatro; ya cava una tumba para tomar tiempo; ya conjura á sus compañeros á que se mate alguno para darle ejemplo; ya llora y suplica, hasta que se atraviesa con gran trabajo una espada por la garganta, y muere en la desesperacion y la vergüenza. Galba cae asesinado en las calles, y su cabeza, separada del tronco, rueda por lugares inmundos, como piedra de cloaca. Othon se suicida. El gloton Vitelio huye en-

tre su carnicero y su cocinero; se refugia en una portería; cae en manos de sus enemigos, niega su nombre, su persona; y es atado por el cuello con larga soga, conducido entre dicharachos del pueblo y pedrea mezclada con lluvia de fango y excrementos, á las orillas del Tiber, donde á puntapiés le rematan. Si Vespasiano murió erguido, Tito, el primer hijo de Vespasiano, muere de melancolía en su litera, llorando como débil mujer, creyendo oir el trueno amenazador en el cielo claro, asaltado por obsesiones de infernal terror; y Domiciano, el hijo segundo, muere herido en el bajo vientre por sus domésticos, luchando con una turba de libertos, de pretorianos, de gladiadores que le insultan, le escupen, le golpean, le atormentan y le acaban entre resuellos de rábia y carcajadas de burla.

Y así han muerto tambien desde hace más de un siglo los déspotas rusos: que la humanidad vive bajo leyes ineludibles. Pedro III es perseguido por Catalina, su mujer, la Pasifae del Norte, la grosera erótica furia de la sen-

sualidad coronada. Prisionero, los mismos que le prometen libertad le envenenan sigilosamente en animadísimas veladas, donde, entre cuentecillo y cuentecillo, juramento y juramento, maldicion y maldicion, consúmense copas rebosantes de todos los licores. Cuando Pedro siente los primeros efectos del veneno, vuélvese airado contra los asesinos. Conocen éstos que no debe perderse tiempo, y le asaltan como á un toro bravo, lo sujetan á pesar de sus hercúleos esfuerzos, lo derriban á tierra, cayendo arrastrados por sus estremecimientos y su violencia hasta que al fin le hieren con mil heridas en todo el cuerpo, y le machacan la cabeza contra el suelo. Al dia siguiente, la Emperatriz desolada depositaba en magnificentísimo catafalco el cuerpo de su esposo vestido con traje de general prusiano. Tienen por costumbre los rusos besar en los labios el cadáver de sus deudos. Las muchedumbres besan los cadáveres de los Czares. Cuantos besaron los labios de Pedro III bebieron el veneno, y experimentaron súbitas hinchazones en sus propios labios: que



tan corrosivo era el líquido, y tan implacable la amante esposa del Czar. Pablo I murió lo mismo. Sus siervos, sus domésticos, sus cortesanos tiraban de las cintas que debian ahogar aquel salvaje. Alejandro, despues de haber sido de Napoleon amigo y enemigo; de haber intentado repartirse con éste toda Europa como un prédio; de haber ido desde el incendio de Moscow á las victorias de París; estenuado de cuerpo en vicios eróticos, exaltado de alma en visiones místicas; creyéndose, ya un Mesías, ya un ministro de las venganzas divinas, ó ya un criminal castigado por torcedores de conciencia; viendo que el imperio mayor de la tierra, un imperio, cuyos límites apenas conocia; el ganado más numeroso de siervos que contaba la historia moderna, jamás bastaron á satisfacer su ambicion, ni á mitigar la sed de su deseo; encerróse como un eremita en la campiña, y allí murió á la manera de Tito, entre obsesiones y terrores, medio loco, airado contra sí mismo, de sí mismo maldecido, sin creer en la humanidad y sin esperar en Dios. Y Nicolás á nuestra mis-

ma vista, en cuanto recibió la noticia de sus réveses, en cuanto supo la debilidad de su imperio, á pesar de que el médico de Cámara lo retenia de la brida del caballo, para que no saliese á una revista en dia rigidísimo y estando enfermo, por ser aquella salida un suicidio, salió desesperado en busca de la muerte. ¿Qué mucho, pues, si aquellos que así mueren, viven temblando hasta de las palabras y de las cartas de sus vasallos? ¿No es cada vasallo una víctima suya? ¿Y no es cada víctima suya un cadáver, sí, un cadáver ambulante, sin conciencia y sin alma, porque no existen allí donde no existe la libertad humana? Y estas víctimas le envían á la conciencia, quiera ó no quiera, miles de remordimientos.

El caso que veníamos refiriendo prueba en término último cuán azarosa es la vida de un tirano. Alejandro Hertzen habia escrito á su padre que uno de los representantes del déspota asesinaba en las calles y por las noches á los transeuntes. Alejandro Hertzen merécia implacables castigos, porque reve-

laba sus tendencias incontrastables á la crítica, que és la revolucion en la conciencia, en el espíritu. Mas sus destierros eran bien singulares dèstierros. Tratado como el hijo pródigo de una familia monárquica y aristocrática, pasaba de empleo á empleo en sus largas y forzosas correrías por todo el territorio de Rusia. Del Ministerio del Interior en San Petersburgo, iba al Consejo de Regencia en Nougorod. Inútilmente, una de las más consideradas princesas rusas se interesó por él; Nicolás fué inflexible, y no hubo más remedio que abandonar la córte y partirse para la provincia.

El cargo de consejero de regencia era una especie de ministerio de los gobernadores de provincia. Todas las mañanas debian los consejeros ponerse su uniforme, ceñirse su espada é ir á la recepcion del gefe, que entraba arrastrando su sable y haciendo reverencias, á firmar las diversas disposiciones del dia anterior, sin tomarse siquiera el trabajo de leerlas, y sin que permitiera á los demás de viva voz comentarlas, no sea que llegáran

á imaginarse miembros de Asambleas deliberantes. Hertzen, que desempeñaba negociados varios, tenia entre ellos el de inspeccion de policía, y como estaba él sometido á la vigilancia de la policía, quiere decir que estaba sometido á la vigilancia de sí mismo. Todas las semanas llegaba el informe que sus subordinados solian dejar por deferencia en blanco, y trazaba estas palabras inflexiblemente: adscrito al servicio del Emperador.

En este cargo podia hacer é hizo favores reales á dos clases de séres igualmente infelices; á los siervos y á los sectarios. Son estos unos campesinos, que disintiendo de la religion griega, de la religion oficial, acuden al desierto por todas partes presente en la inmensa Rusia para salvar la fé de sus almas; el tesoro de sus crèencias. Los sectarios de Nougorod creian principalmente en la revelacion y en la asistencia de un espíritu puro que se comunicaba estrechamente con su espíritu. Pablo I quiso conocer al anciano que en su tiempo presidia esta tríbu. El anciano se presentó, y por ser muestra de respeto en los

suyos permanecer cubiertos, no se quitó su gorra de pieles. Tomóla á irreverencia el bárbaro Czar, y mandó que le condujeran á Siberia y quemaran la aldea donde se albergaba. Uno de sus ministros se echó, pasados varios dias, á los piés del Emperador y le dijo que no habia cumplido ni una ni otra órden, esperando las confirmara el Czar en mayor calma. No las confirmó, y fué encerrado el sectario en convento, donde edificaba á los monges moscovitas, en su mayoría glotones y borrachos, con la pureza de sus costumbres, severas hasta la austeridad, y la abnegacion de su vida consagrada al bien de todos sus semejantes. Las persecuciones aumentaron los sectarios. Y el jóven republicano pudo favorecer aun á muchos en su cargo de consejero, y evitarles grandes molestias.

Más difícil era amparar á los trabajadores del campo; pues para amparar á los trabajadores del campo debia reñir con los nobles. Sin embargo, por todos los medios que tenia á su alcance, los amparaba. ¿Y qué podia hacer contra la fatalidad de las instituciones? La

sierva de un coronel entraba en el comedor con una tetera llena de agua hirviente, y el pequeñuelo del coronel que salia, tropieza con ella, y se abrasa la mano. ¿Qué castigo inventó el señor á este daño hecho involuntariamente por la sierva? La pena de Talion. Mandó traer un hijo, un niño de doce años que la esclava tenia, y le sumergió la mano en agua hirviente.

Las colonias militares eran una creacion digna de las siniestras fantasías de la Edad Media. Todos los delirios del despotismo arriba; todos los horrores de la servidumbre abajo. Habíase puesto á su cabeza uno de esos generales que resumen y compendian los vicios del imperio moscovita, que tienen la ferocidad del tártaro, la soberbia del mongol, y la fria indiferencia del sargento aleman reducido á máquina por la disciplina y la táctica del gran Federico. Llamábase Araktcheief. Tenia una querida insolente, grosera, que golpeaba á todo el mundo, y la asesinaron. El déspota empapó su pañuelo en sangre de la mujer amada, se lo puso sobre el corazon, y juró to-

mar una terrible venganza. Aunque el asesino fué su propio cocinero, no pudo descubrirlo sino muy tarde. Entre tanto las prisiones se llenaron de inocentes, y los huesos crugieron destrozados innumerables veces en el potro. Hasta los transeuntes eran presos, y puestos á cuestion sobre la espantosa máquina del tormento y bajo el chasqueante Kouth. El criminal llegó á horrores monstruosos en su salvaje cólera. Tuvo sospechas de una pobre mujer inocente, y le dió tormento en el palacio mismo donde el mónstruo vivia. La infeliz estaba en cinta, y pedia piedad, no para sí, para el fruto de sus entrañas, para el sér que en su seno se agitaba, anheloso por la luz y por la vida. No hubo piedad. El látigo mordió las carnes, el tormento descoyuntó los huesos de la mártir, que espiró al dolor y á la vergüenza, matando de su muerte el triste hijo, antes de nacer, castigado.

El espíritu del jóven demócrata se enardecia á presencia de estos tristísimos ejemplos, que en su tiempo, y en tiempos anteriores, mostraban todos los crímenes del despotismo.

Cierto dia que estando en el palacio del gobernador se presentó una campesina, condenada por su amo á separarse para siempre del hijo único que la infeliz tenia, y á permanecer de por vida en Siberia; como Alejandro nada alcanzára en su bien, presentó la dimision de su cargo, que solo podian ejercer los crueles y lucrar los concusionarios; y se retiró á Moscow bajo la alta inspeccion de la policía.

En Nougorod su vida era tristísima. Algunas veces la hipocondria le aquejaba en términos que entristecia á cuantos le rodeaban. Nathalia era naturalmente la más triste. Quisiera la mujer, naturaleza en su esencia afectiva, reducir toda la vida de sus amantes, de sus esposos al sentimiento; encerrarlos en el fondo del corazon, y convertir el amor en la única tierra, en el único cielo del sér amado. Como á ellas, ¡tan buenas! les basta por toda felicidad con la felicidad del hogar doméstico, creen posible abreviar así, compendiar así la vida más dilatada, y expansiva y multiforme del hombre. Sér que existe fue-

ra de su sér, en el nido de otro corazon y al calor vivísimo del sentimiento, necesitando más que la luz del sol la luz de unos ojos queridos, y más que el aire de la atmósfera el suspiro y el aliento del amor, la mujer no comprende que haya para el hombre otro mundo que el mundo del hogar, ni otro cuidado que el cuidado de la familia, ni otra vida que la vida de los afectos, de los recuerdos, de las esperanzas para ella esenciales á su existencia. Es un sér amante, y por lo mismo un sér celoso. Quisiera que sus éxtasis se comunicaran al hombre á quien ama con ese sublime egoismo sin el cual cree siempre vano y mentido el amor. Por eso, cuando ve que la política, que la ciencia absorben mucho la vida del hombre, se imagina la mujer que la política y la ciencia toman formas plásticas, y son rivales hermosas, que le arrebatan el cariño por ella exclusivamente exigido como culto intolerante, único á la divinidad de su amor. Nathalia era una mujer de sobresaliente mérito. Habia trocado un palacio por un destierro; y una rica herencia por un amor

exaltado. Su afeccion hácia Alejandro era tan grande, que perdió en sus brazos y en el comercio contínuo con sus ideas la religion aprendida en la cuna, observada en el hogar. Así descolgó el bizantino altarcito lleno de santos griegos; apagó las lámparas que ante estos altarcitos ardian; extinguió la oracion en sus labios, la antigua fé en el pecho; y abrazando las ideas filosóficas de su esposo, trocó toda aquella poesía, todas aquellas leyendas, perfumadas de incienso, embellecidas por la historia, acompañadas de solemnes cánticos, nacidas entre la liturgia griega, y adoradas por siglos de siglos, trocólas todas por las rudas fórmulas de la hegeliana ciencia de su esposo. Hé ahí la mujer. Entrega á su amante corazon y conciencia; fé y esperanza; y sin él no quiere el cielo, y con él cree que hallará la felicidad hasta en el infierno. Llevada de esta exaltacion quejábase Nathalia de que Alejandro se entristeciera en Nougorod, cuando en Nougorod estaba ella, sí, ella, que solo vivirá para Alejandro, en cuyo amor habian desaparecido hasta su religion y sus creencias.

Bien es verdad que las costumbres del clero cismático-griego eran poco idóneas para mantener la fé en las almas puras. Hertzen cuenta en sus Memorias la muerte de un doméstico suyo, Matres, el compañero de destierro, ahogado en el estanque de una de sus posesiones del centro de Rusia. Padre Juan se llamaba el sacerdote ó cura de aquella localidad. Cuando el cuerpo estaba yerto, en su presencia, y en medio de las ceremonias religiosas para recogerlo, y de los procedimientos legales para testificar su fin, ya pedia padre Juan algo que comer, y sobre todo que beber. En el momento de salir con el cadáver salmodiando los versículos del ritual, interrumpia el cántico para preguntar si serian abundantes las agapas, las cenas de los funerales. Tenia por hábito emborracharse en todas las festividades religiosas, hasta caer desplomado sobre el suelo. Cogíanlo entonces como un fardo los campesinos, arrojábanlo en su carro, dejaban la rienda sobre el lomo del mulo, y este animal, más inteligente y ménos vicioso que el ungido del Señor, le llevaba por

instinto y sin necesidad alguna de guias ni carreteros á su casa. Por regla general su esposa se encontraba en el mismo estado de beatitud alcohólica que el buen sacerdote. Solo habia firme en aquella familia la hija única de tan santo matrimonio, que se echaba entre pecho y espalda enorme tasa de aguardiente ó de ron, y su cabeza permanecia grave, serena, sólida, como si la hubieran fabricado en piedra. La embriaguez no era el vicio único de su santo padre, aquejábale tambien desapoderada codicia de los agenos bienes. Y cuenta Hertzen que llegó en su desenfreno hasta robar el reló á su mismo sacristan. La inmoralidad de su vida no se compensaba con la lucidez de su inteligencia, porque desconocia el griego, el latin, y á duras penas murmuraba entre dientes ininteligibles oraciones. Así molestaba frecuentemente á los crédulos campesinos, asegurándoles que no valian ni un sorbo de aguardiente las oraciones que él rezaba y las misas que él decia. Admiremos, pues, al clero de los rusos.

Alejandro Hertzen pasó despues de 1840 á

Moscow, donde por muerte de su padre recibió una rica herencia, y de Moscow á Petersburgo en 1845, donde necesitó mover todas sus relaciones para conseguir un pasaporte al extranjero. Cuando dejó aquella Rusia con su Emperador absoluto en la cima, con sus manadas de siervos en la base; con su clero desmoralizado é intolerante; con su ejército á servicio de todo despotismo; con su policía que cela desde el hogar y la alcoba hasta el recorte de las patillas ó de las barbas; con sus universidades montadas como un cuartel y dirigidas por generales; con sus naciones degolladas y palpitantes; con sus varias razas encorvadas bajo el látigo; Hertzen respiró y sintió avivarse, crecer su sentido revolucionario, contemplando el pensamiento, brillar en las conciencias, y la palabra huir serena de los lábios sin mordazas, y la prensa brotar como un árbol que diariamente se renovára, hojas cargadas de ideas, y las universidades discutir todos los varios sistemas que forman la trama de la ciencia, y tronar desde la tribuna esa elevadísima montaña moral en

discursos admirables las nobles aspiraciones de los pueblos, y encresparse las muchedumbres en los comicios para prestar más fuerza é impulsar con más soberano impulso la civilizacion á sus fines naturales, á realizar la justicia; maravilloso espectáculo, en cuyo goce no se cansaba nunca, apareciendo á sus ojos la existencia pasada en la servidumbre, en el silencio, en los destierros, en las persecuciones de la policía, en la esclavitud de la vida y del pensamiento, como un sueño de muerte en el fondo de un podrido sepulcro.

Entonces sintió Hertzen una grande pasion por la propaganda revolucionaria en su pátria. Creia él que no obstante la ortodoxia estrecha de la iglesia rusa, y el despotismo semi-mongol y semi-aleman de la córte, en la raza cosaca habia un fondo de independencia, cualidades individualistas, espíritu personal y propio, facultades brillantísimas, que la hacian capáz de un régimen tan liberal como el régimen de los pueblos americanos. Para Hertzen los cosacos eran una especie de sajones continentales, inquietos, batalladores,

nómadas, sintiendo siempre una voz que les decia libertad, y que les empujaba adelante, como si tuvieran que destruir algun viejo imperio y que levantar alguna nueva sociedad. Y si esto eran los cosacos á sus ojos, los eslavos eran algo más, eran por el génio municipal, por la propiedad colectiva, por la comunidad de los instrumentos del trabajo, por la mezcla de la independencia más individualista con el espíritu más social, cualidades exclusivas de su privilegiada naturaleza; el pueblo apercibido á fundar en nuevas bases de solidaridad y de armonía la vida económica de las modernas democracias.

En su sentir, lo que este pueblo necesitaba era una voz que lo despertase, un clarin que, resonando en su oido, lo llamára á vivir y á luchar en la sociedad por el derecho. Despues de haber asistido al nacimiento y á la muerte de la revolucion de Febrero en París, Alejandro Hertzen se retiró á Lóndres y allí emprendió la publicacion de un periódico en ruso y en francés, que se llamaba *La Campana*. A esta larga distancia, un periódico ru-

so parece que debia interesar poco á un Emperador elevado sobre tan alto trono. Pues no era así. Caíale en las manos la maldita hoja como si le lloviera del cielo. Encontrábala en su jardin, en su palacio, en su alcoba; diríase que la arrastraban hasta allí las ráfagas del viento. Nicolás sentia la publicacion de aquella hoja, que denunciaba todas las brutalidades de su gobierno; sentíala por los reyes y pueblos extranjeros, por la emigracion rusa que vagaba en Europa, por los mismos pueblos de su imperio á cuyos oídos pudiera llegar aquella palabra creadora de nuevas almas. Cuando Hertzen pidió por primera vez á Nicolás su pasaporte, puso el Emperador al márgen de su puño y letra en lápiz: demasiado pronto. El influjo poderoso de la princesa Olga Alejandrouna, suegra de Orlof, querida un tiempo de Jorge IV de Inglaterra, y directora de la conjuracion que asesinó al Emperador Pablo I, alcanzóle el pasaporte, ¡Cómo sentiria Nicolás haberle dejado escapar de esa suerte, para que llevára á conocimiento de las extrañas nacio-

nes los gérmenes revolucionarios depositados por la naturaleza y por la historia en el seno de Rusia! Intimóle que volviera, y naturalmente se negó Hertzen á volver. Entonces le confiscó todos los bienes que tenia en Rusia. Los golpes de Hertzen redoblaban á medida que crecia la ira de Nicolás. El Emperador debió creer lo que creia Felipe II; debió creer en su dominio eminente sobre la vida y aun el alma de sus vasallos como Czar y como Papa. Cuentan de Felipe II que cuando tenia escrúpulo en mandar un asesinato, lo calmaba con el pensamiento de que la vida de los vasallos pertenece á sus reyes. Lo cierto es que en virtud de un razonamiento análogo, mandó Nicolás algunos esbirros á Lóndres contra el escritor revolucionario con más aire de asesinos que de jueces. Las ideas nuevas, á pesar de la férrea mano que pesaba sobre las conciencias en Rusia, habíanse extendido hasta crear otra policía secreta de la libertad frente á frente de la policía secreta del Imperio. Hertzen sabia los esbirros imperiales, que so color de amigos, le cercaban

en Lóndres. Cierta vez convidó á beber en una taberna á uno de ellos, y cuando más dado se hallaba á las elucubraciones revolucionarias inspiradas por la necesidad de encubrir su ministerio, sacóle Hertzen un retrato fotográfico hecho en Petersburgo, y á cuyo pié se leian estas palabras: esbirro de Nicolás. Imàginaos cuál sería el asombro del pobre diablo. A la muerte de Nicolás, las persecuciones se mitigaron; pero tambien se mitigó la oposicion de Hertzen. La ley de emancipacion de los siervos cautivó su alma y engendró en ella nuevas apocalípticas esperanzas sobre el grandioso ministerio de la raza eslava en el mundo moderno. Así de Lóndres trasladó su periódico á Ginebra.

En su retiro de Suiza difundia las ideas revolucionarias, con las ideas revolucionarias las esperanzas de una renovacion verdadera en su raza, y por medio del ejemplo de su raza, en toda Europa. Embargado en estas gravísimas ocupaciones, sobrevino el Congreso político de Ginebra, que se llamó Congreso de la paz y fué Congreso de la República.

Representantes revolucionarios de todos los pueblos se juntaron en aquella Asamblea.

Uno de los primeros invitados al Concilio de los nuevos dogmas, fué el escritor ruso, que tanto ha trabajado por la difusion de estos dogmas en estepas desiertas y en razas primitivas. No obstante su carácter revolucionario, escusóse Hertzen de asistir al Congreso revolucionario, y escusóse por la cuestion rusa, creyendo que los demócratas occidentales jamás serian justos con su nacion y con las esperanzas que su nacion, desconocida generalmente, guarda en sus entrañas. No se engañaba. Sus pretensiones originales de renovacion por los municipios eslavos y la sangre cosaca, iban á suscitar grande oposicion, á lo menos grande extrañeza en los revolucionarios de Occidente. Un emigrado aleman llevó al seno del Congreso vehementísimo discurso contra los eslavos en general, y contra Rusia en particular. Criticaba acerbamente su papa-cosaco, mitrado y á caballo, con el sable al cinto y la cruz en las manos; su religion enemiga del respeto á toda otra creencia, y

basada en ortodoxia soberbia; sus manadas de pueblos hambrientos y helados, acariciando la esperanza de festin contínuo en las tierras de calor benéfico; sus pretensiones históricas á representar en el séno de tosca barbárie, ya corrupta, el antiguo y puro ingenio griego; sus hordas de escitas, medio bestias, medio hombres, mandadas por germanos renegados, y amenazadoras á la civilizacion occidental; sus generales-ogros, archi-asiáticos, adiestrados en el desierto á preparar nuevas invasiones de mongoles, tártaros y kalmucos; sus folletistas mesiánicos, educados y crecidos bajo el látigo de la policía, imitadores serviles de la cultura occidental en la forma, y enemigos de esta cultura en el fondo, que presentan por toda esperanza las bárbaras instituciones ruso-eslavas, manchadas con la corrosiva gangrena de primitivo y brutal comunismo.

Como se vé, Hertzen habia temido con fundamento á los demócratas occidentales. El discurso no llegó á leerse, porque las inculpaciones á un pueblo, sublevaban á todos los pueblos, y producian universales protestas.

Impreso más tarde en Bruselas, y difundido con verdadera profusion, escrito en estilo esmaltado de imágenes deslumbradoras, y lleno de esas salidas de tono tan naturales al humor germánico, el discurso de Borkheim alcanzó éxito en los extrañados y aun resentidos de que pueblo puesto en el tormento de la servidumbre, y encorvado bajo el cetro de los autócratas, no solo desdeñara ser redimido, sino pretendiera ser Mesías y Redentor.

Hertzen hablaba con cierto menosprecio de los occidentales. Encontraba en todos señales de la precaria posicion que la generalidad de los escritores tiene en nuestras regiones, y los creia dotados de facultades brillantes, pero singulares, careciendo de las universales aptitudes por él descubiertas en su raza, en la raza eslava. Sin embargo, este encendido entusiasmo por la raza eslava no le llevaba á participar de las ideas de los panslavistas. Para estos era necesario combatir la cultura alemana traida por la casa reinante; cerrar el período iniciado en San Petersburgo y contrario al antiguo espíritu ruso; levantar la vida

nacional con su autocracia pura y su iglesia bizantina, desligándola del germanismo en mal hora importado por Pedro I al seno de un pueblo íntegro en su originalidad, y puro en sus costumbres. Hertzen creia tambien que Rusia guardaba elementos generales de civilizacion y de progreso. La naturaleza individualista y social de los cosacos; la propia personalidad sentida en ellos con vigor y la sociedad amada por ellos con pasion; la aldea patriarcal; el *artel*, asociacion de trabajadores donde cada uno laboraba para todos y todos para cada uno; la vida comun agrícola, la reunion de los campesinos en asambleas; la reunion de las asambleas en cantones, que á sí mismos se gobiernan; todo esto fecundado por el espíritu moderno, por este espíritu de libertad y de igualdad, producto de tantos siglos de elaboracion espiritual, podia ser como el apocalípsis de una nueva era en la historia. Para Hertzen, los eslavos de genio inquieto y bullicioso, de voluntad emprendedora y audaz; sensibles y fantaseadores al par de fuertes y valerosos; faltos de expontaneidad y so-

brados de espíritu asimilador; comunicativos sin desnaturalizarse nunca, y originales sin perder el genio universal humano; vienen á ser de todos los pueblos europeos el más apto para pasar del antiguo régimen aristocrático al nuevo régimen federal, y para resolver, sin sacrificar el individuo á la sociedad, ni la sociedad al individuo, todos los problemas sociales.

¿No hay en estas originales aspiraciones alguna ilusion? Trazaba tales ideas el publicista ruso en tiempos del imperio francés. Aquel eclipse de la conciencia humana le parecia eterna noche. Los pueblos de la revolucion tras sus maravillosas Cruzadas por la libertad, dormíanse brutalmente á los piés del despotismo. Volvian como verdaderos espectros aquellos tiempos últimos de la sociedad antigua, en que alzaban los ciudadanos altares y consagraban votos y ofrendas al César que los libertaba del peso abrumador de sus derechos. En tanta degradacion, los pueblos, embrutecidos y viciados, se preguntaban unos á otros cuando á la libertad los querian des-

pertar: ¿qué es libertad? Y algo análogo habíamos visto en la civilizacion occidental por aquellos dias en que Hertzen trazaba sus libros. Y así como la monarquía de los Ptolomeos y de los Augustos, inspiraba la égloga, voz verdadera de la naturaleza, en medio de las arbitrarias combinaciones del despotismo; así como la tiranía de los Césares obligaba al historiador Tácito á trazar el retrato de los germanos independientes en sus selvas, y desligados casi de la sociedad para mejor conservar sus libertades individuales, ese bien robado por una eterna dictadura y perdido por una incurable debilidad; cuando todos nos quejábamos del despotismo militar triunfante en el corazon de Europa, era como un consuelo, como una esperanza, refrigerar y levantar el alma desmayada y sedienta de fé, en la vida pura de los campos con sus razas patriarcales y nómadas, gozando en medio de todas las privaciones el inapreciable tesoro de su libertad.

Pero convengamos en que esas costumbres patriarcales, esa vida comun, ese trabajo so-

lidario, esa ausencia de toda autonomía individual no es solo propiedad de los cosacos diseminados en el imperio ruso, es propiedad tambien de todas las razas primitivas, de todas las sociedades en inocente infancia, de todos los pueblos nómadas, de todas esas antiguas y apartadas épocas, que se caracterizan por esa confusion completa entre el hombre y la naturaleza, en que está pegada el alma á la tierra como el feto al vientre de la madre. Necesitaríase caer muy bajo para que pueblos como los pueblos heleno-latinos que han elaborado la estética de la humanidad; que han producido el derecho civil; que han divinizado el espíritu humano con su idea del Verbo; que han educado las razas nómadas en la religion y en la disciplina social; que han traido al mundo moderno la gran cultura del espíritu contenido en el renacimiento, y á la sociedad moderna los principios universales de justicia contenidos en la revolucion francesa, fuera así á tomar como ideal estados sociales por los que pasaron en tiempos casi fabulosos las tribus aborígenes de su larga historia.

Y lo que digo de la raza heleno-latina, digo tambien de esas razas germánicas que han fundado la libertad individual en sus municipios, que han producido la conciencia moderna en la Reforma; que han educado los puritanos, los apóstoles y los mártires de la democracia; que han dado al mundo el jurado y el parlamento de Inglaterra, la federacion y la República de América; que han iluminado la conciencia moderna con ideas filosóficas: trabajos que acusarian de estériles, actividad individual que acusarian de infecunda, si dentro de esta larga série de ideas no existiese la idea social llamada á redimir el cuarto estado de su servidumbre económica, sin detrimento alguno de los derechos fundamentales humanos, á que debemos la posesion de nuestro ser y la plenitud de nuestra vida.

En filosofía Hertzen pertenece á la extrema izquierda hegeliana. La naturaleza por todo ser, la vida presente por toda vida, el movimiento de las ideas por todo ideal; hé ahí su ciencia. No busqueis en ella ningun

principio inmóvil, absoluto. Es una contínua procesion de sombras, que van y vuelven, como la danza macabra de nuestras catedrales en la Edad Media. Cuando contemplo estos sistemas científicos, la vida en ellos me parece un rio sin orígen y sin desagüe, rodando eternamente sus ondas por indeterminado cáuce. Y el mundo de lo porvenir necesita un ideal. Y no puede haber ideal si no hay ideas. Y no puede haber ideas sino en lo incondicional, en lo absoluto. Yo nunca he creido que para destronar á los reyes de la tierra sea necesario destruir la idea de Dios en la conciencia, ni la esperanza de la inmortalidad en el alma. He creido todo lo contrario, he creido que las almas, desprovistas de estos grandes principios, caen yertas en el lodo de la tierra, y allí las pisotean hasta las bestias. Dadle al hombre una grande idea de sí, decidle que lleva Dios en su conciencia, la inmortalidad en su vida, y le vereis alzarse por el sentimiento de su dignidad fortalecido, á reclamar aquellos derechos que aseguran la nobilísima independencia de

su sér en la sociedad y en la naturaleza.

Alejandro Hertzen se habia propuesto conmover al mundo ruso con las ideas más extremas del mundo occidental; y conmover al mundo occidental con paradojas ingeniosísimas sobre el mundo ruso. A su naturalismo en filosofía, y á su socialismo en política, unia un claro conocimiento de las ciencias naturales y un brillante estudio de las literaturas modernas. Brilla como escritor en la variedad de tonos, en la nitidéz de diccion, en los contrastes felices, en la maravillosa flexibilidad de palabra, en la aptitud para poner lo grotesco junto á lo sublime, sin que resulte un gran desentono, porque conoce los delicados matices de las ideas y las varias gradaciones del estilo. Si frecuentemente extrema los principios, no hay que extrañarlo. El inglés, el americano, el suizo, como viven siempre en la realidad de la política, conocen sus asperezas, y no se proponen destruirlas con leyendas y ensueños, sino con prácticas y positivas reformas. Los pueblos presos llenan sus calabozos de leyendas. Dice el mis-

mo Hertzen que el eslavo se parece al árabe en que se deja mecer muchas veces en alas de sus cánticos. Él ostenta las cualidades de su raza, tambien se mece en ilusiones y ensueños. Poeta era, naturalista, filósofo; y despues de haberlo sacrificado todo por la política, nada político, en el sentido real de la palabra. Mas de todos modos, él ha revelado la unidad del espíritu moderno revelando que hasta en el seno de aquella Rusia, parecida á inmenso desierto, brotaban bajo su iglesia bizantina, su autocracia alemana, su nobleza moscovita, su ejército de cosacos, de tártaros, y su burocracia de máquinas, las incontrastables aspiraciones á la libertad universal.

CAPITULO XXVII.

REFLEXIONES SOBRE EL SOCIALISMO RUSO.

Sí, verdaderamente extraño parecerá siempre que entre los más anhelosos de reformar la sociedad moderna, y de reformarla hasta en sus cimientos, se encontráran tantos y tantos hijos de esa nacion rusa que pretende ser como la clave única de la autoridad herida por las revoluciones. En esta trasformacion de los espíritus moscovitas representaba Hertzen la idea y el sentimiento; representaba el compañero antiguo amigo suyo, Bakounine, el combate y la accion. Hertzen era el republicano á lo Rousseau, elocuente,



sentimental, un poco soñador; literato consumado, novelista agradable; con una fantasía capáz de mariposear sobre todas las artes, con una inteligencia docilísima al influjo de todas las ideas revolucionarias, llevando en su palabra caldeada por el fuego de la fé, el propio ardor á cuantos leian aquellos sus escritos dictados por la pasion y el entusiasmo, que crean como nuevas almas al contacto de nuevos pensamientos. Bakounine no es ciertamente esto, no representa esto; al contrario, representa la realidad, pretende modificar la vida; lucha, organiza, gobierna; cuando es preciso sublevar, subleva, y cuando ha sublevado un pueblo ó un partido, sostiene con las armas en la mano, á riesgo de su vida, la obra de sus conjuraciones.

Dificilmente se encontrará en el mundo un hombre más imbuido de sus ideas, más consagrado á realizarlas; con una doctrina tan rigorosamente lógica y una vida tan ajústada á la doctrina. El mundo para Bakounine, nó se mejorará hasta que haya aceptado su ideal eslavo; y su ideal eslavo consiste en la muer-

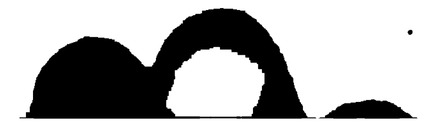
te de todo organismo gubernamental, en la ausencia de todo Estado, siquier sea el más democrático; en la desaparicion de la familia dentro del municipio, que segun él, es la verdadera familia humana; y en la desaparicion de la propiedad dentro del colectivismo, reminiscencia de las tribus rusas acampadas en las estepas, á la manera de las antiguas tribus asiáticas.

Este ideal, en mi sentir, completamente erróneo, dañoso, más bien que útil á la democrácia moderna, ha sido sustentado por una vida, en mi sentir completamente pura, consagrada toda entera con perseverancia admirable, á la defensa de los pueblos. Comprendemos todo el daño que las teorías de Bakounine hacen al progreso de la democrácia en Occidente, lo comprendemos y lo decimos; pero comprendemos y decimos tambien que sus intenciones son rectas y sus errores brotan todos en lo más hondo de su alma, sinceramente unida á un sistema, que dimana de toda una larga educacion, y se nutre con el riego de la ardorosa, de la inquieta

sangre eslava. Bakounine alarma en Occidente á las clases propietarias con sus apocalípsis comunistas; y enerva á las clases populares con su menosprecio por los procedimientos de nuestro republicanismo, y su repulsion á todas nuestras soluciones políticas. Pero Bakounine se ha inspirado en el espectáculo de sus municipios rusos, propietarios en comun de las tierras, y cree de buena fé encontrar allí el gérmen de la nueva sociedad humana. En los congresos de la democrácia europea, en las grandes controversias, cuando el atlético ruso, de estatura casi gigantesca, levante su oriental cabeza sobre todos aquellos que le cercan á la manera que los jefes cimbrios, cogidos por Mario en los campos pútridos, alzaban su cabeza hasta sobre los trofeos romanos, descubriese claramente en la sonrisa despreciativa con que oye nuestros discursos, segun él llenos de sofismas; y en el siniestro relampaguear de sus ojos encendidos de cólera contra todas nuestras ideas individualistas; descúbrese que hay en su alma, sin darse él mismo cuenta, algo de

aquel rencoroso ódio contra Occidente, que sostenia al godo Alarico, cuando asediaba á Roma, y la deshacia y la trucidaba, arrojando sus hijos dispersos, y sus monumentos saqueados al incendio como se arroja una víctima al fuego del sacrificio.

Bakounine seria incapaz de abrasar en el fuego material como el caudillo bárbaro nuestra sociedad; pero seria capaz de disolverla en el crisol de su inteligencia. Yo combato, pero yo comprendo esta concepcion de la política llamada con fundamento hoy en Europa concepcion exclusivamente moscovita. Una de las ventajas mayores de la libertad, es lo mucho que educa; y una de las mayores ventajas de la educacion, es lo mucho que enseña á contar con la realidad viviente en todas nuestras soluciones políticas. Hablad con un ciudadano de Suiza ó de los Estados Unidos; y lo primero que en él encontrareis de admirable, será el sentido práctico, el sentido de lo real, su seguridad serena de que toda reforma se realizará cuando la haya aprendido el pueblo en las escuelas de la po-



lítica, en la prensa, en las reuniones públicas; y quiera encarnarla en la manifestacion más ingénua de su soberanía, en los comicios. Pero un hombre, nacido á la sombra del despotismo; criado entre los terrores de la propia familia y las sospechas de la autoridad arbitraria; educado bajo el látigo de un dogmatismo religioso y político; así que la idea brota en la conciencia, amordazado por la censura; así que el carácter de ciudadano se desarrolla por la edad, puesto en el potro de la servidumbre; con el espectáculo siempre ante los ojos de la omnipotencia de un solo hombre y con la vergüenza siempre en el alma de la propia servidumbre, de la propia impotencia; cohibido en sus escritos, en su palabra, en las reuniones más íntimas por los esbirros; desconfiado, inquieto; como todo lo vé posible, todo fácil á su tirano, se crea en el alma silenciosa un ideal fantástico que ama con delirante exaltacion, y concluye por oponer á la soberbia de los déspotas las tramas de la conjuracion, los misterios de la sociedad secreta, el supremo esfuerzo de las revolucio-

nes. Por todo esto no me extraña que el partido republicano moscovita sea el ménos práctico y el más exaltado de todos los partidos republicanos de Europa. Por esto no me extraña que Bakounine sea colectivista ante los problemas sociales, y anárquico ante los problemas políticos. En el estado de los ánimos, en las eléctricas corrientes de las ideas, el gobierno que no engendre ciudadanos libres tendrá que engendrar por necesidad demagogos furiosos. La libertad es una aspiracion universal, y para defenderla, aquellos espíritus, que son lanzados del derecho, se refugian en la utopia; y aquellos ánimos, que son lanzados de la soberanía, se refugian en las conjuraciones. Así explico yo la idea utópica y el temperamento revolucionario del ruso Bakounine.

Su profesion fué la profesion de oficial de artillería. Pero sus inclinaciones fueron siempre inclinaciones de conspirador y de apóstol. Explayábase en la filosofía su alma, en la filosofía que aplacaba un tanto la exaltacion de su carácter, y templaba la sed de las refor-



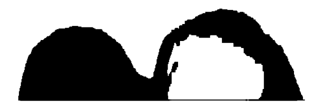
mas. La cátedra de filosofía estaba, sin embargo, cerrada en Moscow desde 1826. Los déspotas saben muy bien que el pensamiento libre forja libres caractéres; y que en el mundo siempre domina sobre la fuerza bruta de los gobiernos, la fuerza inteligente de las ideas.

Pero la idea de Bakounine se ha extendido por el mundo y ha fundado la Internacional. Aunque se haya atribuido á Marx esta sociedad, aunque realmente la idea de Marx la haya animado, la organizacion y el impulso débese á Bakounine y á sus rusos. El que comenzó su carrera inspirándose en la más alta metafísica, la concluye y termina prescindiendo de toda metafísica. La idea de Dios le parece sobrado abstracta, y sobrado autoritaria; pues se olvida por completo de la idea de Dios. El concepto del Estado, en sentir de Aristóteles, tan necesario é indispensable al hombre que sin él seríamos ó ángeles ó bestias, este concepto fundamental le parece que ha de entrañar cierta autoridad, y cierta gerarquía, aunque se funde en las

bases más democráticas; pues sacrifica el Estado, y le jura tanto horror á la República como á la Monarquía. El hombre solo tiene instintos, y su actividad solo debe consagrarse á los intereses; por consecuencia, su gobierno debe ser una especie de factoría ó de compañía mercantil. La Religion y la Metafísica, la Monarquía y la República, las ideas trascendentales, bajo cualquiera de sus formas, el Estado, bajo cualquiera de sus aspectos, lo fundamentalmente necesario á la vida moderna, lo elimina por innecesario y lo maldice por opresor.

Y si no quiere ni religion ni Estado, inútil añadir que tampoco quiere familia. Para él la familia se alimenta de la tradicion y se perpetúa por la herencia. La tradicion la hace teocrática y la herencia feudal. Un Municipio que adopte, eduque á los hijos del amor, es el bello ideal de la vida humana. Esto no se llamará comunismo, porque el nombre es anticuado y dá horror, pero se llamará colectivismo.

La propiedad será atacada tambien como



todas las modernas instituciones. En sentir del publicista ruso, ninguna de éstas ha traido tantos y tan graves males como la concepcion de la propiedad. Los instrumentos de trabajo deben ser comunes, y entre los instrumentos de trabajo debe contarse la tierra. Por consecuencia, la tierra ha de pertenecer en comun al Municipio. Y cuando llega á este punto, sus instintos moscovitas se revelan. Nada de nacionalidades. ¿A qué hablarles de eso á los sacrificadores de Polonia? Casi casi se arrepiente de su antiguo entusiasmo por la víctima de sus Emperadores y de sus Patriarcas. La idea de nacionalidad le parece tan generadora de egoismo como la idea de religion, como la idea de Estado, como la idea de familia. Es en el fondo la Patria antigua. El género humano, se compondrá en adelante de una coleccion de Municipios comunistas.

No le digais que esto mismo era hace muchos siglos, antes de que viniese la civilizacion universal con dos grandes ideas, la idea del indivíduo libre, la idea de la nacionalidad autónoma. Si le apurais mucho maldecirá toda

la civilizacion y dirá que el ideal está á nuestras espaldas, en lo pasado, como cualquier neo-católico. Así nada le incomoda tanto como nuestras grandes trasformaciones políticas. Todo discípulo suyo, que se interesa por la República, está seguro de recibir una excomunion mayor. Él atizará durante tres años las cóleras de los pueblos contra los republicanos, contra los demócratas, contra los que se bañan en el éther, en lo azul, y desconocen las rojas idéas que deben llenar y henchir las venas de una revolucion verdadera. Él maldecirá de sus más ardientes sectarios, venidos á España durante la revolucion de Setiembre, porque han gritado «Viva la República,» cuando debieron gritar «Viva el Colectivismo,» aunque jamás los pueblos meridionales hubieran llegado á comprender esa extraña idea. Él irá á Lyon durante los primeros dias de Setiembre, pero á excitar las muchedumbres contra un Gobierno que tenia el terrible ministerio de fundar la República y de salvar la Francia. Él aplaudirá á los comuneros de París, que han dejado tras sí en

el suelo un rastro de sangre, de lágrimas, de asfixiante humo, y en las conciencias, en los ánimos, un espíritu de reaccion al que difícilmente podremos arrancar nuestros penates, nuestras libertades y nuestros derechos. El viento de la estepa rusa ha pasado por el alma de Bakounine, y Bakounine ha derramado ese viento asolador en toda Europa. ¡Ah! Solamente son fecundas las ideas que germinan, y brotan, y florecen y fructifican en el seno de la libertad.

CAPITULO XXVIII.

IMPORTANCIA POLITICA DEL MOVIMIENTO RELIGIOSO EN ALEMANIA.

Lo hemos dicho muchas veces en el curso de estos trabajos y nunca nos cansaremos de repetirlo: el movimiento religioso trasciende al movimiento político en Alemania, mucho más que en ninguna otra nacion. Nosotros, acostumbrados de antiguo á la indiferencia arraigada en el ánimo de razas que profesan un solo culto y tienen de grado ó por fuerza una sola religion, habiendo recibido con glacial indiferencia las cuestiones suscitadas sobre la autoridad del Concilio que declaró dogma la Concepcion inmaculada de María y



sobre la naturaleza del nuevo artículo, añadido á la antigua fé, del artículo relativo á la Infalibilidad del Pontífice; nosotros que, puestos á creer, nos dá lo mismo añadir que quitar un milagro á la lista de nuestros milagros, un santo á la letanía de nuestros santos, no podemos comprender ni explicar cómo las razas germánicas, sobre todo sus familias protestantes, que leen y comentan los libros religiosos, casi vedados á nuestra humildad, se apasionan hasta el fanatismo por la version ó las interpretaciones de algunos versículos de la Biblia, por la época en que se escribieron y publicaron algunos capítulos del Evangelio, por la creencia en el libre arbitrio ó en la gracia, cuestiones ni siquiera discutidas en nuestras escuelas de Teología, las cuales someten su criterio al fallo inapelable de la tradicion y su enseñanza á la autoridad infalible de la Iglesia.

Mas, parando mientes en el influjo que ha tenido la religion sobre la vida de estos pueblos, se alcanza toda la importancia política allí conseguida siempre por ideas y proble-

mas, apenas sostenidos por nuestra fé rutinaria en la apartada y luminosa esfera de la teología ó de la moral. La religion ha creado ese espíritu interior, íntimo, propio de las razas germánicas, que se aislan severas en su conciencia, y que crean y fortalecen de esta suerte el principio capitalísimo de su política, el principio de la personalidad. Por más que los filósofos se empeñen, es hasta ahora imposible borrar la virtud de los dogmas teológicos en la vida práctica y en la vida política. Sobre nuestro sentimiento, sobre nuestra razon, hasta sobre nuestra fantasía se extiende, como el cielo sobre nuestras frentes, la idea misteriosa de lo infinito, de lo eterno, por la cual suspiran al cabo los más puros deseos humanos, y de la cual desciende la inspiracion sobre las artes, la luz sobre las ciencias, la esperanza de la inmortalidad sobre toda fugáz y frágil vida.

Mas no es la relacion de lo finito con lo infinito el principal carácter de la idéa religiosa. Su virtud, su fuerza creadora se extienden á las relaciones sociales y á las leyes políticas.



Así como decia Plotino, que cada alma se crea, se cincela un cuerpo á su imágen, podemos decir nosotros, que toda raza, todo pueblo tiende á formarse en la religion y en sus dogmas un alma en armonía con su temperamento, su complexion y su historia. El pueblo hebreo vé surgir en el inmenso desierto, cuando marcha desde Egipto á la tierra prometida, como un sol de su conciencia, el Dios, uno y próvido, que le guia con sus columnas de fuego y le alimenta con su lluvia de maná; y allá, en el cautiverio, cuando el férreo látigo de los tiranos vibra sobre sus espaldas, y el sombrío curso de extranjero rio corre á sus plantas, bajo los sáuces del destierro, á los ecos de la elegiaca arpa, brota el mesianismo, la religion de la esperanza que otras razas debian aceptar y cumplir.

Cuando el pueblo griego arrancaba á la naturaleza la idea de la ciudad individual, heredera de los antiguos imperios y madre de las futuras democracias, cincelaba, pulia los dioses venidos del Oriente, y elevaba en ellos, en su radiante hermosura, la imágen del hom-

bre al Olimpo. Así, el egipcio, que se levanta en continente africano entre los pueblos europeos y los pueblos asiáticos, término medio del gran silogismo de la historia universal, sacerdote que revela á Grecia los misterios de Oriente, conserva en su teogonía el sabeismo, la luz, el alma de las regiones orientales; y calienta, y abriga el gérmen del politeismo helénico, el alma de las religiones de Occidente. Su religion parece la religion de la muerte y de la inmortalidad; sus sepulcros, ciudades de ideas alzadas entre los confines de dos mundos; sus momias, los dioses orientales, caidos de sus altares, muertos al pié de sus teocracias, embalsamados y conservados por filtros misteriosos, para ir á resucitar en las tierras occidentales, en Grecia, en Sicilia, en Italia, al conjuro de los oradores de los poetas y de los filósofos.

Las ciudades semíticas de la Mesopotamia, Nínive, Babilonia, capitales de las tribus caldeas, que han recorrido el desierto con los ojos fijos en el cielo, tendrán por dioses las estrellas, por dogmas los principios esenciales á su na-

ciente astronomía, por la universal inteligencia, que compenetra y dirige el Universo, los eternos eflúvios de la increada luz. Nuestros más antiguos progenitores, los arios, llevaban ya en los indecisos comienzos de sus primeros dias; en las letras iniciales de sus primitivos himnos, los dioses, que luego han de adorar los helenos y los latinos en sus ciudades, los germanos y los eslavos en sus bosques. El cielo y la tierra; las estrellas que se pierden allá en los abismos del espacio y las arenas que se pierden allá en los abismos del mar; las montañas elevadísimas, y los nublados que ciñen su cintura, y los rios que manan de sus plantas; las ondas que se agitan coronadas de diademas de espuma, y los vientos que corren desatados entre las contínuas palpitaciones de las verdes oceánicas aguas; el éther con sus cerúleos matices y la atmósfera con sus brisas y sus áuras; el rosado alborear de la aurora y el misterioso reflejo del crepúsculo; todo cuanto existe en la inmensidad, todo cuanto vive en lo infinito, se halla poblado de dioses varios; almas de las co-

sas, como Savitar, el productor de la vida y de los organismos que llegará á ser el Saturno de los antiguos latinos; como Añi, el principio de vida, el calor universal, el elemento ígneo que abriga al Universo, y que andando el tiempo ha de ser Hefestos en Atenas y Vesta en Roma; como el Indra, que allá en el extremo Oriente es el centelleante relámpago y que aquí en el extremo Occidente es el fulminante padre Júpiter; como Varouna, que es el cielo tendido, primero sobre el Himalaya y el Ganges, y luego Urano, el cielo tendido sobre el Hibla y el Pireo; como la Muntar, madre tierra de los medos y persas, Modor, tierra tambien de los anglo-sajones, Hertha, tierra tambien de los germanos; cual si todos los hijos de la misma raza aria, en toda la dilatacion de los tiempos, quisieran vivir y morir en el seno de la diosa, donde todos han tenido su cuna y donde todos tendrán su sepultura.

Y si los pueblos antiguos, si los pueblos primitivos se han atenido á la religion, ó bien creada ó bien admitida por ellos, que estaba

más en armonía con su carácter; ¿los pueblos modernos, ya maduros, no habrán prescindido de esto, y tomado solo de las religiones su moral y su dogma? No. Un mismo dogma, una misma moral, constituye en su esencia el cristianismo. Para llamarse con derecho cristiano, se necesita creer en Dios y en la providencia de Dios, en la redencion de la primera culpa por los méritos de Cristo nuestro Salvador, en la espiritualidad y la inmortalidad del alma humana, en los premios y en los castigos eternos despues de la muerte.

Creeríase que sobre estas bases no cabian variaciones posibles, y sin embargo, cada pueblo, cada raza fundamental de Europa, ha apropiado el cristianismo á su carácter y á su historia. Los griegos han levantado una ciudad santa cerca de sus mares, en oposicion á la ciudad santa de los latinos, y allí han fundado una Iglesia, que tiene como la raza, cuyo espíritu alimenta, carácter metafísico antes que carácter moral; Iglesia, que ha celebrado los grandes concilios ecuméni-

cos, las Asambleas constituyentes de nuestros esenciales dogmas, gobernándose aun por confederaciones eclesiásticas, recuerdo y remedo de las ligas anfictiónicas en la antigua Grecia. Los romanos, los grandes unitarios de la historia, han llevado su unidad á su Iglesia: el dogma sagrado, la disciplina y la litúrgia unos en lo posible; un Papa-rey, como el antiguo Emperador-Pontífice en el trono de la Ciudad Eterna; sus Prefectos y sus Pretores, en los Arzobispos y en los Obispos; su Senado, en el Cónclave; su prestigio en la ciudad menos cristiana y más idólatra del antiguo mundo, en la diosa Roma, que quiere conservar el dominio sobre las almas, ya que ha perdido el dominio sobre los pueblos; todo lo cual prueba que el catolicismo es el Imperio romano, y como el Imperio romano, eleva con el dogma de la Infalibilidad sus Césares á dioses.

Y á nuestros mismos ojos, en los últimos siglos del Cristianismo, sucede lo propio, se repite este fenómeno en todos los pueblos. El pueblo español, que es entre todos los mo-

dernos el cruzado por excelencia, combatiendo siete siglos con los infieles, y al concluir esta obra, llevando la cruz mantenida por la espada al Nuevo Mundo, profesa un Catolicismo exaltado, fanático, intolerante, como la guerra. El pueblo francés, que es un término medio entre las razas germánicas y las razas latinas, erige una Iglesia, término medio entre el Protestantismo y el Catolicismo, la Iglesia galicana, que estuvo á punto de merecer hasta en su más alta personificacion, en Bossuet, un anatema del Papa.

En todos los fenómenos de la revolucion religiosa de Inglaterra se notan los fenómenos mismos de su revolucion política. Los anglo-sajones no podian dejar de entrar en la religion protestante, como no podian dejar de entrar en la política liberal. Raza individualista habia de abrazar una religion individualista tambien, y habia de ser como el brazo de esa religion en los mares. Pero la causa ocasional de la conversion de Inglaterra fué la voluntad y la pasion de un rey que deseaba constituir sobre la unidad fortísima

de su reino su formidable autoridad. El principio hereditario de las monarquías contrastó y contradijo en parte el pensamiento y el propósito de los dos grandes reyes protestantes, de Enrique VIII y de Isabel de Inglaterra. El primero dejó su trono á María, que llevaba en sus venas la sangre de los fundadores de la Inquisicion en España; y la segunda á los Estuardos, que tenian afinidades con los Guisas, con los degolladores de los protestantes en Francia.

Así el protestantismo oficial inglés fué un protestantismo monárquico, aristocrático, más próximo á la antigua Iglesia católica que las otras sectas de la misma rama, protestantismo episcopal, con tendencias á constituir una especie de Pontificado británico semejante al Pontificado romano. Cuando se entra en la gran catedral protestante, en San Pablo de Lóndres, se echa de ver la distribucion de capillas semejantes á las capillas de nuestras iglesias, como revelando que el príncipe, su fundador, tenia puesto el nombre en los registros oficiales del protestantismo, pero

el corazon todo entero en los dogmas de la Iglesia católica. Por el principio hereditario de la monarquía hubiera vuelto Inglaterra al seno de la Iglesia católica á no haberse opuesto la nacion, que sentia en sus venas la sangre de su raza, en su conciencia la idea de su individualidad, y en su corazon el sentimiento y el instinto evangélico. Y así los diversos partidos religiosos eran al mismo tiempo partidos políticos; los presbiterianos, enemigos del predominio real en las instituciones y del episcopado en la Iglesia; los independientes, amigos de los fueros del Parlamento en toda su extension y de la libertad religiosa en toda su pureza; y Cronwell representa el principio liberal en religion, el principio republicano en política; pero fundados ambos en la autoridad y en la dictadura, tan alejadas de la Iglesia episcopal semi-católica como de los niveladores, y de los demás exagerados, verdaderos demagogos en religion y en política.

Y lo que sucede en Inglaterra sucede con mayor razon todavía en Suiza. El gefe de su Reforma es al mismo tiempo el gefe de una

CAPITULO XXXIII.

LA REACCION.

El siglo décimo-octavo habia completado su obra fundando la educacion democrática, que debia en tiempos muy posteriores dar todas sus consecuencias necesarias. Al comenzar el siglo décimo-nono, comenzaba con él tambien una reaccion vergonzosa. No está en nuestras manos cambiar ciertas leyes sociales cuya razon no comprendemos con la inteligencia, pero cuya fuerza, cuya fatalidad sentimos sobre las espaldas. La revolucion francesa habia tenido, como la humanidad, su paraiso. Mil setecientos ochenta y nueve será

estrella del éther; en las batallas de la vida, conservó el candor de los pastores; en los trabajos é innovaciones de la reforma, el afecto á la tradicion; en el seno de las ciudades, el aroma del cytiso en flor y el cántico del gilguero en celo; entre las cóleras de los hombres y de los partidos, la efusion infinita del aire y de la luz que se dan á todos los séres; y despues de haber conversado con los filósofos y con los santos, bebiendo en la fuente sagrada de Platon y en las lágrimas amargas de Job, cantando los salmos de David y las odas de Píndaro, como si todas las corrientes del espíritu humano fueran á desaguar en su espíritu, reducia las ideas más abstractas á vulgares, prácticas, tangibles para repartirlas entre el pueblo, vivia en la predicacion y en las oraciones; y moria, héroe en el combate, hermana de la caridad en los hospitales, tribuno en la plaza pública, sacerdote en el templo, revelador en todas partes, como mueren los grandes caractéres, que varían y tuercen con el soplo de su pensamiento, con la fuerza de su voluntad la cor-

riente de los tiempos; moria en la pelea por la verdad, y en el seno purificador de un santo martirio.

Y su reforma nace, y crece, y se desarrolla en el seno de una democracia, de una República, de una libertad arraigada y antigua, teniendo por lo mismo todos los caractéres del medio en que nace y marchando resueltamente á modificarlo y mejorarlo. Ménos combatido y ménos contrariado que los otros reformadores, aparece mucho más sereno. Brota su reforma de la conciencia más que de la pasion; y se dirige á la razon más que al sentimiento. Sin romper tan abiertamente, como sus cooperadores en la obra comun con el Papa y la Iglesia, sostiene tan solo aquello que expresamente en las Escrituras se encierra. Es un orador, y en su oratoria más brilla la luz filosófica que el fuego tribunicio. Es un sacerdote que predica la gracia y que se distingue por la caridad y la grandeza de sus actos, que reza y obra. La lógica de sus argumentos no daña á la síntesis de su sistema; ni la fuerza del raciocinio á la elocuencia de

sus discursos. Encuentra frente á sí ménos resistencia, y por lo mismo la combate con menor empuje revolucionario que los demás innovadores. Se ve que su alma individual es parte del alma de una gran democracia; que su educacion íntima ha dimanado de las dos escuelas que pueden ofrecer la naturaleza y la sociedad, del campo y de la República.

Su obra es religiosa y política á un mismo tiempo. Predica los méritos de Cristo y eleva el derecho de cada cristiano; arranca de su corazon la antigua fé teocrática con la misma pujanza con que arranca de la tierra las tradiciones feudales; habla de la santa cena como de una comunion religiosa y cómo de una comunion democrática; siembra con el ódio á la tiranía espiritual, el ódio á las aristocracias reaccionarias, y con la revolucion en contra del cosmopolitismo romano el culto á la patria helvética; reforma los entendimientos y reforma las costumbres; pide que los sacerdotes dejen de llevar las almas al sacrificio ante las aras de una autoridad indiscutible y que los suizos dejen de llevar la

sangre de sus más caros hijos al ejército de los despiadados déspotas para que no se convierta la cima de la naturaleza humana en pedestal de la tiranía monárquica; es, en verdad, su doctrina una religion y una República, el alma inmortal de Suiza regenerada por este arquero de las ideas, por este soldado de la lógica, por este Guillermo Tell del espíritu, que alza sobre la nacion material otra más alta y más duradera que los altos eternos Alpes, la nacion ideal de la conciencia.

Y donde quiera que aparece una grande aspiracion social, es al punto impulsada ó seguida por una grande aspiracion religiosa. La alegre Ginebra, que debia fundar la nueva moral del mundo democrático moderno, para no caer en las garras del águila de Saboya, su vecina codiciosa y rapáz, necesitaba de una religion severa, austerísima, que renovara la sociedad con sus dogmas, que sometiera á un yugo saludable los caractéres con su disciplina, que tocara de un lado á las altas cimas teológicas, y del otro lado á las profundas escabrosidades políticas; y encon-

tró todo esto en estóico jóven, francés por su orígen, aleman por su pensamiento, grande escritor como cuadraba á una ciudad literaria, teólogo de la escuela de San Pablo y de San Agustin, jurisconsulto que unia á las más abstrusas concepciones de la metafísica la nocion más clara del derecho. Muy diversamente ha sido juzgado el gran hombre; hasta de fatalista le tacha estrecha crítica que se pierde en las minuciosidades y no acierta á ver el conjunto de las grandes obras humanas; pero, cuando se recuerda que, teólogo y magistrado, dió á la nueva idea disciplina democrática, y á la sociedad nuevo carácter civil y republicano; que, merced á esto, creó partido poderoso en la misma Inglaterra, contra la tendencia autoritaria y la gerarquía aristocrática del protestantismo inglés; que, acosado este partido por los sacerdotes y por los reyes, salió de sus combatidos hogares, de su ingrata patria, se derramó por Suiza y por Holanda, con la palabra de la nueva fé en los lábios y el sentimiento y la idea en el corazon y en la conciencia, dispuesto á ofre-

cer siempre por su doctrina el holocausto de la vida; que una fraccion muy considerable de este partido, se embarcó en la Flor de Mayo, y se dió al mar á la manera que Moisés al desierto, y atravesó la inmensidad con el libro, la Biblia en las manos, y la igualdad cristiana en el pecho; que allá en el Nuevo Mundo, en la tierra sin mancha, fundó el templo de la conciencia perseguida, y el gobierno de la democracia despreciada; la libertad y la República, que son el timbre de honor de América y la esperanza de Europa; cuando se recuerda toda esta gran epopeya del progreso humano, se olvidan todos los defectos de Calvino, todas las inconsecuencias que pudo cometer contra el principio mismo de la emancipacion religiosa, y se le ve en las altas eminencias de la historia, entre los redentores de la humanidad, bañado por la luz inmortal de humanas y grandiosas ideas.

Por esta larga escursion, al través de la historia, venimos en conocimiento de la verdad de nuestra tésis: cada pueblo, cada raza, cada nacion, crea ó acepta el ideal religioso

más en armonía con sus tendencias políticas y sociales. Pues la Reforma es la religion necesaria, la religion nacional de la raza germánica. El carácter interior, íntimo de esta raza es la independencia individual; y el carácter histórico es el ódio á Roma. Las óscuras selvas de Germania, cuyo aire estaba cargado de rumores siniestros, y cuyo suelo de fuegos fátuos, engendraban aquellos primeros invasores, que muertos en los campos pútridos, llegaron á envenenar con los miasmas de sus cadáveres y de sus despojos, los cielos de Italia. El primer héroe de la raza es aquel Arminio, que sujetó en sus trampas y lazos de cazador, las legiones de Varo, destruidas hasta el aniquilamiento por las selvas de Teutoburgo, y lloradas hasta la desesperacion en el palacio de Augusto. La lengua latina se dibujaba en los lábios del jóven bárbaro; el anillo de caballero romano brillaba en sus dedos; acaso no tenia ni el sentimiento de patria en su pecho; pero afiló su espada en las piedras de las aras de sus dioses, la esgrimió contra Roma, y el mundo germáni-

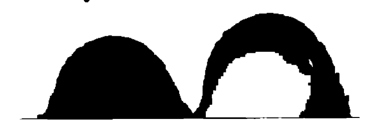
co, por cuyas discordias fué inmolado á los treinta y cinco años de edad, le cuenta entre sus fundadores y sus héroes. Si otra razon los alemanes no tuvieran para esta apoteósis, tendrian la razon del largo tormento infligido por Roma á la familia de Arminio, el recuerdo de la mujer, que él robara para su lecho, cautiva y expatriada; el recuerdo del hijo que él engendrara para continuar el lustre de su nombre, nacido en el destierro, y arrojado á la clóaca de Rávena, para ser contado entre los gladiadores que divertian con sus combates, sus heridas, su agonía y su muerte, el ócio de los romanos.

Cuatro siglos duró el combate de Germania con Roma, los cuatro siglos primeros de nuestra historia. Tácito no veia más esperanza para la ciudad eterna amenazada que las discordias de sus crueles enemigos. Pero las vallas del Rhin, del Danubio, se rompieron, las discordias cesaron, y la raza germánica sació su ódio en las ruinas de Roma. Hasta los muertos se despertaron en las cenizas del Foro, segun las tradiciones romanas, y subieron,

aunque paganos, á luchar desde las nubes, en compañía de los santos cristianos, contra los enemigos de Roma. Pero eran estos los ángeles exterminadores del Apocalipsis, y aventaron con sus lanzas, mas largas que cometas, á los cuatro vientos las cenizas de la ciudad, madre de las ciudades latinas. Atila, que en nuestras crónicas es el azote de Dios, porque ha destruido el Imperio romano y ha espoleado á las razas bárbaras para que lo enterraran, es en el poema nacional de Alemania, en los Nibelungen, el rey épico, á quien gusta más la sangre romana que el vino, pues el ódio á Roma es el sentimiento nacional de Alemania.

Pero ¡oh prestigiosa ciudad! Rota, vencida, muerta, sin sus legiones en la tierra, sin sus dioses en el cielo, pulverizados sus muros, derruidos sus templos; todavía se rejuvenece y se trasforma; pone en el vacío trono de los Césares sus Pontífices; sustituye los ejércitos de héroes con ejércitos de penitentes; á las tablas del derecho olvidado reemplaza las oraciones de sus doctores bendecidos y san-

tificados; y por medio de nuevos dogmas, asimilados de Grecia, de Alejandria, de Africa, de Asia, pretende primero y establece despues un dominio como jamás lo habia tenido en la antigüedad, el dominio sobre las almas. Los alemanes recibirán el agua del bautismo en su frente; el monasterio en sus ciudades; la cruz en sus encrucijadas y en sus selvas; los obispos en sus provincias; el latin en sus escuelas; y un germano, un descendiente de Genserico y de Alarico, Carlo-Magno, sostendrá el dogma del predominio de los Pontífices, que significa el predominio de Roma, ó irá de rodillas á recibir sobre las ruinas de la gran ciudad, en la frente ungida por el óleo católico, la antigua explendente corona del romano imperio. Contra este dominio espiritual, que abraza el arte y la ciencia, la vida y la muerte, no podrá nada todo el mundo germánico, ni la espada de Arminio, ni el recuerdo del sombrío y victorioso Odino, ni el grueso martillo de Thor, ni los sacerdotes reunidos en las cavernas abandonadas por los lobos, ni las laderas de la májica montaña de



Harz, preñadas de dogmas sanguinarios, ni las orgías de las cimas del Brokén, donde acuden por las noches de primavera las reinas de las brujas con sus mantos semejantes á las oscuras alas del murciélago; ni los incansables cazadores que van en vertiginosa carrera sonando eternamente los roncos cuernos de caza; ni los dioses que en el viento gimen y en las nieblas vagan; ni toda la mitología nebulosa que se desvanece á los rayos del nuevo sol espiritual, naciente entre los altares de Roma.

Durante toda la Edad Media el Imperio aleman luchó contra Roma, luchó poderosamente, pero sin elevarse al cielo, de donde bajaba la luz y el aire de la vida, al cielo del espíritu. Allí y solo allí, en la region apartada y elevadísima de las ideas, cabia el combate, y estaba el premio de la victoria. Para derribar la Roma moderna se necesitaba derribar antes sus dogmas. Y para derribar el dogma de la universalidad latina, imposible encontrar otra antítesis tan radical y profunda como el dogma de la incredulidad germánica. En la

sociedad como en la naturaleza, deben concertarse los dos principios de unidad y de variedad en verdadera armonía. Pero andaban á la sazon divididos, cuando son dos términos indispensables á la existencia humana. El principio germánico se removia, se enconaba en el Renacimiento contra el principio latino como en los tiempos de Othon, como en los tiempos de Enrique IV, como en los tiempos de Federico II. Venia, pues, y venia lógica necesariamente la fundacion de la nacionalidad religiosa en Alemania por un estallido de su conciencia. El hombre que surgió en este momento histórico para representar fielmente el estado del espíritu humano fué Lutero. En su humildísima cuna, y en su modesta educacion, aprendió á sentir y á padecer como el pueblo. Hijo de un trabajador, de un minero, habia en su naturaleza algo de la fuerza y del vigor de su padre. Estudió desde sus primeros años. Y para ocurrir al sustento y continuar en la escuela, ganaba la vida cantando de puerta en puerta con voz entera, y recibiendo de

unos y otros modesta y caritativa limosna. Siendo jóven, iba con un su amigo por cierto camino, le sorprendió la tempestad, y un rayo dejó muerto al camarada á sus plantas. Este súbito caso le conmovió en términos que tomó hábito y abrazó la religion de los agustinos. Allí aprendió el dogma de la gracia que viniendo de San Pablo se extiende y se afirma en San Agustin, se agranda y se exagera en Lutero. Del convento pasó á Roma, y pasó con ánimo de adorarla, de rezar, absorto, handidas las rodillas en las cenizas de los mártires, fija la mirada en el sol de la autoridad religiosa. Cuando divisó á Roma flaquearon sus piernas, se estremeció su corazon, juntáronse sus manos, cayó en arrobamiento, en éxtasis ante sus innumerables cúpulas, y le pidió que le enviara su bendicion y su espíritu. Tambien Arminio fué caballero romano. Mas así que estuvo en Roma, toda el alma de su raza se despertó en su alma, todo el génio de sus predecesores entró en su fuerte corazon, y el jóven tímido se trocó en furioso Alarico, anhelante por

entrar á saco en la ciudad que habia cazado á los germanos para gladiadores de sus cruentas fiestas; y los habia uncido como trofeos vivientes á sus carros de guerra, á sus carreras triunfales. Al mismo tiempo que este espíritu guerrero estallaba en su ánimo, se derramaba por su fantasía como un soplo de inspiracion lírica. Cantó y combatió. Compuso el coral que han repetido en coro cien pueblos; y escribió las invectivas que han roto la unidad cristiana. Negó las indulgencias, la virtud de las obras y de las ofrendas, la autoridad del Pontífice, la antigua Iglesia, en luchas contínuas, ante sus mayores enemigos, rodeado de los generales de Cárlos V en Worms; hasta fundar con la energía de su voluntad y con la acerada lógica de su idea la nueva nacionalidad de Alemania, la nacionalidad que era como el santuario de la conciencia emancipada. De Lutero proviene la lengua alemana, trasformada en sus controversias y en su propaganda; de Lutero la ciencia, porque todos los mayores filósofos germánicos pertenecen á la rama protestante,



y todos derivan sus sistemas de la libertad de conciencia; Lutero ha convertido el humilde marqués de Bramdeburgo en rey de Prusia, el humilde rey de Prusia en grande emperador de Alemania, que á un tiempo ha desvanecido la sombra del imperio español, arrojando al Austria de la Confederacion, y la base del Pontificado, arrancándole la ciudad de Roma y el poder temporal. ¿Se comprende, pues, toda la importancia que tiene el movimiento religioso en el movimiento político de Alemania?

Hoy mismo el Príncipe Bismark, despues de haber triunfado del Austria y de Francia, de las dos potencias católicas, concentra sus vigorosísimos esfuerzos en el intento de com batir al catolicismo. Lejos de caminar hácia la separacion de la Iglesia y el Estado, que tan admirablemente han sabido arraigar en su constitucion y en sus costumbres los pueblos anglo-sajones del Nuevo Mundo, camina hácia un cesarismo omnipotente, en que pueden quedar mermados los derechos de la conciencia humana, y con ellos la vitalidad y

la gloria de Alemania. La guerra al Catolicismo es el alma de la política prusiana. Los católicos se quejan de que los veinte millones de reales adscritos á los fondos secretos, y las rentas de la fortuna privada del destronado rey de Hannóver, y los excedentes de los gastos votados para la anexion de la Alsácia y la Lorena, excedentes que suben á cerca de cien millones de reales, se emplean todos en suscitar enemigos estipendiados á la iglesia de Roma. El dogma de la infalibilidad ha sido combatido, negado, puesto en una especie de entredicho civil, con menosprecio de los buenos principios, que aconsejan separar toda fuerza coercitiva de las cuestiones candentes de dogmas, de disciplina y de Iglesia. Esta conducta extrañó tanto más á los perseguidos, cuanto que esperaban, aun despues de la guerra, por ciertas palabras leidas en los discursos de apertura de las Cámaras, por cierta visita del prelado de Breslau, que sobre la corona del nuevo Imperio se elevára y cerniera la antigua blanca paloma de los tiempos de Carlo-Magno, y la

espada en tantas victorías engrandecida, se doblára al servicio de los Pontífices.

Pero en el corazon de Alemania los ódios al Austria y á Francia están animados, encendidos en otro ódio superior todavía, en el ódio á la Iglesia romana y á sus dogmas. Desde Sedán vió todo el mundo que el poder temporal estaba perdido; y desde el momento en que se declaró el dogma de la Infalibilidad vió tambien todo el mundo que corria Germania á otro nuevo cisma. Y este cisma era avivado por el poder político recien-nacido en Versalles á la manera que fué avivado el luteranismo por el elector de Sajonia en sus comienzos. El gran teólogo de Munich, á quien tanto debiera la Iglesia Católica, pasó á jefe de la secta disidente que se llamaba de los viejos católicos, así como los protestantes se llamaban los viejos y verdaderos cristianos. En su obsequio hizo cuanto pudo el nuevo imperio, y en detrimento de los que admitian la Infalibilidad Pontificia. Una grande ordenanza fué promulgada, llena de castigos y de multas. contra los predicadores demasiado exal-

tados ó fanáticos. El dia en que se quejó el Papa, y publicó una Encíclica contra el imperío, los periódicos liberales y ultramontano, que copiaran en todo ó parte aquel documento, fueron recogidos. La mano del Gobierno entró en los seminarios, y arrégló la enseñanza religiosa á medida de la enseñanza oficial. El ministro de Cultos declaró que no podia continuar sin modificaciones importantes la vida de la Iglesia Católica en Alemania imperial. El clero, muy independiente de las autoridades civiles, dependia de una autoridad extranjera, que ignoraba por completo las necesidades y aspiraciones nacionales de Alemania. Sobre todo, el bajo clero le parecia amenazador desde las posiciones que le habia dejado cierta indiferencia que resultaba ciega imprevision. Y como, el cambiar radicalmente ese estado, atacaba algunos artículos de la Constitucion, pedia el gobierno que se examinara con gran detenimiento y calma el pavoroso problema.

Llevado, pues, de este pensamiento, se obligaba al clero á cursar toda la segunda ense-



ñanza en los establecimientos del Estado y á recibir tres años de ciencia teológica en las Universidades oficiales; á sujetarse á exámenes presididos y celados por autoridades del gobierno; á sufrir una esquisita vigilancia en sus escuelas, en sus iglesias, y á dar una grande garantía de celo por el bien público; á proveer dentro de cierto tiempo y ciertos límites los beneficios vacantes; á invalidar todo contrato entre el superior y los inferiores eclesiásticos, que desconociera la autoridad y las leyes civiles; á recibir en su jurisdiccion y en sus castigos procedimientos agenos, y á veces contrarios al procedimiento canónico; á aceptar la intervencion del juez ordinario en las causas religiosas; á revisar en tribunales nombrados para este fin todos los títulos de todas las dignidades existentes en la Iglesia; á convertirse el clero, ¡él!, hasta entonces independiente, en funcionario completamente sometido á la autoridad del imperio.

Los jesuitas fueron expulsados, á pesar del mucho respeto y poco miedo que les tuvie-

ra siempre el gran Federico. Los obispos, que protestan, son perseguidos, multados, encarcelados. Los fieles se ven constreñidos á recibir los sacramentos de manos que no creen puras, y á doblar la rodilla ante católicos que no creen ortodoxos. El asunto de la Infalibilidad se ha tratado en las plazas, en las Academias, en los púlpitos, en las tabernas, en los clubs, y ha sido causa de grandes disentimientos en la córte de los Emperadores, en los consejos de los ministros, y de ruidosos escándalos y alarmantes perturbaciones en las calles. Bismark se parece á los Emperadores de Bizancio influyendo sobre los concilios para la declaracion de un dogma, ó á los califas de Córdoba regulando las relaciones entre sus vasallos cristianos y su clero. Se debe sentir mucho orgullo, al penetrar, como un Dios, en el seno cuasi divino de la conciencia humana, con la espada de la autoridad en las manos; pero ¡ay! que nunca se desconoce impunemente la naturaleza de nuestro sér, ni impunemente se atenta á la santidad del derecho.

CAPITULO XXIX.

DE LAS ESCUELAS RELIGIOSAS EN ALEMANIA.

Si las escuelas filosóficas, definiendo y depurando la idea del derecho, han contribuido al movimiento político y al movimiento republicano en Alemania, cuánto no habrán contribuido, en qué alto y superior grado, las escuelas religiosas. Efecto de nuestra imperfecta organizacion política y social, quédase el pensamiento científico en las regiones superiores de la sociedad, en las escuelas, en las almas privilegiadas que han adquirido alguna cultura intelectual; en tanto que la religion, la idea religiosa, cómo abraza la vida

y la muerte, cómo lleva en sí el consuelo á innumerables dolores y el aliento á innumerables esperanzas, cómo ilumina desde los cielos del arte hasta la piedra del hogar, y desde la piedra del hogar hasta la piedra del sepulcro, enciende y anima á un tiempo el corazon y la cabeza, la voluntad y la inteligencia, el tiempo y la eternidad.

Se han concluido las guerras religiosas. No se batalla en el género humano por la presencia real, por la cena, por el libre arbitrio, por la gracia, por la divinidad ó la humanidad de Cristo. Pero las controversias religiosas ni se concluyen, ni se concluirán nunca, mientras haya en el mundo quien doble las rodillas ante las aras sagradas, y para explicarse lo existente y lo posible, entregue su alma al templo santo, que flota como el arca de Noé, entre un diluvio de lágrimas. En toda cuestion política se encierra hoy, como ayer, una cuestion religiosa. La extrema derecha de la Asamblea de Versalles, no pugna tanto por someter la nacion á la autoridad del rey tradicional, como por someter la inteligencia



al yugo de la fé histórica; y la extrema izquierda no pugna tanto por la República y la democracia, como por la independencia del pensamiento y el reinado de la razon. El ministerio liberal ha caido en la Gran Bretaña. Y su caida se debe, más que á ninguna otra cosa, á las cuestiones relacionadas con la Iglesia y con la enseñanza, á las cuestiones religiosas. Italia ha vencido al Austria, que le vedaba su integridad, y á la Francia que le retenia su capital; ha tomado el sacro imperio y el cuadrilátero; vencida por la fuerza ha triunfado por la política; y no puede tomar el Vaticano, ni mover al Papa, desarmado, viejo, preso, porque ahí existe una inmensa cuestion religiosa. Nuestras verdes montañas del Norte chorrean sangre; el estampido del cañon y el bramar de las costas cantábricas, se unen con los salvajes gritos de guerra en los espacios de un cielo implacable, airado; y el incendio, y la mantanza y la depredacion, y las ruinas se explican, porque pelean allí nuestra antigua intolerancia con nuestra nueva libertad religiosa. Cada

vez que la cuestion de Oriente se suscita, surgen de ella, como en tiempo de las Cruzadas, Jerusalén, la capital del mundo cristiano, Constantinopla, la capital del mundo griego; cuestiones de disciplina, de dogma, de ortodoxia. El cretense opone al turco opresor su derecho y su Dios; el polaco de Varsovia al ruso de Moscow su independencia y su dogma; el hijo de Bohemia remueve los huesos de Juan Hus y Gerónimo de Praga, para recordar á los Emperadores de Austria que ha jurado vengarlos. En la pequeña Suiza, el Sunderbun fué un asunto religioso; y en la pequeña Bélgica pelean por el poder liberales y católicos. Bismark, que no ha temblado ante los aguerridos ejércitos de Francia, tiembla ante los clérigos del Papa. De suerte que en toda cuestion política late hoy sobre este viejo continente una altísima cuestion religiosa, algo que se relaciona con la fé, que vive del dogma.

Quizá ellos mismos lo ignoraban; pero al remover los problemas religiosos, al interpretar la Biblia, al poner frente á frente del

comentario de la Iglesia el comentario de la razon, al examinar si el libro de Job era hebreo ó árabe, si el libro de Judith anterior ó posterior al cristianismo, en todas estas cuestiones que tan de lejos interesan á los problemas planteados en nuestro tiempo, los teólogos alemanes encerraban torrentes de electricidad revolucionaria, que debian relampaguear, tronar, caer sobre la cabeza de una generacion, la cual, abandonando los viejos altares, á cuyo pié habia nacido y criádose, abandonaba con igual ímpetu y violencia, sin darse de ello pura cuenta, los viejos reyes y los carcomidos tronos.

El siglo décimo-octavo, es uno de los siglos mayores de la historia humana. Hay indudablemente en el desarrollo de la vida de nuestra especie, épocas decisivas, de una influencia más inmanente que otras épocas, en que el género humano parece haber descansado de sus antiguos trabajos y fatigas. En la historia moderna son para mí siglos de importancia excepcional, máxima, el siglo primero, el siglo cuarto, el siglo décimotercio, el es-

pacio que comprenden la segunda mitad del siglo décimo-quinto, y la primera mitad del siglo décimo-sexto; y sobre todos quizá, y más importante que todos acaso, el siglo revolucionario por excelencia, el siglo decimo-octavo.

En el siglo primero, el cristianismo y el imperio se fundan; la idea del hombre que habia forjado Atenas, la idea de la humanidad que habia forjado Roma, la idea de Dios que habia forjado Jerusalén, la idea del Verbo que habia forjado Alejandría, todas estas ideas se unen por los apóstoles y por los mártires en la conciencia, por los filósofos en la razon, por el estoicismo y los Emperadores estóicos que cierran como gigantescas estátuas estos grandes tiempos en el derecho romano, con cuyos principios se compondrá una nueva sociedad, para que caiga sobre ella la vida de un nuevo espíritu.

Y en el siglo cuarto la unidad del mundo romano se rompe, la variedad y la personalidad de los tiempos modernos aparecen con las primeras invasiones de los Bárbaros; la Roma

pagana es desposeida de su prestigio secular y fundada la Constantinopla de los cristianos que vá á continuar la obra de Jerusalen y Alejandría; el federalismo de las nacionalidades nacientes se opone á la despótica autoridad de los Césares históricos; los dioses, á quienes Juliano diera un filtro májico, pero inútil, caen yertos á los piés de oscuro trabajador nacido en los establos de la plebe y muerto en el patíbulo de los siervos, para ser elevado á Dios de las futuras democracias; el Concilio de Nicea, que comprende todos los peligros encerrados en la prematura heregía de Arrio, promulga el símbolo de la fé cristiana, y proclama la divinidad de Cristo para que recoja la direccion del mundo, que se escapa á las desarmadas manos de Júpiter y eduque á las razas que avanzan rapaces y hambrientas; los Obispos, perseguidos por Diocleciano, vuelven, merced á los rescriptos de Constantino, con las señales del martirio en sus cuerpos quebrantados, á sustituir la rota unidad material con la eterna unidad humana; se funda el trabajo moderno, que crea y produce enfrente

de la guerra, que destruye y aniquila, y se funda el trabajo merced á la órden de San Benito, órden de agricultores y de sábios, la cual guarda las cenizas de la antigüedad en sus bibliotecas y abre la madre fecunda tierra con sus arados; y mientras los cielos se oscurecen y los campos se anegan en sangre, y la tea del bárbaro y su hierro por do quier brillan siniestramente en aquella ocasion terrible, en que Amiano, enviado de Valente, no pudo contar los godos que pasaban del otro lado del Danubio al Imperio; San Agustin, despues de haber salvado la libertad humana contra los maniqueos y la Providencia divina contra los pelagianos, eleva en los aires la Ciudad de Dios, como una promesa de paz y de progreso, como un refugio á la perdida esperanza.

El siglo décimo es un siglo horroroso. La idea de la próxima destruccion del mundo ha sobrecogido á Europa y la ha postrado en la penitencia. La tierra se estremece y bambolea como nave combatida por la tormenta. Los espacios se tiñen de reflejos sangrientos porque viene sobre ellos el Juez airado de vivos



y muertos, á cuyo aliento se rollarán los cielos como un pergamino, y se disiparan los mundos como pavesas. El universo entero es el nido de la muerte. El trabajo se suspende. Los hombres solo buscan un sudario. Llaman á las puertas de los cláustros los reyes y los emperadores ansiosos de cambiar las coronas por cogullas. El azadon se cae de las manos de los trabajadores. Una peste horrible quema la sangre, y convierte los cuerpos en llagas pustulentas. El hambre es tan grande que para alimentarse los vivos desentierran á los muertos. El demonio se sustituye á Dios, se agarra á las orejas de los reyes, sube al trono del espíritu junto á los papas. En los cielos solo resuena el cántico anunciando la ira divina; en la tierra el cántico pidiendo piedad y misericordia. Aquel oscuro mundo tiene tal idea del tiempo, que se le imagina mucho el período de mil años, y siente que al cumplirse resuena en los aires la estridente trompeta del ángel llamando á juicio los vivos y los muertos. Pero no sonó, y el feudalismo teocrático fué vencido. Y el histérico miedo de

la humanidad fué disipado. Y el hombre comenzó á sentir toda la vida derramada en la naturaleza y á hermanar su alma con la esperanza. Y la paralítica Europa cobró movimiento, se incorporó sobre las piedras de su cláustro, dejó tras sí el sudario, y se fué á Oriente, á la tierra de los milagros, en busca del sepulcro de la tradicion para encontrar la cuna de la libertad, y traer la primera aparicion de la democracia en la moderna historia.

El siglo décimo-tercio es el siglo en que se escribe el testamento del Catolicismo. Las catedrales góticas son su testamento en arquitectura; los cuadros de Cimabue su testamento en pintura; la Divina Comedia del Dante su testamento en poesía; la Suma Teológica de Santo Tomás su testamento en ciencia; las Siete Partidas, que reunen la jurisprudencia romana con la jurisprudencia eclesiástica de la misma suerte que los doctores reunian los Padres de la Iglesia con Aristóteles, su testamento en derecho; y los dos grandes papas, Inocencio III y Gregorio X, dejan escrito con

esfuerzos increibles su testamento en política. El siglo décimo-tercio es á un tiempo la Biblia y el Evangelio universal del Catolicismo. Se reconstituye, se resume, se sintetiza porque ha llegado al término de su ideal. Desde aquel dia crítico todos los esfuerzos que la humanidad emplee para caminar hácia adelante saldrán de ese ideal. Y por eso el esfuerzo del Catolicismo es volver al siglo décimo-tercio: volver al gótico, dicen sus arquitectos; volver al misticismo artístico, dicen los pintores pre-rafaelianos; volver á la poesía dantesca, dicen los poetas; volver á la Suma, dicen los filósofos; volver á las Partidas, dicen los jurisconsultos; volver á la política de Inocencio III, dicen los más exaltados católicos.

Mas no será posible: que está ahí el siglo del Renacimiento, la segunda mitad del siglo décimo-quinto, la primera mitad del siglo décimo-sexto. La naturaleza tomó una fecundidad increible. Nacian los grandes hombres como no habian nacido antes, como no nacieron despues, de tan alta calidad ni en tanto

número. El soplo del espíritu divino habia pasado por la faz del humano espíritu. El alma de la Europa moderna se debe á este dia creador. Dios manda en legiones sus reveladores á la tierra. Guttemberg asegura la perennidad al libro, la rapidez de la luz á las ideas, la propagacion de las especies en la naturaleza á los hijos del génio en el espíritu, con tosco alfabeto de plomo y sencilla máquina de presion; Erasmo se rie con risa inmortal de las locuras místicas y monásticas de la espirante Edad Media; Hutten convierte su pluma en espada maravillosa que derriba los mónstruos, los endriagos, las obsesiones todas con qué la supersticion tenia como enfermo el entendimiento; Lutero reivindica la autonomía de la conciencia humana; Ramus y Vives entierran la escolástica, el falso aristotelismo teológico, y llaman el pensamiento á la comunicacion estrecha con la naturaleza y al estudio profundo de sí mismo; Paracelso encuentra la verdadera piedra filosofal, el principio de las ciencias químicas; Vesala revela los secretos del organismo en la anato-

mía; Porta reconoce las propiedades de los espejos cóncavos y de los espejos convexos en los fenómenos de la vision y prepara el telescopio; Gilberto descubre las virtudes de los cuerpos imantados; Cardan las leyes de las ecuaciones de segundo, tercero, cuarto grado, y la doble naturaleza de sus incógnitas; Pallissy, el mago alfarero, los comienzos de la Geología, los tesoros de los fósiles; Servet la circulacion pulmonar de nuestra sangre; Copérnico la moderna astronomía que imprime nuevo movimiento á este planeta antes inmóvil, y hace visible, palpable, experimental, lo eterno, lo infinito; Marsilio Ficino despierta en los jardines de Florencia el alma de Grecia, evocándola con el habla divina de Platon; Bruneleschi corona las catedrales cristianas con los templos romanos elevados á las alturas en las maravillosas y atrevidas rotondas; Leon X resucita del polvo los fragmentos de la antigüedad y los corona y los exalta en apoteosis católicas; Leonardo de Vinci encuentra las formas perfectas; y Cellini anima con ellas los mármoles, los bron-

ces, el oro, la plata; y Rafael, Fidias de los pinceles, pinta la hermosura serena griega en sus ángeles y en sus vírgenes; y Miguel Angel raya con lo sublime en sus coros de Alcides, Profetas, Sibylas; y Ticiano sumerge la forma humana santificada y redimida en mares de luz, en cielos de innumerables colores; y Ariosto reemplaza las sombrías visiones del Dante con alegres y rientes visiones; y Camoens canta la Iliada de la navegacion, del trabajo; y Shakspeare describe hasta el fondo de la naturaleza humana; y Cervantes pega la risa de Erasmo contra la Edad Media, que no habia pasado de los labios de la aristocracia inteligente á todas las clases, á todos los pueblos, á todas las muchedumbres; y mientras el cielo se ilumina, y el espíritu se regenera, y el cuerpo humano se reincorpora y hermosea, Vasco de Gama encuentra el extremo Oriente, la tierra olvidada donde nace el sol, el teatro de lo pasado; Colon encuentra el extremo Occidente, la tierra desconocida donde el sol se pone, el teatro de lo porvenir; y Magallanes atraviesa el extremo meridional



de América, entra vencedor en el Pacífico, y enseña él camino á Sebastian del Cano para dar por vez primera la vuelta al planeta, de suerte que cielos, soles, mundos, la naturaleza y la conciencia se revelan en todo su explendor, toman desconocidos matices, como para celebrar con una divina embriaguez de ideas y de vida el nacimiento de la libertad.

¿El siglo décimo-sexto crea la libertad de la conciencia? Pues el siglo décimo-octavo crea la libertad de razon. En este sentido es ménos poético, pero más grande que el siglo décimo-sexto. Y por su carácter, por sus tendencias, por su ideal, comienza en el siglo décimo-octavo aleman el gran movimiento religioso que ha de tener en política tanto y tan grande influjo como el movimiento filosófico, pero con una diferencia esencialísima, á saber: que mientras el movimiento filosófico queda aislado en las escuelas, y solo por derivaciones sucesivas, llega hasta la política; el movimiento religioso, anima, enciende, agita el corazon de las muchedumbres. Es el siglo décimo-octavo un siglo de razon y de sentido práctico;

un siglo que dispersa los jesuitas y que congrega los filósofos; el siglo en que las Asambleas y las Convenciones suceden á los Concilios; el siglo en que los derechos del hombre se proclaman á una en América por el órgano de los Estados-Unidos, y en Europa por el órgano de Francia.

Pero como el siglo décimo-octavo es un siglo revolucionario, tiene por necesidad toda la pasion y toda la injusticia de las revoluciones. Y su crítica muy revolucionaria, poco histórica en verdad, porque el siglo décimo-octavo ignora todo lo que no sea su aspiracion de emancipar la inteligencia, y con ella al hombre todo, su crítica se esgrime principalmente en las religiones. Para una gran parte de sus pensadores todas son imposturas, y mas que todas aquella más cercana, y más inmediatamente opresora de su razon, la fundada por Cristo. Es un siglo que desconoce la lógica, la dialéctica del desarrollo de la idea y de su série. Abomina por lo mismo de la revelacion. No comprende que jamás la conciencia se hubiera declarado independiente en



el espíritu, y tras la conciencia la razon, si antes el espíritu no se hubiera reconocido y declarado independiente á sí mismo. Y para esto fué necesario romper la armonía entre el hombre y la naturaleza que brillaba en los antiguos griegos y en sus maravillosas estátuas; combatir no ya el sensualismo sino hasta la materia, hasta el vívido Universo; crear por el dolor, por la penitencia, por la maceracion, en combate terrible con los sentidos, èl alma humana en sí, por sí, desceñida, separada del mundo, como un sér, total, independiente, infinito. Los filósofos del pasado siglo no vieron en el cristianismo sino la opresion presente, y se rebelaron contra el cristianismo, poseidos de una verdadera furia revolucionaria, que el siglo décimo-nono, el siglo por excelencia humano, el siglo sereno, imparcial, el siglo que ha creado verdaderamente la historia y que ha hecho justicia á todas las manifestaciones del humano espíritu, no puede comprender. Pero estas pasiones exclusivas de cada tiempo han servido á la educacion entera del género humano, y al desarrollo pro-

gresivo de su luminoso ideal; porque si sus exageraciones han dominado por mayor ó menor espacio, tambien han destruido errores, concluyendo al cabo la sociedad por volver á su serena imparcialidad, y distribuir en sus debidas proporciones por todo su organismo la sangre de las ideas y entrar en su indispensable equilibrio.

El siglo décimo-octavo fué pues siglo de exaltadas ideas y de ruidosas contradicciones en la cuestion religiosa, sobre todo, entre los pensadores alemanes. Wolff, con gran fidelidad á su ministerio de filósofo, combatió lo sobrenatural; y sostuvo que todo cuanto se cree llegado á nosotros por el maravilloso conducto del milagro, pudo llegar tambien por medio de la razon natural. La filosofía preparaba así el camino á una trasformacion religiosa de la misma suerte que la trasformacion religiosa preparaba una trasformacion política. Los escritores que llevaban la idea nueva, la idea racionalista á todas las esferas de la práctica, á todos los furores de la controversia, á todas las pasiones de las escuelas, eran escri-

tores en literatura escasos, en ciencia pobres, apasionadísimos en sus juicios; de un estilo verdaderamente deplorable por su mediocridad, y si alguna vez se exaltaban, mas deplorable todavía por su furia y por su inconveniencia. Edelman comenzó en religion por ser apologista, y concluyó por ser excéptico. Sus dudas eran bien extrañas en protestante tan piadoso, y racionalista tan reciente. Se preguntaba á sí mismo si los irracionales no eran mas felices que los hombres, que los ángeles mismos, por no tener en la mente estos problemas religiosos llenos de ideas, pero henchidos tambien de dolores y de angustias. Se preguntaba cómo el hombre regenerado por Cristo puede continuar pecando; y si continúa pecando cómo ha sido regenerado. Se preguntaba si era eficaz el bautismo cuando no alcanzaba á borrar el pecado. Y despues se dirigia contra todos los dogmas, contra todas las creencias; y declaraba que todo el Viejo Testamento habia sido escrito en tiempo de Esdras, y todo el Nuevo Testamento en tiempo de Constantino, obedeciendo la redaccion del

primero á las preocupaciones de una raza, y la redaccion del segundo á las necesidades de la política.

Compañero de Edelman en la obra de criticar la religion histórica fué Nicolai. El doctor Stauss se queja en uno de sus más profundos escritos sobre los problemas religiosos del menosprecio profundísimo en que suelen tener los reaccionarios alemanes el siglo décimo-octavo, llamándole por excelencia siglo de Nicolai, pésimo escritor. Sin embargo, este pésimo escritor era conocido de todos los grandes génios de su tiempo, al revés de Tácito, que se gloriaba de no conocer á los emperadores ni por sus beneficios ni por sus injurias, *nec beneficio, nec injuria cogniti*. Nicolai fué ó amigo entusiasta, ó enemigo encarnizado de todos aquellos que se consagraban en su tiempo á las letras y á las ciencias. Su crítica lijera, su tono burlon, sus conocimientos superficiales, sus salidas bruscas, sus injurias soeces, le atrajeron reputacion abominable y ódios inextinguibles. Pero vengábase ruidosamente clasificando á todos los escrito-



res en tres categorías: càbezas redondas ortodoxas, embrollistas estéticos, cerebros cascados filosóficos. Despues publicó una novela contra la vida de los pastores protestantes; más tarde, en sus viajes por Suiza, atacó ruda é inconvenientemente á todos los catedráticos, sacerdotes y poetas más ilustres de su tiempo, achacándoles el pertenecer á una inmensa sociedad jesuítica destinada á subvertir los caractéres y á viciar las ideas de su tiempo. Naturalmente todos aquellos grandes génios, zaheridos y maltratados por un hombre de vulgar entendimiento y de mediano estilo, habian de vengarse en frases que por su relieve y por su mérito quedaran grabadas indeleblemente en la conciencia humana. Su reputacion por tanto es inmerecida. Exageró, es verdad, pero combatió con el mismo ardor que los enciclopedistas, aunque sin su ingenio y sin su gracia, un clero que en el fondo era tan atrasado é intolerante como el clero católico. Su ministerio se parece en mucho al ministerio de los filósofos del pasado siglo, que ahuyentando las ideas teológicas y so-

breponiéndolas el sentido comun, creian realizar una revolucion filosófica, y en realidad, realizaban una revolucion democrática.

Bahrdt cierra el ciclo de estos escritores, intermedios entre la religion y la filosofía, nacidos en el protestantismo y destinados á minar la iglesia protestante. Nervioso, impresionable, cambiante, tornadizo, atento á sus pasiones más que á sus estudios, predicador desde los diez y siete años, precoz por consecuencia, y como todos los jóvenes precoces sin desarrollo y sin madurez verdadera, teólogo de profesion, filósofo de aficiones, y además cocinero, peluquero y tabernero; su vida se parece, siempre en la miseria, husmeando siempre el dinero, amante de esta dama, esposo infeliz de la otra, querido desgraciado y aporreado de la de más allá, criado y señor á un tiempo, lleno durante algunas horas de respetos, y abandonado á la hora siguiente á todos los sarcasmos y á todos los insultos; su vida, decia, se parece á una de esas novelas picarescas, su tipo á uno de esos extraños tipos que nuestros escritores copiaron del na-

tural, y que la fácil pluma y el brillante talento de copista que distinguen á Lesage trasmitieron á toda Europa. Nacido y criado en el protestantismo, predicador y predicador casi pietista, llegó de extravío en extravío hasta forjar una novela sobre la vida de Jesucristo y hasta decir que, así como Confucio y Moisés eran hombres extraordinarios que precedieron á Cristo, Cristo no fué sino otro hombre extraordinario, aleccionado en una sociedad secreta, circuido de antiguos masones y destinado por la Providencia á servir á su vez de predecesor á Bahrdt.

Realmente el hombre que funda la libertad de pensar en Alemania es Federico II. En la historia de su raza no hay carácter más atractivo, porque no hay carácter más humano. No es su idea la idea estrecha de Arminio, no es su pasion la pasion nacional de Lutero; es la idea y la pasion de la humanidad. Los que entran en la historia, en sus tortuosidades, en sus asperezas, como si entraran en la region serena y tranquila de la filosofía, suelen echarle en cara que escribió ardiente libro

contra Maquiavelo y puso por obra prácticas maquiavélicas; que cantó los beneficios de la paz como un Virgilio y sembró la guerra como un César; que maldijo de la conquista como el abate Saint-Pierre y fué de los conquistadores como Ciro y como Alejandro. Pero los que examinan los hombres y las obras de los hombres, midiendo las dificultades que encuentran, los obstáculos que vencen, los males que ahogan y los progresos que traen, jamás admirarán bastante al filósofo coronado, que, solo en el mundo, perseguido de todos los poderosos, acosado por rusos, tártaros, croatas, húngaros, franceses, abandonado de sus amigos y de sus aliados, con su pequeño abigarradísimo ejército, sin más fuerza que su vigorosa disciplina y sin más impulso que la grande alma de su general, impulsada á su vez por otra idea más grande, crea en el centro de Alemania la potencia destinada á ser, respecto á la libertad de pensar, lo que fueron los Oranges é Inglaterra respecto á la libertad política. No hay que dudarlo; el instrumento de que se valió fué un mal instru-

mento, la monarquía absoluta; las manchas que afean su reinado son grandes manchas, la desmembracion de Polonia; su conciencia no se eleva muchas veces hasta el ideal absoluto de justicia; sus lábios lanzan epígramas que cuestan guerras; su escepticismo degenera en sarcástico y lijero; pero con todos estos defectos, con mayores todavía si se quiere, no hay ninguna personalidad de su tiempo, en que estalle con tanta fuerza y tanto brillo el inmortal espíritu de su siglo, aquel siglo humanitario por excelencia. Aunque otros timbres no tuviera, bastaríale el que apenas recibe un dominio de dos mil leguas cuadradas y de tres millones de habitantes, quebranta desde este reducto el formidable Sacro Imperio, el representante de la tradicion, el Goliat del absolutismo, el carcelero de todos los pueblos, el enemigo de Guillermo Tell, el verdugo de Juan Huss, el asesino de Padilla, el envenenador de las razas latinas, el monstruoso imperio austriaco, que, de haber triunfado, quemára hasta la médula de nuestros huesos, redujera á pavesas nuestra conciencia, é hicie-

ra de toda Europa lo que hizo con su nefasta autoridad y su terrible política de nuestra feraz España, un desolado desierto. La conquista de Silesia, que tanto y tan duramente le han criticado, fué la conquista de la libertad de conciencia, porque compuesta en su mayor parte de católicos, recibieron todos estos la consagracion de su derecho de manos del Rey, educado en el protestantismo y crecido en la filosofía. Despues de la batalla de Strieugan, en 1745, dos mil campesinos quisieron degollar á todos los católicos de la comarca. El Rey se indignó. La tolerancia humanitaria latió en su corazon, el espíritu del siglo se posesionó de su mente, el eterno Verbo Divino asomó á sus lábios, é invocando el tema de «amad á vuestros enemigos,» pronunció un discurso, digno eco del sermon de la Montaña, que arrancó las homicidas armas á los dementes fanáticos. De gran memoria como conviene á un estadista; de escasa fantasía como su siglo; de ideas claras más que profundas; de ironía fina y delicada; un cerebro más que un corazon; un carácter servido

y á veces mandado por una grande inteligencia; con los poderosos altanero, con los humildes sencillo; del génio y de la ciencia apasionado hasta el delirio; del mérito siempre admirador; en sus versos mediano, en su prosa incorrecto, en su filosofía vulgar y de sentido comun, pero contando sus hazañas, digno de equipararse con César, no solo por la sobriedad del relato, sino por la sencilla y natural modestia; alegre como un héroe antiguo, administrador moralísimo, jurisconsulto distinguido, celoso de que la justicia llegara hasta las últimas clases sociales; tolerante con los juicios de su pueblo, á quien todo lo dejaba decir con tal de que todo se lo dejase á él hacer; entero en la adversidad; sereno en el peligro; reflexivo en sus planes; tenaz en sus propósitos; sobre todas sus cualidades resalta aquella efusion con que abria las fronteras de su reino, las puertas de su palacio, los brazos de su amistad á todos los que algo pensaban, á todos los que algo creian, á todos los que trabajaban por alguna idea, á los filósofos enciclopedistas perseguidos por las

preocupaciones y quemados en efigie por los verdugos, á los hermanos Moravos cargados con sus utopias, á los fracmasones excomulgados por los papas, á los jesuitas maldecidos de los reyes, á todos los que padecian por alguna creencia: que su frente se eleva sobre todas las frentes, y reverbera y refleja la luz del porvenir, el pensamiento de los siglos futuros, porque su alma ha abrazado con fervoroso entusiasmo la tolerancia universal.

---

glo. El regreso al templo de lo pasado era como el regreso al trono de los reyes; los esclavos de la fé heredada ni piensan, ni raciocinan, ni protestan; y alargan la cerviz material á la coyunda monárquica despues de haberse rendido y resignado á la coyunda religiosa. Jurisconsultos, poetas, filósofos, periodistas, largamente pagados de los presupuestos reales, bautizaban á los antiguos revolucionarios, quisieran ó no, como diz que Cisneros bautizaba á los moros en Granada, vertiéndoles encima el agua del bautismo, obligándoles á ceñirse el sayal cristiano, sin preguntarles para nada dónde ponian su voluntad y su conciencia. Despues, como bajo las lavas y las cenizas del Vesubio se han conservado las ciudades antiguas, por lo mismo que no tenian aire, bajo las cenizas y las lavas de la revolucion religiosa habíanse conservado las escuelas pietistas, preservadas enteramente de las ideas modernas, adscritas á todo lo pasado, llenas de aspiraciones reaccionarias en todas las esferas, trémulas bajo la idea de la culpa, enemigas de toda la poe-

mento en que la razon busca fuera de las tradiciones religiosas la ley natural de las conciencias, por un movimiento lógico, superior á la voluntad individual, por una fuerza dialéctica, impuesta de propia virtud, buscará tambien, fuera de las tradiciones políticas, la ley natural de las sociedades. Hoy el principio fundamental de Eimarus, ha pasado á ser un principio vulgar y de comun sentido. Todo hombre medianamente ilustrado, sabe què debe buscarse la religion, no tanto en las revelaciones, como en la naturaleza y en la conciencia, de la misma suerte que todo hombre medianamente ilustrado pide á su vez la base de las sociedades, no á las tradiciones, sino á los humanos fundamentáles derechos. Pero en siglos apartados de nosotros, en oscuros tiempos, cuesta sobrehumano esfuerzo elevarse á un nuevo ideal, y doloroso martirio comunicar á los empedernidos y á los ciegos el resplandor de esta luz.

Mas no se contentó Eimarus con expresar las ideas nuevas, atacó tambien las antiguas tradiciones. En su exaltacion guardó pocos

respetos á las creencias, y se atrajo enemistades implacables.

Ya comprendía, con solo haber levantado una punta al velo de su pensamiento, que el escándalo iba á ser inmenso. Así, despues de haber escrito resmas enteras para interpretar la Biblia y el Evangelio, guardó receloso, inquieto, como el ladron sus robos, los productos de sus ideas. La rígida educacion de las escuelas luteranas, su estrecho espíritu histórico, su fanático dogmatismo sobre el pecado y la gracia, su repugnancia invencible á todas las inspiraciones de la razon humana, habian hecho del filósofo, que respiraba todo el aire vital de su siglo, enemigo ardorosísimo, exagerado, á veces irreflexivo, de la antigua fé religiosa. Así, en sus fragmentos, sostenia que el bautismo, impuesto por fuerza á los niños, era una usurpacion de los derechos del hombre, de la autoridad de Dios, y del ministerio de la razon; que la Trinidad y sus dogmas, resultan, por más investigaciones sobre ellos intentadas y hechas, dogmas no superiores, sino contrarios á la razon huma-

na; que las penas eternas, infligidas á séres finitos, débiles, ignorantes, ni tienen sentido moral, ni misericordia, ni justicia; que Jesucristo y el Bautista eran dos puros judíos, adscritos al ideal judío, adoradores de un reino material y tangible para su raza, indóciles al yugo romono, conspiradores contra la autoridad de los Césares, enemigos de una aristocracia sacerdotal, si-no tan heróica, más política y más sábia que ellos, y á cuyos privilegios, conservados por la tolerancia de los Pretores, atentó Cristo el dia de su entrada triunfal en Jerusalen, haciéndose así reo de su justicia, y dentro de la ley escrita, merecedor de su patíbulo. Todo cuanto el cristianismo tiene de más ámplio, de más espiritual, de más humano, su reino de Dios opuesto al estrecho reino de los judíos carnales, su exaltacion sobre las frágiles coronas y las limitadas ambiciones del mundo, todo eso débese principalmente á posteriores tiempos, á los afluentes de ideas más filosóficas, á los progresos naturales de la conciencia.

Como se vé, la crítica de Eimárus tenia el sentido de oposicion intransigente al cristianismo, es decir, tenia el sentido de su siglo. El desarrollo dialéctico de las ideas en la historia, es así. La generacion que ha de realizar un término en la série del progreso humano, es injusta y apasionada, y hasta cruel con las generaciones anteriores. Cuando nosotros nos embelesamos hasta ver la hermosura perfecta en la Vénus de Milo, y bendecimos á los bienhechores que nos han salvado de las cóleras de los hombres, y del diluvio de los siglos este raro portento, encarnacion del ideal humano en el mármol, apenas podemos comprender, que las primeras familias cristianas, vieran claramente en aquella gracia, en aquella serenidad, en aquella armonía, en la belleza incomparable de la diosa, el rostro deforme de Satanás y de sus ángeles. Pero fué necesario, quizá, ese horror á la naturaleza, á la estética, al arte de los antiguos para crear, con una formidable reaccion de la conciencia humana, el salvador espiritualismo cristiano. Y como en el siglo dé-

cimo-octavo se trataba de crear el hombre libre, el hombre en la plenitud de su derecho; todo lazo que ataba el espíritu á lo antiguo, si no se desataba, se rompía, se cortaba con furor y con estrépito. ¡Cuántas creencias, dulces y consoladoras, caían como hojas secas; cuántos manantiales de consuelo se evaporaban despues de haber calmado por siglos y siglos la sed devoradora de lo infinito; cuántas imágenes rientes, verdaderas estrellas en las noches del alma, se borraban y desvanecian del horizonte de nuestras esperanzas; cuántos huérfanos quedaban desnudos, hambrientos, yertos al pié de los altares sin Dios, en el seno de una sociedad sin fé! Pero el espíritu humano rompía sus ligaduras, saltaba sobre sus vallas, deshacia todos los obstáculos, y se lanzaba resueltamente, entre tempestades, á la conquista muchas veces sangrienta de sus imprescriptibles derechos.

El editor que publicó los fragmentos de las críticas de Eimarus sobre el cristianismo, habia de alcanzar un nombre inmortal en

ciencias, en artes, en literatura, en crítica, en filosofía religiosa, como precursor de los grandes génios de Alemania. Se llamaba Lessing. Podemos llamarle el crítico por excelencia, de la misma suerte que podemos llamar á su siglo el siglo crítico por excelencia de la historia. El pensamiento que Federico II realiza en la política, lo sostiene con esfuerzo gigante en las letras, Lessing. Tolerancia universal, espíritu humano alzándose puro sobre las discordias de los hombres, revelacion eterna de Dios por medio de las varias religiones, derecho de cada conciencia, de cada sér, á comunicarse libre é íntimamente con su ideal religioso, que en cualquiera de sus formas contendrá siempre lo infinito. Estas ideas valiéronle encarnizados contradictores, nacidos en su mayor parte del seno de la ortodoxia protestante. Y sus contradictores, como todos aquellos que se ufanan de poseer con su fé religiosa la verdad absoluta, lejos de resignarse á refutar las ideas contrarias á las suyas, denuestan, infaman, persiguen, atormentan á los mante-

nedores de estas ideas, viendo un crímen donde si acaso hay un error, en el seno de las creencias, independientes casi siempre de la humana voluntad, é impuestas al entendimiento por fuerzas superiores á nuestras individuales fuerzas. Para llevar sus ideas al seno de las muchedumbres, para iluminar las conciencias y persuadir los ánimos, eligió Lessing la esfera intermedia entre lo real y lo ideal, eligió la esfera del Arte, y en el Arte aquella manifestacion que más se aproxima á la vida, que más participa de sus emociones y de sus accidentes, la manifestacion del Teatro. Inspirándose como el gran dramático inglés en los luminosos cuentos y relatos de la literatura italiana, de donde se han sacado asuntos dramáticos, á la manera que se sacan y desbastan hermosos mármoles de las riquísimas canteras de Italia, Lessing, tomó la base de su drama, verdadera apología de la tolerancia, en los célebres cuentos del Decameron de Boccacio. Es el tiempo de las Cruzadas; los judíos, los cristianos, los musulmanes, se encuentran en torno de Je-

rusalen, la ciudad santa, en donde todos han bebido la idea de la unidad de Dios, y de donde todos se han separado por rivalidades de raza, más que por motivos de dogma y de creencia. Y sin embargo, aquella comunicacion estrecha entre las razas, siquiera sea una comunicacion por la guerra, por ese elemento destructor y antihumano, enseña una verdad que difícilmente puede ocultarse á la razon natural, y es la verdad clara, pero escondida, sobre todo á los ojos de la supersticion y del fanatismo, la verdad de que todos aquellos enemigos, todos aquellos rivales, todos aquellos guerreros que se odian entre sí, que se persiguen, que se matan, sienten afectos y necesidades comunes, viven de comunes dolores y esperanzas, débiles todos y todos fuertes en las mismas condiciones, hambrientos todos del ideal y todos necesitados de la naturaleza, de su luz, de su aire; sujetos á la muerte, forzados á juntar en la madre tierra los huesos y los átomos que en vida han separado los enemigos dogmas, las religiones enemigas, para despertar tal vez en otra vida y encon-

trarse allí, que un solo Dios ilumina, y vivifica, y calienta con su luz increada, lo mismo que los mundos y los soles, todas las almas y todas las conciencias.

El patriarca de Jerusalen es la imágen del eclesiástico intolerante, materialista, avaro, sensual, cargado de preseas y de diamantes, vestido de brocados y de bordados, más atento á que teman, y veneren, y reverencien, y sostengan, y adoren los fieles su persona que su Dios. Saladino, es el Sultan que se ha levantado sobre la intolerancia de su religion á un culto más íntimo y profundo de la humanidad y de sus derechos. El jóven templario, nacido en los feudales castillos de Alemania, hijo de sangre real, que ha buscado bajo las palmas de Jerusalen el sepulcro de su Dios, representa el término medio entre la intolerancia del patriarcado y el espíritu efusivo y humano de Saladino. Así es hijo sin saberlo, de un príncipe árabe, hermano del Sultan; y de una rica-hembra germánica, perteneciente á nobilísima familia. El protagonista del drama, es el judío, precavido y

prudente, llamado Nathan. Los furores religiosos, el fanatismo intolerante, los cristianos en los ardores de sus guerras, le han consumido su hogar, le han quemado vivos á sus hijos. Al pronto le posee horror implacable al cristianismo; pero más tarde conoce que sobre estas pasiones, debe levantarse la pura inteligencia, la tolerancia pura, y recibe en su hogar, como hija propia, á una hija de sus verdugos, la bella y piadosísima Raquél, educada por su protector en sentimientos más humanos, que los egoistas sentimientos de secta. A este judío, quiere Saladino, en sus apuros, sacarle algun dinero, proponiéndole una cuestion espinosa, á saber: cuál prefiere de las tres religiones monoteistas. El judío le refiere este cuento: Un señor recibió hermoso anillo, al cual iban unidas todas las ventajas de la fortuna y de la vida, é instituyó que aquel de sus hijos que se encontrara en posesion del anillo, fuese el único de sus herederos, con facultad de trasmitirlo á sus sucesores. Era ya tradicional en la familia que el mejor entre los hijos de aquellos ma-

yorazgos recibieran el anillo en herencia. Pero en la sucesion de los tiempos, encontróse uno de aquellos señores con que sus tres hijos eran igualmente buenos, igualmente dignos, igualmente honrados; y mandó labrar dos anillos, idénticos al anillo prestigioso, y se los dió á sus hijos. Y muerto el padre, resultó que cada uno de ellos creia tener el verdadero anillo y pedia la herencia única. Y entablaron un pleito, y llevados al tribunal todos los tres anillos, resultaron tan idénticos entre sí, que el pleito no pudo fallarse. Y así como no se ha fallado el pleito entre los tres anillos, tampoco se ha fallado el pleito entre las tres religiones. Saladino, que creia que al judío no le quedaba evasiva, porque declarándose en favor del judaismo ó el cristianismo, tenia que darle todos sus tesoros por blasfemo; y declarándose en favor del mahometismo, tenia que darle todos sus tesoros por converso, quedóse maravillado ante aquella habilidad y prudencia. Y tales consideraciones le persuadieron más y más á la tolerancia, y luego resultó que la hija del ju-

dío Raquél, y el templario, eran sobrinos del Sultan, hijos de un su hermano, y que cautivado por la belleza de nobilísima cristiana, habia oido antes la voz de sus pasiones, la voz de sus dogmas, en demostracion evidente de cómo la naturaleza inmortal junta los séres divididos y separados por las discordias de los hombres y sus diversas religiones.

No se contentó Lessing, á la verdad, con defender la tolerancia en el Teatro, la elevó á dogma en su teoría sobre la educacion del género humano. Para el gran pensador la gloria de la humanidad no está, no, en la quieta posesion de la verdad, está en los combates, en las penas que la verdad ha costado. Por eso dice que, si le llamara Dios y le dijese en esta mano tengo la verdad y en esta otra el camino penoso, escabrosísimo, que á la verdad conduce, escoge, escogeria el camino de la verdad aun á riesgo de regarle con su sudor y con su sangre. Sí, virtud santificante de la lucha, del trabajo, del dolor, parece que destruyes y creas, parece que abates y exaltas, parece que debilitas y fortificas,

parece que eres el signo de nuestra inferioridad y eres la señal explendente de nuestra grandeza y de nuestra gloria!

Lessing aceptaba la lucha por la verdad para fortalecer su espíritu, como el atleta antiguo aceptaba la gimnasia para fortalecer su cuerpo, y en estos ejercicios del pensamiento encontró la idea que todas las religiones son grados diversos, fragmentos diseminados, matices varios de una misma religion, que ha educado progresivamente al género humano. El ideal religioso no se encuentra contenido en un solo libro, sino en todos los libros que han sostenido, que han consolado á la humanidad en las tristes asperezas de su ruta hácia la realizacion del ideal. Así como el trabajo del Oriente no ha podido perderse, ni perderse el trabajo de Grecia y sus filósofos, el trabajo de Roma y sus jurisconsultos, así tambien el trabajo de las diversas iglesias servirá para esclarecer, para iluminar la conciencia humana. Desde los picos del Himalaya, á los cuales alzan sus brazos suplicantes los padres de los



primeros dioses; desde las cumbres del Sinaí, donde aún relampaguea, truena y fulmina el Jehová de Moisés; desde el sombrío Calvario, donde corre la humilde sangre del hijo del Hombre; desde el Hibla, que ha visto la cuna de los dioses griegos y que ha escuchado los diálogos del divino Platon; desde el coliseo romano, en cuyas cimas brillaban los génios protectores de Roma y en cuyo centro hoy abre sus brazos la Cruz que parece alimentarse de las cenizas de los mártires como los árboles de la sávia de los campos; desde las cúpulas de San Pedro de Roma ó de San Pablo de Lóndres; desde las torres de la iglesia de Worms, que oyeron la protesta del monge Lutero, hasta las torres de la catedral de Colonia, que todavía abrigan la reaccion católica, no se descubren los límites últimos ni las últimas señales de la revelacion; no se ven ni en lo pasado los confines de los recuerdos religiosos, ni en lo porvenir, los extremos de las religiosas esperanzas; porque así como el libro de los Vedas ha podido ser el libro de la naturaleza, y el libro de los Persas el libro de

la luz, y el libro del antiguo Testamento el libro del Dios Padre, y el libro del Nuevo Testamento el libro del Dios Hijo, y el libro de la Reforma el libro del Espíritu Santo, y como el pensamiento humano jamás podrá contar las estrellas ni medir lo infinito, jamás podrá tampoco saber cuántos libros religiosos, reveladores, luminosísimos, vendrán mañana en progresion ascendente á continuar la obra que los otros comenzaron; á embellecer, á santificar el humano espíritu para el cual guardan los cielos en sus profundidades una revelacion eterna é incesante.

La idea fundamental de Lessing es que *to*das las religiones han poderosamente contribuido, aunque en grados diversos, á la totalidad de la educacion humana. El espíritu del progreso entraba, pues, hasta en aquellos sitios apartadísimos y sagrados que parecian exceptuarse del movimiento y de la renovacion de todos los séres y de todas las ideas. Los santos veian agitarse las hojas de sus inertes libros de piedra al soplo del viento de su siglo; los ángeles veian larvas de nuevas

ideas animarse en trasformaciones progresivas al calor del fuego de los santuarios. En esta agitacion, en estos estremecimientos de la conciencia, engendrábase altísimo concepto de la dignidad humana. Y siempre que la ciencia eleva la dignidad humana á grandes alturas viene por necesidad una explosion de la conciencia cargada de ideas, y con esta explosion de la conciencia viene por fuerza otra victoria más de la libertad.

CAPITULO XXXI.

DEL INFLUJO DE LAS APOLOGIAS ORTODOXAS EN EL MOVIMIENTO POLITICO.

Frente á la crítica racionalista se planteaba la apología protestante. Una escuela entera de apologistas, compuesta por numerosos escritores, atacaba furiosamente á la escuela de los críticos. En esto, como si la obra capital del siglo décimo-octavo fuera sembrar una idea dejando á otro siglo que la fecundase, muere Federico II, y con él muere la tolerancia. Su sobrino Federico Guillermo II le sucede. La estrechez sucede á la amplitud de miras; la intolerancia al espíritu humanitario; la rutina á la idea; un rey de pacotilla á un

rey del espíritu; un oficinista á un héroe; un protestante, que quiere llevar el protestantismo por los medios burocráticos hasta las últimas conciencias, á un filósofo que deja las ideas esparcirse, mezclarse, combatir, formar las grandes combinaciones químicas de la vida intelectual, tener la misma expontaneidad que en su obra creadora tiene la naturaleza.

Y los apologistas protestantes, despues de todo, no aconsejan otra cosa más que la lectura de la Biblia. Nunca he podido comprender cómo los pueblos protestantes de Europa retardan tanto su entrada en la República. Muchas veces, en mis reflexiones sobre la Historia, he pensado con detenimiento y madurez sobre la vivacidad con que comprenden y la rapidez con que realizan los pueblos latinos las más avanzadas ideas, sobre todo en la esfera de la política. Aquí se conjuran todos los elementos para tener á los pueblos en completa ignorancia. En mis viajes por Suiza, lo que más me maravillaba era la cantidad de ideas liberales que allí descienden desde los

púlpitos mezcladas con los aromas de las ideas religiosas y de sus eternales esperanzas. Cuando oia en la Iglesia de San Pedro de Ginebra un sermon lleno de evocaciones al espíritu del siglo, al génio de la libertad, al Dios del Evangelio, libro y código de las democracias, involuntariamente pasaban por mi memoria los sermones oidos en la parroquia de mi pueblo, llenos todos ellos de amenazas, de terrores, de pinturas del infierno, de la retórica propia para apocar los ánimos y precipitarlos en el abatimiento y en la desesperacion que al cabo engendran la servidumbre de la conciencia y del alma. Si los pueblos latinos supieran leer, si por obligacion tuviesen que hojear á lo ménos todos los domingos las páginas de la Biblia en vez de oir las salmodias de sus sacerdotes en lengua extranjera é ininteligible, ¿no hubieran sido hace ya dos siglos pueblos republicanos? Porque la Biblia es un libro lleno, desde las primeras á las últimas páginas, no diré de ideas, pero sí diré de sentimientos republicanos, y los sentimientos influyen con su poe-

sía más aún que las ideas en los pueblos.

El Nilo, el rio de los misterios, al lamer las piedras de los sepulcros, lleva sobre sus cálidas aguas, que serpentean por el desierto como la via láctea por el cielo, la cuna de mimbres, donde va el enemigo de los reyes, el salvador de los pueblos. Uno de los primeros y más bellos cánticos de la Biblia está consagrado á exaltar la rota de los Faraones y de sus caballeros, sumergidos en las aguas del férvido mar, que se los ha tragado como si fueran piedra de los abismos. En cuanto las tribus en la tierra prometida se establecen, fundan una República mandada por magistrados que se llaman jueces. Y el dia que cualquier tirano se levanta, los sentimientos de la libertad y el habla elocuentísima de los tribunos vibran hasta en el corazon y en los lábios de sus mujeres. Jahel ha clavado con su martillo la estaca en las sienes del tirano Sisara. Débora canta bajo la palmera la victoria de los humildes sobre novecientos carros de guerra, todos chapeados de hierro y todos sumergidos en las ondas del torrente

Cison. Cayéronse á las plantas de Gedeon las diademas de oro y los mantos de púrpura de las sienes y de los hombros de los príncipes de Madan; y los soldados de estos murieron en el campo como mieses mordidas por la hoz del segador. Jephté se venga de su pueblo que le habia despreciado por hijo de una ramera, salvándole de conquistadores y de tiranos.

Demóstenes no ha hablado contra los reyes de Macedonia como el último de los jueces habla contra los reyes que desean y piden sus extraviadas tribus. Parece que todavía cuando se quiere condenar las veleidades de las muchedumbres por sus amos, hay que volver á imitar aquel sublime lenguaje y hay que anunciar aquellas mismas plagas. El discurso de Samuel se repite de siglo en siglo, así en las imprecaciones de Danton contra los reyes de Francia, como en las escenas de Schiller que pintan la naciente República de Suiza. Todo tribuno dirá á todo pueblo lo mismo: ¿Quereis rey? Vuestras libres tribus serán esclavas. Uncidos serán vuestros hijos á los car-

ros del rey como bestias. Al nacer nacereis con la marca de vuestra ignominia y sereis desde el vientre de vuestras madres hasta el vientre del sepulcro, propiedad de otro, como los terrones del campo, como los borregos del ganado. Unos ireis delante de él como cabestros, y otros ireis detrás de él como recuas. Dispondrá de vuestros caballos y de vuestros caballeros, ya para su regalo y para su corte, ya para su ódio y para sus guerras. Empapareis la tierra con vuestro sudor y el fruto será para él. Empapareis el campo de batalla con vuestra sangre, y para él será la victoria. Sembrareis y él cosechará. Vendimiareis y él se emborrachará. Engendrareis y él dispondrá de vuestros hijos. Ya no os llamareis los elegidos del Dios de Israel, sino los eunucos del serrallo del rey. Vuestras hijas deben untarle el cuerpo de aromáticos ungüentos, y luego entregarse como meretrices á su lascivia. Os repartirais entre sus cortesanos como se reparte y distribuye una manada. Ya no dependerá ni la vida ni la hacienda de vuestra voluntad, sino de su capri-

cho. Mullid los cogines en que se acueste. Lamed las plantas con que pise vuestra cabeza. Dejad que se tienda sobre vuestras espaldas, y que haga remos de sus galeras vuestros brazos. La sangre, la honra, la herencia paterna, vuestras hijas y vuestras esposas, todo será propiedad del monarca, dueño de Israel como de un prédio. Y como lo quereis, quereis una mordaza para vuestros lábios, un freno para vuestras quijadas, argollas para vuestros cuellos, esposas para vuestras manos, grillos para vuestros piés, la noche en la inteligencia, la muerte en el corazon, la humillacion ante Dios, la deshonra ante el mundo.

Las terribles profecías se cumplen. La Historia de la Monarquía confirma desde sus primeras á sus últimas páginas todas las amenazas del profeta. El rey escogido por aquel pueblo, que se olvidára á un tiempo de su religion y de su República, ensoberbécese, llénase de orgullo como el ángel rebelde, créese un Dios, y no se contenta con la sencilla magistratura política y civil, sino que sueña con la magistratura religiosa y sacerdotal, para oprimir



bajo sus férreas manos cuerpo y alma de sus imbéciles vasallos. Inútilmente los más grandes reyes suben al oriental y pagano trono de donde Dios está ausente. David, solo David brilla por algunos momentos; pero su persona es un mentís dado al principio monárquico, principio de trasmision hereditaria, de casta oriental; porque David es un pastor á quien ha exaltado, no su cuna, sino su mérito. En cuanto el principio hereditario aparece, con el principio hereditario aparece tambien el horrible crímen que entraña la monarquía, institucion radicalmente contraria á toda justicia. Salomon es el rey por excelencia. Todos los dones de la hermosura han caido sobre su persona; todo el fuego y toda la luz de la ciencia sobre su entendimiento: los pueblos lejanos le celebran, los magos del Oriente le buscan, los reyes le necesitan; bajo su cetro álzase el templo de Dios vivo, que las maderas de los cedros del Líbano coronan; que las piedras talladas por los trabajadores de Tiro y de Biblos forman; que el hierro, el bronce, la plata, el oro fundidos por

Hiram esmaltan; que el Arca de la alianza santifica; que un holocausto de veintidos mil bueyes y ciento veintidos mil carneros inauguran; que los presentes traidos por las naves surtas en los puertos del Mar Rojo para el Oriente, para Ophir, para el Occidente, para Tharsis, enriquecen; que la sabiduría de su fundador ilumina; mas como nada corrompe tanto en el mundo, como nada es funesto y homicida, cual un poder absoluto, el rey cuasi divino envenena su corazon de artista con todas las abominaciones del vicio, debilita sus fuerzas de guerrero con todas las flaquezas de la molicie, mancha su inteligencia de sábio con todas las fábulas de la mágia, oscurece su fé de creyente con todos los errores de la idolatría; y muestra con otro ejemplo más que no puede el mayor entre los hombres, ser alzado á las alturas del trono y convertido en una especie de Dios, sin trocarse por esta derogacion á las leyes de la naturaleza en miserable bestia. Y así la monarquía, de tropiezo en tropiezo, de derrota en derrota, de caida en caida, con los primeros representantes

de la dinastía de David, rompe, destroza la unidad de Israel, divide, dispersa las tribus unidas por la República; y con los últimos, entrega el reino al extranjero, la raza al cautiverio, la ciudad santa á la desolacion y al saqueo, el templo al incendio.

Leed á los profetas. Isaías grita: gentes corrompidas, dejásteis el templo de Jehová para tomar el camino del templo de los ídolos. Enferma la cabeza, enfermo el corazon, los piés hinchados, los miembros doloridos, sois todos hijos de Israel, una llaga que no curará la pomada ni ablandará el aceite. No quiere Dios holocausto, no le importuneis con el humo de vuestro sacrificio. Jeremías, desolado, llora. La ciudad poblada antes se halla solitaria; la esposa de los reyes viuda; la reina de los pueblos sujeta á tributo. Los soldados, que debian rugir como leones para defender á Sion, corrieron como cervatillos. Las vírgenes que la halagaban con sus cánticos, fueron, los piés desnudos, y las manos atadas á la espalda, cautivas á los serrallos de Oriente. Ezequiel canta: tú eras una parra

plantada en regadío. Tus pámpanos daban sombra á pueblos enteros, y tus sarmientos eran tan fuertes que los tomaban los reyes por cetro. Mas el viento solano te ha consumido como el fuego al heno seco. Y Daniel exclama: tu tirano ha levantado su esfigie en una estátua áurea de setenta codos de altura. El pregonero te llama en alta voz para que vayas á bendecirla y'adorarla de hinojos. Oseas oye los sonidos estridentes que producen las trompetas de los ángeles. Y la tierra se conmueve como si llevara feto abortivo en sus entrañas. Joel tiende su vista y no ve campos. La oruga se ha comido sus árboles y la langosta sus sembrados. Los ancianos ya no duermen sino en la embriaguez, y las mujeres ya no velan sino para el placer. Los sacerdotes se han vestido de luto y los profetas de cilicio. La cólera del cielo ha consumido el granado de rojas flores, la higuera de morados frutos, la vid cargada de racimos, la palmera del desierto con sus dátiles de oro. Amós reconviene á Israel porque Jehová lo prefirió entre todos los pueblos, é Israel negó á Je-



hová ante todos los dioses. Abdias le dice al pueblo que la soberbia de su corazon le ha perdido, y que en vano querrá levantar su morada allá donde el águila pone su nido, porque está más alto aún el rayo de los cielos. Jonás anuncia la caida de Nínive despues de la caida de Jerusalen, y convoca las plañideras del mundo al entierro de las protervas ciudades y de los soberbios reyes. Miqueas se queja de que donde Dios puso su casa de oraciones, los hijos de Jacob han puesto casa de prostitucion; donde Dios las tablas de la ley, los hijos de Jacob las esculturas de Samária. Nahun mira cómo pasa Jehová con su ejército de ángeles. Los montes tiemblan, los collados se derriten; á una palabra suya el mar se ha hinchado de tormentas y los rios se han salido de madre. Abacuc clama y Dios no le oye. En vano busca á su Criador como el incienso el cielo: No hay piedad para Israel. Sophonías se desespera en noche de espesas tinieblas. Las estrellas se han vuelto cenizas, y el sol pavesas. Las nubes han llorado fuego. La tierra, agitada co-

mo una caña, ha tocado en los profundos abismós. Los hombres han muerto como los peces que se quedan en seco. Tu cólera ¡oh Jehová! acaba de pasar sobre Israel. Aggeo verá los carros tropezar en las piedras del camino, los ginetes perder sus caballos, é Israel ahogarse como Faraon, pero en mares de lágrimas. Malachías maldice á su pueblo porque despues de ofrecer ofrenda voluntaria á los ídolos, ha querido ofrecer ofrenda forzosa á Jehová. Zacarías canta la esperanza de Judá, y cree que las entrañas de su tribu engendrarán un justo y volverá á sentarse el Señor sobre las montañas de Sion.

¿Qué vienen á ser todos estos profetas con su cólera en el alma, con su maldicion en los lábios, con sus rayos en las manos? Los defensores del espíritu republicano contra la tiranía de los reyes. El rey quiere unir por alianzas su pueblo con los pueblos idólatras, su Dios con los dioses paganos, su vida con la extranjera vida. Pero se oponen los profetas, que llevan el espíritu divino en su mente, y que saben la divina mision de Israel, desti-



nado á guardar solo una idea, la idea de la unidad de Dios contra las asechanzas de todas las idolatrías, para que sirva de raiz á la religion y á la moral del mundo por venir. Así toda su elocuencia se emplea en maldecir á los reyes y á los ídolos, verdaderos dioses de los reyes. Así huyen á los desiertos, se encierran en las cavernas, se comunican allí con lo infinito en la naturaleza, forjan las aceradísimas espadas de su palabra, salen vestidos de sayal y de cilicio á los caminos, á las encrucijadas, para protestar contra la tiranía de los reyes é iluminar con la esperanza en Dios el alma de los pueblos. Por eso las páginas de la Biblia han derramado muchas y muy grandes inspiraciones republicanas. No solamente le han robado su sublimidad Miguel Angel en las figuras del Vaticano y Palestrina en las cadencias de su música; el poeta republicano Milton, el general republicano Cronwell, las tribus republicanas que se formaron en las grandes ciudades donde se leian los libros de Dios, las tribus de los puritanos han debido á esas magníficas maldiciones de

los profetas lanzadas sobre los reyes, y sobre los pueblos idólatras de los reyes, la mayor parte de su maravillosa elocuencia.

Y así, digo yo, trayendo todas estas reflexiones á mi tésis, que las escuelas más ortodoxas de Alemania, las más protestantes, las que tendieran á encerrarse dentro de una tradicion más pura y á tomar un carácter más intransigente, no podian salir de una recomendacion vivísima de la Biblia, y al recomendar la Biblia, recomendaban un libro esencialmente religioso, es verdad, pero tambien esencialmente republicano. Además, todos los llamados círculos piadosos, que oponian una reaccion religiosa á la crítica del siglo décimo-octavo, estaban formados de pensadores dados á remover las profundidades del alma con sus problemas de religion sobrepujando al ideal ortodoxo con sus esperanzas de progreso. Ninguno de ellos queria mantener un pueblo ignorante al pié de un altar inmóvil de donde el calor y la luz de la vida habian huido; al contrario, todos pugnaban por elevar el alma á las cimas del ideal



rosadas y matizadas de reflejos que no eran ciertamente del sol de los santuarios. No hay sino abrir cualquiera de los libros de los protestantes de este tiempo, ó cualquiera de las historias que sobre estos libros se han escrito; la más reciente, por ejemplo, la del sábio Lichtenberger, que con Reuss y otros ha sido ornamento de la facultad de teología en Estrasburgo. Y allí se vé que los más piadosos no son los más intolerantes, ni los más apegados á la rutina de un dogmatismo egoista. Bengel se revuelve contra la tradicion, y cree que el conocimiento de la Historia no basta á la fé cristiana, la cual se alimenta de realidades eternas. Œtinger, es un místico arrobado en la contemplacion de las ideas religiosas. Debilita la teoría del pecado original, y reconoce, no ya en la razon pura, sino en el sentido comun, un órgano naturalmente poseido por el hombre para comprender lo eterno y lo divino. El sentido comun ha formado ese anfiteatro de ideas celestes, que desde las cosas más bajas se eleva á las más sublimes. Zinzendor reforma los hermanos Mo-

ravos, y renueva las teorías de Juan de Hus, víctima de los emperadores y de los papas. Su adoracion por la segunda persona de la Trinidad, le lleva casi á divinizar el género humano. Lavater, físico, filósofo y poeta, nacido y educado en Suiza, glorifica en sus efusiones religiosas la conciencia humana, y diviniza la libertad. Poncio Pilatos es á sus ojos abominable, porque representa el escepticismo culto, y porque se atreve á preguntar ¿qué es verdad? Y aunque pasando á los ojos de los racionalistas por un místico, Lavater se revuelve airado contra el milagro y exalta las leyes de la naturaleza. Poeta republicano, sus cánticos por la democracia se confunden como en las estancias de los profetas hebreos con sus oraciones á Dios. Amann ha sido llamado el *Mago del Norte* por su oscuridad, en la cual relampaguean numerosísimos pensamientos que cruzan sin ley, sin sistema, sin órden como sorprendentes aereolitos. Su vida está consagrada á reconciliar los libros de la razon divina con las naturales enseñanzas de la razon humana. A sus ojos todos los sé-

res, hasta los más apartados, hasta los que brillan lejos del alcance de nuestros telescopios en los abismos de lo infinito, son, como Cristo, á un mismo tiempo divinos y humanos. *Omnia divina et humana omnia.* La Historia es la realizacion del pensamiento eterno de Dios. Y desde el momento en que dice esto, ya no hay pueblos absolutamente perdidos, como quiere una ortodoxia intolerante, ya no hay religiones absolutamente erróneas, ya no hay épocas absolutamente malditas. El hebreo podrá ver en los dioses de Grecia cortesanos del rey de los infiernos; el griego podrá ver en los judíos legiones de oscuros fanáticos; á los ojos del patricio romano será el nazareno de las catacumbas un rebelde, merecedor de que lo devoren las fieras del circo; á los ojos del nazareno serán todas las creencias, ménos las creencias evangélicas, abominaciones del entendimiento, oscurecido por el pecado; el católico verá desde los altares del Escorial ó desde la Basílica de San Pedro, en Lutero, un monge sensual y ébrio; el protestante verá desde las desnudas iglesias

de Ginebra ó de Berlin al papa como al Ante-Cristo apocalíptico que ha de perder el mundo; cada religion se creerá la verdad absoluta; cada sectario el hombre perfecto; y entre tantas intolerancias y sobre tantas guerras, y en medio de tan inconciliables contradicciones, todas las escuelas enemigas, todos los pueblos en armas unos contra otros, contribuirán á realizar el pensamiento de Dios en la Historia, como dos ejércitos en guerra sirven para abonar con sus cadáveres el campo donde han caido: que de sus enemistades y de sus cóleras nada sabe la madre naturaleza.

Wizenmann vá más lejos todavía y resucita el pensamiento de Orígenes. En su teología no cabe que haya un sér que esté condenado al mal eternamente. El espectáculo de los dolores humanos servirá para convertir á Satanás. El ángel de las tinieblas participará de nuestras penas, beberá nuestras lágrimas, y tendrá sed de lo infinito, y tendrá nostalgia del cielo y tenderá sus brazos á Dios, sus ojos á la luz de donde cayera, su pensamiento á la inmensidad, su corazon al bien; y el so-

plo de la divina misericordia apagará el fuego del infierno, y los ángeles de las tinieblas volverán á entrar, coronados de estrellas, en el éther de los cielos. Cláudius, el más original y el más poeta de todos estos escritores, será tambien partidario de la razon humana; la llamará luciérnaga, que se arrastra por la tierra, pero luciérnaga, á la cual tarde ó temprano han de salirle angélicas y misteriosas álas para volar por lo infinito.

Compárense estas teorías llenas de sentimiento humanitario y progresivo con las teorías de nuestros neo-católicos. Para estos la razon y el absurdo se aman con amor invencible; el género humano, que no está dentro de la Iglesia es más despreciable, mucho más despreciable que las béstias; los tres últimos siglos no han sido más que tres siglos de ignominias y de errores; la revolucion que ha promulgado los derechos del hombre, no ha hecho sino continuar la obra de Satanás, la obra de la soberbia y del orgullo contra Dios; la ciencia que ha vertido tanta luz, no ha hecho sino llenar del viento de la vanidad el

frágil corazon humano; la Reforma es un retroceso; el Renacimiento una apoteosis de la sensualidad del paganismo; Rafaél un idólatra; las monarquías civiles una reaccion al despotismo del Oriente, y las repúblicas democráticas una demagogia sin Dios y sin freno; solamente puede haber salvacion para el mundo en tornar á la Edad Media, á sus teocracias en el trono, á sus pueblos en el polvo, á sus cláustros llenos de penitentes, á sus cruzados que vayan á recibir de la Iglesia voz de guerra y espada de combate, á sus papas levantados como demiurgos, dioses y reyes, entre el cielo y la tierra.

de alma sin cuerpo, ó de cuerpo sin carne ni sangre, toda compuesta de nérvios, que la ponian en comunicacion directa, diaria, con los espíritus puros, exhalados como aromas de la tierra y de los demás planetas por ministerio de la muerte, y errantes en lo infinito para volver entre nosotros alguna vez á los conjuros de la mágia y á los efluvios del magnetismo.

Pero todas estas aficiones fueron pasatiempos de la juventud. Los libros de Hegel fijaron su vocacion de teólogo crítico. Las enseñanzas de filología decidiéronle á llevar á la Biblia el escalpelo de su razon fria acerada en sus profundos conocimientos. Un viaje á Berlin acabó de decidirle por la filosofía y la crítica religiosa. Desde aquel punto la heregía entró en su alma y se apoderó por completo de su conciencia. Y la suerte quiso que fuera sacerdote, y que le nombraran vicario sufragáneo en una villa de Suabia. Allí pasó algun tiempo viendo cómo se compadecian la sinceridad de su ministerio religioso con la profesion de su panteismo racionalista. En

nado sus huesos, y las pasiones humanas no habian penetrado en su pecho. No se le conoció jamás amor ninguno, ni ninguna mujer iluminó con su ternura aquel hombre fuerte y frio como el hierro. Todos los dias, á unas mismas horas, salia á dar sus paseos con la regularidad y la precision de las figuras en los relojes por antonomasia mecánicos. Durante dos ó tres dias, aquel hombre no salió de su casa. ¿Estaba enfermo? Como las pasiones no atacaban su alma, las enfermedades no atacaban su cuerpo. Tenia una salud, que por lo estable, podíamos llamar salud mineral. No salió en dos ó tres dias de su casa, porque no pudo apartar de sus ojos el libro que se publicaba por entonces, el *Emilio* de Rousseau.

Podrá la saña ciega de los partidos cebarse en el autor y en la obra, pero no podrá quitarle, no, la gloria inmarcesible de haber conmovido con sentimientos maternales hasta las entrañas más duras y los corazones más empedernidos. Desde los tiempos de Platon, hay que decirlo, no se habia hablado de una



manera tan elocuente, tan apasionada, tan luminosa. Las ideas se encarnaban en esa hermosura, que segun el sublime fundador de la Academia, es el eterno resplandor de la verdad. La lengua francesa parecia, bajo la pluma de Rousseau, como el mármol de Paros bajo el cincel de Fidias. Rebosaba de aquella copa de oro el vino embriagador de los grandes sentimientos revolucionarios. La humanidad se concentraba, como en el primer dia de nuestra redencion religiosa, como en la noche buena de Belén, sobre la cuna del niño, frágil, tierno, menudo, pequeño; pero llevando en sus rosadas manecitas el mundo de lo porvenir, y repitiendo en sus celestes ojos el horizonte de las nuevas redentoras ideas. La madre, perdida en los salones, apartada de la lactancia por una falsa moral y una falsa higiene, vino con sus ubérrimos pechos, cargados de dulcísima leche, á alimentar á sus hijos, y con su corazon, todo amor, todo poesía, todo religion, á sostenerlos y educarlos para labradores de la vida, para sacerdotes de la libertad. La naturaleza

regenerada se alzó de la tumba donde la tenian como muerta las teocracias; y en su resurreccion, tan bella como la resurreccion de las mariposas en primavera, anunció que el mal es en su seno un accidente, y que puede llamarse ella el alma santa madre, el bien supremo, como Dios la suprema justicia. Y sobre toda esta escala de ideas, como la más grande, como la más duradera, como la más divina, superior á la misma naturaleza, se levantó la idea casi negada en las diversas sectas religiosas por el principio semi-fatalista de la gracia, se levantó la idea de la libertad moral, que dió fuerza al hombre, esperanza al progreso, luz á la misma ciencia, doctrina é ideal á la revolucion y á la República. Este libro sobrenatural, con todos sus errores, con todos sus defectos, con todas sus imperfecciones, planteaba el problema humanitario por excelencia: el problema de la educacion.

El otro libro, que impresionó vivamente al siglo décimo-octavo, es el libro de Daniel Foë, escritor desgraciadísimo, á quien la intolerancia de aquellos tiempos habia por sus publi-

caciones sumergido varias veces en profundos calabozos, despues de haberle cortado bárbaramente las orejas. Su libro ha llegado á pasar, como el libro de Cervantes, al sentido comun del género humano y al lenguaje proverbial de todos los pueblos. Su libro es el Robinson. Y el Robinson es el poema de la naturaleza dominada por la fuerza del trabajo. Una y mil veces el mar con sus tempestades y sus naufragios le anuncia al marino intrépido su estrella; y como si fuera su alma el huracan que impulsaba á los sajones, y su cuna la barca de ouero donde aparecieron los normandos entre las embravecidas ondas del mar del Norte, lucha impertérrito con vientos, con trombas, con tormentas, con el rayo y el granizo, con todos los elementos, á la manera que el conquistador en la guerra. Mas no creais que esta lucha tiene el carácter épico, legendario, poético de los combates descritos por Camoens en sus Luisiadas, no; es lucha real, descrita técnicamente, apoyada en cálculos, probada con documentos, lucha de un mercader, de un inglés prosáico, que

solo busca oro para sí, comodidades para su familia, puntales para su casa, apoyos para su vejez en su conquista del Océano. Y un dia el viento le vence, el mar le arrolla, la tempestad le lanza sobre una playa desierta. Y allí está solo, abandonado; sin más recurso que el vigor de sus brazos, sin más esperanza que el Dios de su Biblia. Y solo, y abandonado, lucha con la naturaleza como habia luchado siempre; y árranca los árboles, y pule las piedras, y teje los filamentos de las plantas, y empapa con su sudor la tierra, y educa los animales, y somete las fuerzas enemigas, y abre canales, y talla lanchas, y mueve los remos, y caza las fieras, y siembra, y siega, y muele, y amasa sin contar jamás con las dificultades, sin retroceder á los peligros, seguro de su derecho divino sobre la creacion y de la fuerza incontrastable de su voluntad; como que aquel hombre, al explorar las selvas inexploradas, al surcar los mares vírgenes, al domar los animales indómitos, al someter la insumisa creacion, demuestra la fuerza incontrastable de la libertad individual

y la santa legitimidad de su derecho sobre la tierra. El héroe de Daniel no es un héroe fantástico. Cuando nosotros nos paramos á contemplar el pobre cuákero educado en el desierto, nacido en una cabaña, con su libertad por todo patrimonio, con su Biblia por toda educacion, leñador en aquellas selvas primitivas de la América del Norte, navegante en las aguas del Ohio, del Mississipí, que por un esfuerzo de su voluntad soberana y por un milagro de su República democrática ha roto este cendal de la materia, y ha subido, á través de las tempestades de la naturaleza y de las tempestades de la sociedad, á la cima del mundo moderno, al capitolio de Washington, para ser allí el Moisés y el Cristo de los negros, y enterrar los últimos restos del patriciado bárbaro y romper las últimas cadenas del eterno esclavo, no podemos ménos de reconocer que el héroe de la novela del siglo décimo-octavo, el trabajador solitario y abandonado, que se crea á sí mismo por esfuerzos interiores y que somete la naturaleza á su mano y la ley á su pensamiento, es una rea-

lidad viviente en la gloriosa historia de nuestras modernas libertades. El libro debia apasionar en su tiempo á las generaciones que lo recibieron y lo devoraron, puesto que el libro venia á decir, apoteosis sublime de la industria, que no hay elementos con fuerzas bastantes para resistir á la voluntad del hombre cuando se la emplea con brio y se la educa con perseverancia.

La educacion, la educacion comenzó á ser entonces un gran problema en Alemania, y la educacion comenzó á ser esencialmente republicana. El primer nombre que se liga indisolublemente á este nuevo impulso del espíritu moderno hácia la libertad es el nombre de Basedow. Muy variamente se ha escrito y se ha hablado de este hombre. Mientras Michelet le llama ilustre, Herder dice que todo su secreto consistia en decir que criaba en diez años encinares que necesitan ciento, y que por su parte no le daria á educar, no ya hombres, pero ni siquiera bueyes. Y Goethe añade: «Basedow, que mira á todo el mundo como mal educado, es un hombre de pésima edu-

cacion.» Seguramente habia grandes lunares en su inteligencia y muchos vicios en su vida. Pero el pedagogo que comenzó la obra revolucionaria de la educacion republicana tiene dos méritos: primero, despertar en el alma la idea de que tiene dentro de sí virtudes bastantes á ilustrarla y moralizarla conduciéndola al cumplimiento del bien; y segundo, evitar cuidadosamente que las supersticiones se apoderen del entendimiento, lo perviertan en sus primeros años y luego necesite pasar el hombre la mitad de la vida destruyendo la obra y la fé de la otra mitad. Así, Basedow prohibia terminantemente que se enseñara á los niños ninguna religion revelada, limitándose á despertar en ellos la conciencia moral y á robustecerlos por los ejercicios gimnásticos en su cuerpo y en su organismo, por los sentimientos liberales en su carácter y en su alma.

Este impulso que la pedagogia moderna habia recibido de las obras de Daniel Foë, de Juan Jacobo Rousseau, y de los trabajos y prácticas de Basedow, fué fecundo en libros, en planes, en proyectos que tendian todos á

la educacion de la infancia y á fortalecer y á arraigar en la infancia la idea de libertad. Salzmann se empeñó heróicamente en esta lucha por las nuevas ideas. Aunque sacerdote, tronaba con grande elocuencia y mayor justicia contra la estrecha educacion ortodoxa que encorvaba el entendimiento de la juventud, bajo el peso de la tradicion; embargaba su memoria con versículos innumerables de la Biblia, y pervertia su carácter en prácticas religiosas sin real trascendencia á la educacion y á la vida. Nadie como él se consagró á sacar del seno de las frias tinieblas, que lo pasado arrojaba sobre las almas, el ángel de luz que llevamos en nosotros, y que ilumina con su antorcha todo cuanto nos rodea, y nos señala con su mano bendita el camino que conduce á lo celeste, á lo eterno, camino sembrado de mundos y de soles, y oscurecido por las nubes sin rocío de la supersticion y del fanatismo. Campe, el imitador de Foë, quita á la educacion todo este sentimentalismo; se revuelve contra la poesía llamándola linterna encendida enfrente del sol; y quiere que ten-

ga el hombre la fé que Robinson en sus derechos, en sus fuerzas, en su imperio sobre la naturaleza.

El reformador que personifica esta grande revolucion pedagógica indudablemente con más títulos es el inmortal Pestalozzi. Fichte, en su Discurso á la Nacion Alemana, ofrecia como escuela regeneradora de su raza la escuela de este santo. Y en efecto, nadie como él ha distinguido las facultades intelectuales que en cada edad predominan, ni ha visto el camino más corto para llegar á estas façultades, y acrecentárlas en ejercicios diarios, y esclarecerlas con los raudales de la ciencia. Efectivamente, si cuando el sentimiento predomina en el hombre porque su edad lo une á la naturaleza y al hogar, educais la inteligencia; si cuando predomina, como en la juventud, la fantasía porque el hervor de la sangre y la inquietud del espíritu le llevan á las pasiones y á los combates, en oposicion casi con todo cuanto le cerca, pues necesita crearse su mundo propio, si en esta edad crítica educais, por ejemplo, la razon; y cuando llega la edad

de la razon, y con ella los frutos muchas veces amargos de la vida, y se han secado las flores, y se han caido las mariposas que sobre las flores revoloteaban, os empeñais en educar sentimiento é imaginacion, hareis del hombre un ser artificioso, sin lograr el someter y amoldar á vuestra educacion lo más inaccesible, lo más indócil, su recóndita naturaleza. Como los frutos pasan por la semilla, por el gérmen, por la flor, pasan las ideas por las sensaciones, por las nociones, antes de llegar á su incondicionalidad absoluta. Y educando en el niño al niño y no al hombre, las facultades del niño, con símbolos á su alcance, con narraciones que le recreen y le deleiten, depositareis en su alma individual con seguridad, con certeza, los gérmenes de un alma universal, de un alma humana.

¿Quién educa verdaderamente al niño en la humanidad? ¿Quién tiene ese divino ministerio? La madre. Ella es la profetisa que prevé la vida por venir, y la Sibila que sondea los misterios del espíritu, y la Musa que lleva al corazon las inspiraciones humanas, y la Maga

que llena de leyendas piadosas y suaves toda nuestra fantasía, y la Sacerdotisa que levanta la conciencia á las regiones de lo infinito: desde el momento en que siente su hijo en las entrañas parece como que el espíritu y la naturaleza se revelan á su mente para ayudarla en su divino ministerio; y así apropia todas las ideas á la inteligencia del niño, de la misma suerte que el ave cincela todos los agrestes objetos cogidos en su pico para formar el blando nido de sus amados hijuelos. Sabe la madre instintivamente la higiene con que há de preservar á su hijo de las inclemencias del mundo, la medicina con que ha de curarlo en sus contínuas enfermedades, la moral con que ha de sostenerlo en sus futuros combates, la literatura con que ha de embellecer sus dias y con que ha de calmar sus tempestades, la religion que ha de convertirle en sér superior á los demás séres de la naturaleza y ha de abismarle en el seno de lo infinito; cuanto necesita el pequeñuelo en sus primeros años lo lleva su madre en la inteligencia como lleva en los pechos su único ali-

mento. Hagamos de la escuela una madre. Hé ahí el pensamiento de Pestalozzi.

Un hombre así no podia nacer, no podia educarse, no podia vivir sino en el seno de una República. Las ciudades republicanas son las ciudades que han contribuido en mayor grado á la educacion del género humano. Volveos con los ojos del alma á todos los tiempos de la historia, y encontrareis que el género humano ha sido formado por esas ciudades. Cada una de ellas trae su tesoro á las riquezas comunes de la humanidad: Atenas sus estátuas; Roma sus leyes; Florencia las artes del Renacimiento; Génova la letra de cambio para el comercio; Venecia la brújula; Pisa la ley del péndulo; Strasburgo la imprenta; todas ellas la idea. Y así es que los pueblos modernos jamás llegáran á su perfecto desarrollo si no hubiera, como granos de sal, derramado la Providencia esas pequeñas repúblicas en su seno. Todo el movimiento intelectual de Francia en el siglo décimo-sexto se pierde si no hubiera cerca una Ginebra capaz de acoger á Calvino. Quizá la Inglaterra

vuelve á ser presa de la reaccion católica, feudo de los empedernidos Estuardos, si no está cerca Holanda para crear y educar á los Oranges. Y en la vida intelectual de Alemania han ejercido poderoso influjo las republicanas ciudades de Suiza y entre todas Zurich. Allí habitaron Schelling y Fichte; allí escribieron Klopstok y Gessner; allí formó una especie de centro intelectual, de foco donde convergian muchos rayos de luz el teólogo, el físico, el republicano Lavater; allí se educó Pestalozzi.

Mas su primera escuela fué fundada en las riberas del lago de los cuatro cantones. Aquella hermosa maravilla tiene á nuestros ojos ese explendor más en sus horizontes y esa santidad más en sus recuerdos. Una vez visto no se le olvida jamás. Al extremo Norte, Lucerna con sus torres góticas, con sus pintados puentes, entre los cuales precipita el Saar sus verdes y espumosas aguas; á un lado el Pilatos, ágrio, abrupto, sembrado de abismos como si en su aridez solo engendrara tempestades; enfrente del Pilatos el

Righi, apacible, tranquilo, sembrado de florestas, de quintas, como una montaña italiana cantada por Horacio ó por Virgilio; entre estos dos montes, como un anfiteatro de diamantes gigantescos, la cordillera del Oberland que refleja y repite en los cristales de sus nieves eternas la luz del dia; y, en todo el fondo, el lago, vário, lleno de ensenadas, de puertos, de aldeas, que se tienden entre las verdes praderas y los bosques de alpestres pinos: espectáculo maravilloso, indescriptible, como acaso no hay otro semejante en el planeta, pues difícilmente se encuentran á tan corta distancia contrastes tan grandes, ni en tan breve espacio se reunen y se conciertan de manera tan plástica lo hermoso y lo sublime. Y cuando impelido por sus vientos, surcando perezosamente la celeste superficie de sus aguas, oís la esquila del ganado confundida con el cántico del pastor y el grito del navegante con el eco de la campana, la imaginacion os trasporta á los tiempos en que aquellos campesinos y aquellos barqueros juraron, como inspirados por tanta grandeza,

fundar la independencia, la democracia, la república, y las fundaron dirigidos por Guillermo Tell, más vivo aún que todos aquellos séres, más grande aún que todos aquellos Alpes, más poético aún que todo aquel incomparable lago, porque su mano ha puesto allí sobre los milagros de la naturaleza los milagros todavía mayores de la libertad.

Por aquellos sitios tan hermosos pasó la guerra en 1798, y dejó la desolacion, y todos sus horrores. Era el mes de Setiembre, y los franceses querian imponer una Constitucion unitaria, que aquellas federales regiones rechazaban completamente. Resistencia incontrastable se organizó. Los campesinos salieron á defender sus libertades y sus hogares como defienden las águilas alpestres sus nidos y sus polluelos; pero los franceses fueron implacables. Una cuarta parte de los salidos á cerrarles el paso quedó muerta en los campos. Los otros huyeron y se dispersaron por las selvas. Entre los cadáveres se encontraron doscientas mujeres y veinticinco niños. La Iglesia fué violada, sus altares ensangrenta-

dos, su bóveda henchida por disparos de fusilería; sesenta y cinco fieles que se habian refugiado allí, ó por no poder llevar las armas ó por pedir á Dios la salvacion de su pátria, fueron bárbaramente inmolados sin exceptuar ninguno. El sacerdote que decia misa cayó de un tiro al pié de su ara y de su cáliz. Toda la ciudad fué saqueada, y quinientas ochenta casas de sus alrededores reducidas á cenizas.

En medio de esta desolacion, por el mes de Octubre, quince dias despues de la catástrofe, apareció Pestalozzi entre aquellas humeantes ruinas. Su corazon llevaba áun mayores tristezas que el suelo hollado por sus plantas. Y en verdad el estado de aquellas regiones no podia ser más triste: aldeas arrancadas de cuajo como si por ellas hubiera pasado Atila; bosques de vívidos árboles trasformados en bosques de calcinados palos; las granjas, las casas de labor completamente destrozadas; los ganados, los animales domésticos ó consumidos ó dispersos; la soledad por todas partes, pues los habitantes habian huido de

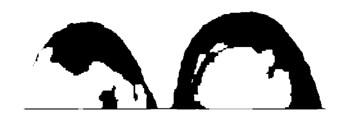
aquel suelo de maldiciones; las iglesias saqueadas y violadas; los cadáveres todavía en el campo, insepultos y podridos, llamando sobre sus restos las aves de rapiña. Allí, en uno de aquellos edificios, medio destruidos, ahumados, sin puertas, sin cristales, con manchas todavía de sangre, reunió Pestalozzi los niños hambrientos, pálidos, enfermos, llenos de llagas, tiritando en su desnudez de frio y en su desgracia de miedo. Pero aquel santo era como Jesús: se gozaba en rodearse de los niños, en contemplar sus ojos serenos, en beber su inocente sonrisa, en adivinar el hombre futuro que se encierra tras de aquel cuerpecito y el futuro mundo que ha de crear este hombre, como una madre, con sus ternezas, con sus inquietudes, con sus adivinaciones, todo para la infancia, todo para la inocencia.

Italiano de raza, tenia su alma los contrastes del suelo italiano en los Alpes, donde el Norte, con sus helechos, se mezcla al azahar del Mediodia; donde florece el almendro á vista de la nieve; aleman por su lengua, por

su cultura intelectual, por la ciudad donde se habia criado, Zurich, esencialmente alemana; republicano por su nacimiento y por sus convicciones; revolucionario ó reformador, siempre en guerra con los privilegios de las aristocracias y en adoracion siempre ante el humano principio de igualdad, criado por una madre amorosísima que le guardaba durante toda la infancia á su lado, y que le infundia parte de su alma de mujer con todas sus delicadezas; casado en edad temprana con una heredera á quien arruinó en obras de caridad y beneficencia; sostenido algun tiempo en sus apuros por dos viejas criadas de la casa paterna que le profesaban afecto maternal, íbase aquel redentor de pueblo en pueblo, buscando á los ignorantes y á los pobres para ilustrarlos y para mantenerlos; adoptando á los huérfanos; tendiendo la mano, si era necesario, para pedir limosna con que satisfacer á los hambrientos; filósofo de accion, poeta de la vida, tribuno de la infancia, hijo divino é inmortal de la naturaleza. Su libro estaba en el Universo: ninguna letra de imprenta se

puede comparar con una estrella de oro; ningun poema, muerto en el sudario de sus hojas de papel, puede compararse con el poema de los Alpes, cuando los dora en sus plateadas cumbres la luz del alba y el rosáceo reflejo del vespertino crepúsculo: ningun libro, ninguno hay tan grande ni tan profundo como la conciencia humana: ninguna poesía es tan bella y tan tierna como la poesía del corazon en sus efusiones por los desgraciados, por los doloridos, por los que padecen, por los que lloran. Reunirlos en una escuela que sea amorosa como la madre, previsora como la Providencia, santa como la Iglesia; separarlos de toda artificiosa revelacion que no provenga, primero de la conciencia, despues del Universo; matar en ellos los sentimientos de privilegio, las ideas de desigualdad, las tradiciones de casta; abrir ancho espacio á cada vocacion individual, para que realice libremente su destino; obligar á unos á que sean maestros de otros, y á todos á que mútuamente se envien sus ideas, como los astros se envian mútuamente á través de la inmensidad sus

rayos de luz; constreñirlos en la primavera y en el estío á que trabajen los campos, á que cultiven las plantas, á que siembren las flores, á que cosechen los frutos, y en el invierno á que entren dentro del taller, y abracen, y practiquen el trabajo manual, para que de esta suerte sean artesanos y labradores, y comprendan todas las asperezas y todas las satisfacciones del trabajo; formarlos en coro, para que canten juntos en himnos poéticos su agradecimiento al Creador, su culto á la libertad y á la pátria; convocarlos, para que con el barro del jardin ó con las tablitas recortadas en sus juegos, formen de relieves, primero la escuela, despues la aldea, despues el canton, y luego la pátria, la Europa, el Mundo; darles nocion del número, de las denominaciones, todo por símbolos, todo por apólogos, hasta que las almas en su madurez puedan definir y clasificar las ideas; recordarles que viven dentro de la naturaleza para hermosearla, dentro de la sociedad para servirla, y bajo la mano de Dios para imitarlo y repetirlo en sus obras; intentar todo esto, ha-



cer todo esto, cumplir todo esto, sin más móvil que el bien, ni más fin que la justicia, ni más esperanza que la satisfaccion de la conciencia, y acaso una palabra en la historia; trasfigurarse de esta suerte, y trasfigurar á cuantos les rodeaban, era crear con la palabra el gérmen de un Nuevo Mundo social, que bien merece un recuerdo eterno y un eterno aplauso de la humanidad agradecida.

Como todos los hombres extraordinarios, fué víctima tambien de extraordinarias desgracias. Los católicos le perseguian en sus cantones por su orígen protestante; los protestantes le achacaban olvido de todo culto; los hombres ilustres desconocian toda la verdad de aquella ciencia sencilla; sus mismos discípulos como á Jesús le fueron ingratos; la reaccion piadosa que bajo el imperio y en los comienzos de este extraño siglo décimo-nono se inaugura, le cerca, le asedia, le asfixia. El gran Michelet ha contado en su estilo inimitable los últimos dias de este génio. No pudiendo ya soportar las tiranías de lo artificioso, las combinaciones de la reaccion teo-

crática, la enemiga de la infame hipocresía, se fué de su último establecimiento de Iverdun á las montañas del Jura, á vivir en la inmensidad, solo con su conciencia, con Dios y con la naturaleza, con esta trinidad misteriosa, á la cual habia ofrecido el holocausto de toda su existencia. Un dia, teniendo más de ochenta años, bajó á una escuela, fundada segun su ideal y su método; los niños de ambos sexos que debian un alma nueva á la idea de este varon justo, salieron á recibirle entonando melodiosos coros y pidiéndole su santa bendicion. Uno de ellos se adelantó á ofrecerle sencillísima corona de encina: «Para mí no, dijo; coronad con ella la inocencia, lo único que hay santo sobre la tierra.» No, no es verdad. Hay algo más santo que la inocencia, como hay algo más grande y más santo que el Paraiso acá en la tierra. Es más santo el varon que ha conocido todas las seducciones de la vida y las ha despreciado para consagrarse al cultivo de la humanidad; que ha hecho de la verdad su religion, de la caridad su amor, de la justicia su esposa inseparable,

de los desvalidos, de los desgraciados, de los opresos el objeto único de sus pensamientos y de sus afanes. Eso es lo santo, eso es lo eterno, eso es lo divino en la Historia. Los hombres que proceden así sufrirán en la vida, sufrirán en la muerte; pero sufrirán porque la Providencia quiere que se parezcan á sus génios hermanos en la sucesion de los siglos, que se parezcan á los mártires y á los redentores.

doctrina, cayendo en el puro materialismo, en sus últimas y extremas consecuencias.

Adios, religion de los primeros años; protestantismo maternal, que creia tan puro y tan inocente, y tan divino como las ideas evangélicas. Adios, misticismo de Boehm, que hasta en las leyes de la naturaleza descubria misteriosas combinaciones teológicas. Adios, panteismo idealista de Schelling, que sumergia y abismaba todos los séres en Dios, como las esponjas en el mar. Adios, filosofía hegeliana y su eterna idea, produciendo en el movimiento infinito de su curso, á través de los espacios, espíritus y soles. Adios, últimos esfuerzos para conciliar al Cristianismo con la ciencia, la revelacion con la razon, la idea divina con las ideas humanas. Adios, cielos en que se bañaba y tierra en que se nutria la explendente alma del filósofo. Desde la grande dialéctica, que construye por la idea Naturaleza, Estado, Arte, Religion, Filosofía, ha caido Strauss en el darwinismo contemporáneo; en la lenta formacion, por causas pequeñas, del planeta; en las evoluciones su-

siempre la fecha de esta edad venturosa. Todas las esperanzas la sonreian, todos los corazones la saludaban, todos los pensadores vislumbraban horizontes infinitos llenos de luz. Pero el progreso no sigue una línea recta. La humanidad no tiene un crecimiento contínuo. A las revoluciones suceden las reacciones; al impulso el retroceso, como si el mundo fuera un péndulo. Hay indudablemente dentro de la sociedad fuerzas que empujan hácia adelante, y fuerzas que detienen y á veces empujan hácia atrás. Hay vapor y freno como en nuestras locomotoras. Por regla general, los filósofos son los que impulsan, sin mirar los obstáculos, como que trazan un plano ideal. Y los hombres de Estado son los que contienen, como que han de realizar ese plano, y para ello necesitan tiempo, mucho tiempo, y espacio, mucho espacio, porque toda la tierra, de que podemos disponer, se halla ocupada por las instituciones antiguas, muchas veces fuertes y arraigadísimas. Luego, las nuevas ideas tienen sus inconvenientes; la nueva vida sus enfermedades. Y

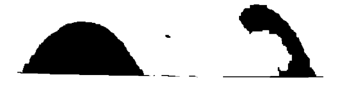
sucede en la sociedad con las instituciones recien nacidas, lo mismo que con los séres recien nacidos en la naturaleza. La muerte es en ellos más frecuente y más fácil. Así la revolucion francesa trajo el mal de la demagogia, es decir, el esceso de la democracia. Los reyes que odiaban democracia y demagogia, buscaron en los errores de esta pretesto para acabar con los derechos de aquella. Provocada la guerra, tuvo la democracia que ser guerrera; siendo guerrera tuvo que ser militar, y siendo militar tuvo que erigir un jefe, y este jefe restauró la monarquía en castigo de las culpas demagógicas, y destronó á los reyes en castigo de las culpas monárquicas. Entonces Alemania fué conquistada.

Los reyes habian querido tener pueblos de siervos, y los siervos carecian hasta del sentimiento de pátria. La gran revolucion no habia dorado con sus rayos más que las cimas de la inteligencia. Entonces comprendieron los filósofos, los reyes del entendimiento, que era necesario convertir las abstracciones en reali[illegible]ociale[illegible] con

la levadura de la idea el pan necesario para el alma del pueblo. Y los reyes hereditarios comprendieron tambien que se necesitaba para crear soldados, crear antes ciudadanos, y que solo crea, solo tiene fuerza creadora el principio divino de la libertad. Promesas de reformas cayeron desde las cimas de los tronos durante la guerra de la Independencia, promesas recogidas y olvidadas despues de la victoria. Faltaron los tiranos á la fé que tenian prometida y jurada á los muertos; á los que se sacrificaron en cien batallas y cayeron contentos no sólo por la material pátria de la tierra, sino tambien por la ideal pátria del derecho. Todo el resultado que vino á dar la guerra de la Independencia se resumió en el reinado de la Santa Alianza, una ignominia tan grande como la conquista.

Entonces sobrevino una reaccion religiosa. Muchos creyeron que tantas desgracias se debian al triste olvido de la religion protestante. De aquí el misticismo que se apoderó de tantas inteligencias, de aquí éxitos fabulosos incomprensibles como el éxito del *Génio del*

Cristianismo, libro de bello estilo literario y de ningun valor científico. Pero las manos se alzaron al cielo en demanda de paz, de misericordia para la tierra, y una muchedumbre de sofismas secundaba la gran reaccion política. Estados iguales presenta la Historia. Cuando se caia la civilizacion antigua, más por fuerzas interiores descomponentes que por el asalto de los bárbaros, volvíanse á una todos los sacerdotes hácia los templos de los dioses, y los abrian de par en par, y enseñaban los pórticos sin ofrendas, las aras sin víctimas, el altar sin fuego, atribuyendo á la ausencia de la fé, la ausencia del poder y de la victoria. Así en el mundo moderno, en nuestros mismos dias, se resucitaba todo lo antiguo. Unos ponian ante los ojos de su siglo el poder y la fuerza social de las antiguas religiones con toda su simbólica. Pero otros no se contentaban con estas reacciones arqueológicas de la pura esfera científica. Querian llevar la reaccion de la ciencia á la vida, y habia quien demostraba que las almas se desligaban de los cuerpos y vivian



por sí, en sí, pudiendo volver cuando quisieran á la tierra, con lo cual era muy legítima la creencia en los aparecidos; y otros, más dementes aún, trataban de probar que los fantasmas eran tan numerosos y tan ciertos como los séres vivientes, y que se podia llegar á ver las almas condenadas y las almas beatíficas, porque las primeras eran verdes y amarillas las segundas. Tristemente se inauguraba el siglo décimo-nono. De aquellas alturas donde brillaba la idea del derecho y de la justicia, donde nacia la idea de la humanidad y de su universal espíritu, habia caido rodando en los abismos donde yacian los leprosos de la Edad-Media con sus enfermedades nerviosas de terrores sin motivo, de apariciones sin sentido, de fantasmas sin realidad: sueños de la demencia, contradicciones con la naturaleza, conjuros lanzados al progreso, ofensas hechas á Dios.

CAPITULO XXXIV.

JENA Y TUBINGA.

En esta crísis religiosa produjéronse dos escuelas que verdaderamente habian de tener, á pesar de su carácter teológico, poderosísimo influjo en el movimiento político. Era una de ellas la escuela de Jena. Era otra de ellas la escuela de Tubinga. Las dos querian avivar el espíritu religioso, y para avivar el espíritu religioso querian quitar de la religion todo cuanto pudiese ofender al carácter y á las creencias universales del siglo décimo-nono. Hay en religion un elemento que hasta ahora le ha sido necesario, indispensable, y que es



el escollo en el cual se han estrellado todos los apologistas, el elemento del milagro. Si lo sosteneis, imposible que un siglo tan adelantado en ciencias físicas y naturales comprenda ni una palabra de esa religion; y si lo quitais, imposible sostener una religion nacida del milagro, promulgada entre milagros y por milagros difundida. Estas dificultades se presentaban á los ojos de los pensadores de una y otra escuela. Los de Jena contradecian, negaban resueltamente el milagro; ó lo explicaban de tal suerte, y por medios tan naturales, que se desvanecia y disipaba. Los de Tubinga tenian espíritu más de conciliacion y de armonía, comprendiendo que despojaban á la religion de su esencia al despojarla del milagro.

Se ha llamado á la primera tendencia, á la que extirpa el milagro, tanto de la naturaleza como de la religion, tendencia racionalista. El más batallador entre lòs teólogos racionalistas es el célebre Juan Federico Röhr, que desde fines del siglo pasado hasta mediados de este siglo ha combatido con igual energía, muy cercana de la aspereza, á todos aquellos

tenaces en conservar lo que él denominaba parte mitológica del Cristianismo. Para este autor asperísimo los ángeles que rodean la cuna del Salvador y despiertan á los pastores; la fuga á Egipto por merced y proteccion especial de la Providencia; las bodas de Canaam, donde se convierte el agua en vino; la milagrosa multiplicacion de los panes y los peces; el paso de Cristo sobre las aguas tempestuosas del mar; las piedras que se partieron de dolor en la hora de su muerte; las mujeres que escucharon el relato de su resurreccion; el encuentro con los discípulos despues de haber rasgado el sudario; la apoteosis en el monte Thabor, iluminado por extraña y nueva luz del cielo; toda esta parte milagrosa del Cristianismo es puramente fantástica, creada por las necesidades de la predicacion y creída por las supersticiones del tiempo. La razon, y solamente la razon, debe ser criterio en materias religiosas como en materias científicas. Lo que repugne á la razon por falso, ha de expulsarse de la teología por irreligioso. La religion tiene por único

ministerio en la historia fundar la moralidad en la vida. El fondo del Cristianismo se reduce á varios dogmas esenciales; al dogma de la existencia de Dios y de sus atributos, y al dogma de la espiritualidad del alma y de su inmortalidad. La Cristologia, con todos sus milagros, no pasa de ser una leyenda llena de bellezas, pero falta de verdad; propia á difundir la doctrina entre pueblos jóvenes, de sangre ardiente, de corazon apasionado, de exaltadísima fantasía, para quienes el dogma como el universo está poblado de increibles maravillas; pero nosotros, hijos de la razon, conquistadores de la libertad, sacerdotes de la ciencia, para quienes la naturaleza ha ganado en sublimidad todo cuanto ha perdido en fantásticas maravillas, y para quienes la historia ha ganado en grandeza todo cuanto ha perdido en milagrosas intervenciones; nosotros no hemos menester que Cristo lleve sobre sus sienes la mística aureola de lo sobrenatural; nos basta para seguirle, creerle é imitarle, su vida purísima, su muerte heróica, la moralidad sin mancha de sus ac-

ciones, la pureza sin sombra de sus principios, la doctrina que cae de sus lábios sobre la tierra sedienta, sobre la conciencia desolada y que engendra y eleva á las alturas como vapores henchidos de vida, almas ánsiosas de conocer la verdad y de perderse en el amoroso seno del Eterno.

El hombre que trató con más empeño de explicar racionalmente las páginas evangélicas fué el doctor Paulus. Su padre se habia dado en tales términos á las exageraciones del misticismo, que pasó por demente entre una parte del mundo y por herege en el seno mismo de la Iglesia. Así, Paulus decidió, en justa repugnancia á la educacion recibida, no desoir, ni en teología, ni en filosofía, ni en las demás ciencias humanas la razon y sus inspiraciones. De purísima vida, de moral severa, de liberalismo ardiente, partidario del derecho, tanto en la esfera religiosa como en la esfera política, siguió sus ideas y las propagó con singular constancia hasta la hora misma de su muerte. Hizo más que Röhr. Trató de explicar histórica y naturalmente

todos los milagros. Su principio de crítica es el siguiente: solo es cierto en la realidad histórica lo que es posible en la razon especulativa. Por consiguiente, hay que explicarse como natural aquello que sólo puede admitirse como milagroso. Para Paulus, para su exégesis los ángeles de Belem han sido apariciones fosforescentes, fuegos fátuos, como los que brillan en las largas noches de invierno por las tierras de pasto; las curas milagrosas han sido obra de medicinas desconocidas ú olvidadas por los evangelistas; la expulsion de los demonios remedios naturales á inveterada demencia; la resurreccion de los muertos el despestar de letargos á los desmayados ó á los catalépticos; el milagro de Canaam broma de sobremesa en alegre dia de bodas; la marcha de Jesús sobre el mar mala traduccion de la partícula ἐπι, que quiere decir al rededor; y una série de alucinaciones magnéticas, nerviosas, propias de climas orientales y de hombres ayunos la trasfiguracion de Cristo en las místicas cimas del Thabor.

Los dos pensadores que acabamos de mencionar personifican las ideas capitales de la escuela teológica de Jena. En la escuela de Tubinga, sin que la esencia del racionalismo se pierda, consérvase con mayor fé el principio de la revelacion sobrenatural. Es cierto que nada contrario á la razon puede admitirse, pero tambien es cierto que la razon nunca hubiera llegado á su madurez presente sin las dos revelaciones bíblica y evangélica, cual no llega el hombre á su desarrollo completo si no es antes alimentado en el vientre de su madre, y aun despues de nacer, sostenido y criado á femeniles pechos. La revelacion, pues, y la revelacion sobrenatural es necesaria para la luz de la inteligencia y para la moralidad de la vida. Cristo es hombre y Dios á un mismo tiempo; su vida, por consiguiente, divina y humana; su enseñanza de todos los tiempos y del momento histórico en que aparece; su fin perfeccionar al hombre: y la perfeccion está en recoger todas sus doctrinas y concentrarlas, como [illegible] foco, en nuestra inteligencia; y mirar [illegible] liar, [illegible] to-

das sus acciones, y reproducirlas, como en su espejo, en nuestra vida. El punto esencial de la Escuela aparece, sin embargo, un tanto vago é incoloro, cuando sostiene que lo principal, lo esencialísimo á la doctrina cristiana es creer que Cristo es más que nosotros, vale más que nosotros, y que ni nosotros somos él, ni él es nosotros. Así, la Escuela de Tubinga aconseja religion sin supersticiones; fé sin misticismo; piedad sin exageracion; sacrificio de sí mismo sin penitencias monásticas; culto á lo pasado sin espíritu reaccionario; confianza en lo porvenir sin utopias demagógicas; razon sin racionalismo; teología sin caer en lo exclusivamente sobrenatural y teológico.

Esta tendencia debia naturalmente engendrar una especie de eclecticismo superior y de conciliacion estrecha entre los dos extremos de la escuela de Jena y de la escuela de Tubinga. Así como hay muchos teólogos, que representan la escuela de Tubinga, é indudablemente el que con más títulos y más razon personifica su dogmática, es el teólogo Steu-

del; hay muchos teólogos de la conciliacion, y el que con más derecho la personifica es el teólogo Wethe. Su primer principio, por el cual toda su doctrina se explica, compéndiase en el reconocimiento y la admision de otro criterio, además del criterio racional, de un criterio que puede llamarse del sentimiento, del corazon, y que nos enseña por una especie de magnetismo inexplicable algo de sobrenatural y de divino, así en las cosas como en las ideas. Su método histórico es el mismo método que condena y extirpa los milagros. Inútil discutir sobre los libros del Antiguo Testamento cuando no hay medio alguno de certificar ni su autenticidad ni su época. Los últimos libros del Pentateuco fueron escritos en tiempo de Josías, y el autor de las Crónicas recompuso y rehizo el libro de los Reyes, y de Samuel en provecho de las teocracias; los salmos de David ni son todos del rey Profeta ni tienen todos el carácter mesiánico que una crítica estrecha y *á posteriori* ha querido atribuirles. Así aplica á la historia de la religion el mismo método que Nieburh á la his-

toria de Roma, que Wolf á la historia de Homero. Imaginaos lo que de real quedará en esa historia de la religion, cuando se entre en ella con el espíritu, que ve en los primeros tiempos de la ciudad eterna fragmentos de una epopeya perdida y en sus reyes símbolos de las ideas y de las clases en guerra; ó con el espíritu que, advirtiendo la inmensa distancia existente entre la civilizacion de la Ilíada y la civilizacion de la Odisea, borra de la realidad la persona de Homero, poeta de los pueblos, ciego como la poesía, cantor como la inspiracion, que vá de puerta en puerta, y de pueblo en pueblo, al son de su cítara, refiriendo en melodiosos versos las hazañas de los dioses y de los hombres, creando el alma inmortal de la antigua Grecia. Como se vé, en esta conciliacion, si la parte dogmática y el carácter divino de Cristo se salvaban, perdíase irremisiblemente la parte histórica y tradicional del Cristianismo.

El jefe de la conciliacion religiosa entre la escuela de Jena y la escuela de Tubinga, tenia profundamente arraigadas en su concien-

cia, y vivos y animados en su corazon los sentimientos y las ideas liberales. Corrian los tristes años que siguieron á la reaccion de 1815, y dominaba en el mundo con siniestro dominio la santa Alianza de los reyes y emperadores del Norte. El congreso de Aquisgran, escuela del congreso de Viena y premisa del congreso de Verona, funestos concilios de la tiranía espirante, el congreso de Aquisgran enterraba todas las esperanzas de Alemania. Cómo no tenian los reyes necesidad de los pueblos para combatir al génio de la conquista y de la guerra, los ataban nuevamente al pié de los tronos y de los altares. Presidia esta obra de servidumbre universal y de universal reaccion, el Czar ruso, fantaseador un dia de apocalípsis liberales, verdugo más tarde, y verdugo empedernido de toda democracia y de toda libertad. La juventud germánica que, aleccionada en sus poetas, en sus filósofos y teólogos, soñaba con una regeneracion social, rugia furiosa contra la política de los reyes, resuelta á redimir del yugo la humillada cerviz de los pueblos. Tenia



Alejandro de cónsul general en Alemania, régiamente retribuido, á todas horas consultado, un escritor germánico de indisputable mérito, de fecunda y rica vena, en la poesía lírica excelente, en la dramática notable, en la crítica amarga y sangrienta diestro, en la polémica combatiente aguerrido y superior; pero despreciable por su carácter, vendido á los enemigos de la libertad y de la pátria, tornadizo en ideas, liberal un tiempo, cuando la voz de Dios era escuchada por su conciencia, absolutista cuando el oro de los tiranos abrigó su estómago, y en Alemania consagrado á injuriar la nacion, á maldecir de sus preclaros hijos, á calumniar la juventud alemana, á sostener aquella política desoladora, henchida de sensual misticismo, y destinada á embrutecer las nuevas generaciones; política que sólo podia sostener un apóstata de la libertad por los treinta dineros de Judas. La juventud alemana aborrecia más al cortesano de los reyes, al aleman convertido en ruso, que á los reyes mismos, y al dios de los reyes en la tierra, al emperador de todas las

Rusias. Un jóven estudiante bebió á torrentes la hiel de estas cóleras nacionales, que se le subieron á la cabeza y le abrasaron en ira. De pocos años, de muchos estudios, con ideas confusas pero liberales, con sentimientos patrióticos pero exaltadísimos, habiendo leido y admirado el tipo severo de Bruto en la historia antigua, creyóse por derecho propio juez de los tiranos y sus cómplices; por derecho propio, ministro y cumplidor de la sentencia contra ellos pronunciada por la humana y la divina justicia; é invocando el númen de su pátria con mágicas palabras, caldeadas en el horno de sus sentimientos, y resolviéndose á morir por su pátria con resolucion acerada en la piedra de su fria y sólida voluntad, cogió un puñal, lo afiló, dirigióse á Mannhein, entró en casa del poeta egoista, y á puñaladas lo mató á sus plantas, creyéndose más puro desde aquel momento, más digno miembro de la humanidad, más santo hijo de Dios. Los reyes se horrorizaron de este crímen, y los pueblos perdieron con este crímen mucho. No lo [illegible] jamás.

Crímen era, y como crímen debe quedar en la tierra eternamente reprobado por la conciencia humana, y maldecido en la humana historia. Pero los pueblos opresos, las conciencias opresas, suelen apelar para romper sus ligaduras al crímen; y en algunos momentos hasta los corazones más honrados sienten inexplicables afectos por estos criminales tan grandes. Así fué el teólogo Wethe. Para consolar á la madre del jóven Land, inmolado en afrentoso patíbulo, díjole: que si bien el acto por su carácter moral era reprobable, considerado en sí mismo y consumado por un jóven purísimo y piadoso, lleno de convicciones liberales y de confianza en lo porvenir, era una señal de mejores tiempos para la pátria. Esta carta le valió una destitucion de su cargo de catedrático. El teólogo continuó consagrándose á reconciliar la revelacion con la razon, la fé con la libertad, la democracia con el Evangelio. Y en 1842 murió sin haber interrumpido ni por un solo momento su grandiosa obra. Son dignas de meditarse las siguientes palabras de Wethe: «He sembrado

la semilla, pero ignoro dónde madura la espiga. ¡Cuán raro es que se comprenda y que se aplique bien lo aprendido en la vida! Viví en tiempos perturbados que vieron rota la union de los creyentes, y mezcléme á la lucha, y mezcléme al combate. En vano fué, porque no he podido calmarlo. Por la libertad y por la justicia he combatido y combatiré más todavía. Fué para mí esta lucha necesidad del corazon. Mucho he sufrido, pero desearía sufrir aún más por la justicia y por la libertad.»

CAPITULO XXXV.

LA UNION EVANGELICA.

Indudablemente el período que vamos describiendo es de los más fecundos en grandes enseñanzas, en esfuerzos intelectuales gigantescos, y en autores de primera magnitud, tanto por la riqueza de las ideas como por la hermosura del estilo. Habíase intentado primero la armonía entre la razon y la revelacion; intentóse despues la armonía entre las dos iglesias que separaban profundamente el protestantismo. Así como Wethe preside al trabajo de armonía entre las dos escuelas de Jena y de Tubinga, Scheleiermacher preside

al trabajo de armonía entre las dos iglesias protestantes; trabajo que se conoce con el nombre expresivo de *union evangélica*. No puede abrirse un libro de teoría ó crítica protestante sin hallar en él grandes elogios al orador, al filósofo, al apologista de que venimos hablando. Su paso por el suelo de Alemania deja inextinguible huella en la conciencia alemana. Los piadosos aplauden sus puras concepciones de la religion, y el estilo á un tiempo sóbrio y elocuente en que las ha expresado. Los filósofos aplauden la pura independencia de su pensar y la cándida ingenuidad con que la formulaba y difundia. Arróbanse los literatos ante aquella fecunda oratoria que parece asistida, como los apóstoles en el cenáculo, del don de lenguas. Y detiénense los historiadores ante la crísis que señala y determina como una de las fases más grandes y bellas de la conciencia germánica. Es una de esas figuras que se ven, como las altas montañas, desde muy lejos y desde muchos y muy diversos puntos. El mismo movimiento político se liga por diversos aspectos

á su nombre y á su influjo, puesto que protestó contra la tiranía de los conquistadores; reivindicó la libertad de los alemanes; propuso la separacion de la Iglesia y el Estado; pidió con ardor, que así como los sacerdotes no podian ceñirse la corona de los reyes, pugnárase por impedir que los reyes levantaran sus tronos sobre las aras de los sacerdotes; y prestó siempre devotísimo culto, sí, culto del corazon, culto de la conciencia, culto de toda la vida á las ideas fundamentales de la libertad.

Indudablemente Alemania podia estar satisfecha, y aun orgullosa de sus ideas y de sus obras. Mientras la guerra de la Independencia se malograba en fraccionamientos de los Estados alemanes y en ódios irreconciliables entre sus jefes; mientras la libertad prometida como una grande esperanza se desvanecia como un vano sueño; mientras el Austria se gozaba en esclavizar al pueblo, y tras el Austria se veía como un fantasma el Czar de todas las Rusias dirigiendo á los reyecillos germánicos, cual si fueran sus vicarios en la Iglesia,

sus feudatarios en el trono, y sus sargentos en el ejército; mientras todas estas ignominias sembraban por do quier dolores y angustias; el florecimiento primaveral de la poesía; la elevacion de la música, que concertaba las voces del espíritu con las voces de la naturaleza, como un eco del cielo; el vuelo de sus grandes pensamientos, que se perdian audaces en los abismos del espíritu, como para traerle en presente revelaciones de lo infinito; la elocuencia de sus teólogos, que llevaban las almas en las pintadas alas de su palabra religiosa, allá por las cúspides del mundo moral, y por los confines de la inteligencia donde sólo alcanza á entrar una milagrosa intuicion; los descubrimientos de innumerables sábios, de astrónomos, de naturalistas, de matemáticos, que desentrañaban el Universo como para coordinarlo con la série maravillosa de sus ideas, y esclarecerlo y vivificarlo en el fuego de su conciencia; todos estos prodigios intelectuales anunciaban que algun dia tanta y tan grande fecundidad del pensamiento habia de traer larga posteridad política; y

tantos sistemas, esparcidos por dó quier, habian de cristalizarse en múltiples y progresivas instituciones.

A principios del siglo décimo-nono surgia en Francia y en Alemania, en Italia y en España misma una reaccion religiosa. En Francia escribia Chateaubriand el Génio del Cristianismo, y en Alemania Federico Schlegel la Historia de las literaturas, en que levantaba y ponia sobre todo la Estética religiosa y católica; en Francia escribia Lamennais el Ensayo sobre la indiferencia religiosa, y en Alemania escribia Schleiermacher su Discurso sobre las religiones. Gervinus ha comparado en el tomo décimo-nono de su grande historia á estos dos clarísimos escritores. En efecto, los dos son sacerdotes, los dos teólogos, los dos elocuentísimos, los dos poseidos del espíritu de su tiempo, los dos sirviendo á la reaccion religiosa, los dos rodeados de discípulos apasionadísimos; pero el fránces viene de la fé y vá hácia el racionalismo, y el aleman viene del racionalismo y vá hácia la fé: el fránces se revuelve en sus comienzos

contra todas las escuelas panteistas, y á sus postrimerías se sumerge en el océano del panteismo; y el aleman se educa en las escuelas panteistas, se confunde con la naturaleza, vé á Dios así en el movimiento de su ideá dentro de su conciencia como en el movimiento del tallo agitado por las áuras de los campos; no distingue entre el rocío del cielo, que la luz del alba argenta y el rocío de poesía que la inspiracion ilumina, espinosista en sus comienzos, en tanto que á sus postrimerías distingue y separa al hombre de la naturaleza y á la naturaleza del Dios, creador y personal del Cristianismo: el francés maldice de su siglo porque su siglo no admite ni la direccion moral ni la presidencia política del Papa, y desde estos arrebatos teocráticos pasa rápidamente á la pura democracia; el aleman, mucho más sereno, mucho más conocedor de la sociedad y de la historia, no vacila nunca en estos puntos fundamentales, y confunde siempre su razon y su fé, su culto al Dios vivo con el culto á la pura y santa libertad. Y Lamennais habia pa-

sado su juventud en las costas de Bretaña, ante el espectáculo del mar, encerrado en la iglesia, de rodillas siempre al pié de los altares, maceradas por la penitencia sus carnes, macerado por la disciplina y la escolástica su entendimiento; lejos del mundo y de los hombres, en comunicacion estrecha con su Dios; mientras que Schleiermacher durante su juventud, á pesar del celo puesto por sus padres en preservarlo de los vientos del siglo, pasa por verdadera orgía de ideas, cayéndose y levantándose mil veces, pero dispuesto á entrar en todos los templos, á interrogar á todos los sacerdotes, á conocer y disecar con su crítica todos los ídolos, á herir con sus llamamientos y sus clamores todos los misterios, á vagar desde la pura ortodoxia de su educacion, á la extrema piedad de los hermanos Moravos; y desde la extrema piedad de los hermanos Moravos, al escepticismo burlon de los estudiantes de Halle; y desde este escepticismo á la fé serena é inquebrantable de las familias judías; y desde esta fé, á las veleidades, á la irritabilidad, á los sueños

de los románticos; y desde estos sueños al profundo panteismo de Espinosa, donde se juntaban, para perderse, las dos ideas de la libertad humana y de la personalidad divina; y desde este panteismo á una ortodoxia religiosa que habia de ser auxilio, consuelo y esperanza de innumerables piadosísimas almas.

De educacion piadosa, de salud débil, de tendencias místicas, de temperamento nervioso, de gran cultura literaria y científica, de inclinacion al trato y al comercio espiritual con las mujeres, háse dicho del teólogo protestante que era un génio femenino. Por la esquisita sensibilidad de corazon, por la suma belleza del estilo, merece este calificativo, pero tambien merece el calificativo de génio varonil, si al valor y á la tenacidad con que defendia sus ideas se atiende. Cercado por do quiera de la inundacion que sobre Europa lanzaban las guerras napoleónicas; erigido en predicador y en profeta desde las alturas de su cátedra, que sobre esta inundacion se levantaba como un escollo sobre el mar, protestó, y protestó contra la conquista

enérgicamente, en la esfera del pensamiento, con las armas de la palabra, temiendo que el vencedor se propusiera matar toda la rica variedad de la vida moderna, los derechos en el hombre, las nacionalidades en los pueblos, el protestantismo en la iglesia universal. Y para resistir con más empeño esta especie de imperio romano, de imperio carlovingio, que dentro de formas góticas encerraba tempestades del espíritu moderno, aspiró á reunir las dos iglesias protestantes, que dividian la religion reformada en Alemania.

Sirvió á esto el propósito del rey, hombre de más erudicion que talento, de más doctrina religiosa que doctrina política; escritor de teología que se consagraba á publicar memorias sobre sus graves problemas, y que pagado de su autoridad absoluta y deseoso de convertirla en instrumento de la religion tradicional, no se daba descanso en reunir las dos iglesias protestantes. Así despreciaba por cosa baladí los escrúpulos del clero y la fidelidad de los creyentes, componiendo á roso y belloso lazos de union entre las iglesias, re-

dactando códigos, litúrgias, que llevaba como ensayo á las iglesias militares para extenderlos despues en más altas esferas y más dilatados espacios á la iglesia nacional; pero sin ninguna meditacion, sin ninguna gravedad, y sin ningun juicio. El gran teólogo, para quien la religion era asunto de conciencia y no asunto de estado, ministerio propio de los pensadores y no de los reyes, viendo al de Prusia, lijero en todas sus determinaciones, pedantesco en su vano saber, que entraba como por propio dominio en el seno de la conciencia, y allí se asentaba y fortalecia como si fuera su soberbia personalidad una idea ó un dogma, para convertir la Iglesia de Dios en burocracia de la monarquía, revolvióse airado contra el rey, maldijo sus tendencias, habló elocuentemente contra estas absurdas agresiones, reunió en torno suyo al clero, y con actitud digna de Ambrosio de Milán ante la soberbia de Theodosio de Roma, vedó á los poderes terrestres la entrada en el cielo guardado para Dios, la conciencia y el espíritu. Bien es verdad, que no se mantuvo firme

hasta el fin, y que admitió, si no la primera litúrgia real, muy semejante á la misa católica, la segunda litúrgia, redactada en vista de los argumentos hechos y de las dificultades suscitadas en la contienda; hasta que al fin la union se realizó, antes que por las combinaciones artificiosas de la autoridad y del Estado, por el esfuerzo de tantos pensadores ilustres como deseaban darle una pátria á su pueblo en el espíritu, antes de darle la pátria una y entera en la tierra.

Lo que eleva principalmente á Schleiermacher y le dá reputacion altísima es su teología dogmática. Ya hemos dicho que su primera grande obra fueron los discursos sobre la religion. Allí sostuvo con ruda entereza que ni los milagros ni las profecías eran esenciales á la religion; que ni de la idea de Dios personal necesitaba para vivir la religion; que el secreto de su existencia consistia en ese impulso de todas las cosas creadas á buscar como instintivamente á su Creador, en esa atraccion que sobre todo lo finito ejerce y ejercerá siempre el principio divino de lo infinito. Así

es que para él no está el sacerdote en el ungido, en el privilegiado. El sacerdote está en todo hombre, si quier sea laico, que busca á Dios para absorberlo en su conciencia, que ama á Dios para imitarlo en su vida. Todo sér humano tiene en sí dos actividades opuestas, que se atraen y que se completan como las dos electricidades enemigas: una actividad egoista, por la cual tiende á mantenerse en su individualidad, en sí mismo; y otra actividad humanitaria por la cual tiende á confundirse con todo el Universo. Como la naturaleza material está sometida al imperio de fuerzas contrarias, á fuerzas contrarias tambien está sometido el espíritu. Por una de estas fuerzas se creè solo y lo somete todo á su voluntad, y lo asimila todo á su sér; pero bien pronto se encuentra como solitario en su grandeza, como asfixiado en su soledad, y tiende á unirse con algo mayor que él, y á identificarse con algo superior á él, á identificarse con lo infinito. Hay quienes desprecian todo lo universal, perdiéndose en una sensualidad grosera como si el mundo fuese su

serrallo; mas hay otros que se olvidan de sí mismos, de su individualidad, de su libertad, de su conciencia, y se adscriben á una autoridad y á una fuerza superiores como si el mundo fuera su sepulcro. Es necesario huir de estos dos extremos y condensar las dos actividades, y compenetrar lo individual de lo universal. Hay séres privilegiados en quienes las dos actividades se reunen. Hé ahí los sacerdotes. Pero camina el mundo á destruir los privilegios así en la sociedad como en la naturaleza, y cuando todos se penetren de que necesitan concentrar en sí lo universal y lo individual, todos serán tambien sacerdotes; como hijos de Dios, de Dios discípulos. Así es que la religion no es ciencia, no es pensamiento, no es saber, no es ni siquiera una moral. Es la tendencia del hombre á lo infinito. El teólogo aleman se acercaba pues á Espinosa por esta difusion de lo infinito en las venas de la humanidad, y por esta tendencia de la humanidad á confundirse con lo infinito; por esta idea de que la ciencia es el sér de las cosas en el entendimiento, y los

séres son las dilataciones del entendimiento en el espacio; y por estas otras ideas de que el arte es la fantasía humana en los objetos, dándoles número y música, y medida y colores; y los objetos son como las irradiaciones de la fantasía, como los mundos y los soles de nuestro propio sentimiento, reflejándose en el Cosmos; que la unidad de la razon y de la naturaleza es eterna; que todo hombre debe sentirse entre dos infinitos, como el principio y el fin de todas las cosas, como el alpha y la omega de toda la ciencia; y mirarse en el Universo como en su espejo, y abrazar Dios y el Universo, la vida y la muerte, el gran Todo en su conciencia.

Se ha dicho que la religion comenzó por el terror; que el trueno y el rayo, el huracan y el granizo fueron los primeros reveladores. Si tal fuese, la religion disminuiria á medida que aumentase la ciencia y se sometiese la naturaleza; pero no, la religion empieza donde empieza el amor y concluye el miedo. La religion no consiste en la contemplacion de las hermosuras de la naturaleza, del amanecer, del ano-

checer, del coro de sus aves ó los matices de sus paisajes; menos en la contemplacion de todo cuanto hay en ella de sublime, la alta montaña en desproporcion con nuestra estatura, el huracan y la tormenta en desproporcion con nuestras fuerzas, los mundos y soles que siembran lo infinito y no pueden compararse en número ni con los segundos de nuestra existencia; lo esencialmente religioso en la naturaleza, lo esencialmente revelador, el espíritu santo que de su seno se desprende, está en la regularidad de sus leyes inmutables, eternas, y en la suprema inteligencia que estas leyes anuncian.

Para sentir verdaderamente la vida universal en su seno, para ser religioso, necesita cada hombre tender á convertirse por cuantos medios estén á su alcance, y hasta donde lleguen sus fuerzas, en resúmen de la humanidad; porque el hombre perfecto no se encontrará jamás en el indivíduo, sino en la especie; no se revelará jamás en fugaz período de la existencia personal, sino en la inmensa y dilatada vida de la humanidad, la cual es se-

mejante á perfecto artista, creando y distribuyendo nuevas formas cada vez más perfectas; evocando de la conciencia las ideas con sus riquezas naturales y su carácter propio; viviendo y desarrollándose perpétuamente en la historia, en esa lucha de tantos elementos contrarios, donde al cabo el progreso vence todas las resistencias, la vida á la muerte, la civilizacion á la barbárie, la libertad á la servidumbre, el derecho á la tradicion, para que lleguemos á la pura conciencia de nosotros mismos, y enrojezcamos nuestro breve sér en el sol de lo infinito, y vislumbremos en su esencia el espíritu y el pensamiento que rigen y regulan todo el Universo.

La religion no es una ciencia, y por consiguiente, no puede encontrarse en oposicion ni con la psicología, ni con la fisiología, ni con ninguna de las ciencias. La religion no há menester que las profecías se cumplan, que los milagros se realicen, que la revelacion sobrenatural venga, que las inspiraciones sobrehumanas caigan del cielo sobre la frente de sus doctores y maestros; le basta con que

el espíritu tienda á comunicarse con lo infinito, á desceñirse del límite y ascender á lo ilimitado, á lo absoluto, pues la naturaleza humana, determinándose á obrar por todo cuanto hay en ella de divino, y prescindiendo por completo de la naturaleza exterior y material, prueba bien á las claras que en cada hombre hay oculto un sacerdote de Dios, y que la gracia no es en último resultado otra cosa mas que la armonía entre la revelacion religiosa y las propias interiores inspiraciones. Así, dice Schleiermacher que no siendo la religion una doctrina, no puede ser ni enseñada ni aprendida, solamente evocada, despertada en el hombre.

Lo único que tiende á salvar de la antigua teología histórica, es la mision de Cristo. Pero Cristo no redime porque sea el nieto de David, el hijo de María, el Verbo encarnado en nuestra naturaleza, redime por su conciencia de lo divino, por su idea de lo divino, por su vida ajustada á lo divino, que lo elevan sobre el error, el pecado, el límite, y lo hacen el tipo perfecto y eterno de la humanidad, la

cual es por sí, por su sola voluntad, incapaz del bien, y necesita de la gracia divina, de sus efluvios, de sus inspiraciones, de su auxilio para sostenerse y salvarse.

Algunas ideas ha difundido tambien el teólogo protestante en la esfera de la política. Su horror á la intolerancia religiosa, á la divisa de cada Iglesia empeñada en declarar que fuera de ella no hay salvacion posible, son ideas y sentimientos que deben contarse entre los grandes servicios á la libertad. En el problema de la union entre las dos sectas protestantes, su ardor en el combate, su elocuencia en la palabra, su actividad en la vida empeñáronse en la separacion completa entre la Iglesia y el Estado, y decidiéronse por negar toda autoridad á la monarquía sobre los derechos eternos de la conciencia. Así, el profesor Augusto de Bonn reclamó medidas coercitivas contra el audaz que no reconocia en el rey de Prusia el heredero legítimo de los privilegios litúrgicos de Constantino y Carlomagno; y Marheineke, discípulo de Hegel, le acusó de republicano sedicioso, mien-

tras el superintendente Ammon reclamaba al rey de Sajonia su auxilio temporal para soterrar al nuevo arriano. Indudablemente, la grande elevacion que dió el ilustre teólogo á la conciencia y á sus intuiciones; el principio de que cada hombre lleva dentro de sí el manantial de las ideas religiosas; el poco precio dado á la autoridad de la tradicion, el mucho precio á la virtud del derecho, alzarán siempre á este pensador ilustre entre los defensores y los propagadores de la libertad en el mundo.

Muchas y muy graves cuestiones, muchas y muy ruidosas polémicas suscitaron las obras de Schleiermacher. Desde luego no habia roto resueltamente con ninguna de las tendencias de su época; ni con el racionalismo que eliminaba el milagro, ni con el espinosismo que eliminaba la personalidad de Dios, ni con los románticos que prescindian de la libertad, ni con los supernaturalistas que prescindian de la razon. Así, los ortodoxos le achacaban tendencias panteistas, los liberales supernaturalismo acomodado á la fatalidad de las cir-

cunstancias más que al dictado de su conciencia. Los más imparciales veian en él una mezcla de fé y de excepticismo, que ora le confundia en piedad escrupulosa con los hermanos Moravos, ora le lanzaba en las dudas irónicas de los estudiantes de Jena. Los mismos filósofos, á quienes habia servido proclamando la independencia del pensamiento humano, le denostaban por el empeño mostrado de excluir á la filosofía de toda jurisdiccion teológica, cuando los problemas de la existencia de Dios, de su naturaleza, de sus atributos, de sus relaciones con el mundo y de la intervencion de la Providencia en la historia, ó no son nada, ó son problemas esencialmente filosóficos y científicos. Luego, queriendo salvar la persona y la obra de Cristo, ni supo decidirse por la escuela que sostenia la autenticidad y la legitimidad de los Evangelios, ni por la escuela que criticába los relatos de los divinos libros. Tampoco fué claro en el importante problema de si convenia llevar hasta el pueblo el tesoro de todas las verdades adquiridas, ó apartarlo de este te-

soro en una santa ignorancia. El sacerdote que llamaba á todas las conciencias á participar de la idea divina, y que veia en cada sér sediento de lo infinito un sacerdote de Dios, y en la naturaleza y en la historia sagrados templos; este sacerdote cayó luego desde la democracia especulativa en una verdadera oligarquia práctica, sosteniendo inícuamente que sólo algunos privilegiados debian conocer y guardar la religion verdadera. Mas, á pesar de estos desmayos, á pesar de estos errores, no puede desconocerse ni ocultarse que contribuyó poderosamente á despertar la idea de lo divino en el hombre, y que contribuyendo á esto, contribuyó tambien á elevar el sentimiento del derecho, que es la eterna base de la democracia en el mundo.

bautismo. Desde entonces consagróse á un ministerio para el cual parece haber escasas aptitudes en su raza, al ministerio de historiador. Los judíos comprenden difícilmente la historia antigua, porque la refieren toda al privilegio exclusivo que segun ellos recibiera de Dios únicamente su teocrática raza; y comprenden ménos la historia moderna, porque no alcanzan el sentido de la obra de Cristo, porque no sienten la fé de los pueblos cristianos. Pero Neander ha prescindido de este egoismo de raza y entrado como hombre y como hombre universal en la historia. Una de las primeras monografías que publicára, fué la curiosísima relativa al gran reaccionario de la antigüedad, al emperador Juliano. Pocos hombres han dejado en la historia huella más profunda que este hombre extraordinario. Muerto en edad temprana, pasando rápidamente por el trono, su nombre destella resplandor inmortal en la historia, á causa de haber intentado obra superior á las humanas fuerzas, la obra de una resurreccion. Inteligencia clarísima, carácter acerado y tenaz, co-

razon amante de la inmortalidad y de la gloria, fantasía abierta á todas las inspiraciones, memoria guardadora de todas las ideas, talento universal por sus tendencias y flexible por su rica variedad; filósofo profundo, artista de primer órden, orador elocuentísimo, guerrero digno de los primitivos tiempos romanos, un griego en el culto á la hermosura y al arte, un cristiano en la pureza de la vida, un estóico en la inflexibilidad de las costumbres; su alma llevaba en su inmensidad el espíritu de toda una civilizacion próxima á extinguirse; y viendo que esta civilizacion habia engendrado los dioses, los héroes, los filósofos, los poetas mayores del mundo, quiso á toda costa salvarla, resucitar al gran Pan muerto y enterrado por un ciego misticismo, volver á las ondas del mar de la Grecia sus cantoras Nereidas, al cabo Miseno y á las Parthenopeas islas sus misteriosas Sibilas, al archipiélago jónico sus marmóreos templos, á las selvas y á los bosques los ecos de los caramillos de sus faunos, á las fuentes la melodía de sus ninfas, al Universo entero la voz

de sus dioses; y conociendo que para esto nada valian ni la fuerza de las armas, ni la autoridad de los Césares, ni el fuego de las hogueras, ni los dientes y las garras de las alimañas del circo; si persigue algunas veces, no persigue jamás, ni por sistema, ni con verdadero encarnizamiento; combate á los nazarenos con ironía digna de Luciano; reune todas las ideas antiguas, y sobre todas la idea de Platon en elocuencia digna de Plotino, para dar á sus dioses la bebida de la inmortalidad; se consagra por completo á la restauracion del paganismo, y sucumbe: que no hay fuerza por grande, ni génio por luminoso, ni poder por absoluto, capaces de contrastar las corrientes de los siglos, ni de detener las trasfiguraciones de la conciencia, ni de burlar las leyes de la historia.

La obra histórica por excelencia de Neander, es el retrato de San Bernardo, de este monge ideal, como le llamaba Lutero, que reproduce en su fisonomía propia, la fisonomía especialísima de la Edad Media; que sobrepone la teocracia democrática á la monarquía feudal;

que detiene en Abelardo las prematuras impaciencias de la razon humana por emanciparse fuera de tiempo; que reorganiza las órdenes monásticas para darles un carácter más espiritualista; que sacude los inmóviles pueblos petrificados en su penitencia para lanzarlos á la guerra de las Cruzadas; y en su movimiento advertirles y enseñarles, como por milagro, la existencia de la libertad. Rico, poderoso, de grandes y feraces dominios, nacido en los ubérrimos campos de Borgoña, menosprecia dignidades, propiedad, riqueza por su tosco sayal de monge, por su errante vida de apóstol, por su comercio intelectual y religioso con los desvalidos y con los pobres, por sus combates con la soberbia de los fuertes y de los poderosos. Pálido como la muerte, demacrado como los esqueletos, sin más vida que el brillo de sus ojos centelleantes, estático hasta el punto de haber perdido las fuerzas para recogèr y asimilarse el alimento, como si sólo devorara ideas y sólo bebiera inspiraciones; distraido hasta desatender durante dias enteros los sitios por donde pasa y las

personas con quienes habla; de su palabra dependen los pueblos, de sus escritos los reyes: el Papa, á quien protege, es adorado; el guerrero, á quien maldice, es zaherido; el pueblo, á quien eleva, es de todo el mundo saludado; la guerra que condena, se suspende; la paz, que le es odiosa, se turba; el hombre, que le escucha, le sigue al desierto, al valle de la amargura, á enterrarse vivo en el cláustro, á correr desalado á las batallas: si él quiere, los ejércitos de Francia saldrán de la Champaña; el rey Luis se arrepentirá de su política; el emperador Conrado abandonará los asuntos de su imperio para correr en pos de los asuntos de la Iglesia; y doscientos mil hombres, pastores unos, que dejan su ganado y bajan de sus montañas; campesinos y siervos otros, que se despiertan como resucitados de su terruño; grandes y ricos-hombres que abandonan sus palacios; todos, como si poseyeran la demencia del heroismo y del martirio, menospreciando esposas, hijos, hogares, van sin saber á qué, ni por qué, no donde les manda la voluntad de Dios, sino

donde les manda la palabra de San Bernardo.
A estos grandes estudios reunió Neander otros no ménos dignos de mencion sobre las escuelas gnósticas, esas tentadoras serpientes del naturalismo oriental, que tiraban á seducir la Eva regenerada, la Iglesia cristiana; sobre Orígenes y Tertuliano, dulce y armonioso el primero como la bíblica miel de que se alimentaban los poetas griegos; impetuoso, ardiente el segundo como las ráfagas del Simoun por los desiertos del Africa; sobre la Historia de la Iglesia, obra monumental que interrumpe su muerte en los tiempos de la Reforma, y que separa cuidadosamente con fina crítica, con piedad profunda, todo cuanto hay de esencial á la religion, y todo cuanto hay de accidental en el desarrollo de los tiempos, levantando así un templo á la idea religiosa. El objeto que más llamó la atencion de Neander, y que á su vez críticas más amargas le ha valido, es la Historia del Siglo, llamado por excelencia Apostólico, del siglo primero. Y en efecto, el historiador no entra en este siglo con su sana crítica. Rechaza el

exámen profundo de los textos, desatiende las fuentes ciertas de su relato, y se atiene á un método que llama psicológico, cual si en vez de hallarse frente á frente de séres reales, se hallára frente á frente de abstractas ideas. Y hace todo esto para quitar su verdadero interés al siglo primero, que estriba en las diferencias entre los grandes fundadores de la Iglesia; entre Pedro que se atiene al sentido puramente judío, y encierra la Iglesia en la sinagoga, y quiere que el Cristianismo sea el cumplimiento de las puras esperanzas mesiánicas, y Pablo, que griego, judío, romano, hombre antes que todo, abre las puertas de la Iglesia de par en par á los viejos pueblos; entre Santiago, tambien atento guardador del primer rudimentario sentido teológico, y Juan, que judío primero, embebido en las teorías apocalípticas nacidas bajo el látigo de Nínive y de Babilonia, abre su alma á la palabra griega, y lleva el Verbo alejandrino en páginas deslumbradoras y platónicas á los misteriosos senos del Evangelio cristiano. Pero estos descuidos á sabiendas

tienen por objeto reunir todos los discípulos bajo las alas amorosas de una sola idea, de la idea de Cristo. Los críticos descontentadizos, que se levantan y suscitan contra todos los grandes hombres, han ridiculizado el sentimentalismo de Neander, llamando á su teología teología *pectoral*, porque su pensamiento era que el pecho, el corazon, forjan la fé, la verdadera ciencia teológica. Sin embargo, su historia, impregnada de lo divino, su espiritualismo, fundado en la razon, su moral desinteresada y purísima, su ciencia profunda y vasta, su vida sin mancha, dan á este hombre virtuoso, á este escritor dulcísimo, una de las más verdes y más gloriosas palmas que han podido cosecharse en los combates y en las victorias del pensamiento aleman.

En la escuela de Schleiermacher hubo, como en la Escuela de Hegel, derecha, centro é izquierda. La primera se atenia completamente á la doctrina del maestro, la segunda creaba un ideal más racionalista y la última rechazaba por completo el milagro y lo sobrenatural. Todas estas escuelas, sin embar-

go, no podian salir de los puntos capitalísimos ya controvertidos anteriormente y que se reducian primero á considerar el Cristianismo como obra del milagro y de la intervencion directa y personal de Dios en la Historia y en la vida; segundo, á considerar el Cristianismo en contraposicion al anterior punto de vista, que era el del supernaturalismo, como obra de las leyes generales que presiden á la historia, como enseñanza destinada á separarse de todo cuanto pudiera haber en ella contrario á la razon humana, sentir puramente racionalista; tercero, á considerar el Cristianismo como una pura ley moral, sin otro objeto que disciplinar la voluntad y reformar la vida que es el sentido puramente filosófico; cuarto, á considerar el Cristianismo como una fuerza redentora que distribuye la gracia de Dios en la conciencia del hombre, que es el pensamiento de Lutero; y quinto y último, á considerar el Cristianismo como la union del hombre con Dios, como la unidad de lo divino y de lo humano, como la glorificacion de las criaturas en Cristo y por Cristo, que es el

punto de vista de Schleiermacher. A pesar de las tendencias de este gran teólogo y de su espíritu liberal, sus más ilustres discípulos no fueron, llegadas las supremas crísis políticas, fieles al espíritu del maestro. Nitzch se afilió al partido conservador y Ullmann al partido puramente reaccionario.

Donde la reaccion tuvo su ideal y su doctrina, fué principalmente en la escuela llamada la nueva ortodoxia, que de un rasgo queria suprimir todo el siglo décimo-octavo, toda la filosofía moderna, toda la crítica histórica, y volver á la concepcion de Cristo y de la gracia, y del pecado, y de la libertad, tal como la guardaba en su doctrina y en su historia el siglo décimo-sexto.

CAPITULO XXXVII.

LA REACCION ORTODOXA.

Las tendencias de la escuela de Schleiermacher, y sobre todo de sus discípulos de la derecha, llegaron á extremarse, más allá de los límites de todo lo justo, y á producir una reaccion religiosa, cómplice y sierva de la reaccion política. El siglo décimo-nono, como renegando del siglo anterior, se despertaba á la vida entre conjuros y oraciones. La guerra de la Independencia en España, que habia servido como de norma y enseñanza á todos los demás pueblos, superficialmente conocida y estudiada, aparecia como un milagro de la

antigua fé religiosa. Ignoraban los políticos casuistas que Napoleon venció cuando peleó con los reyes, y fué vencido cuando en la pelea se encontró con un pueblo. El error de los protestantes más liberales que habian convertido su doctrina en patrimonio de aristocracia inteligente, dió pronto sus amargos frutos, y trajo pronto la necesidad de despertar el sentimiento religioso en pueblo abrumado con el sueño de la materia, como se despertara entre los primeros irruptores bárbaros, con doctrinas materialistas, con sobrenaturales milagros, con libros legendarios, con todo cuanto indica la infancia de la civilizacion y el apocamiento de la conciencia. Y así como De Maistre empleaba toda la fuerza de su áspera dialéctica y todo el peso de su severo estilo para volver hácia el ideal teocrático de la Edad Media, los protestantes ortodoxos empleaban todas sus fuerzas en volver hácia el puro ideal del Renacimiento y de Lutero.

Los reyes favorecian, no ya de grado, sino de corazon, estas abjuraciones de nuestro si-

glo. El regreso al templo de lo pasado era como el regreso al trono de los reyes; los esclavos de la fé heredada ni piensan, ni raciocinan, ni protestan; y alargan la cerviz material á la coyunda monárquica despues de haberse rendido y resignado á la coyunda religiosa. Jurisconsultos, poetas, filósofos, periodistas, largamente pagados de los presupuestos reales, bautizaban á los antiguos revolucionarios, quisieran ó no, como diz que Cisneros bautizaba á los moros en Granada, vertiéndoles encima el agua del bautismo, obligándoles á ceñirse el sayal cristiano, sin preguntarles para nada dónde ponian su voluntad y su conciencia. Despues, como bajo las lavas y las cenizas del Vesubio se han conservado las ciudades antiguas, por lo mismo que no tenian aire, bajo las cenizas y las lavas de la revolucion religiosa habíanse conservado las escuelas pietistas, preservadas enteramente de las ideas modernas, adscritas á todo lo pasado, llenas de aspiraciones reaccionarias en todas las esferas, trémulas bajo la idea de la culpa, enemigas de toda la poe-

sía moderna, excomulgadoras de toda la moderna ciencia, condenando la razon al error, la voluntad al mal, y arrastrándose en fervorosa idolatría ante el sentido material de la Biblia para no ver sino aquello que convenia á la absurda restauracion de los antiguos reyes en los mermados tronos, y de los antiguos sacerdotes en las emancipadas conciencias. Adoradores de la Santa Alianza, pietistas intolerantes de Guttenberg y Basilea, teólogos asalariados en las córtes de Berlin y de Dresde, viejos luteranos que habian cerrado su espíritu á todo el aire de la vida moderna, emisarios de Metternich, enviados por do quier á someter las almas como se habian sometido los cuerpos, todas las aves nocturnas que viven y medran al amor de las sombras en las espesas noches de la historia, todas se conjuraron para pervertir la conciencia de las naciones y entregarlas fácilmente á las ligaduras de las más pesadas cadenas.

Parece imposible; mas un hombre que habia nacido con todas las cualidades necesarias para cautivar á los pueblos; tribuno más que

teólogo, y tribuno de club y de plebe, rudo campesino del Oeste del Holstein, hijo de un carpintero y trabajador de un molino; fuerte en su carácter, enérgico en su voluntad, humorista en su lenguaje, poeta muchas veces, sin perder nunca la serenidad del buen sentido; indisciplinado por conciencia, inquieto en su vida y múltiple en sus profesiones, sacerdote, jurisconsulto, médico, boticario, dotado de ingénio pedagógico, rico de antítesis bruscas, propio para el arte y la literatura popular, se puso al frente de la reaccion religiosa y llamó Ante-Cristo á la razon, como se lo habian llamado á los Nerones los antiguos cristianos; y llamó rebelde y destronadora de Dios á la conciencia libre; y dijo que no tenia derecho á levantarse contra la antigua religion un púlpito por esa religion levantado; y sostuvo que sobre los huesos de Lutero iba á consumarse el adulterio de la Iglesia con el espíritu del siglo; y rechazó toda explicacion natural dada á la Biblia, diciendo que solamente era digna de fé la palabra de Dios en sus literales y materialísimos

sentidos; y tuvo toda constitucion por atentatoria á la lógica, y todo poder intermediario entre el gobernante y el gobernado por perturbador de la sociedad, y toda República popular por la más cara y la más odiosa de las instituciones, y todo pueblo deliberante y legislador por el más arbitrario de los tiranos, trazando como límite de las humanas perfecciones la religion protestante y la monarquía absoluta.

Despues de esto ya nada hay que extrañar en nuestras reacciones católicas, en la vuelta al siglo décimo-tercio, en la apoteósis del Papa, en la restauracion del Infierno, en los delíquios por la teocracia, en la brutal franqueza con que la reaccion entre nosotros convidaba á la conciencia á dormirse en la barca donde habia permanecido incólume é inmóvil por espacio de diez y nueve siglos. La religion de la Reforma, de la conciencia, de la libertad, de la interpretacion individual en las lecturas evangélicas, habia caido en el abismo de servidumbre en que antes cayeran los neo-católicos. Hengstenberg

sostuvo la reaccion religiosa y política con ménos entusiasmo, pero con más ciencia y con más habilidad que el impetuoso Harms. La Biblia es por él adorada con el sentido materialista de los antiguos judíos carnales y con la intolerancia sangrienta de los modernos inquisidores católicos. Su vocacion fué el periodismo y el periodismo insolente, desvergonzado, libelesco, rico en brutales agresiones, en diatribas, en calumnias, que expía á todos los libre-pensadores, que los sorprende en los secretos de su familia y en las intimidades de su conciencia, que los arrastra á la picota contando con la complicidad y la satisfaccion de las autoridades políticas, que ya en la picota, agarrotados, espirantes, sin voz, sin defensa, los maldice, los abofetea y los escupe. Figuraos un Veuillot, sin su ingénio y sin su estilo, y tendreis una imágen fidelísima del escritor evangélico. Babea sobre la literatura clásica, henchida, segun él, de paganismo; confunde la democracia con la demagogia; llama frívola, y lijera y calaveresca á la Francia moderna; niega toda auto-

ridad á la razon y toda virtud al derecho; declara la ciencia contemporánea más asoladora que el cólera morbo, y califica á la teología sentimental de rehabilitacion de la carne; todo bajo la bandera del más puro luteranismo, y con el propósito firme de restaurar la antigua religion. Y no le basta con la reaccion religiosa; sostiene tambien la reaccion política más desenfrenada é insensata. Los mandamientos de Dios cometieron imperdonable olvido cuando mandaron honrar padre y madre, sin añadir igual respeto al rey y á la reina; porque para este piadosísimo cristiano el rey y la reina son nuestros padres, nos han dado su sangre, nos han mantenido á sus pechos, nos conducen por la vida, y hasta nos aseguran la paz eterna en el seno de la muerte. Parécele insoportable tiranía orar por las cámaras segun los preceptos de la Constitucion y los rescriptos del rey, sobre todo por la Cámara popular, nacida del libre exámen y de la revolucion política, consagrada á regatear tributos al monarca, y á encender pasiones en el pueblo;

llena de reformadores que son al fin y al postre con toda su apariencia de sensatos, dementes, demagogos. El clero sólo debia orar por la Cámara de los señores, por esos campesinos que traen la santidad del terruño, por esos caballeros feudales que mantienen la servidumbre de la gleba, por esos reaccionarios que adoran de rodillas la Santa Alianza, por esos luteranos que pegarian fuego en todas las Universidades á todos los simulacros de la Diosa razon, y á todos los filósofos, sus falsos y corrompidos sacerdotes. La separacion de la Iglesia y del Estado es el error de los errores. Los reyes necesitan de la Iglesia como del cielo donde el cetro de su autoridad se forja; la Iglesia necesita de los reyes, como de los ministros que le abren con sus varas y con sus sables el camino para el dominio material del mundo.

Todos estos insensatos podian libremente entregarse á sus insensateces, renegar de la conciencia libre, sin comprender que renegaban de Dios; suprimir la libre voluntad sin comprender que suprimian al hombre. Su

rabia, su locura, sus negaciones de la luz, sus combates al progreso, su bárbara conjuracion para oprimir y envilecer á su tiempo, demostraba con qué razon, con qué derecho, con qué verdad habia sostenido el siglo décimo-octavo el salvador principio de la incompatibilidad absoluta entre las iglesias intolerantes y las modernas libertades.

CAPITULO XXXVIII.

EL HEGELIANISMO RELIGIOSO.

Las exageraciones de la escuela ortodoxa llevaban por necesidad los ánimos con verdadero impulso hácia las escuelas filosóficas. Ninguna, á la verdad, tan dominante entonces como la escuela hegeliana. En su afan de constituir una síntesis, dentro de la cual cupieran todas las manifestaciones de la actividad, Hegel acepta la religion como fase necesaria del espíritu, como instante preciso en el total desarrollo de la idea. En este concepto, servia su sistema á los teólogos. Pero la religion superior al arte en la teoría de Hegel, es

inferior á la filosofía. En este concepto servia poco, muy poco, el sistema hegeliano á los teólogos protestantes. No era posible que las almas piadosas admitiesen, como manifestacion más digna de fé, más pura, más luminosa, la ciencia humana que las revelaciones tradicionales de Dios. Y los escesos de la escuela teológica habian sido tales y tantos, que el sentido general se refugiaba, huyendo de ese dogmatismo asolador, en el seno de la filosofía, donde á lo ménos el aire de la libertad volvia á refrigerar y templar las almas. Uno de los teólogos más eminentes de este tiempo y de esta tendencia, era Daub. Y Daub se extasiaba, primero ante la contemplacion de las fórmulas kantistas; de su imperativo categórico, dictado por la conciencia como ley suprema del deber; de su pura subgetividad, donde el indivíduo recababa para sí todas las libertades internas; de su severa y austerísima moral; de su Dios, enterrado en los glaciales desiertos de las frias eminencias donde la razon pura se aisla, y resucitado luego en los hondos valles de la realidad, en la razon

práctica: y desde la filosofía crítica se precipitaba de un salto, como tocado de vértigo, en el inmenso océano del idealismo objetivo; en su vida embriagadora, en su naturaleza exhuberante, en su magnetismo misterioso, en sus corrientes eléctricas, en su gigantesca flora de ideas, en su intuicion sobrenatural, en sus milagros y en sus revelaciones; para irse despues, como cansado de todo reposo, como repulsivo á toda constancia, hácia el hegelianismo y sus viajes eternos, desde el sér primitivo á la idea pura, desde la idea pura á la dialéctica, desde la dialéctica á la naturaleza, desde la naturaleza al Estado, desde el Estado, que se desarrolla en mil formas, y que vive en innumerables siglos, al Arte, que pone el Universo material sobre la conciencia en el Oriente, que armoniza el espíritu y la materia en Grecia, que eleva el alma sobre la naturaleza en el mundo moderno; y pasa de allí á la Religion, y de la Religion á la Filosofía, siempre bajo la ley de la contradiccion, que engendra abiertas oposiciones, para resolverlas en síntesis y trinidades sublimes; hasta llegar por fin

á la plena conciencia de sí misma, siendo la idea, por esfuerzos sobrehumanos y por desarrollos sucesivos, eterno y absoluto Dios.

Marheineke es el gran teólogo de la escuela hegeliana: lucha por consecuencia contra todos los extremos, así contra aquellos que se entregan, retrocediendo, al idealismo objetivo; como contra aquellos que caen por completo en los escesos y en las violencias de la extrema izquierda hegeliana. La ciencia es el desarrollo lógico de la idea en sí, y la teología, por consiguiente, el desarrollo lógico de la idea como Dios. La idea de Dios no es una pura representacion de Dios, no es un puro espejo donde Dios se refleja; es Dios mismo, inmanente en el pensamiento del hombre. La idea de Dios tiene tres formas: la escritura, la fé y la ciencia. La idea de Dios no comienza á tener conciencia de sí misma, sino cuando un objeto exterior á ella la solicita fuertemente á definirse, á concretarse, y este objeto es el Evangelio. De aquí la revelacion, á la cual se somete ciegamente la idea recien nacida, como el niño se somete á su madre. Y de la Re-

velacion, tenida por sobrenatural, proviene la fé ciega y obediente; pero esta fé primitiva, esta creencia ciega, es el borrador primero del conocimiento y el grado más elemental de la idea. No hay certidumbre verdadera sino en el momento en que el objeto de la fé se reconoce por la filosofía, como idéntico y uno con el contenido de la conciencia subjetiva. La dogmática es la fé comprendiéndose á sí misma. Así como la conciencia de Dios no se revela en el hombre, sino por la tésis y la antítesis; la dogmática no se presenta, sino en forma de contradiccion. Pero como todas las contradicciones se resuelven al cabo en verdaderas armonías, el descubrimiento de estos principios está llamado á reconciliar todas las iglesias.

La division del sistema se explica por estas premisas filosóficas. En su desarrollo lógico la idea divina «Dios» se concibe primero como sustancia absoluta y por consiguiente impersonal. Así el sér de Dios y sus atributos constituyen la parte primera de la teología dogmática. Distinguiendo en seguida de este es-

píritu absoluto aquel espíritu que lo piensa, que lo ama, que lo adora, la dogmática en su segunda parte trata del Hombre-Dios, revelado en su Hijo. La idea divina rompe en Cristo su forma subjetiva, y se eleva, sin dejar de ser individual, á universal, como Cristo, sin dejar de ser hombre, llega á ser Dios; hasta que el espíritu adquiere plena y definitiva conciencia de sí mismo en el seno de la Iglesia. Y la ciencia de la Iglesia forma la tercera seccion de la dogmática.

Si el hombre se niega á sí mismo la posibilidad de comprender á Dios, niega en el mismo hecho á Dios, puesto que el pensamiento del hombre no es otro sino el pensamiento del Creador. Dios es comprensible. El conocimiento de Dios se llama religion. La historia religiosa es el desarrollo del trabajo empleado para llegar á la idea de Dios y el desarrollo del trabajo empleado por la idea de Dios para llegar á su vez á la plena conciencia de sí misma. La religion cristiana es la religion definitiva; porque en ella el espíritu llega á la plena evidencia de ser en sí mismo

absoluto. Como la idea de Dios es Dios, concibiéndose á sí mismo, no puede haber otra prueba de la existencia de Dios, sino esta idea misma. Dios es pensamiento. Y como el pensamiento es idéntico al sér, Dios es el sér. Sus atributos se refieren á la substantividad, al Padre; á la subjetividad, al Hijo; y á la beatitud, al Espíritu Santo.

La creacion es eterna, incesante, sin ningun género de interrupciones, ni eclipses, necesaria, porque sin ella Dios no seria más que una abstraccion. El objeto de la naturaleza es revelar Dios á Dios mismo. Idéntica á lo absoluto en cuanto á su esencia, diversa en cuanto á su individualidad; el alma humana es la imágen de Dios. La identidad, que confunde el espíritu finito con el espíritu infinito, como el feto está confundido con el vientre de su madre, constituye la inocencia ó el estado inconsciente. El espíritu se distingue pronto en subjetivo y en objetivo, y por consecuencia se distingue de Dios. Y el indivíduo llega pronto al egoismo, y somete el mundo á sus goces. De aquí el nacimiento del mal. El pe-

hizo Napoleon III en su célebre *Historia de la vida de César*. El centro conservaba las ideas filosóficas del maestro; pero daba á las ideas políticas un sentido más liberal y progresivo. La extrema izquierda lo trasformaba todo. Admitia el movimiento de la idea, la corriente de la dialéctica, pero eliminaba en este movimiento, en esta corriente, un término esencialísimo, un punto indispensable, generador de ideas sucesivas en el sistema hegeliano, eliminaba la religion, combatiéndola por contraria á la ciencia, denostándola por opuesta al progreso, y admitía en política la pura democracia, el derecho puro, la República, ofreciendo en sus principios el ideal de la sociedad. Mas hay entre estos pensadores un hombre que, teólogo de profesion y no filósofo, habia de apasionar en su pró ó en su contra al mundo entero con una obra de crítica religiosa; y que admitiendo el sentido filosófico de la extrema izquierda hegeliana respecto á religion, habia de combatir, por extrañas contradicciones, todo su sentido político. Creo haber de[illegible]o bien á las

claras al escritor quizá más ruidosamente célebre de la Alemania moderna, el más combatido y criticado, Strauss, autor de la *Vida de Jesús,* objeto de tantas controversias, y cuya tormentosa vida, cuyos numerosísimos escritos, cuyas radicales inconsecuencias enseñan mucho del estado moral de Alemania é influyen mucho en su movimiento político y en sus crísis históricas.

CAPITULO XXXIX.

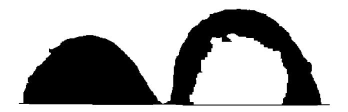
EL DOCTOR STRAUSS.

La antigua Suabia es una region deliciosísima, quebrada en sus terrenos, vária en sus paisajes, humedecida y regada por claros arroyos y profundos rios, cubierta de bosques cultivadísimos y de agrestes selvas; con rientes colinas y sublimes montañas; rica en praderas donde se alimentan incomparables ganados y en viñedos donde se cojen suaves vinos; hermosa por la fecundidad de su naturaleza y hermoseada aún más por la virtud del trabajo. En esta region brotaron los coros de poetas, cuya gloria se refleja sobre la fren-

te de toda Alemania; y nacieron el gran filósofo Hegel, y su infidelísimo discípulo el doctor Strauss. Inútil recurrir á los biógrafos para conocer la vida de este hombre, los sentimientos y las sensaciones de sus primeros años, los padres que le dieron el sér y le criaron, los maestros que le instruyeron; el desarrollo de su inteligencia, la vida de su corazon, porque él mismo se ha revelado al mundo y se ha trasmitido á la historia en páginas, en fragmentos, que brillan por la fluidez de la frase y la pureza del gusto.

En santa poesía rebosan las sencillas y delicadas páginas que ha escrito de su madre, contando á sus propios hijos, y ofreciéndoles como ejemplo que seguir y modelo que imitar, la vida de su santa abuela. No busqueis en estos relatos el arte trágico de Rousseau, que al nacer dá muerte á la que le diera vida, y tiene existencia tormentosa, como si corriera sobre cáuce abierto en los abismos del infierno. La casa donde ha nacido y se ha criado Strauss, brilla por esa poesía íntima del corazon, del hogar, de la familia, que tan-

to sirve á vivificar y sostener el sentimiento de la propia individualidad en las razas germánicas. Su madre queda huérfana en edad bien temprana. Su abuelo materno la socorre, la acoge, la educa en sencilla medianía, con el cariño más tierno y el cuidado más previsor y más profundo. El abuelo tiene casa de comercio, donde aprende la netezuela todas las enseñanzas del menaje; y tiene viña productora, donde la netezuela aprende el amor al campo y á la naturaleza. Cuando los racimos comenzaban á madurar, no la permitia ir á cogerlos; pero cuando llegaba la sazon de la vendimia, iba y comia todo cuanto le demandaba el gusto. En aquel pueblecillo, que el escritor bendice como la cuna de su felicidad, fué su madre á la sencilla escuela del siglo pasado, que enseñaba á leer en un solo libro, á entonar en coro los cánticos de la Biblia, á trazar sobre la pizarra suma y resta, division y multiplicacion, las cuatro fundamentales cuentas. No sabia francés, ni siquiera aleman clásico; producíase en dialecto suabo, pero asombraba á todos por su sólida



instruccion, por su sentido comun, por su vasta memoria, por sus conocimientos de la Sagrada Escritura, en los cuales nunca llegó á sobrepujarla su hijo, á pesar de su larga carrera de teólogo. El abuelo habia ocurrido á su educacion. Así le guardó siempre religioso culto. Para obsequiarla en uno de sus cumpleaños, colgó su marido un retrato al óleo del abuelo en la sala, copia de otro antiguo, y cuando entró y lo divisó, se conmovió profundamente á la delicada sorpresa, llorando á un tiempo mismo de dolor y de alegría.

En Sttugart, donde. fué enviada para que aprendiera á coser y cocinar, se casó con el padre de Strauss, comerciante tambien como el abuelo materno, aunque dependiente de otros sócios, y por lo mismo sin ninguna autonomía; y en posicion bastante delicada y crítica. En 1807 nació Strauss. A los pocos años de este nacimiento, y á los cuarenta y cinco de edad, llegó su padre á director de la casa de comercio. Pero esta posicion, que tanto habia deseado, solamente le sirvió para arruinarse. Las guerras de la Independencia

y las medidas económicas de Napoleon destrozaron su almacen y desvanecieron sus ensueños de fortuna. Era el padre de Strauss en literatura clásica docto, incansable lector de Horacio y de Virgilio, que llevaba siempre bajo el brazo, y gran amigo de las abejas, de esas hijas de la luz, de esas madres de la miel, que nos regalan en sus productos la sangre y el alma de las flores, y que nos alegran con la unísona música de sus vibrantes zumbidos. A literato, á teólogo, á filósofo debieron dedicarle sus padres y no á comerciante, para cuyo oficio carecia de talento y de prevision. La bancarota hubiera venido á no ser por el trabajo de la madre, por su economía, por su celo, por su ciencia del menaje, por sus ahorros, por sus cuidados, por su alejamiento de todo aquello que no fuera el culto de su casa y la educacion de sus hijos. Así, la santa esposa, la madre santísima pasó toda su vida en padecer y en ocultar á la familia sus padecimientos. Siempre deseó tener una viña como en su niñez, y nunca pudieron procurársela en la ancianidad, ni su esposo

ni sus hijos. Un pariente le cedió corto espacio de huerta, y allí plantaba legumbres y hortalizas para la casa, y con ellas rosas, violetas y algunas otras flores modestísimas, perdiéndose en la vida de la naturaleza y alabando á Dios en cánticos tan expontáneos como los cánticos de las aves. ¡Qué pena para esta santa mujer la publicacion de la *Vida de Jesús*, del escrito de su hijo! No participaba de aquellas ideas, no olvidaba la fé aprendida en su Iglesia y en su escuela protestante; pero no convenia en que malos móviles, orgullo ofendido, ambicion desapoderada, deseó de celebridad y de gloria hubieran guiado la pluma de su hijo. Y sin embargo, la ortodoxia intolerante, el pietismo feroz alzaron hasta la madre las ofensas inferidas al hijo, y amargaron los últimos dias de aquella mujer, que lo habia educado en la más severa virtud con el ejemplo; y en lenguaje divino, como es el lenguaje de las madres, le habia inspirado la fé cristiana aprendida en el hogar, en la escuela y en el templo.

Desde la casa paterna pasó Strauss al mo-

nasterio de Blaubeuren, fundado por los benedictinos en el siglo undécimo para casa de religion, trasformado por la Reforma en seminario de jóvenes eclesiásticos, presidido por un director llamado Eforo, á quien secundaba varios catedráticos llamados repetidores; ornado de ogivales ventanas que acusaban su ancianidad; cortado por claustros abovedados, cuyos techos cubrian artesonados de encina; lleno de seminaristas, que dejaban el calor de su familia para caer en vigorosísima disciplina, en vida conventual, en trabajos excesivos, sino superiores á sus fuerzas, incómodos á su atencion, ajenos á su edad, y sólo interrumpidos por algunos paseos en comun, algunas oraciones en alta voz, algunos cánticos en coro.

Sus dos maestros principales allí fueron Baur y Kern, sábios verdaderos; más pensador y más decidido el primero en la difusion de sus pensamientos; erudito el segundo, con gran talento asimilador, pero indeciso entre los partidos teológicos: catedrático aquel de prosistas latinos y griegos, leia con sus dis-

cípulos en arrobamiento los diálogos de Platon; catedrático éste de poetas latinos y griegos, leia con igual entusiasmo los versos de Homero y Sófocles: el uno filósofo más que filólogo y crítico en sus explicaciones; el otro consumadísimo literato y artista; ambos eruditos y excelentes. Sin embargo, uno y otro tenian grave defecto para la segunda enseñanza. Traspasaban los límites señalados á su materia; desconocian ú olvidaban la edad temprana y la inteligencia tierna de sus alumnos; se remontaban tan alto y tan lejos que se perdian de vista en el cielo inmenso del pensamiento, olvidando á los jóvenes en sus nidos de barro, donde apenas les brotaban las ténues alas para seguirles y acompañarles; circunstancias dañosas al comun de la gente, favorables al carácter y al entendimiento, fuertes, animosos, precoces, del jóven teólogo, que adivinaba ya las lenguas de fuego destinadas á iluminar su espaciosa frente.

Strauss nos ha dejado en la biografía de su amigo Marklin descripciones, así de la impre-

sion que le producian aquellos maestros, como de la impresion que le producian aquellos sitios: las pintorescas viciosas colinas que las viñas coronaban con sus pámpanos y sus racimos; las ágrias montañas cubiertas de asperísimos riscos y cortadas por peligrosos derrumbaderos; las rientes orillas del Neckar; los valles profundos abiertos entre eminentes y estrechas cordilleras; el aire vivificante que se respiraba en las altas cimas; los recuerdos que renacian de los arruinados castillos; el torrente de La Blau que los incitaba á bañarse en el estío, sin que pudieran atender á sus incentivos, porque entraban blancos y rubicundos como buenos germanos, y salian rojos y trasformados en cangrejos cocidos; el lago que tras el claustro retrataba el cielo en su tranquila superficie, del color de los lagos en el Tirol y en Suiza.

Del Monasterio de Blaubeurer, donde cursára la segunda enseñanza, pasó á la Universidad de Tubinga, donde habia de concluir su carrera. La ciudad es pequeña, pero bella y culta. El Neckar le besa los piés, y vie-

jo feudal castillo le corona las sienes. Uno de sus señores, muy pródigo, le dió alguna libertad á cambio de que pagára sus régias deudas. El tiempo la ha dividido en dos, en ciudad nueva y ciudad vieja, y le ha impreso ese carácter de juventud y de ancianidad que presta á las ciudades tanta hermosura. Las montañas que la cercan y las selvas que cubren estas montañas, dan deleitosa amenidad á sus cercanías y mucha pureza á su atmósfera. En los momentos de llegar Strauss á esta Universidad, dominaban dos tendencias: primero un espíritu de conciliacion que se acercaba mucho al racionalismo; despues un sistema supernaturalista que se acercaba mucho á la ortodoxia. Por un felicísimo concurso de extrañas circunstancias, los grandes maestros del Seminario pasaron á la Universidad. La antigua ortodoxia fué proscripta, y la nueva teología ds Schleiermacher admitida. Aquel profundo culto á la razon, aquel sábio olvido de los milagros, la feliz concordancia entre la ciencia y la fé, las armas tomadas en la dialéctica, el espíritu panteista

esparcido en sus dogmas, la exaltacion del fundador de la Religion meramente como dotado de un espíritu que lo infinito henchia; todas las ideas del maestro le parecieron al pronto larguísima inconmovible paz firmada entre la revelacion y la razon, cuando al poco tiempo pudo persuadirse de que era solamente un transitorio armisticio. En tal coyuntura, en tan crítico estado de ánimo, llegó á sus manos el libró por excelencia de Hegel, la *Fenomenología*, su obra maestra, su tesoro, el resúmen de su doctrina, brotando por do quier ideas nuevas, puntos de vista desconocidos, encadenamientos jamás señalados antes entre la idea y el sér, entre las leyes de la lógica y las leyes del Universo; entre la filosofía donde todos los pensamientos nacen, y la Historia, donde el pensamiento se realiza; entre el arte y la Religion, la Religion y la ciencia, fases del espíritu, puntos de la línea incalculable de la idea, série filosófica, escala luminosa por donde el sér vá subiendo desde el abismo insondable de su primera esencia, cercana á la nada, hasta la

plenitud de la vida, hasta la conciencia de sí en lo absoluto.

Y á medida que subia la idea filosófica en su ánimo, bajaba la idea teológica. Parecíale que el protestantismo caminaba rápidamente á desconocer su principio fundamental y primero, á saber: que la libre é íntima conviccion del indivíduo debe aceptar las creencias, sin ceder en ningun tiempo á extrañas sugestiones, principio reemplazado por una adoracion fetichista á la letra muerta. Sólo una aristocracia del pensamiento ha conservado la razon bastante serena, la conciencia bastante iluminada, la voluntad bastante libre para no petrificarse en la tradicion y seguir el camino abierto por sus íntimas vocaciones, por aquellos interiores llamamientos á que llamaba Sócrates la voz de Dios en la vida. La literatura nacional ha preservado del retroceso y del decaimiento, que pudo llegar hasta la reaccion católica, al espíritu germánico. Afortunadamente un hombre superior realizó el progreso de la union evangélica, despojando los dogmas y principios que se-

paraban á las dos comuniones de todo su carácter y de toda su fuerza de obligatorios, con lo cual quedaba más espacio al libre pensamiento que en la antigua ortodoxia. La carga de dogmas, de milagros, de tradiciones, que hacia zozobrar la nave de la Iglesia, fué arrojada al mar, para que pudiese mantenerse más ligera, y correr más dócil á los vientos del siglo. Cristo mismo no era ya la segunda persona de la Trinidad, el Hijo de Dios separándose de su mansion divina para tomar nuestra pobre carne humana, y despues de su existencia terrestre, interrumpida por el patíbulo y el sueño de la muerte en el sepulcro, reanudada por la resurreccion, y terminada por su ascendimiento á los cielos; despues de su existencia terrestre confundido de nuevo con el Eterno; era un hombre moralmente perfecto, pero sujeto á las estrechas condiciones de la vida individual y la vida nacional, necesitado de ser engrandecido por la sávia de las ideas, por las corrientes del tiempo y por la luz de la conciencia humana en sus progresivas trasfiguraciones.

Pero á esta efusion del espíritu habia sucedido estrecha ortodoxia, hija de la reaccion. Las rotas banderas de las tradiciones fueron desempolvadas y lanzadas al viento. Los tribunales literarios cayeron bajo la inspeccion y la férula de las aristocracias pietistas. Los estudios preparatorios, que enseñaban filosofía y filología, se mermaron para evitar las tentaciones paganas. El estudiante de teología no debe preguntar qué ideas son verdaderas, sino qué ideas son provechosas. Y la locura de la supremacía sacerdotal entra en los entendimientos, y en los corazones el entusiasmo por la dominacion material. Cada sacerdote se propone, más que iluminar la conciencia del pueblo, dirigir la voluntad del rey. Fanática intolerancia se apodera de los caractéres que odian todo cuanto cierra el paso á sus ensueños y á sus ambiciones. Todos están podridos, porque todos llevan un feto muerto en su cerebro, la propia ahogada conciencia. Lo necesario es oirse á sí mismo, estudiar la propia razon, y no caer, como los siglos anteriores, en el er-

ror, en la preocupacion de que está fuera de nosotros, allá en cielos apartados, lo que está dentro de nosotros mismos; que es sobrenatural inspiracion la idea, nuestra propia hechura. Y llevado de estos pensamientos que eran para él reglas de conducta, Strauss se propuso estudiar la verdad con independencia de toda tradicion, y decir lo que él creyera verdad, sin temor á ningun género de preocupaciones. Y puso mano en el gran trabajo de escribir la *Vida de Jesús*.

No creais, sin embargo, que ha sido siempre el racionalista que revelan sus obras y sus polémicas. Educado en la tradicion religiosa por su piadosísima madre, crecido en las aulas de un Seminario, sus primeros años son años de creencias tranquilas. Pero el siglo guardaba mil tentaciones y la serpiente de la duda se deslizaba en el paraiso de la inocencia. Eran los dias del Mesianismo, los dias en que la electricidad brillaba como un nuevo espíritu difundido por el planeta; en que se aceptaban toda suerte de leyendas acerca de este agente del Universo; en que

se creia posible la trasparencia de los cuerpos, la trasfiguracion angélica de las criaturas, la vista material y la experiencia tangible de las almas, el viaje á la luna, á Urano, donde Goethe, allí transmigrado, recibe á los recien venidos; la comunicacion estrecha con todos los mundos, el abrazo efusivo á todos los séres hasta llegar á la plenitud de la vida en la eternidad, identificados con Dios. Así no es mucho que de las tradiciones religiosas, de la piedad cristiana pasara Strauss primero á una doctrina en la cual tomaba la naturaleza mágico aspecto, á la doctrina de Jacobo Boemh, y de la doctrina de Jacobo Boemh á otra doctrina, en que la naturaleza tomaba carácter idealista, á la doctrina de Schelling. Era propiedad de aquellas almas, achaque de aquellos tiempos no detenerse, no fijarse en ninguna idea; clamar á la puerta de todas las escuelas en demanda de la verdad; arrastrarse al pié de todos los altares en busca de consuelo; pasar de sistema en sistema como la mariposa de flor en flor para libar su esencia; subir de la

naturaleza á Dios, y caer desde el seno de Dios en la nada; sumar los dioses de todas las religiones para ver si daban fuerzas al desmayo de la voluntad y de la conciencia; estado semejante al estado de la escuela alejandrina, sincretismo semejante á su sincretismo, cuando la antigüedad reunia los números pitagóricos á los dioses homéricos, las ideas de Platon á las experiencias de Aristóteles, el Verbo de Plotino al espíritu universal de los estóicos, creyendo reunir sus fuerzas para la continuacion de la vida y trazando en realidad su testamento, el epílogo de sus creencias, para la próxima hora de la muerte.

La doctrina de Boemh debia tentar á hombres como Strauss: aquella relacion del mundo espiritual con el mundo físico, de la moralidad de las acciones humanas con el desarrollo de la vida cósmica; aquella resurreccion del número pitagórico y de sus combinaciones con las ideas y con las cosas; la virtud del siete que se extiende desde las obras espirituales de Dios hasta los dias de la

creacion, desde los dias de la creacion hasta las cualidades primeras del sér, desde las cualidades primeras del sér hasta los brazos del candelabro apocalíptico, pues todo en la naturaleza es símbolo expresivo de alguna idea superior, todo animado, así en la materia universal como en el universal movimiento por el soplo divino, por la divina palabra, que primero crea el Hijo, despues el Espíritu Santo; y como hay tres Personas en la Trinidad hay tres mundos en el Universo; dos, mandados por Miguel y Ariel, donde los ángeles buenos viven puros, hermosos, diáfanos, en mares de luz, viendo todos los dias el milagro de la creacion en soles de soles, y el florecimiento de los séres en primavera perpétua, en gigantesca flora de varias ricas formas, y escuchando la música incomunicable de las acciones divinas; santidad, que no tiene, que no puede tener el mundo tercero, presidido por Lucifer y habitado por nosotros, donde la ambicion de traspasar el límite y subir á más altas esferas, á vida más celeste, ha engendrado el mal que todo lo trastorna y

lo corrompe y lo pudre, pero el mal mezclado al bien, porque entre los ángeles buenos todo es santo, entre los ángeles malos todo perverso y diabólico, entre los hombres todo bueno y malo al mismo tiempo, como la luz que vivifica y abrasa, como el amor que crea y consume, de cuya triste mezcla no saldremos, sino el dia de la segunda venida de Cristo á traernos la redencion de Lucifer y del hombre, la redencion de la materia y del espíritu, trasformados todos, y todos bendecidos, y todos salvos en la inmensidad de los primitivos cielos, y en la presencia del Eterno Padre.

Dos causas llevaron al doctor á estas extrañas y sobrenaturales creencias: primera su asídua lectura de los discursos de Schellig, el mago de la naturaleza, y segunda su comercio con Kerner, el magnetizador, el médico, el poeta, que tañía su lira, curaba sus enfermos, despedia los demonios del cuerpo de los endemoniados, estudiaba original profetisa, sonámbula, enferma en Prevorst, reducida por sus enfermedades á una especie

de alma sin cuerpo, ó de cuerpo sin carne ni sangre, toda compuesta de nérvios, que la ponian en comunicacion directa, diaria, con los espíritus puros, exhalados como aromas de la tierra y de los demás planetas por ministerio de la muerte, y errantes en lo infinito para volver entre nosotros alguna vez á los conjuros de la mágia y á los efluvios del magnetismo.

Pero todas estas aficiones fueron pasatiempos de la juventud. Los libros de Hegel fijaron su vocacion de teólogo crítico. Las enseñanzas de filología decidiéronle á llevar á la Biblia el escalpelo de su razon fria acerada en sus profundos conocimientos. Un viaje á Berlin acabó de decidirle por la filosofía y la crítica religiosa. Desde aquel punto la heregía entró en su alma y se apoderó por completo de su conciencia. Y la suerte quiso que fuera sacerdote, y que le nombraran vicario sufragáneo en una villa de Suabia. Allí pasó algun tiempo viendo cómo se compadecian la sinceridad de su ministerio religioso con la profesion de su panteismo racionalista. En

realidad no habia nacido para filósofo, y no habia tomado del maestro Hegel nada más que el métodó dialéctico. Pero su erudicion era rica en sí, brillante en sus manifestaciones. Y pronto habia de ser profesor en aquella misma Universidad donde habia sido discípulo, y profesor de teología. Perspicaz en el estudio de los más difíciles problemas, preciso y claro en su exposicion, brillante en su estilo, siempre perspícuo y sereno, Strauss es ante todo, y sobre todo, un consumado literato.

Creo que en el mundo no puede darse más crítica y dolorosa situacion para un hombre de clara inteligencia y ánimo entero que ejercer ministerio tan elevado como el sacerdocio; de fé ardiente en sus móviles, de virtud pura en sus medios, de abnegacion y sacrificio en sus fines; todo consagrado á los creyentes, á los fieles, á darles ideas de Dios y de su Providencia, á sostenerlos en los combates de la vida y de las pasiones, á infundirles el sentimiento de la alteza de su alma con la esperanza de la inmortalidad; y luego encontrarse que la base de este ministerio, la

creencia en la religion de que es ministro, y predicador, y apóstol, vá poco á poco muriendo, secándose allá en lo más íntimo, en lo más recóndito del sér, y apareciendo por consecuencia el sacerdote á los ojos del mundo, si de su ministerio se desciñe y aleja, como criminal apóstata; y á sus propios ojos, si en su ministerio persevera, como farsante é impostor.

Varios poetas católicos han descrito magistralmente el conflicto de algunos sacerdotes naestros, que despues de haberse unido á la Iglesia, despues de haber entrado en su profesion y hecho sus votos eternos, obligándodose á eterna castidad y alejamiento de las dulzuras del amor, de los goces de la familia, tropiezan en el mundo con una mujer, acaso destinada por la Providencia á completar y hermosear su vida, y desde entonces pasan por todos los círculos del infierno, por el amor sin esperanza, por los celos sin razon, por la sed hidrópica de los sentidos sin satisfaccion ninguna, por los deseos infinitos sin alivio en la tierra; desgarrados al par de

pasiones ardientes y de remordimientos insufribles; víctimas del combate entre la voz del corazon y la voz del templo; exacerbados por las mismas escenas que consagran y presiden, por la celebracion del matrimonio entre séres más felices que ellos, por el bautizo á hijos nacidos de amores benditos, por el encanto de la familia en la cual sólo aparecen los sacerdotes como consagradores de la felicidad y á esta felicidad siempre ajenos; hasta que en guerra tan tremenda ó se despeñan y caen olvidados de Dios, ó mueren mártires de su religion, de su deber y de su conciencia.

Pero hay otro tormento mayor aún, el tormento de aquellos que nacen y se crian en familia piadosa, con los ojos en los libros divinos y el pensamiento en la fé revelada; que crecen al abrigo de próbido Seminario, donde la fé sentida en el hogar pasa á nocion agrandada en la inteligencia; que maduran en las facultades teológicas de sábia Universidad, donde los sentimientos aprendidos en el hogar ó las nociones aprendidas en el Seminario pasan á ideas universales, aceptadas, crei-

das, pensadas, por todo el sér, desde el sentimiento hasta la razon; abrazando solícitos, en virtud de estas convicciones, el sacerdocio; y apenas lo ejercen y practican, entra la duda en el paraiso del alma, muerde el corazon, ilumina con sus relámpagos los abismos del entendimiento, presenta los libros sagrados como Historia más ó ménos humana, que apenas resiste á la crítica; los dogmas, pasto de la predicacion, como símbolos de ideas muertas; el templo santo, como sepulcro de edades ya extinguidas; la religion toda como una luz que vá pasando á sombra; y en esta situacion, la suerte les condena á la alternativa, ó de engañar al mundo faltando á su conciencia, ó de perderse para siempre ante el mundo si son fieles á sus deberes, y oyen las voces interiores de su alma que les aconsejan sobreponer á todo en los cielos y en la tierra el culto á lo que sienten, y creen y piensan y profesan como verdad.

Pues en esta situacion se encontraban Strauss y su compañero de Seminario y Universidad el doctor Marklin, de quien Strauss

ha escrito interesantísima biografía. Los dolores de aquel eran más intensos que los dolores de éste. Por más que pugnaba consigo mismo, no podia en manera alguna acostumbrarse á dar como verdadero en sus predicaciones lo mismo que creia falso en su conciencia. La idea de que lo divino sólo se hubiera unido con lo humano en una persona histórica, en Cristo; y sólo se hubiera revelado en un pueblo distinguido, en el pueblo de Israel, y en un momento histórico, en la crítica aparicion del Cristianismo, esta idea le atormentaba con tormentos indecibles. La misma inmortalidad del alma y de su individualidad, base, no ya del Cristianismo, sino de toda la doctrina espiritualista, que arranca de Sócrates y Platon, le repugnaba con repugnancia invencible, y le parecia natural consecuencia de una pésima concepcion de la vida y de un soberbio egoismo del hombre. En vano leia y releia el célebre discurso de Schleiermacher sobre los muertos y trataba de imitar el arte con que este sábio predicador apuntaba sus ideas espinosistas sobre la

vida y la muerte, sin aparecer en contradiccion abierta con la dogmática y la simbólica cristianas. En su dolor se dirigia Marklin á Strauss, y en aquel seno depositaba, lleno de efusion y con profunda confianza, todas sus amarguras y todas sus penas. El auditorio á quien predicaba era ilustrado auditorio, de poblacion culta al par de numerosa, y vislumbraba el combate empeñado en la conciencia de su predicador favorito.

Strauss se encontraba mucho más tranquilo, aunque no ménos cambiado. Habíanse deshojado, como los árboles por el invierno, las ideas religiosas de su infancia y de su juventud. El misticismo soñador de Boehm, y el naturalismo místico de Schelling, habian corrido la misma suerte que las ideas religiosas; todos estaban secos. No pasa una chispa eléctrica por nuestros nervios con tanta rapidez como habian pasado aquellas ideas por las fibras de la inteligencia absorbente del jóven vicario. Un pensamiento de Hegel abria á su razon celajes antes ignorados. La esencia de la religion y la esencia de la filosofía

son una misma esencia. Solamente que aquello que en la filosofía se presenta como idea, en la religion sólo se presenta como imágen. Desde estas creencias, el tránsito á una conviccion profundísima era inevitable; el tránsito á convertir la religion en filosofía, amoldando en lo posible los antiguos dogmas á los nuevos principios. Así es que su alma estaba en serenidad completa. Habia abandonado la fé, y no pensaba abandonar el sacerdocio. Habia entrado en la ciencia moderna y no se inquietaba por la muerte de la antigua religion. Vivia en sosegada aldea y su auditorio no le daba mucho cuidado. Seguia las prácticas externas y las predicaciones religiosas de la misma fé, que estaba socavando con su pluma y destruyendo en sus libros. Esta situacion podia parecerle muy segura; mas no era ni clara ni moral. Vicario del error, sacerdote de la mentira, predicador del sofisma, y vivia tranquilo, y estaba satisfecho de sí mismo, contento de su ministerio y de sus obras. Así aconsejaba á su escrupuloso compañero de profesion, que no se atormentara

á sí mismo, como el personaje de la comedia antigua. Si le repugnaba la existencia del Dios de las tinieblas, pareciéndole resto de las teogonias pérsas, del dualismo oriental, proponíale que sustituyera la clásica palabra, «el diablo,» por la vulgar palabra «el mál.» Su conciencia tomaba estas doctrinas en la conviccion profundísima de que era necesario tener en reserva las ideas más elevadas para las aristocracias intelectuales, y dejar solamente una parte, y parte reducida de la verdad, para el pueblo. Teoría semejante es contraria á toda ciencia y á toda moral. La verdad es verdad en todas las esferas, y debe ser patrimonio de todas las inteligencias. Dar á unos la verdad y á otros el error; tener á estos en las eminencias donde llega el sol, y á los otros en los valles de muerte, donde reinan las tinieblas, es crear las castas; los nacidos al goce y los nacidos á la pena, los llamados á la idea pura y los llamados sólo al sentimiento, como en las naciones regidas por las antiguas teocracias del Oriente. Y de este error fundamental no hay más que llegar á

sucesivas aplicaciones para establecer una aristocracia religiosa, destinada á pensar, y una plebe destinada á creer; una aristocracia destinada á dirigir, y una plebe destinada á obedecer; una aristocracia que debe guardar los libros sacros, el lenguaje hierático y una plebe que sólo debe guardar su ignorancia y su servidumbre; una aristocracia emanada de la cabeza y del pensamiento de Brahama para el santo ministerio religioso, y una plebe emanada de sus plantas para vivir perpétuamente sobre el campo, con el trabajo manual por única ocupacion de la vida, y la ignorancia por único horizonte del alma. Teorías así eran horrible retroceso en la ciencia y servian á una reaccion no ménos horrible en la política.

Y sin embargo, el hombre que así escribia, pasaba desde su humilde vicariato de aldea á la plaza de catedrático de teología en Tubinga, profesion tambien esencialmente religiosa. Ya en Tubinga, escribia con toda madurez su obra por excelencia, lo que ha dado á su nombre fama imperecedera, la *Vida de*

Jesús. Cuando el paganismo andaba ya próximo á la decadencia; y los templos se iban quedando desiertos; y la fé se iba extinguiendo en los pueblos antiguos; y el sentido humanitario de los estóicos penetraba, no sólo en las conciencias, sino en los códigos; y las ideas judáicas y alejandrinas del Cristianismo rompian las vallas de las creencias como los pueblos germánicos habian de romper poco más tarde las vallas del Imperio, renacieron con gran boga, y helaron la sangre en las venas de los antiguos creyentes, de los que aún adoraban los altares helenos, las ideas de un filósofo griego, de muy antiguo divulgadas, y que interpretaban materialmente los dogmas y tenian por hombres elevados á la apoteosis en la gratitud de los siglos, desde el Zeus que presidia la creacion é hinchaba los nublados y blandia el rayo, hasta el humilde Pan, perdido en la vida de los campos y de las selvas. Terrible angustia despertaban las interpretaciones en aquellos que habian creido, adorado, puesto su esperanza, su vida, su muerte, la inspiracion de sus artes, la luz de su cien-

cia, los huesos de sus padres, la cuna y la educacion de sus hijos, en los dioses del paganismo, en los que habian triunfado con Temístocles y con Escipion, en los que habian cantado con Píndaro y con Virgilio, en los que habian esculpido las piedras con el cincel de Fidias, en los que habian hablado por la boca de Demóstenes y de Platon, en los que habian tenido durante tantos siglos en sus lábios entreabiertos por la serena sonrisa de la inmortalidad todas las grandes inspiraciones que sostenian la vida y contrastaban la muerte entre los pueblos mayores y más gloriosos de toda la historia.

Pues algo análogo sucedió á la aparicion del libro de Strauss. Devorado por algunos, leido por pocos, impedian su divulgacion la mucha ciencia teológica y crítica que lo ilustraba, y el fatigoso método que lo componia, consistente en presentar de relieve las contradicciones entre los Evangelios; llegar á un relato, y sobre todo á un relato de algo sobrenatural ó milagroso, y ver la insuficiencia de la explicacion racionalista, y la falsedad



de la explicacion ortódoxa, para ir luego á las propias explicaciones, que tienden principalmente á demóstrar cómo la persona de Cristo y la vida de Cristo han ido surgiendo poco á poco de la imaginacion exaltada por la nueva fé, y extendiéndose entre las Iglesias cristianas con todo el aparato literario y todo el tinte artístico de una verdadera leyenda. El sentido vulgar dedujo en seguida que Strauss negaba la existencia de Cristo. No habia sido osado á tanto el siglo décimo-octavo. Imagínese, pues, la penosa impresion que produciria en los ánimos, si no la lectura poco divulgada, la noticia divulgadísima del libro. Suprimia de la historia á Cristo; al Redentor de los hombres, que habia fundido las cadenas del esclavo; al Verbo de los cielos, que habia iluminado la conciencia de las generaciones; al modelo eterno y perfecto de moralidad para la vida; al Crucificado, que desde su patíbulo abre los brazos como para acoger á todo el género humano, y separa dos edades, la edad antigua, la edad del fatalismo en religion, del privilegio en política, del Imperio cuasi divi-

no, y esta nuestra edad, que, á través de luchas sin cuento, de desmayos sin medida, de reacciones contínuas, realizará las tres grandes categorías sociales, la libertad, la igualdad, la fraternidad, nacidas al riego de la sangre que de sus venas derramó Cristo sobre el ara sublime del Calvario.

Strauss mismo nos enumera las causas ocasionales que determinaron la publicacion de su libro. Dábanse por aquel tiempo, 1835, tres explicaciones á los Evangelios. Unos creian todos sus milagros ciertos y cumplidos, creencia que su razon rechazaba. Otros creian que todo cuanto relataban los Evangelios habia pasado naturalmente; pero que omisiones de los evangelistas habian dado á los relatos aspecto legendario y milagroso; interpretacion que le parecia violenta. Otros tenian todos aquellos relatos por pura fantasmagoría ó impostura; sospecha repugnante á su conciencia. Lo sucedido con los dogmas antiguos parecíale medio útil de llegar á la interpretacion de los dogmas cristianos. Nadie hoy cree que sean los dogmas paganos

ciertos é indiscutibles como creia Herodoto; nadie que tengan una explicacion naturalísima é histórica como creia Evehemero; nadie que se deban á perversidades é inspiraciones de Satanás como creian en su exaltacion y celo religioso los padres de la Iglesia; todos los toman como mithos nacidos de la piadosa fé de los pueblos y de la rica fantasía de los poetas, sin que éstos creyeran engañar ni aquellos tampoco ser engañados. Así, la fé candorosa, inocente, purísima de los primeros apóstoles y de los primeros cristianos originó entonces los relatos evangélicos y explica hoy la facilidad con que crecieron y se divulgaron por el mundo.

Strauss dice que treinta años por lo ménos separan la muerte de Cristo y la redaccion de los Evangelios. El que podria aparecer más legítimo, el cuarto, como dictado por un historiador que fuera testigo presencial de la vida de Cristo, aparece á los ojos de Strauss como incierto, fantástico, cercano á las ideas alejandrinas, con carácter gnóstico, inspirándole la sospecha de haber sido obra de un

falsario, resuelto á presentarse como el discípulo querido de Cristo, como el apóstol San Juan. Cristo fué en su primera aparicion sectario del asceta Bautista, elevándose luego á Mesías en la universal esperanza y en la fé ingénua de aquellos tiempos. Pero Cristo elevó la ley moral sobre la ley mosáica, á la manera que Sócrates habia elevado la voz de la conciencia humana sobre la voz de los dioses paganos. Así es que el Cristianismo fué engendrado por la esperanza general en la venida de un Mesías y por la creencia de que este Mesías era Jesús. Una vez que las esperanzas mesiánicas estaban en su colmo, apareció natural, lógicamente el Mesías.

En verdad que ninguna de estas interpretaciones explica satisfactoriamente un hecho capitalísimo. ¿Por qué Cristo, y sólo Cristo, apareció como Mesías? ¿Por qué vieron en él, y no en otro alguno, este carácter sobrenatural cuantos lo rodeaban? ¿Por qué aquel momento de la historia, y no ningun otro momento, es el concreto, providencial de la redencion? ¿Por qué la esperanza mesiánica, nacida en

pueblo privilegiado y aparte, esperanza nacional, se ha convertido en esperanza humana, en esperanza de todos los pueblos? Una ebullicion de ideas sirvió de alma y levadura á la vida de Jesús segun Strauss. Pero las ideas no hubieran por sí mismas crecido sin que se personificaran en un hombre. ¿Por qué no fué ningun otro? ¿Por qué ese hombre no vino antes? ¿Por qué no vino despues? Dos grandes hombres históricos han sido muchas veces comparados: Sócrates y Jesús. ¡Qué diferencias! Sócrates ha sido un filósofo, y Cristo un redentor: Sócrates ha habitado la region por excelencia del pensamiento antiguo, Grecia, y la ciudad culta, sábia por excelencia, Atenas; y Cristo ha habitado la region apenas conocida ni estimada de los antiguos, Judea, y la ciudad sometida, esclava, Jerusalen: Sócrates ha tenido los discípulos más brillantes de la historia, Jenofonte, soldado é historiador de primer órden, y Platon, el más poeta de los filósofos, y el más filósofo de los poetas; y Cristo ha tenido los más oscuros discípulos: Sócrates y

Cristo han dado su vida por su idea; aquel ha vivido cuatro siglos antes que éste en épocas de más fé, y no ha dejado, sin embargo, sus huellas en la historia, porque mientras Sócrates queda confinado en las alturas de la ciencia como maestro singular, que provoca y origina un momento único en la filosofía, Cristo se apodera de griegos, de judíos, de romanos; baja á la ergástula del esclavo y sube al trono de los Césares; junta la idea de Roma con la idea de Atenas, la idea de Jerusalen con la idea de Alejandría; trasforma el mundo antiguo y educa el nuevo; recoge los sistemas de los filósofos y los populariza; se detiene ante los bárbaros, y los somete y los trasforma; alcanzando altares que duran siglos de siglos, lo mismo en el Asia, donde nacieron todos los dioses, que en la jóven América, donde brotaron las instituciones más avanzadas de los últimos siglos; y nadie entrevé todavía la época en que pueda su nombre dejar de ser la letra inicial de la más alta civilizacion sobre el planeta.

La verdad es que los espíritus, cerrados á

las grandes inspiraciones históricas, no podrán jamás comprender este milagro. Él sólo redujo las ideas más abstrusas y divinas á verdadero alimento del pueblo; él sólo descendió desde las alturas de la metafísica á la choza del pobre y del esclavo á llevarle con el sentimiento de su dignidad moral la certeza de su redencion; él sólo predicó el dogma democrático por excelencia, el dogma de la igualdad religiosa; él sólo supo llegar, en el sermon de la Montaña, hasta la inteligencia del oprimido y del humilde; él sólo supo confundir en la humanidad todas las castas; él sólo juntar en la ley religiosa á todas las gentes, dándonos por único Padre, por único Rey, por único Señor á nuestro Dios que está en los cielos.

Strauss ha descuidado en su obra el punto que debia haber sido esencialísimo, los orígenes del Cristianismo, la época suprema y crítica en que brotó la doctrina. La libertad y la República habian muerto en Roma y los filósofos de Grecia se habian convertido con los estóicos en moralistas prácticos; Jerusa-

len, que tratara siempre de conservar su Dios apartado del mundo, sentia afan, el afan de los sadúceos, por darlo en comunion á todas las gentes y difundirlo en toda la tierra; poblábanse los desiertos de santos, de ascetas, de solitarios, que demandaban á grandes gritos el rocío del cielo sobre la conciencia desolada y sedienta; por Egipto, cuando pasaba un vencedor ó un tribuno ó un poeta le preguntaban las gentes si era el esperado; Alejandría congregaba las ideas de Oriente y Occidente para formar como un nuevo dogma; los ebionitas, los esenios se difundian por los alrededores de Jerusalen profesando públicamente la pobreza del cuerpo, presintiendo la rica renovacion del espíritu; los gnósticos traian no sé qué ecos de las religiones orientales, ni qué reflejos de los primeros crepúsculos de la conciencia religiosa; y toda aquella crísis fué recogida y personificada por un jóven de la más olvidada de las regiones, y del más oprimido entre los pueblos, jóven divino, que aniquiló las castas religiosas, y dió su vida por las dos ideas más grandes de

la civilizacion futura, por la libertad moral de nuestra alma, y la igualdad religiosa, la igualdad ante Dios, de todos los hombres.

Junto á esta obra redentora, ¿qué importan los accidentes históricos? Strauss habia escrito su libro para los teólogos, y no para los laicos. Mas leyéronlo laicos, teólogos, filósofos, profanos; y produjo un verdadero escándalo. Su cátedra de Tubinga le fué violentamente arrancada con menosprecio de la libertad de pensar, de que tan devotos han sido siempre los alemanes. Millares de folletos y libros se escribieron para refutarle, escarnecerle, maldecirle. Los más exaltados pidieron que fuera expulsado de Alemania. Los más prudentes le echaron en cara, como recuerda con oportunidad y gracia mi amigo Mr. Cherbuliez, que no hubiera escrito en latin. El partido radical de Zurich quiso compensarle tantas amarguras y le ofreció una cátedra en la ciudad que ha sido siempre como escuela abierta á los alemanes. Una peticion firmada por más de cuarenta mil habitantes impidió que el teólogo alcanzara este tranquilo retiro,

y derribó al Gobierno que se lo habia ofrecido. A medida que aumentaba la vehemencia de la oposicion, extremaba Strauss sus afirmaciones. En la primera edicion de la *Vida de Jesús* nada dice claro sobre sus ideas acerca de la legitimidad del cuarto Evangelio; en la segunda duda de esta legitimidad; y en la tercera refútala resueltamente. Al principio mostró alguna serenidad y posesion de sí mismo; luego se dió á todas las iras de aquellos tiempos de la Reforma en que Enrique VIII llamaba con su latin especialísimo en ruidosa controversia *cacatus* á Lutero.

La verdad es que Alemania desmintió con este motivo y este libro su respeto proverbial á la libertad del pensamiento. En el combate dejó Strauss por completo su fé religiosa y renunció para siempre á su Cristianismo histórico. La dogmática es la obra que con más claridad señala esta trasformacion profunda. En ella estudia cómo las creencias y los dogmas fundamentales han nacido en la Biblia y en el Evangelio, cómo se han desarrollado en los padres de la Iglesia, cómo

se han trasformado en la filosofía moderna, cómo se han convertido en ideas racionalistas y en leyes universales, deduciendo de todo que una sola personalidad, por superior que aparezca, no reunirá jamás los atributos prestados por la Iglesia á Cristo; y que solamente la especie humana en su totalidad puede reunirlos y concentrarlos: que el indivíduo peca y la humanidad es inmaculada; el indivíduo yerra y la humanidad es infalible; el indivíduo decrece, decae y la humanidad es progresiva; el indivíduo muere y la humanidad es inmortal; el indivíduo sucumbe muchas veces en su lucha con el error y la humanidad obra el milagro de someter las fuerzas contrarias en la sucesion de la historia; el indivíduo es limitado y la humanidad es la hija del Padre invisible, de Dios, y de la madre visible, de la naturaleza; es la reunion, como el Verbo, de lo finito con lo infinito, de lo contingente con lo eterno; y baja á los abismos, y resucita, y se trasfigura, y asciende á los cielos, como el Cristo de la tradicion, porque, cuerpo y es-

píritu, organismo é idea, se eleva sobre las naciones, sobre las razas, sobre los continentes y los mares, sobre la tierra, sobre los planetas mismos á identificarse con el Eterno por medio de sus luminosas y absolutas ideas!

Para continuar la exposicion de sus doctrinas trascendentales y venir á la exposicion de sus doctrinas políticas, no podemos olvidar su libro de la *Nueva Fé*, por las ruidosas polémicas que ha suscitado y la trasformacion de su inteligencia que há claramente manifestado. Habia roto Strauss el matrimonio entre el dogma y la ciencia de que fueran como padrinos Hegel y Schleiermacher. Él primero, declarando que el contenido de la revelacion y de la ciencia es el mismo, habia aproximado la razon á la revelacion; el segundo, prescindiendo de las tradiciones, del milagro, de todo aquello que no fuera la mision de Cristo, habia aproximado la revelacion á la razon; de suerte que las dos enemigas se habian reconciliado y confundido en el seno de algo superior á la Igle-

sia histórica, en el seno de la conciencia humana, que parecia florecer con nuevo florecimiento y dar el fruto sazonado de una segura paz á las almas.

La publicacion de la *Vida de Jesús* rompió el encanto y trajo el nuevo divorcio. Filósofos y teólogos á una se revolvieron contra él, acusándole de destruir sin reedificar. Al fin de sus dias, en las horas supremas de la vejez, poco antes de su muerte, ciego ó muy cerca de la ceguera ya, escribió su último libro, su testamento científico, la *Nueva Fé*. En este libro se rebela contra toda tendencia á reconciliar la religion y la filosofía. No quiere más eclecticismos. No sostiene más la discorde concordia de la tradicion y de la ciencia. Se dirige á sí mismo estas preguntas: ¿Sómos todavía cristianos? ¿Tenemos todavía una religion? ¿Cómo concebimos el mundo? ¿Cómo concebimos la vida? En la respuesta á estas preguntas compendia todo cuanto cree de la ciencia y expone sus definitivos principios, los cuales luchan radicalmente con la tendencia idealista que á pesar de todo tenia su

doctrina, cayendo en el puro materialismo, en sus últimas y extremas consecuencias.

Adios, religion de los primeros años; protestantismo maternal, que creia tan puro y tan inocente, y tan divino como las ideas evangélicas. Adios, misticismo de Boehm, que hasta en las leyes de la naturaleza descubria misteriosas combinaciones teológicas. Adios, panteismo idealista de Schelling, que sumergia y abismaba todos los séres en Dios, como las esponjas en el mar. Adios, filosofía hegeliana y su eterna idea, produciendo en el movimiento infinito de su curso, á través de los espacios, espíritus y soles. Adios, últimos esfuerzos para conciliar al Cristianismo con la ciencia, la revelacion con la razon, la idea divina con las ideas humanas. Adios, cielos en que se bañaba y tierra en que se nutria la explendente alma del filósofo. Desde la grande dialéctica, que construye por la idea Naturaleza, Estado, Arte, Religion, Filosofía, ha caido Strauss en el darwinismo contemporáneo; en la lenta formacion, por causas pequeñas, del planeta; en las evoluciones su-

cosillas de la materia que vá desarrollándose por medio de progresivos organismos; en la teoría de que los cristales se unen á las plantas y las plantas á los séres animados, y los séres animados entre sí, de familia en familia, de especie en especie, por medio de familias ó especies intermedias, naciendo unas de otras, á virtud de la seleccion natural ó sexual, que dá el premio de la perpetuidad, ó bien á las más fuertes, ó bien á las más hermosas, ó bien á las más ágiles; resumiéndose todos sus principios en las leyes de la concurrencia universal, de la guerra por la vida, que convierte el planeta en cruento campo de batalla, donde luchan unos con otros, sin trégua, sin término, los séres, las familias, las especies, las razas, para subir, amontonando los despojos y los cadáveres de sus rivales, de sus enemigos, vencidos y muertos, despues de la sangrienta victoria, una grada más en la progresiva escala del organismo.

Esta filosofía materialista, de la cual Dios, y el alma, y la idea, están por siempre ausentes; esta teoría nació en el pasado siglo,

teniendo, como todas las teorías modernas, muchos y muy antiguos precedentes en la ciencia de los griegos. Lamark, francés, fué el primero en apuntar que las especies se desarrollan por progresivas evoluciones. La inmensa autoridad de Cuvier soterró la doctrina, á pesar de haber renacido en Saint Hilaire, hasta que vino á resucitarla Darwin, despues de veinte años de observaciones y de estudios, en su maravilloso libro del *Orígen de las Especies*.

En Alemania tenia precedentes la doctrina y tiene hoy continuadores que la extienden y la extreman. Treviranus ponia por raiz los zoófitos al árbol del organismo, cuyo fruto más perfecto es el cerebro humano. Oken dá el mismo orígen á todos los séres y los vé crecer, trasformándose unos en otros y saliendo todos á la vida superior en contínua ascension. Goethe, cuyos estudios sobre los séres orgánicos aventajan muchos en mérito y profundidad á sus estudios sobre la luz, proclama en sus Metamórfosis la existencia de un órgano típico, la hoja, del cual todas las plan-

tas son como variantes é irradiaciones: y considera á su vez la vértebra en el organismo zoológico, de la misma suerte que la hoja en el organismo vegetal, como otro órgano típico, llegando á tener el cerebro humano por un compuesto de vértebras semejantes á las que forman la médula espinal en los vertebrados. El cráneo es una cápsula huesosa, trasformacion agrandada de los anillos que encierran y contienen nuestra médula, y lo mismo el cráneo de todos los mamíferos. Así es que despues de haber reconocido en el hombre el hueso intermaxilar para demostrar su parentesco con los séres inferiores, proclama que todos los organismos provienen de una raiz comun, que hay relacion estrechísima entre el organismo vegetal y el organismo animal, que unas especies se derivan de otras como se deriva la mariposa de la oruga, que por una fuerza centrípeda los organismos se unen fuertemente á la ley fundamental de su especie, y por otra fuerza centrífuga se diseminan, se diversifican y varían en especies in-

numerables que llenan con el rico tegido de sus formas lo eterno y lo infinito.

No acabaríamos nunca si hubiésemos de referir todos los autores que en Alemania han sostenido, antes ó despues de Darwin, el principio de la trasformacion de las especies. El que hoy con más empeño y más éxito divulga la doctrina, bajo la alta tutela y la decidida proteccion del maestro, del jefe, de Darwin, es Haeckel, todavía más generalizador, más atrevido, más entusiasta, llevándola desde el reino vegetal y animal hasta el reino de la historia, y extendiéndola así al desarrollo de los mundos en el espacio, como al desarrollo de la humanidad en el tiempo.

Si la tierra se mueve entre dos polos, el ártico y el antártico; y el Universo se equilibra por dos fuerzas, la centrífuga y la centrípeda, las especies se determinan por dos leyes, la ley conservadora de la herencia, la ley progresiva de la variedad ó de la diversidad. La variedad en las especies proviene de la nutricion; la herencia proviene de la generacion; de suerte que hay en los organismos,

como hay en las sociedades, una fuerza que impele hácia adelante y otra fuerza que dá la estabilidad y la permanencia.

El hombre observa las plantas en su jardin ó su estufa; observa los pichones en su corral ó en su palomar; observa los caballos en sus cuadras y los bueyes en su establo; y y por cultivo esmerado y trabajo contínuo los educa y los perfecciona. Pues así como hay esta seleccion artificial en las plantas y en los animales de inmediata utilidad para el hombre, así hay una seleccion natural en el Universo, que se determina por la ley de la concurrencia vital, por la batalla á muerte que tienen todos los séres empeñada, desde el zoófito hasta el hombre, á fin de conservar y adelantar su vida.

La ley que Malthus dió á la produccion y á la poblacion, es la ley que Darwin ha encontrado en toda la naturaleza, do quier se dilatan el calor de la vida y las combinaciones del organismo. Tambien para las especies hay muchos llamados y pocos escogidos en el gran banquete de la vida. Multitud de huevos des-

aparecen antes de llegar á producir un sér; multitud de individuos mueren apenas nacidos; otros encuentran á sus primeros pasos formidable enemigo que los aterra y los aniquila; unos sirven al alimento de otros, y todos están rodeados de peligros y de asechanzas. Pero si en estas especies los individuos superiores de diversos sexos se buscan, se encuentran, se aman, se entregan uno á otro, engendrarán individuos superiores que pueden llegar, por una progresion ascendente, á fundar con el tiempo una especie superior tambien, mediante la ley de variedad, de metamórfosis, que impera en toda la creacion.

Allá por las escalas inferiores de la vida, los moneros, séres orgánicos que apenas tienen órganos, próximos al mineral y al vegetal, en el confin de los otros mundos ó reinos de la naturaleza, se reproducen por la segmentacion, separándose, dividiéndose en séres iguales, idénticos, á la manera de las hojas, que se abren y separan en el capullo. Y desde la segmentacion hasta la generacion sexual á que obedecen los animales superio-

res y varias plantas, pasan las funciones generadoras por séries de lo imperfecto á lo más perfecto, como pasan los organismos. El gérmen de las diversas especies análogas es muy parecido, y de aquí parten los metamorfosistas para probar el parentesco entre todas ellas, y de este gérmen casi imperceptible brotan los organismos y sus atributos, mantenidos, perpetuados por el gran principio conservador que domina en la naturaleza, por el principio de la herencia, llamado muy especialmente para la especie humana atavismo.

Pero si hay en la naturaleza el principio conservador de la herencia, hay tambien el principio progresivo de la diversidad y de la variedad. La herencia proviene de la generacion y la variedad de la nutricion. No entendais por nutricion el alimento; nútrese el animal del sol que le vivifica y calienta, del aire que respira, de la electricidad que atraviesa sus nérvios, del agua que bebe, de las plantas en cuya vecindad vive, del magnetismo, del rayo de los astros, de las sustancias que

se apropia por la absorcion, de la tierra en que habita, de los átomos que en su descomposicion y recomposicion eternas, incesantes, contínuas, le presta la química de la vida. Y hay en las especies una facultad que los *metamorfosistas* llaman de adaptacion, y que consiste, como su nombre indica, en sujetarse al medio ambiante, al suelo, al aire, á la luz, al alimento, y por esta virtud llegar á la trasformacion que el medio ambiante exige. Y hay tambien lo que llaman la adaptacion virtual, la cual consiste en que ciertos cambios de organismo, determinados por el medio ambiante, no se manifiestan inmediatamente en el organismo sometido á su influencia, sino en los organismos que engendra.

La lucha por la vida dá la victoria entre las especies, entre los individuos, siempre á los superiores, siempre á aquellos dotados de cualidades que á sus rivales faltan. Cada sér lucha, no sólo con los séres de su especie, sino tambien con las demás especies, con todo el Universo, en lucha abierta y tenaz. La naturaleza ya los crea con medios ofensivos y defensi-

vos, los arma para el combate. Este tiene un cuerno que es verdadera lanza; aquel unos colmillos que hienden y cercenan como afiladas espadas; el de más acá enturbia el agua con tinta para burlar á su perseguidor; el de más allá se envuelve en su propio cuerpo y forma una bola de espinas; las guedejas le sirven al leon para preservar su cuello de los dientes y de las garras de otros semejantes suyos que van en la hora del celo á disputarle su hermosa compañera; y unas veces los más fuertes, y otras los más hermosos; ya los de uñas más afiladas; ya los de plumaje más vistoso; ya los de más atronadores bramidos; ya los de voz más melodiosa, ó vencen ó seducen, y fundan por la mágia creadora del amor nuevas y progresivas especies, que tienen gigantesco pedestal de frios huesos mondados por la muerte.

¡El mundo no se ha formado por esas revoluciones violentas que deben considerarse como mitológicas, y que ha pregonado Cuvier. El milagro de la creacion se reproduce todos los dias á nuestra vista. La ola del Me-

diterráneo forma aún el fósil, como la erupcion del Vesubio produce aún los terrenos que parecen tan apartados de nosotros. Las cordilleras no se han formado por esa especie de grandes surtidores de materias incandescentes alzadas cuando la corteza terrestre no estaba aún muy solidificada y espesa. El tiempo incalculable, millones y millones de años bastan para explicar la elevacion de las grandes cordilleras. Sobre esta escena de la vida, causas químicas, físicas, biológicas, todas naturales, producen los organismos. Los cristales son en el reino mineral los profetas del mundo orgánico. En la composicion de este mundo no entra materia que no se encuentre en los otros mundos inferiores. Realmente no hay materia orgánica; es una misma la que permanece en el estado inferior y la que se eleva á estados superiores. Todo se enlaza en la creacion. Entre los séres que parecen más varios hay puntos intermedios, anillos que los unen. El ave que se pierde en el azul del cielo, llenándolo de gorjeos y de trinos, se enlaza con el reptil deforme que



se arrastra por la tierra, por medio del animal fósil encontrado últimamente en las excavaciones del Jura, y que tiene bajo sus alas cola de lagarto. Así, los moneros, que parecen inorgánicos, vienen á ser á su vez el término natural que une, que enlaza el mundo inorgánico y el mundo orgánico. Los laberíntulos, que se encuentran en el mar, del color de la yema de huevo, vegetales por la forma, animales por el movimiento, vienen á ser como líneas misteriosas que unen los confines de dos mundos. Las algas, los hongos, los líquenes representan á su vez séres intermediarios del reino vegetal y el reino animal. Absorben el hongo y la seta oxígeno, y exhalan ácido carbónico, al revés de las plantas, como anunciando el límite de otro nuevo mundo orgánico.

Y la progresion, la série ascendente continúa en los animales que á su vez enlázanse por medio de misteriosos anillos. El zoófito pertenece casi al mundo vegetal. Su forma, su color, su digestion y su respiracion reunidas en el mismo órgano, su crecimiento en

el agua, sus sobreposiciones casi minerales, como claramente pueden verse allá en los bosques del coral, les dan aspecto de planta, y les colocan en los límites donde la vida vegetativa y la vida animal se acercan, se tocan, se confunden. Pero el organismo asciende otro grado en la ascidia, cuyo desenvolvimiento ya ensaya el borrador casi de un vertebrado. Y tras la ascidia vienen los moluscos, de los cuales unos habitan el agua, otros la tierra, y todos con sus imperfectos gánglios parece que ponen las cuerdas misteriosas de los nérvios en la sonora arpa de la vida. Y tras los moluscos los insectos, que en sus innumerables familias, en sus multiformes alas, en sus ricas vestiduras, en sus zumbidos misteriosos, señalan una exaltacion de la materia, una rica variedad en el árbol del organismo, una profecía del mundo de los vertebrados. Y la vértebra se extiende, se dilata en el pez. Y los batracianos vienen á ser el término medio entre el pez y el reptil, habitantes á un tiempo del agua y de la tierra, con medios de respirar en las dos atmósferas, en la de hidrógeno y en

la de oxígeno, para ser en su esfera como los hongos, como las esponjas, como los corales, puntos de la inmensa série de la vida, eslabones intermedios de la infinita cadena de los séres. Las últimas clases de vertebrados se unen por signos comunes, por tener todos cinco dedos, por ser, pues, pentadáctilos. Y el reptil se vá elevando poco á poco en la batalla de la vida hasta convertirse en ave. El arqueropterix fósil encontrado en el Jura, con su cola de lagarto, sobre la cual brotan plumas, representa el misterioso organismo donde los reptiles y las aves se encuentran. Y vienen luego los pájaros corredores, como el avestruz, que están más cerca de sus padres, los reptiles; y que no pueden separarse de la tierra; y tras los pájaros corredores, los pájaros voladores, la alondra, por ejemplo, del color de la tierra, de la aficion al cielo, Sibila de la luz, sacerdotisa de la aurora, que en su diminuto cuerpo contiene toda una orquesta de músicos nérvios, y en su alegría, en su efusion, en su amor, llena de odas, de arpegios, de sinfonías los aires. Y el ornithorin-

co es el término medio entre el ave y el mamífero. Y los mamíferos pasan por diversas séries, desde el marsupial hasta el simio ó mono, que viene á ser el padre, el generador del último y más perfecto entre todos los mamíferos, del hombre.

Hé aquí la nueva fé del teólogo cristiano, del filósofo idealista, del jóven místico; una filosofía que nada sabe del espíritu; una filosofía reducida á la química y á la historia natural; una filosofía que, á fuerza de estudios y de agudezas, ha encontrado si se quiere la analogía de unos séres con otros séres, el parentesco de unos organismos con otros organismos; pero que no ha podido explicar ni por la adaptacion, ni por el atavismo, ni por la herencia, ni por la concurrencia vital, ni por la série, ese mundo superior del espíritu humano, ese cielo de la idea, ese misterio de la palabra, esa armonía del arte, ese concepto del derecho, ese organismo del Estado, esa série de las ciencias, ese mundo interior que no cae bajo los sentidos, que no se puede analizar en las retortas, que no se desprende en

ninguna combinacion química como los gases, y que se llama y se llamará siempre mundo del espíritu, en cuya cúspide está Dios.

A primera vista saltan los defectos del sistema. Creer que la alimentacion explica hasta la inteligencia, es desmentir enseñanzas eternas de la historia. Si el mejor alimentado fuera el más inteligente, ¿por qué no escribió Felipe III el *Quijote* y lo escribió Cervantes? Las especies intermedias no se han encontrado todavía. Aún los séres próximos al mundo inferior que mayores analogías tienen con las escalas más bajas del organismo pertenecen resueltamente á una especie. Y las especies intermedias no parecen. Los nuevos naturalistas salen de este apuro diciendo que las especies intermedias han debido desaparecer por su propia debilidad y por el período en que surgieron. El mono antropóide, que andan buscando por todas partes, en todos los rincones de la tierra, en las entrañas del planeta, entre los fósiles, aún no han podido mostrarlo. Para su fortuna y la nuestra, este respetable padre de la humana especie, este

Japhet del humano organismo, que ha engendrado á Rafael de Urbino y á Newthon, se encuentra en el fondo del mar Indico, sumergido con la tierra que fué su cuna. Allí hay que pescarlo.

A estos naturalistas les molestan nuestras teorías trascendentales, nuestras hipótesis, y ellos presentan por todas partes animales hipotéticos, creaciones de su fantasía, hijos de su naturalismo. Los *protamniotas*, por ejemplo, no existen, no se les ha visto en ninguna parte, no tienen, segun confiesa el gran apóstol del darwinismo en Alemania, más que una existencia fantástica; pero se los crea para establecer mejor el parentesco de reptiles, aves y mamíferos. De suerte que los metámorfosistas son como esos forjadores de genealogías heráldicas, que donde les falta un abuelo ó bisabuelo con que halagar la vanidad de los pretendientes á nobles, si no lo hallan, lo inventan. Todo cuanto han podido decir del mono antropóide es que el orangutan, el gorilla, el chimpazé se parecen al hombre, y pertenecen á esa casta. Todo su argumento

para probar nuestra descendencia de los monos es que no son cuadrúmanos, que tienen pié y aun talon, y que los hombres son casi cuadrúmanos, que los niños agarran los objetos con el pié. Y si no han encontrado el mono antropóide, tampoco el hombre mono. ¿Dónde está? ¿Dónde habeis visto ese hombre que no habla? Mostrádnoslo. La existencia de hombres sin palabra la fingen, la suponen, no lo demuestran. Y son ellos los que rechazan el idealismo porque no cae bajo la jurisdiccion de los sentidos, porque no se demuestra segun el criterio de la experiencia. Y sus teorías, puramente experimentales, carecen de datos ciertos en sus experimentos.

Pero quizá haga fortuna y llegue hasta ser fomentada por los Estados europeos, cuando adviertan los príncipes, los monarcas, los poderosos de la tierra que les favorece, y que la doctrina del derecho divino puede fácilmente ser sustituida por la doctrina del atavismo. Las dinastías ya no son personificaciones de artificiales privilegios fundados por la fuerza de los poderosos y admitidos por

la ignorancia de los débiles; las dinastías son obra de las evoluciones de la materia, castas nacidas de las entrañas mismas de la naturaleza, familias privilegiadas que han brotado de la seleccion natural, que se han perfeccionado por alimentos capaces de llevar enormes cantidades de fósforo á su cerebro, y que han ganado en la concurrencia vital, y han vencido en la batalla de la vida. Haeckel, en el octavo discurso sobre «La herencia y la reproduccion» de su obra titulada *Historia de la creacion de los séres orgánicos segun las leyes naturales,* invoca las castas, las aristocracias, la monarquía hereditaria. Dumont, discípulo del anterior, propagandista en Francia de su doctrina, que ha reducido á las proporciones de un folleto para que pueda difundirse con más facilidad y leerse en ménos tiempo, ha sostenido que el espiritualismo con su idea de la libertad y de la dignidad moral es esencialmente revolucionario, democrático, republicano, puesto que dá al hombre eternos derechos, en tanto que el darwinismo nos quita todo orgullo, enseñán-

donos que el gérmen de nuestra raza se confunde con el gérmen de los más viles animales; que las desigualdades en la sociedad están justificadas por las desigualdades fisiológicas en la naturaleza; que el principio hereditario es un principio de conservacion en el cual pueden asentarse las monarquías y las dinastías; que la doctrina evolucionista debe ser la doctrina de todos los conservadores; que, fuera de ella y lejos de ella, se cae inevitablemente en la democracia. Y sin duda por la teoría de la evolucion se explica un fenómeno á primera vista inexplicable, á saber: que Strauss, el racionalista puro, el enemigo de las tradiciones religiosas, el fervoroso adorador de la libertad de pensamiento, el gran demócrata de la inteligencia, el gran revolucionario en las ideas pueda aparecer tambien como el más conservador de los hombres, como el más atenido á la reaccion política, como el más devoto de las instituciones muertas, comparando en ese libro darwiniano de la *Fé Nueva* los pueblos modernos con los alanos y los vándalos, y sos-

teniendo las monarquías hereditarias como la forma mejor de gobierno y la más propia para la educacion de la humanidad y la continuacion de sus progresos.

¡Caso raro! Este hombre que ha saludado á Darwin como un salvador, porque Darwin ha conseguido proscribir el milagro y lo sobrenatural del Universo; porque Darwin ha conseguido explicar naturalmente, apoyándose en los trabajos geológicos de Lyel, por la sucesion de siglos y más siglos, por las evoluciones de la materia, por la série de los organismos, la creacion y las varias especies que en la creacion habitan, se extasía ante el principio monárquico, se arroba y trasporta, como si fuera un místico, y al dar la razon de esta preferencia, dice lo siguiente, que viene á derribar todo su sistema filosófico, dice: «en la forma monárquica hay algo de enigmático, de absurdo á primera vista; pero hé ahí la razon y el motivo de la preferencia que conviene darle. Todo misterio parece absurdo; sin embargo, nada más profundo: imposible vida, arte, estado, sin misterio.» ¿Pue-

de darse nada más contradictorio? No quiere admitir misterio alguno en lo infinito, en lo absoluto, en lo eterno, en los horizontes de la religion, en el seno de Dios, en la Providencia, en la obra maravillosa de la naturaleza, en el advenimiento de las especies á la escena de la vida, en sus cambios, en sus trasformaciones, en la oscuridad de la muerte; y luego admite el misterio en lo humano por excelencia, en lo que depende principalmente de nuestra voluntad y de nuestra razon, en el organismo del Estado, en la forma de gobierno; y despues de haber intentado destronar á Dios, convierte en Dios al monarca, y lo corona con la diadema divina de lo sobrenatural, y lo envuelve en el cerúleo manto del misterio.

¡Misterio! ¿Existe la trasmision del génio? ¿Vinculan las dinastías el mérito por privilegios de la naturaleza, como vinculan el poder por errores de la sociedad? Cinco Césares hubo de la familia del gran César, y ninguno de ellos alcanzó el génio universal y humanitario del ilustre jefe de su raza. Augusto,

hábil, prudente, en tal manera fué tímido, que se ocultaba debajo de las camas en cuanto oia el estampido de un trueno. Tiberio se alejaba de la guerra y se consumia en el placer. Claudio mereció que Séneca comparára su divino cráneo con gigantesca y divina calabaza. Calígula era un loco sanguinario, y Neron un sanguinario farsante. Indivíduos de la misma familia, hijos de la misma sangre, San Luis con Cárlos de Anjou; y el uno es un santo y el otro un demonio; el uno funda los tribunales y el otro los soborna; el uno concierta paces y el otro enciende guerras; el uno provoca la admiracion hasta remitir los reyes á su criterio los sangrientos pleitos entre las naciones, y el otro ódios, hasta legitimar los horrores de las Vísperas Sicilianas; el uno, bajo la encina de Vincennes, dá á cada cual su derecho, y el otro, en la plaza de Nápoles, asesina al último vástago de la casa de Suabia; el uno convoca los cruzados como un gran misionero, como un gran general, y el otro los roba en tierra y mar como un ladron y un pirata. No puede negarse que Cárlos V

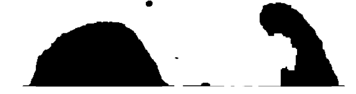
lleva con gloria sobre sus hombros, durante muchos años, el peso de la tierra; pero al siglo, el sucesor de aquel Atlante, se llama Cárlos II. Isabel la Católica, que conquista Granada y descubre América, que cierra los tiempos feudales y abre los tiempos modernos, es hija del débil Juan II y hermana del impotente Enrique IV. Cárlos III bebe en el trono á grandes tragos el espíritu inmortal del siglo décimo-octavo, sirve al progreso de su tiempo, deja una página gloriosa en la *Historia de Italia* y otra página gloriosa en la *Historia de España*, pero tambien deja su nombre y su autoridad y sus derechos á dos imbéciles, de los cuales el uno sólo sabe matar jabalíes en el Pardo, y el otro criar kanguros en Caserta. Las dinastías no existen, no, en la naturaleza. El génio es como el Dios de Mahoma, sin padre y sin hijos, en su grandeza y en su eternidad. El principio hereditario en el poder es un principio que condenan á una la razon, la naturaleza y la historia.

Parece imposible. Strauss, que es monárquico, y conservador, y hasta reaccionario en

sus obras políticas, en su vida política, es demócrata, y republicano, y revolucionario en sus mejores y más preciadas obras históricas. Ha escrito una memoria apologética de Voltaire, de aquel hombre tan ilustre por haber limpiado de supersticiones la conciencia humana como por haber preparado el advenimiento de la revolucion francesa. Ha traducido á lengua vulgar y coleccionado las obras de Hutten, el libre hijo de Franconia; el caballero sin tacha, enamorado de la libertad como los antiguos caballeros andantes de sus damas; el discípulo de los monjes de Fulda, que jamás pudo soportar sobre su cerviz la cogulla ni sobre su conciencia la censura; el castellano de aquellas fortalezas inexpugnables, llenas de efectos de guerra, saturadas por el humo de la pólvora, vecinas á castillos enemigos donde aguzaban sus armas los señores feudales, circuidas de selvas donde ahullaban los carniceros lobos, santuario de la nobilísima familia de Hutten, muy pagada de sus timbres aristocráticos, que no valian á los ojos del más ilustre de todos lo

que el tilde de una idea; el escritor errante y pobre, sin hogar y sin pan, que tiene por habitacion sus esperanzas y por alimento sus estudios; el admirador de la antigüedad, de cuyos oradores y tribunos toma ejemplo para seguir su vocacion de soldado heróico en la guerra cruentísima á favor de la razon libre; el gran satírico que, á gracias ingeniosas, á dichos agudos, á retruécanos felicísimos, á epígramas inmortales, derriba el monástico edificio de la Edad Media; el implacable perseguidor de la escolástica y sus comentaristas, del silogismo y de los rancios argumentadores, del antiguo derecho y de los jurisperitos bartolistas, de todos los retrocesos y de todos los reaccionarios; el revolucionario que destrona al duque de Wurtemberg, al tirano, al asesino de maridos amados, al ladron de mujeres hermosas; el crítico audaz que demostraba cómo los cuerpos adorados de los tres reyes magos de Colonia eran los esqueletos de tres pobres campesinos de Westphalia; el soterrador gigante de la bárbara Inquisicion, de sus feroces autos, de los infames que oponen

poner más tarde el espíritu de la Edad Media, significa que, bajo el nombre del Emperador, bajo su púrpura, esconde sábia y prudentemente el escritor la persona augusta del rey reaccionario, que pugna por resucitar un Cristianismo histórico, próximo pariente del Catolicismo romano. Así, el crítico, el filósofo revolucionario no se cura de que tenga su retrato parecido con el Emperador histórico; bástale que lo tenga con el rey Federico Guillermo IV, á quien aborrece, esperanza un dia de la jóven Alemania, que príncipe, alentó con su liberalismo caloroso y su filosofía humanitaria, y rey, abandonó para perderse entre los devotos y los pietistas, restaurar la catedral de Colonia, arca donde están guardadas las creencias de la Edad Media, y pensionar filósofos de mucho calor místico en el corazon, de poca luz científica en la mente, corruptores del dogma y de la ciencia, destinados á resucitar la antigua fé con falsos espejismos, y á mantener á las generaciones nuévas con bastardos sofismas en perdurable servidumbre.



Así, escoge todas las palabras más duras lanzadas por sus enemigos al Emperador antiguo y las asesta contra el rey moderno. El Nabucodonosor, el dragon, el demonio, el apóstata, el fanático descrito por San Gregorio Nacianceno; dado á aparentar exaltadísimo misticismo y á proteger piadosos fraudes; decidido á primera vista por aplacar las guerras teológicas nacidas de la fiebre de su tiempo, y en realidad inclinado á las supersticiones populares; retórico y fraseador de las reminiscencias clásicas; fátuo que se mira al espejo de su estilo literario; comediante cuidadoso de su actitud y de su gesto; químico theurgo, que compone extraño brevaje de literatura griega, de religion cristiana y de filosofía alejandrina; acompañado siempre de sofistas burocráticos y de filósofos inspirados por el presupuesto; dolorido de la soledad de los templos y del abandono de los sacrificios; conservador más de los nombres que de las ideas de los antiguos dioses, trasformados y rehechos y renovados por sus interpretaciones semi-racionalistas; pagado de su dignidad

de Pontífice Máximo, que levantaba sobre su dignidad de César romano; exagerador de las ceremonias religiosas y de las hecatombes, hasta el punto de que escaseáran donde él estaba los bueyes; asistente á los templos; escrupuloso en las ceremonias; extático al pié de los altares; observante hasta de los fútiles preceptos que prohibian ciertas viandas; redactor de circulares contra la enseñanza y la profesion de la nueva fé; empeñado en la demencia arqueológica de restaurar el templo salomónico sobre sus desaparecidos cimientos; enemigo de que los cristianos fueran maestros en las escuelas imperiales; más obstinado que fuerte, más tenaz que verdaderamente persuadido; moviendo siempre la cabeza; alzando siempre los hombros; torbo en el mirar, inquieto en el andar, violento en el reir, incierto en el hablar, corto en sus períodos, como si le faltara el aliento, y largo en sus meditaciones; de preguntas inesperadas, absurdas, y de respuestas descosidas, contradictorias; el Juliano de Strauss verdaderamente es el romántico rey de Prusia, mal-

tratado y zaherido, por haber antepuesto la reaccion ortodoxa y realista al ilustrado liberalismo de la jóven y pensadora Alemania.

Pero este escritor, que maltrata á los reyes históricos de su pátria, y que suspira por los tiempos republicanos de Grecia y Roma, celebra la elevacion de la autoridad de uno solo sobre los derechos de todos; censura á los franceses por haberse desasido de sus viejas dinastías y haber proclamado la nueva República; entona loores sin cuento á la cesárea familia de Prusia, é incita á los pueblos á someterse y á adorarla; entra á velas desplegadas en el absolutismo y en el cesarismo; desdeña el régimen parlamentario y las instituciones que han nacido del libre exámen; aconseja la resurreccion de aristocracias con muchos terrenos en el suelo nacional y muchas aptitudes para la guerra civil y extranjera; condena á las clases medias, cuya última hora cree haber oido en el reló de los tiempos, y las condena por demasiado liberales; inquiétase cruelmente de las perseverán-

tes aspiraciones del cuarto estado; reconviene á los gobiernos por haber otorgado tantas concesiones á estos vándalos; propone todo género de medidas reaccionarias; llama barbárie al sufragio universal y consiente á lo sumo una modesta oligarquía; pide mucha autoridad y pocos derechos; anuncia que el mundo pertenecerá siempre á los más fuertes; y con elocuencia furiosa, digna del ultramontano de Maistre, pone á la cabeza de la sociedad entera, como un freno necesario, el siniestro brazo del verdugo.

Parece imposible. Este hombre representa una contradiccion que hiere todos los sentimientos y que abisma en estupor y en asombro la inteligencia deslumbrada y atónita. Ha trabajado toda su vida por la libertad del pensamiento, por la emancipacion de la conciencia; y quiere que estos trabajos no fecunden la vida y que esta lucha se detenga en el primero de los derechos sin pasar á los demás, sus correlativos, su coetáenos, con él coexistentes; quiere que venzamos en la conciencia, en la razon, y que seamos vencidos en la so-

ciedad, en el mundo, en la tierra. Él ha dicho que la materia es una y ha ocultado que es una la libertad. Imposible proclamarla en las altas esferas de la vida sin que se extienda á todas las esferas igualmente. Los que dijeron allá en el siglo décimo-sexto que todos los hombres tenian derecho á ser sacerdotes, dijeron al mismo tiempo que todos los hombres tienen derecho á ser ciudadanos. Los que proclamaron la libertad religiosa, implícitamente proclamaron la libertad política. Querer la una y no querer la otra, es como dar suelta á la palabra y poner una mordaza á los lábios. Los trabajos por la emancipacion del pensamiento, los derechos de la conciencia, la guerra á todo cuanto ha oprimido el entendimiento humano, la aspiracion á grandes renovaciones intelectuales, los loores á los apologistas y á los héroes y á los mártires de la civilizacion moderna, toda esta cantidad de ideas se condensa prácticamente en grandes democracias, y tarde ó temprano se organiza en verdaderas repúblicas. Cargais al hombre de cadenas, y luego le poneis

en las manos el fuego de Prometeo. Pues no tardará en fundirlas, y en ser libres las ideas de su alma en el cielo de la conciencia, libres los movimientos de su organismo en el espacio de la tierra, libres las facultades de todo su sér en el seno de la sociedad. La libertad es como la Trinidad cristiana, vária en sus determinaciones fundamentales, y una y sola en su esencia.

Dia llegará en que las libertades todas se compenetren y se confundan, sin que sea dado al hombre separarlas ni dividirlas. Entonces se verá hasta por los empedernidos y por los ciegos que, así como nuestro organismo natural necesita de todos sus órganos fundamentales, del hígado, del cerebro, del pulmon, del corazon, necesita nuestro organismo social de todas las libertades fundamentales, desde la libertad de cambiar las ideas hasta la libertad de cambiar los productos. Y se verá tambien que si nuestros códigos penales no admiten castas en el cumplimiento del deber, ni gerarquías en la aplicacion de las leyes, nuestros códigos políticos



no deben reconocer castas ni gerarquías en la existencia y el ejercicio del derecho. Y se verá, por último, que á la manera del Universo, la sociedad tiene sus leyes, y que estas leyes no consienten la intervencion anormal é incomprensible de una familia privilegiada en su direccion, sino que la verdadera mecánica y la verdadera dinámica de la política se encuentra en el organismo natural á la vida de las naciones maduras y cultas, en el organismo de la República.

Siempre he desconfiado, siempre, de toda filosofía que aminore ó mate la dignidad en el hombre. Siempre he creido que no pueden fundarse las libertades públicas sin alzar un luminoso ideal de moralidad en la conciencia, y que no puede alzarse este ideal de moralidad en la conciencia sin admitir la inmortalidad de nuestro sér allende el sepulcro. Ninguna partícula se pierde en el Universo; ningun átomo se disipa en la vida; ningun sér se aniquila en la tumba. ¿Y ha de perderse, huir, aniquilarse nuestra personalidad? Los muertos están ¡ay! en nosotros, ha dicho ex-

traño pensador contemporáneo. Y en efecto: ¡cuántas veces he visto en mi niñez, al ir al cementerio de mi pueblo para llevar alguna ofrenda ó alguna oracion á la sepultura de mi abuelo, sobre la tierra de los muertos crecer la yerba de los campos, abrirse balsámicas flores de Mayo, juguetear la mariposa encendida en los colores del iris, zumbar la abeja ébria de dulces jugos, y hasta alimentarse y triscar satisfecho y harto el blanco inocente corderillo, recordándome la danza vertiginosa de los átomos, la trasustanciacion de una materia en otra materia, el crecimiento de unos séres por la bebida del jugo de otros séres, en términos que las fibras del esclavo pueden alimentarse del cuerpo yerto de sus tiranos en la química misteriosa de la naturaleza, donde por todas partes se siente el calor de los próvidos amores, el trabajo de las incesantes trasformaciones, el renacimiento de los séres; y en ninguna parte se siente la muerte, ni aparece la nada!

¿Quién alguna vez no se ha conmovido á la lectura ó en la representacion del inmortal

poema dramático con que ha maravillado al mundo el primero entre los poetas sajones? La pobre Ofelia, que parece hecha de nieblas de los lagos y de rayos de la luna, toda amor, y por lo mismo toda tormento y pena, vestida de gasas tan blancas como su alma, coronada de flores tan bellas como sus primeras ilusiones, salpicada de rocío tan claro como sus lágrimas, despréndese á la manera de un arpa profética ó de un nido desgraciado del sáuce al torrente, que la lleva algunos minutos en la superficie de su curso, como para escuchar su melancólica cancion de enamorados, y la sumerge luego como para extinguir en la muerte la sed de su corazon, eterna é inextinguible en la tierra.

Y luego, cuando Hamlet vá al cementerio y oye la mezcla del ruido que producen los azadones y las botellas de los sepultureros, los báquicos cantares y el rodar de los huesos entre las piedras, las huecas carcajadas y las huecas calaveras, pregúntase á sí mismo, no por el misterio del sér y del no sér, sino por el curso que á través de la tierra habrán se-

guido las cenizas de César y las cenizas de Alejandro, en cuyas manos y en cuyos mantos se prendió el mundo como pobre mosca en las patas y en las telas de astuta araña, y que ahora tal vez servirán tan sólo para tapar el barril en que se emborrachan los enterradores ó el agujero por donde entra el aire y salen los ratones.

Dejad en buen hora á los átomos que corran por la fibra de las plantas, por los globulillos de la sangre; que bajen á los piés callosos del leñador y suban al cerebro del filósofo; pero no atenteis á mi personalidad, no me disolvais en el bárbaro comunismo de la materia. Yo siento mi parentesco estrecho con todas las cosas creadas; pero tambien lo siento con todas las cosas increadas. Y hemos sido luz, calor, gas en el viaje aereolítico ó cometario de nuestro planeta, durante su fluidez primera, al desprenderse como un rubio cabello de la guedeja del sol; hemos sentido que nuestras carnes se condensaban en la levadura de la primera condensacion de la tierra; encontramos las raices profundísimas de nuestro

cuerpo en los fósiles enterrados por todas partes, como letras de piedra, que señalan en lápidas inmortales y epígrafes indelebles la carrera triunfal del organismo; crecimos con el zoófito, y nos bañamos en los mares sin fondo con la esponja; nos arrastramos con el frio del reptil por la tierra, despues de haber sentido las trasformaciones del insecto, y entramos llenos de sangre hirviente, compuestos de líricos nérvios, vestidos de multicolores plumas, en el éther inmenso, cantando con el coro sublime de las aves; hemos luchado y reluchado como las fieras en el desierto y en la selva; hemos guerreado con el leon y con el tigre; hemos corrido con el caballo y con el gamo; hemos sido, si quereis, el ridículo bufon del Universo con el tití, con el orangutan y con el macaco; pero desde el momento en que llegamos á nuestro organismo, sentimos derramarse por todo nuestro sér algo que no vivia en el tiempo, que no se desarrollaba en el espacio, algo más claro que la luz, más rápido que la electricidad, más vívido que el calor y el magnetismo; sí,

guido las cenizas de César y las cenizas de Alejandro, en cuyas manos y en cuyos mantos se prendió el mundo como pobre mosca en las patas y en las telas de astuta araña, y que ahora tal vez servirán tan sólo para tapar el barril en que se emborrachan los enterradores ó el agujero por donde entra el aire y salen los ratones.

Dejad en buen hora á los átomos que corran por la fibra de las plantas, por los globulillos de la sangre; que bajen á los piés callosos del leñador y suban al cerebro del filósofo; pero no atenteis á mi personalidad, no me disolvais en el bárbaro comunismo de la materia. Yo siento mi parentesco estrecho con todas las cosas creadas; pero tambien lo siento con todas las cosas increadas. Y hemos sido luz, calor, gas en el viaje aereolítico ó cometario de nuestro planeta, durante su fluidez primera, al desprenderse como un rubio cabello de la guedeja del sol; hemos sentido que nuestras carnes se condensaban en la levadu[illegible] la primera condensacion d[illegible] tramos las raices profu[illegible]

cuerpo en los fósiles enterrados por todas partes, como letras de piedra, que señalan en lápidas inmortales y epígrafes indelebles la carrera triunfal del organismo; crecimos con el zoófito, y nos bañamos en los mares sin fondo con la esponja; nos arrastramos con el frio del reptil por la tierra, despues de haber sentido las trasformaciones del insecto, y entramos llenos de sangre hirviente, compuestos de líricos nérvios, vestidos de multicolores plumas, en el éther inmenso, cantando con el coro sublime de las aves; hemos luchado y reluchado como las fieras en el desierto y en la selva; hemos guerreado con el leon y con el tigre; hemos corrido con el caballo y con el gamo; hemos sido, si quereis, el ridículo bufon del Universo con el tití, con el orangutan y con el macaco; pero desde el momento en que llegamos á nuestro organismo, sentimos derramarse por todo nuestro sér algo que no vivia en el tiempo, que no se desarrollaba en el espacio, algo más claro que la luz, más rápido que la electricidad, más vívido que el calor y el magnetismo; sí,

guido las cenizas de César y las cenizas de Alejandro, en cuyas manos y en cuyos mantos se prendió el mundo como pobre mosca en las patas y en las telas de astuta araña, y que ahora tal vez servirán tan sólo para tapar el barril en que se emborrachan los enterradores ó el agujero por donde entra el aire y salen los ratones.

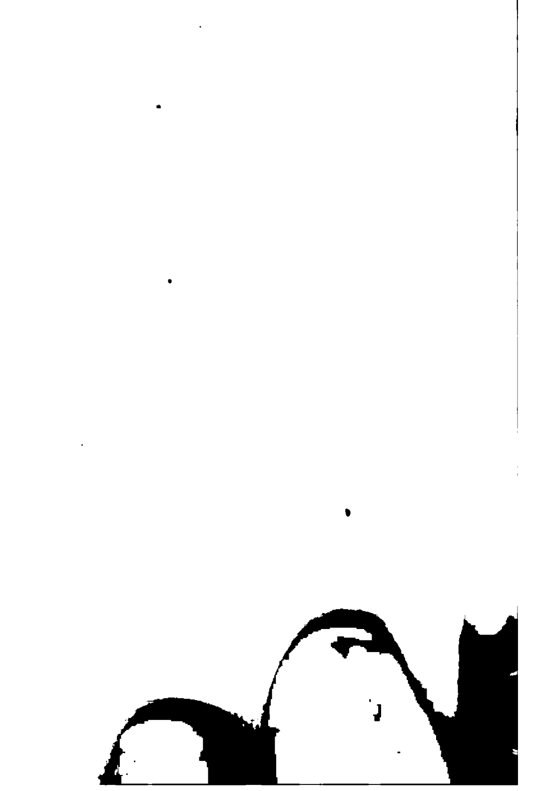
Dejad en buen hora á los átomos que corran por la fibra de las plantas, por los globulillos de la sangre; que bajen á los piés callosos del leñador y suban al cerebro del filósofo; pero no atenteis á mi personalidad, no me disolvais en el bárbaro comunismo de la materia. Yo siento mi parentesco estrecho con todas las cosas creadas; pero tambien lo siento con todas las cosas increadas. Y hemos sido luz, calor, gas en el viaje aereolítico ó cometario de nuestro planeta, durante su fluidez primera, al desprenderse como un rubio cabello de la guedeja del sol; hemos sentido que nuestras carnes se condensaban en la levadura de la primera condensacion de la tierra; encontramos las raices profundísimas de nuestro

cuerpo en los fósiles enterrados por todas partes, como letras de piedra, que señalan en lápidas inmortales y epígrafes indelebles la carrera triunfal del organismo; crecimos con el zoófito, y nos bañamos en los mares sin fondo con la esponja; nos arrastramos con el frio del reptil por la tierra, despues de haber sentido las trasformaciones del insecto, y entramos llenos de sangre hirviente, compuestos de líricos nérvios, vestidos de multicolores plumas, en el éther inmenso, cantando con el coro sublime de las aves; hemos luchado y reluchado como las fieras en el desierto y en la selva; hemos guerreado con el leon y con el tigre; hemos corrido con el caballo y con el gamo; hemos sido, si quereis, el ridículo bufon del Universo con el tití, con el orangutan y con el macaco; pero desde el momento en que llegamos á nuestro organismo, sentimos derramarse por todo nuestro sér algo que no vivia en el tiempo, que no se desarrollaba en el espacio, algo más claro que la luz, más rápido que la electricidad, más vívido que el calor y el magnetismo; sí,

el espíritu, el humano espíritu, y dentro de él un sol sin ocaso que se llama pensamiento, y una fuerza incontrastable que se llama libertad; y cuando creíamos que este sol y esta fuerza nos tocaban y pertenecian, como nos pertenecemos á nosotros mismos, los tiranos y los conquistadores nos han hecho pasar en la sociedad por otra calle de amargura, por otra pasion más larga aún que la sufrida en nuestros seculares viajes á través de la materia; y hemos sido párias, sudras, ilotas, esclavos, siervos, cosa para regalo de otro, instrumento de trabajo para provecho de otro, todo ménos séres libres; hasta que han surgido los profetas, los mártires, los héroes, los redentores, y nos han revelado nuestro propio sér, y han roto la cadena en nuestras manos, y han apartado el látigo de nuestra espalda, y nos han creado nuevamente, dándonos como un segundo espíritu con la idea de nuestro derecho; y ya somos ciudadanos, victoria, que no puede satisfacernos, porque, despues de haber cumplido nuestro destino en la tierra, despues de haber realizado nuestro ideal en

el tiempo, despues de haber trabajado por el bien de la humanidad y de su planeta, hemos de suspirar con el deseo por nuevos mundos, por nuevos horizontes, por nuevos cielos, por la armonía de otras artes más bellas, por la luz de otra ciencia más grande, por el amor de lo infinito; y hemos de trabajar y de pugnar, ascendiendo en la escala del progreso, inundado hoy de sangre, mañana de luz, hasta encontrarnos frente á frente á nuestro Criador, á nuestro Dios.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.



guido las cenizas de César y las cenizas de Alejandro, en cuyas manos y en cuyos mantos se prendió el mundo como pobre mosca en las patas y en las telas de astuta araña, y que ahora tal vez servirán tan sólo para tapar el barril en que se emborrachan los enterradores ó el agujero por donde entra el aire y salen los ratones.

Dejad en buen hora á los átomos que corran por la fibra de las plantas, por los globulillos de la sangre; que bajen á los piés callosos del leñador y suban al cerebro del filósofo; pero no atenteis á mi personalidad, no me disolvais en el bárbaro comunismo de la materia. Yo siento mi parentesco estrecho con todas las cosas creadas; pero tambien lo siento con todas las cosas increadas. Y hemos sido luz, calor, gas en el viaje aereolítico ó cometario de nuestro planeta, durante su fluidez primera, al desprenderse como un rubio cabello de la guedeja del sol; hemos sentido que nuestras carnes se condensaban en la levadura de la primera condensacion de la tierra; encontramos las raices profundísimas de nuestro

cuerpo en los fósiles enterrados por todas partes, como letras de piedra, que señalan en lápidas inmortales y epígrafes indelebles la carrera triunfal del organismo; crecimos con el zoófito, y nos bañamos en los mares sin fondo con la esponja; nos arrastramos con el frio del reptil por la tierra, despues de haber sentido las trasformaciones del insecto, y entramos llenos de sangre hirviente, compuestos de líricos nérvios, vestidos de multicolores plumas, en el éther inmenso, cantando con el coro sublime de las aves; hemos luchado y reluchado como las fieras en el desierto y en la selva; hemos guerreado con el leon y con el tigre; hemos corrido con el caballo y con el gamo; hemos sido, si quereis, el ridículo bufon del Universo con el tití, con el orangutan y con el macaco; pero desde el momento en que llegamos á nuestro organismo, sentimos derramarse por todo nuestro sér algo que no vivia en el tiempo, que no se desarrollaba en el espacio, algo más claro que la luz, más rápido que la electricidad, más vívido que el calor y el magnetismo; sí,

